

**UNIVERSIDAD DE SALAMANCA**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

**DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA**



**TESIS DOCTORAL**

**“EN EL DÍA DE HOY...”. LITERATURA E HISTORIA EN EL RE-  
LATO DEL FINAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Autor: Francisco David García Martín

Director: Prof. Dr. Javier Sánchez Zapatero

**2024**



**UNIVERSIDAD DE SALAMANCA**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

**DEPARTAMENTO DE LENGUA ESPAÑOLA**

**“EN EL DÍA DE HOY...”. LITERATURA E HISTORIA EN EL RELATO DEL  
FINAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Tesis para optar al grado de doctor

presentada por

Francisco David García Martín

Director:

Vº Bº:

Prof. Dr. Javier Sánchez Zapatero

Salamanca, 2024

Este trabajo ha sido cofinanciado por el Fondo Social Europeo y por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León, de acuerdo a la Orden de 29 de diciembre de 2021, de la Consejería de Educación, por la que se acepta la renuncia de Pilar Benito Verdugo y se nombra beneficiario a Francisco David García Martín; de conformidad, a su vez, con la Orden de 21 de diciembre de 2020, de la Consejería de Educación, por la que se convocan ayudas destinadas a financiar la contratación predoctoral de personal investigador, cofinanciadas por el Fondo Social Europeo.

Los resultados de esta investigación han aparecido ya, de manera parcial, en diferentes publicaciones científicas.

La cursiva, cuando se encuentre dentro de citas, pertenece en todo caso a los originales.

Un día que tenga tiempo  
os contaré la aventura de mi infancia  
con el lobo Franco.

Yo era una caperucita roja en zona roja.  
El lobo Franco se enteró que en mi cestita  
no llevaba solomillo y queso para mi abuelita  
y al ver que llevaba libros y poesía,  
mandó su jauría  
y me detuvo en la Gran Vía.

Los criados del lobo  
me metieron en prisión,  
me mordisquearon a gusto,  
por poco me muero del susto.

En el bosque de cemento  
pasé un miedo atroz.  
Yo era una caperucita roja  
y “el Franco” un lobo feroz.

“Yo era Caperucita”, Gloria Fuertes



## AGRADECIMIENTOS

Probablemente estas líneas sean las que más dificultad me han supuesto de todo este trabajo. No solo porque acordarse de todos los que han estado a mi lado —y encontrar las palabras adecuadas para transmitir lo que siento— sea una empresa hartamente difícil, para la cual ni siquiera la Filología ayuda mucho; sino también porque la investigación y la escritura —al menos para mí— no pueden ser hechas en el vacío. Al contrario, necesitan de quienes te rodean para que, con parte de su fuerza, puedan ser culminadas. Tal y como intentaré desarrollar a continuación, somos memoria. Sin este relato personal del pasado, nos vemos reducidos a la nada. Por ello, querría escribir los siguientes acontecimientos para, aunque no sea posible hacerles justicia con palabras, mantenerles en mi recuerdo. Sirvan los siguientes renglones como un mero borrador, un intento de lo imposible que— admito— me ha tenido alguna que otra noche en vela.

A mi familia, por estar siempre cuando les he necesitado. A mi padre, por esos innumerables viajes entre Ávila y Salamanca; a mis tías Elena y Magdalena, por su ánimo incombustible y su capacidad de superación; a Fernando, por tantas tardes pasadas en la piscina; a Sandra y a mis primos, por tantas celebraciones y juegos en los que no han faltado las risas; a Pilar, Oscar, Andrés y Diego, por darme una nueva familia. Gracias a mis abuelos Hilario, Elvira y Teresa, quienes siempre estuvieron a mi lado hasta que no les fue posible, y quienes me mostraron —en la sencillez— el valor de la vida. Y gracias, en especial, a mi tío David, por enseñarme la libertad de las cabras de Gredos, y por ser un segundo padre para mí.

A mis amigos, que siempre me han acompañado. A Nuria, por su eterna sonrisa; a Mar, por su fuerza; a Antonio, Jarek, Alexander y Lauren, por enseñarme las tierras danesas; a Javi por sus lecciones de historia y por su ánimo; a José Antonio, por su espíritu inquebrantable; a Pablo, por nuestras conversaciones infinitas; a Inés, por toda su sabiduría; y a tantos y tantos otros sin quienes esta aventura seguramente se habría torcido en más de una ocasión. Y, especialmente, a Irene y a María, por descubrirme lo que es la amistad verdadera, sin quienes la vida sería mucho más gris. Gracias a ti, Irene, por tantos

y tantos ratos de confidencias y visitas a nuestros mundos de fantasía, así como por abrirme la puerta a una nueva vida cuando creí que todo se derrumbaba a mi alrededor. Y gracias también a ti, María, por convertirte en mi hermana en medio de aquellos calores de Olmedo, que siguen —y seguirán— acompañándonos mientras no olvidemos las sabias palabras de Vesemir —“entrenar en soledad sólo sirve para perpetuar los errores” —, y sigamos luchando, juntos, por nuestro futuro académico.

A tantos profesores que han hecho de mí quien soy, especialmente a Sonsoles, Rubén y Belén.

A Hans, en el no tan lejano norte, por abrirme las puertas de Dinamarca y de su vida, a quien debo tanto sobre lo que sé de la memoria.

A Javier, por convertirse en mi padre académico durante estos últimos seis años, enseñarme y ayudarme en todo lo que he necesitado; por esas conversaciones sobre todo un poco que parecían no acabarse, y porque ha hecho que valiera la pena empezar —y terminar— esta aventura. Gracias.

A Miguel, por estar ahí en este duro camino, siempre a mi lado. Gracias por tus sonrisas sin fin, por tus desvelos, por tus comidas, por tus abrazos, por tu apoyo infinito y por tus prurrueros. Gracias por dedicar tanto tiempo a comprenderme, cuando yo ni siquiera era capaz de hacerlo. Y gracias por compartir la vida a mi lado, pues sin tu presencia constante, las dudas y la inseguridad habrían podido conmigo.

Y, finalmente, a mi madre, las líneas más difíciles, sin quien yo no podría haber hecho nada, y a quien se lo debo todo. Si ella no me hubiera transmitido las fuerzas que a mí me faltaron, yo ni siquiera habría podido empezar este trabajo. Me fallan las palabras para poder agradecerse lo suficiente.





## RESUMEN

Pocos periodos de la historia reciente española resultan tan conflictivos como la Guerra Civil. El conflicto acaecido durante tres años, de 1936 a 1939, sigue presente en la conciencia colectiva de la sociedad española, que es deudora del trauma pasado y de un recuerdo que no deja de manifestarse como tan necesario como temido. Hay momentos que marcan profundamente la visión del pasado que tiene una determinada comunidad, y este es uno de ellos. El enfrentamiento entre endogrupo y exogrupo se vivió con una virulencia extrema que sacudió las raíces y las concepciones más profundas de la comunidad del momento. La asunción de que la realidad se resquebrajaba ante los ojos de cada uno de los participantes quedó marcada como un momento traumático de difícil superación. La verdad quedó fragmentada en miles de visiones subjetivas de lo sucedido que no solo se excindieron y enfrentaron durante décadas, sino que sufrieron bajo el yugo de la dictadura franquista impuesta por las armas el olvido de todo aquello que no sirviera para la instauración del nuevo régimen, y la transformación del pasado en un relato triunfalista destinado a reforzar el poder de los nuevos dueños del Estado.

En medio de esta situación, la lucha por el recuerdo se convirtió en una constante desde los primeros momentos. La memoria de lo sucedido se transformó en el arma idónea ante la sinrazón del olvido. A través de la palabra presentificada, muchos de los participantes en el conflicto procuraron transmitir su grito de combate gracias a una subjetividad presentificada a partir de sus textos. En esta línea, el objetivo de este trabajo es presentar las interrelaciones que se sucedieron entre la literatura y la historia desde el análisis de los textos de catorce autores de diversos orígenes y situaciones vitales —Aub, Morla Lynch, De Lera, Barea, Oyarzábal Smith, Álvarez del Vayo, Mera, Fortún, De Pedro, Méndez, Corral, Quiñones, Galván y Zúñiga—, con la intención de mostrar la potencialidad que es capaz de desplegar el recuerdo desde el intento de observar un pasado que se desvanece ante nuestros ojos.

## **ABSTRACT**

Few periods in recent Spanish history are as conflictive as the Civil War. The struggle that took place during three years, from 1936 to 1939, is still present in the collective conscience of Spanish society, which is indebted to the trauma of the past and to a memory that never ceases to manifest itself as necessary as it is feared. There are moments that deeply mark the vision of the past that a certain community has of the past, and this is one of them. The confrontation between in-group and out-group was experienced with an extreme virulence that shook the roots and the deepest conceptions of the community at the time. The assumption that reality was cracking before the eyes of each of the participants was marked as a traumatic moment that was difficult to overcome. The truth was fragmented into thousands of subjective visions of what happened, which were not only excused and confronted for decades, but suffered under the yoke of Franco's dictatorship imposed by arms, the forgetting of everything that did not serve for the establishment of the new regime, and the transformation of the past into a triumphalist story aimed at strengthening the power of the new owners of the State.

In the midst of this situation, the struggle for remembrance became a constant from the first stages. The memory of what happened became the ideal weapon in the face of the unreason of oblivion. Through the presentified word, many of the participants in the conflict tried to transmit their cry of combat thanks to a presentified subjectivity from their texts. In this line, the aim of this study is to present the interrelationships that took place between literature and history from the analysis of the texts of fourteen authors of diverse origins and life situations —Aub, Morla Lynch, De Lera, Barea, Oyarzábal Smith, Álvarez del Vayo, Mera, Fortún, De Pedro, Méndez, Corral, Quiñones, Galván and Zúñiga—, with the intention of showing the potential that memory is capable of displaying from the attempt to observe a past that vanishes before our eyes.



# ÍNDICE GENERAL

## INTRODUCCIÓN

### 1. Motivación y razón del tema de estudio

### 2. Estructura y metodología

## BLOQUE I. Memoria y olvido: el recuerdo del pasado como diálogo con nuestro presente

### 1. Memoria, otredad y compromiso: el recuerdo del pasado visto desde el yo

1.1. La memoria como espacio común entre el yo y el otro

1.2. Los estudios de la memoria como paradigma de análisis

1.2.1. Los estudios de la memoria: conceptualización y desarrollo histórico

1.2.1.1. Las tres etapas de los estudios de la memoria

1.2.2. La relación conceptual entre endogrupo y exogrupo como base para la memoria

1.3. La lucha por el recuerdo: la Guerra Civil desde los estudios de la memoria

1.3.1. El olvido como arma

1.3.2. Lieux de mémoire: lugar(es) fragmentado(s) para el recuerdo

1.3.3. Nosotros frente a ellos: La nación como marco estructural del grupo

### 2. De historia como ficción, y ficción como historia. El estatuto de la historiografía en cuestión

2.1. ¿Existe la verdad? Acercamiento a la realidad desde los hechos

2.2. El triunfo de la narrativa: la historia como constructo

## BLOQUE II. Casado contra Negrín: las maquinaciones de Burgos y la fractura definitiva de la República

### 1. El golpe de Estado de Casado y la caída definitiva de la República

## BLOQUE III. La victoria sobre Madrid: entre la épica y el derrotismo

### 1. Guerra, vida y crónica: un recorrido por los testimonios del final del conflicto

### 2. Escribir con sangre: el grito sobre lo sucedido al final del conflicto

2.1. Arturo Barea: el periodismo como ficción del mañana

2.2. Isabel de Oyarzábal Smith: la diplomacia al servicio del pueblo republicano

2.3. Álvarez del Vayo: la defensa de la República tras la derrota

2.4. “Lo de siempre: resistir, resistir, resistir”: Entre el rechazo de Negrín y la crítica a Casado en las memorias de Cipriano Mera

### 3. La ficción como vehículo de la realidad: la narración de la caída

- 3.1. La mirada infantil: Fortún y su extrañamiento del conflicto
- 3.2. Madrid convertida en cárcel: La visión desencantada del otro en Valentín de Pedro
- 3.3. Madrid, capital de la derrota: la ficción de Alberto Méndez
- 3.4. Madrid contra la guerra: la desaparición de la República en la prosa de Pedro Corral
- 3.5. La represión como constante: Besteiro y su moral en la derrota, según la prosa de Javier Quiñones
- 3.6. “La muerte sigue”: Madrid en la prosa negra de Francisco Galván
- 3.7. El paraíso en la tierra: la vida en una ciudad muerta dentro de la prosa de Zúñiga

## **BLOQUE IV. Madrid, capital de la derrota**

### **1. El fin de un mito**

### **2. La ficción como espejo del pasado: Relaciones y conexiones entre la ficción de Max Aub y la memoria viva de Carlos Morla Lynch**

- 2.1. Una República sentenciada: la ficción como arma para relatar el final
  - 2.1.1 Las ficciones de Aub y el contexto que establece Morla Lynch
  - 2.1.2. Campo del moro: la epopeya de la derrota desde la búsqueda de la verdad
  - 2.1.3. Aub y su visión del comunismo: las contradicciones del otro interior
  - 2.1.4. Negrinismo y antinegrinismo en torno a la derrota: la Quinta Columna y la muerte de Madrid
  - 2.1.5. Las voces de los olvidados: Besteiro y su papel en el golpe casadista
- 2.2. Madrid agoniza: comunistas contra casadistas
  - 2.2.1. Morla y su Madrid tensionado: entre el terror y la normalidad
  - 2.2.2. El fantasma de Franco: el engaño de Burgos en los diálogos de Aub
  - 2.2.3. Una epopeya de la traición: Aub y su defensa de la legitimidad republicana
  - 2.2.4. Aub y el triunfo de los grises: la vida continúa en el Madrid de la guerra
- 2.3. Madrid derrotado: el comienzo de la Victoria y la pérdida de la Paz
  - 2.3.1. El significado de la Victoria: el cansancio de Morla
  - 2.3.2. La desesperación invade Madrid: Aub y los últimos días de la capital
  - 2.3.3. La capital personificada: elegía a Madrid

### **3. Ángel María de Lera: entre el derrotismo republicano y la sombra del franquismo**

- 3.1. La ficción contra el mito de la liberación de España
  - 3.1.1. Las últimas banderas: ausencia de neutralidad y negatividad de la República
  - 3.1.2. Las fracturas internas de la República como consecuencia de la derrota
  - 3.1.3. El análisis de la deshumanización en la prosa de De Lera

### 3.2. La igualación entre ambos bandos y la pérdida de la verdad

3.2.1. Entre el odio y la venganza: el caso del personaje de Julio Cubas

3.2.2. La República y su «pecado original»: la Desbandá y los recuerdos de un Madrid sin guerra

3.2.3. La memoria tergiversada de la República: la censura como elemento significativo de la prosa de De Lera

3.2.4. El triunfo de la individualidad frente al grupo

3.2.5. Entre las falsas esperanzas y la memoria: De Lera y su particular búsqueda de la verdad

## **CONCLUSIONES**

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**





## **INTRODUCCIÓN**

## **1. Motivación y razón del tema de estudio**

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado”. Pocas palabras resultaron tan ominosas como las pronunciadas por Franco desde Burgos el 1 de abril de 1939. Este breve parte de guerra supuso la constatación de una victoria que deja sentir sus consecuencias incluso más de ocho décadas después de producirse. La represión y el silencio que se impusieron sobre la memoria de lo sucedido tras la instauración definitiva del régimen franquista obligarían a recurrir al arma de la palabra presentificada para combatir mediante el recuerdo una visión fracturada de la realidad que no se correspondía con lo sucedido.

El estudio de la Guerra Civil española no solo resulta complejo por la enorme cantidad de material que hay a disposición del investigador, sino también por el gran número de trabajos que se han realizado sobre esta temática, así como por la polémica que sigue generando dentro de nuestra sociedad actual. Si hay un momento de la historia reciente de nuestro país que siga presente dentro de la conciencia colectiva en tal medida y con tanta capacidad como para seguir dictando, en muchas ocasiones, la agenda política, es, sin duda, este. Desde la polémica generada por el traslado de los restos del dictador Francisco Franco del Valle de Cuelgamuros al cementerio de Mingorrubio hasta las alusiones que cada cierto tiempo se pueden escuchar al respecto por parte de diferentes personalidades políticas, se trata de un periodo que sigue en el imaginario colectivo de nuestra sociedad, y cuyos sucesos continúan formando parte de lo que somos hoy en día. Acercarse a este conflicto, tantas veces denominado como fratricida, supone tanto un reto como una necesidad para poder comprender la memoria actual de la sociedad española.

El objetivo de este trabajo es múltiple. Por un lado, explorar las relaciones existentes entre literatura e historia a través de un conjunto de textos que pueden ser englobados como parte de ambos campos metodológicos. Se tratará la problemática en torno a la definición de un texto como literario a través del estudio de las obras del corpus primario. Por otro lado, se trabajará a partir de la base de las diferencias y parecidos en la reflexión histórica que relacionan tanto a la labor historiográfica como a la ficción cuando se utilizan para analizar nuestro pasado. Ahí es donde radica una subjetividad que, para teóricos como Hayden White, se encuentra en el modo de contar los hechos, la visión personal que el historiador o el escritor decidan otorgar a al texto. Se pretende analizar un espacio poroso y contradictorio, en el que la verdad se diluye dentro de unos textos

que utilizan el recuerdo y la reconstrucción del pasado como medio para explicar el presente y el futuro. El segundo objetivo es explorar cómo los diferentes textos, ya sean referenciales o ficticios, utilizan la ideología como una base sobre la que construyen su discurso. La intencionalidad y las ideas del autor se reflejan en ellos, de gran utilidad como herramienta dentro del proceso discursivo. Aquellos géneros que podemos englobar dentro de la literatura de la memoria, una de las fuentes de la historiografía, introducen y tratan los hechos de una manera diferente a como lo hace una novela de ficción. A pesar de utilizar dos corpus lingüísticos diferenciados, ambos proyectos se complementan e interrelacionan en su vertiente memorialística y cohesiva entre la literatura y la historia, mostrando cómo el análisis de los diferentes aspectos de un mismo ámbito puede ayudarnos a entender mejor cómo se vivió una época de tanta relevancia para nuestro pasado contemporáneo.

Consideramos que este trabajo puede ayudar a mostrar nuevos caminos en el espacio interdisciplinar existente entre los estudios literarios y los historiográficos, añadiendo nuevas perspectivas sobre la focalización y las múltiples perspectivas que admite un mismo hecho histórico, complementando trabajos como los de Josefina Cuesta, que trata sobre el tratamiento dado al recuerdo; los estudios de Manuel Aznar relativos a la literatura de la República y de la Guerra Civil y su relación con el exilio y con la revolución; las reflexiones sobre la subjetividad en el discurso histórico del profesor Hayden White; el papel del régimen franquista en la represión de los vencidos, tal y como nos muestra Paul Preston; Paul Ricoeur y sus estudios sobre las relaciones entre la temporalidad historiográfica y el discurso literario; la articulación del pasado y de la visión del otro que muestra François Hartog; Sebastiaan Faber y sus estudios sobre el acto afiliativo y la literatura; el cuestionamiento de la historia de los vencedores hecha desde los estudios sobre posmemoria de Marianne Hirsch; Jan Assmann y su concepto de mnemohistoria; Astrid Erll y su concepción de la literatura como un medio de transmisión de la memoria cultural; la reconstrucción del pasado a través de la memoria del grupo, como muestran los trabajos de Ann Rigney; o los estudios sobre la definición del espacio desde la memoria de Maurice Halbwachs.

El objetivo central de este proyecto será, por lo tanto, ofrecer un estudio concreto de las diferencias y similitudes entre los textos factuales y los textos diegéticos, mostrando además cómo influye el discurso ideológico a la hora de utilizar un determinado marco genérico. Todo ello mientras se procura poner de relieve el papel que tiene la memoria y la investigación llevada a cabo desde el ámbito de los Estudios de la

Memoria dentro de este espacio liminar entre diferentes disciplinas. Este propósito, debido a su amplitud, ha sido llevado a cabo a cabo atendiendo principalmente a los siguientes aspectos derivados: (1) a través del contraste entre los ejemplos de textos de la literatura de la memoria con las obras historiográficas de ese mismo periodo, mostrando su mayor o menor objetividad respecto a los hechos narrados; (2) estudiando la focalización y la forma de exponer un determinado hecho histórico desde diferentes perspectivas, mostrando el papel de la subjetividad en este proceso; (3) mediante la reflexión sobre las razones que tiene un autor para utilizar un determinado género textual a la hora de mostrar su perspectiva personal sobre los hechos; (4) desentrañando la función que ejerce la verdad dentro de un periodo histórico en el que la multivocidad de interpretaciones sobre el presente y el pasado contribuyeron a diluir conceptos de gran importancia como la exactitud de los hechos, la certeza, y la autenticidad; (5) examinando la contraposición de discursos que se llevó a cabo durante este periodo, y que permea en los diferentes textos ficcionales y memorialísticos del corpus, observando la polarización sobre la cual se construyeron y su mayor o menor cercanía hacia los hechos ocurridos. Asimismo, mediante este trabajo se pretende valorar el papel que la historiografía sobre la Guerra Civil española ha tenido en la concepción de la historia reciente de nuestro país, así como el alcance de sus diferentes interpretaciones sobre los textos que reflexionan sobre el conflicto y sus consecuencias.

La motivación inicial de este trabajo se encuentra, sin embargo, alejada del ámbito de la Guerra Civil. Inicialmente, nuestro propósito era explorar cómo funcionan los procesos de enfrentamiento entre la realidad y la ficción en torno al espinoso tema de la verdad, tomando como espacio de análisis marcos genéricos como el que ofrece la ciencia ficción. A través de muchos de los textos que forman parte de este género, la crítica que se lleva a cabo sobre la sociedad se realiza de manera oblicua, gracias al espejo valleinclaniano que nos ofrecen este tipo de diégesis. Tenemos la suerte de poder seguir adentrándonos en estas cuestiones de manera paralela a nuestro estudio de la Guerra Civil española, pero esta motivación inicial de explorar los fundamentos conceptuales que tiene una sociedad sobre sí misma es también, en cierto sentido, el fundamento de este trabajo. Aunque hayamos desviado nuestra atención en las páginas que siguen al pasado reciente de nuestro país, nuestro propósito ha sido intentar mostrar cómo esta misma diatriba entre la realidad factual y el pretendido discurso que la transmite sufrieron una enorme factura dentro de este periodo.

El marco de la memoria y su transmisión nos permite entender cómo la verdad no solo puede ser algo multifacético y voluble, sino que también puede ser escondida y tergiversada con el objetivo de lograr el control sobre toda una sociedad. Su estudio, dentro de un periodo en el que la realidad pareció desaparecer para ser sustituida por una miríada de visiones parciales sobre el conflicto, puede ayudarnos a entender cómo los procesos de recuerdo y de elaboración de una imagen colectiva del pasado funcionan dentro de una sociedad que ha vivido el trauma de una guerra de estas características y de una posterior dictadura de cuatro décadas. La visión del otro, así como los procesos de deshumanización y de reelaboración particular del grupo juega así un papel de gran relevancia dentro de la concepción de un determinado conjunto de individuos que pueden dejar de ser vistos como parte integrante del «nosotros».

Todo ello dentro del marco de una ciudad que, como Madrid, conjugó durante el conflicto tanto su carácter material como una faceta simbólica que se desarrolló a lo largo del conflicto. Hemos decidido centrar nuestro estudio precisamente en un momento muy concreto de la historia de esta ciudad, el último mes de la Guerra Civil española que se vivió en su entramado urbano. Ello se debe no solo al hecho de que se trate de un conjunto de textos poco estudiados —puesto que sobre la guerra se ha escrito mucho, pero solo acerca de ciertos eventos determinados—, sino que es precisamente en el espacio imaginado en el que se convirtió la capital española durante el conflicto donde consideramos que se puede apreciar con mayor claridad lo que supuso esta pérdida de una visión unívoca sobre la concepción de la verdad que culminó con la institución de la derrota republicana. Madrid, como espacio de todos y de nadie, se convierte así en el escenario ideal para intentar desentrañar lo que significó la tragedia del desmoronamiento de la República española tanto desde un plano factual, como desde el simbolismo que adquirió como centro del conflicto. Y todo ello porque, como explica Andrés Trapiello, se trata de una ciudad

estrepitosa y bizarra (por decirlo con dos italianismos) y, si se le pilla el punto, fascinante. No hace falta haber nacido en Madrid, ni vivir aquí, para darse cuenta. Claro que si dijera lo contrario tampoco se molestaría nadie, porque la mayoría de los madrileños que yo he conocido no son narcisistas, y las madrileñas menos aún; presumidos, quizá algo más que en otras partes, pero narcisistas no me lo han parecido. Además, casi nadie es de Madrid, y cuando te encuentras con alguien que nació en la famosa «Villa del oso y el madroño» tampoco te cobra una perra por ello: «haber nacido en Madrid no da derecho a nada» y «en Madrid todo es de todos». Lo primero lo dijo Giménez Caballero, que escribió un libro que

se titula *Madrid nuestro*, y lo segundo, Tomás Borrás, uno de los personajes de *La tertulia del Café de Pombo*.

A menudo oímos: «no sé cómo podéis vivir en Madrid». Y llevan razón. Yo tampoco me lo explico. Pero si puedo, nunca me iré de esta casa ni de este barrio; cada día los encuentra uno, cómo decirlo, más cercanos, sin que por ello vea que se lo estemos quitando a nadie. Esta ciudad nos sienta a todos como ropa de niño pobre, «corta y larga». Lo que tiene de urbe lo tiene también de «campesino y lugareño», como se encargan de recordar una vez al año los rebaños de merinas que atraviesan la cañada que pasa por la Puerta de Alcalá. (...) Para los que nos gusta lo nuevo tanto como lo viejo, es una ventaja, aunque sin salir de España hay por lo menos media docena de ciudades que la superan en todo o en parte, y saliendo, muchas más (Trapiello, 2020: 9).

## 2. Estructura y metodología

El final de la Guerra Civil española fue un periodo complejo y de profundas implicaciones para el futuro del país. Durante apenas tres meses, se decidió el destino de una España que iba a vivir durante los próximos cuarenta años bajo el yugo de la dictadura. Los eventos que se sucedieron en este breve periodo pueden ser analizados desde tres espacios principales. Por un lado, la caída de Cataluña y los cientos de miles de refugiados que cruzaron la frontera pirenaica durante el mes de febrero de 1939, así como la progresiva huida del gobierno republicano hasta su último bastión peninsular, situado durante unos pocos días en la localidad gironense de Figueras. El drama humano que supuso esta rápida evacuación del territorio, así como las múltiples historias de quienes terminaron pasando, tanto por las penurias del exilio francés, como por los campos de concentración que se levantaron en el país vecino, justificaría en sí mismo uno o más trabajos de estas características. Por otro lado, el fallido intento de evacuación que se llevó a cabo tras la caída de Madrid, en la costa levantina, donde la ciudad de Alicante vio cómo se negaba el embarque a miles de republicanos que terminarían siendo conducidos a los campos de concentración franquista —con testimonios tan notables como el de la novela *Campo de los almendros* (1968), de Max Aub—, también nos habría permitido un análisis detenido de cómo se vivió el final de la contienda entre los derrotados.

La visión que vamos a ofrecer en este trabajo de Madrid responde, sin embargo, a la creencia de que este tercer escenario de la caída de la República no solo tiene también un corpus considerable de textos que se refieren al mismo, sino que el simbolismo que la capital española adquirió durante el conflicto permiten obtener un sentido global sobre lo

que supuso el final de la guerra que permite entender tanto lo que significó el derrotismo y los enfrentamientos internos entre los republicanos, como la trascendencia que la victoria franquista adquirió tanto para aquellos que vivieron durante este periodo, como para los testigos de la memoria de generaciones más recientes que siguen acercándose a este momento de la historia de nuestro país.

Para poder ofrecer esta imagen de lo sucedido, nuestra intención ha sido estudiar una serie de textos que tratan, de manera más o menos directa, lo sucedido en Madrid durante el mes de marzo de 1939, con el objetivo de desentrañar el simbolismo que transmiten estas diferentes visiones de los hechos a la luz de la memoria transmitida y de la visión contrapuesta de un otro siempre demasiado complejo como para poder ser aprehendido en su totalidad. En esta línea, hemos procurado atender a diferentes tipologías genéricas, desde la ficción hasta la literatura de la memoria, con el objetivo de explorar cómo el recuerdo del final de la guerra —tanto personal como comunitario— se articula en los diferentes autores y épocas. Esto nos permite ofrecer un cuadro de la situación temática que ha sido trabajada al respecto, con especial atención a la temática y al simbolismo que los asuntos tratados —el golpe de Estado del coronel Casado y la significación de un Madrid visto desde la otredad del enfrentamiento—.

De esta manera, hemos dividido el trabajo en cuatro grandes bloques, que estructuran el estudio que procuramos ofrecer y permiten al lector adentrarse en estas diversas visiones sobre nuestro pasado desde la asunción de que se trata de fragmentos separados de una misma verdad que necesitan ser estudiados de manera contrastiva. En este sentido, el primer bloque —titulado “Memoria y olvido: el recuerdo del pasado como diálogo con nuestro presente”— pretende explorar cómo se interrelacionan todos estos procesos de recuerdo desde el marco de los Estudios de la Memoria. Para ello, a través de los dos subapartados que lo componen —denominados “Memoria, otredad y compromiso: el recuerdo del pasado visto desde el yo” y “De historia como ficción, y ficción como historia. El estatuto de la historiografía en cuestión”— se procura contrastar la problemática existente sobre el acceso que tenemos como seres humanos a lo sucedido en el pasado con el análisis de un recuerdo que, aun siendo transmisor de la verdad, ayuda también a poner esta en entredicho desde su re-construcción y su re-presentificación.

El segundo de los bloques que componen este trabajo —bajo el título de “Casado contra Negrín: las maquinaciones de Burgos y la fractura definitiva de la República”— establece el imprescindible análisis histórico que un trabajo de estas características necesita. Acompañado del subapartado denominado “El golpe de Estado de Casado y la

caída definitiva de la República”, el posterior análisis que llevemos a cabo del corpus primario se beneficiará de la diatriba historiográfica que procura desentrañar lo realmente sucedido durante el golpe de Estado del coronel Casado. Historia y ficción se contrastan así en un esfuerzo por establecer un paradigma de análisis fronterizo entre diferentes disciplinas que se pueda beneficiar del estudio de los márgenes para intentar explorar la capacidad del recuerdo para acercarnos a la verdad.

Una vez establecidas las bases teóricas del trabajo, el análisis del corpus primario se presenta en dos grandes bloques. Hubiera resultado en extremo dificultoso —dadas las características de este estudio— acercarnos con el mismo grado de detalle y profundidad a los temas presentados líneas arriba en todos los textos que hemos recogido. No solo su variedad y visión plural impide categorizarlos y agruparlos con facilidad, sino que su enfoque también diverge del estricto relato sobre lo sucedido en los últimos meses —o incluso semanas— de la guerra. Por ello, y para enriquecer el análisis que se ofrece en el último apartado, el tercer bloque —bajo el título de “La victoria sobre Madrid: entre la épica y el derrotismo”— nos permite adentrarnos en el complejo fenómeno textual que se estudia en este trabajo desde múltiples perspectivas. En esta línea —tras una sección introductoria denominada “Guerra, vida y crónica: un recorrido por los testimonios del final del conflicto”—, el texto se adentra en un conjunto de trece obras que exploran el Madrid republicano tanto desde la memoria directa de lo sucedido —en “Escribir con sangre: el grito sobre lo sucedido al final del conflicto”, con los casos de Barea, Oyarzábal Smith, Álvarez del Vayo y Mera— como desde la diégesis que busca transmitir el recuerdo desde la subjetividad que ofrece la ficción —en “La ficción como vehículo de la realidad: la narración de la caída”, donde se analizan textos de Fortún, De Pedro, Méndez, Corral, Quiñones, Galván y Zúñiga—.

El último de los bloques de este trabajo —titulado “Madrid, capital de la derrota”— reúne lo estudiado en los apartados precedentes para intentar explicar la caída simbólica de la ciudad de Madrid desde la comparativa entre el análisis del recuerdo que ha podido ser apreciado en los textos precedentes y la problemática historiográfica que rodea a este periodo de nuestra historia reciente. A través del apartado denominado “La ficción como espejo del pasado: Relaciones y conexiones entre la ficción de Max Aub y la memoria viva de Carlos Morla Lynch” —tras una sección introductoria designada como “El fin de un mito”—, el análisis de los *Diarios* del diplomático chileno Carlos Morla Lynch se entrelaza al estudio de la novela de Max Aub *Campo del moro* para ofrecer al lector una visión de la inmediatez de lo sucedido desde la comparativa entre



diégesis y memoria —en línea, así, con el espíritu conjunto de este trabajo—. En esta investigación se presenta cómo se vivió la guerra desde la conciencia de su significación, a través de unos textos donde queda patente la fuerza de la subjetividad y de la diégesis para re-construir un recuerdo colectivo sobre un periodo tan traumático como el final de la Guerra Civil española. Finalmente, a esta percepción de lo sucedido desde el presente revivido que ofrecen Aub y Morla Lynch se suma aquella mostrada por Ángel María de Lera desde el interior de la España franquista con su novela *Las últimas banderas* —en el apartado titulado “Ángel María de Lera: entre el derrotismo republicano y la sombra del franquismo”—, donde la equiparación de ambos bandos entre el olvido y la recuperación de parte de la memoria prohibida sirve de colofón a nuestro análisis de la memoria sobre este particular periodo de nuestra historia.

# **BLOQUE I**

**MEMORIA Y OLVIDO:  
EL RECUERDO DEL PASADO COMO DIÁLOGO CON NUESTRO  
PRESENTE**



Madrid sacó sus miserias al primer sol de la primavera. La Castellana amarilleaba débilmente todavía, entre los ateridos árboles en cuyas ramas apuntaban las yermas reventonas. La gente, entre ella algunos niños pálidos, acudió al paseo aquella mañana marceña a oreearse, como a sacudirse la ceniza del invierno tras las últimas jornadas de tiros en sus calles y con nubarrones grises en lo alto. Aún aparecía enfundada en sus viejos gabanes y arropada con tapabocas y, aunque flaca y ojerosa, hacía gala de una sonrisa cuyo recóndito sentido se transmitía con las miradas. Era como un comienzo de conjura o conspiración de la alegría de vivir, apenas sofrenada y disimulada. Hasta los hombres vestidos de uniforme, que iban y venían en grupos, o charlaban en corros, mostraban un talante eufórico. La circulación rodaba por el centro y las calzadas laterales, si bien reducida a coches y camiones militares enmascarados, no infundía temor ni levantaba expectación alguna. Los que ocupaban los vehículos iban tranquilos, despreocupados, sin asomo de recelo o inquietud. Madrid recobraba su fisionomía anterior a la algarada de casadistas contra negrinistas y quizás, observándolo bien, con un ligero matiz más frívolo y optimista que de costumbre.

—(...) Cualquiera diría que la guerra ha terminado (De Lera, 1967: 285).

La imagen y los sentimientos transmitidos desde hace ochenta años sobre el final de la Guerra Civil no pueden ser comprendidos sin acercarse al papel que jugó la capital del país en este proceso. Considerar la ciudad como único escenario del final —obviando eventos tan relevantes como las maquinaciones llevadas a cabo en Burgos, los sucesos en torno a la deserción de la flota republicana que se encontraba anclada en Cartagena, o el drama de los refugiados que se vivió en las playas alicantinas, por poner algunos ejemplos— sería reducir el análisis del periodo de manera incorrecta. Sin embargo, los eventos políticos que se vivieron durante marzo de 1939 en las calles de Madrid han copado, desde el mismo momento en el que se produjeron, la ficción y la reflexión llevadas a cabo sobre el final del conflicto español. La guerra, por lo tanto, no puede ser entendida sin el simbolismo que se fue construyendo en torno a la capital, una ciudad elevada en 1936 desde su mera razón política como capital del Estado y de la desaparecida monarquía borbónica a alegoría de todo aquello que la dialéctica republicana podía lograr. La resistencia de la urbe en la Batalla de Madrid —que demasiados dieron por perdida antes de tiempo— se había convertido, a la altura de 1939, en un escollo para el nuevo Estado que Franco pretendía imponer sobre el conjunto de la ciudadanía española. Un sistema que estaría basado, como nos muestra la historia posterior del régimen dictatorial, en la represión y el miedo necesarios para imponer una ideología que no dejaba espacio para nada más.

Las diferentes ficciones que vamos a explorar a lo largo de este capítulo nos mostrarán, cada una desde su particular perspectiva e intereses, cómo no solo se trató de una victoria militar sobre la República, sino cómo el simbolismo de Madrid fue poco a poco horadado y desvanecido como paso necesario para imponer la posterior dictadura. Franco fue consciente, desde el primer momento, de que no podría mantenerse en el poder si el recuerdo de la legitimidad y de las libertades obtenidas durante el periodo republicano continuaba vivo. La voluntad de resistencia mostrada en la Batalla de Madrid —muy viva, como veremos, en el recuerdo de los diferentes autores del corpus— se convirtió en uno de los principales obstáculos de este proceso. El dictador debía imponerse no solo por las armas, sino por la fuerza de la palabra; es decir, tenía que silenciar el recuerdo del Madrid republicano y revolucionario y sustituirlo por otra dialéctica basada en la necesaria derrota de una ciudad que se había convertido en un emblema demasiado poderoso de la lucha contra la opresión.

Las ficciones que vamos a estudiar nos enseñarán cómo se entretejió la dialéctica del poder y del recuerdo en torno a lo sucedido en el golpe de Estado del coronel Segismundo Casado a principios de 1939. La desmembración interna de la República, en la cual existió una clara implicación material y dialéctica por parte del gobierno rebelde de Burgos, se entremezclará con el inicio de la imposición del nuevo poder dictatorial sobre una ciudad que se había convertido en uno de los mayores símbolos de la libertad republicana. Un proceso que parece responder al análisis llevado a cabo por Nicolás Maquiavelo sobre el poder político en *El Príncipe* (1532), donde ya expone muchas de las claves que podemos encontrar en el análisis del final de la Guerra Civil española. El mantenimiento a ultranza del poder, utilizando la palabra dada como una moneda de cambio que es empleada por los gobernantes sin escrúpulos “que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas” (Maquiavelo, 2010: 118) para medrar y obtener el rédito político necesario, nos habla de cómo la manipulación de la palabra se convertiría en nuestro periodo de estudio en el medio utilizado para desdoblar la realidad, mostrando a la mayoría de la población una imagen pretendidamente interesada del Nuevo Estado franquista que se estaba desarrollando y que escondía la represión que también se estaba llevando a cabo; pues, tal y como escribía Maquiavelo “por parte del conjurado no hay sino miedo, sospechas, temor al castigo, lo cual acobarda; pero de la parte del príncipe está la autoridad del principado, las leyes, el apoyo de los amigos y del Estado que actúan en su defensa” (2010: 124). Franco fue capaz de comprender el poder de la imagen y del emblema para transformar la realidad a partir de la ficcionalización de la misma y de su

pasado, convirtiendo a aquellos que se oponían a su régimen en gentes sin apoyos suficientes para acabar con el Estado dictatorial, gracias al silencio y a la modificación del pasado. Un proceso que nos enseña también cómo el ideal maquiavélico, según el cual el fin justifica los medios, se fractura en la realidad de un príncipe que no utiliza el poder acaparado para ofrecer el bien a la sociedad, sino que hace uso del mismo para privilegiar únicamente sus propios intereses. El ideal del príncipe maquiavélico movido por la gloria y preocupado por su obra de arte, el maleable pueblo, se romperá en ejemplos como el presente, manifestando la sustancial aporía que el pensamiento maquiavélico manifiesta sobre la tendencia natural del príncipe a someter el mal de sus súbditos y llevarles hacia el bien (Herrera, 2020: 161). Plantearemos en este capítulo un análisis de cómo se llevó a cabo a través de la ficción esta lucha de poder que fracturó definitivamente la resistencia republicana en marzo de 1939, en medio de unos combates entre negrinistas y casadistas que escondieron, desde un principio, las maquinaciones e intereses que Franco tenía en este desenlace.

## **1. Memoria, otredad y compromiso: el recuerdo del pasado visto desde el yo**

### 1.1 La memoria como espacio común entre el yo y el otro

La situación de la memoria española es, en la actualidad, un debate no resuelto que sigue afectando a la vida política del país, y a los discursos que se escuchan desde la tribuna del Congreso de los Diputados. Frente a la clara condena del nazismo que realizó Alemania tras el fin de la II Guerra Mundial, o la eliminación de las referencias fascistas que llevó a cabo Italia en la misma época, España presenta la especial característica de mantener, cuatro décadas después del fin de la dictadura franquista, a miles de españoles represaliados en las cunetas —una gran parte de ellos sin haber sido aún identificados— así como restos y emblemas de la dictadura por toda la geografía nacional<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Dicha imagen había sido construida ya desde 1931. La narrativa franquista insitió posteriormente en esta presentación desalmada del sistema republicano, al que caracterizarán como vacío de los valores seculares y de la historia, receptáculo de todo lo peor de España. Autores como Ricardo León mostrarán en sus descripciones que el verdadero problema se encuentra en la pérdida de poder de las élites económicas y oligárquicas tradicionales del país; el paso de la autoridad pública a unas clases menos adineradas que ellos no aceptan como legítimas ostentadoras del poder: “Hervía en las ciudades populosas, con las espumas y borbollones de esta fermentación sentimental, esa multitud de fracasados e impotentes, holgazanes y zascandiles, pequeños ambiciosos y pequeños intelectuales, avanzadillas de las muchedumbres proletarias; todo ese mundo inferior, pedante, feo y envidioso, que aspira a sustituir en el gobierno de los hombres a las aristocracias de la inteligencia, del trabajo y de la sangre. Madrid, sin corte ni corona, vacío de sus

Dentro de los componentes fundamentales de este proceso se encuentra el valor otorgado a la memoria por parte de la sociedad española; su utilización partidista, modificación oportunista, y olvido programado<sup>2</sup>. Se trata de un proceso que puede afectar a amplias capas de un endogrupo, y que es explicado desde las investigaciones psicológicas como una defensa colectiva frente a la culpa que supondría la asunción y el reconocimiento de lo sucedido: “the power of threatening individuals’ collective moral identity on memory for the moral failings and relevant intergroup relations. Specifically, confronting members of perpetrator groups with evidence of their group’s culpability can cause backlash in the form of the motivated forgetting of the violent acts and, for high identifiers, reduce collective guilt” (Rotella y Richeson, 2013: 736). El profesor José F. Colmeiro es uno de los investigadores que mejor ha sabido reflejar la realidad de la memoria histórica en nuestro país, así como su relación con la identidad cultural durante la dictadura (y con posterioridad a su finalización). El primer elemento que debemos destacar es el desconocimiento de la memoria reciente por parte de los intelectuales españoles. Se trata de un olvido voluntario que explica muchas de las inconsistencias del discurso actual de la historiografía acerca del siglo XX. Se observa el fenómeno paradójico de una denuncia del olvido de la realidad histórica, a la vez que se oyen las quejas sobre el exceso de memorias personales y de recuperación del pasado franquista y republicano. El investigador, ante esta realidad, se encuentra con posiciones enfrentadas sobre el mismo aspecto, con lo que la labor de documentación y recuperación del pasado (así como de la imagen transmitida a través de las memorias y de la literatura) se torna aún

---

instituciones seculares, de sus esencias antiguas, ya no era la capital de España, la cabeza de un imperio espiritual único en el mundo por la anchura de sus alcances históricos y de sus horizontes geográficos. Era otro Madrid sin alma y sin elegancia, poblado de caras nuevas, de tipos extraños, esos tipos que surgen como espectros de humanidad alucinante, como fantasmas de pesadilla, al conjuro de las revoluciones. (...) Cundía también el insensato alborozo de los indígenas, mezclados en confuso antrajejo con los agitadores franceses, los comisarios rusos y las judías alemanas” (León, 1941: 224).

<sup>2</sup> Un proceso estudiado por muchos autores, quienes llaman la atención sobre esta falta de referencias realistas sobre el pasado reciente de nuestro país: “En España, dentro de este marco global del permanente cuestionamiento del modelo histórico, de presentación y análisis de las problemáticas existentes en el presente, se da el doble proceso del «olvido» oficialista del pasado y su sistemática manipulación. La manipulación del pasado, su falsificación, se dio a lo largo de la dictadura por medio de la propaganda política del régimen franquista amoldándose a las necesidades políticas coyunturales. Dicha manipulación alcanzará límites grotescos cuando, tras haberse producido la «amnesia» de la transición española a la democracia, se quiera presentar el modelo democrático como el resultado de una continuidad lógica del régimen franquista, a este último como protodemocrático y a sus representantes menos recalcitrantemente fascistas como individualidades democráticas. El olvido o amnesia oficialista de lo ocurrido durante la Guerra Civil y la larguísima posguerra posterior, fue la condición *sine qua non* pactada para la democratización del país ocultándose así la realidad de los vencidos en el año 39 y su carácter de víctimas del régimen instaurado por el general Franco, facilitándose así el espejismo de la continuidad histórica desde las necesidades e imperio del presente” (Izquierdo, 2000-2001: 104).

más complicada. Y todo ello con el trasfondo de parte de una sociedad española que no parece ver con buenos ojos el intento de profundizar en unos temas que, de manera más o menos voluntaria, han sido obliterados, de forma general, durante los últimos ochenta años. La importancia de la recuperación memorialística ante episodios como la Guerra Civil se nos muestra más relevante aún desde la perspectiva de la búsqueda de una verdad que, en muchas ocasiones, únicamente a través del estudio de este tipo de testimonios puede ser entrevista:

Por tanto, la verdad se alcanza o reconstruye mediante testigos individuales tanto como en los archivos; y se persigue menos por motivos de conocimiento científico que por una necesidad de justicia, un afán ético. En última instancia, la verdad histórica satisface una necesidad de autoconocimiento, considerado indispensable para el desarrollo futuro, sea a nivel personal o comunitario (Faber, 2010: 108).

Dentro de nuestro trabajo, es importante la distinción realizada por Colmeiro entre “memoria colectiva” y “memoria histórica”. La primera sería, según sus propias palabras, “un capital social intangible” que únicamente puede referirse al “conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros pertenecientes a un determinado grupo social, y que determinan su adscripción al mismo” (2005: 15). Se trata, por lo tanto, del patrimonio inmaterial común que vertebra una idea singular sobre lo que han sido España y los españoles para las diferentes generaciones del último siglo. Y, aun con sus discrepancias y diferentes realizaciones, su manifestación (o falta de ella) a través de las distintas épocas es un dato de gran importancia para comprender lo sucedido realmente tras 1931, así como la manera en que estos hechos siguen siendo relevantes para la sociedad actual. Se trata, en definitiva, de la expresión ideológica que construye una determinada sociedad y que transmite a partir de su recuerdo a otros grupos, o a los descendientes propios que adquieren, de esta manera, un sentido de identidad y pertenencia a la comunidad; puesto que, a través de la literatura, la construcción de la narrativa que una determinada comunidad quiere crear sobre sí misma puede ser llevada a cabo:

Esta narrativa moldea, de manera diversa, diferentes manifestaciones y posibilidades de construcción de la memoria y la identidad, y presenta, a veces someramente, otras veces con sorprendente prolijidad, a partir de una cultura del recuerdo ya preexistente, unos modelos identitarios con una significativa carga simbólica, que bien pueden influir, de manera



determinante, en las variantes que adoptan en la sociedad contemporánea los procesos individuales y colectivos de evocación del pasado y de construcción de identidades (Maldonado Alemán, 2010: 172).

Según expone el historiador Jacques Le Goff, “la mémoire collective fait partie des gros enjeux des sociétés développées et de sociétés en voi de développement, des classes dominantes et des classes dominées, luttant toutes pour le pouvoir ou pour la vie, por la survie et pour la promotion” (1988: 174). La crisis que vive la memoria española se debe, por lo tanto, a las dificultades para mantener un sentido de identidad global en la sociedad tras haber sublimado, o directamente omitido, una parte fundamental de nuestro pasado. El olvido instaurado durante la Transición, un pacto que evitó el duro trance de desenterrar los horrores del pasado franquista y de la represión, se mantiene hasta la actualidad, provocando un cuestionamiento constante sobre la memoria colectiva del país. En palabras del profesor Colmeiro,

Esa simbólica «ceremonia de perdón» predicada sobre la convivencia y la «reconciliación» —en la que en realidad nadie pidió perdón a nadie— ha funcionado durante los años de la transición de cómoda tapadera para no tener que recordar la historia más cercana y más problemática: el largo cadáver histórico del franquismo. En realidad se trataba más bien de una voluntaria amnesia colectiva resultado del no querer sacar el esqueleto del armario en el que quedó cerrado y bien cerrado. La amnistía política concertada para todos, tanto para los presos políticos encarcelados como para los responsables históricos, venía predicada necesariamente no sobre la recuperación de la memoria histórica, sino sobre la amnesia colectiva (2015: 19).

No hubo perdón, sino indulgencia. Fue una amnistía política, cultural y jurídica que, bajo el marbete de la reconciliación, enterró una parte fundamental de nuestra memoria crítica.

La distinción con el término “memoria histórica” adquiere relevancia, según el trabajo de Colmeiro, porque el verdadero problema no es la ausencia de la “memoria colectiva” dentro de la sociedad española (que, de una u otra manera, es siempre necesaria para lograr una identidad social común), sino la falta de visión crítica y de cuestionamiento de estos mismos postulados. Este segundo tipo de memoria sería un tipo concreto de “memoria colectiva”, caracterizado por “una conceptualización crítica de acontecimientos de signo histórico compartidos colectivamente y vivos en el horizonte referencial del grupo” y por su “naturaleza autoreflexiva sobre la función de la memoria”

(2005: 18). Es este segundo elemento del que carece la sociedad española, que no ha profundizado en ello como se ha hecho en otros países de nuestro entorno. Debido a la importancia de este término, la “memoria histórica” (su visión y su construcción) será, por lo tanto, uno de los temas centrales de este trabajo, observando su evolución y análisis a través de los diferentes autores que vamos a estudiar.

La recuperación y el estudio de lo sucedido durante la Guerra Civil, así como la identidad republicana (que también forma parte del pasado español) se convierten en elementos esenciales para el futuro de la memoria en España. Afrontar el pasado es una necesidad del investigador, y el estudio de las memorias y diarios de los protagonistas de estos hechos un material espléndido para abordar esta perspectiva. Es, por lo tanto, un desarrollo que no debe ser adscrito al simple descuido, sino a la configuración intencionada de una verdad alternativa ideada por el aparato franquista, que posteriormente no fue cuestionada con suficiente fortaleza por parte del pacto de silencio surgido de la Transición, que tuvo su principal impacto en el ámbito de la reparación institucional (De Kerangat, 2017: 105-106).

La Guerra Civil ha sido uno de los objetivos claros de este proceso de desmemorización. Como uno de los sucesos más traumáticos de la historia española del último siglo, la no aceptación de lo sucedido ha lastrado la memoria histórica, y la ha contrapuesto a una parte de la población que prefiere no enfrentarse al trauma que supondría observar dicho pasado de manera objetiva. Las violaciones sistemáticas de los derechos humanos, el horror vivido en los campos de concentración, y la represión social y política de todo aquel que fuera considerado por los rebeldes como de izquierdas (incluida su familia y, en muchos casos, también aquellos que le hubieran ayudado o favorecido) fueron decididamente olvidadas por el régimen franquista para instaurar un discurso basado en los valores de la familia, la patria y la religión. Los sucesos de la guerra pasaron de ser considerados una cruzada nacional —que justificara las barbaridades cometidas— a ser voluntariamente olvidados por un gobierno dictatorial que prefería no enfrentarse a la explicación de lo sucedido, optando por el abandono y la omisión libre de estos hechos. Se estableció, por lo tanto, un tabú sobre este periodo histórico que fue mantenido por la Transición.

El desencanto es el elemento fundamental que, según considera el profesor Colmeiro, conllevó que los intentos de ocultar la verdad histórica llevados a cabo por el régimen fueran mantenidos por una nueva democracia española que consideraba oficialmente superado su pasado (2005: 147). La recuperación de la memoria reprimida

se convierte, de esta manera, en un proceso largo y doloroso que enfrenta a la sociedad, al grupo, con un pasado traumático que puede llegar a resultar demasiado desolador contemplar tal y como sucedió. El desconocimiento y el desinterés suponen una salida a este proceso que, sin embargo, carece de una memoria histórica que respalde esta decisión de la comunidad. Ello es lo que provoca, como vemos, el desencanto final que deben superar los estudios actuales sobre la Guerra Civil española.

La memoria colectiva es, como vemos, un elemento fundamental en la concepción que la comunidad presenta sobre sí misma. Forma parte de una cultura compartida que sirve a los diferentes individuos del grupo para sentirse parte de un sistema de relaciones singular y único. Es una parte fundamental de la identidad y del autoconcepto de las personas y, por lo tanto, su definición resulta fundamental para comprender los diferentes procesos históricos y literarios que experimenta una sociedad. La construcción de esta identidad comunitaria se realiza, en muchas ocasiones, por contraposición a los rasgos propios de otros grupos cercanos (o con los que se pretende competir). Es, en todo caso, un avance guiado por los líderes de dicha comunidad, que pueden optar por acentuar las semejanzas intergrupales (fomentando procesos de colaboración), o procurar presentar los rasgos endogrupales de forma contrapuesta a los de uno o varios exogrupos; que de esta manera se configuran como el “otro”. Y de este enfrentamiento es de donde puede surgir la violencia, según algunos estudios, de manera más sencilla que entre individuos<sup>3</sup>.

Uno de los investigadores más importantes dentro del concepto de la otredad ha sido, sin duda, el palestino Edward Said. En su obra *Orientalismo* este investigador se ha encargado de mostrar, a través del caso concreto de los tópicos configurados desde Europa sobre el Islam y los musulmanes, cómo la construcción de un “otro” no se realiza a través de un proceso de contraposición objetiva de rasgos diferentes entre ambos grupos, sino como un trabajo unilateral de recreación del exogrupo que sirve a los intereses propios del endogrupo, sin que sea importante que las diferentes características asignadas correspondan con la realidad. Juan Goytisolo, en un prólogo que realiza a la obra de Said, alude al caso español, considerando que presenta una evolución diferente, más

---

<sup>3</sup> Según exponen Irene Jiménez y Gabriela Topa: “Hay quienes han afirmado que es más fácil que surja hostilidad entre grupos que entre personas individuales. Incluso se puede decir que las relaciones entre endogrupo-exogrupo están marcadas por la competición y la hostilidad incluso en ausencia de motivos objetivos de conflicto, como la escasez de recursos. De hecho se ha encontrado que cuanto más parecidos y comparables son los grupos, más fácil es que surja entre sus miembros el favoritismo hacia el propio grupo. Por esto, los departamentos, secciones y grupos de trabajo proclaman que son más diferentes y mejores, precisamente cuanto menos diferenciados están” (2016: 171).

aislacionista que en los ejemplos tratados en la obra: “Quiero precisar aquí que España es un caso aparte: nuestra anorexia cognitiva y asimiladora tocante a otras culturas nos distancia también irremediabilmente de Europa” (Said 2010: 12).

La postura que se presenta en esta obra surge del reconocimiento sobre la opresión, también en el plano intelectual, que viven pueblos como el palestino. Se trata del combate contra un imperialismo neocolonial que investigadores como Claudio Guillén reconocen a este autor a la hora de estudiar sus obras: “No hay un milímetro de resquicio entre el crítico de la literatura en Said y el luchador palestino, el estudioso tenaz y el crítico incansable de la postura occidental frente a la tragedia de Palestina” (2013: 23). Obra intelectual y crítica social se unen en unos escritos que pretenden mostrarnos cómo la configuración cultural del diferente puede llegar a ser un elemento fundamental para la construcción interna del endogrupo y de su ideología.

Said nos expone un proceso de construcción del exogrupo que se lleva a cabo en un entorno alejado del mismo, sin que sus miembros puedan participar en dicho desarrollo. La imagen y la información consideradas oficiales sobre el “otro” es elaborada y recreada por diversos equipos de intelectuales del grupo dominante que se basan en los tópicos y en las ideas preconcebidas para reconstruir una versión que permita contraponer sus propias ideas, más elevadas o de mayor importancia, a las del extraño que se espera mantener como un objetivo a controlar y manipular. En el caso concreto de los estudios orientales europeos, en los cuales se basa la crítica de este autor, se puede observar que “el orientalismo contemporáneo nos enseña mucho sobre la deshonestidad intelectual que supone disimularlas [las distinciones del tipo Este-Oeste, Norte-Sur, ricos-pobres...], ya que eso no consigue más que intensificar las divisiones y hacerlas más crueles y permanentes” (2005:430).

La colaboración intergrupala, que hemos visto que podría conllevar no solo la mejora de las relaciones entre los diferentes individuos, sino el enriquecimiento cultural y social mutuo ante la perspectiva de poder contrastar un mayor número de opiniones y de puntos de vista (configurando sociedades mucho más tolerantes y abiertas), es sacrificada por el interés de ciertos miembros del grupo que utilizan esta construcción del “otro” como parte de su política interna de creación de un enemigo al que atacar y sobre el que descargar la responsabilidad de los males y errores internos. Said expone uno de los mayores problemas de la diplomacia en la actualidad: el conflicto existente entre el mundo islámico y Occidente, uno de cuyos focos de mayor tensión es la ciudad natal del autor, Jerusalén. Con la idea de que no se debe “orientalizar Oriente”, este autor expone

que: “Sin «Oriente» habría eruditos, críticos intelectuales y seres humanos para los cuales las distinciones raciales, étnicas y nacionales serían menos importantes que la empresa común de promover la comunidad humana” (2005: 431).

Uno de los mecanismos más perversos, pero también de mayor utilidad para conseguir el control de un determinado grupo social a través de la ideología, es la deshumanización —en mayor o menor grado—, de los miembros del exogrupo que se pretende configurar como enemigos del orden social instaurado —o por instaurar—. Mayor desde un punto de vista instrumental que desde una perspectiva moral (Rai, Valdesolo y Graham, 2017), puede servir únicamente como medio para contraponer las ventajas de una determinada ideología o configuración endogrupal, usando para ello la adscripción a otro grupo —que, como veremos, no tiene ni siquiera que existir como tal, ya que puede ser una recreación ficticia que satisfaga estos intereses— de características contrapuestas, mostrándole como ejemplo a evitar. Es un proceso que, a lo largo de la historia, se ha desarrollado de muy diferentes maneras. Fue la base del terror dirigido por la Alemania nazi contra el pueblo judío —entre otros individuos considerados como peligrosos para el orden social instaurado por Hitler—. Y también sirvió al franquismo en el genocidio con el que procuró acabar con la izquierda española<sup>4</sup>. Said expone la existencia de un filtro dentro de todo este procedimiento. Una pantalla que permite observar a los miembros de otros grupos sociales no como se presentan ante la vista, objetivamente, sino a través de las ideas y de la ideología que se ha ido construyendo sobre ellos: “A los orientales raramente se les miraba directamente; se les contemplaba a través de un filtro, se les analizaba no como a ciudadanos o simplemente como a gente, sino como a problemas que hay que resolver, aislar o —como las potencias coloniales abiertamente hicieron con su territorio— dominar” (2005: 279). En el momento en el que el poder individual de una persona, su “*capacidad realizativa*”, se diluye ante la incapacidad de hacer a voluntad impuesta por otro, dicho individuo pierde parte de lo que le construye como tal, su “*facultad de obrar y actuar* hacia su entorno”; de tal manera que este poder ejercido desde fuera del yo —sea o no aceptado de manera volitiva y

---

<sup>4</sup> A pesar de que en este trabajo nos inclinemos por concebir este proceso represivo como un auténtico genocidio, hay autores que lo enmarcan dentro de las “consecuencias” derivadas “de los horrores de una guerra civil brutal por las dos partes” (Olábarri 2016: 470), con lo cual se contribuye a diluir, a nuestro juicio, la mayor responsabilidad que uno de los dos bandos tendrá tanto en el inicio del conflicto como en el desarrollo de la misma.

libre— puede llegar a configurar una otredad al negar esta capacidad de acción que forma parte inherente de la definición del ser humano (Ródenas, 2008: 155)<sup>5</sup>.

Esta técnica de deshumanización, que dejó de considerar a los habitantes de las colonias como personas al mismo nivel que los europeos, fue la justificación moral y política de un sistema organizado de opresión que redujo a la práctica esclavitud grandes regiones del planeta por varios siglos. El potencial económico que el sistema colonial suponía para la metrópoli era suficiente razón para que tuviera que ser acreditado a través de los grupos intelectuales, que en este caso concreto Said demuestra que colaboraron en el proceso de orientalización de un territorio cuya imagen y cuya cultura era reconstruida desde los despachos y las bibliotecas europeas, sin una exploración e investigación directa de la realidad de estos territorios. El oriental pasaba a ser un ser exótico al que estudiar únicamente con los instrumentos y los filtros que el propio orientalismo europeo había construido, provocando sentimientos de recelo y rechazo hacia estos individuos: “Se consideraba al hombre oriental aislado de la comunidad en la que vivía y se le observaba [...] con algo de desprecio y de temor” (2005: 279).

La realidad tampoco es una categoría sobre la que no se puedan albergar dudas. Los estudios realizados en neuropsicología muestran cómo nuestro cerebro es un filtro necesario para la comprensión del mundo. El ser humano necesita construir su propio ambiente, y ello lo realiza a través de la experiencia y las percepciones que recibe. La psicóloga Lisa Feldman Barrett, en su obra *How Emotions Are Made*, nos muestra el desarrollo de su teoría sobre la construcción de las emociones y sobre la representación personal que cada uno de nosotros hacemos acerca del mundo que nos rodea. Frente a las hipótesis clásicas, que concebían las emociones —al menos las que se denominan primarias: alegría, miedo, asco, ira, tristeza y sorpresa— como elementos básicos del ser humano, compartidos desde que somos pequeños en nuestro ADN, esta autora las concibe como constructos creados a través de la educación y la cultura. Según sus estudios, las “huellas dactilares” comunes que permitirían a cualquier persona del mundo identificar una emoción, no han podido ser halladas. Lo real no es siempre algo compartido por todos, sino que cada uno de nosotros construye el mundo exterior a partir de su cultura y de su idiosincrasia: “Science, however, tells us that emotions require a perceiver, just as colors and sounds do. When you experience or perceive emotion, sensory input is transformed into patterns of firing neurons. At the time, if you focus your attention on

---

<sup>5</sup> La cursiva pertenece al original.

your body, you experience emotions as if they are happening in your body [...]. The result is that you construct instances of happiness, fear, anger, or other emotion categories” (2018:132). Nuestro cerebro interpreta la realidad, y nuestras sensaciones internas, para ofrecernos proyecciones sobre qué hacer y cómo poder entender el entorno. Y para ello se basa en constructos, categorías a través de las cuales comprender los múltiples estímulos que recibe de manera constante.

La realidad, por lo tanto, depende de este proceso de categorización y entendimiento. Feldman considera que la civilización humana ha sido configurada a través de las construcciones sociales, que permiten al individuo interpretar el mundo. Estima que solo hay una única realidad, aunque esta se pueda manifestar a través de elementos invariables —como pueden ser los átomos—, o de estados que sean experimentados por una única persona —como cualquier emoción—. Cuando se produce un acuerdo entre varios seres humanos para considerar algo como real —por ejemplo, cierta idea acerca de la justicia o de la moral—, solo ello basta para que esa categoría se haga verdadera, aunque dependa únicamente de un acuerdo social. Según nos explica en su obra, tomando como eje vertebrador de la idea el caso de las emociones, “The distinction between «real in nature» versus «illusory» is a false dichotomy. Fear and anger are real to a group of people who *agree* that certain changes in the body, on the face, and so on, are meaningful as emotions. In other words, emotion concepts have *social reality*” (2018: 133). Estas palabras nos permiten comprender otra de las piezas importantes del funcionamiento de los grupos humanos. La construcción del “otro” que nos expone Said se realiza a través de la exposición a los miembros del endogrupo de una determinada realidad oficial que puede servir para modificar la visión individual sobre un concreto conjunto de personas. Si la verdad que nos ofrece el entorno proviene de una reconstrucción realizada por nuestras neuronas, como explica este estudio psicológico, es susceptible de ser modificada y reconstruida a través de la manipulación ideológica. Y también influye en la consideración social y el mayor o menor respeto —o incluso la posición en el mundo— que se decida otorgar al diferente.

La base de este desarrollo radica en la categorización, la construcción de abstracciones a partir de ciertos rasgos que se adscriben a un determinado concepto, creando con ello una realidad que puede llegar a ser compartida por todo el endogrupo:

Make something up, give it a name, and you’ve created a concept. Teach your concept to others, and as long as they agree, you’ve created something real. How do we work this magic

of creations? We categorize. We take things that exist in nature and impose new functions on them that go beyond their physical properties. Then we transmit these concepts to each other, wiring each other's brains for the social world. This is the core of social reality (Feldman, 2018: 134).

El proceso que nos describe Lisa Feldman es la base de nuestro funcionamiento cerebral. Las emociones son parte intrínseca de nuestra condición humana, y no podemos desprendernos de ellas de ninguna manera. Ello no quiere decir que debemos dejar que nos controlen, pero no somos capaces de dissociarnos de una realidad tan importante para nuestra concepción personal. La contraposición histórica entre el hombre racional y aquel que se deja llevar por sus emociones no responde a nuestra realidad psicológica. El grupo social tiene una gran fuerza sobre el individuo a la hora de inducirle qué emociones sentir y en qué momento debe experimentarlas. Fue el caso de las fuerzas franquistas en su construcción del enemigo republicano, sobre el que negaban que se debiera sentir empatía o tristeza al negarle su propia condición humana. Se concibió socialmente que, contra los que eran definidos como “rojos”, solo había sentir odio. Pero ello no implica falta de responsabilidad del individuo sobre sus propias emociones. La información cultural y social que ha recibido a este respecto no le impide ver más allá de la realidad que le han mostrado, lo que le hace también responsable de la concepción grupal y de su seguimiento y admisión:

If you grow up in a society full of anger or hate, you can't be blamed for having the associated concepts, but as an adult, you can choose to educate yourself and learn additional concepts. It's certainly not an easy task, but it is doable. This is another basis for my frequent claim, «You are an architect of your experience. You are indeed partly responsible for your actions, even so-called emotional reactions that you experience as out of your control. It is your responsibility to learn concepts that, through prediction, steer you away from harmful actions (2018: 155).

## 1.2 Los estudios de la memoria como paradigma de análisis

El nuevo régimen un notable interés, esfuerzo, legislación y medios materiales y humanos a la edificación de la propia memoria, mientras destruía la del periodo republicano. Silenciando en unos casos, sustituyendo en otros, destruyendo de pasada, a la vez que erigía en su lugar, y demoliendo sin sustitución, los menos, la política del «Nuevo Estado» pareció dedicar un amplio espacio a la edificación de las bases ideológicas y mentales sobre la aniquilación realizada por las armas, sobre el terreno conquistado al enemigo, en suma. De ahí que, en una



historia comparada, pudiera ser analizada de forma diferencial la destrucción de la memoria que realiza este régimen, que se erige sobre las armas, de la emprendida por otros, que se constituyen por distintos mecanismos de sustitución, como las transiciones democráticas del último cuarto del siglo XX en Europa del Sur y del Este y en América Latina (Cuesta, 2008: 153).

La relación entre la memoria y la Guerra Civil ha sido un punto conflictivo de nuestra historia reciente. Las consecuencias derivadas de los cuarenta años de dictadura configuraron un espacio en el que el recuerdo de lo sucedido durante la guerra ha estado sometido a las consecuencias del pacto de silencio que exponen investigadoras como Josefina Cuesta. La eliminación del contrario, así como el ánimo de reducirle a un otro que solo sirva para construir una imagen particular del endogrupo, permite entender este mecanismo de sustitución del pasado que recrea lo sucedido a través de una narración imaginada cuyo único propósito es borrar la historia y construir una concepción mítica del endogrupo por oposición al contrario. En este contexto, el estudio de la memoria de lo sucedido se convierte en una herramienta de gran valor para explorar ese espacio liminar existente entre aquello que es transmitido oficialmente sobre el pasado y lo realmente acaecido.

Antes de acercarnos a la memoria colectiva —aquella cuya construcción y elaboración está mediada por el endogrupo, como veremos más adelante— debemos distinguir este tratamiento comunitario del recuerdo de las recolecciones individuales que cada uno de nosotros llevamos a cabo sobre nuestro propio pasado. A lo largo de estas páginas, trataremos de manera preferencial sobre la memoria colectiva, pero también haremos referencias a este otro tipo de memoria que corresponde al ámbito particular de cada individuo. Frente a un pasado común, que es construido a partir del diálogo con las necesidades de su presente que establece cada comunidad, la memoria individual responde a un contexto y a un tiempo determinados, por mucho que también sea parte de este mismo proceso de presentificación. Es por ello que el papel de la literatura dentro de este proceso testimonial puede llegar a adquirir una gran relevancia:

La memoria individual forma parte de nuestra conciencia y constituye la base de nuestra identidad. Un hombre que ha perdido la memoria ha perdido su identidad. Esta constatación puede trasladarse a las entidades colectivas, incluyendo la nación; de ahí la importancia de la

memoria para las discusiones sobre la identidad latinoamericana (o la argentinidad, la peruanidad, etc.). Ahora bien, la memoria individual es, en principio, algo inmaterial, tal como lo es la conciencia, pero que puede ser exteriorizada escribiendo, por ejemplo, un diario o nuestras memorias. Del mismo modo, existen expresiones exteriores de la memoria colectiva que nos permiten, de modo indirecto, acceder a ella. La memoria colectiva se manifiesta en la totalidad de las tradiciones orales y escritas, en las expresiones artísticas y culturales, así como en los objetos de uso diario. La literatura constituye, por ende, solo una parte de la memoria colectiva, si bien podemos decir que se trata de una parte privilegiada (Kohut, 2003: 11-12).

La memoria particular se centra en las vivencias personales de un determinado individuo —por mucho que estas sean mediadas por la conciencia endogrupal— en las cuales la subjetividad autobiográfica sobre el relato de lo sucedido construye una narrativa de las experiencias particulares que interactúan con el recuerdo construido en común por la comunidad, pero diferenciado de este recuerdo propio de la persona. De esta manera “collective memory studies tend to focus on how efforts to create a usable past serve political and identity needs, whereas individual memory studies tend to take the criterion of accuracy as a basis standard”, con una diferencia en términos de exactitud de acuerdo con el foco de interés de cada una de ellas, puesto que “the processes of contestation and negotiation that characterize collective memory do not operate without regard to accurate representation of the past, but any agreement on such representation is viewed as tenuous and likely to be subject to further challenge” (Wertsch, 2002: 35). Como James Wertsch expone, el uso de ambos tipos de memorias debe estar mediada más bien por su interrelación que por los rasgos que las separan, puesto que el espacio común en el que se desarrollan —al partir ambas de las vivencias de un individuo particular— establece su principal diferencia en una cuestión de focalización y de nivel de análisis más que de esencia. Todo ello desde un distanciamiento del pasado que obliga a la memoria a construir una narrativa dialéctica sobre el pasado a través de la “re-experiencia” viva de lo sucedido —que coincidiría con el campo de la memoria—, frente a un recuerdo de este mismo pasado en el que la falta de agencia determine su carácter histórico. Se trata de una experiencia de recuperación que, como sucede con el escritor, “Frente a la cuartilla en blanco— cierra sus ojos y va con su memoria hacia atrás para rescatarle ella lo más valioso y esencial de su pasado” (Colinas, 2002: 71). En palabras de Wertsch, esta distinción entre memoria e historia se establece a partir de:

Another opposition —namely, that between «remembering» and «re-experiencing». This distinction concerns the distance, or separation that an individual or group experiences between itself and an event from the past. Remembering presupposes such a separation. While the textual mediation involved may be somewhat difficult to detect, its functioning is present in this case and creates a degree of separation. Re-experiencing, in contrast, assumes that the individual or group merges with, or is a part of the past event. In its extreme form, this may be a way of representing the past that seems to involve no textual mediation at all, the result being that the distance between observer and event dissolves (Wertsch, 2002: 46).

La memoria en sí misma es un constructo de base biológica que forma parte de cada persona, y que se desarrolla en cada uno de nosotros como parte de nuestra individualidad. Estas memorias personales que cada uno de nosotros tenemos pertenecen a este espacio interno en el que también es construido y reelaborado no solo nuestra personalidad, sino el sustrato básico sobre el yo que conforma nuestro autoconcepto. El sentido de cada uno de nosotros, que resulta fundamental no solo para nuestra comprensión del mundo y nuestro trato con los demás, sino para la razón que podamos ofrecer sobre la esencia de nuestra existencia, tiene como base esta memoria personal. Sin embargo, esta no se encuentra únicamente en nuestro interior, por mucho que esa pueda ser la impresión que nos hagamos sobre el recuerdo. Nuestra narrativa particular sobre lo sucedido se nutre tanto de lo contenido en nuestro cerebro como de los objetos, imágenes y todo tipo de elementos externos que nos ayudan a reconstruir el proceso memorialístico. De esta manera, puede argumentarse que nuestra memoria: “is neither located strictly *within* the brain nor *outside* in technological artifacts or in culture, but is the result of a complex interaction between brain, material objects and the cultural matrix from which they arise” (Van Dijck, 2004: 350).

Nuestras memorias personales no se encuentran, por lo tanto, almacenadas en el interior de nuestra cabeza o en nuestros tejidos biológicos, y tampoco tendrían su origen en toda la cultura material sobre la que cimentamos nuestro recuerdo del pasado, sino que sería precisamente en la interacción entre ambas realidades donde se encontraría la memoria particular de cada individuo. El recuerdo es, por lo tanto, desde su base una reconstrucción dialéctica entre diferentes inputs tanto externos como internos a la persona que tiene en la relación misma entre ambos espacios su punto de nacimiento y desarrollo. El cerebro deja así de poder ser concebido como un almacén de la memoria para convertirse en parte de un sistema de reconstrucción continua del pasado que

encuentra, precisamente, en esta acción su característica más relevante. Esta continua reescritura de la memoria, en un proceso activo desde su mismo inicio, explica cómo múltiples aspectos de la realidad presente de cada individuo pueden afectar a esta representificación del pasado que se produce cada vez que un individuo recuerda algo. La antigüedad de cada memoria pasa así a adquirir un necesario estatuto relativo al ser revisitada únicamente desde un proceso presente, por lo que su carácter absoluto de imagen del pasado se perdería en este proceso de reconstrucción que sufre. Dicho en otras palabras:

To summarize my argument so far: Scholars from various disciplines have refuted the truism that memories are images of lived experiences stored in the brain that can be recalled without affecting their content. The cliché of (mediated) objects as immutable deposits triggering fixed memories from a mental reservoir is as outdated as the idea of enduring single memories' being stored in particular sections of the brain. Scientists and philosophers agree that material environments influence the structure and contents of the mind; objects and technology inform memory instead of transmitting it. Memory is not exclusively located inside the brain, and hence limited to the interior body, but neither can it be strictly material or "disembodied", because external bodies and technologies are part of the same mutual affect. To this doubled-edged concept of brain/mind and object/technology I have added a third layer of sociocultural practices that in my view, complements the other two: mediated memories perform acts of remembrance and communication at the crossroads of body, matter and culture (Van Dijck, 2004: 364).

Acercarse al estudio de la memoria no solo resulta complejo, sino que obliga a atender a una multiplicidad de perspectivas diversas para poder comprender cómo se interrelacionan todos sus diferentes aspectos. Para ello, a lo largo de las siguientes páginas, se intentará presentar este acercamiento a los estudios de la memoria —los cuales han tenido un gran desarrollo en las décadas precedentes (Tamm, 2013)— a través de tres niveles diferentes. En primer lugar, un nivel inicial se acercará a la memoria a partir de las distintas épocas en las que se puede dividir la investigación dentro de este campo. Así, se verá cómo las concepciones ideadas sobre lo que es la memoria han variado según el desarrollo social y cultural de cada momento; puesto que la memoria no es más que un producto de la misma sociedad que la intenta definir en una época dada. En un segundo nivel, nos adentraremos en el caso particular de la memoria española y de su producción

durante el régimen franquista, así como de la problemática existente en la actualidad en torno a lo que se ha denominado como “pacto de silencio”. Finalmente, un tercer nivel será el adecuado para reflexionar sobre el papel que puede jugar la literatura dentro de la memoria, así como sobre la delimitación de un concepto de ficción que, precisamente por su carácter fluido y dilatado, requiere de un —siquiera conciso— acercamiento.

### 1.2.1 Los estudios de la memoria: conceptualización y desarrollo histórico

Comenzaremos por el primer nivel de los que hemos señalado. La memoria, en sí misma, se establece a partir de un espacio limítrofe en el que su propia esencia es puesta en duda por su existencia, al transmitirse de manera reconstruida en cada producto de sí misma. Este apego a la existencia, a su ser en el mundo, es el que le da forma como transmisión viva del pasado a través del presente, mediante una recursividad que podríamos caracterizar por su fábrica dentro del individuo que la transmite y de su universo particular (Heidegger, 1971: 102). Es por ello que su relación con el olvido no solo resulta el de un concepto con su opuesto o contraparte, sino el de una simbiosis entre dos realidades diferenciadas a la vez que intrínsecamente conectadas:

Memory itself is, however, not observable. Only through the observation of concrete acts of remembering situated in specific sociocultural contexts can we hypothesize about memory's nature and functioning.

Despite the unavoidable heterogeneity of the terminology, there are two generally agreed-upon central characteristics of (conscious) remembering: its relationship to the present and its constructed nature. Memories are not objective images of past perceptions, even less of a past reality. They are subjective, highly selective reconstructions, dependent on the situation in which they are recalled. Re-remembering is an act of assembling available data that takes place in the present. Versions of the past change with every recall, in accordance with the changed present situation. Individual and collective memories are never a mirror image of the past, but rather an expressive indication of the needs and interests of the person or group doing the remembering- in the present (Erl, 2011a: 8).

El olvido y el recuerdo se establecen así como partes integrantes de una memoria reconstructiva y reconstruida que, precisamente por su carácter vivo y atado al presente (Hartog, 2003: 270-271), permiten presentar el pasado desde su contexto y su significado

particular. Este acto de recuerdo es también un ejemplo de lucha contra el olvido, que se encuentra en la base de la normalidad vivencial de cada individuo (Assmann, 2010: 98). Como expone Astrid Erll, “fictions, both novelistic and filmic, possess the potential to generate and mold images of the past which will be retained by whole generations” (Erll, 2010b: 389). El recuerdo es reconstruido a través de los actos relatados, mediante una narración subjetivada que, a partir de la conciencia más o menos explícita de lo vivido, procura transmitir una presentificación selectiva de lo sucedido que, como expone la profesora Erll, se encuentran en relación directa con los intereses y las necesidades del individuo particular que lleva a cabo el acto de recordar. Es por ello que el acercamiento que la memoria nos ofrece a los hechos sucedidos en momentos tan dramáticos como una guerra permite circunvalar la reedificación posterior que se ha hecho sobre el desastre ocurrido dentro de una particular sociedad —tal y como sucede, en nuestro caso, con la española— a través de la visión directa que tuvieron los implicados; lo cual, en esencia, explica su valor como instrumento para conocer tanto nuestro pasado como el presente en el que se elaboró o transmitió cada particular forma memorialística. De tal manera que, dentro de la dinámica de desaparición que necesariamente se experimenta hacia el pasado, “memories are small islands in a sea of forgetting” (Erll, 2011a: 9).

La relación entre la memoria y la historia se muestra, de esta manera, tanto necesaria como conflictiva, con un debate abierto acerca de si la historiografía es una forma de memoria cultural o no (Erll, 2011a: 39); lo que nos demuestra la problemática del estudio al que nos estamos intentando acercar. Sin embargo, dentro de este contexto, la literatura tiene un papel importante que jugar dentro del campo de la memoria pues, como expone Astrid Erll, permite exponer ante los ojos del lector una expresiva visión de lo sucedido en el pasado, ya que “literary representations of memory are characterized by their complex interrelations with memory discourses of other symbol systems, such as psychology, religion, history and sociology” (2011a: 79).

La memoria cultural se constituye así como un paradigma de análisis interrelacional que procura acercarse al estudio del pasado desde múltiples perspectivas académicas. Su carácter integrador entre diferentes disciplinas históricamente alejadas entre sí —las cuales van desde la literatura o la historia hasta la psicología y la neurociencia— ha generado polémica en torno a su necesidad y su fundamentación teórica, por ser considerado un término demasiado amplio capaz de incluir en su seno datos y hechos suficientemente alejados entre sí. Sin embargo, es precisamente su carácter

abierto y su focalización en la visión que tenemos del pasado en el presente desde todos aquellos acercamientos teóricos que permitan contribuir a este desarrollo y a su explicación lo que le da la fuerza necesaria para constituirse como paradigma de análisis acerca de la visión endogrupal sobre la antigüedad. La construcción de la identidad de un determinado grupo, así como la explicación sobre parte de la base ideológica que tiene el mismo, son también elementos relevantes para entender la capacidad de este marco teórico para ofrecernos una importante visión sobre nuestra relación con la historia y con el pasado.

Desde esta perspectiva, la historiografía puede entenderse como un medio particular de transmitir la memoria cultural; uno de múltiples modos de acercarse al recuerdo y al pasado desde nuestro presente. Puesto que “the past is not given, but must instead continually be re-constructed and re-presented” (Erl1, 2010a: 7), la memoria y la historia pueden entrelazarse en una explicación de lo sucedido que contribuya, de manera unitaria, a dar luz sobre los problemas que afrontamos en nuestro presente a través de la manera en la que han sido transmitidos por el endogrupo tanto los orígenes como los fundamentos de una determinada problemática histórica.

La esencia del pasado puede, de esta manera, ser aprehendida —siquiera parcialmente— al prestar atención a quienes exponen su experiencia sobre el mismo. Es así que dicha experiencia puede ser constituida como un punto de conexión con una realidad que se resiste a ser olvidada y que, a pesar de las imposiciones externas y los intentos de ciertos exogrupos por reconstruir lo sucedido a partir de sus intereses, la realidad particular del endogrupo puede ser transmitida y reedificada gracias al espacio vivencial del que parte esta reelaboración. Es por ello que:

Experience matters then not so much in terms of what happened in the past but in terms of how futures are built back into the past in ways that make for the possibility of becoming different —actualizing alternative trajectories of living. In like terms, imagination matters in terms of where the burden of the past and outstanding detail are folded together in gapfilling imaginative effort after meaning and where imaginative hesitation is a consequence of intersecting durations.

Furthermore, memory matters not as the forensic links in the continuities of persons, groups, and places, but in the ways in which we cut into the flow of experience. Remembering is therefore a discontinuous process holding back the burden of the past. In the same way,

forgetting is not the frailties of memory but the return of experience to imaginative re-elaboration (Middleton y Brown, 2010: 249).

La memoria cultural se convierte, de esta manera, en un nexo endogrupal construido no con el objetivo historiográfico de mantener un relato lo más correcto y verídico posible sobre el pasado, sino con la intención de reforzar los lazos de unión del endogrupo y sus dinámicas de poder, aunque ello conlleve utilizar y deshumanizar a un exogrupo con el objetivo de fortalecer estas relaciones (Arendt, 1958: 5). Como expone Alon Confino:

Collective memory is an exploration of a shared identity that unites a social group, be it a family or a nation, whose members nonetheless have different interest and motivations. And it emphasizes that the crucial issue in the history of memory is not how a past is represented, but why it was received or rejected. For every society sets up images of the past. Yet to make a difference in a society it is not enough for a certain past to be selected. It must steer emotions, motivate people to act, be received; in short, it must become a socio-cultural mode of action. Why is it that some pasts triumph while others fail? Why do people prefer one image of the past over another? The answers to these questions lead us to formulate hypotheses and perhaps draw conclusions about historical mentality (2010: 81).

La memoria colectiva es un puente de unión entre los diferentes intereses que tienen los individuos pertenecientes a un mismo endogrupo, y permite —para quien tenga el poder del mismo— no solo elaborar una historia particular que justifique la existencia y el desarrollo del grupo, sino también una justificación para las decisiones presentes y futuras que se tomen. La memoria cultural, entendida como “shared recollections of the past that rely on media and are linked reflexively to collective identity” (Rigney, 2016: 67), es parte fundamental de este espacio de recolección endogrupal en el que se inserta cada individuo. El pasado es referenciado así desde el interés particular, y es reconstruido solo en lo que resulta necesario para el presente. A través del uso de una serie de modelos memorialísticos —entendidos como el “changing repertoire of narrative structures, figures of thought, genres, and aesthetic styles whose application enables singular experiences and events to be publicly articulated in different material forms” (Rigney, 2016: 70)—, cada individuo reconstruye su pasado de acuerdo no solo a los intereses de



su inmediato presente y de su propia esencia elaborada a través de los años, sino de acuerdo a estos marcos endogrupales que determinan y singularizan el repertorio de ideas y conceptos asumidos en los que se basa dicho individuo para elaborar sus memorias particulares. El recuerdo se convierte en un espacio de recolección de donde obtener únicamente aquello que sirva a los intereses de esta memoria, al seleccionar solo aquellas escenas o hechos que contribuyan a la visión histórica que se pretende defender. Todo ello dentro de un devenir temporal que resulta de gran importancia para comprender la distancia con la cual se establece el recuerdo de un determinado suceso: “An acknowledgment of distance from the past is thus a hallmark of Western modernity, in which our sense of time—which treats past, present, and future as more clearly delineated than in previous epochs—yields a sense of difference from our ancestors. In other words, distance from the past only came to be understood and recognized as something that matters in the course of history” (Olick, Vinitzky-Seroussi y Levy, 2011: 7).

#### 2.1.1.1 Las tres etapas de los estudios de la memoria

La historia del desarrollo de los estudios de la memoria, concebidos como una disciplina propia a lo largo del siglo XX, puede ser dividida en tres etapas (Erlil y Rigney, 2009: 1-2; Kansteiner, 2019: 614), marcadas cada por la personalidad de un determinado autor—en quienes nos centraremos en estas líneas—. En primer lugar nos encontramos al sociólogo francés Maurice Halbwachs. Aunque desarrolló sus teorías sobre la memoria desde 1925, con la publicación de su obra *Les cadres de la mémoire*, no será hasta 1950 cuando, de manera póstuma, verá la luz su concepto de memoria colectiva, elaborado en su obra *La mémoire collective*. Esta investigación clave para comprender el desarrollo del acercamiento a la memoria durante las últimas décadas, se encuentra marcada por tres líneas de investigación diferentes. Por un lado, la dependencia de la memoria de cada individuo en las estructuras sociales donde se desarrolla; por otro lado, la importancia que adquiere la memoria intergeneracional, y en tercer lugar la relevancia que adquieren la transmisión y la creación de la tradición dentro de la memoria colectiva (Erlil, 2011a: 14-15). Tal y como expone el propio Halbwachs, su concepto de memoria colectiva consistiría en:

How then can we explain memory? Since there is only an individual (...), and his memory cannot follow from his body, we must conclude that there is something outside his body yet nevertheless within the individual that can explain the recurrence of memories. But what do we find within consciousness that does not presuppose to any degree the intervention of other human beings? What is the model of the purely individual state of consciousness? It is the image—detached from the word, to the extent that it refers to the individual and the individual alone. This image is the abstraction made from the general significations of all that surrounds this individual, from relations and beginning of our hypothesis to disregard. Since this image cannot derive from the body, it can be explained only by itself. We will then say that recollections are nothing but images that exist such as they are from the moment in which they have been lodged for the first time in our consciousness (1992: 170-171).

Halbwachs concibe así a la memoria como un producto fruto de una doble perspectiva, una reconstrucción del pasado que es creada por el individuo desde él mismo, pero no a partir de su propio ser y de sus propias recolecciones de recuerdos, sino a través del diálogo que ha llevado a cabo con lo que la sociedad que le rodea, su endogrupo, ha establecido como memoria. Esta memoria colectiva es por lo tanto un objeto dialéctico en la que todos los individuos de una determinada sociedad participan como actores necesarios, y que pertenece al mismo tiempo a cada miembro del grupo y al conjunto de la sociedad. Es, por lo tanto, un conjunto de recuerdos compartidos y co-creados que el individuo guarda en su interior como propios, pero cuya esencia es deudora tanto de sí mismo como de la tradición que le ha precedido y en la que se ha desarrollado, la cual ha contribuido a moldear y adaptar esta visión individual del pasado.

Una perspectiva memorialística que se concibe, por lo tanto, al mismo tiempo como particular y universal, al estar matizada por la tradición. En este sentido—aunque Halbwachs no llegó a distinguirlos de manera explícita—, se pueden encontrar dos conceptos diferentes de memoria colectiva interrelacionados entre sí. Por un lado, la memoria colectiva entendida como la memoria particular de un determinado individuo que trabaja dentro del marco que le ofrece su entorno sociocultural, y por otro la memoria cultural como el conjunto compartido de recuerdos sobre el pasado que se produce a partir de la interrelación entre medios de comunicación, grupos sociales e instituciones (Erll, 2011a: 15).

A la hora de reconstruir el pasado, el constructo social que es la memoria para Halbwachs sirve también para explicar cómo funciona la remembranza histórica en los

individuos de hechos que, por la distancia geográfica y, sobre todo, cronológica, no han podido vivir, de tal manera que el recuerdo “can only be stimulated in indirect ways through reading or listening or in commemoration and festive occasions when people gather together to remember in common the deeds and accomplishments of long-departed members of the group. In this case, the past is stored and interpreted by social institutions” (Coser, 1992: 24). Los individuos de un determinado grupo se convierten así en depositarios del legado de un pasado que ellos contribuyen a mantener y a crear con su participación en estos actos de recuerdo, pero cuya esencia pertenece a la colectividad en su conjunto, que es la encargada de construir esta tradición sobre el pasado de la comunidad. Se trata, además de un intento de explicar la importancia de la tradición y del legado histórico como parte del reforzamiento de las naciones entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX (Olick, Vinitzky-Seroussi y Levy, 2011:13). Todo ello en la línea de creación de la tradición que también expuso Eric Hobsbawm: “Inventing traditions, it is assumed here, is essentially a process of formalization and ritualization, characterized by reference to the past, if only by imposing repetition” (2011: 273). Este carácter de repetición y reproducción de usos e interpretaciones del pasado que se realiza de manera ceremonial es lo que contribuye a reforzar y consolidar la memoria colectiva de un determinado grupo social.

La segunda etapa en la que puede ser dividida la evolución de los estudios sobre la memoria en las últimas décadas está marcada por la figura de Pierre Nora. Historiador francés famoso por haber construido el concepto de “lieux de mémoire”, en su obra se puede apreciar el interés por acercarse, de manera práctica y teórica, al creciente interés por el patrimonio memorialístico que se vivió en las diferentes naciones del Occidente europeo —y, en concreto, en la Francia que estudia Nora— desde mediados del siglo pasado. Nora utiliza el concepto de “aceleración de la historia” de Daniel Hájlevy —es decir, considerar que el cambio es el atributo más preponderante del mundo moderno— para aplicarlo a los estudios de la memoria, tras lo cual expone que sus dos principales efectos en este campo son una cierta acumulación de los lugares de recuerdo y de estudio de dicho recuerdo conforme la investigación sobre los diferentes pasados va cobrando relevancia dentro de la esfera pública. Al mismo tiempo, todo este proceso se lleva a cabo en un presente autónomo y consciente de su misma historicidad, que refleja esta explosión de estudios sobre las diferentes memorias del pasado al tomar conciencia de su papel como puente entre pasado y futuro. Es por ello que el estudio de los diferentes restos que

nos ha legado el pasado configura una memoria anclada a estos diversos lugares de recuerdo que contribuye a que para Nora, en la actualidad, el término memoria coincida con lo que antiguamente era entendido por historia:

We no longer inhabit that past, we only commune with it through vestiges —vestiges, moreover, which have become mysterious to us and which would do well to question, since they hold the key to our “identity” to who we are. We are no longer on very good terms with the past. We can only recover it by reconstructing it in monumental detail with the aid of documents and archives; in other words, what we today call “memory” —a form of memory that is itself a reconstruction— is simply what was called “history” in the past. We are dealing here with a radical and dangerous shift in the meaning of words, a shift itself characteristic of the spirit of the age. “Memory has taken on a meaning so broad and all-inclusive that it tends to be used purely and simply as a substitute for “history” and to put the study of history at the service of memory (Nora, 2011: 439).

La importancia de estos vestigios sobre nuestro pasado radica, como expone Nora, en su enorme capacidad y su papel dentro de la construcción de la identidad de grupo —y, más concretamente, de una determinada nación— que sirve, a su vez, para conformar una parte de gran importancia dentro del autoconcepto de cada individuo. Los lugares de la memoria constituyen, por lo tanto, parte de la esencia sobre la que se construyen las relaciones de cada una de nuestras comunidades, y son reflejo del uso instrumental de un pasado del cual, al igual que no podemos ver más que una reverberación de lo que fue vista desde los restos fragmentarios que conservamos en el presente, nos servimos para construir esta identidad grupal que tendrá valor como elemento cohesionador de la comunidad en el futuro. La función del presente es, por lo tanto, la de servir de espacio para la interconexión entre los restos del pasado y la utilidad de los mismos en el futuro, a través de una dialéctica que busca levantar una apariencia de lo sucedido que sea útil para la identidad del grupo.

Nora, en un cierto sentido heideggeriano de la comprensión de la historia y del presente, dispone las costumbres y las narraciones construidas y heredadas por el grupo y asumidas por cada uno de sus miembros, pues se trata de individuos que se encuentran inmersos dentro de un mundo lingüístico conformado por su comunidad, dentro del cual establecen su visión del mundo y de lo sucedido. De esta manera,

entre el historiador y el pasado que trata de conocer no existe ningún vacío que separe y sea la mejor garantía de la objetividad del conocimiento, sino la cadena de la tradición, o sea, la mediación del suceder de las interpretaciones y reinterpretaciones del pasado dentro de la cual se inserta también, como una más, la interpretación de este sujeto historiador. Al proyectar la condición de pertenencia del individuo a su mundo lingüístico sobre la perspectiva de la temporalidad histórica, la historia aparece claramente como un proceso de constitución, disolución y reconstitución continua de los horizontes lingüísticos que son tradiciones o mundos en los que la comprensión y la comunicación son posibles (Sánchez Meca, 2019: 489).

La memoria forma así parte de este entramado lingüístico que conforma el mundo en el que se encuentra inmerso el ser heideggeriano, puesto que se constituye dentro de esta cadena de transformaciones y reinterpretaciones construida en el seno del endogrupo, y de la cual ha de partir el historiador para poder configurar su particular discurso historiográfico. Es en este contexto hermenéutico donde la interpretación dada sobre el pasado cobra sentido en el presente en el cual es producida, a través de una memoria hecha tal y como quiere la misma comunidad que se ha encargado de construirla. Un pasado que recibimos a través del diálogo con la tradición, y que nos sumerge así en los paradigmas interpretativos que ha construido un endogrupo determinado.

Nora estudia la memoria desde el cambio que caracteriza a nuestras sociedades, en las que la variación y la poca estabilidad de ciertas estructuras de pensamiento pueden poner en jaque a ciertas construcciones lingüísticas. El argumento de nuestro autor se centra en la distinción entre *lieux de mémoire* y *milieux de mémoire*. Para él,

Our interest in *lieux de mémoire* where memory crystallizes and secretes itself has occurred at a particular historical moment, a turning point where consciousness of a break with the past is bound up with the sense that memory has been torn-but torn in such a way as to pose the problem of the embodiment of memory in certain sites where a sense of historical continuity persists. There are *lieux de mémoire*, sites of memory, because there are no longer *milieux de mémoire*, real environments of memory (Nora, 1989: 7).

En este sentido, la importancia de estos lugares de la memoria radica en su carácter de ruptura y de separación frente al pasado. Se trata de espacios a partir de los cuales se puede re-presentificar el recuerdo de un pasado que vuelve a revivir y actualizarse a partir de la memoria que han dejado impregnada en ellos. Para Nora, la historia queda reducida a los intentos de la comunidad por organizar el recuerdo de un pasado que no deja de ser olvidado. Los lugares de la memoria suponen, en este sentido, un anclaje, una visión más directa del pasado, puesto que para este pensador francés la historia y la memoria son concebidos como conceptos opuestos: la memoria, en diálogo permanente con el pasado, sería el recuerdo vivo de lo sucedido, mientras que la historia quedaría reducida a un fútil y problemático intento por explicar y estructurar este recuerdo cuando ya no está vivo dentro de la comunidad (Nora, 1989: 8). Los lugares de la memoria serían, por lo tanto, el intento de reconstituir este inaprensible pasado a partir de un presente que no deja de olvidar lo sucedido.

Nora centra la ejemplificación y el análisis de cómo estos conceptos se desarrollan dentro de las comunidades en torno al papel que juegan en la construcción de naciones como la francesa. El nexo que se puede establecer entre ambos conceptos reside en la importancia que el uso de la imagen reconstruida del pasado que atesora la comunidad es parte fundamental de esta justificación de la nación desde su presente: “This national definition of the present imperiously demanded justification through the illumination of the past” (Nora, 1989: 10). Una historia nacional que se institucionaliza y se sacraliza como parte indispensable de la misma concepción de la nación, y que constituye, en su seno, un intento de interrelacionar los conceptos de historia y de memoria.

La exponencial multiplicación de los archivos de la memoria que se vive en las últimas décadas amplía la problemática estudiada por Nora al tener que enfrentar la estructuración colectiva de la memoria con una vorágine de fuentes de recuerdo tal que sumerge al conjunto de la sociedad en esta lucha por evitar el olvido. Esta tarea, que cada vez recae más tanto en el individuo particular como en las instituciones sociales, responde a un sentimiento de deuda con el pasado que, según el pensador francés, explica esta proliferación de la atención hacia el recuerdo. Y es en este contexto, como interrelación entre la recolección historiográfica, y la asunción de la memoria endogrupal, en el que se construyen los lugares de la memoria: “*Lieux de mémoire* are created by a play of memory and history, an interaction of two factors that results in their reciprocal

overdetermination” (Nora, 1989: 19). Los lugares de la memoria, en este sentido, son un ejemplo de gran importancia de cómo se puede llevar a cabo un acercamiento histórico a la memoria, a partir del recuerdo cultural (Erll, 2011a: 25). Se trata de una aproximación que amplía la problemática identitaria presentada por Halbwachs en torno al recuerdo, pero que centra excesivamente en la nación y en la construcción de este concepto su análisis —a pesar de lo prolífico que ha sido, y sigue siendo, el concepto dentro de los estudios de la memoria—, lo que deja fuera de la argumentación de Nora a todos aquellos grupos que no hayan sido beneficiados históricamente por el estado-nación; contribuyendo, así, a reforzar por exclusión ciertas imágenes del otro (Erll, 2011a: 26).

Todavía podemos hablar de la existencia de una tercera etapa en los estudios de la memoria, con nuevas argumentaciones que pretenden completar y superar, en las últimas décadas, las concepciones ya expuestas de Halbwachs y Nora. Como exponen Daniel Levy y Natan Sznaider (2002), la adscripción de las memorias nacionales a patrones cada vez más compartidos, así como su evolución de acuerdo a líneas también comunes, nos sumerge en un mundo en el cual las relaciones intergrupales pueden explicar la formación de la memoria endogrupal de manera, incluso, más efectiva que la sola atención a las dinámicas internas de cada grupo. La ruptura de los marcos nacionales de la memoria que hemos expuesto, ante unas comunidades imaginarias que trascienden estos límites y se extienden por los más variopintos espacios del pensamiento universal, nos obligan a atender a los procesos por los que estas quiebras de la concepción nacional dan lugar a la entrada de múltiples reconstrucciones exgrupales que pasan a formar parte íntegra de la concepción interna del endogrupo. Este fenómeno de préstamo de memorias se convierte así en un elemento de gran relevancia para poder comprender cómo funcionan los procesos de re-creación del pasado que hemos visto, desde la óptica de un mundo de comunidades imaginarias que no reconoce en la práctica las fronteras que ellas mismas han intentado imponerse. Dentro de estos procesos, el papel de los medios de comunicación y de la cultura de masas ha resultado clave para comprender esta gran expansión del fenómeno de la memoria intergrupala. De esta manera:

Distant others can be part of the strong feelings of everyday life. But we have to emphasize here the overriding importance of the local context. People do not simplify what they see on television. Strong identifications are only produced when distant events have a local resonance. But paradoxically, this ethnocentric focus on events is precisely the process that

causes a belief in, and then willingness to act on, universal values (Levy y Sznajder, 2002: 91-92).

A través de este proceso, no se trata ni de negar el papel que juega el contexto local, ni de asumir que los miembros de cada endogrupo reciben, sin ningún tipo de crítica o distancia, las memorias exgrupales. Al contrario, esta recepción —cuyos procesos de reconversión y modificación de la memoria propia son tanto conscientes como inconscientes, pues actúan a diferentes niveles al mismo tiempo— se produce a partir de una interacción entre los sentimientos y las concepciones etnocéntricas y localistas del endogrupo y los valores universales y globalizados que son compartidos por los miembros de dicho endogrupo. En la imagen de lo que le sucede a otras comunidades de seres humanos, desde la perspectiva natural de sentirles como gentes con costumbres y modos de vida diferentes pero similares, se puede deconstruir una visión únicamente endogrupal y restrictiva del otro que atienda también a las concepciones propias de dicho exgrupo, y establezca un diálogo con el mismo en términos agónicos. De esta manera, la recepción de memorias como la del Holocausto se han convertido en paradigmas globales de recuerdo a los que se han adscrito numerosos endogrupos a lo largo del mundo. Dentro de estas comunidades, el bien puede convertirse en algo relativo e ideado por el hombre; un concepto difícil de definir, y por lo tanto también complejo de aplicar en un caso como el presente, en el que la razón del bien mayor de la comunidad se antepone al sufrimiento de un grupo de individuos; a la necesidad del ser (Lledó, 2018: 88-90 y 260-263).

El uso del Holocausto por parte de Levy y Sznajder para ejemplificar estos procesos de intercambio memorialístico responde a su concepción como paradigma de la memoria a nivel global, debido a su aceptación como daño perpetrado no tanto a la comunidad judía en concreto, sino al ser humano en general (Levy y Sznajder, 2002: 88). Este cambio de fronteras endgrupales a la hora de recibir y asumir una memoria como la del Holocausto es lo que explica su capacidad para ejemplificar estos procesos de traslación e intercambio de experiencias reconstruidas. El molde de recuerdo del pasado en el cual se ha convertido el Holocausto es mediado y asumido por cada endogrupo de una manera particular. Esta asunción de la memoria ajena no consiste, por lo tanto, en una mera traslación —imposible, por otro lado— de una memoria concreta a otro contexto, sino en la re-elaboración de la memoria endogrupal de acuerdo a lo que dicha



comunidad recibe y entiende de una determinada memoria exogrupal, de acuerdo a sus propias particularidades y a su determinado contexto local. En particular:

Both the historiography and the commemoration of the Holocaust have exploded in the last two decades. But this is not merely a function of the enormity of the event. We would like to argue instead that what has pushed the Holocaust to such prominence in public thinking relates to the need for a moral touchstone in an age of uncertainty and the absence of master ideological narratives. It has become a moral certainty that now stretches across national borders and unites Europe and other parts of the world. At the same time, we have to emphasize that the central meaning of the Holocaust has been different in every country. The Holocaust, even the term, is surrounded by different taboos in each country. The fact that the word has become sacred in this way is a sign that it has a central place in each country's set of central beliefs. And yet, it is no accident that the same word is used in all of them. These different national meanings co-evolved. With the growth of cosmopolitanism, with the circulation of activists and scholars and media images, there has been a growing cross-fertilization.

The Holocaust has been confronted by various forces, which have attempted to universalize it, to particularize it, and to nationalize it (Levy y Sznajder, 2002: 93).

Su carácter de marco moral, así como la incertidumbre en la que se encuentran sumidas muchas de nuestras sociedades contemporáneas explica esta relevancia que ha cobrado el Holocausto como paradigma desde el que construir y re-elaborar la memoria particular de prácticamente cualquier endogrupo a nivel global. Ello no implica, como hemos comentado, que siempre se entienda lo mismo por Holocausto. Más bien al contrario. La globalización, como exponen Levy y Sznajder, solo crea un marco común desde el que reflexionar sobre la memoria y desde el cual construir una narrativa sobre el pasado particular. El diálogo del endogrupo con los diferentes exogrupos permite que la comunidad asuma muchas de las ideas y parámetros morales de otros grupos, pero eso no impide que la reelaboración particular y local que realice el endogrupo sea tal que lleve a la necesaria modificación de la narrativa recibida por otra, tal y como es vista desde un contexto diferente.

Por ello, estos procesos pueden ser considerados como motor de la memoria cultural, puesto que explican cómo la memoria es tanto compartida a nivel mundial como particularizada en el seno de cada endogrupo, según sus propias características y modos

de entender el mundo. Y también permite explicar cómo, de entre las diferentes tribus de las que habla Bauman, en medio del enfrentamiento entre el «nosotros» y el «ellos» a partir del cual se establece una cosmovisión enfrentada sobre la realidad, la memoria no solo sea un medio de control para el endogrupo dominante, sino también una manera de expresar la realidad de una comunidad subordinada o excluida que busca —como sucede con la memoria de los republicanos españoles— su propia voz sobre el pasado. Todo ello con la asunción de la cual cada individuo llega a ser consciente de que no es posible controlar el presente a través del pasado tal y como sería nuestro ideal, según cree el propio Bauman; lo que nos lleva a refugiarnos en nuestra memoria como espacio de confort. La memoria deja de ser así una reconstrucción sobre el pasado para convertirse en patrimonio exclusivo de un determinado endogrupo, quien recurre a la tranquilidad y sosiego que un determinado relato sobre lo sucedido puede ofrecer, para transformar —si no el propio pasado, que ya no es, ni un futuro siempre indeterminado— la visión y la narrativa que se elabora sobre el presente. Es por ello que el endogrupo puede considerarse capacitado y habilitado para reproducir y reelaborar este pretendido discurso sobre el pasado según sus intereses, puesto que el sentimiento de posesión sobre el mismo —el hecho de considerar una determinada narrativa ‘nuestro’ pasado, y por lo tanto ‘mi’ pasado, como expone Bauman— faculta para alterar y tergiversar esta misma recolección sobre lo sucedido, que pasa a ser así una reconstrucción ideal identitaria en el más puro sentido platónico, alejada de la realidad que supuestamente le da forma:

Once stripped of power to shape the future, politics tends to be transferred to the space of collective memory —a space immensely more amenable to manipulation and management, and for that reason promising a chance of blissful omnipotence long (and perhaps irretrievably) lost in the present and in the times yet to come. Most obviously —and therefore most damagingly to our self-confidence, self-esteem and self-pride— we are not the ones who control the present from which the future will germinate and sprout —and for that reason we entertain little, if any, hope of controlling that future; in the course of its formation we seem to be doomed to remain pawns in someone else’s —yet someone unknown and unknowable— game. What a relief, therefore, to return from that mysterious, recondite, unfriendly, alienated and alienating world, densely sprinkled with traps and ambushes, to the familiar, cosy and homely, sometimes wobbly but consolingly unobstructed and passable, world of memory: our memory —and so *my*, as I’m one of ‘*us*’, memory; *our* memory —memory of *our*, not their, past; a memory —to be possessed (that is, used and abused) by *us* and by us alone (Bauman, 2017: 61).

Dentro de un mundo como el nuestro, en el cual el avance imparable de la globalización y la extensión de los medios de comunicación suponen un factor de primer orden para poder conceptualizar nuestras sociedades contemporáneas, el desarrollo de una nueva etapa dentro de los estudios de la memoria parte de este carácter polifacético que tienen las nuevas dinámicas multidireccionales en las que se encuentra inmerso nuestro recuerdo (Rigney, 2016: 72). Se trata de una etapa en la cual el reto se encuentra en interrelacionar la miríada de diferentes memorias que se entrecruzan en nuestras sociedades contemporáneas, y que tienen como protagonistas a unos endogrupos formados cada vez de manera más palpable por unos seres humanos imbuidos de tecnología; quienes ya pueden recibir el apelativo de transhumanos. En palabras de Wulf Kansteiner,

the new diversity of actors, geographies, and chronosophies raises pertinent questions about dynamics of activism, radicalization, and de-radicalization. If transhuman actors play a decisive role in the creation of political activism and sites of memory such as Breivik and Greta, how should human and transhuman actors collaborate in preventing violence and destructive radicalization? Will transhuman actors prove more successful at following social norms than conventional humans? Does one dare to hope that they will turn out to be better cosmopolitans than pre-transhumans ever were? (2019: 214).

Precisamente una de las autoras cuya crítica acerca de los lugares de la memoria de Nora ha resultado más relevante, Ann Rigney, es junto con Chiara De Cesari la creadora del concepto de “memoria transnacional”. Rigney, según expone Erll, centra su juicio en el carácter excesivamente centrado en la nación que tienen las ideas de Nora. Ella considera que la concepción de sitios no responde a la realidad de unas construcciones vivas y dinámicas sobre el pasado que revisten constantemente estos espacios de la memoria con nuevas significaciones, en un proceso continuo que se interesa más por el camino recorrido que por el objeto determinado a partir del cual se recolecta la memoria (Erll, 2011a: 26-27).

El hecho de que la memoria deba estar atada a unas naciones que pueden ser entendidas como constructos históricos “based on a questionable congruence between cultural, political and territorial borders that was articulated through the cultivation of the

past” es la base de una crítica que pretende ampliar el concepto de *lieux de mémoire* de Nora para intentar explicar la memoria y sus procesos desde una base más amplia que la que esta noción restrictiva permite obtener (De Cesari y Rigney, 2014: 1). El caso de la nación francesa que estudia Norá es, además, un buen ejemplo de cómo “the nation was defined, created, or recreated by the state, which meant that subnations and subnational identities were deprived of political legitimacy and integrated into the nation-state” (Safran, 1991: 221). A través de la reconfiguración de los estudios de la memoria fuera de su marco nacional, el objetivo de este concepto es ampliar la base de acercamiento a la memoria que acabamos de ver para dejar de lado la clásica visión de las fronteras dispuestas en los mapas como marco de análisis para admitir nuevos marcos interpretativos sobre el recuerdo del pasado, de tal manera que podamos observar la memoria “not as a horizontal spread or as points or regions on a map but as a dynamic operating multiple, interlocking scales and involving conduits, intersections, circuits and articulations” (De Cesari y Rigney, 2014: 6). Estas nuevas trayectorias memorialísticas exponen la complejidad que tiene el acercamiento al pasado, pero al mismo tiempo nos permiten acercarnos a este pasado presentificado de manera más objetiva, aunque sea a través de la asunción de su compleja problemática intercultural. Además, si nos acercamos a casos como el de las diásporas —como fue la republicana tras la guerra—, tal y como expone William Safran acerca de la diáspora judía: “Diaspora identity is fortified by national narratives connected with the homeland, including periods of glory and tragedy. Historical memory, however, cannot be preserved forever” (2005: 41). La interculturalidad que tienen que afrontar los miembros de la diáspora tiene como uno de sus elementos característicos más destacados el mantenimiento de una memoria cultural de la comunidad que pretende ser mantenida a través de unas narrativas sobre el pasado que buscan, precisamente, guardar la memoria común del endogrupo mediante estas visiones particulares sobre el pasado.

La base de la propuesta de De Cesari y Rigney se encuentra en la noción de cambio, de movimiento constante y fluctuante que experimenta nuestra concepción del mundo. La memoria, dentro de esta vorágine transformativa, no solo no se queda al margen del proceso, sino que participa de él para intentar adaptarse a las constantes nuevas perspectivas que se crean en el seno de una comunidad dada, al mismo tiempo que es influenciada por ellas para modificar las diversas tradiciones sobre el pasado que habían sido asumidas por el endogrupo. Las autoras argumentan que, a pesar de que la

importancia del marco de análisis nacional no puede ser obviada —no solo por la miriada de estudios que atestiguan su potencialidad, sino por la relevancia que sigue teniendo para el autoconcepto individual y endogrupal—, este marco de referencia no es más que uno de los muchos que presenta la realidad, y que interactúan y se superponen entre sí al combinarse, dentro de la mente de cada individuo, como parte de los múltiples endogrupos a los que cada uno pertenece. Esta dinámica permanente es la que constituye la base de una memoria transnacional que basa en el movimiento su análisis del pasado, y en la multiplicidad estratigráfica de la identidad personal la base del pasado presentificado: “The dynamics of remembrance are thus intimately bound up with community-making since narratives about events belonging to «our world» continuously reproduce, redraw or challenge the lines between «them» and «us». And while cultural remembrance helps thus to create bonds, it is a two-edged sword whose power can also be deployed to discriminate against groups” (De Cesari y Rigney, 2014: 9). La necesidad epistemológica y ontológica que tiene el ser humano por explicar el mundo que le rodea y en el cual se desarrolla su existencia explica este constante cambio de narrativa sobre el mismo, en una dinámica perenne cuyo objeto no es más que la compleja cuestión sobre el sentido de la existencia. El recuerdo del pasado forma parte de este proceso como un componente clave en la concepción temporal del mundo, que permite entender la memoria como un puente entre pasado y futuro capaz de brindar significación sobre el sentido de nuestra esencia como seres humanos. La fortaleza y el peligro de este proceso residen, paradójicamente, en una memoria que puede servir de base tanto para la unión como para el enfrentamiento entre individuos y grupos. Esta dinámica de balance no solo recorre el conjunto de las relaciones humanas, sino que sitúa a la memoria en el corazón de estos procesos, como parte integral de su desarrollo. Todo ello en una continua y problemática oscilación en la cual concepciones como la que se puede encontrar en la obra de Hannah Arendt sobre la necesidad de acción como manera de lograr la libertad pueden resultar clarificadoras:

Arendt believed that one of the chief problems facing the modern world was its growing inability to make sense of experience, and talk about what once was considered to be freedom. This incapacity, she feared, might eventually result in the loss of what has distinctively human about human beings. Such a loss would mean the complete subjection of human beings to the logics of economic, biological, and other types of processes, and consequently their transformation from potentially acting, choosing, and willing subjects into merely passive

objects of manipulation, administration, and various forces beyond their conscious control (Biskowski, 1995: 65).

Una libertad como el de la libertad que en el pensamiento de Arendt es construido en estrecha relación con una concepción del poder —y de la dominación que puede ser ejercido por este— entendido como una propiedad endogrupal que solo permanece mientras la unidad del grupo se mantenga (Del Águila, 2009: 20). La circulación de las memorias sobre el Holocausto, así como la importancia que su recuerdo ha tenido —y sigue teniendo— dentro de los estudios de la memoria y de la memoria europea en su conjunto permite entender cómo esta necesidad de actuar frente a la pérdida de libertad y de identidad humanas que supone la tecnificación del mundo moderno sobre la que reflexionaba Arendt, quien comprendía la política como “a phenomenal display of human agency and action” (Corcoran, 2008: 77), así como “a drama, a theatrical performance before an audience, a recurrent yet ephemeral phenomenon that nevertheless has the potential for immortality” (Corcoran, 2008: 78). Desde esta doble perspectiva, dentro del espacio público lo que se establece es una representación de la realidad, una mimesis del mundo en la que se intenta conjugar la acción con la apariencia. Se trata, asimismo, de lo que algunos autores han denominado la “paradoja de la globalización”, en la cual se esencializan las múltiples perspectivas de un suceso tan traumático como el Holocausto a través de los resultados contradictorios que puede ejercer sobre la memoria: “While Holocaust comparisons may rhetorically energize some discourses of traumatic memory, they may also work as screen memories or simply block insight into specific local histories” (Huysen, 2000: 24).

De esta manera, la esencia de cada individuo se encuentra tamizada por la política que se establece a partir de la esfera pública, de la *polis*, sobre su existencia en el mundo y sobre la manera de ejercer esta. Una existencia cuya mera realidad en el mundo depende, como nos ha mostrado el siglo XX, de cómo se desarrollen estas dinámicas de poder dentro del espacio figurativo que constituye la política. La apariencia en la que se ve reflejada la política para Arendt es la misma que condiciona a la acción ontológica del ser dentro de su experiencia como medio para resignificar el mundo a partir de las múltiples nociones moralísticas que se encuentran dentro de la dialéctica transfronteriza de la memoria transnacional. De tal modo, el concepto de De Cesari y Rigney resulta de gran valor para poder dar cabida a la visión del otro dentro de la

memoria endogrupal, y romper precisamente la apariencia exogrupal que es construida y constituida de manera únicamente direccional. En este diálogo entre diferentes es donde podemos encontrar, en cierta manera, el medio para acercarnos a un pasado multiforme que afecta constantemente a nuestro futuro como conjunto de comunidades interculturales.

En relación con este concepto de memoria transnacional, la profesora Astrid Erll se preguntaba en el año 2011, poco antes de que saliera a la luz la investigación de De Cesari y Rigney que hemos tratado, si las dos fases que habían vivido los estudios de la memoria con Halbwachs y con Nora darían paso a una tercera época con nuevos marcos de acercamiento a la problemática sobre el recuerdo. Astrid enfrenta la multiplicación de las memorias y el aumento de los intentos por acercarse a ellas con la necesidad de reforzar estas aproximaciones dentro de un mundo en el que la memoria juega un papel cada vez más relevante dentro de nuestras sociedades. En línea con el concepto de memoria transnacional, y mientras procura estudiar la memoria dentro de las culturas al mismo tiempo que dispone el acercamiento a la memoria nacional como uno de muchos estudios necesarios, Astrid propone asumir que la memoria puede ser transcultural cuando no se encuentra necesariamente atada a un determinado contexto comunitario —como sucede con el recuerdo del Holocausto—, sino que trasciende las fronteras del endogrupo y es asumida por múltiples exogrupos diferentes. Si el dinamismo transfronterizo había marcado para De Cesari y Rigney su concepto de memoria transnacional, ahora serán el movimiento y la migración transcultural de las memorias los que marquen las bases para el concepto de *travelling memory*. Como expone Astrid Erll:

What should have become clear from this short outline of memory's multidimensional movements is that 'memory in culture' implies far more than 'remembrance', let alone national remembrance. It involves knowledge, repertoires of stories and scripts, implicit memory, bodily aspects such as habitus, and —next to remembering— also that other basic operation of memory: forgetting. In the transcultural travels of memory, elements may get lost, become repressed, silenced, and censored, and remain unfulfilled. This is a consequence of the existence and variable permeability of borders. Movement across boundaries is always contingent on specific possibilities and restrictions, which can be of a medial, social, political, or semantic nature (2011b: 14).

La complejidad que supone la memoria no solo incide en su desarrollo dentro de cada grupo, sino en cómo estos recuerdos particulares pasan a ser compartidos por comunidades diferentes, que los integran dentro de su propia memoria. El olvido, así como los diferentes avatares que estas memorias viajeras deben sufrir en su movimiento hacia otras realidades culturales es el reto que debe ser afrontado desde el presente para comprender cómo estos recuerdos del pasado siguen afectando y determinando la evolución de nuestras sociedades. La ruptura de todas estas fronteras que habían marcado los estudios de la memoria hasta el momento supone observar cómo este movimiento memorialístico que defiende Erll es parte del proceso de recuerdo de los diversos endogrupos; los cuales se basan también en las memorias externas como parte de su proceso de reconstrucción del pasado. Tal y como expone Sánchez Meca sobre las ideas de Nietzsche acerca de la historia: “En todo caso, a partir de sus trabajos como filólogo, Nietzsche se convence del carácter siempre relativo de las reconstrucciones históricas, que se fundan sólo parcialmente en una efectiva disponibilidad de datos que han de ser objeto de una ordenación personal por parte del historiador” (2018: 115). Como expone Nancy Malaver Cruz al estudiar el pensamiento tanto de Hegel como de este filósofo:

En suma, tanto Hegel como Nietzsche consideraban que la labor del historiador es una forma de arte literaria; más concretamente, consiste en una intuición poética de lo particular. Para ambos, la labor del historiador es tanto una invención como un hallazgo de los hechos históricos. Además, la invención, o *poiesis*, más que una forma del conocimiento, es para ellos la base de todo conocimiento (científico, filosófico, etc.) (2013: 40).

Este continuo proceso de modificación y reconstrucción no solo de la propia memoria, sino de la memoria recibida desde múltiples grupos diferentes presenta un enorme desarrollo en la actualidad con la gran circulación de imágenes y narrativas sobre el pasado que llevan a cabo los medios de masas. Además del movimiento de experiencias que exponíamos con Erll, la conexión emocional con el otro es otro elemento de importancia para comprender cómo se puede llevar a cabo este proceso de asunción de una memoria extragrupal por parte de los individuos pertenecientes al endogrupo. A través de las diferentes tecnologías de reproducción de la imagen, Alison Landsberg expone cómo



one of the most dramatic instances of how the mass media generate empathy is through the production and dissemination of memory. Such memories bridge the temporal chasms that separate individuals from the meaningful and potentially interpellative events of the past. It has become possible to have an intimate relationship to memories of events through which one did not live: these are the memories I call prosthetic. ‘Prosthetic memories’ are indeed ‘personal’ memories, as they derive from engaged and experientially oriented encounters with the mass media’s various technologies of memory. But because prosthetic memories are not natural, not the possession of a single individual, let alone a particular family or ethnic group, they conjure up a more public past, a past that is not at all privatised. The pasts that prosthetic memory open up are available to individuals across racial and ethnic lines (Landsberg, 2003: 148-149).

A través de este concepto de “memoria prostética”, Landsberg expone cómo la memoria no solo puede ser transcultural y moverse entre las diferentes comunidades y grupos sociales, sino que también es capaz de convertirse, gracias a la empatía generada mediante las tecnologías de la comunicación, en una memoria compartida a través de las fronteras, de las experiencias y de las barreras que se levantan entre comunidades. La reconstrucción del pasado deja así de ser algo privativo de un grupo y de un momento, para convertirse en una herramienta más dentro de estos procesos de presentificación del recuerdo. La memoria ya no precisa ser natural o ser heredada a partir de un determinado contexto sociocultural, sino que el individuo puede hacer suyo el relato memorialístico a partir de los sentimientos que la narrativa de vivencias ajenas le han provocado. Se construye así una aceptación del relato del otro que ayuda a derribar las barreras y los espacios de separación que hacen posible la otredad. La memoria se fragmenta y se vuelve compleja, en un mundo capitalista en el que la cultura de masas lleva la globalización también a las memorias endogrupales; las cuales pierden la entidad y la tradición que las sustentaba para pasar a entremezclarse con otras múltiples perspectivas memorialísticas, precisamente por perder el individuo y el grupo el patrimonio único sobre estas narrativas, lo que lleva a su necesaria universalización.

### 2.2.2 La relación conceptual entre endogrupo y exogrupo como base para la memoria

Hasta este momento hemos entretendido nuestro discurso sobre la memoria en torno a la diferencia entre los conceptos de endogrupo y exogrupo, sobre los que debemos realizar una precisión. Como tales, se trata de términos provenientes del campo de la

Psicología Social con los que se expone la relación que tiene cada individuo particular con un grupo determinado frente a los grupos externos al mismo que son considerados por un conjunto de individuos tal y como son, diferenciados del grupo inicial por cualquier tipo de característica que se ponga de relieve. Como se puede ver en este ejemplo donde se exponen los objetivos de una investigación en torno a los estereotipos, se pretende “determinar o impacto do grau de identificação com o endogrupo e do grau de rejeição do exogrupo nas valências daquelas dimensões de representação dos grupos; determinar o peso relativo dos estereótipos e dos valores nas formação da atitude face a um endogrupo e a um exogrupo” (Vala, 1997: 13). El endogrupo y el exogrupo se entienden así como constructos no necesariamente establecidos con anterioridad, pero que tienen una importante relevancia dentro de la adscripción personal hacia una determinada identidad, así como hacia el rechazo de otras identidades que se conciben como externas al grupo personal. En este sentido, a lo largo de estas páginas estamos utilizando ambos términos desde el punto de vista de la otredad, para poder exponer cómo funcionan estos procesos de creación de identidad grupal, así como los mecanismos por los que se construye la identidad imaginada del otro, y se le adscribe a una identidad más o menos basada en la realidad y en la asunción personal. Este proceso se construye a través de un juego de imágenes en el que es desde el endogrupo desde donde se elabora la identidad grupal a partir de los rasgos que se imaginan sobre el exogrupo, puesto que: “en el contexto de la polarización social, el otro es el espejo inverso del endogrupo” (Gaborit, 2020: 4). Se trata de una identidad endogrupal no exenta, sin embargo, de problemáticas, puesto que se superpone y se difumina entre el resto de las múltiples identidades endgrupales que tiene cada individuo (Bernete, 1992: 128).

El acercamiento a la realidad memorialística desde la óptica enfrentada que presentamos en este trabajo entre endogrupo y exogrupo responde a la necesidad de tratar un recuerdo sobre el pasado que se lleva a cabo desde un presente reciente como el nuestro en el que la fragmentación endogrupal es cada vez mayor y la animosidad intergrupala no deja de representar una amenaza para la convivencia. La dialéctica de enfrentamiento que se establece entre estas diferentes comunidades encuentra en el otro una diferencia sobre la que acrecer su identidad interna, lo que daña necesariamente los vasos comunicantes entre sus diferentes maneras de observar la realidad. Es por ello que,

in a territory populated by tribes, conflicting sides shun and doggedly desist from persuading, proselytizing, or converting each other; the inferiority of a member —any member— of an alien tribe is and must need be, and remain, a predestined —eternal and incurable— liability, or at least is seen and treated as such. The inferiority of the other tribe must be its ineffaceable and irreparable condition, and its indelible stigma beyond repair —bound to resist all and any attempt at rehabilitation. Once the division between ‘us’ and ‘them’ has been performed according to such rules, the purpose of any encounter between the antagonists is no longer its mitigation, but a gaining/creating of yet more proof that mitigation is contrary to reason and out of the question. To let the sleeping dog lie and avert misfortune, members of different tribes locked in a superiority/inferiority loop talk not to, but past, each other (Bauman, 2017: 51).

Acercarse a esta problemática desde la óptica del enfrentamiento que se vive entre muchos de estos endogrupos imaginados es relevante, por lo tanto, para entender cómo esta aparente incapacidad para convencer al contrario lleva a muchas de estas comunidades a considerar al otro un peligro; un riesgo cuya admisión puede resultar difícil de soportar. Es por ello que un acercamiento a la memoria desde la dialéctica partitiva que se establece entre el endogrupo y los exogrupos que se originan a partir de su cosmovisión del mundo puede ayudar a comprender los procesos de deshumanización que se vivieron en conflictos como la Guerra Civil española. Los endogrupos pasan a verse a sí mismos como tribus que necesitan de la subordinación del otro que ellos mismos han construido para poder sentirse en seguridad. Precisan, dentro de su imaginario, de una clara relación de superioridad/inferioridad que sea asumida dentro de un mundo partitivo y dividido de manera contingente y necesaria en el que el ‘nosotros’ frente al ‘ellos’ centre la cosmovisión existente acerca de la realidad.

Se trata, en todo caso, de dos conceptos fluctuantes que en estas páginas se reflejan únicamente desde esta óptica de la identidad. Aquí se entienden ambos términos no en su sentido amplio, sino a partir de los diferentes niveles de identidad antagónicos en los que participan los grupos sociales, al poder ser concebidos como endogrupos o exogrupos dependiendo del punto de vista que adoptemos ante una determinada problemática. En este sentido, el carácter artificial y constructivo de estos grupos sociales se presenta con claridad ante nosotros, desde el momento en el que “the creation of an identity implies the establishment of a difference” (Mouffe, 2005: 15). La admisión de que existe una identidad precede así a la propia existencia de la misma, de tal manera que

la esencia grupal es posterior a una apariencia existencial que es construida a priori. Este establecimiento relacional de identidades actúa, de esta manera, tanto sobre el grupo que es concebido como propio como sobre el grupo exterior frente al cual se pretende establecer esta diferencia identitaria. Aunque siempre es posible que estas relaciones intergrupales sean construidas desde el diálogo y el entendimiento, y no necesariamente debe existir competencia o enemistad entre endogrupos y exogrupos, a lo largo de este estudio únicamente nos centraremos en aquellos casos en los que sí que existe esta competencia de identidades que Mouffe concibe como una relación entre antagonistas:

In the field of collective identities, we are always dealing with the creation of a 'we' which can exist only by the demarcation of a 'they'. This does not mean of course that such a relation is necessarily one of friend/enemy, i.e. and antagonistic one. But we should acknowledge that, in certain conditions, there is always the possibility that this we/they relation can *become* antagonistic, i.e. that it can turn into a relation of friend/enemy. This happens when the 'they' is perceived as putting into question the identity of the 'we' and as threatening its existence. From that moment on, as the case of the disintegration of Yugoslavia testifies, any form of we/they relation, whether religious, ethnic, economic or other, becomes the locus of an antagonism (2005: 15-16).

En el marco de las relaciones intergrupales, la frontera entre la cooperación y la competencia puede estar marcada únicamente por una cuestión de perspectiva. El antagonismo que se puede desarrollar —en muchos casos incluso de manera súbita y repentina— no solo trastoca la visión que sobre el mundo tienen los miembros del endogrupo, sino que afecta también de manera directa a los individuos de uno o varios exogrupos que, de manera consciente o inconsciente —respecto a su pertenencia o no a dicho exogrupo—, sufrirán las consecuencias de este cambio identitario. Este choque intergrupar, al convertir toda la relación existente en agonista, pasa a concebir la totalidad del mundo como parte de esta lucha, y como arma de batalla, puesto que es en la defensa de la identidad grupal donde un determinado endogrupo —al ver peligrar las bases en las que ha decidido asentar su esencialidad— puede llegar a considerar que su mera existencia como tal depende de este enfrentamiento con el otro. La identidad se convierte así en el espacio de enfrentamiento por antonomasia dentro de unas relaciones entre colectividades en las que el individuo se ve arrastrado por una conciencia global que en muchos casos puede llegar a objetualizarle y a sustituir sus intereses individuales por los

de cada agrupación particular<sup>6</sup>. La contrapartida de la relación antagónica será, para Mouffe, la agónica, basada más que en el enfrentamiento que veíamos antes entre grupos, en el reconocimiento de unas diferencias conflictivas entre las partes que, sin embargo, no borran la interrelación existente ni al contrario, de quien se legitima su esencia. En este caso, la relación se establecerá entre adversarios, en un conflicto que no pondrá en peligro la esencia del contrario, sino que se llevará a cabo dentro de un “common symbolic space” (2005: 20) que, en definitiva, constituye la esencia de la democracia. Dicho en otras palabras, según se entiende del trabajo de Mouffe: “Agonism refers to the relationship between political adversaries who share the same symbolic space and respect

---

<sup>6</sup> El doctor Antonio Vallejo-Nájera, famoso por convertirse en el psiquiatra de mayor relevancia dentro de nuestro país durante el Franquismo, publicó en 1937 una polémica obra titulada *Eugenesia de la Hispanidad y regeneración de la raza* en la cual intentaba justificar con supuestos postulados científicos tanto la existencia de un infundado “gen rojo” como la inferioridad de los republicanos. Como se expone en el prólogo de la obra: “Tiene en sus manos la juventud española la regeneración de España, a costa de renunciamentos y sacrificios. Son los jóvenes quienes deben dar un ejemplo que no puede esperarse de una masa social contaminada por los virus democrático y marxista. Todavía flotan en el ambiente las inmorales corruptelas que carcomieron la sociedad española liberaloide y nos llevaron al alzamiento militar contra el abyecto Gobierno que la representaba. Vivirá alerta la juventud contra los corruptores sociales infiltrados en nuestras filas para restarle espacio vital, para pervertirla nuevamente” (1937: 6).

La racialización del exogrupo funciona así como una manera extrema de provocar la persecución y deshumanización del individuo, al despojarle de las motivaciones y justificaciones que podría aportar como semejante, y desposeerle de su categorización como español. La fragmentación del endogrupo, y la consecuente construcción de un exogrupo artificial —los «rojos»— en el cual fueron convenientemente incluidos todos aquellos que se oponían al Franquismo, a su ideario o a su concepción de lo que debía ser España permitió así enfrentarse a este conjunto de sujetos que ya no podían ser considerados ‘uno más’ —a pesar de compartir lengua, historia y, en muchas ocasiones, parentesco familiar—, puesto que ahora se les categorizaba como ‘enfermos’, incluso, miembros de una especie de raza diferente a la de los ‘verdaderos’ españoles. Y todo ello para alguien que, como Vallejo-Nájera, conocía los fundamentos, precisamente, de este proceso de caracterización grupal (1937: 37-38).

El peligro de estas justificaciones —así como la influencia que esta obra tuvo durante la dictadura— radica precisamente en esta tergiversación de las teorías científicas de la época para justificar esta recategorización social de parte de la población española. Vallejo-Nájera justifica sus postulados a través de la degeneración que, entendida como “desvalorización progresiva y continuada del potencial hereditario” (1937: 43), habrían sufrido los republicanos. La experimentación que poco después de la publicación de esta obra llevaría a cabo sobre prisioneros republicanos le llevaría a justificar sus postulados, al mismo tiempo que fue una: “Hábil manera no sólo de desacreditar a oponentes políticos o de afianzar ideológicamente las actitudes antimarxistas, sino de justificar la persecución y el ‘tratamiento’ de cuantos militaran o simpatizaran con el comunismo o con cualquier opción considerada subversiva” (Campos y Huertas, 2012: 19). El control de los disidentes —en este caso, el Gobierno republicano y todos los que continuaban luchando por él— es así la razón última de esta mezcla entre científicismo e ideología que llevó a cabo Vallejo-Nájera. El entorno se convierte así en el causante de esta degeneración y de este virus que estaría desvirtuando la supuesta raza española, y contra el que habría que actuar para lograr la regeneración del país. El objetivo de Vallejo-Nájera en esta obra es, precisamente, sentar las bases científicas para este proceso de exclusión de los republicanos, cuya degradación estaría justificada por la falta de respeto al orden social que otros españoles sí acatan (1937: 129-130).

the democratic rules established as conditions for the struggle for hegemony” (Cento Bull y Hansen, 2016: 393).

A partir de la clasificación realizada por Mouffe, Cento Bull y Hansen proponen un modo de recuerdo definido a partir del concepto de agonismo utilizado por Mouffe, pero insertándolo en un diálogo más fuerte entre la memoria antagonista y la memoria cosmopolita, marcada por el liberalismo. El crecimiento de los nuevos movimientos nacionalistas que buscan, muchas veces desde el marco de la ultraderecha, reelaborar nuevas formas de identificación basadas en la cultura y en los espacios territoriales expone la necesidad de desarrollar un nuevo marco de análisis desde la memoria para atender a estos procesos de contramemoria que buscan resignificar las narrativas agonísticas de las últimas décadas. Dentro de este contexto político de resurgimiento de la extrema derecha por toda Europa y del reforzamiento de sus contramemorias antagónicas:

If we are to avoid the risk that the demythologizing of those who used to be heroes turns into their demonization, leaving open the possibility that they are re-appropriated as heroes by antagonistic and anti-democratic political movements, we need to promote a kind of collective memory that re-instates the social and political agency of those who became victims, on one hand, and re-humanizes the heroes-now-turned-perpetrators, on the other (Cento Bull y Hansen, 2016: 395).

El hecho de encontrar una manera de construir la memoria colectiva que no sea ni cosmopolita ni antagónica, sino que se relacione con ambos opuestos, resulta de gran importancia dentro de unas sociedades como las actuales europeas, cuyas democracias deben hacer frente a los peligros de los nuevos grupos identitarios que buscan, una vez más, reescribir nuestra memoria colectiva a partir de una nueva concepción nacionalista de base territorial. Se trata de asumir el diálogo que la memoria agónica puede establecer con el otro que ha sido víctima, al mismo tiempo que no olvida prestar atención al otro contrario, al perpetrador de estos crímenes (Cento Bull y Hansen, 2016: 393). La memoria agónica, por lo tanto, sería aquella que evitara observar lo sucedido como una lucha entre el bien y el mal, mientras se acerca al recuerdo del pasado que tienen tanto víctimas como perpetradores al mismo tiempo que reconoce el importante papel de las emociones y de la promoción de la empatía hacia las víctimas dentro de este proceso de reconstrucción

del marco y las razones que han llevado a cometer crímenes de masas como los sucedidos durante el siglo XX (Cento Bull y Hansen, 2016: 399). Se trata, en otras palabras, de un tipo de memoria que

characterizes a kind of memory discourse that unsettles the moral pitting of the other as an enemy by contextualizing conflict socially, politically and historically. The agonistic approach aims to unsettle the predominant patterns of understanding history, as well as reveals the socio-political struggles characterizing the public sphere both in the past and in the present (Cento Bull, Hansen y Colom-González, 2021: 18).

El enfoque utilizado por estos autores nos permite acercarnos a la problemática en torno al otro no desde un contexto de oposición y de enfrentamiento entre enemigos, sino desde un paradigma interpretativo que procure encontrar el por qué de los horrendos actos causados por los perpetradores, desde sus memorias, al mismo tiempo que también procura reivindicar el recuerdo de las víctimas como parte íntegra del proceso de revivificación del pasado.

Entendemos la diferencia entre ambos términos endogrupo/exogrupo, por lo tanto, siempre desde el punto de vista del endogrupo. En otras palabras, en este trabajo solo nos centraremos en cómo funciona la identidad endogrupal, de la cual sus miembros pueden ser más o menos conscientes, mientras que las identidades exgrupales y las visiones sobre estos individuos únicamente serán vistas desde la perspectiva de los miembros del endogrupo, como parte de su propia concepción identitaria endogrupal. El exogrupo es, por lo tanto, un reflejo imaginado desde el endogrupo, y como tal carece de una esencia que solo es posible en este segundo, que es donde se produce este proceso constructivo, y desde donde se pueden construir las dinámicas antagonistas en caso de conflicto. En el momento en el que debemos atender a la manera en la que el mismo otro observa estas relaciones, al llevar a cabo un drástico cambio de perspectiva, la relación de términos podrá alterarse, y podremos entonces pasar a considerar la manera de ver el mundo que tiene un exogrupo que ahora estamos observando como endogrupo, con todo lo que ello supone. Podemos relacionar estas relaciones ontológicas a partir de la diferenciación que el propio Sartre establece entre el ser en-sí y el ser para-sí:

Nos recherches nous ont permis de répondre à la première de ces questions : le pour-soi et l'en-soi sont réunis par une liaison synthétique qui n'est autre que le pour-soi lui-même. Le pour-soi, en effet, n'est pas autre chose que la pure néantisation de l'en-soi. Il est comme un trou d'être au sein de l'Être. On connaît cette plaisante fiction par quoi certains vulgarisateurs ont coutume d'illustrer le principe de conservation de l'énergie : s'il arrivait , disent-ils, qu'un seul des atomes qui constituent l'univers fût anéanti , il en résulterait une catastrophe qui s'étendrait à l'univers entier et ce serait, en particulier, la fin de la Terre et du système stellaire. Cette image peut nous servir ici : le pour-soi apparaît comme une menue néantisation qui prend son origine au sein de l'être ; et il suffit de cette néantisation pour qu'un bouleversement total arrive à l'en-soi. Ce bouleversement, c'est le monde. Le pour-soi n'a d'autre réalité que d'être la néantisation de l'être. Sa seule qualification lui vient de ce qu'il est néantisation de l'en-soi individuel et singulier et non d'un être en général (Sartre, 1943: 665-666).

El proceso de categorización que se establece entre el endogrupo y el exogrupo es, además, no solo necesario para poder entender un mundo siempre demasiado complejo, sino una manera de intentar comprender las difíciles relaciones identitarias que se establecen tanto entre diferentes grupos sociales como en el fuero interno de los propios individuos, quienes se ven inmersos en unas dinámicas de categorización que pueden provocarles importantes contradicciones internas. La identificación social depende así no solo del reconocimiento de la realidad cambiante del mundo, sino del intento que tenemos cada uno de nosotros por sentirnos parte de una comunidad de intereses establecida en torno al conjunto interconectado de relaciones sociales que conforma una sociedad<sup>7</sup>. El

---

<sup>7</sup> Juan Goytisolo es uno de los autores que ha reflexionado sobre estos procesos de identificación dentro del marco español. *Señas de identidad* (1966) es una novela clave para estudiar este aspecto ideológico. Su protagonista, Álvaro Mendiola, se dedica a reflexionar sobre la identidad española a través de un exilio autoimpuesto que vive desde París. Al contrario que los compatriotas con los que se encuentra, llegados a la capital francesa en diferentes oleadas con el objetivo de huir del franquismo, Álvaro proviene de una familia perteneciente a la derecha. Gracias a sus orígenes, el régimen le ofrece libertad para circular por el país, lo que aprovechará para intentar vislumbrar la pobreza, la miseria y la opresión que el gobierno dictatorial intenta ocultar. Se trata de un personaje atormentado por la realidad de su país. Se cuestiona sus raíces y su pertenencia a lo español desde la óptica de la memoria histórica. Su concepción sobre España y sobre sí mismo chocan con la realidad que observa, y con la visión oficial que se ha construido sobre todo lo que el régimen considera que va en contra de su argumentación oficial. Álvaro intenta huir de una España que percibe salvaje y atrasada, un país que procura esconder sus heridas al extranjero mientras impone un pesado silencio a todo aquel que pretenda denunciar —o tan siquiera hablar— sobre lo sucedido durante la guerra y la represión, apenas veinte años antes del momento presente de la novela.

A través de este proceso, mediante el cual el protagonista descubre una dolorosa verdad negada durante décadas, su identidad como español y su propia visión de España se irá resquebrajando hasta llegar a la negación de la misma. Ello le provocará una gran intranquilidad que intentará paliar con la configuración de una personalidad ambivalente. Se trata de un personaje que no deja de reconocerse español, como fruto de su educación y de todos los años vividos en Barcelona —su ciudad natal—. Pero su negación a asumir



conflicto entre la identidad individual y las diferentes identidades grupales puede ser visto como una dialéctica de retroalimentación necesaria para configurar la imagen personal con la que nos concebimos a nosotros mismos. Dentro de la dinámica establecida entre el endogrupo y el exogrupo, la categorización establecida por parte del endogrupo hacia el otro no solo puede llegar a ser asumida por ese exogrupo, sino que esta clasificación puede llegar a superar el propio marco organizativo y extenderse a través de la conciencia exogrupal:

The effective categorization of a group of people by a more powerful Other is thus never «just» a matter of classification (if there is any such thing as «just classification»). As an intervention in that group's social world it will, to an extent and in ways that are context-specific, change that world and the experience of living in it; in other words, it has *consequences*. However, as Weber understood, consequences are not always intended. It is partly in the cumulative mutual reinforcement of unintended consequences that patterns of history and identification, both in the present and as frameworks of constraint and enablement in the future (as Marx understood: conditions which are not our own choosing), are produced. The capacity of others to constitute the experience of daily living is perhaps the most important contribution of social categorization to individual and group identification (Jenkins, 2000: 21-22).

Hemos visto cómo las relaciones entre los diferentes grupos sociales no solo resultan problemáticas, sino que se establecen con base en una dialéctica de poder de la cual no pueden escapar los individuos que forman parte de cada una de estas comunidades. La contraposición de perspectivas y de puntos de vista diferentes es la que crea este entramado de identidades entrecruzadas que conforma la realidad de los grupos sociales. Sus relaciones, por lo tanto, no solo afectan a los individuos que forman parte de ellos, sino que moldean la imagen de un mundo cuya apariencia y sentido es conformada por estos mismos grupos y sus identidades. La experiencia vital diaria es, como expone Jenkins, la base necesaria en la que estos procesos se llevan a cabo. Todo ello permite explicar la relevancia que tiene la visión del otro y su construcción por parte del endogrupo, en una dialéctica de la consecuencia que debe predisponernos acerca de

---

como propias las ideas transmitidas como oficiales por la comunidad le llevará también a negar esta realidad propia, distanciándose de una concepción oficial de lo español impuesta desde el franquismo.

la capacidad que tienen los resultados de estas evaluaciones cruzadas en la vida de cada persona. El análisis de Jenkins nos ayuda así a perfilar aun más nuestra contraposición entre endogrupo y exogrupo dentro de este juego de perspectivas, puesto que la identificación, para este autor, se lleva a cabo a través de dos modos diferentes: “*Self- or group identification* (internally-oriented) and the *categorization* of others (externally-oriented). All actors are subject to both” (Jenkins, 2000: 8). La identificación endogrupal que se realiza como medio para crear una conciencia de comunidad desde el interior se contrapone así a la visión del otro que, como tal, es externa y parcial, al ser construida desde el punto de vista endogrupal. Ambas tienen importancia, sin embargo, para construir una identidad endogrupal que, como se expone en estas páginas, se establece a partir de la relación tanto entre los individuos de un determinado grupo social y los grupos externos que le rodean.

En un momento como en el que nos encontramos, en el que la memoria endogrupal ya no se define para muchos individuos en una clave nacional o regional, sino que trasciende las fronteras de su lugar de origen y de sus ancestros, la atención que debemos prestar a estos fenómenos de intercambio memorialístico es, si cabe, más relevante. Cuando lo sucedido en cualquier lugar del mundo puede servir no solo para la construcción de la memoria individual de una determinada persona, sino también para complementar o reorientar la memoria del propio grupo, la atención a estos fenómenos de préstamo y de asimilación de la experiencia ajena que se producen dentro de un mundo globalizado como el nuestro nos predisponen necesariamente hacia una atención al otro que ya no solo se entiende desde el paradigma del enfrentamiento o la colaboración, ni siquiera solo de la imagen complementaria del otro para el autoconcepto del endogrupo, sino que trasciende estas categorías para asumir la memoria construida por ese otro como algo propio y personal, como si esa determinada visión del pasado sirviera para reelaborar el recuerdo de lo sucedido que tiene otro grupo en un contexto y una época completamente diferentes.

### 1.3. La lucha por el recuerdo: la Guerra Civil desde los estudios de la memoria

A lo largo de este trabajo, uno de nuestros objetivos principales es presentar la situación actual de la memoria española en torno al discurso construido sobre la Guerra

Civil y la posguerra. Aunque, para cumplir este propósito, nos detengamos posteriormente en otros aspectos del campo memorialístico español, las reflexiones que siguen pretenden ofrecer un marco básico e inicial sobre el mismo que nos permita después trabajar sobre el resto de los temas y autores de los que nos ocupamos.

### 1.3.1 El olvido como arma

Los esfuerzos que llevaron a cabo los militares sublevados desde poco después del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 estuvieron enfocados no solo a la consecución de los necesarios objetivos militares y a la construcción del nuevo Estado con el que aspiraban sustituir a la II República, sino también a la sustitución de la realidad que el conflicto estaba construyendo por una versión alternativa de la historia que reforzara sus intereses y les otorgara una legitimidad que no podían encontrar en los hechos. Esta invención del pasado —en la que nos adentraremos en los siguientes capítulos de este trabajo— no solo estuvo marcada por la elaboración de unos espacios de recuerdo alternativos a los existentes, sino también por el control de unos mecanismos de olvido que resultaron tan importantes como la narrativa histórica que se pretendía imponer. El estudio de la verdad histórica resultaba todavía en 1985, un importante reto para este país, como apunta Alistair Thomson: “A history of concontinuing struggle is needed to replace celebratory histories of Fascist victory and rule which pretend an unchallenged success. One proud veteran of the October 1934 trade union rising declared that the left needs to remember and record its past so that it will not make the same mistakes” (1985: 92). Persecuciones religiosas que algunos historiadores consideran fundamentales para entender la Guerra Civil, causada por el “marxismo ateo”:

Sabido es de todos que la cruel Guerra Civil española (1936-1939) fue realmente una persecución religiosa contra la Iglesia Católica, aunque tuviera también otros aspectos. Y en elevado grado. Por ejemplo, políticos y sociales, con toda la importancia que tienen también los dos últimos. Hubo miles de sacerdotes, religiosos y monjas asesinados «en odio de fe». Hubo también miles de templos quemados, destrozados, profanados. Y el número de imágenes religiosas destrozadas fue inmensamente más elevado. Podemos hablar del martirio de personas eclesiásticas y del «martirio de las cosas».

Es cierto que tan amplia e intensa persecución religiosa, extendida por casi todo el territorio nacional, fue previamente preparada y sostenida durante años por el más virulento marxismo

ateo y activamente eficiente contra todo lo sagrado. Socialismo, sindicalismo, anarquismo y comunismo fueron preparando y caldeando el ambiente también en España contra toda manifestación religiosa, especialmente contra la Iglesia católica, y muy en concreto, contra sus sagrados ministros (Sánchez, 2003: 35).

A través de la pérdida de constancia sobre lo sucedido durante la República y la Guerra Civil, el nuevo régimen impuesto en todo el Estado a partir de 1939 se aseguraba de tener el control del relato sobre el pasado, y condenar a la desaparición todas aquellas narraciones que, por muy verídicas que fueran, se atrevieran a contradecir las versiones oficiales de lo sucedido. Como expone Anna Cento Bull, en relación a la Guerra Civil, se llevó a cabo “una ocultación deliberada de las historias de las víctimas que persistió también después de la muerte de Franco, ya que a partir de la mitad de los años setenta los ex franquistas pudieron integrarse en el sistema político, y los culpables no fueron perseguidos por la justicia” (2015: 55). De entre los diferentes tipos de olvido que pueden desarrollarse, este proceso en el que se embarcó el franquismo coincide con la categoría que Paul Connerton ha denominado como “repressive erasure”:

Repressive erasure can be employed to deny the fact of an historical rupture as well as to bring about a historical break. It was the strategy adopted in English parliamentary debates and pamphlet controversies in the 17<sup>th</sup> century, by Milton, Lilburne, Filmer, Harrington and Hobbes, when they alleged that a set of precedents, principles and maxims were to be found in an ancient constitution, which was asserted to be in some way immune from the king's prerogative action. The plausibility of such claims ran up against one massive obstacle. The Norman Conquest was the one great apparent break in the continuity of English history. (...) To acknowledge that there had indeed been a conquest was to admit that the English constitution bore the indelible mark of sovereignty (2008: 60).

La imposición de una *damnatio memoriae* sobre todo lo que tuviera que ver con la República o con lo sucedido durante el conflicto civil buscaba no solo esta sustitución de relatos que sería impuesta a lo largo de los cuarenta años de dictadura, sino también la misma desaparición de la realidad. Para un régimen construido desde la irrealidad de su discurso, este proceso de invención y reelaboración del discurso historiográfico oficial debe ir acompañado de la obligada destrucción de la memoria existente sobre el momento histórico que se pretendía modificar. La destrucción del otro se completa así cuando se

procura arrebatarle la memoria, el recuerdo de lo sucedido que no solo le da identidad, sino que le impide pasar a ser concebido desde la objetualización que le impone el victimario. Esta destrucción de la memoria exogrupal resulta importante, por lo tanto, dentro de la constitución de un endogrupo totalitario cuyo objetivo es utilizar a este mismo exogrupo como versión únicamente negativa de las características propias. El maniqueísmo que se despliega en este proceso contribuye así a la imposición sobre el contrario, así como al refuerzo de la identidad desplegada por el propio endogrupo. La destrucción de la memoria exogrupal funciona así, de manera paradójica, como una manera de establecer una falsa continuidad histórica que esconda la ruptura social que se ha llevado a cabo tras la imposición de un poder que, en el caso del franquismo, fue de carácter totalitario.

En esta línea, y aunque en este trabajo no nos acerquemos a la novela contemporánea, es interesante destacar cómo la problemática sobre la amnesia colectiva que continuó persistiendo en España tras la llegada de la democracia resulta un componente de gran relevancia dentro de la narrativa actual sobre la memoria de la Guerra Civil y el franquismo. Debemos tener en cuenta que: “Una sociedad no puede comprometerse con su pasado si no lo conoce; el desconocimiento conduce a la indiferencia” (Becerra Mayor, 2018: 76). La intencionalidad de muchos de estos autores contemporáneos de que el lector experimente de manera vicaria el recuerdo de lo sucedido es una manera de mantener vivo el pasado al mismo tiempo que se lucha por su extensión dentro de la sociedad española (Liikasen, 2015: 115-117). Dentro de una sociedad contemporánea como la española, que sigue con dificultades para reconocer su pasado y para integrar lo sucedido durante el conflicto civil dentro de la memoria colectiva, la dialéctica que se establece entre el recuerdo y el olvido construye un espacio paralelo de la memoria que lucha por conectar con una realidad comunitaria demasiado acostumbrada a negar este mismo recuerdo. En palabras del profesor Hans Hansen:

Mi hipótesis es que el éxito e impacto cultural de la novela memorialística actual en España sobre la Guerra Civil y el franquismo se debe al diálogo con sus característicos actantes y estructuras de trama. Por un lado tenemos el moderno sujeto perdido en busca tanto de la ‘verdad’ del pasado como de su propia identidad en un mundo amnésico e informatizado, y por otro tenemos el sufrimiento de las víctimas de la guerra y de la represión franquista (2015a: 111-112).

### 1.3.2 *Lieux de mémoire*: lugar(es) fragmentado(s) para el recuerdo

La memoria, al igual que la historia, no es una visión atemporal del pasado capaz de mantenerse incólume a través del paso del tiempo. Pertenece al presente en el que ha sido escrita o re-imaginada y, por lo tanto, responde a una explicación tanto de ese momento como de la perspectiva particular de lo sucedido sobre la que trata. En el momento en el que nos encontramos, tras el desarrollo y caída de las diferentes dialécticas ideológicas que han jalonado el siglo XX —de manera particular el comunismo y su significación práctica a lo largo de las diferentes épocas de la Unión Soviética—, las utopías del desarrollo histórico parecen cada vez más difíciles de alcanzar en una disciplina historiográfica que parece haber dejado de construirse hacia el porvenir: “This dialectic of historical time seems exhausted. (...) Utopia seems a category of the past—the future imagined in a bygone time—because it no longer belongs to the present of our societies. History itself appears as a landscape of ruins, a living legacy of pain” (Traverso, 2017: 7). Dentro de este contexto, el pasado es revivido desde la pesadumbre de lo sucedido, al mostrar todo el horror provocado durante el siglo XX. Ello se enmarca, según el análisis que realiza el profesor Traverso, en una vivencia de la derrota que lleva a un concepto de melancolía que no es entendido de manera completamente negativa, sino que deja espacio a una relativa esperanza funcional. Todo ello a través de un proceso basado en la “fusion between the suffering of a catastrophic experience (...) and the persistence of a utopia lived as a horizon of expectation and a historical perspective” (Traverso, 2017: 51). La memoria española de las víctimas se ha construido, de esta manera, como un paradigma interpretativo y conceptual de lo sucedido que, en cierto sentido, se interpone entre parte del trabajo de recuperación historiográfica que se ha llevado a cabo durante las últimas décadas sobre la Guerra Civil española y la concepción de lo sucedido como un auténtico genocidio. Es por ello que

in recent years, historians have extensively investigated the violence of the Civil War and have reconstituted the forms, the methods, and the ideology of the violence between 1936 and 1939, identifying and quantifying the victims on both sides. For the first time, the history of Franco’s concentration camps was seriously investigated and described. In the public debate, nevertheless, this valuable work elucidating the past does not hinder a new interpretation in which the remembrance of the victims simply eclipses the meaning of history. According to

this approach, the conflict between democracy and fascism—the way the Spanish Civil War was perceived in Europe during the 1930s—becomes a sequence of crimes against humanity (Traverso, 2017: 16).

La memoria se construye así como un proceso que se encuentra inserto en una dinámica permanente de olvido y recuerdo. La memoria no es, por lo tanto, la mera recolección archivística de lo sucedido, sino la recuperación de una determinada narrativa sobre el pasado una y otra vez de una forma diferente. De tal modo que “there is no (longer) memory where there are no new acts of remembrance. If a story is taken for granted or stops being relevant to contemporary concerns it will cease generating new versions of itself” (Rigney, 2016: 68). El carácter agentivo de este proceso se manifiesta en esta necesidad de actualizar el relato sobre el pasado y mantener vivo un diálogo que, precisamente por esta necesidad de acción que tiene para permanecer como memoria, solo desde cada presente puede desplegar el simbolismo y el significado que este proceso de co-creación le da a cada recuerdo del pasado. Como Ann Rigney indica al hablar de este proceso de olvido que estamos estudiando, cuando un símbolo de memoria como puede ser una estatua decimonónica deja de entrar en diálogo con la ciudadanía y los intereses del presente, pierde su significado y pasa a constituir parte de un archivo silencioso que precisa de alguien que lo vuelva a poner en circulación para poder volver a desplegar toda su capacidad dialógica como memoria. Una memoria como la de la Guerra Civil y la de la República que ha permanecido invisibilizada tanto durante las cuatro décadas de dictadura como tras la llegada de la democracia:

Las memorias de las víctimas de la represión se mantuvieron invisibles e inaudibles tanto durante las décadas en que la censura del régimen era operativa, como posteriormente a la muerte del dictador, probablemente debido al carácter del mismo proceso de transición. La transición a la democracia en España no se realizó como el resultado de un enfrentamiento entre un movimiento popular y el régimen, es decir, como una ruptura limpia y clara, sino que fue el resultado de un proceso uinstigado por las tendencias más orientadas hacia las reformas del propio régimen (Cecchini e Hausen, 2015: 15-16).

Dentro de este proceso, el control de la narrativa se presenta como un elemento indetificador no solo de la orientación global del relato, sino del efecto que la

presentificación de la memoria va a provocar dentro de una determinada sociedad. Como procedimiento vivo y dialéctico que es, la memoria puede ser dirigida por los vencedores de un conflicto, quienes pueden lograr —como sucedió en el caso de los militares franquistas— establecer un discurso triunfalista en el cual el binomio de barbarie frente a civilización sea reactualizado desde la perspectiva de un endogrupo que se recrea en sus glorias construidas mientras procura obviar o no atender todos aquellos actos que, aunque hayan sido la base de su llegada al poder, ahora resulta necesario rechazar e intentar eliminar de la memoria viva sobre un determinado desarrollo histórico:

Whoever has emerged victorious participates to this day in the triumphal procession in which the present rulers step over those who are lying prostrate. According to traditional practice, the spoils are carried along in the procession. They are called cultural treasures, and a historical materialist views them with cautious detachment. For without exception the cultural treasures he surveys have an origin which he cannot contemplate without horror. They owe their existence not only to the efforts of the great minds and talents who have created them, but also to the anonymous toil of their contemporaries. There is no document of civilization which is not at the same time a document of barbarism. And just as such a document is not free of barbarism, barbarism taints also the manner in which it was transmitted from one owner to another (Benjamin, 1969: 256).

Cuando Nora reflexionaba acerca de los *lieux de mémoire*, lo hacía desde la reflexión sobre cómo el temor al olvido de las gestas y las narrativas sobre el pasado que conformaban la identidad de una nación llevaba a intentar conservar este espíritu que había construido el endogrupo en una determinada época a través de una serie de espacios creados ex profeso con este objetivo de mantener vivo el recuerdo y luchar contra la desaparición del marco dialógico que, precisamente, había dado origen a la concepción de la nación. Sin embargo, Nora había basado sus reflexiones exclusivamente al caso de la historia de la nación francesa y ello, a pesar del valor de sus aportaciones —como hemos podido observar— entraña dificultades cuando intentamos aplicar estas teorías a otros contextos sociohistóricos.

Si nos acercamos al caso español, las aportaciones del investigador Ulrich Winter resultan muy relevantes en este sentido. Winter entra en diálogo con las aportaciones de Nora con el objetivo de mostrar las diferencias entre los *lieux de mémoire*



del pensador francés y lo que él llama los “lugares de la memoria” españoles, que serían aquellos que mostraran las especificidades de este país frente al contexto francés. En esta línea, Winter centra sus reflexiones en el caso de las fosas comunes y en su repercusión dentro del debate que se establece en torno a ellas en la sociedad española. Según explica: “Las fosas comunes constituyen lugares de memoria por antonomasia y a la vez demasiado testimoniales para asumirse bajo uno de los tres tipos en que Nora clasifica dichos lugares” (2005: 19). La falta de adecuación de la clasificación de Nora para aceptar en su seno aspectos tan relevantes como son las fosas franquistas dentro de la memoria española explica la necesidad de este diálogo con las concepciones del pensador francés, como una manera de establecer nuevas categorías que permitan comprender mejor la memoria española del franquismo, puesto que, “en resumen, las escenas de exhumación frecuentemente presentadas en los medios constituyen una configuración emblemática para el paisaje conmemorativo español” (Winter, 2005: 19-20).

El papel que tienen los medios de comunicación dentro de este proceso memorialístico no es baladí. La cuestión sigue siendo debatida en la actualidad dentro de España, donde el debate sobre el destino de monumentos como el del Valle de los Caídos sigue levantando fuertes polémicas dentro del Congreso de los Diputados y del conjunto de la sociedad. El control de la narrativa del que hablaba Benjamin se nos presenta como un elemento de gran importancia dentro de este debate, que recibió recientemente una gran atención cuando el Gobierno de Pedro Sánchez decidió exhumar el 24 de octubre de 2019 los restos del dictador Francisco Franco que se encontraban en la Basílica del Valle de los Caídos para trasladarlos a una fosa privada que tiene su familia en el cementerio madrileño de Mingorrubio.

La necesidad que tenían para Nora estos *lieux de mémoire* como simbología necesaria para evitar la desaparición del concepto de Estado-nación basaba, como hemos visto, su potencialidad en el sentido identitario que tenían para la comunidad, como fuente de filiación endogrupal. Esto llevaba a nuestro pensador francés a establecer una relación de potencialidad entre el recuerdo y la acción presentificadora que puede resultar contradictoria:

Si por un lado el *lieu de mémoire* está moldeado sobre el reconocimiento de una *différance* entre historia, memoria e historiografía, por otro lado contiene una fuerza que lo acredita y dota para la tarea de recomponer la nación —o establecer la doctrina nacionalista—. Esta

fuerza reside en la afirmación de que algo de lo que se pretende recomponer fue un día real: un hecho histórico que puede considerarse fundacional, trasfondo conceptual y «memoria viva» de una identidad colectiva. A causa de su arraigo en el modelo topográfico, el *lieu de mémoire* asocia dos elementos aparentemente contradictorios: por un lado el reconocimiento del carácter imaginario y constructivista de la memoria histórica, una vez convertida ésta en lieu de mémoire; por otro lado, imputa al saber organizado según el modelo topográfico atributos de lo objetivo y lo real, como la determinación, relacionalidad y coherencia (Winter, 2005: 21).

Este esfuerzo por vivificar la memoria que da sentido e identidad a la nación se basa, para Winter, en la reunión de dos funcionalidades diferentes y contradictorias que explican los problemas que presentan estos *lieux de mémoire* para adaptarse a diferentes contextos. La intención que tiene cada endogrupo nación para levantar estos espacios de recuerdo y lucha contra el olvido a partir de un proceso de creación e inventiva que reduce a los hechos del pasado a una parte, únicamente, del material necesario para edificar esta ilusión imaginaria sobre lo sucedido que le sirva en el presente a la nación para afirmarse identitariamente se contrapone a una voluntad de afirmar este constructo como una entidad real y verificable que aspira a convertirse e imponerse como la única visión posible sobre lo sucedido; asentando la identidad nacional con una necesaria base en la realidad que justifica la existencia del endogrupo nación.

Esta contradicción que puede ser apreciada dentro de los lugares de la memoria se explica, en el caso francés, por la tradicional “homogeneidad histórica impuesta por la cultura francesa” (Winter, 2005: 21), lo que explicaría el uso y la ideación de este término por parte de Nora. En el caso español, sin embargo, la problemática existente acerca de una historia nacionalista ampliamente contestada y que todavía se encuentra mediada por la reelaboración que sobre la misma fue llevado a cabo durante el franquismo explica este interés de Winter por establecer un diálogo con Nora con el objetivo de exponer los problemas que presenta este análisis, así como la adaptación que se puede hacer al contexto de nuestro país. Lo que observa Winter es que, frente a la uniformidad francesa y al pacto colectivo sobre lo que significa y simboliza la nación francesa que existe en el país galo, la conflictividad existente en el seno de nuestro país entre diferentes memorias alternativas que pugnan por referenciar y representar al conjunto de la nación española —o a parte de ella, separada del resto— impide que pueda existir un necesario consenso sobre cuáles son estos lugares de memoria. El recuerdo del pasado ha sido construido en

España no desde la voluntad de integración del conjunto de los españoles, sino más bien desde un enfrentamiento con parte de ellos que ha generado diferentes grupos excindidos incapaces de conformar un endogrupo unitario. La construcción de la memoria nacional por oposición al otro republicano, tal y como se llevó a cabo durante el franquismo, ahonda en este fenómeno de divisiones que busca en la lucha y en el odio al diferente la conformación del sentimiento y la identidad nacionales. En palabras del propio Winter:

La existencia de lugares de memoria en el discurso conmemorativo de una cultura presupone algún acuerdo sobre cómo narrar la identidad colectiva. Si se acepta la necesidad o por lo menos lo deseable de la reconciliación entre memorias conflictivas y lealtades múltiples, entonces los símbolos y mitos a los que se confiere carácter nacional sin el consentimiento de todos se vuelven potente arma simbólica de una política de la memoria que opera por exclusión, menosprecio o destrucción del Otro (Winter, 2005: 22).

Estas dinámicas negativas en torno a la formación y construcción del recuerdo contribuyen a que el desacuerdo y el enfrentamiento se conviertan en la norma dentro de unos endogrupos que miran su memoria particular como arma frente al contrario, y que reducen su efectividad cohexionadora al estar atravesadas por la contradicción y la multiplicidad de perspectivas. Los lugares de la memoria españoles se enfrentan así a un carácter parcial y partitivo que proviene de las diferentes concepciones enfrentadas sobre lo que es la memoria española, así como de la multiplicidad de perspectivas que existe de manera paralela a la concepción del endogrupo español —como es el caso de las diferentes naciones que son reivindicadas y que existen dentro de las fronteras del actual Estado español—. Winter, dentro de este contexto, propone sustituir la idea de unos lugares de la memoria monolíticos y unívocos que podrían recordar a los intentos totalitarios del franquismo por imponer su propia memoria y su propia noción particular de lo que era España sobre el conjunto del país, y constituir, en su lugar, espacios de reconocimiento del pasado que partan, precisamente, de un carácter dialéctico y abierto a las diferentes concepciones y memorias existentes dentro de España. Para ello nuestro autor contrapone la idea de “lugar de reconocimiento”, basado en su carácter vivo e interactivo, y el lugar totalitario, que pretende imponer una idea única sobre lo acaecido en el pasado —y cuyo ejemplo paradigmático sería el Valle de los Caídos— (Winter, 2005: 24-27).

La propuesta de nuestro autor para constituir lugares de memoria españoles que verdaderamente puedan funcionar como tal es precisamente crear unos espacios basados en la inclusión y el reconocimiento de estos diferentes Otros en pugna que, además, tengan en la pluralidad y no en la univocidad su carácter identitario. Sin embargo, es precisamente la Guerra Civil, uno de los espacios más dinámicos y plurales en cuando a la construcción memorialística española en la actualidad, la que genera más problemas para lograr esta elaboración en torno al reconocimiento:

Lo demuestra el debate sobre los mitos e iconos más decisivos de la historia española del siglo XX. La Guerra Civil es un lugar de memoria privilegiado, ya que da pie a las dos características definidoras de la reciente historia de España, el totalitarismo y la falta de reconocimiento. La memoria oficial franquista intentó transformar la contienda en un mito fundacional y en el lugar de una memoria totalitaria. Su narración de origen en el mito sacro-medieval de la cruzada fija la división social en el ámbito de lo absoluto y fomenta la escisión de las memorias colectivas (Winter, 2005: 30).

#### **1.4. Nosotros frente a ellos: La nación como marco estructural del grupo**

El individuo aislado no puede lograr —ni desear— que su acción sea llevada a cabo únicamente desde su capacidad particular. La potencialidad de cada uno de nosotros se encuentra tanto en nuestro interior y nuestro acto como en el entorno que nos rodea, el cual nos limita tanto como nos ayuda a expandir nuestro alcance. La cuestión de los grupos sociales y de la imbricación del individuo en su interior se vuelve así esencial para poder comprender cómo se lleva a cabo este proceso de interrelación sobre el que se construyen la convivencia social y las relaciones culturales. El acto, de esta manera, se convierte en el elemento de cohesión que singulariza y ejemplifica la existencia humana como ente social, al mismo tiempo que sirve para transformar y conformar nuestra experiencia existencial:

An act of our activity, of our actual experiencing, is like a two-faced Janus. It looks in two opposite directions: it looks at the objective unity of a domain of culture and at the never-repeteable uniqueness of actually lived and experienced life. But there is no unitary and unique

plane where both faces would mutually determine each other in relation to a single unique unity. It is only the once-occurrent event of Being in the process of actualization that can constitute this unique unity; all that which is theoretical or aesthetic must be determined as a constituent moment in the once-occurrent event of Being, although no longer, of course, in theoretical or aesthetic terms. An act must acquire a single unitary plane to be able to reflect itself in both directions—in its sense or meaning and in its being; it must acquire the unity of two-sided answerability—both for its content (special answerability) and for its Being (moral answerability). And the special answerability, moreover, must be brought into communion with the unitary and unique moral answerability as a constituent moment in it. That is the only way whereby the pernicious non-fusion and non-interpretation of culture and life could be surmounted (Bakhtin, 1993: 2-3).

De la misma manera, el personaje es utilizado por el autor para reflejar, a través del acto ficcional en el que se encuentra inmerso, la especial relación ontológica que le da sentido narratológico y temático. A través del mismo, el texto puede explorar una determinada visión del mundo—más o menos poliédrica— que sirva de reflejo, explicación o crítica a la realidad, sin los impedimentos que un texto no ficcional puede tener para llevar a cabo este proceso.

Nuestro propósito es intentar conjugar las diferentes visiones que han ofrecido una serie de autores sobre un momento particular de nuestra historia a través tanto de la ficción como de la memoria. Dentro de este proceso, la particular relación que se establece entre el individuo, el endogrupo, o endogrupos, a los que pertenece, así como los exogrupos con los que se entrelaza resulta de gran interés para entender la imagen poliédrica que sobre el pasado español podemos encontrar en los textos del corpus estudiado. Se trata de un proceso en el que el control y el dominio juegan un papel relevante, pues la imposición de actos y opiniones sobre los demás puede ayudar a explicar buena parte del desarrollo de los hechos vividos durante la Guerra Civil española. Es así que no solo la ausencia de una justicia social de base democrática puede llevar al individuo a perder su capacidad de expresión y su libertad dentro de la sociedad (Shapiro, 1997), sino que el poder que es ejercido sobre él de manera solapada también coadyuba a mantener su subordinación, incluso cuando no parecen darse a priori los elementos necesarios para ello. Se trata, asimismo, de la necesidad moral de justificar las decisiones que sean tomadas en sociedad—tanto individuales como grupales— desde la equidad que ofrece la búsqueda de unas “razones universalmente accesibles” (Habermas, 2006: 129).

La “no-interferencia” sobre la que teoriza Philip Pettit debe unirse, de esta manera, a la consecución de la “no-dominación” por parte del individuo que quiera ser verdaderamente libre frente a los demás. La cuestión del control y el poder ejercido se nos presenta, de esta manera, como un componente fundamental para entender tanto las dinámicas sociales como la posición particular que pueda tener alguien en relación con las decisiones y los actos que lleva a cabo como manifestación de su existencia. De esta manera:

Evitar el control de otros en una elección dada no es lo mismo que evitar la interferencia de otros en esa elección: es decir, evitar su obstrucción activa, coerción o manipulación. Existen dos razones para esto. Otros podrían controlarte sin una interferencia activa si se sitúan en una posición de control y sólo interfieren en caso de que no les quede más remedio. Te dejan ir como quieras, si estás inclinado para actuar como quieren, pero están preparados para dar los pasos adecuados para bloquear o inhibir o redirigir tu elección —o al menos hacerte lamentar ese tipo de elección y, así, evitarla en el futuro— si tu patrón de comportamiento, o su patrón de preferencia, deberían cambiar. Así, la interferencia podría estar ausente, mientras el control permanece presente. El control permanecerá presente de hecho, aún si otros están bien dispuestos a permitirte actuar en la situación que sea siguiendo tu preferencia. Mientras que conserven el poder de interferencia y estén preparados para interferir si tu posición debiera ser diferente, los hace permanecer como tus dueños. La consecuencia es que operas solamente dentro de su poder y no eres un agente libre (Pettit, 2009: 48-49).

A lo largo de este trabajo, y en especial cuando nos acerquemos al análisis del corpus, podremos observar cómo la interrelación entre endogrupo y exogrupo, así como la influencia que ambos ejercen sobre un determinado individuo, puede ayudar a explicar buena parte de los procesos de deshumanización y objetualización que se vivieron durante la Guerra Civil española. En el sustrato del conflicto se encuentra esta dinámica de capacitación y reforzamiento del «nosotros» y de un yo grupal construido como una mezcla de intereses políticos e ideológicos que permitieron, entre otros hechos, la imposición del ideario y la doctrina de la Dictadura franquista. Así lo expone, por aportar un ejemplo paradigmático de una ciudad castellana, el sociólogo Eduardo Cabezas cuando estudia el papel de las élites políticas y económicas en la configuración de Ávila<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Se documenta en el territorio, ya desde antes del siglo XIX, la suma de la realidad decadente que se puede ver a simple vista junto a un sentimiento de autosatisfacción y confianza sobre las posibilidades de futuro

a lo largo del siglo XX: “Tanto la institucionalización del catolicismo, como el conservadurismo político, respondían a una finalidad clara, servían de instrumento para el mantenimiento del poder y del dominio. (...) De manera que, la dimensión política y la significación del catolicismo se erigían en valor central, y derivaban de una combinación expresa de religión y política” (2000: 137). Estos serán dos de los valores que el franquismo procurará institucionalizar en España tras su victoria en la guerra.

Se trata no solo de un fenómeno más dentro de este complejo caleidoscopio que representa este momento de la historia española, sino uno de los fundamentos de un sistema represivo que triunfó y se consolidó en el tiempo gracias a su capacidad para influir en el grupo y para lograr que este se alineara, en la mente de buena parte de la población, con las características particulares que los nuevos jefes militares quisieron elaborar. Es por ello que, como indican algunos autores al criticar la falta de una verdadera laicidad dentro del Estado español, las conexiones entre España, la nación española y lo que es ser español todavía tienen relación para una parte de la población con lo defendido durante la dictadura (García Santesmases, 2011: 50).

Este proceso de objetualización y destrucción del individuo ayuda a construir y entender sobre qué fundamentos levantó el franquismo todo su complejo ideológico. En este proceso, comprender el papel que tiene la cultura resulta de gran interés, puesto que es el marco de identificación sobre el que se levantan todos los grandes endogrupos nacionales:

La noción de *cultura* es muy ambigua. Desde un punto de vista dinámico sería el proceso de autoconstrucción de la humanidad e implica distancia crítica hacia la tradición. Pero en su perspectiva estática es el conjunto de tradiciones de un pueblo. ¿Son la ablación del clítoris, los velos musulmanes y la discriminación de las mujeres rasgos culturales? El término cultura desempeña en este caso un papel ideológico para sustraer a la crítica legítima algo que no es cultura, sino práctica opresiva que pretende disfrazarse para escapar a la crítica. Repito, el concepto de cultura encierra una gran ambigüedad: la Iglesia católica francesa plantea que la falta de cultura religiosa es un problema y adelanta sus proposiciones y propuestas para que las autoridades religiosas intervengan en la escuela francesa para impartir cultura, a lo que los

---

y las riquezas naturales que obvia un análisis profundo de todas las causalidades (Fernández Fernández, 1999: 112-116).

laicos contestamos que en la escuela se debe impartir el conocimiento de las humanidades y no conocimientos religiosos: impartir la filosofía y mitología griega, el conocimiento de las obras inspiradas por el cristianismo y por otras religiones. (...) El pretexto de la cultura es muchas veces para la Iglesia una manera instrumental de introducir nuevamente su voluntad de entrar una vez más en la escuela pública (Pena-Ruiz, 2008: 202-203).

La indeterminación de lo que puede ser entendido como cultura, así como la recolección dentro de este variopinto concepto de problemáticas y espacios diferenciados como la opresión del individuo, su religiosidad o sus concepciones ideológicas explica las dificultades existentes para establecer unas fronteras claras que nos ayuden a deslindar o explicar cómo este concepto juega un papel preponderante dentro de la identificación intergrupala.

Benedict Anderson, en su obra *Imagined communities* (1983), nos permite acercarnos a una idea de la nación y del nacionalismo anclados en su carácter de constructo al servicio del endogrupo. De esta manera, la nación, como conjunto de interrelaciones imaginarias que los individuos de un determinado grupo —unidos principalmente, pero no de manera necesaria, por la lengua, una supuesta cultura común, un sentido de la historia también compartido y, en muchos casos, un territorio— habrían elaborado para dar cohesión al propio endogrupo, formaría parte de una comunidad imaginada de carácter político cuyo desarrollo habría estado basado en el desarrollo del capitalismo y los medios de comunicación que le acompañaron (Anderson, 2006: 36).

La nación sería así un constructo elaborado a partir del manifiesto carácter innantista que un determinado espacio cultural observa de manera teleológica cuando intenta explicar su historia. La configuración de España a través de ciertos mitos históricos —el valor y la lealtad asociados a la figura del Cid<sup>9</sup>, o la recreación de la patria

---

<sup>9</sup> Como muestra podemos anotar la autonomía de intereses que tuvo Rodrigo Díaz de Vivar frente a Alfonso VI —en el transcurso de la segunda invasión llevada a cabo en la Península en el año 1088 por el caudillo almorávide Yusuf ibn Tasufin—, alejado de la mítica figura de adalid castellano que nos ha legado parte de la tradición: “De este momento data la nueva y definitiva ruptura del Cid con Alfonso VI, debido a su ausencia de la campaña de Aledo. El Cid pronto comienza a desplegar toda su capacidad militar y política, convirtiéndose en la práctica en un poder autónomo en Levante y Cuenta del Ebro: se enfrenta al-Mundir de Denia en 1089, y cuando éste muere en 1090, también lo hace con los dos protectores del difunto, al-Munstain de Zaragoza y Berenguer Ramón II, venciendo en la batalla de Tévar (1090), y logrando del conde catalán una renuncia al cobro de parias. Desde 1091 el Cid se centra en Levante mientras que el rey de Aragón y Navarra hace lo propio en el Ebro, acercándose cada vez más a Zaragoza, con la conquista progresiva de Monzón (1089), El Castellar (1091) y Estadilla (1091), al tiempo que se repoblaba Estella (1090)” (Álvarez 2011: 301). También sobre esta concepción: Manzano 2015: 296.



a partir del desarrollo del reino de Castilla<sup>10</sup> —convertido en epítome de la nueva nación que el franquismo pretende asentar, corazón y reflejo de los valores asociados al buen español— serían un ejemplo de este proceso de construcción de la imagen. El pasado se convierte así en marco para comprender un presente al cual se le despoja de todo aquello que no logre encajar en esta cosmovisión del mundo.

La configuración ideológica de esta España nacional que el franquismo pretende salvar se basa en la imagen de la nación española creada a lo largo del siglo XIX (Pérez Vejo, 2015: 472). Los mitos nacionales de los que los españoles debían estar orgullosos eran tomados a partir de aquellos que habían ido conformando en el ideario colectivo la nación española a lo largo del siglo anterior. Este imaginario —profusamente representado a lo largo de la literatura y de la pintura— nutrió las bases ideológicas de un nacionalcatolicismo para el que la recreación de un pasado glorioso y mejor; del cual los españoles contemporáneos —corrompidos por las diferentes ideas venidas de Europa en los últimos siglos— no serían dignos sucesores. Los males del país se concentran en esta reconstrucción ahistórica de un pueblo que pretenden forjar de nuevo. Y los daños colaterales de esta identificación continúan, para historiadores como Tomás Pérez Vejo, hasta nuestra realidad político-social actual: “Como consecuencia de la falta de legitimidad que amplios sectores de la población española atribuyen al régimen nacido del 18 de julio, se generó un proceso desnacionalizador que confundió gobierno franquista, Estado español y nación española que, por motivos obvios, afectó fundamentalmente a la izquierda” (2015: 471).

España se convierte, para los ideales del franquismo, en un ente ideal gestado a partir de las glorias de los españoles del pasado; una personificación que merece los mismos cuidados que cualquier otro ser humano. Pero estos hechos no pueden encuadrarse dentro de la historia, sino de la leyenda y la recreación de ciertos personajes históricos.

---

<sup>10</sup> El historiador Tomás Pérez Vejo, analizando la recreación de la historia nacional española a través de la pintura decimonónica, es uno de los que expone esta utilización de la historia castellana como fuente para configurar la historia nacional española; sin atender a la realidad de que fuera un sujeto histórico diferente dentro de una España que, aun existiendo, no tenía que ver con la idea que sobre ella configurará después el Franquismo: “No interesa la historia de Castilla sino una Castilla imaginada a partir de las necesidades del relato español de nación. Una verdadera historia castellanista habría prestado, por ejemplo, especial atención al nacimiento del condado de Castilla y a su posterior independencia del Reino de León. Sin embargo, ni una sola de las imágenes creadas por la pintura de historia oficial hace referencia a estos hechos, que pasan así a formar parte de lo que existe, del pasado olvidado” (Pérez 2015: 85). Se oculta la realidad historiográfica de Castilla, y a la vez se modifica la española para proteger ciertas mentalidades partidistas: “Los hechos de la historia de Castilla no son seleccionados en cuanto que castellanos sino en cuanto que integrantes de la historia nacional española y como muestra de valores que se pretenden nacionales” (Pérez 2015: 91).

Hay una clara selección de aquellos hechos que encajen con la visión apriorística de la nación española, y la eliminación de los que desluzcan o no resulten convenientes para el ideario que se pretende transmitir. Se trata, por lo tanto, de un proceso importante en el nacionalismo, que aspira a un ideal inexistente en la realidad, y lo hace a través de un discurso proyectado y tramado para difundir su lugar en el mundo y su razón de ser frente a los demás pueblos o grupos sociales. Se crea, por lo tanto, una España que solo se puede encontrar de manera conceptual, enfrentado a una necesaria idea de la ‘anti-España’ como todo aquello que no encaje en esta utopía histórica. Y todo ello se construye a través de elementos tan relevantes para la cultura como es el discurso pictórico:

A lo largo de poco menos que un siglo, los pintores españoles, patrocinados y tutelados por el Estado, imaginaron, en el doble sentido de pensar y dar imágenes, la historia de la nación como una gran epopeya colectiva. No una sucesión de hechos aislados sino un relato coherente en el que distintos episodios/imágenes adquirirían sentido por tener un mismo protagonista. Una especie de drama romántico en el que una heroína llamada España sufría y gozaba, con momentos de gloria y decadencia, la tribu errante que atravesaba los siglos al margen del tiempo y de la historia, una nación y no un Estado (Pérez, 2015: 469).

Esta heroína, de la que el franquismo procura apropiarse para reivindicar su papel en Europa y dentro de la Península, configura un país ideal y atemporal<sup>11</sup>, un imaginario inmaterial ante el cual resulta fácil modificar la historia para que concuerde con la versión oficial (ampliamente difundida desde 1936 por los golpistas). Es, en definitiva, un destino secular que, como ejemplo, podemos encontrar en el tratamiento dado desde el nacionalismo español a los repartos reales medievales que no encajan con esta idiosincrasia: “En unos términos historiográficos tan encontrados, los reyes que llevaron a cabo repartos sucesorios han solido ser motejados por el nacionalismo español como ineptos que chochearon en el lecho de muerte retrasando la unidad predestinada” (Manzano 2015: 261).

---

<sup>11</sup> Tal y como exponen, estudiando el reinado de los Reyes Católicos, historiadores como Miguel Ángel Ladero: “Es un error reducir el concepto histórico de España a su dimensión política estatal, relativamente reciente, pero también lo es negar su existencia en los siglos medievales y suponer que España era solo un concepto geográfico, lo que puede dar lugar a interpretaciones tanto o más excesivas que algunas decimonónico-nacionalistas que tendieron a producir en muchos la imagen de una ‘España eterna’, igualmente ahistórica. (...) Y así, cabe afirmar que las ideas sobre la realidad hispánica que se tenían a fines de la Edad Media no producían una traducción política unitaria inmediata, sino que muchas nociones de patria, naturaleza y extranjería se reducían al ámbito de cada reino, como respaldo de su propia organización político-administrativa y resultado de su historia específica” (Ladero 2014: 157).

Según la concepción que nos presenta Anderson, la nación sería, por lo tanto, un intento de luchar contra el paso del tiempo y contra la complejidad de un mundo demasiado diverso y enrevesado como para que no genere inseguridades en el individuo. Sería, por lo tanto, un freno al alcance temporal de un presente que intenta ser ordenado a través del recurso a los nexos comunes dentro del endogrupo pero que, precisamente por ello, renuncia a descubrir la verdad sobre la realidad y se contenta con otra verdad diferente —más perfecta cuanto más alejada de la realidad que dice sustentarla—. La nación, de esta manera, no sería un constructo basado en el reconocimiento de los orígenes comunes de un grupo, sino, de manera paradójica, estaría: “grounded in and produced by a systematic misrecognition of its origins. The nation is a hallucinated limit to iterability. Made possible by difference, deferral, and technological shock, the nation homogenizes time and space, draws and polices borders, historicizes itself as the continuous arc of an unfolding identity” (Redfield, 1999: 66).

Este carácter artificial de la nación es, además, el fundamento para poner en duda un postulado común del nacionalismo que se presenta a sí mismo como un carácter básico de la identidad de cada individuo. Si atendemos a la historia de guerras y enfrentamientos que se han producido —y se siguen produciendo entre naciones—, podemos cuestionar también que el énfasis del nacionalismo en la división con el otro pueda tener este estatuto especial dentro del autoconcepto individual (McCabe, 2012). La relevancia que siguen teniendo los medios de comunicación de masas para difundir y mantener el concepto de nación —como ya apuntara Anderson— nos puede ayudar a entender la recursividad e importancia de este tipo de figuraciones para el conjunto del endogrupo (Castelló, 2016). La materialidad en la que Anderson basó su argumentación —es decir, la parte de realidad que se encuentra en la raíz de toda construcción nacionalista— es precisamente la base que otorga a la comunidad imaginada posterior su estatuto ontológico (Calhoun, 2016). La nación puede ser entendida, de esta manera, como un grupo unido por una misma idea de cultura y de proveniencia histórica que se encontraría en lucha con otras naciones bien por prestigio internacional, bien por necesidades o provecho económico. Así es como el sociólogo Max Weber trató el concepto de nación (Norkus, 2004).

La nación se muestra así ante nuestros ojos como una idea, un intento de ordenar el mundo a través de la explicación teleológica de la existencia de un endogrupo dentro de una sociedad como la nuestra donde el progreso sigue teniendo un papel que jugar. Un progreso, sin embargo, que puede ser visto como una mezcla entre la tradición cristiana

de Europa y el avance científico: “its continuous transformation by science; but they have invested this undoubted fact with hopes and values inherited from religion” (Gray, 2004: 11). Como ha sido llegado a concebir—por ejemplo, en torno al fuerte carácter de nacionalidades como la hebrea, cuando ha sido sometida a intentos de eliminación o sustitución—, la nación también es vista como un ente vivo, de tal manera que el proceso de ideación y estructuración de la realidad que estamos exponiendo termina encuadrado en el estatuto trascendente que esta metáfora le otorga. El nacionalismo se comprende así ya no desde la contingencia, sino desde la necesidad de su verdad y su existencia como “a living creed”, algo “organic and spontaneous” capaz de rebelarse a los intentos de normalización cultural llevados a cabo por otros poderes (Patkin, 1947: 149).

La fuerza que despliega esta constatación, confirmada a través del proceso de aculturación en el que todo individuo se encuentra sumergido desde el nacimiento, permite a otros autores centrarse en la relación que se establece entre el individuo y su endogrupo. Dicho en otras palabras, también esta ligazón puede ser vista en la dirección del yo al nosotros: “Nationalism is essentially the transfer of the focus of man's identity to a culture which is mediated by literacy and an extensive, formal educational system” (Gellner, 1981: 757). Para Gellner, es el matrimonio que se establece entre el estado y la cultura —el cual forma al individuo al mismo tiempo que este, posteriormente, contribuirá a fundamentarle con sus prácticas— el que se encuentra en la base de esta concepción del nacionalismo (1994: 31), en un proceso de fragmentación de comunidades y estructuras estatales más grandes que no tiene por qué ser visto desde una óptica positiva “It is not clear whether it is possible to revive civil society and to keep nationalism within bound” (Gellner, 1990: 294). El “genio” del nacionalismo se nos presenta así como un sujeto en sí mismo, que parece revestido de una capacidad autónoma para reelaborar el mundo. El endogrupo nación desarrolla así la fuerza de su fundamento a través de esta aptitud óptica que adquiere esta construcción.

A partir de una pretendida etnicidad común y una lengua también compartida, Weber también explora estos nexos de unión intragrupal para delimitar un concepto de nación que traspasa la artificialidad de estos rasgos reinterpretados al manifestarse a través de estructuras estatales o comunitarias que habrían contribuido a asentar la nacionalidad como un espacio común de experiencias compartidas y heredadas: “This sense of community came into being by virtue of common political and, indirectly, social experiences which are highly valued by the masses as symbols of the destruction of

feudalism, and the story of these events takes the place of the heroic legends of primitive peoples” (Weber, 1978: 396). A través de este proceso de identificación, la nación habría adquirido el estatuto ontológico necesario para imponerse sobre el endogrupo; o, dicho con otras palabras, para ser concebida como esencia de un gran endogrupo general con pretensiones de acoger en su interior a todos los ciudadanos de un determinado territorio geográfico o cultural. Weber defiende así el carácter del nacionalismo alemán al mismo tiempo que justifica la existencia y presencia de un concepto de estado que estaría íntimamente en conexión con la nación: “Weber sees the nation as a community, while the state is a rational association” (Smith, 1983: 33).

La etnicidad de base que analiza Weber puede ser entendida, además, como un elemento de gran relevancia para el éxito y la vitalidad de una determinada nación (Smith, 1996b: 447). Sin embargo, a pesar de esta base, la capacidad individual para incorporar en su autoconcepto la adhesión a diferentes comunidades —las cuales se pueden dar de manera consecutiva, o al mismo tiempo— nos devuelve a un carácter de la nación menos adentrado en la necesidad y en el mito fundacional de la comunidad para incorporarnos al discurso identitario. Discurso que, como tal, es permeable y cambiante (Smith, 1992: 58-60). La maleabilidad de las fronteras entre estas comunidades imaginadas no debe ser entendida, sin embargo, como un mecanismo general de re-identificación, sino como una posibilidad dentro de la categorización del yo que lleva a cabo cada individuo al interactuar con su endogrupo (Smith, 1993: 129). La cohesión social se encuentra, por lo tanto, en la base de una concepción de la nación que incide en su carácter de nexo interindividual (Smith, 1996a: 578).

Fichte es otro de los filósofos que ha reflexionado en extenso sobre el concepto de nación. El pensamiento de Fichte se construyó, desde los primeros momentos tras su acercamiento a la obra de Immanuel Kant, en torno a la cuestión del ser y la posición del yo de cara al mundo que le rodea. Nuestro autor se adentrará en la obra kantiana y en el determinismo que Kant establece a partir de la situación del pensamiento como receptor del mundo, entusiasmado por el sistema filosófico que se extendía ante sus ojos. Sin embargo, poco a poco dejará de ser tan kantiano en sus ideas conforme fue intentando reestructurar lo que él concebía como contradicciones del pensamiento kantiano (Ware, 1877: 149). Al convertir al yo en el centro de su reflexión, Fichte construiría su propia ontología del ser a partir de la obra kantiana, pero modificando un foco de atención que él consideró como más adecuado para describir el mundo (Wood, 1991: 7).

Para Fichte, el conocimiento de uno mismo supone la asunción de que somos un “infinito” y un “absoluto”, de tal manera que solo somos cuando aparecemos ante nosotros mismos, en una repetición permanente (Eagleton, 1990: 188-190). Es en esta visión del otro, de lo diferente, en la que la realización del sujeto puede llegar a producirse dentro del continuo que representa la infinitud, permitiendo así a la esencia de cada uno de nosotros una existencia marcada por la dialéctica entre la búsqueda y la contraposición hacia el otro. En el pensamiento de nuestro autor, la conciencia objetiva sobre el mundo exterior debe ser obtenida a partir de la autoconciencia interior del ser, el cual descubre lo que le rodea a partir de su intuición —reflexión que, en cierto sentido, guarda una estrecha relación con la que un siglo después Husserl elaborará al exponer sus ideas sobre la Fenomenología (Klotz, 1984: 642)—.

En este contexto, además, para Fichte resulta fundamental la pregunta por la libertad dentro de la concepción del ser. Se trata de un rasgo de gran importancia para entender cómo cada uno de los seres puede llegar a desarrollarse con plenitud, y evadirse del control y de cualquier condicionante externo que podría limitarle esta capacidad de decisión. La libertad del ser es, para Fichte, no solo la base de la responsabilidad y de la moral, sino también la posición necesaria del ser para poder autodeterminarse (Rivera, 2015: 32).

La esencialidad de la libertad como parte de la concepción ontológica de cada uno de nosotros es así determinante para encontrar en el interior de cada ser la responsabilidad necesaria para llevar a cabo la acción. Al no depender más que de manera contingente del exterior, el ser libre puede así auto-realizarse desde una posición de control que le otorga esta toma de posición desde la acción. Aunque esta toma de posición ante el mundo no le ofrezca todas las respuestas que el ser necesita, y se trata de un recorrido sin fin en la búsqueda de conocimiento, solo esta noción de libertad como acción interior responsable puede otorgar al ser la capacidad epistemológica para mantenerse en esta búsqueda permanente y entender así, a partir de sí mismo y de su propia recepción, el mundo que le rodea; un mundo, además, que no se aparece más que a partir de la recepción del mismo a través del ser.

La libertad es, por lo tanto, la base de la autonomía a la que debe aspirar el ser, y que se realiza a partir de la acción de auto-reconocimiento dentro del ámbito de la moral. Para el Idealismo alemán, la realidad es entendida como una “tensión activa” dentro de un continuo “devenir” (Rivera, 2015: 37). El mundo percibido cuenta, en este sentido,

con una serie de reglas propias que se muestran diferenciadas de la acción ejercida por el ser desde su libertad. El mundo no es, por lo tanto, lo percibido por el ser tal cual es percibido, sino que presenta una causalidad necesaria diferenciada de la esencia ontológica que lo percibe, por mucho que desde esta percepción intra-individual sea desde donde se llegue a su comprensión epistemológica. Esta oposición es la que constituye al ser como receptor y recibido, como sujeto y objeto dentro de una realidad contrapuesta en la que el otro, tanto los otros seres que forman parte del endogrupo de dicho ser como los del exogrupo en los que este se refleja también cuentan con una esencia ontológica que tiene existencia dentro del mundo, y que percibe a su vez al yo particular. Además, para Fichte, esta apertura al mundo y a los otros no solo resulta contingente con la existencia del ser, sino necesaria para su concepción última: “no habría Yo sin esa travesía hacia su exterior, el No-Yo; es decir, sin conciencia del mundo. Metafóricamente podría decirse que el Yo se desvanecería si no fuera o no lograra o se negara como un autista a ser apertura al mundo; el Yo es el fundamento de la experiencia, pero un mundo real es condición indispensable” (Rivera, 2015: 40). El ser precisa, de esta manera, de un otro que solo puede encontrar en el mundo exterior que, además, da cabida y sentido a su esencia. Esta necesidad es la base de la libertad que da forma y origen al ser, y construye el fundamento ontológico del yo para Fichte.

Por todo ello, la reflexión de Fichte parte de la conciencia interna del ser para abarcar el mundo que le rodea, puesto que: “el Yo es algo sólo en la medida en que se pone (se intuye y se piensa) a sí mismo como tal, y no es nada más que lo que él pone”, puesto que la conciencia de este pensar es, en sí misma, la base para comprender la relevancia ontológica del individuo (Fichte, 2005: 95).

La reunión tanto de falta de interferencia como de falta de control es lo que garantiza la verdadera libertad de un ser que está subsumido en el mundo que le rodea, y que encuentra, en la interrelación con el otro, su esencia ontológica. La libertad verdadera del ser, que surge de la falta de control que otros seres pueden tener sobre sus decisiones, permite desplegar el potencial de una esencia del yo que, para Fichte, se encuentra movida tanto por una necesidad de autoexpansión sin límite que busca afirmar su propia esencia y desde su propia realidad, como la autoconciencia de la unidad interna del yo desde donde este mismo se expande (Lachs, 1972: 312). Para Fichte, la conciencia individual del yo puede manifestar su libertad inherente a partir de una lucha por los derechos del endogrupo que pueda llevar a la comunidad a realizarse y obtener sus libertades y

derechos a través de “the transformation of the popular consciousness”, en cierta línea con el pensamiento de Maquiavelo (Moggach, 1993: 577). Fichte reflexiona así sobre la relevancia que la conciencia nacional y su despertar dentro del endogrupo que conforma la nación pueden representar para la libertad individual y para el ser, dentro de un proceso en el que nuestro autor, en el caso particular del nacimiento de la nación alemana, tuvo un papel destacado.

La relevancia que tiene para la memoria actual y la construcción endogrupal en muchos países lo sucedido durante el Holocausto resulta de relevancia a este respecto por la propia concepción de Fichte, autor que llegó incluso a distinguir entre unos derechos humanos universales —que también debían ser extensibles hacia la población judía— y unos derechos civiles que, sin embargo, debían estar vedados a los judíos (Sweet, 1993: 38). Todo ello en un filósofo cuyo uso de la historia dentro de su construcción nacionalista ha sido considerado como inmoral, a pesar de su trabajo en torno a la ética y a la moralidad (James, 2010: 540). Un concepto de libertad, en definitiva, que Fichte elaboró a partir del ser con una intencionalidad universal, pero que tuvo su base en la conciencia política del momento histórico en el que vivió, y que dio origen también a sus reflexiones sobre la construcción de la nación alemana cuando la realización política de la misma no era, todavía, más que un *desideratum*: “his sense of vocation could best be realized in an environment where men have political freedom, where men are equal and no one is a master or a slave” (Sweet, 2000: 249). La libertad del yo supone, por lo tanto, una vía de escape de la dinámica del amo y el esclavo que no solo aparece en las relaciones interpersonales, sino que también permea entre las relaciones intergrupales. Es, en definitiva, no solo un componente político, sino la base que tiene el yo para manejarse dentro del mundo y para construir una visión personal del mismo que carezca de ataduras impuestas desde el exterior. Solo así, con la libertad, el ser logrará la autonomía y el absoluto que le permitirá desarrollarse al límite de su capacidad (Kohn, 1949: 319).

La nación es vista así por Fichte desde una libertad ontológica que le da sentido al mismo tiempo que ofrece a los miembros del endogrupo un marco sobre el que construir un yo autónomo. Ello nos permite entender cómo esta concepción particular del grupo que es la nación pudo tener tanta influencia dentro de un contexto de enfrentamiento bélico como fue la Guerra Civil española, y contribuir a enmarcar los comportamientos y relaciones de unos individuos mediados por estos procesos de identificación.



## 2 De historia como ficción, y ficción como historia. El estatuto de la historiografía en cuestión

### 2.1 *¿Existe la verdad? Acercamiento a la realidad de los hechos*

—¿Qué quiere decir «bien contadas»? —salta indignado uno—. ¡Hay que decir las cosas como son, sin artificios!

Se trata de una afirmación perentoria que parece aprobar la mayoría de los futuros repatriados presentes. De los futuros narradores posibles. Entonces intervengo para decir lo que me parece una evidencia.

—Contar bien significa: de manera que sea escuchado. No lo conseguiremos sin algo de artificio. ¡El artificio suficiente para que se vuelva arte!

—(...) ¿Cómo contar una historia poco creíble, cómo suscitar la imaginación de lo inimaginable si no es elaborando, trabajando la realidad, poniéndola en perspectiva? ¡Pues con un poco de artificio!

(...)—Me imagino que habrá testimonios en abundancia... Valdrán lo que valga la mirada del testigo, su agudeza, su perspicacia... Y luego habrá documentos... Más tarde, los historiadores recogerán, recopilarán, analizarán unos y otros: harán con todo ello obras muy eruditas... Todo se dirá, constará en ellas... Todo será verdad... salvo que faltará la verdad esencial, aquella que jamás ninguna reconstrucción histórica podrá alcanzar, por perfecta y omnicompreensiva que sea (Semprún, 2011: 140-141).

La diatriba sobre lo que es la verdad, y sobre cómo esta puede ser transmitida, se extiende a los orígenes de la propia cultura. El interés del ser humano por entender el mundo que le rodea, así como por intentar aprehender una realidad que siempre se le ha escapado de entre los dedos, es una constante del pensamiento que nos ha sido transmitida desde ámbitos tan diversos como la religión, la filosofía o la ciencia. Semprún expone con naturalidad y concisión —a pesar de la extensa cita que hemos traído a colación— la problemática que representa la búsqueda de un conocimiento certero que, por momentos, parece imposible que podamos lograr. Semprún pone el dedo en la llaga dentro de este diálogo al destapar las dificultades que tiene el lenguaje objetivo para exponer la verdad. La pregunta sobre lo que sucedió en realidad en el pasado escapa así a las posibilidades de una historiografía que precisa de este “artificio” para poder presentar su visión de lo

sucedido aunque, paradójicamente, mediante este recurso pueda poner en cuestión su propia capacidad para relatar con fidelidad los acontecimientos. La consideración personal del testigo añade así otro elemento de objetividad para la consideración de unos testimonios a los que se añadiría el análisis de unos documentos que, como advierte Semprún, servirán para construir la extensa historiografía que podemos encontrar en los tratados de esta disciplina. Sin embargo —y aquí está el problema—, en este tipo de relatos faltará el acercamiento a otro tipo de verdades tanto o más importantes que la historiográfica, sobre la memoria de un conflicto como la Guerra Civil y la necesidad de recordarlo. La capacidad de la ficción para transmitir estas otras narraciones se nos presenta así como fundamental dentro del esfuerzo por recuperar la consciencia viva de unos episodios que tanto han marcado la historia reciente de nuestro país. En este sentido, la pregunta por la realidad y nuestra capacidad para transmitirla debe tener en consideración el estatuto óptico de una autenticidad cuya razón de ser debemos poner en cuestión:

¿Qué es, entonces, la verdad? Un dinámico tropel de metáforas, metonimias y antropomorfismos; en suma, un conjunto de relaciones humanas que, realzadas, plasmadas y adornadas por la poesía y la retórica, y tras un largo uso, un pueblo considera sólidas, canónicas y obligatorias; las verdades son ilusiones cuyo carácter ficticio ha sido olvidado; son metáforas cuya fuerza ha ido desapareciendo con el uso; monedas que han perdido su troquelado y que ya no son consideradas como tales sino como simples piezas de metal. Seguimos sin saber de dónde procede el impulso hacia la verdad, pues hasta ahora sólo hemos hablado de la obligación que ha establecido la sociedad para garantizar su existencia: la obligación de ser veraz; lo que equivale a decir: de utilizar las metáforas en uso. Por consiguiente, hablando en términos morales, sólo hemos prestado atención a la obligación de mentir, en virtud de un pacto, de mentir de una forma gregaria, de acuerdo con un estilo universalmente válido (Nietzsche, 2001: 231).

La frontera entre verdad y mentira se diluye si observamos la palabra, a través de los ojos de Nietzsche, como fruto de un pacto social basado en la metáfora. Al igual que hemos visto que sucede con la memoria, la verdad surge precisamente de un necesario olvido —el de la metáfora original que da origen a cada concepto—. El conocimiento del mundo se establece así a partir de un necesario acercamiento hacia la complejidad de un espacio exterior al yo que se resiste a ser conocido de manera objetiva. Cada uno de

nosotros debe acercarse a lo que le rodea desde su subjetividad y su perspectiva particular, pues una universalización de las mismas lleva a la búsqueda de una escurridiza objetividad que parece resistirse a la comprensión sobre lo exterior al yo. Con todo ello no pretendemos afirmar el relativismo epistemológico como única razón acerca de la verdad sobre el mundo, o declarar que la objetividad no es posible a partir de la necesaria perspectiva ontológica que asume cada individuo al intentar acercarse a ella, nada más lejos de nuestra intención. Pero sí queremos exponer, como hacía Nietzsche al cuestionarse sobre los límites y la entidad que tiene —o puede tener— la verdad, la complejidad y la forzosa indeterminación que debemos asumir cuando intentamos acercarnos a este tipo de conceptos. La historia y la ficción se confunden en el relato literario, donde es el discurso y no los hechos lo que adquiere una mayor relevancia (Matas, 2004: 124).

La potencialidad que la ficción puede desplegar para explicar y reflexionar sobre la realidad —cuya reflexión es el objetivo principal de nuestro trabajo— debe tener en cuenta, por lo tanto, una necesaria observación sobre las dificultades que tiene el producto lingüístico para comunicar, de manera imparcial, una realidad que ni siquiera tiene por qué ser única. El mero hecho de que seamos sujetos integrantes y participantes en esta misma realidad que procuramos reflejar a través del lenguaje nos obliga a aceptar esta imprescindible indeterminación y vaguedad a la hora de acercarnos al relato sobre la realidad. Pero es precisamente esta asunción del indispensable relativismo que se encuentra detrás de toda construcción lingüística el que nos permitirá exponer cómo funcionan los procesos de manipulación y falsificación mediante los cuales se pretenden crear realidades paralelas sobre el mundo que sustituyan, precisamente, a la existencia que se despliega —o desplegó— ante nuestros ojos. El estudio de estas diferentes verdades y sus características —aun asumiendo su imprescindible complejidad y cuantía— se convierte en una herramienta de gran valor para poder diferenciar estos diferentes grados de acercamiento a la realidad a partir del discurso lingüístico:

Verdad ya no puede significar la explicación o el comentario correcto y adecuado de un texto en sí, sino aquel tipo de interpretación que cumple determinados requisitos de honestidad. Es decir, ningún texto es susceptible de una sola lectura verdadera y única, por relación a la cual pueda ser posible descubrir los errores, malentendidos o manipulaciones de otras lecturas en cuanto desviaciones o falsificaciones de su verdad «en sí» (Sánchez Meca, 2018: 105).

Dentro del marco de la transmisión de la memoria, el traspaso intergeneracional e interindividual que se lleva a cabo en el seno del endogrupo responde a un diálogo permanente, como hemos visto, de reconstrucción y reelaboración de la memoria colectiva que sirve de base identitaria para dicha comunidad. Este diálogo se establece a partir de un marco narratológico construido a partir de la tradición que ha sido generada a partir de estas transmisiones, y que sirve para ir adaptando la versión oficial sobre el pasado a los diversos retos y evoluciones que el presente representa para esta conciencia endogrupal. Como expone James Wertsch al estudiar el caso de la Rusia soviética:

These dynamics were influenced by deeply embedded cultural factors in Russia that have exerted their influence for centuries, both during times of transition and times of stability. And under this latter heading of Russian cultural factors, I shall be concerned with two issues in particular. The first of these is a pattern of radical oppositional thinking that analysts have viewed as characterizing Russian culture for the past several centuries. This tendency for drawing sharp boundaries between stark opposites —black and white, good and evil— has implications for how accounts of the past can be written and revised. Among other things, it suggests that producing new accounts of the past requires the outright rejection of previous ones and generating something completely different (Wertsch, 2002: 87-88).

Estos “narrative templates” de los que habla Wertsch no solo predisponen el conjunto de la narrativa que se construye desde el presente, sino que crean una conciencia grupal de necesidad acerca del acontecer futuro que puede reducir, de manera determinista, las posibilidades de cambio social que procuren ser adoptadas. La fuerza de estos marcos narrativos puede ser tal que configuran la historia y el desarrollo futuro de países como Rusia dentro de una dinámica maniqueísta a partir de la cual existe la necesidad de entender el mundo a partir de opuestos, lo que reduce las posibilidades de entendimiento y diálogo que podrían haberse desarrollado de no existir estos marcos que estudia Wertsch. La memoria actúa así como fundamento del desarrollo de una sociedad a partir de la dotación a la misma de unos espacios comunes de pensamiento de los que, sin embargo, les resulta difícil escapar a los individuos que conforman el endogrupo. La narrativización de los hechos sirve, tal y como expone Wertsch, a modo de herramienta con la cual reordenar y dar forma a la idea que se pretende transmitir sobre el pasado. Este proceso creativo que se genera en el seno del endogrupo muestra toda su fuerza al expandir la memoria sobre el pasado a través de este filtro que ha sido previamente

creado. De esta manera, la continuidad que se genera puede ayudar a explicar la permanencia de muchas dinámicas sociales que se basan en esta identidad narratológica sobre el pasado como modo de seguir construyendo una determinada comunidad.

La vivencia del pasado —tal y como nos presenta la experiencia transmitida— no solo se trataría, por lo tanto, de una recolección del pasado con el objetivo de entender lo sucedido sino, más bien, de un proceso de imaginación hacia el futuro desde el pasado que permite comprender cómo el presente ha sido elaborado con base en una ficción proyectiva hecha desde la potencialidad de la experiencia. La memoria, de esta manera, se ficcionaliza a sí misma sin dejar de mantener un necesario nexo referencial con el pasado al que se refiere, pero adquiriendo la potencialidad para transformar un presente del cual se impregna, a través de un futuro también imaginario. A través de este proceso, la relación entre el recuerdo y el olvido se establece no entre contrarios, sino entre elementos necesarios dentro de un proceso de reconstrucción que actualiza el pasado para el presente a partir de su carácter intermitente. Un tránsito por esta frontera entre realidad y ficción que está constituida por los recuerdos de aquellos que, con mayor o menor distancia temporal hasta que lo recogieron, nos han transmitido su visión de esta época de nuestra historia. La ficción puede convertirse, dentro del ámbito del recuerdo, en un instrumento memorialístico capaz de integrar diferentes perspectivas a través de un discurso que, precisamente por su carácter liminar entre la realidad y la imaginación, puede permitir una reconstrucción sobre el pasado más cercana a los hechos que otros relatos. Así, “a fundamental privilege of fictional texts is to integrate culturally separated memory versions by means of mutual perspectivization, bringing together things remembered and things tabooed and testing the memory-cultural relevance of commonly marginalized versions of memory” (Neumann, 2010: 338-339).

La ficción y la memoria se interrelacionan, de esta manera, a partir de su origen en los mismos procesos de construcción y reconstrucción que lleva a cabo todo individuo para conceptualizarse a sí mismo, a su pasado y al de un determinado endogrupo. En este proceso activo que es llevado a cabo desde el presente, es precisamente la imaginación el elemento común entre unas visiones del pasado pretendidamente fidedignas y reflejo de la realidad y la elaboración de unas ficciones que también buscan ser un reflejo de esta realidad, pero desde la necesidad de cambio frente al modelo. En el momento presente en el que ambos procesos se producen, a pesar de la distinción que existe entre ambos, este

componente común que es el ingenio marca la unión entre dos concepciones que guardan muchas más similitudes de las que podríamos esperar a priori:

Memory and imagination are not the distant cousins they once seemed: both derive from the same cellular and neurological processes and are intricately intertwined in the “matter” that memories are made of. Memory can be creative in reconstructing the past, just as imagination can be reconstructive in memorizing the present —think only of the many visual tricks that people play to perform the cognitive task of factual recall. The function of personal memory, even if restricted to studying its “mindware”, is not simply about re-creating an accurate picture of one’s past; rather, it is about creating a mental map of one’s past through the lens of the present. The contents of memory are configurations of body states represented in somatosensory maps. The living cells producing this mindware are all but indifferent to the processes they condition, and thus, we could conclude, memory is only the trick our mind plays on the brain (Van Dijck, 2004: 357).

La ficción puede convertirse, por lo tanto, no solo en un medio de gran valor para transmitir la memoria de un determinado individuo o endogrupo, sino que supone una posible reelaboración del pasado que tiene, en el presente en el que esta acción es realizada, un valor como testimonio y propuesta sobre el futuro. El presente sirve así de catalizador y de punto de referencia para enfocar un pasado o una ficción que, de una u otra manera, tienen en su base una particular visión rehecha de la realidad. A partir de un proceso de interpretación que se presenta no solo como importante para entender este significado del proceso memorialístico, sino también como necesario para poder comprender su relevancia desde el presente, la ficción juega un relevante papel para acercarnos a un pasado que, precisamente por su carácter de finitud, debe ser observado desde su actualidad como constructor del futuro. Y es en este punto donde, tanto cada lector como intérprete particular, como la ficción como herramienta de interpretación y conducción de la memoria, convergen. Ello es debido a que:

El intérprete lleva consigo un cierto horizonte de expectativa (creencias, prácticas, conceptos, normas) que pertenecen a su propio mundo de la vida, y desde las cuales mira su objeto. La vida de un intérprete sin un lenguaje es, simplemente, algo lógicamente imposible. Toda comprensión interpretativa está necesariamente ligada a preconcepciones y prejuicios. Por eso, el problema de la interpretación no estriba

simplemente en que uno se acerque al objeto con una estructura de prejuicios, sino en la imposición inconsciente de esa estructura y en la violencia que entraña para una interpretación adecuada. Sólo la cultura puede ayudar al intérprete a hacerse gradualmente consciente de su propia estructura de prejuicios en el curso de la actividad interpretativa. Sin embargo, nunca se da la posibilidad de elevar a conciencia de una vez, y de una vez por todas, las preconcepciones y prejuicios con que uno se acerca al texto. Es más bien en el proceso de interpretación mismo en el que la propia estructura de prejuicios va cobrando gradualmente claridad. El intérprete, como el traductor, tiene que captar el sentido de su material en y mediante la articulación del mismo en un marco simbólico de referencia distinto de aquél en que el texto se constituyó originalmente como significativo. El intérprete tiene, pues, que conceptualizar su material de tal forma que éste conserve su diferencia y, sin embargo, mantenga una relación inteligible con el mundo de la vida del intérprete (Sánchez Meca, 2019: 561).

La responsabilidad que adquiere así el intérprete de un texto dado se nos presenta como fundamental a la hora de construir el significado último de un documento que, por sus propias características de vehículo cultural, está necesariamente incompleto. Solo cuando cada uno de nosotros añadimos nuestras propias reflexiones y nuestra particular manera de observar el mundo —por muy objetiva que esta procure ser— podremos efectivamente llevar a cabo este proceso de significación que traspase las barreras de lo escrito y se convierta en concepto con estatuto propio. Se trata de una serie de procesos en los que también nos podemos encontrar ante una ficcionalización de la vida del autor, en mayor o menor medida. Esta mezcla contradictoria es lo que Manuel Alberca denomina “pacto ambiguo”, una amalgama en la que se ficcionaliza una aparente relación fáctica autor-narrador-personaje principal (2005, 2007a, 2008). El concepto de autoficción, surgido a partir de una relectura de Lejeune y de la “crisis del personaje como entidad narrativa» que se vivió concretamente en el París de los años sesenta y setenta” (Pozuelo Yvancos, 2022: 677), nos sumerge en una tensión no resuelta entre dos pactos antitéticos, de donde finalmente surge la idea general de la obra (Diaconu, 2017: 50). El problema se encuentra, como señala el profesor Pozuelo Yvancos, en la “relación entre el texto y la vida”, que sirve de corolario a la trascendencia ontológica que este investigador estudia en torno a la “figuración del yo” (2010: 21). Su misma ambigüedad, base del entramado

narrativo que se construye en este tipo de obras, permite, gracias precisamente a este distanciamiento, un tratamiento diferente de temas tan complejos como, por ejemplo, la represión militar (García-Romeu, 2016: 3-4). El mismo hecho de que un género como el autoficcional base su definición y su misma estructura en el endeble espacio liminar que establece entre ficción y realidad expone, en sí mismo, las dificultades que presenta este tipo de escritura para ser encuadrada en un determinado espacio genérico, pues tropieza y se confunde con otros muchos ambientes de lo irreal presentes en la literatura:

los ámbitos del deseo, del recuerdo, de la imaginación predictiva, del sueño o de la alucinación son todos *irreales*, en el sentido de que no tienen una existencia fáctica (o intersubjetivamente comprobable) y de que, por eso mismo, no pueden ser sometidos a pruebas de verificación, pero no son *irreales* de la misma manera. El fantaseo, la rememoración del pasado y la anticipación del futuro son prácticas imaginativas acompañadas de la clara conciencia de que lo rememorado o fantaseado no ocurre efectivamente en el mundo de afuera; el sueño, solo excepcionalmente, va acompañado de este tipo de conciencia, que solo se muestra con claridad cuando se recuerda lo soñado; la delusión carece por completo de ella (Reisz, 2016: 81).

El pacto ambiguo y el concepto de autoficcionalidad puede servirnos para delinear la problemática existente en torno a las variables fronteras entre realidad y ficción. En este sentido, la teoría de los huecos del lenguaje de Iser permite explicar esta capacidad de significación que tiene la ficción, como un instrumento para la transmisión de la cultura a través de la obligación que impone al lector de tomar partido por una determinada visión, al mismo tiempo que esta misma visión es necesariamente construida y compartida mediante un proceso de colaboración entre el texto y el propio lector. De tal manera que

the text is a whole system of such processes, and so, clearly, there must be a place within this system for the person who is to perform the reconstituting. This place is marked by the gaps in the text—it consists in the blanks which the reader is to fill in. They cannot, of course, be filled in by the system itself, and so it follows that they can only be filled in by another system. Whenever the reader bridges the gaps, communication begins. The gaps function as a kind of pivot on which the whole text-reader relationship revolves. Hence the structured blanks of the text stimulate the process of ideation to be performed by the reader on terms set by the text. There is, however, another place in the system where text and reader converge, and that is marked by the various types of negation that arise in the course of the reading. Blanks and negations both control the process of communication in their own different ways: the blanks



leave open the connections between perspectives in the text, and so spur the reader into coordinating these perspectives—in other words, they induce the reader to perform basic operations *within* the text. The various types of negation invoke familiar or determinate elements only to cancel them out. What is cancelled, however, remains in view, and thus brings about modifications in the reader's attitude toward what is familiar or determinate—in other words, he is guided to adopt a position *in relation* to the text (Iser, 1978: 169).

La ficción es establecida así a partir de un proceso de reconstrucción que ayuda tanto a separarla de toda aquella ficción que ha sido construida a partir de la tradición literaria, gracias a los marcos genéricos establecidos, como a establecer un nuevo concepto que intente explorar cómo precisamente estos procesos colaborativos de reconstrucción que veíamos pueden darse fuera del marco propiamente literario. Está en relación también la distinción que establece Stierle (1975) entre aquellas diégesis que buscarían provocar un engaño en el lector, a través del pacto ficcional, para que este accediera a ellas, y aquellas otras, de mayor autenticidad, en las cuales este proceso se llevaría a cabo de manera natural. Se trata de lo que el profesor danés Zetterberg-Nielsen ha denominado “fictionality”, entendido como “a rhetorical strategy also prevalent outside of generic fiction” (Zetterberg-Nielsen, 2022: 74). A través de este concepto, las intencionalidades y el entorno cultural más amplio en el que se encuentran no solo los textos, sino los fenómenos sociales en los que estos son recibidos se incluyen en un intento de comprender la ficción como un instrumento bidireccional al que no solo afectamos nosotros como lectores, sino que nos influye de manera relevante en nuestra concepción del mundo y en nuestra postura ante la realidad. La ficción se convierte así en un mediador entre el ser humano y un entorno que parece resistirse a la comprensión, y que parece requerir una influencia importante en el sujeto que pretende acercarse a él. La pregunta por la verdad se enfrenta así a una realidad indeterminada, como nos muestra la historia de la filosofía: “What is true to one person may be false to another; what is true today may be false tomorrow” (Montesano Montessori, 2016: 15). El proceso de inventiva que se encuentra en la base de la ficción se puede convertir, dentro de esta problemática, en un instrumento más para poder acercarse a la comprensión del mundo, al ser incluida dentro del contexto más amplio de la comunicación global:

Fictionality is distinct from other rhetorical resources and must be understood as existing in a relationship between an author's intentions and interpretations by readers regarding whether it is signalled and understood as invented. Our suggestion for a conception of fictionality is thus in agreement with other rhetorical approaches but adds to these a specification of a certain rhetorical means defined according to its invented status. Accordingly, when conducting an analysis of fictionality, the relationship between intentions and interpretations is crucial: the analysis centred on the way a sender uses fictionality as a strategy to obtain different goals and the way these strategies are interpreted by a receiver. This, however, does not mean that an analysis of fictionality from a communicative perspective is an attempt to reduce manifestations of fictionality to the intention(s) of the author - one of the qualities of fictionality is the potential diversity of interpretations it creates. What it does mean is that fictionality is regarded as not just something "that is there," but means of communication (Zetterberg Gjerlevsen y Skov Nielsen, 2020: 34).

Al regresar a la problemática sobre la historiografía, la verdad sobre si realmente se ha modificado o no la historia —o simplemente se ha establecido oficialmente un enfoque diferente al tradicional— queda en manos de la interpretación que lleve a cabo el lector, ante las escasas claves internas que ofrece el texto. La labor del historiador se encuentra marcada por la exégesis que lleva a cabo a partir de las piezas que tiene sobre el pasado. Por lo tanto, no puede presentar este tiempo pretérito tal y como fue, sino solo su interpretación personal —realizada de manera más objetiva posible—:

Esta construcción forzosa y forzada de un pasado racionalmente imaginado que sirva de contexto envolvente y justificativo de las reliquias disponibles en nuestra dimensión temporal está en el núcleo del proceso mismo de la labor científico-historiográfica. Aquí reside su componente constructivo máximo y superior: en el necesario regreso gnoseológico desde la materialidad de las reliquias presentes hasta el ámbito fenoménico pretérito que les debe servir como envoltorio imaginario y generatriz (Moradiellos, 2013: 39-40)

La ficción, al igual que sucede de manera parcial en la historia, está basada en un constructo narrativo mediante el cual el texto busca transmitir al lector una visión del mundo que responde a unas características concretas. En este sentido, la imaginación del pasado forma parte integral de un proceso mediante el cual la narrativización de lo sucedido ayuda a configurar un presente que utiliza únicamente una serie de rasgos del pasado para recrear sus raíces, orígenes y sentido existencial. La ficción se nos muestra así como una elaboración dinámica y de límites cambiantes que no podemos encajar

dentro de un marco definido, pues responde a las necesidades de una determinada sociedad que lleva a los textos ficcionales a interactuar y nutrirse de un mundo real cuyos postulados recogen y admiten en su interior: “Fiction is surrounded by *sacred* borders, by *actuality* borders and by *representational* borders” (Pavel, 1983: 87). La interrelación entre dos esferas no estancas como son las de la realidad y las de la ficción nos obligan a considerar el fenómeno ficcional como un constructo cuya relación con la referencialidad, con la verdad que podemos encontrar en el mundo real, es, al mismo tiempo, conflictiva y fructífera (Pavel, 1981: 173). Es por ello que la búsqueda de hechos que puedan ser considerados como memorables, o una actitud crítica ante la aparente plausibilidad de un determinado evento, pueden convertirse en el centro de atención de muchos textos ficcionales (Pavel, 2010: 107). La ficción así puede provocar un cambio de visión dentro de una determinada sociedad (Genette, 1989: 270-321), al mismo tiempo que es ella misma modificada en su extensión y su intensión por lo que nosotros como lectores consideramos sobre ella. La ficción, de esta manera, se despliega ante nuestros ojos, de esta manera, como un hecho dinámico y sometido a las necesidades de las diferentes comunidades humanas e individuos que lo reciben, y ante quienes las fronteras del mismo son modificadas para adaptarse a diferentes cosmovisiones sobre la realidad. Por ello,

we should treat fiction as a dynamic, historically and culturally conditioned phenomenon, in contrast and interaction with actuality and myth. Far from being well-defined and sealed off, fictional borders appear to be variously accessible, sometimes easy to trespass, obeying different sorts of constraints in different contexts. What is called for is a more flexible attitude about the limits of fictionality, which could not but further a refinement of our literary perception (Pavel, 1983: 88).

## 2.2. *El triunfo de la narrativa: la historia como constructo*

¿Qué es la historia? Desde los tiempos de Edward Gibbon y su *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, editada por primera vez en 1776 (1906), la historiografía, como disciplina, ha intentado construir un relato sobre el pasado que fuera considerado no solo como cierto, sino como provisto de la objetividad necesaria como para distinguirlo de otro tipo de relatos que deberían encuadrarse, más bien, en el ámbito de lo subjetivo o ficcional. La distinción, presente desde sus orígenes en la historiografía, no solo nos permite deslindar lo que es historia de lo que no, sino que también nos ofrece

las herramientas para saber cuándo nos encontramos ante un trabajo de reconstrucción minuciosa y científica del pasado, y cuándo lo que se pretende es ofrecer una versión más libre de este mismo pasado. Nada más lejos de nuestra intención poner en cuestión la realidad de la historiografía como disciplina científica —lo cual, además, desbordaría con mucho los objetivos de este trabajo—. Sin embargo, al igual que la obra mencionada de Gibbons ayudó a construir en el imaginario colectivo una idea decadente sobre el inicio de la Edad Media. Por ello, en un trabajo como el nuestro, que busca explorar las costuras entre la historia y la literatura y comprender cómo la ficción puede ser capaz de ofrecernos, siquiera, reflejos de gran fuerza sobre lo sucedido en el pasado, resulta imprescindible cuestionarse —aunque sea brevemente— cuáles son las bases de la reflexión histórica y cuál es la capacidad subjetiva de la historiografía para modificar nuestra visión de un pasado, en esencia, inalcanzable.

El caso del mundo diegético original construido por Isaac Asimov (2010) nos puede servir de ejemplo sobre cómo funciona este proceso de recepción de un constructo histórico como el propuesto por Gibbons en el siglo XVIII. Asimov nos sumerge en el seno del Imperio galáctico que ha llegado a controlar la práctica totalidad del universo conocido. A lo largo de *The Foundation Trilogy* —*Foundation* (1951), *Foundation and Empire* (1952), y *Second Foundation* (1953)— la trama sitúa al público lector durante los siglos en los que se produce el derrumbe del sistema político que ha regido las vidas de los miles de millones de súbditos de Trantor —el planeta capital donde reside la dinastía gobernante— durante varios milenios. El argumento es construido en torno al plan de uno de los científicos de la Universidad de Trantor, Hari Sheldon, quien creará una disciplina histórico-matemática —denominada psichistoria— cuyo objetivo será predecir el desmoronamiento del Imperio y, a través de la construcción de dos asentamientos de científicos denominados Fundación y Segunda Fundación —aunque la existencia de esta última no será revelada hasta el final de la trilogía— intentar salvaguardar el conocimiento acumulado por el Imperio; así como —siguiendo para ello el plan que Sheldon elabora— reducir en varios siglos el tiempo necesario para la reconstitución del poder imperial, una vez que este haya desaparecido. El foco de la obra se centrará en los avatares de esta primera Fundación para sobrevivir, en los confines del universo, así como en las complejas alianzas políticas con los poderes de su entorno inmediato necesarias para su futuro.

La reflexión sobre la historiografía se convierte en una constante dentro de este mundo diegético desde la misma idea original de la obra; la cual recibe, además de la influencia ya mencionada de Edward Gibbon, la de historiadores como Arnold J. Toynbee (Hassler, 1988: 41; Luckhurst, 2010: 10; Sanfilippo, 2012: 99), Oswald Spengler (Fitting, 1979: 61), Polibio (Arroyo Barrigüete, 2020: 73-78) e incluso de Frederick Jackson Turner, respecto a sus ideas sobre cómo la concepción acerca de la frontera puede servir para la construcción de una nación (Käkelä, 2011: 172). Se trata de una saga donde se privilegia el uso de la razón y de la habilidad para la resolución de los conflictos, en lugar de recurrir a la violencia (Palumbo, 1996: 24). La misma disciplina creada por Hari Sheldon, la psichistoria, supone la asunción —como parte del *nóvum* de la obra (Díez y Moreno, 2014: 17)— de que es posible predecir en cierta medida lo que sucederá en el futuro de grandes poblaciones humanas gracias a una serie de complejos algoritmos matemáticos basados en los sucesos históricos del pasado.<sup>12</sup> La historia sirve, así, para modificar el presente desde el futuro, mientras subyace una idea del devenir social entendido dentro de una continuidad temporal. A pesar de ello, el mundo diegético de Asimov se estructura a través de una diatriba entre el valor de la historia como determinista de los tiempos actuales y venideros, y la capacidad que tiene el propio presente para crear el pasado y su historia, según sus propios intereses. La saga asume un dudoso valor de la historia para predecir el futuro, pues no concibe que puedan existir cambios de relevancia capaces de romper estos patrones (Elkins, 1976: 27). Tal y como reflexionaba Antonio Gramsci, cuando atacaba la idea de que el proyecto de Lenin pudiera ser considerado como utópico:

Pues la utopía consiste en no conseguir entender la historia como desarrollo libre, en ver el futuro como un sólido ya perfilado, en creer en planes preestablecidos. La utopía es el filisteísmo, tal como lo ridiculizó Heinrich Heine: los reformistas son los filisteos y los utopistas del socialismo, igual que los proteccionistas y los nacionalistas son los filisteos y los utopistas de la burguesía capitalista. [...] Son los que predicán las misiones históricas nacionales, o creen en las vocaciones individuales; son todos los que hipotecan el futuro y

---

<sup>12</sup> Hemos de apuntar que existe una disciplina de reciente concepción denominada cliodinámica, que intenta, precisamente, construir una teoría matemática que permita entender —y predecir, hasta cierto límite— las dinámicas de desarrollo de los grupos humanos a partir del análisis de la historia (Turchin, 2006; Turchin, 2018). Sus modelos matemáticos son, empero, puestos en duda por parte de ciertos investigadores, quienes alertan sobre el peligro que supone aplicar estas concepciones matemáticas a los modelos historiográficos (Maini, 2020).

creen encarcelarlo en sus esquemas preestablecidos, los que no son capaces de concebir la divina libertad y gimen continuamente ante el pasado porque los acontecimientos se desarrollan mal.

No conciben la historia como desarrollo libre —de energías libres, que nacen y se integran libremente— distinto de la evolución natural, igual que los hombres y las asociaciones humanas son distintos de las moléculas y de los agregados de moléculas. No han aprendido que la libertad es la fuerza inmanente de la historia, que destruye todo esquema preestablecido (Gramsci, 2017: 79-80).

La historia como utopía irrealizable, encarnada por el plan de Sheldon, va poco a poco extendiéndose a través de una serie de crisis, resueltas de manera más o menos cercana a la predicha por dicho personaje. Sin embargo, la paradoja se encuentra en que es este conocimiento de la existencia de un plan psichistórico el que podría servir de motivación a los protagonistas para, desde su presente, explicar sus decisiones a través de un pasado que han reconstruido. Una manera de provocar que se lleve a cabo lo que se ha llamado “profecía autocumplida” (Cruz, 1993: 264), de tal modo que el hecho de creer que algo va a suceder de una determinada manera lleva a sentar las bases de este desarrollo.

La utopía histórica de Gramsci se transforma así en cierta libertad de elección histórica, que toma el pasado como justificación de las decisiones políticas y directivas llevadas a cabo en el presente. La explicación del tiempo coetáneo se sirve así tanto de su pasado como de su futuro reconstruidos para avanzar en su proyecto propio, de tal manera que procura evitar una idea de progreso que realmente esconda una transformación del presente en base a un utópico futuro imaginado, de tal manera que: “el presente pueda ser el costo de la felicidad de las generaciones futuras. La almendra de esta aversión progresista reside en el convencimiento de que ahí no hay ningún progreso, ni futuro alguno, sino tan sólo una prolongación del presente, con lo que los protagonistas de la felicidad futura serán los herederos de quienes la disfrutaban ahora” (Reyes Mate, 1993: 274).

El ejemplo de Asimov nos muestra cómo las concepciones históricas del pasado no solo tienen la fuerza suficiente como para transmitirse y asentarse en la conciencia colectiva, sino que sirve para presentar un discurso paralelo sobre la historia que, aunque desde un marco plenamente ficcional, nos permite adentrarnos en la capacidad del

discurso historiográfico para alejarse de su pretendida objetividad y contribuir a recrear el pasado. El historiador se convierte, de esta manera, en co-creador, en autor capaz de dar forma a los hechos y de decidir cómo entender lo sucedido (White, 2003a), en un proceso que convierte a la historiografía en un proceso de selección y creación de sentido sobre un pasado que, en su completa verdad óptica, ya no podremos ser capaces de aprehender:

History is merely the projection into the past of this activity of selection and adjustment, the search for coherence and unity, together with the attempt to refine it with all the self-consciousness of which we are capable, by bringing to its aid everything that we conceive to be useful - all the sciences, all the knowledge and skills that we have acquired, from whatever quarter (Berlin, 1960: 24).

La pregunta por la historiografía se centra, por lo tanto, en cómo funciona este proceso de selección de los restos que nos ha legado el pasado, y en la forma que toma el discurso histórico que se construye a partir de los registros materiales, literarios y orales. El discurso sobre el pasado es cambiante, pues depende de las narrativas que una determinada sociedad decida construir sobre el mismo. Los intereses del momento influyen así en explicaciones asentadas que podrían parecernos, hasta cierto punto, inamovibles (Rodwell, 2013: 130-133). Ni siquiera la aparente inmutabilidad de los documentos que conservamos el pasado es necesariamente tal, pues también este tipo de restos fácticos pueden ser criticados y reconstruidos de manera científica:

Documents with apparently immutable words and data, generated by individuals who lived close to the time during which historical events were taking place, have a natural allure and air of authenticity for those of us who share a reading culture. It is tempting for both historians and others using historical documents to grant the written word an almost magical power to create a seamless narrative. At the same time, it can be difficult for outsiders to understand and evaluate oral histories and cultures, and still more challenging to understand why oral histories can differ so much from the story told by the written word. If the narrative told by the written word is appropriately deconstructed as described above, the gaps in the seams may allow for more incorporation of alternative stories, rather than forcing an apparent choice between one narrative and another. The result must still be a single narrative, but it may be

one in which the multivariant past, with its multiple voices, can reside more comfortably (Jones, 2015: 94).

El estudio de este tipo de diatribas nos permitirá, en el ámbito de nuestro trabajo, contar con las herramientas necesarias para intentar comprender las diferencias y similitudes entre textos como los de Gibbon y Asimov, para así poder posteriormente, a lo largo del análisis que realicemos, explorar este espacio fronterizo que se sitúa entre nuestras dos disciplinas. La interpretación que realizamos sobre la historia no puede estar marcada, por lo tanto, por la necesidad que asignemos a ciertos eventos, o por el marco emotivo en el que los encuadremos, sino por la posibilidad que asignamos a ambos aspectos dentro del relato reconstruido sobre el pasado (White, 1986: 487). La pregunta por la narrativa muestra así toda su amplitud dentro de su capacidad para explicar el mundo y contar historias sobre él. Sirve de base para construir la cultura que recorre nuestras comunidades, y que conforma nuestra sociedad:

Narratives may include goals and purpose, as well as values. Narratives can be inspired by other narratives, including aspects taken from literature, the grand narratives of the past or narratives from others. This is the freedom we have acquired in (post)modern times; rather than having to adjust to dominant narratives, such as the Bible, socialism or liberalism, we can now create our own narratives and rules by which we wish to organize our society or our institutions. Narratives provide a fundamental basis for the desired processes of deliberation and argumentation described above. It is precisely this take on discourse and agency which provides space for both individuals and organizations to acquire voice, and to fully contribute to the symphony needed to create harmony in a world marked by complexity, difference and radical change (Montesano Montessori, 2016:19).

De manera pareja a como la historia de la literatura, en cuanto puede ser entendida como parte de la historiografía, centra su análisis en la problemática relación entre los textos literarios recibidos y los cambios lingüísticos de las diferentes sociedades en las que ese texto ha sido leído (White, 1975a: 106)—así como la realidad de la historia como un instrumento con el que acercarse al devenir diacrónico de cualquier realidad humana (White, 2003b: 612)—, la necesidad de reflejar la historia a partir de un marco lingüístico sujeto, necesariamente, a la interpretación del historiador-autor (White, 1975b: 52-53). De este modo, según el análisis de Hayden White, a pesar de que la diferencia



ontológica entre un texto historiográfico y uno literario no sea puesta en cuestión, la necesidad que tiene el primero de recurrir a un relato común con el del segundo permite afirmar que, en la práctica, la distinción entre ambos tipos de textos no pueda ser afirmada de manera tan clara:

Throughout all of those possible usages of the term «history», however, there runs the thread of the distinction, drawn by Aristotle in the *Poetics*, between what can possibly happen and what actually did happen, between what can be known because it happened and what can only be imagined, and what, therefore, the historian can legitimately assert as a truth of experience and what the poet might wish to entertain as a truth of thought or conceptualization. The difficulty with the notion of a truth of past experience is that it can no longer be experienced, and this throws a specifically historical knowledge open to the charge that it is a construction as much of imagination as of thought and that its authority is no greater than the power of the historian to persuade his readers that his account is true. This puts historical discourse on the same level as any rhetorical performance and consigns it to the status of a textualization neither more nor less authoritative than «literature» itself can lay claim to (White, 1982a: 5).

Los ataques que White lleva a cabo contra el discurso historiográfico nos sirven para poner de relieve el proceso de narrativización y reconstrucción de lo sucedido que realiza el historiador, el cual está condenado a exponer una visión de un pasado —por muy objetiva que pretenda ser— que, como tal, nos es ya imposible conocer. La verdad historiográfica se enfrenta así a una diatriba entre su manifestación ideal y su expresión en un mundo que no permite aprehenderla de manera adecuada más que a través de la narrativa, compartida así con la literatura. La verdad sobre el pasado se descompone así en diferentes verdades parciales, a las cuales pueden aspirar tanto el literato como el historiador, para intentar atrapar —a pesar de la imposibilidad que hemos previamente afirmado— ciertas nociones de un pasado al que podemos intentar acercarnos. La narrativa que sirve de conducto a ambos tipos de discurso se encuentra, además, mediada por lo que una determinada sociedad considere que es realmente un modo narrativo de expresión (White, 1981: 794).

Nos encontramos ante un autor, sin embargo, cuyos análisis no se encuentran exentos de criticismo, y que no solo resulta difícil de encuadrar por la variedad de sus obras y escritos —de los cuales en este trabajo solo nos hemos podido centrar en aquellos que más se acercaban a nuestro tema de interés—, sino que también resulta complejo ver

la extensión de su influencia dentro de la historiografía (Vann, 1998). A pesar de ello, la constatación de nuestra necesidad de narrativizar el pasado, en los términos propuestos por White, se nos presenta como una constante (Partner, 1998: 166). Su capacidad para reflexionar sobre la historia, así como para intentar transformar la conciencia que tenemos sobre ella se centran en la necesidad de esta auto-reflexión sobre el discurso histórico para ser capaces de comprender su extensión y potencia (Domanska, 1998). La incomodidad que teorías como las de White pueden llegar a tener entre los historiadores se debe a la pretendida sensación de inferioridad respecto al carácter científico de la disciplina (Ankersmit, 1998: 183). Pero ello no debe resultar un impedimento para apuntar los problemas a los que nos enfrentamos cuando queremos acercarnos al pasado puesto que, a pesar de los problemas que puedan apuntarse sobre las ideas de White, se trata de un pensador que ha ayudado a mostrar “a further disciplinization of history based on an awareness of the responsibilities and potentials involved in the manipulation of the representational framework” (Kansteiner, 1993: 283).

White procura, como él mismo afirma, apuntar y distinguir lo que el discurso historiográfico tiene de narrativización de la realidad precisamente para mostrar no solo aquellas maneras de hacer historiografía que no utilizan un medio narrativo, sino también la manera de explicar la realidad que la propia narrativa puede tener para la historia (White, 1980: 23). El objetivo de nuestro autor no es, por lo tanto, desmontar la historiografía o criticar su función como disciplina, sino apuntar lo que él considera como problemáticas que los historiadores han de tener en cuenta en su labor como tales para asegurar la mejor representación posible de la realidad. Esta consciencia sobre el hecho histórico también llega a apuntar a la verdad óptica del mismo, y a la subjetividad implícita que existe sobre él, y que lo diferencia de unos eventos históricos que no pueden ser manipulados (White, 1995: 238-239). Y todo ello porque, en definitiva, la narrativización de la realidad proviene, precisamente, de la necesidad del historiador por interpretar el pasado:

Theorist of historiography generally agree that all historical narratives contain an irreducible and inextinguishable element of interpretation. The historian has to interpret his materials in order to construct the moving pattern of images in which the form of the historical process is to be mirrored. And this because the historical record is both too full and too sparse. On the one hand, there are always more facts in the record than the historian can possibly include in

his narrative representation of a given segment of the historical process. And so the historian must «interpret» his data by excluding certain facts from his account as irrelevant to his narrative purpose. On the other hand, in his efforts to reconstruct «what happened» in any given period of history, the historian inevitably must include in his narrative an account of some event or complex of events for which the facts that would permit a plausible explanation of its occurrence are lacking. And this means that the historian must «interpret» his materials by filling in the gaps in his information on inferential or speculative grounds. A historical narrative is thus necessarily a mixture of adequately and inadequately explained events, a congeries of established and inferred facts, at once a representation that is an interpretation and an interpretation that passes for an explanation of the whole process mirrored in the narrative (White, 1973: 281).

La interpretación se convierte así en un elemento tan necesario para la historia como fundamento de su labor, pues es así como se lleva a cabo el proceso hermenéutico de recuperación del pasado. Ello nos lleva a apuntar el problema de las injerencias y los intereses sociales y políticos que median la interpretación del historiador y de su particular narrativización del pasado (White, 1982b). Es por todo ello que el propio White afirmará que su intención no es tanto criticar o reflexionar sobre la objetividad o la verdad en el discurso historiográfico —cuestiones que él mismo afirma que no le interesan— sino distinguir aquello que es real de lo que no lo es (White, 2009: 65). Y todo a partir de una puntualización tan esencial para él como importante para comprender lo que es la historiografía:

Obviously, the amount of narrative will be greatest in accounts designed to tell a story, least in those intended to provide an analysis of the events of which it treats. Where the aim in view is the telling of a story, the problem of narrativity turns on the issue of whether historical events can be truthfully represented as manifesting the structures and processes of those met with more commonly in certain kinds of «imaginative» discourses, that is, such fictions as the epic, the folk tale, myth, romance, tragedy, comedy, farce, and the like. This means that what distinguishes «historical» from «fictional» stories is first and foremost their *contents*, rather than their *form*. The content of historical stories is real events, events that really happened, rather than imaginary events, events invented by the narrator. This implies that the form in which historical events present themselves to a prospective narrator is *found* rather than *constructed* (White, 1984: 2).

El propósito de White se centra así en resituar el foco de la distinción entre ficción e historia no tanto en la forma, sino en aquello que ambos tipos de discursos cuenten. Se trata de una posición que ha sido contestada por diferentes sectores de la historiografía (Tamura, 2011: 154). Sin embargo, ello añade no solo una necesaria indeterminación sobre cuáles textos pueden pertenecer a uno u otro tipo de discurso —sin entrar en la intencionalidad del autor o la recepción que tengan—, sino también abre la posibilidad a la necesaria capacidad tanto de la historiografía como de la ficción para transmitirnos narratividades sobre el pasado. El grado de realidad se convertirá, de esta manera, en el indicador que permita entrever ante qué tipo de texto estamos —o, visto de otra manera, el grado de confianza que podemos depositar en la visión ofrecida—; lo cual nos servirá en nuestro análisis, como posteriormente veremos, para cuestionarnos el papel que las obras memorialísticas y ciertas ficciones muy cercanas a la realidad de los hechos tienen respecto a la visión de un determinado pasado que recibimos como sociedad.

La narratividad del discurso historiográfico propuesta por White deja abiertas, sin embargo, muchas dudas sobre el estatuto de la historia y los fundamentos en los que se apoya como disciplina. El historiador Wulf Kansteiner va más allá que White al proponer una visión de la realidad histórica que no se queda únicamente en el fondo del discurso historiográfico, sino que pone en cuestión la capacidad misma del historiador para redescubrir lo sucedido en el pasado. Según su análisis, la historia solo sería tal cuando se apoya, o pretende apoyarse, en los hechos que justifican su análisis. Este primer nivel basal sería el encargado, a su vez, de dar sentido a las afirmaciones y reconstrucciones realizadas en el nivel de la superestructura discursiva que correspondería a la historiografía en sí misma. El problema está en que entre ambos niveles, entre los hechos y la historiografía, existiría un hueco insalvable que es el pasado. Este, como tal, ya habría perdido su inmanencia, puesto que su misma entidad lo convierte en algo irrecuperable como tal al ser sustituido por el presente. A través del análisis crítico que realiza de la obra de Timothy Sneider *Bloodlands*, acerca del Holocausto, Kansteiner propone que la escritura historiográfica estaría formada por tres componentes fundamentales:

My first methodological move consists of relativizing the focus on narration in a lot of recent historical theory. I suggest that historical writing consists of description, argumentation and narration, and that the task of blending the three text types is a characteristic of the work of

historians. Put differently, almost all professional history texts seek to capture past reality (description), deliver a good story (narration) and make a compelling case about the nature of the past, the relation between past and present, and the mistakes of other historians (argument). Professional historical writing is thus a text hybrid; it utilizes all three text types (Kansteiner, 2021: 53).

De esta manera, al nivel de los hechos al que antes nos referíamos —y que correspondería a un tipo de historiografía que explora un tema novedoso y apenas tratado hasta el momento, por lo que puede recurrir al proyecto de exponer de manera ordenada estas mismas trazas dejadas por el pasado— se sumaría al de la narrativización del discurso —en el cual se centraba la argumentación de Hayden White, según hemos visto— y al de un tercer nivel supraestructural cuyo objetivo sería poner en cuestión las interpretaciones realizadas hasta el momento sobre un determinado suceso o momento histórico para argumentar sobre una nueva visión acerca del mismo. La distancia que se establece entre el historiador y sus lectores es precisamente sobre la cual se construye la necesaria adscripción del texto a uno —o varios, en menor medida— de los tres diferentes modos que tendría el discurso historiográfico según Kansteiner. Se trata de un proceso mediante el cual:

Historians do not communicate directly with their readers. Like most producers of texts or images, they are not present at the moments of the consumption of their intellectual products which, to a larger or lesser extent, reflect their producers' intentions as well as the properties and limits of the chosen genre and medium. For the purpose of mediated communication, historians construct and permanently inscribe into their texts sets of events and actors, concepts of time and space, and models of causality and narrative cohesion (Kansteiner, 2021: 55).

Dentro de esta labor que tiene el historiador, los tres tipos de discurso que puede alcanzar el texto historiográfico no solo no son excluyentes, sino que coexisten y se entremezclan según las necesidades de una determinada obra. Ello nos lleva a mostrar la importancia que no solo la narrativización del relato tiene como medio para representar la realidad, sino la importancia que un discurso mediado por la argumentación adquiere para que lo consideremos historia —y, por lo tanto, recuento lo más verídico posible del pasado—. Todo ello nos sirve para entender cómo la distinción entre historia y ficción no

reside tanto en la mayor o menor objetividad que tenga un determinado texto, sino en la capacidad argumentativa que soporte sobre una conciencia colectiva que le de dicha categoría. Ficción e historiografía se presentan ante nuestros ojos como dos formas de discurso que, en mayor o menor medida, pueden estar unidas en su intencionalidad de mostrar una determinada realidad del pasado y que, aun teniendo siempre presentes las diferencias ópticas y teleológicas que separan a ambos tipos de texto, nos pueden ayudar a entender mejor lo sucedido en un determinado momento ya acaecido.



## **BLOQUE II**

**CASADO CONTRA NEGRÍN:  
LAS MAQUINACIONES DE BURGOS  
Y LA FRACTURA DEFINITIVA DE LA REPÚBLICA**



El final de la Guerra Civil española estuvo teñido de disputas y enfrentamientos. Tras meses de zozobra y de incertidumbre, en los cuales el gobierno de Negrín había intentado mantener la resistencia militar contra los ejércitos franquistas con el objetivo de lograr la evacuación del mayor número posible de republicanos y con el probable inicio de una II Guerra Mundial que habría podido convertir a la República en parte de los Aliados. Tras la Batalla del Ebro —que generó un trauma profundo para muchos de aquellos que combatieron en ella (Pedersen, 2018: 307)—, las perspectivas del gobierno legítimo no eran muy halagüeñas, sin embargo. Los problemas para Negrín y para sus ministros comenzaron precisamente tras esta derrota, que para muchos, dentro y fuera del territorio controlado por la República, marcó un antes y un después acerca de las perspectivas que tenía el gobierno legítimo de ganar la guerra. La propaganda franquista, muy activa a través de los quintacolumnistas que se extendían por Madrid y de los agentes del Servicio de Información y Policía Militar que tenía su sede en Burgos, procuró convencer a los diferentes apoyos de Negrín no solo de la futilidad de continuar la lucha, sino también de un supuesto complot comunista que nunca llegó, siquiera, a planearse, así como de una voluntad de perdón y de clemencia por parte de Franco hacia los diferentes mandos militares que seguían apoyando a Negrín que tampoco resultó ser más que una estratagema para poder lograr una victoria simbólica en la guerra.

Nos encontramos ante un general que, ya desde sus tiempos en África<sup>13</sup>, era conocido por preponderar la destrucción del contrario, más allá de las mejores o peores estrategias; convirtiendo la mayor o menor duración de la contienda en un factor secundario<sup>14</sup> (Aguirre, 2018: 42-48). La importancia de estas batallas africanas en el carácter sangriento y decidido a la lucha sin cuartel que luego se reflejaría en la ideología del ejército sublevado; marcado por la sed de venganza y el intento de aniquilar al enemigo que desplegara en las campañas rifeñas, será también un elemento de importancia para comprender la brutalidad de los mandos sublevados (Colomer, 2019: 165-166). A juicio del historiador Enrique Moradiellos, la Guerra Civil fue dirigida por

---

<sup>13</sup> Lugar que conectó, además, en el imaginario de estos militares destinados en Marruecos, con ciertos episodios de la historia española: “Engaging historically with the legacy of the blood purity statutes first passed in Spain in 1449 to exclude persons of non-Christian, that is Jewish, descent from holding a municipal office in Toledo, it was a discourse more immediately acquired and honed during a series of colonial conflicts on Moroccan soil commencing in 1909 and culminating with the uprising against the Spanish Republic in 1936, led from the enclave of Melilla under the command of General Francisco Franco” (Soto, 2014: 136).

<sup>14</sup> El personaje de Franco tendrá un papel preponderante en muchas de las ficciones que se escriban sobre la guerra, hasta el punto de que, incluso dentro del ámbito de las ucronías, se producirá o no su derrota, más tarde o más pronto, pero casi siempre optan los autores por mantenerle vivo (Bizarro, 2019: 522-523).

una personalidad militar que se había formado a partir de las formas de terror llevadas a cabo por las levantiscas cabilas rifeñas; poco resueltas a aceptar el dominio peninsular en el protectorado marroquí<sup>15</sup>. Usar todas las tácticas disponibles para acabar con el adversario, con el «otro» que se había concretado en la República, resultaba perfectamente válido para la idiosincrasia personal de Franco<sup>16</sup>. Aprendió durante años cómo deshumanizar al adversario, para poder aplicar sobre él todo tipo de técnicas destinadas a imponer un estado de pánico y miedo a su persona que le permitiera imponer su voluntad:

Su dilatada etapa de servicio marroquí, en el contexto de una despiadada guerra colonial y al mando de una fuerza de choque como era la Legión, reforzó las sumarias convicciones políticas de Franco y contribuyó en buena medida a deshumanizar su carácter. No en vano, combatiendo o negociando con los rebeldes jefes cabileños marroquíes, el joven oficial aprendió bien las tácticas políticas del “divide y vencerás” y la eficacia del terror (el que imponía la legión) como arma militar ejemplarizante para lograr la parálisis y sumisión del enemigo (Moradiellos, 2018: 44-45)

---

<sup>15</sup> La narrativa franquista elogiará posteriormente estos años de lucha en Marruecos, considerándolo como un elemento relevante en la derrota republicana y un símbolo de las relaciones históricas entre España y África: “Mientras en la España roja hacían explosión todas las cargas infernales de una revolución extranjera, obra de la chusma internacional y de los anticristos rusos, otra más profunda y poderosa rebelión se alzaba con imponente majestad en Navarra, en Aragón, en Castilla, en las dos riberas del Estrecho, donde se cruzan todos los caminos de la Historia. De aquí, por donde tantas veces le vinieron a España su gloria o su esclavitud, le venía esta vez el impulso liberador. Con las alas de los aviones, con las hélices de los navíos, y hasta con las velas de los faluchos costaneros, los brazos de nuestros dos mares nos traían la flor de aquellos campeadores hechos en la dura escuela militar del África española, yunque de heroicos sacrificios, forja de grandes caracteres y de ascéticas vocaciones, sobre todo en tiempos en que abrazar la profesión de las armas era como abrazarse con la Cruz a padecer ultrajes y torturas. Una vez más el Ejército, inmolido siempre a la política (lo que llamaban «política» los rufianes y salteadores del poder); odiado, «triturado» y escarnecido por la república, venía a salvar a España y a Europa de la barbarie soviética, la peor de todas las que azotaron jamás a la civilización cristiana de Occidente” (León, 1941: 511).

<sup>16</sup> La degradación del «otro», además, está relacionado con las emociones de asco y desprecio. Al dejar de considerar a un determinado grupo como parte de la sociedad, o como merecedor de ser considerado como humano, en vez de producirse una reacción de pena o empatía ante el sufrimiento ajeno, se puede llevar a cabo un proceso de repulsión, ayudado por la repugnancia innata que podemos sentir hacia el torturado o hacia el represaliado —principalmente por el disgusto que puede generar, en este tipo de situaciones, la visión de la sangre y el resto de fluidos de la víctima—: “Those who justify the worst degradation of others often refer to their victims as animals (and no the cute variety): sometimes the victims are spoken of as inanimate offensive matter, such as filth or scum. (...) One of the barriers or inhibitions that could retard violence, one would think, is the sight and sound of the victims’ suffering, their screams, and their blood. But that doesn’t always happen, perhaps because the evidence of their suffering makes them disgusting. Even if we do not start out thinking of someone as disgusting, the sight of the person’s blood, de deformation of the person’s body as a result of injury or torture, can bring forth disgust rather than concern. In the very early days of my research on expression across cultures, I found that films of people who were suffering—a film of an aboriginal circumcision rite and another of eye surgery—produced disgust in the majority of the college students I studied in Japan and America” (Ekman 2007: 179).

A través de la utilización de todo tipo de subterfugios, y usando para ello el cansancio y el negativismo que se había extendido entre los republicanos, los servicios de espionaje y propaganda de Burgos lograron agudizar las dificultades que tenía la posición republicana, y también triunfaron en su objetivo de lograr para el dictador una victoria simbólica sobre Madrid. La caída de la ciudad sin recurrir al uso de las armas, simplemente por la rendición de sus propios defensores —como finalmente sucedería— marcó la victoria no solo militar de Franco, sino también ideológica, abriendo así el largo periodo de represión y de asentamiento del nuevo Estado dictatorial que le seguiría.

Dentro del ámbito jurídico, un segundo golpe de Estado como el que se llevó a cabo por parte del Consejo Nacional de Defensa —dirigido por el coronel Segismundo Casado— contra el gobierno de Juan Negrín no solo acabó con las pocas posibilidades de resistencia que todavía existían, sino también supuso la elaboración de un endeble marco jurídico que intentara dar legitimidad a este traspaso de poder hacia Burgos. El discurso en el que se dio a conocer el golpe de Estado, la tarde del 5 de marzo de 1939, tendría a una de las figuras más críticas del negrinismo dentro del PSOE, Julián Besteiro, como responsable de anunciar desde Madrid la decisión de los nuevos golpistas.

## **1. El golpe de Estado de Casado y la caída definitiva de la República**

El final de la República española estuvo marcado por la desmoralización generalizada y por la falta de entendimiento entre los diferentes actores políticos y militares. La Batalla del Ebro precipitó la caída de la confianza en el gobierno del socialista Negrín y en su política de resistencia. Los militares de carrera, que controlaban principalmente el ejército del Centro, creyeron que era necesario buscar una paz negociada, ante la difícil situación en la que se encontraba el ejército republicano. Casado lideró un golpe de Estado centrado en sus ideales anticomunistas y su creencia en la existencia de una confraternidad militar; un entendimiento posible entre los militares de ambos bandos que, sin embargo, no era visto del mismo modo desde Burgos. Franco procuró evitar que se prolongara la guerra a lo largo de 1939 y, para evitar tomar Madrid por las armas, utilizó el antinegrinismo de Casado y de sus apoyos con el objetivo de obtener, mediante promesas difusas que no se llegaron a cumplir, una victoria rápida y eficaz.

Los profesores Ángel Bahamonde y Javier Cervera consideran que los planes que Franco estaba realizando desde su cuartel general de Términus confluyeron con los deseos

de Casado para poner fin al gobierno legítimo<sup>17</sup>. Por ello, frente a la posibilidad de una operación de gran envergadura para intentar terminar con el conflicto, prefirió esperar hasta que el golpe de Estado triunfara, aunque sin colaborar directamente en el mismo. Mantuvo la idea de que negociar la paz sería mucho más ventajoso con aquellos que querían terminar el conflicto rápidamente (Bahamonde y Cervera, 1999: 313). Mientras tanto, el gobierno republicano de Negrín no fue capaz de llevar a cabo su política de evacuación. El presidente basó su estrategia en un intento de resistencia numantino que escondía la convicción de la imposibilidad de pactar con Franco sin llegar la rendición incondicional de la República y la posterior depuración que, finalmente, se llevó a cabo.

La cuestión se centra, por lo tanto, en las razones que llevaron al general Segismundo Casado y a gran parte de la cúpula militar republicana —que se había mantenido fiel al gobierno legítimo durante todo el conflicto— a cambiar el rumbo de sus intenciones y provocar un segundo golpe de Estado. Se trataba de un conjunto de mandos provenientes del antiguo ejército español que la breve vida de la República no había conseguido modificar en profundidad. Conformaban un entorno basado en la defensa de los valores patrióticos, configurados estos según un modelo tradicional basado en el catolicismo (Callahan, 1987).

La falta de efectivos vivida durante los últimos meses llevó también a que los nuevos reclutas se vieran obligados a entrar en batalla sin apenas formación, contribuyendo de esta manera al aumento de las deserciones. La superioridad armamentística del ejército franquista, así como el impacto de sus repetidas victorias a lo largo de la guerra, habían provocado entre los mandos un peligroso aumento del ánimo derrotista, que llevó incluso al descuido y la inoperancia ante las maniobras militares que les eran ordenadas, ahondando de esta manera el problema militar republicano: “Casado no mostraba ninguna inclinación por utilizar sus fuerzas en combate, algo que Vicente Rojo nunca le perdonaría. Casado no era ni mucho menos el único ni el más importante derrotista en las filas republicanas” (Preston, 2014: 43).

Las motivaciones que tenían este relevante grupo de militares republicanos se pueden ejemplificar a través del caso del coronel de Infantería Adolfo Prada Vaquero, recogido por el profesor Ángel Bahamonde. Comenzó la guerra como capitán de Infantería para pasar, bajo las órdenes de Vicente Rojo, a ser una de las figuras principales

---

<sup>17</sup> Para una revisión de la bibliografía más reciente sobre los aspectos tácticos y materiales de ambos ejércitos véase: Puell, 2014.

de la defensa de Madrid —llegando a tener a su cargo el sector Sur de la capital—. Cuando fuera detenido en 1939 por las tropas franquistas, el relato de su participación en las operaciones republicanas resultó inusual. Frente a los intentos de la mayor parte de sus compañeros por alegar apoyos a los sublevados y por desvincularse en la medida de lo posible de las decisiones militares republicanas, Prada se presentó como firme defensor de sus juramentos hacia la República, y como alguien que solo cumplió con su deber para con el gobierno legítimo. Su participación en la trama golpista de Casado se debió al derrotismo y a la falta de entendimiento del Ejército Popular que había formado la República (al que acusaba de estar fuertemente ideologizado). A este respecto se han de destacar alguno de los comentarios que este coronel expuso el 30 de agosto de 1938 como jefe del Ejército de Extremadura en un informe dirigido al General José Asensio. En este informe Prada expone numerosas quejas acerca de la falta de información de que disponen, la “desastrosa” instrucción de las tropas, y la necesidad de haber relevado a la totalidad del Estado Mayor debido a la falta de cumplimiento con su cometido. Además de señalar los numerosos problemas de funcionamiento interno que ha visto en los últimos meses, muestra su preocupación por la extensión del derrotismo entre los mandos militares, hasta el punto de dudar de su compromiso militar en caso de un ataque enemigo continuado. Prada expone, de esta manera, su lealtad hacia la República, pero al mismo tiempo manifiesta su pesimismo hacia el estado moral de los mandos que dirige:

Debo señalar, cumpliendo con un deber de lealtad y justicia que la moral de los Mandos de las Grandes Unidades estaba deprimido en forma tal que no sería posible contar con ellos en caso de insistente ataque enemigo y desgraciadamente la realidad así lo confirmó, obligando a este Mando a imponer penas severísimas que fueron ejecutadas durante los días 11, 12 y 13, en que ya relevados la mayoría de los Mandos de las Grandes Unidades (Cuerpos de Ejército, Divisiones y Brigadas), se logró imponer una verdadera moral e guerra, conteniendo el desordenado retroceso de las tropas en línea (AGMAV, C.222,4,8 hoja 5).

La falta de correspondencia entre sus deseos y el pesimismo que parecía haberse extendido entre los militares ya a mediados de 1938 permite explicar las aparentes contradicciones que el coronel Prada manifestará posteriormente cuando apoye al coronel Casado en su golpe de Estado. Es un ejemplo de uno de muchos militares leales que se vieron superados por un fenómeno al que no pudieron, o no supieron, hacer frente. Todo ello mientras podemos comprobar cómo Prada intentó, a través de numerosas órdenes enviadas desde su Estado Mayor, cambiar esta apatía hacia la lucha y transformarla en

voluntad de resistencia. Así se expresa en uno de estos documentos, fechado el 6 de agosto de 1938 y firmado junto al comisario-inspector Nicolás Jiménez:

Terminada ya la reorganización de este Ejército llega el momento de que pasemos de una resistencia pasiva a una resistencia activa y logremos batir y derrotar a las tropas de la invasión. La solicitud con que han atendido la demanda de elementos de todas clases, el Ministerio de Defensa Nacional, nuestro querido y admirado Doctor Negrín; el General Jefe del Estado Mayor Central Don Vicente Rojo, al que todos admiramos, y el General Jefe del Grupo de Ejércitos, el heroico General Miaja, nos han colocado en condiciones de alcanzar rápidamente una victoria que paralice la acción enemiga. Pero todos los medios no son suficientes; el deseo de vencer lo es todo, cuando en ello se pone entusiasmo y fe en el triunfo (AGMAV, C.222,4,8 hoja 7).

Además de estos problemas de moral a los que tuvo que enfrentarse, tras los enfrentamientos que tuvo con el PCE, cuando fue destinado en Andalucía y Extremadura (tras las buenas relaciones que había tenido con ellos en la defensa de Madrid), el crecimiento del control de este partido sobre las fuerzas militares fue entendido por este coronel como desmesurado. Finalmente, aceptó rendir la ciudad de Madrid ante Franco, con el convencimiento de que se produciría una especie de abrazo de Vergara y se mantendrían sus prerrogativas como militar bajo el nuevo gobierno franquista. Sin embargo, el reconocimiento que esperaba no nunca llegó. Fue detenido y trasladado a la cárcel de Porlier, mientras sufría todo tipo de insultos y vejaciones por las calles de Madrid. Bahamonde explica cómo se produjo este tránsito psicológico de alguien que había sido fiel al gobierno legítimo, pero que había terminado entregando la capital:

En definitiva, el coronel Prada resume la personalidad de un militar republicano cuya lealtad y los parámetros que la informaban, entraron en conflicto sin solución con la naturaleza de la guerra, contemplada desde el lado republicano, y la secuencia de derrotas. Se sintió frustrado desde la campaña del Norte, y conscientemente puso en marcha los mecanismos de compensación psicológica. Transfirió al partido comunista la culpabilidad de la derrota, como producto al servicio de un poder extranjero, y halló en el discurso casadista la reparación del mal (2019: 115-116).

Aunque no intentó reducir su participación en el ejército republicano, ante los interrogatorios de las fuerzas franquistas, su relato muestra los sentimientos que llevaron a muchos de estos militares de carrera a buscar una alternativa a los planes de Negrín.

Gran parte de ellos se formaron en la Guerra de Marruecos, donde asumieron la ideología y las concepciones sobre la patria que luego se intentarían aplicar a partir de 1936. Franco se había instruido en un ambiente en el que la demonización del «otro», del enemigo rifeño contra el que tuvo que luchar, imponía la necesidad de su eliminación (Lines, 2017: 521). Estos procesos de deshumanización del contrario, aplicados posteriormente en la Guerra Civil, permiten entender cómo gran parte de los militares de carrera de ambos bandos llegaron a ver a las diferentes fuerzas de la izquierda como enemigos extranjeros. Las concibieron como potencias encaminadas al fin de los valores tradicionales españoles —tal y como ellos los entendían—, por lo que la lucha contra este tipo de partidos políticos era legitimada. Desde esta concepción, dejaron de pertenecer al grupo que ellos consideraban como «españoles», por lo cual el conflicto contra ellos se convertía en algo inevitable.

Asimismo, desde el lado sublevado, sus aspiraciones ideológicas se encuadraban en la necesidad concebida por ellos de luchar contra la revolución. Según considera el historiador Stanley Payne, el conflicto civil fue visto desde el lado franquista como una necesaria contrarrevolución, ante la posibilidad de que la Revolución de Asturias de 1934 pudiera repetirse. En ello centraron su retórica y su legitimación para tomar las armas contra la República. Payne considera, además, que las elecciones de 1936 tuvieron un carácter plebiscitario, debiendo los electores “inclinarse bien por el apoyo a la insurrección de 1934 y una República de izquierdas, o bien en favor de la derecha y de alguna suerte de nuevo régimen conservador”. Se trató, según sus palabras, de un “referéndum para elegir entre posiciones extremas en un nuevo sistema no consolidado” (Payne, 2010: 44).

Esta situación de enfrentamiento, sin embargo, no estaba tan clara entre los militares de carrera. Al contrario que en otros conflictos civiles, en España el Ejército quedó dividido tras el golpe de Estado. Mientras que el ánimo y la confianza en la victoria se mantuvieron dentro de las filas republicanas —construyendo, además, el mito de la defensa de Madrid—, a pesar de los reveses, la lealtad al gobierno legítimo fue la tónica constante entre los diferentes mandos<sup>18</sup>. Sin embargo, una vez que se perdió la Batalla del Ebro, esta seguridad desapareció; tras el éxito inicial obtenido gracias, entre otros factores, al fallo de los servicios de inteligencia franquistas (Puell, 2019). La camaradería que

---

<sup>18</sup> A este respecto debemos señalar, sin embargo, la gran movilidad que existió entre la tropa republicana hacia el otro bando, mucho mayor que la correspondiente en el lado franquista (Matthews, 2018).

creían que existía entre todos los militares de carrera de ambos bandos fue utilizada por los servicios de inteligencia franquistas con el objetivo de presentar la situación de forma mucho más favorable para ellos de lo que era en realidad. Franco se presentaba, de esta manera, como el responsable de acabar con los enemigos de la patria<sup>19</sup>. Este «otro» se concretó en el comunismo, un mito construido como herramienta política por parte de la derecha española (García, 2005), el cual causaba gran desasosiego debido a la gran cantidad de mandos del PCE que tenía el Ejército Popular<sup>20</sup>. Muchos de los que apoyaron a Casado creyeron, por lo tanto, que las diferencias ideológicas entre la clase militar no eran tantas, y que podrían pactar con Burgos ante otro enemigo común. Franco sabía dónde tenía que intervenir si quería lograr la victoria que deseaba. La toma de Madrid y la derrota de la República no eran suficientes. Necesitaba también la legitimidad necesaria para establecer una dictadura duradera en España. Para ello, la conjura casadista le sirvió como elemento facilitador para lograr mostrar la culpabilidad de la República, alentar el anticomunismo que él mismo pregonaba, y obtener la rendición de Madrid. La capital, una vez que se había convertido en símbolo de la resistencia contra sus fuerzas, debía ser tomada idealmente sin lucha, precisamente para lograr apropiarse de dicho simbolismo. Como explica el profesor Bahamonde:

---

<sup>19</sup> Un proceso parejo al que está siendo desarrollado en nuestras sociedades contemporáneas desde ciertos sectores conservadores y de extrema derecha, a partir del proceso de globalización que estamos viviendo, según nos explica el profesor Bernat Riutort Serra: “Las consecuencias de la modernidad radical y los efectos de la globalización también provocan *reacciones fundamentalistas* promotoras de campanas globales, ideológicas y culturales, con un potencial agresivo que desplaza la política hacia las dinámicas de *ruptura* total del reconocimiento, precipitando el *enfrentamiento amigo-enemigo*. Neoconservadores y fundamentalistas plantean sus estrategias ideológicas globales en un terreno que destruye la potencial esfera pública global en favor del *fanatismo*, la *demonización del otro* y el *choque de civilizaciones*” (2008: 136). La cursiva pertenece al original.

<sup>20</sup> De igual manera, la dialéctica que se establecerá en España tras el triunfo franquista ahondará en este anticomunismo, y supondrá el ataque a todo lo que se pueda considerar como comunista, o cercano a esta ideología. La mayor parte de las conquistas revolucionarias se ponen en entredicho, al mismo tiempo que este tipo de políticas llevan al fracaso del diálogo. Se instala un macartismo enmascarado que en nuestra línea temporal se convirtió en muchos casos en un grave problema. El hecho de que EEUU sea una superpotencia, además, no conlleva necesariamente una defensa de los derechos humanos; y el anticomunismo tampoco tiene por qué servir a estos propósitos, como sucedió en la URSS: “Un enfoque realista, que no rehúya los hechos más desagradables, no puede por menos que admitir que las democracias que alcanzan la categoría de superpotencia no siempre respetan los derechos y no siempre son muy democráticas. Los países que carecen de un sistema democrático no tienen por qué ser «culpables» por no tenerlo. La democracia no es una planta que nazca en todas partes. Las realidades históricas no se corresponden necesariamente con los ideales o con las afirmaciones propagandísticas. Occidente es plenamente consciente de qué derechos humanos hay que fomentar y qué derechos humanos se pueden obviar o recortar y la defensa de las libertades democráticas se mueve al son de las consideraciones estratégicas. Las presiones de la guerra fría, y de toda la estructura que levantó Occidente, donde los servicios de espionaje desempeñaban un papel de primer orden, para identificar cualquier grieta en el armazón del otro, no fueron un invento de la paranoia soviética. Y de nada sirvieron para ayudar a los pequeños grupos o a los individuos aislados en territorio soviético que aspiraban a liberalizar el régimen” (Lewin, 2017: 245).



Pero Franco sabía que, para vencer y someter realmente al pueblo republicano que acompañaba y sostenía a su legítimo gobierno, que luchaba por su supervivencia y la soberanía adquirida en 1931, en definitiva, nada de eso sería bastante: ni las victorias militares, ni los discursos altisonantes, ni los apoyos extranjeros, por muy evidentes, numerosos y poderosos que fueran ninguno de ellos. La República seguía teniendo en sus manos dos piezas esenciales, sin las que Franco no habría pasado de ser el jefe militar de turno, al servicio de los intereses y poderes fácticos que habían gobernado en España hasta 1931. La República tenía de su lado la razón de Estado, en tanto que gobierno internacionalmente reconocido, y la razón moral a través del símbolo, Madrid, que había pasado a categoría de mito, y, por tanto, no se podía combatir ni destruir con la infantería italiana, ni con la aviación alemana, ni con las *mehal-las* marroquíes, ni con palabras, por mucho que fueran también españolas. Mientras la razón de Estado y la razón moral estuvieran del lado republicano, a través del símbolo heroico trasnacional y de la legalidad internacionalmente aceptada en aquellos momentos, Franco estaba derrotado. Por eso, tuvo que emprender, en paralelo al desarrollo de la guerra larga y a la formación del futuro régimen, la batalla por esas dos piezas básicas. La batalla por la razón de Estado se desarrolló en el plano diplomático, y finalmente Franco la ganó, con el apoyo exterior activo de las potencias fascistas, la plena connivencia británica y una acusada tibieza de Francia, al socaire de los dictados de Londres (2019: 237).

Una vez que Franco logró enfrentar a la mayor parte de los militares republicanos con el gobierno de Negrín, logró que los esfuerzos del presidente perdieran legitimidad frente a las grandes potencias internacionales. Burgos fue reconocido internacionalmente por las dos principales potencias occidentales que podrían haber prestado ayuda a la República, el Reino Unido y Francia<sup>21</sup>. Además, el reconocimiento franquista de los intereses económicos británicos —en explotaciones como las minas de Río Tinto— fueron un factor de importancia para inclinar al gabinete británico hacia el abandono del gobierno español (Harvey, 1978: 102). Así logró debilitar una de las mayores bazas que conservaba el gobierno legítimo. La entrega de Madrid, llevada a cabo por el coronel

---

<sup>21</sup> Paris estaba preocupada, además, por las consecuencias que este apoyo pudiera tener, dentro de un país que poco después será rápidamente conquistado por las tropas nazis debido a su debilidad política y militar (Christofferson y Christofferson, 2006: 1-33). A pesar de la inicial respuesta positiva del gobierno de Blum a la petición de ayuda militar que realizara el gobierno español nada más comenzar el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, apenas unos días después París decidirá finalmente no auxiliar a su vecino del sur; postura que mantendrá durante el resto del conflicto: “Dès le 25 juillet, le Conseil des ministres français décidait de ne pas honorer une commande officielle d'avions et d'armes faite par Madrid. Ce même jour fatidique, où tout a basculé, Adolf Hitler acceptait d'envoyer en urgence des avions pour aider l'armée rebelle d'Afrique à traverser le détroit de Gibraltar, après une rencontre à Bayreuth avec des émissaires envoyés par Francisco Franco. Deux jours plus tard, Benito Mussolini envoyait lui aussi des avions aux putschistes” (Grellet, 2018: 26).

Prada, fue su segunda gran victoria. Franco logró, gracias a Casado, no solo la victoria militar que este temía, sino también una victoria emblemática sobre Negrín y sus proyectos. Debido a ello, la represión contra los miles de republicanos que no habían podido huir pudo ser llevada a cabo de manera sistemática.

El 23 de enero de 1939 Negrín decidió declarar el estado de guerra. Se transfirieron la mayor parte de las competencias sobre censura, orden público y mítines políticos de manos de los gobernadores civiles a los mandos militares Miaja y Matallana, a pesar de la desmoralización que ya en aquel momento presentaba el primero de ellos (Thomas, 2018). Además, se unificó todo el ejército bajo su autoridad militar. Ante la llegada de Franco a Barcelona, esta decisión es un indicio de la desesperación en la que se encontraba el gobierno republicano<sup>22</sup>. Si no se había querido dar ese paso anteriormente fue debido, precisamente, a que socavaba todas las libertades democráticas que se habían podido mantener. La preparación de la resistencia había quedado en manos de dos personas conocidas por querer acabar la guerra lo antes posible. A la larga, sirvió de gran ayuda a los planes que Casado pondría en marcha apenas un mes después (Preston, 2014: 57).

A pesar de la convicción de gran parte de los que apoyaron a Casado sobre la inutilidad de la resistencia propuesta por el presidente, esta era, para historiadores como Paul Preston, una máscara con la que Negrín intentaba ganar tiempo. Según sus conclusiones, el objetivo no habría sido lograr una resistencia numantina hasta el inicio de la II Guerra Mundial, sino limitar las pérdidas humanas que la República tendría si se rindiera incondicionalmente: “Negrín trabajaba sin cesar para intentar limitar las catastróficas consecuencias humanitarias de la derrota en Cataluña, y persistía en la idea de la resistencia como la mejor manera de conseguir un acuerdo de paz que impidiera una

---

<sup>22</sup> A pesar del clima de derrotismo que se extendió entre todas las fuerzas que seguían apoyando a la República tras la caída de Cataluña, hubo todavía voces que siguieron llamando a la esperanza y a la confianza en el futuro —de manera más o menos idealista—. Uno de estos casos fue el de la revista catalana *Ressorgiment*, editada en Buenos Aires, tribuna desde la que se pretendió continuar con la construcción de la identidad nacional catalana aun tras la caída de la región en manos franquistas. Así intentaba llamar la editorial a la confianza de sus lectores en el futuro, a finales de febrero de 1939: “Però els nostres enemics, els enemics de Catalunya, no coneixen la idiosincràsia nostra; no saben que com més se'ns humilia, com més se'ns persegueix, més es desperta en nosaltres la sensibilitat patriòtica; com més se'ns ataca més catalans ens sentim; com més es persegueix Catalunya més l'estimem i més fidels restem al seu esperit immortal. Això és el que ignoren els feixistes espanyols d'avui, i com que ho ignoren continuaran la tradició dels governs de la monarquia en relació amb Catalunya, i es produirà, com en temps de Primo de Rivera, la natural reacció de les ànimes. La catalanitat farà florida en els cors i bon punt hi hagi uns esclatxa per la qual obrir-se pas, serà tal i tant poderós l'ímpetu de Catalunya que, quan hi voldran posar aturador, ja no hi seran a temps”.

matanza masiva a manos de los franquistas” (2014: 65-66). Era consciente, además, de la escasa preocupación que ya manifestaban tanto franceses como británicos por la represión contra los republicanos que Franco ya estaba llevando a cabo. El presidente estaba convencido de la imposibilidad de negociar con un gobierno como el de Burgos, carente de sentimientos humanitarios, y al que consideraba totalitario (2014: 70).

En esta línea resulta relevante acercarse a una noticia recogida por el SIPM el 15 de febrero de 1939, a partir de los comentarios realizados por un periodista británico llamado Stewart, en la cual se manifiestan las presiones que sufrió el gabinete negrinista para su rendición ante Burgos: “Añade que los representantes de Inglaterra vienen convenciendo lo mismo a Miaja que a Negrín de la inutilidad de la resistencia y de la conveniencia de rendirse a una paz irremediable puesto que la resistencia a nada conduciría y justificaría que el vencedor procediese con mayor dureza” (AGMAV, C.2485,4 hoja 4). El derrotismo y la falta de comprensión del ánimo que mantenía Negrín por asegurar la vida y la seguridad del máximo número posible de republicanos formaron parte intrínseca de los esfuerzos internacionales en favor de la rendición republicana, con un espíritu que contribuyó al aislamiento cada vez mayor del gabinete negrinista.

El historiador Hugh Thomas considera que este doble juego fue uno de los principales motivos para que Casado y sus colaboradores se decidieran a llevar a cabo su golpe de Estado. Afirma que, si de verdad Negrín hubiera buscado una lucha hasta el final, Casado se habría visto obligado a seguir apoyándole —aunque no de buen grado—. Lo que este general encontraría inaceptable, según su interpretación, sería que el presidente pregonara la lucha numantina mientras intentaba preparar la huida masiva de republicanos (Thomas, 2018: 953-954).

Los intereses de Casado y de Franco se entremezclaron gracias a un enemigo común, tal y como ambos personajes lo veían. Ambos decidieron, en diferentes momentos de la guerra, que el gobierno civil al que debían amparar se había extralimitado en sus funciones, y consideraron necesario levantarse en armas contra él. Pero sabían que debían justificarlo, al iniciar una lucha contra un gobierno legítimamente constituido en la cual podrían obtener la victoria militar, pero no tenían asegurada la victoria moral. Como explica el profesor Bahamonde:

Ni el deber de Franco era destruir un poder legítimamente constituido, ni lo era el de Casado. El resto son puros intentos de justificar lo injustificable. Y fue la coincidencia en el tiempo de ambos intereses, el de Franco por liquidar la guerra y el de Casado por deshacerse de un

gobierno civil al que no respetaba —y, de paso, culminar su particular misión de erradicar el comunismo—, lo que permitió a Franco ganar la batalla simbólica, cuyo valor le dio crédito para mantener el poder durante largo tiempo, después (2019: 239-240).

La necesidad obligó a ambos a buscar una necesaria justificación ideológica para unos levantamientos cuya base se encontraba en la búsqueda de poder personal por parte de cierto grupo de militares. Casado utilizaría también el discurso sobre la evacuación como una de las políticas más relevantes del Consejo Nacional de Defensa, conformado tras su golpe de Estado del 6 de marzo de 1939. Después de explicar a la población a través de la radio su proyecto político, el éxito de la operación fue casi absoluto. El general se convirtió en el único poder reconocido por los gobernadores civiles y los diferentes mandos militares que continuaban resistiendo ante el avance franquista. Solo encontró oposición por parte de algunos grupos del PCE, concretamente los de la capital madrileña. Creyeron que la su negativa armada al cambio de poder era necesaria, ante las sospechas que tenían de que Casado pretendía utilizarles como moneda de cambio en sus negociaciones con Franco (Preston, 2014: 250). Una inesperada oposición a sus planes que, sin embargo, permitió al general rebelde justificar sus temores infundados sobre una revolución comunista. De esta manera, comenzaron varios días de lucha por las calles de la ciudad, los cuales finalizaron en lo que Casado consideró como una relevante victoria contra el anticomunismo.

Negrín y el resto de su gobierno, al comprobar que habían perdido los apoyos que tenían en la península, decidieron exiliarse definitivamente a Francia. Este movimiento fue utilizado por el coronel rebelde para acusarle de dejación de responsabilidades. La evacuación de la capital, uno de los puntos principales del trabajo que estaba desarrollando el gobierno republicano, fue impedida por el nuevo poder constituido. La incapacidad del Consejo para permitir que los madrileños pudieran huir de la ciudad, así como la ausencia de las gestiones internacionales necesarias para poder abrir los puertos levantinos a los refugiados que iban a llegar, deshizo la posibilidad de salvar de la represión franquista a miles de republicanos:

La Junta hizo todo lo posible por impedir que la gente se marchara hasta que, conforme a su retórica igualitaria, todos los que quisieran marcharse pudieran hacerlo. En su manifiesto, el Consejo Nacional de Defensa acusaba a los miembros del Gabinete de Negrín y a los líderes comunistas de abandonar vergonzosamente sus puestos, sin mencionar que habían dejado El Pobleto para evitar ser detenidos y entregados a Franco (Preston, 2014: 251).

El Consejo Nacional de Defensa utilizó el anticomunismo y el derrotismo que imperaban en aquellos momentos para obtener las fuerzas necesarias con las que llevar a cabo sus planes. Se hizo con el poder en todas las regiones que continuaba bajo el control de la República. El 12 de marzo había sido derrotada la resistencia comunista en Madrid. La desmoralización se había extendido ya por el resto de mandos militares, quienes vieron en la figura del coronel rebelde el único poder existente. Negrín, una vez que se había visto obligado a cruzar la frontera, perdió los últimos apoyos que conservaba en territorio peninsular.

A pesar de las repetidas llamadas de Casado a la calma, y los mensajes que envió asegurando su compromiso con la evacuación de todo aquel que quisiera marchar del país, las informaciones que manejó el SIPM a lo largo de febrero y marzo de 1939 nos muestran a un coronel mucho más dubitativo y deseoso de escapar de una situación que creía perdida, sin asumir la responsabilidad que él mismo había aceptado como cabeza visible del Consejo Nacional de Defensa. Un ejemplo de este comportamiento lo podemos ver antes de que diera el golpe de Estado, el 3 de marzo de 1939. En una nota enviada por el servicio de información del Corpo Truppe Volontaire al Cuartel General de Franco se expone cómo “Si ha noticia che il colonnello Casado, Comandante dell’Esercito del Centro, ha dichiarato ad una personalità estera di retenere la guerra perduta”, mientras se manifiestan sus temores ante un pronto ataque franquista que pudiera aislar Madrid del resto de España. La nota informativa termina, significativamente, afirmando que “Il colonnello Casado, lasciando la Spagna, avrebbe intenzione di recarsi nell’America del Sud” (AGMAV, C.2485,13 hoja 10). Una prueba de cómo la formación posterior del Consejo formó parte, en mayor o menor medida, de una argucia personal para asegurar su propia seguridad personal.

La situación no condujo a una mejor evacuación de los refugiados. Casado y la mayor parte de su Consejo se interesaron por su propia huida, pero sin presentar planes adecuados para intentar salvar al mayor número posible de republicanos<sup>23</sup>. Todo ello

---

<sup>23</sup> Hecho que, en el clima de tergiversación del discurso existente en marzo de 1939, contrasta con las palabras que el propio Casado pronunció en repetidos discursos. Mediante estas alocuciones, paradójicamente culpaba al gabinete negrinista —que tuvo que huir del país para no caer en las manos de los golpistas— de preocuparse únicamente de una huida personal que correspondería, al final, con los planes que él mismo estaba preparando para escapar —junto al resto de miembros del CND— mientras decenas de miles de republicanos quedaban abandonados en la península, a merced de las tropas franquistas. Una muestra la tenemos en estas palabras, que el coronel pronunció en Radio Valencia el 14 de marzo: “Esto no se puede repetir, pues mientras el pueblo lucha y se sacrifica, los dirigentes [el Gobierno de

quedó en manos de la propaganda, sin que llegara a materializarse nunca en algún tipo de operación. La falta de interés de Gran Bretaña y Francia en esta situación solo contribuyó a agravar el problema. Sin su ayuda, al estar ambos gobiernos pendientes únicamente de las decisiones de Burgos, no era posible intentar retirarse desde los puertos levantinos. Según los trabajos del profesor Douglas Little, la posición del gobierno británico siempre fue demasiado contraria, a pesar de su menor peso objetivo, a la influencia que la URSS tuvo en los diferentes gobiernos republicanos<sup>24</sup>, lo cual terminaría decantando su postura a favor de Franco<sup>25</sup>: “Given disturbing signs from Madrid to Athens of a new wave of Soviet subversion in early 1936, by August, Whitehall clearly believed that republican Spain was better dead than red” (1988: 307).

La sublevación de la base naval de Cartagena<sup>26</sup>, gracias al esfuerzo de la Quinta Columna, causó un gran impacto en toda la zona. Allí se encontraba amarrada toda la

---

Negrín] preparan su huida al extranjero, abandonando los puestos que se les había designado y llevándose con ellos el lucro que habían adquirido por medios ilegales. (...) En estas condiciones queda anulada la autoridad del Doctor Negrín y sus ministros, afirmando nuestra autoridad genuina conforme a los deseos del pueblo español. (...) Aquí continuarán todos los españoles (...). Nos salvaremos todos o pareceremos todos como dijo una vez el Doctor Negrín. Pues bien, así sucederá. Hemos de salvarnos todos, o todos permaneceremos en nuestros puestos hasta el desenlace de los acontecimientos” (AGMAV, C.2485,14 hoja 5).

<sup>24</sup> De esta manera, el apoyo que la Unión Soviética dio al gobierno republicano durante la guerra se debió en gran medida por una mezcla de intereses geoestratégicos y cercanía ideológica: “From Stalin's perspective, the war in Spain provided the Soviet Union with the opportunity to prove its good intentions against the Fascist powers. Furthermore, given the large socialist presence in the Loyalist coalition, the USSR was naturally inclined to ally with the Republic. Soviet citizens held mass rallies in support of the Republic, and Soviet aid agencies collected 274 million rubles' worth of food, clothing and medication for the Republic during the course of the war” (McCannon, 1995: 158).

<sup>25</sup> La Guerra Civil se vivió con pasión y con enfrentamientos ideológicos (reflejo de una lucha que superaba las fronteras nacionales y que se podía trasladar a múltiples lugares) en muchos países del mundo, incluso en regiones tan alejadas como North Queensland. En palabras de la historiadora Diane Menghetti, que estudió este fenómeno en dicho estado australiano: “The Spanish Civil War aroused passions throughout the world, partly because of persistent foreign involvement and partly because of the wider ideological conflict reflected in the struggle for political control in Spain. Indeed it has been suggested that it was in essence a European war confined to Spanish soil by the tacit agreement of the principal European powers” (1982: 63). La lucha que se vivió reflejaba, de esta manera, muchos de los conflictos internos que se vivían en otros países (Domínguez, 2007: 386). Frente a la política francesa e inglesa de no intervención, esta ayuda de las potencias del Eje al general Franco provocó relevantes fracturas políticas en otros países europeos, como sucedió con el Partido Obrero Belga durante los años de la guerra española (Vargas, 2018). En otros países, como fue el caso de la dictadura portuguesa del *Estado Novo*, que había trabajado durante toda la guerra con el general español (Pena-Rodríguez, 2015), y que había servido de altavoz para la propaganda franquista, la prensa y la Iglesia Católica —uno de los pilares de la dictadura salazarista— se ocupaban de presentar a la República española como epítome de todos los males, receptáculo del ateísmo y del comunismo internacional que era necesario derrotar para acabar con su “satanismo” (Pena-Rodríguez, 2019: 44-46). Incluso en muchos lugares de Hispanoamérica, como fue el caso de la ciudad peruana de Arequipa, el conflicto español sirvió para poner de manifiesto las fracturas ideológicas de la sociedad, al mismo tiempo que generó fuertes enfrentamientos dialécticos (Nalvarte Lozada, 2019).

<sup>26</sup> A este respecto, resulta significativo que, incluso el teniente coronel Joaquín Pérez Salas, uno de los principales mandos militar casadista de Cartagena, mezclara en la concepción que tenía de sí mismo el hecho de ser militar profesional con su republicanismo (Egea Bruno, 2015). Esto nos indica que no se trataba de personajes que hubieran dejado de considerarse republicanos, sino que su sentimiento de unión

flota republicana. La vía marítima, tras la pérdida de Cataluña, se convertiría en uno de los pocos nexos de comunicación que le quedaban a la República con el exterior. Burgos llevaba contemplando durante todo el año de 1938 la posibilidad de tomar la base y acabar así con una de las bazas más importantes del ejército republicano. El SIM, tras las derrotas producidas en Teruel y Aragón, no pudo impedir que la inteligencia franquista se hiciera fuerte en esta ciudad. Incluso para Casado, se trataba de una pieza clave de sus planes dentro del golpe de Estado:

Cartagena y su flota representaban un activo en consideración: reforzarían su posición ante Franco, una vez que se entablaran las pretendidas conversaciones de paz. Además Casado había atraído voluntades, en círculos militares, planteando la tesis de un último bastión de resistencia en torno a Cartagena que permitiera una evacuación organizada, por medio de la flota y el apoyo de la Royal Navy (Bahamonde, 2019: 172).

Sus planes coincidían, en líneas generales, con las disposiciones que procuró tomar Negrín sobre Cartagena. El gobierno conocía la delicada situación que atravesaba la base, entre los militares antinegrinistas y las acciones de la Quinta Columna. Además, los dos principales mandos militares —el general Bernal y el almirante de la flota Miguel Buiza— eran partidarios de terminar la guerra de la manera más rápida posible. Anunciaron los planes sobre la intentona golpista el dos de marzo, tras reunir a todos los oficiales de la base.

El cinco de marzo, sin embargo, la situación era muy inestable. Confluían los apoyos a la rebelión del general Casado, con aquellos de entre los militares que preferían entregar la flota al general Franco. Los intentos gubernamentales de impedir esta operación, mediante el envío del general Galán y de una brigada comunista, llevaron a Buiza a conformar un heterogéneo grupo cuyo objetivo sería intentar la caída del gobierno republicano e impedir la captura de la plaza. La confusión que continuó a lo largo del día inclinó la situación, finalmente, hacia el lado de los conspiradores. El objetivo ya no era una sublevación contra el gobierno dentro de la República. Ahora habían triunfado aquellos que querían entregar la plaza al enemigo franquista. Mientras tanto, la flota (que soportaba las mismas tensiones que el resto del Ejército republicano), decidió abandonar el puerto. No regresaría mientras durara el conflicto. Buiza decidirá atracar en el puerto

---

a la República se encontró mediado por el cansancio de la guerra y el anticomunismo de los adversarios de Negrín.

francés de Bizerta. Finalmente, las autoridades francesas entregaron la flota a Franco el 30 de marzo. Casado y Negrín perdieron la baza que suponían los últimos restos de la flota republicana, mientras que la base de Cartagena quedaba en manos franquistas. Será recuperada poco después gracias a las acciones la Brigada 206, y reclamada en nombre del gobierno de Negrín, aunque pronto pasará a encontrarse bajo control del Consejo Nacional de Defensa. La pérdida de la flota no significó realmente que la República se quedara sin una importante baza militar. El resultado supuso que la evacuación de los republicanos pasara a depender únicamente de las voluntades de Londres y Burgos. Ni Casado ni Negrín tendrían a partir de ese momento muchas posibilidades de influir para que se llevaran a cabo estas operaciones:

Cualquier plan de evacuación requeriría ya el auxilio logístico de la Royal Navy, y esta solamente actuaría con el beneplácito de Burgos, de manera que, a la larga, la huida de la flota contribuyó a acrecentar el desastre humano que supuso el final de la guerra. El espacio republicano ya no tenía salidas al exterior por tierra ni por mar. A la altura del mes de marzo ya resultaba muy evidente el desinterés del gobierno de Londres por la suerte de los republicanos españoles, pero la permanencia de la flota en Cartagena habría permitido, seguramente, cierto margen de presión, obligando a plantear alguna forma de intervención británica amparando la evacuación (Bahamonde, 2019: 177).

La pérdida de Cartagena impuso una nueva realidad para la República. No solo acabó con los planes de Negrín, quien intentó modificar sin éxito la situación con el envío del teniente coronel comunista Francisco Galán para tomar el control de la base. El presidente, al apoyarse en aquellos oficiales que le demostraron una mayor lealtad, tuvo que confiar en los miembros del PCE para intentar sustituir a aquellos militares que se mostraban demasiado reacios a aceptar las órdenes gubernamentales. Al mismo tiempo, la aparición de Galán en la base cartagenera, en la cual se había extendido el derrotismo y el anticomunismo que inspiraran desde el entorno casadista, precipitó la huida de la flota y la intervención de la Quinta Columna en la toma de la ciudad. El desorden y la confusión caracterizaron todas estas operaciones. A pesar del error de cálculo de Franco, quien se adelantó en el envío de refuerzos a una plaza que no se encontraba realmente bajo su control (pese a las optimistas manifestaciones de la sección local de la Falange), provocando el hundimiento del navío franquista *Castillo de Olite*, al bordo del cual viajaban 2.112 efectivos, Burgos había conseguido uno de sus objetivos fundamentales



en la zona. Cartagena había dejado de ser relevante para la evacuación y para las conversaciones internacionales (Preston, 2014: 197-222).

Según la consideración de historiadores como Preston, ni socialistas ni anarquistas fueron conscientes de las repercusiones que tendría para la ya escasa resistencia republicana en su lucha contra el PCE. Franco había mostrado sus exiguas intenciones de lograr un acuerdo que pudiera poner fin a la guerra. Casado, confiado en que la camaradería entre los militares de carrera y la persecución llevada a cabo contra los comunistas facilitarían las conversaciones, perdió la posibilidad de llevar a cabo una evacuación ordenada y acabó con los planes que el gobierno de Negrín había preparado para ello:

Al parecer, Casado pensaba que podría negociar con Franco de tú a tú, pero, a consecuencia de los combates, la República estaba todavía más débil que antes. El golpe y la eliminación de los comunistas habían descartado la baza más poderosa que le quedaba a la República de cara a una negociación: la amenaza de una resistencia numantina desesperada. (...) De hecho, al derrotar a los comunistas, este último había dado a Franco otro motivo para no precisar negociación alguna. También significaba que el anticomunismo que ligaba a Casado y los anarquistas había desaparecido y ya no impedía divisiones en el seno del Consejo Nacional de Defensa. La moral estaba más baja que nunca (Preston, 2014: 263-264).

A pesar de los intentos de Negrín por evitar el golpe y dialogar con Casado<sup>27</sup>, las últimas esperanzas para llegar a un acuerdo con Franco a partir de ciertas garantías se habían evaporado. Las rencillas que los diferentes grupos que apoyaban a la República mantenían con el PCE permitieron que se unieran frente a un gobierno que consideraban demasiado controlado por los comunistas. Se enfrentaron a un gobierno legítimo, lo que impidió que las conversaciones internacionales siguieran teniendo valor.

---

<sup>27</sup> A este respecto resulta interesante comprobar cómo la información que enviaban a Burgos los agentes del SIPM —quienes dan repetidas muestras de conocer de primera mano la situación que viven tanto la cúpula republicana como la misma capital madrileña— exponía, según se puede comprobar en un telegrama recibido en el Cuartel General de Franco el 4 de marzo de 1939, cómo “Casado continúa dispuesto actuar, pero pretende intentar poner de acuerdo a los partidos y Gobierno. Gobierno intentó destituir Casado y Matallana no acatando estos orden. Casado salió día dos para Valencia objeto reunión militares. Todo gira alrededor fuga dirigentes para no aparecer Casado como traidor” (AGMAV, C.2485,13 hoja 17). La acusación de traición, elemento que podría haber supuesto el fracaso del cercano golpe de Estado, se une a la manifestación de unos inexistentes intentos de Casado por dialogar con el Gobierno. Esta nota informativa muestra cómo el coronel, aunque no quería establecer ningún tipo de diálogo con el presidente Negrín, debía tergiversar esta situación para mostrarse como la víctima de la mala gestión del gabinete republicano, el cual debía ser visto desde el punto de vista más negativo posible.

Negrín no podía ya, una vez que perdió el control de la Península, situarse como la persona indicada para dialogar con las potencias europeas. Casado, ante la debilidad de poder del Consejo Nacional de Defensa, tampoco era capaz. Su único objetivo era un diálogo con Franco que este mismo general utilizó para no tener que terminar en persona con la resistencia republicana. La lógica de las políticas negrinistas acabó con la constitución del nuevo Consejo, interesado solo en un proyecto que no podía llevarse a cabo de manera factible. Sin embargo, la posibilidad de finalizar la guerra se extendió entre las fuerzas republicanas. La opción de una paz coordinada con Burgos, y que respondiera a las necesidades y derechos de los vencidos, se materializó en las mentes de los principales líderes políticos y militares:

Una ciega confianza se apoderó de los restos de la España republicana. Salvo en el entorno comunista, la creencia en una paz digna y sin represalias atenazó las voluntades y paralizó la acción. Redujo el tema de la evacuación a una fácil operación logística que contaría con la indudable aprobación de los vencedores y el concurso de la marina británica, y que solo afectaría a un reducido número de personas especialmente comprometidas o que ideológicamente se sintieran incompatibles con los valores y las ideas del Nuevo Estado. Y es que se había producido un efecto en cascada que prendió sin dificultad en un clima de derrota. La Quinta Columna se había aproximado a Casado con una propuesta de Franco de aceptar una rendición negociada y generosa si Negrín y sus partidarios desaparecían de la escena política. La sublevación político-militar que provocó la caída del gobierno se había realizado bajo el lema de una paz justa y sin represalias (Bahamonde y Cervera, 1999: 444).

Los servicios de inteligencia franquistas aprovecharon el desánimo existente entre las filas republicanas y las fracturas políticas entre los diferentes grupos que todavía apoyaban al gobierno legítimo. Vendieron unas esperanzas que Burgos solo concebía como cortinas de humo para asegurarse una victoria más fácil y efectiva que la derivada de las operaciones militares. Convencieron a los diferentes mandos de la futilidad de la resistencia negrinista, ayudados por las dudas y la pérdida de confianza que se habían impuesto desde la derrota en la Batalla del Ebro sobre las políticas del presidente. Franco no estaba interesado en negociar una paz justa, sino en una derrota lo más efectiva y eficiente posible del enemigo. Quería instaurar su propio sistema político sin las interferencias que podrían causar unos acuerdos con los adversarios republicanos. La propaganda quintacolumnista inundó el territorio republicano, llenando las discusiones y suplantando las noticias con informaciones falsas. Actuaron con total impunidad. El SIPM pudo transmitir con facilidad la idea de que el PCE, como supuesto brazo español

de las políticas soviéticas, era el único responsable de la prolongación de la guerra y de la necesidad republicana de resistencia (Bahamonde, 2019: 145). Entre la desinformación que se instauró, las posibilidades de una paz honrosa y de unos fáciles planes de evacuación que Burgos no tendría problemas en aceptar, prendieron entre los sentimientos derrotistas de políticos y militares. Casado, además, nunca entendió que la victoria pudiera llegar para la República. Desde que fuera nombrado jefe del Ejército del Centro, creyó que la única salida era una paz negociada con Franco. No comprendió los planes de Burgos para obtener una victoria incondicional. Aunque era una de las máximas autoridades militares republicanas, entre sus objetivos nunca estuvieron seguir las directrices de resistencia aprobadas desde el gabinete ministerial. Confió en argumentos que

entremezclaban la superioridad del ejército franquista, razonamientos relativos a la política internacional que conllevaban el aislamiento de la República y discursos de índole política repetidos hasta la saciedad, de los cuales emergía el reiterativo lamento del supuesto predominio comunista en la médula de los diferentes ejércitos que componían el sistema militar republicano de la zona Centro-Sur (Bahamonde, 1999: 52)

Casado y su Consejo Nacional de Defensa construyeron una visión que pecaba de idealista y simplificadora. La necesidad de obtener la paz a cualquier precio, unida al desprecio que albergaban hacia todos aquellos militares (principalmente comunistas) que se habían incorporado al ejército y habían ascendido en el escalafón gracias a la guerra no les permitieron darse cuenta de lo que supondría una derrota total frente a los ejércitos franquistas, como acabó sucediendo. Se habían formado dentro de unas fuerzas armadas cuyos máximos valores eran la patria, el honor y el respeto por la clase militar, utilizados para construir un mito nacional que sustituyera la realidad de la represión que estaban llevando a cabo (Corbin, 1995).

Las operaciones y las victorias franquistas les impidieron ser conscientes de la represión que se estaba llevando a cabo al otro lado de las trincheras<sup>28</sup>. Confiaron en la

---

<sup>28</sup> Sin embargo, hay historiadores que creen que la diferenciación entre ambas represiones es escasa — aunque existente —, estimando la República como un régimen cuyos objetivos revolucionarios habrían desestabilizado la política nacional: “Los apologistas de la izquierda siempre han intentado establecer una distinción entre las conductas criminales de unos y de otros, argumentando que la represión de la izquierda fue descentralizada, espontánea y asociada a organizaciones marginales, al tiempo que se sostiene que la represión de la derecha fue mucho más organizada, centralizada e implacable. Es cierto que hay alguna verdad en esta distinción, aunque esos aspectos han sido exagerados. No había nada de «espontáneo» en el terror revolucionario, pues la revolución violenta había sido planificada y publicitada por los grupos

historia española del último siglo, en la cual las guerras civiles habían respetado a los militares de ambos bandos contendientes. Creyeron que el abrazo de Vergara era un objetivo plausible. Un acto que ellos también podrían obtener de quien no veían como un enemigo, sino como un antiguo compañero, educado en las mismas academias y valores que ellos. Una persona que creían que podría entender su situación. Todo ello les llevó a malinterpretar la situación, y acabar con las últimas esperanzas de la República:

Ya fuera por arrogancia o por desconocimiento, Casado, Besteiro y los demás rebeldes abrigaban esperanzas muy poco realistas sobre lo que significaría terminar pronto la guerra. Por el contrario, Negrín era plenamente consciente de las consecuencias de una derrota catastrófica. Había visto con sus propios ojos los horrores padecidos por los republicanos vencidos en Francia, donde habían sufrido humillaciones y estrecheces, pero al menos no el odio que cabía esperar de los franquistas en forma de juicios, torturas, encarcelamientos y ejecuciones (Preston, 2014: 249).

El fracaso de Casado en obtener la paz se encuentra en su equivocación acerca del papel que podría tener su anticomunismo, así como la eliminación de un gobierno legítimo más proclive a la lucha que el Consejo que él había constituido. No fue consciente de que se trató de una operación coordinada y alentada por el SIPM, los servicios franquistas de inteligencia, para poder aspirar no solo a una victoria militar, sino también a una derrota simbólica de la República de la que fueran capaces de sacar todo el rédito propagandístico posible:

---

revolucionarios durante años. En todo caso, es cierto que no fue planificada desde el Gobierno en términos generales, como en Rusia, puesto que no había una fuera hegemónica en la zona republicana” (Payne, 2010: 108). A pesar de afirmar que la represión en la zona sublevada fue “controlada y dirigida en todo momento por los militares”, siendo por lo tanto “de algún modo más amplia y efectiva”, y considerar que el gobierno republicano no estuvo directamente implicado en la misma, Payne pone en duda esta distinción entre ambos fenómenos represivos. Por otro lado, frente a la de posturas como la de Paul Preston, quien considera que la responsabilidad del gobierno republicano durante los primeros meses de la guerra debe ser limitada (Preston, 2016: 307-308), otros investigadores consideran que establecen una visión errónea basada en dominados y dominantes que no se corresponde con la realidad, además de considerar que no existe ninguna relación entre la dictadura franquista y el actual sistema constitucional español: “That such interpretations, pitting «oppressors» against the «oppressed», flourished in the immediate aftermath of Franco’s demise is less surprising than the fact that they still have their passionate defenders today in the academic community. In the context of the supposed «recuperation of historical memory», some historians have sought to institutionalize an «official truth» that attributes to the «Republicans» (including left-wing Socialists, Communists and anarchists) the honourable label of defenders of democracy (and thus deserving of state recognition) while their enemies were «anti-democratic» or simply «fascist». Interestingly, these historians are the same ones that criticise the «low quality» of contemporary Spanish democracy for its failure to break with its «Francoist» origins and base its legitimacy on the «antifascist crusade». Although it is obvious that the 1978 Constitution or current political praxis have nothing to do with the Francoist dictatorship, these historians do not admit debate, insulting those who dare to criticise their theses” (Villa, 2016: 422).

Así terminó el malogrado intento de Casado de conseguir una paz más honrosa que la que Negrín había podido alcanzar. Con su iniciativa, había arruinado la posibilidad de que se prolongara la resistencia republicana, aunque, para muchos de los que habían participado en la guerra en las filas republicanas, habría resultado más ventajoso continuar luchando, por desesperante que fuera, que la rendición incondicional para caer en manos de la justicia nacionalista. Si la República hubiera permanecido intacta, aunque sólo hubiera sido dos semanas más, y Casado no se hubiera enfrentado a Negrín, su posición internacional podría haberse modificado. El día 15 de marzo, Hitler marchó sobre Praga. El propio Chamberlain protestó contra esta acción el 18 de marzo. A finales del mes, las garantías dadas a Polonia por los franco-británicos habían transformado la situación internacional. Una República unida se habría beneficiado de la oportunidad que se le ofrecía. Todo lo que puede alegarse en favor de Casado es que con sus negociaciones consiguió ganar tiempo para que pudieran escapar muchos dirigentes republicanos, aunque no los ciudadanos corrientes (Thomas, 2018: 977-978).

Los intereses de clase que tenía el general Casado primaron, por lo tanto, sobre el análisis global de la situación en la que se encontraba realmente la República. La propuesta de paz inicial que envió a Franco muestra su convicción de estar ante unas negociaciones de igual a igual. Sin embargo, esta proposición no solo muestra la vanidad del general Casado, sino su inadecuada comprensión de su posición política real ante Burgos: “Casado envió una carta a Franco cuyos requisitos evidenciaban su egolatría. (...) Con independencia de si Casado lo sabía o no, el hecho era que las decisiones sobre la evacuación estaban más en manos de Franco que del Consejo Nacional de Defensa” (Preston 2014: 264-265). La resistencia numantina de Negrín podría haber logrado, al menos, parte de sus objetivos de evacuación. Y habría podido impedir (o dificultar) un reconocimiento internacional de Burgos que dejó solo al Consejo Nacional de Defensa en sus negociaciones.

El anticomunismo fue el arma ideológica utilizada para ello, sin tener en cuenta que ni el PCE pretendía dar un golpe de Estado en ese momento, ni Negrín aplicaba las políticas que decidían en Moscú<sup>29</sup>. Los comunistas se convirtieron en el apoyo más sólido

---

<sup>29</sup> A pesar de ello, con mayor o menor conocimiento de la verdad acerca de estas afirmaciones, el CND mantuvo hasta el último momento este argumento como parte de sus peticiones de paz realizadas a Burgos, tal y como muestra este documento firmado por Casado y fechado a 21 de marzo de 1939: “Los Jefes y Oficiales profesionales del Ejército, y una cifra muy estimable del personal de Milicias, sin acuerdo previo, han rechazado toda influencia comunista en la dirección de la guerra, y mediante una labor inteligente absorbieron en sus filas a todos los partidos políticos y organizaciones sindicales, lo que ha permitido axfisiar (sic.) el golpe de estado bolchevique que tenía como designio desplegar como epílogo de la guerra

que tuvo un gobierno legítimo, mientras buscaba una salida desesperada ante una inminente victoria militar franquista, y alarmado por el derrotismo que se había extendido entre sus filas. Muchos miembros del PCE le dieron las garantías suficientes para probarle que podía confiar en ellos, mientras que otros sectores de la izquierda —incluido su propio partido político— le daban la espalda y le acusaban de confiar demasiado en los comunistas. Otros autores consideran, sin embargo, que la estrategia del presidente resultaba incoherente, por lo que Casado solo habría puesto de manifiesto estas discordancias en el discurso de Negrín para poder desacreditarle:

El gobierno Negrín no previó en ningún momento, ni siquiera como hipótesis alternativa, la elaboración de un plan de evacuación. La filosofía del resistir es vencer era contradictoria en sus fundamentos con este tipo de planteamientos, más cercanos a una opción abandonista. Después de la pérdida de Cataluña y de la hecatombe de las 400.000 personas traspasando las fronteras de Francia, Negrín tampoco consideró esta posibilidad, aunque algunos de sus ministros empezaran a plantearla como algo prioritario que debería contar con la protección británica, dada su masiva presencia en el Mediterráneo (Bahamonde y Cervera, 1999: 440).

A pesar de estas afirmaciones, la pérdida de la flota amarrada en Cartagena y el golpe de Casado debilitaron considerablemente la posición republicana en el exterior. La política de resistencia tenía como objetivo salvar el máximo número de vidas posible. No era demasiado realista plantear la posibilidad de que la República pudiera ganar finalmente la guerra, en marzo de 1939. Pero sí podría haber alargado el conflicto lo suficiente para haber evitado tanto la represión contra cientos de miles de republicanos como un cambio en la política europea. Los gobiernos de Londres y de Washington, dos de los poderes internacionales que podrían haber intervenido y ayudado en los planes gubernamentales por razones humanitarias, consideraban, sin embargo, que no era preciso mediar en el conflicto. A pesar de saber, como fue el caso de William Bullitt —embajador de EE.UU. en París—, que Franco no tendría ningún inconveniente en comenzar las represalias en masa en cuanto tuviera el control del territorio republicano. Como expone el historiador Preston:

---

un régimen de terror, que de haber prosperado hubiera asolado esta zona. Si se hubiera retrasado cuarenta y ocho horas la formación del Consejo Nacional de Defensa, el Partido Comunista hubiera llegado al hecho consumado” (AGMAV, C.2485,14 hoja 34).

Negrín esperaba resistir hasta que una guerra internacional alterara la visión de Londres y París con respecto a la República española. Se había visto gravemente perjudicado por los Acuerdos de Munich, que habían hecho inútiles, por no decir fatales, los titánicos sacrificios de la batalla del Ebro. Sin embargo, surgió otra oportunidad diez días después del golpe de Casado. El 15 de marzo, tropas alemanas entraron en Praga y culminaron la conquista de Checoslovaquia iniciada seis meses antes. Cabe la posibilidad de que las cosas hubieran cambiado a favor de la República si Casado no hubiera sido tan firme partidario de la rendición. No obstante, las reacciones de los gobiernos británico y francés fueron débiles (2014: 283).

Los planes de Negrín se vieron impedidos por el derrotismo y la ideología de los principales mandos militares de la zona Centro-Sur. A pesar de los tres años que llevaban luchando por el gobierno republicano, sin ellos, la resistencia no era posible. El presidente, cuando los golpistas comenzaron su operación y pudieron hacerse con el control de todos los resortes del poder, intentó por todos los medios a su alcance llegar a algún tipo de entendimiento con Casado que impidiera la debacle que él preveía, si ellos seguían su curso de acción. Su última propuesta, que causó revuelo y sorpresa entre los miembros del Consejo Nacional de Defensa, consistía en el nombramiento de una serie de personas que pudieran solucionar las diferencias existentes entre el Consejo constituido por Casado y su gobierno. Se comprometió, incluso (afirmando que lo haría si fuera esa la única solución que quedaba para salvar la República) a una posible transferencia de poderes, si de dichas conversaciones surgía esa como la mejor posibilidad a seguir. Negrín parecía más preocupado por las consecuencias internacionales que tendría el golpe para la ya escasa credibilidad internacional de la República, que por su pérdida del poder legítimo. A pesar de ello y de la propuesta realizada, la mayor parte de los miembros del Consejo consideraron vacua la propuesta, y se negaron a iniciar, siquiera, alguna clase de conversaciones. Por ello, y tras comprobar que lo único que podía hacer es luchar por los refugiados en el extranjero, Negrín abandonó España para no volver más (Preston, 2014: 242-244).

La teoría casadista sobre el golpe comunista se basaba tanto en la sobrevaloración de los efectivos del partido como en su capacidad real para intervenir sobre la República. Se convirtió en una excusa ideológica para poder tomar el poder de las manos de Negrín y acercarse, de esta manera, a los postulados de Franco. La eliminación del PCE permitiría, según las ideas del general golpista, una mejor predisposición ante las negociaciones de paz para los republicanos. Tampoco tuvieron en cuenta que, a pesar de sus efectivos oficiales, en febrero de 1939 el partido se encontraba en un aislamiento relativo, según

muestran los estudios de los profesores Ángel Bahamonde y Javier Cervera (1999: 365-366). Los efectivos madrileños del partido llevaban meses preparando una respuesta ante un posible golpe de Estado contra el gobierno de Negrín. Gracias a ello, pudieron presentar batalla en las calles de la capital tras la declaración del 6 de marzo. Sin embargo, estos movimientos no eran indicativos de que prepararan ellos mismos un golpe. El anticomunismo, en el caso concreto de la situación política durante estos meses, se convirtió más en una ideología de base que en un peligro real para la República.

Otros historiadores consideran, sin embargo, que el gobierno republicano había perdido la legitimidad desde antes de que se iniciara el conflicto, debido a su deriva hacia posturas revolucionarias que habrían impedido a los partidos conservadores mantener el juego democrático<sup>30</sup>. Stanley Payne cree que la oleada de huelgas y manifestaciones que se produjo en los primeros meses de 1936, tras la victoria del Frente Popular, así como otros episodios que considera actos de violencia contra la derecha española de la época —como, por ejemplo, el cierre de escuelas católicas o la incautación de iglesias y otras propiedades eclesiásticas— habría provocado, finalmente, que se desatara el conflicto civil. El final de la guerra estuvo marcado, por lo tanto, por un miedo que este investigador considera fundado hacia el comunismo español. Frente a otros historiadores, que consideran que el papel del PCE fue clave para el sostenimiento de la lucha y del gobierno de la república, Payne afirma que se convirtió en:

Un factor más pernicioso que beneficioso, porque comenzó a incrementar la coacción hasta unos niveles que cada vez iban generando más rechazo, aunque semejantes actitudes hubieran sido aceptadas al principio por la izquierda en aras de ganar la guerra. Sobrevolaba el sentimiento de que el futuro de la República iba a ser una especie de dictadura, con Negrín y los comunistas al frente, de que ya no había esperanza alguna de ganar la guerra y que solo se estaba prolongando por deseos de la política soviética. En ambas sospechas había algo de verdad (2010: 263).

Según su visión del final del conflicto, el motivado peligro comunista y la falta de un mando único y una personalidad fuerte que coordinara adecuadamente las operaciones

---

<sup>30</sup> Idea mantenida por ciertos autores, quienes consideran que la defensa de la legitimidad republicana estaba encaminada a una interpretación monolítica de la Guerra y necesitada de la reaparición del Neofranquismo: “In truth, the myth of the historiographical rise of neo-Francoism has been championed by that small group of historians determined to defend at all costs the vision of a sacred and «heroic» republican democracy” (Del Rey, 432).



militares —como sería el caso del general Franco— fueron dos de los principales factores que ayudarían a comprender la derrota republicana. El golpe de Casado, aunque no se enfrentara a ningún peligro inminente de revolución comunista dentro de la zona republicana —como afirmaba su propaganda— habría respondido a la concepción de que el gobierno de Negrín estaba avanzando hacia unos modos cada vez más tiránicos, y en los que el PCE estaba adquiriendo cada vez un papel más relevante (Payne, 2010: 246-248). Apenas incide en su estudio ni en las motivaciones que llevaron a la creación del Consejo Nacional de Defensa, ni en los objetivos de Franco para obtener una victoria total contra la República, y poder llevar a cabo la represión masiva que, finalmente, pudo realizar. Únicamente la República y lo que este investigador considera como sus derivas revolucionarias habrían sido las causas de la descomposición final que se vivió en los últimos meses de 1939. Sin embargo, ante la falta de intencionalidad por parte del PCE para hacerse con el poder en la zona republicana, otros autores consideran que Negrín únicamente confió en aquellos que le demostraron una mayor lealtad y un mayor compromiso con su gobierno. Al contrario de lo que creía Casado, estos nombramientos no se incardinaban en ningún plan para que los comunistas tomaran progresivamente todos los resortes de poder de la República:

En realidad, reflejaban más bien el hecho de que los comunistas eran los únicos aliados fiables de Negrín en su estrategia de preparar una evacuación tras la retórica de la resistencia. Tenía sentido situar en la región levantina a oficiales enérgicos y decididos, capaces de asegurar los puertos y aeródromos necesarios. Pero probablemente ya era un poco tarde. Con el complot de Casado casi maduro, se interpretó como una provocación (Preston, 2014: 190).

Negrín, que no quiso actuar con anterioridad para que los nuevos nombramientos que preparaba no fueran vistos por parte de los militares de carrera como algún tipo de provocación, cuando se vio obligado a cambiar a muchos de los cuadros existentes ya era demasiado tarde. El derrotismo se había extendido por el ejército republicano, y el PCE era visto como el causante de todo el mal; a pesar de su apoyo decidido al gobierno. Las consecuencias del golpe no solo derivaron en una pérdida de poder y capacidad negociadora para la República. La pequeña Guerra Civil que había iniciado Casado en los territorios que todavía no controlaban los franquistas terminó con la persecución y encarcelamiento de los miembros del PCE por todas las provincias:

Durante los combates, los gobernadores civiles y las autoridades militares recibieron órdenes del Consejo Nacional de Defensa de arrestar a los principales comunistas de la zona. (...) Mientras se llenaban las cárceles con estos nuevos prisioneros, derechistas y quintacolumnistas eran puestos en libertad. (...) muchos comunistas permanecieron en prisión, donde fueron hallados y ejecutados por los falangistas. Esto ocurrió especialmente en zonas del centro como Madrid, Guadalajara y Alcalá de Henares (Preston, 2014: 270).

Casado inició una purga contra los cuadros comunistas para responder así a su propio anticomunismo y al de sus aliados, además de considerar que sería también una forma de afrontar un peligro interno que nunca llegó a producirse. Estas operaciones contribuyeron a debilitar a una República demasiado inclinada ya hacia el derrotismo y la paz a cualquier precio, lo que permitió a Franco una victoria mucho mayor de la que habría obtenido con un ataque directo. Para consolidar un régimen dictatorial como el que él pretendía instaurar, tras enfrentarse al gobierno legítimo en una Guerra Civil, era necesario que el gobierno de Negrín quedara desacreditado de todas las formas posibles. Sus posibilidades reales de resistencia, aunque escasas, habían permitido mantener fuera del alcance de los sublevados una victoria simbólica que, sin embargo, Casado terminó proporcionándoles. Los enfrentamientos en el seno de las fuerzas republicanas vividos durante estos primeros días de marzo de 1939 llevaron a las principales potencias europeas al apoyo expreso al gobierno de Burgos, lo que suponía la derrota emblemática de la República y la pérdida de sus posibilidades reales de evacuación. Ahora la política española giraba en torno a las decisiones de Franco, las cuales los gobiernos de Londres y París no se atreverían a poner en cuestión. Casado, en definitiva, ofreció al jefe de los sublevados una oportunidad de terminar la guerra de la manera más ventajosa para sus proyectos, y él no dudó en aceptar este nuevo cambio de rumbo.

El SIPM franquista y los quintacolumnistas madrileños fueron otra de las piezas clave dentro de esta trama golpista. Sus contactos con Casado y con otros altos cargos militares fueron de vital importancia para coordinar la sublevación contra el gabinete de Negrín. Actuaron con agudeza y minuciosidad sobre el estado de ánimo de los militares, alentando una posibilidad de acuerdo que Burgos nunca se llegó a plantear. La República debía caer con el menor número de combates posible, y si para eso era posible alentar un espejismo, los servicios de inteligencia que operaban en la zona republicana trabajarían en ello. Actuaron de acuerdo con las claves de la camaradería y de las viejas amistades surgidas de los cuarteles. Los procesos seguidos posteriormente contra estos militares muestran cómo las manifestaciones de colaboración con la Quinta Columna o de intentos

frustrados de huida a la otra zona se repiten consecuentemente. Los militares de ambas zonas, mientras duró el conflicto, mantuvieron abiertos cauces de comunicación entre ellos. Muchos grupos del Ejército Popular estuvieron en comunicación con los que consideraban todavía sus compañeros de las otras trincheras. Ellos mismos escondieron y dieron asistencia a toda una red de antiguos compañeros a los que protegieron de las posibles condenas que podrían sufrir por su adscripción ideológica, colaborando en su mantenimiento a través de las aportaciones individuales de gran parte de los militares republicanos. La habitual desconfianza de los militares de carrera hacia las organizaciones sindicales, junto a los cambios derivados de los comités de clasificación ideológica, fueron causantes de una importante inseguridad colectiva entre los profesionales. A pesar de los trabajos tanto de Miaja como de Rojo para despolitizar al ejército y profesionalizarlo, se trató de injerencias gubernamentales que fueron vistas como un intento, precisamente, de obtener los resultados contrarios. Las embajadas y consulados, donde muchos de los jefes y oficiales que participaron de alguna manera en el golpe de 1936 tuvieron que refugiarse por temor a las represalias que sus actos podrían tener, fueron otro importante foco para coordinar los trabajos de la Quinta Columna. La organización clandestina estuvo encargada de todo tipo de acciones encaminadas a minar las fuerzas de la resistencia republicana y extender el derrotismo y la desesperación entre la población civil (Bahamonde, 2019: 66-69).

La Quinta Columna trabajó durante los últimos meses de la guerra para derrocar al gobierno de Negrín y terminar con la credibilidad que pudiera conservar. Cuando el coronel rebelde comenzó abiertamente a reunirse con los mandos republicanos militares para que participaran en el golpe de Estado, a principios de febrero de 1939, esta organización ya estaba implicada en las conversaciones. Su ayudante, el coronel José Centaño de la Paz, y su médico personal, Diego Medina, eran quintacolumnistas —ambos pertenecientes al grupo madrileño denominado Organización Antonio—. La propaganda y las octavillas, que estos grupos le ayudaron a distribuir, incidían en la huida de Azaña y en las conexiones soviéticas de Negrín y de Álvarez del Vayo. Con la ayuda de Besteiro, los quintacolumnistas también tuvieron un papel fundamental en las conversaciones con los comunistas, y en la evitación de un conflicto armado en el seno de la República. Finalmente, a partir del día 26 de marzo se encargaron de tomar el control de los principales lugares de Madrid para permitir la entrada sin problemas del victorioso ejército de Franco, dos días después. Llevaron a cabo todo tipo de acciones, como evitar

el reparto de gasolina para que los republicanos no pudieran huir, o custodiar el armamento de aquellos que regresaban del frente (Alía, 2015a: 201-203).

El anticomunismo que manifestaban una parte importante de los oficiales del ejército fue explotado por los servicios secretos franquistas para posicionarles de manera favorable a sus intereses. Desde el inicio del conflicto, estos mismos profesionales habían visto al PCE, por su disciplina y sus intenciones de militarizar las milicias, como una forma de transformar el ejército que se había conformado en 1936 en un verdadero cuerpo militar organizado. Basadas en el Quinto Regimiento, el mero arrepentimiento fue la llave de entrada y de ascenso de muchos profesionales dentro de la nueva organización. Como expone el investigador Ángel Bahamonde: “En última instancia el partido comunista se convirtió en una especie de amarra de seguridad. De todo ello se derivó el significativo arribo de jefes y oficiales al partido como militantes circunstanciales. El término circunstancial debe considerarse en su estricto contenido semántico” (2019: 75).

Conforme el conflicto se desarrollaba, y se iba asociando la derrota y las ideas sobre un supuesto complot comunista a las actuaciones del gobierno de Negrín, la situación fue empeorando para el PCE. Sin que el partido hubiera cambiado su apoyo prestado a la causa republicana, ahora era visto no como parte de la solución, sino como uno de los problemas de la situación en la que se encontraba la República. Una vez que parecieron acabarse las posibilidades de victoria, los sentimientos de clase de los militares del Ejército Popular y su anticomunismo volvieron a renacer.

Los conflictos y los odios internos dentro del ejército republicano hacia los comunistas, así como las concepciones que mantenían de los tiempos en los que formaron parte del mismo ejército, resultó una clara ventaja para los agentes del SIPM y los quintacolumnistas. Los utilizaron para poder modificar a favor de sus intereses la opinión dentro de las salas de mando y de los cuarteles. El resultado fue una derrota total de la República. Tras un mes de intentos fallidos de negociación por parte de Casado, cedió sus últimas opciones de amparar a los civiles que se encontraban bajo su protección y entregó la simbólica ciudad de Madrid sin ningún tipo de resistencia. El símbolo del valor republicano, la capital del “No pasarán” terminará siendo recibida por Franco como un regalo para comenzar a construir su nuevo régimen. Como recogió el escritor francés Henri Massip en su libro *Chefs. Les Dictateurs et Nous* (1939), tras visitar a Franco en 1938: “No seu grande quartel-general de Burgos, rodeado por uma impressionante guarda moura, Franco, «o soldado de Deus», não lhe deixou dúvidas acerca do futuro de Espanha:

«a nova orden política será necesariamente totalitária» (Ramos, Vasconcelos e Sousa y Gonçalo Monteiro, 2021: 639).

Los planes para controlar la ciudad eran administrados por una serie de organismos militares que se encargarían, una vez que el SIPM y la Quinta Columna se hicieran con el control efectivo de la capital, de controlar a todos los habitantes y proceder a la represión sistemática de todos aquellos que fueran considerados sospechosos de haber apoyado a la República. Para ello se establecería un cordón de seguridad en torno a las salidas de la urbe, y otra serie de controles urbanos que impedirían la libre circulación. Madrid se iba a convertir en el símbolo de la nueva España que Franco soñaba. Los planes para que esta distopía pudiera llevarse a cabo estaban ya preparados mucho antes de que Casado cediera la ciudad (Pérez-Olivares, 2015: 7-8).

Los republicanos no serían vistos más como españoles, sino que se les consideró al mismo nivel que a un invasor exterior. La propaganda que asimilaba la Unión Soviética a la República española era una de las formas dialécticas de justificar este tratamiento. Burgos se comportó con los territorios republicanos como lo haría con un ejército invasor al que hubiera tenido que vencer. La represión sistemática de los militares y civiles que apoyaran de alguna manera al régimen democrático se extendería rápidamente por toda la península. El terror marcaría el comienzo de la dictadura, y también el inicio de la construcción de un relato que expusiera con claridad, según la dialéctica de los vencedores, quiénes eran los responsables de la Guerra Civil y quiénes se habían visto obligados a luchar para defender el concepto de «patria», estableciendo lo que sería la verdad oficial durante varias décadas. Para lograr estos objetivos, cientos de miles de personas deberían pasar por los campos de concentración que se abrieron por todo el país (Holguín, 2015).

Finalmente, el 23 de marzo, gracias a las insistencias del Consejo Nacional de Defensa, representantes del gobierno de Franco y del general Casado se pudieron reunir en el aeródromo de Burgos para ultimar los detalles de la rendición<sup>31</sup>. Debido a la enorme

---

<sup>31</sup> Así se relata, en efecto, en un documento llevado a cabo por el Cuartel General de Burgos donde se recoge el relato minucioso del encuentro que tuvo lugar en el aeródromo burgalés de Gamonal, en la cual el Coronel de Estado Mayor Luis Gonzalo Victoria, el Coronel Habilitado de Estado Mayor José Ungría Jiménez, el Comandante de Estado Mayor Carmelo Medrano Ezquerria y el Comandante de Infantería del Servicio de Estado Mayor Eduardo Rodríguez Madariaga, representantes de Franco, se reunieron con el Teniente Coronel Antonio Garijo Hernández y el Comandante Leopoldo Ortega Nieto, emisarios del CND (AGMAV, C.2485,14 hojas 53-57). A lo largo de este evento, que transcurrió —según palabras de quien escribiera el documento, “siempre dentro de la órbita del ruego”—, los representantes republicanos procuraron exhibir el desorden que se produciría de no llevarse a cabo una rendición ordenada y permitir el exilio de todos aquellos que quisieran como un grave error para el gobierno burgalés, al aducir la

ayuda que le había prestado para terminar la guerra sin un enfrentamiento armado, Franco tuvo cierta piedad con los diferentes generales que apoyaron a Casado. Únicamente con este grupo, y no con los políticos que también formaban parte de la trama golpista. Como expone el profesor Manuel Aguilera:

El golpe de Casado fue una guerra doblemente fratricida porque fue entre compatriotas antifascistas. Las causas fueron principalmente dos: las ansias de capitulación y el odio hacia los comunistas. Simboliza, como los Hechos de Mayo, que no todos los antifascistas luchaban por lo mismo y que estaban dispuestos a ajustar cuentas llegado el momento. El odio venía de atrás y el más acusado fue, desde el inicio de la guerra, entre comunistas y anarquistas. No se entiende, pues, el golpe de Casado sin esta división interna. Los capituladores nunca hubieran conseguido suficientes apoyos si no se hubieran servido del conflicto interno que arrastraba el bando antifascista desde el inicio de la guerra.

Casado y Negrín pugnaron por controlar los medios evacuación porque ambos sabían que la guerra con Franco estaba perdida. El primero ganó la partida porque dio un golpe militar basado en un mito resuelto por la historiografía: la inminente dictadura comunista. En 80 años de investigación en archivos no han aparecido pruebas de lo que decía Casado: que se preparaba un golpe comunista para entregar España a la URSS. Los ascensos comunistas para controlar todo el ejército sí se propusieron pero jamás se publicaron. Sólo fueron un rumor (2019: 637-638).

Casado lograría, junto a parte de sus colaboradores militares, huir a través del puerto de Gandía. Mientras miles de republicanos acudían a las playas alicantinas con la vana esperanza de ser evacuados y evitar así ser atrapados por el ejército franquista, Casado y 163 miembros de su Estado Mayor se dirigían hasta este puerto levantino junto a sus familias, en sendas limusinas. El pacto llevado a cabo con el representante británico, Abbington Gooden para escapar a través de ese puerto ya había sido ultimado. Las evacuaciones masivas que prometiera se condensaron en su huida personal. Gooden estaba autorizado por Londres para permitir la evacuación en el *HMS Galatea* de todos

---

catástrofe que se produciría de llevarse a cabo al final la ofensiva franquista sobre el territorio republicano. Aunque tanto Garijo como Ortega procuraron aclarar que se trataba en todo caso de peticiones, pues el CND consideraba la pérdida de la guerra como un hecho incontestable, es relevante destacar cómo el autor de este acta añade en un paréntesis su impresión —tal y como finalmente sucedería— de que estas peticiones de dilación escondían una treta para permitir a los dirigentes y mandos del Consejo evacuar el país: “Claro que esto es el argumento que esgrimía este Jefe para justificar el documento que traía de la Junta Nacional de Defensa de Madrid, exponiendo cómo podría hacerse la ocupación por zonas empleando un tiempo no menor a 20 días o un mes y que asegurase las comunicaciones para que los dirigentes rojos tuvieran tiempo de trasladarse a los puertos de Levante y embarcar para el extranjero” (AGMAV, C.2485,14 hoja 55).

aquellos que se encontraran en los muelles de Gandía. Sin embargo, el coronel rebelde quiso reservarse para ellos solos el pasaje. Franco respetó en todo momento esta escapada, mientras sus ejércitos maniobraban para impedirla en el resto de los puertos republicanos. Fue su regalo personal para el general que había facilitado su victoria en la guerra<sup>32</sup>.

Los deseos que Casado manifestaría posteriormente de haberse quedado en España contrastan con la realidad de su exilio. Él procuró la seguridad de los suyos, de los miembros del Consejo Nacional de Defensa, mientras se abandonaba a la aterrorizada población que había confiado en sus gestiones. Londres participó desde el primer momento. El gobierno británico no tenía ninguna intención de ayudar en las evacuaciones, pero sí de permitir a Casado y a ciertos miembros cercanos a él que se pudieran refugiar en Gran Bretaña. En su discurso final, el general repetía los argumentos que había mantenido desde que diera el golpe de Estado, a petición de la sección local de la Falange valenciana. Franco no se opondría a las evacuaciones, y todos aquellos que no hubieran cometido ningún delito de sangre no tendrían nada que temer. Siempre procuró salvaguardar su imagen, a pesar de la realidad que se estaba desarrollando:

El discurso era un ejemplo más de la duplicidad de Casado. Toda la campaña bélica de Franco había estado dirigida a la aniquilación de tantos republicanos como fuera posible. El hecho de que Franco nunca había tenido intención de cumplir ninguna de las promesas hechas en su nombre a Casado quedaría demostrado, si es que eso era necesario, con el bloqueo naval que impidió la evacuación de decenas de miles de posibles refugiados. Al poco tiempo de sus declaraciones alabando la buena fe de Franco, le confió a Abbington Gooden que era plenamente consciente de su mala fe. Sin embargo, lo explicó de tal modo que revelaba su megalomanía (Preston, 2014: 303).

La derrota final de la República fue un proceso derivado de los errores del gobierno de Negrín, del aislamiento internacional, y de las concepciones y el

---

<sup>32</sup> Aspecto que contrasta con la respuesta oficial que emitió el mismo Franco tras la reunión mantenida en Gamonal, en la cual se transmite el mensaje a los republicanos de que tenían “la guerra totalmente perdida”, de que era “criminal toda prolongación de la resistencia”, y de que “La ESPAÑA NACIONAL exige la rendición”. La última oportunidad para lograr la evacuación de los republicanos se esfumaba al mismo tiempo que los mandos del CND huían en el *HMS Galatea*, en un documento que afirmaba el control franquista sobre el conjunto de las vidas de todos los españoles al mismo tiempo que, bajo la mentira de que “Ni el mero servicio en campo rojo, ni el haber militado simplemente y como afiliado en campos políticos extraños al Movimiento Nacional, son motivos de responsabilidad criminal”, así como la falacia de que “Nadie será privado de libertad por actividades criminosas más que el tiempo necesario para su corrección y reeducación” (AGMAV, C.2485,14 hoja 63), la nueva España franquista se preparaba ya para establecer un sistema represivo y una red de campos de concentración de la cual muchos autores —entre ellos el propio Max Aub— escribirán tiempo después.

anticomunismo visceral del general Casado. La superioridad militar de Franco, gracias a sus aliados alemanes e italianos, así como el trabajo del SIPM y de los quintacolumnistas fue el añadido necesario para que el derrotismo se extendiera sin dificultad por los últimos resistentes con los que contaba la República. La evacuación y la posible firma de algún tipo de acuerdo de rendición, que ofreciera algo de amparo se evaporaron por la falta de lealtad de los mandos militares que estaban encargados del Ejército Popular en la zona Centro-Sur. Se trató de un ajuste de cuentas entre dos visiones contradictorias del proyecto militar republicano, las cuales llevaban enfrentadas demasiado tiempo.

Burgos pudo obtener, gracias a la reunión de todos estos factores, una victoria total contra su enemigo, el cual le permitió actuar como si se tratara de un enfrentamiento contra un ejército de ocupación. Comenzó así una represión organizada y a todos los niveles que, tras la victoria militar, pretendía imponer también la victoria ideológica sobre todos los españoles. Como explica el profesor Julián Casanova:

Un grupo de criminales se hizo con el poder. Y la brutal realidad que salió de sus decisiones fueron los asesinatos, la tortura y los campos de concentración. La victoria de Franco fue también una victoria de Hitler y Mussolini. Y la derrota de la República fue asimismo una derrota para las democracias.

¿Por qué ganaron la guerra los militares sublevados? Tenían las tropas mejor entrenadas del ejército español, al poder económico y a la Iglesia católica con ellos, y los vientos internacionales soplaban a su favor. Era la España retratada en el cartel de Juan Antonio Morales, «Los Nacionales», editado por la Subsecretaría del Gobierno de la República: un general, un obispo y un capitalista con la esvástica, con el buitre y las tropas coloniales al fondo. No podían perderla (2014: 416).





## **BLOQUE III**

LA VICTORIA SOBRE MADRID:  
ENTRE LA ÉPICA Y EL DERROTISMO

La tergiversación de la verdad se convirtió, a medida que avanzaba el conflicto, en la clave política que permitiría a uno de los dos bandos en liza ganar la guerra. La información manejada, los datos y hechos contrastados fueron ocultados en favor de la preponderancia de los discursos, los cuales se convirtieron en moneda de cambio para transformar la España republicana en una dictadura que duraría más de cuarenta años. La ficción escrita sobre febrero y marzo de 1939 refleja, precisamente, esta disyuntiva. En un espacio político en el que ya solo importa la palabra, cada día más alejada de la realidad, el control de las expresiones se convierte en el arma necesaria para dominar al enemigo. Por ello es precisamente el estudio de este tipo de textos una manera idónea para descubrir el significado que acciones como las que estamos estudiando tuvieron en aquella época.

A continuación, nos acercaremos a una serie de textos ficcionales que también trataron, en mayor o menor medida, el final del conflicto. Al igual que en el resto de nuestro trabajo, el objetivo no será llevar a cabo un listado de todos aquellos que hablaron sobre este aspecto de la Guerra Civil, sino seleccionar un pequeño corpus primario que, por destacar en uno u otro matiz, puede aportarnos figuras interesantes para comprender nuestro objeto de estudio. La razón de agruparlos todos en el mismo punto responde al hecho de que, al contrario que las obras de Aub y De Lera, se trata de autores cuyo foco fue mucho más amplio que el mes de marzo de 1939, al establecer incluso el marco cronológico, en algunos de los casos, sobre el conjunto de la guerra. Una vez que hemos profundizado en el análisis de *Campo del moro* y de *Las últimas banderas*, estas nuevas perspectivas nos ayudarán a completar el cuadro de análisis sobre el papel de la ficción a la hora de acercarse a esta narrativa histórica.

### **1. Guerra, vida y crónica: un recorrido por los testimonios del final del conflicto**

Al enfrentarnos al estudio de un corpus tan variopinto, el cual se encuentra, además, sometido a la multiplicidad de discursos contrarios que ya hemos visto que se produjeron durante este periodo, el estudio de la historiografía y de las fuentes documentales resulta fundamental para intentar dilucidar dónde se encuentra la línea que separa la ficcionalización de unos determinados hechos históricos de su transformación interesada en pro de determinadas disposiciones personales o políticas. En esta línea, el estudio —aunque necesariamente parcial y simbólico— de algunos de los documentos

que se conservan en los archivos puede ayudarnos a entender mejor cómo se vivieron los últimos compases de la Guerra Civil.

En relación con este aspecto, las notas e informaciones recogidas por el SIPM franquista ofrecen una imagen de desesperación y descontrol absoluto tras las líneas republicanas que contrasta ampliamente con las repetidas llamadas al orden y a la autoridad que emitió el CND hasta el último momento. Tras el golpe casadista, el derrumbe republicano se hace evidente a través de unas redes de espionaje que no están interesadas en mantener la ficción de control y seguridad en la que se habían refugiado el coronel Segismundo Casado y sus seguidores. El hecho de basar su estrategia contra el gabinete negrinista precisamente en las conversaciones de paz provocó, tal y como los agentes franquistas afirmaron, la desmoralización completa de las tropas republicanas, las cuales perdieron todo ánimo para seguir manteniendo cualquier atisbo de resistencia. Así se puede apreciar, por ejemplo, en un boletín informativo remitido el día 24 de marzo por el Ejército de Centro franquista:

#### MORAL DEL ENEMIGO

Los últimos acontecimientos políticos, aunque pueden considerarse virtualmente terminados están aún tan recientes que han tenido que dejar indudablemente honda huella en la moral y en la disciplina de las tropas. En efecto, los sangrientos sucesos desarrollados los días 9 y 10 del actual han ocasionado la baja de muchos mandos comunistas, principalmente en la 36 División y en la 46 Brigada de la 29 División donde han sido en parte sustituidos por otros de Unidades Confederales (C.N.T.). No obstante haber sido sofocada la rebelión, son encarcelados a diario oficiales de tendencias comunistas, todo lo cual crea problemas de mandos medios en las Unidades afectas al VI Cuerpo del Ejército.

Por último las proclamas y declaraciones de la Junta de Defensa acerca de los vehementes deseos de terminar rápidamente la lucha hacen esperar que el ánimo de las tropas esté perfectamente preparado para rendirse a discreción, incluso por Unidades completas con sus cuadros de mando en cuanto se desencadene una violenta ofensiva.

#### PROPÓSITOS DEL ENEMIGO

La escasa capacidad combativa del adversario, reflejo de su baja moral, no hace temer ninguna reacción ofensiva. Antes al contrario, su actitud meramente defensiva se limita a ocupar y guarnecer sus posiciones de una manera pasiva sin realizar los tanteos y golpes de mano que era lógico esperar lanzase el enemigo con fines de información, en vísperas de una ofensiva que consideran inminente.

Según nota informativa del Ejército de Operaciones del Centro, la probable actitud del VI C. de E. ante un ataque Nacional sería la de oponer una débil resistencia por la composición

heterogénea de las Unidades que lo integran y por la situación creada con motivo de los últimos sucesos. Dicho Cuerpo de Ejército está adherido al Consejo debido a que su jefe es Confederal. El Estado Mayor en su totalidad es afecto a la Causa Nacional (AGMAV C.1179,5 hojas 115 y 116).

Como si se tratara de la dirección de una orquesta, las labores del Consejo casadista parecen diluirse ante el progresivo control de Madrid y del conjunto del ámbito republicano que va tomando Burgos conforme va avanzando el mes de marzo de 1939. Informes como el que hemos citado reflejan la seguridad que tenían los dispositivos militares franquistas sobre la inoperatividad y la lealtad de los diferentes cuerpos de ejército republicanos, hasta el punto de afirmar que solo bastaría un ataque decidido por parte de sus fuerzas para lograr que estos militares se rindieran en el momento. Textos como el presente son una muestra de cómo el golpe casadista no llegó a consolidar el poder del nuevo CND, sino antes bien asentó como oficial un clima de derrotismo que terminó de minar desde dentro las fuerzas del Ejército Popular. Tras el triunfo contra los comunistas, y las depuraciones y persecuciones que se iniciaron contra ellos a lo largo de toda el área republicana, el debilitamiento de las estructuras militares de mando por falta de muchos de los nombres que habían mantenido firmes las líneas de los frentes, depuestos y sustituidos por gente sin experiencia –o sin remplazo siquiera–, la desaparición de aquellos que supuestamente preparaban un golpe ficticio contra la República terminó de debilitar a un entramado militar que, si bien todavía mantuvo el nombre y la organización durante casi tres semanas, fue derrotado en la práctica tras el golpe casadista.

Todo este proceso provocó que, a pesar de las continuas noticias que llegaban sobre la represión realizada en la zona franquista, las promesas de paz y de seguridad ofrecidas desde el CND se asentaron entre los soldados, evitando que las voces de aquellos que creían que sería imposible convivir con los “asesinos” del bando franquista fueran preponderantes, frente a las de una mayoría que, en caso de ofensiva por parte de Burgos, prefería quedarse rezagada en las trincheras para ser hecha prisionera (AGMAV C.1179,5 hojas 125 y 126). Un proceso que, como vemos, se llevó a cabo no por las armas o a través de la exposición de los hechos, sino rechazando la realidad para acogerse a una palabra interesada y tergiversada por los intereses políticos en liza. Una palabra, en definitiva, que habría demostrado en este periodo la incapacidad del lenguaje para manifestar el conocimiento «en sí» del mundo, exhibiendo una separación con la realidad

que evidencia las limitaciones de este medio de comunicación para acercarse al conocimiento reflexivo (Liz, 2013: 54).

La red de quintacolumnistas fue acrecentando paulatinamente su poder, a lo largo de unas jornadas en las que el control del CND se iba disolviendo a través de sus discursos mientras la información que recibía Burgos se ampliaba con los numerosos informes enviados, en los cuales se muestra con gran detalle el emplazamiento, número, capacidad y disposición de las tropas que resistían del Ejército Popular. Un órgano de gobierno que, incluso a las alturas del 26 de marzo seguía procurando que Burgos aceptara los puntos básicos para su rendición, tal y como el secretario del Consejo, José del Río, expresó en una alocución emitida en dicha jornada:

- 1ª.—Distinción entre el delito político y el delito común, pudiendo ser objeto de castigo únicamente este y en ningún caso aquel.
- 2ª.—Los tribunales que han de juzgar a los acusados de delitos comunes han de ser perfectamente competentes y se rodeará a los procesados de todas las garantías necesarias.
- 3ª.—Los Militares profesionales conservarán su carrera y empleo.
- 4ª.—Los Oficiales de Milicias y Comisarios Políticos serán respetados.
- 5ª.—En la zona rendida no penetrarán tropas italianas ni moras.
- 6ª.—Se dará un plazo de 25 días con el fin de que abandonen España los que lo deseen (AGMAV, C.1179,5 hoja 139).

Burgos, consciente de que el territorio republicano pronto sería suyo —dada la situación de derrotismo y desesperación existente en el mismo— volvería a negarse a aceptar unas peticiones que llevarían al fracaso definitivo a las conversaciones de paz que se estaban llevando a cabo; sin que el CND pudiera lograr ni uno solo de los objetivos que prometió inicialmente a los republicanos cuando arrebató el poder al gabinete negrinista.

En este contexto, con un Ejército Popular que había perdido completamente el ánimo y la moral para seguir luchando, confiado en unas promesas de paz justa que nunca llegarían, y con sus rangos mermados tras una criba comunista que únicamente ayudó a debilitar su capacidad ofensiva y defensiva, junto a unos servicios de inteligencia franquista que no encontraban impedimento para recopilar toda la información que necesitaban, el colapso de Madrid se convirtió en la victoria moral y simbólica que podía cimentar la nueva dictadura franquista que iba a comenzar.

El personaje shakesperiano de Próspero es una de las figuras que mejor representa muchos de los relatos y ficciones que vamos a analizar a continuación. Se encuentra asentado en el ayer, no en el presente, lo que precisamente le permite convertirse en la figura dominante de la obra (Butler, 2007: 34). Al convertirse en amo y señor de la isla casi desierta a la que llega, se convierte en creador, y usa su magia para imponer su dominio. El orden que establece, sin embargo, llevará a la tiranía sobre Caliban; por lo que su querencia sobre el pasado y la jerarquía no le ha evitado caer en una contradicción, al oprimir a aquel que quería educar (Hamm, 1996: 113). De manera simbólica, se trata de un personaje que concentra los odios y las pasiones enfrentadas que vamos a estudiar en estas ucronías, sirviéndose de este subgénero para representar este conflicto. Además, el otro gran personaje de *The Tempest* (1610-1611), el desgraciado esclavo Caliban, también se convierte en el reflejo del odio que se extendió sobre el contrario durante la guerra. Ya sea la idea de poder dominar al «otro», y considerarlo como propiedad tuya; ya sea la realización de este «otro» sobre su subordinación, y su consecuente lucha por la libertad, la enseñanza de una cultura —o cualquier justificación basada en otros elementos de dominio, de raíz económica o jerárquica— pueden llevar al sometido a la lucha. Cuando se confiese a sí mismo su estado, y crea ver en el superior la razón de esta condición, rechazará las justificaciones que se le ofrezcan e intentará rebelarse: “You taught me language, and my profic on’t /Is, I know how to curse. The red plague rid you / For learning me your language!” (I.2.363-365). Esta misma lucha que mantiene Caliban será el hilo conductor de los relatos que vamos a estudiar. Lo importante para los autores que trataron sobre el final de la República no va a ser únicamente la revuelta contra la opresión —substrato básico de muchas de las reivindicaciones presentadas durante la guerra—, sino el estudio de su fracaso, de su apariencia más o menos ideal, o de las formas usadas por el contrario para intentar ocultarla o transformarla en una pugna diferente. El nexo común será, en definitiva, el estudio de la otredad; siendo el personaje de Caliban un ejemplo paradigmático de la monstruosidad, del ser que es rechazado cuando el opresor no le considera siquiera como parte de la humanidad (Butler, 2007: 46-47).

El variopinto conjunto de obras a las que vamos a acercarnos a continuación tienen como nexo común un Madrid que se acerca peligrosamente a la derrota, o que se sabe ya sentenciado a la más que probable represión. La capital centra el análisis de nuestro trabajo porque es a través de ella como muchos autores narraron la épica y la tragedia del final del proyecto democrático que supuso la II República. Rabia, ira, terror, miedo y una

extrema frustración sumergen las páginas a las que nos vamos a acercar en una negatividad cuya mayor o menor cercanía a la esperanza o a la vida dependerá de cada autor particular. Sin embargo, el relato que traemos ante el lector es visto, casi en exclusiva, desde el punto de vista de los perdedores o de aquellos que se identificaron con ellos; de aquellos que sufrieron los horrores de la guerra y que procuraron reflejar en la ficción y en la memoria el hondo pesar que les produjo la caída de Madrid. La ciudad adquiere así el estatuto de personaje en unos textos cargados de sentimiento y desazón que obligan al lector a mirar y acercarse a un momento de nuestra historia que demasiados han querido olvidar. La narración de la derrota se establece así entre la estupefacción que produjeron tanto las políticas de Negrín como la toma de control por parte de Segismundo Casado, así como las manipulaciones y mentiras que se difundieron desde Burgos con el objetivo de lograr la rendición más simbólica para que fuera sumada al relato de los triunfos del nuevo dictador. Es, por lo tanto, el relato de una pérdida, al mismo tiempo que el recuento de lo que pudo ser y no fue, en medio de una desmemoria que insiste en recordar el final para no olvidarse del principio, y de lo que supuso la República y la posterior guerra. Todo ello en medio de un Madrid que todavía es muy consciente del espíritu combativo y resistente que le convirtiera, meses atrás, en símbolo mundial por su ánimo de lucha, y cuya memoria se resquebraja en estas narraciones ante la aplastante consciencia de su derrotismo y del fin de sus fuerzas.

Los diversos textos a los que nos vamos a acercar en este segundo apartado tienen en común un mayor o menor acercamiento al relato de esta caída, como parte de la configuración que estamos realizando de lo que supuso el fin de la guerra. Nuestro objetivo es, por lo tanto, presentar un breve análisis de los mismos —necesaria, y excesivamente, abreviado y condensado— en el cual no trataremos de la obra en sí misma, sino que intentaremos mostrar cómo cada uno de los autores recogidos se aproxima a las tres grandes líneas temáticas que animan este trabajo: la imagen de Madrid en los últimos días de la guerra, el espíritu de derrotismo de la capital entre las mayores o menores muestras de vitalidad de su población, y el tratamiento de un otro siempre presente en esta preparación de la cercana imposición de la victoria franquista.

Para lograr estos propósitos —y con la intención de que sirvan para construir una imagen mucho más nítida de lo que supuso la caída de Madrid, a la luz de los detallados análisis que llevaremos a cabo de Morla Lynch, Aub y De Lera en el Bloque IV— hemos seleccionado un pequeño conjunto de textos que no agota, ni mucho menos, lo que se ha escrito sobre estos aspectos, pero sí recoge una visión lo suficientemente panorámica del



corpus que tratamos. Desde la memoria a la ficción, y desde textos actuales surgidos del boom memorialístico de las últimas décadas, a otros surgidos en medio del fragor de los bombardeos, esperamos que la recopilación que presentamos a continuación pueda ayudar al lector a explorar la épica —trágica— del final de una ciudad que, tras convertirse en capital de la esperanza, fue obligada a contemplar el abismo.

## **2. Escribir con sangre: el grito sobre lo sucedido al final del conflicto**

### *2.1 Arturo Barea: el periodismo autobiográfico como ficción del mañana*

A través de una prosa rica y variada —plagada de referencias a la realidad de su momento—, la trilogía de *La forja de un rebelde* (1940-1945), de Arturo Barea, se adentra en la España del primer tercio del siglo XX desde la reflexión autobiográfica de su autor<sup>33</sup>. Se tratan de unos recuerdos novelados que procuran incidir en la evolución ideológica de su protagonista, quien intenta explicar su pensamiento de izquierdas y su apoyo decidido a la República durante la guerra desde el demacrado cuadro que ofrece sobre la Restauración Alfonsina y su corrupción y pobreza en *La forja* —el primero de los tres volúmenes, que ha sido caracterizado por la recurrencia de sus “espacios entre espacios” (Serrano Asenjo, 2015: 338)—, hasta el descarnado relato del Madrid de la guerra que nos presenta en *La llama* —con el obligado paso por el reinado de Alfonso XIII y los desastres de la política colonial seguida por sus gobiernos en el Rif en *La ruta*—. Nos encontramos ante un escritor polifacético y de gran profundidad, cuya crítica a la sociedad española de su momento y a la realidad de su país le valió duros juicios por parte de los especialistas, tal y como apunta el profesor Caudet: “Pero una vez más la política, el sentimiento de que se había ultrajado a la patria, empaña, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario, los juicios críticos. Tanto es así que la crítica literaria se difumina o cede paso a consideraciones extraliterarias” (2005: 371).

La autobiografía es uno de los géneros literarios que podríamos incluir dentro de la llamada «literatura íntima». Las dificultades que se nos presentan tienen que ver con la necesaria reconstrucción subjetiva que el escritor realiza de su propia vida. Se produce

---

<sup>33</sup> El lector interesado puede profundizar en la obra de este autor a partir de referencias como —entre las muchas que podríamos mencionar—: Chislett, 2023; EAUDE, 2001; Fernández Gutiérrez y Herrera Rodrigo, 1988; Florentín, 2017; Reid, 2004; Romero Barea, 2020; Torres Nebrera, 2002.

una elección de situaciones, personas, encuentros, sentimientos, que nos muestran únicamente una versión de la realidad —aunque esta tenga un cierto valor diferencial—. Cada persona ve el mundo a través de su propia óptica, y siempre de manera sesgada. No guardamos información de lo que sucedió en determinado momento, sino de aquellos elementos de una determinada situación que captaron en mayor medida nuestra atención. La reconstrucción y cristalización de estos recuerdos en un discurso literario como es el de la autobiografía se aleja en gran medida, por consiguiente, de la noción de realidad personal que nos trasmite el término en un primer momento.

Philippe Lejeune, en su obra *Le pacte autobiographique* (1975), nos permite deslindar y acotar este género al presentarnos sus características intrínsecas por contraposición con los límites que establece frente a otras formas de escritura íntima. Lo principal sería la triple correspondencia que establece: “Pour qu’il y ait autobiographie (et plus généralement littérature intime), il faut qu’il y ait identité de l’auteur, du narrateur, et du personnage” (Lejeune, 1975: 15). Se trata de una primera acotación del término que ya nos indica, no solo una correspondencia entre el narrador homodiegético y el personaje protagonista, sino que el propio autor real se mezcla con estos dos niveles. Estamos ante un espacio genérico fronterizo que no puede ser definido a partir de su forma, y que surge a partir de lo que Pozuelo Yvancos ha expuesto como “un singular juego con el límite de la ficción” (2005: 18). El hecho de que se trate de un género no ficcional no evita su carácter equívoco, y la cuestión sobre la focalización de los hechos narrados que permea sobre él mismo:

Ce narrataire peut s’envisager non seulement comme un modèle de lecteur incorporé au texte même, mais aussi comme le regard d’autrui que l’auteur sent dirigé sur lui, regard qui conditionne ce que l’on dit en se décrivant, et comment on le dit, regard qui devient, pour l’auteur comme pour nous tous, intériorisé (Van Slyke, 1982: 19-20).

Nos encontramos ante una confusión entre los niveles diegético y extradiegético. Y todo ello mientras asumimos que esta imagen que el texto nos trasmite del autor se corresponde con lo que le ha sucedido al propio escritor. La base del género, de acuerdo con el punto de vista de su recepción, se centraría en la cuestión de su fiabilidad. ¿Cuánto hay de verdad en lo que el autor me está contando sobre sí mismo?, y ¿hasta dónde llega el reflejo de la realidad en lo que estoy leyendo, y comienza la mentira y la manipulación interesada? El género autobiográfico descansa, por lo tanto, en una tensión permanente

en torno al problema de la realidad que dice transponer, debido a la propia subjetividad interesada que le da origen (McNee, 2005: 130-132).

Lejeune, a través de esta triple identificación —que en los textos se presenta de manera indirecta: autor=narrador y narrador=personaje principal— nos permite considerar la autobiografía como una clase especial de biografía, que solo se distinguiría por la no correlación con el autor real. Y dicho paralelismo se debe establecer a través de lo que él denomina pacto autobiográfico, que consiste en: “l’affirmation dans le texte de cette identité [entre auteur-narrateur-personnage], renvoyant en dernier ressort au nom de l’auteur sur la couverture” (Lejeune, 1975: 26). El lector debe considerar la relación implícita o explícita entre el apellido o pseudónimo que aparezca como realizador de la obra, y la persona real que lo ha escrito. De esta manera, se establece un pacto para considerar el texto como reconstrucción de la realidad, y no de la ficción. Coincidirá, por lo tanto, con el llamado “pacto referencial”, propio de los textos periodísticos e históricos. El personaje de la autobiografía sigue un modelo presente en la vida real, el propio autor. Y el lector considerará como fiel esta relación en el momento en el que esté interpretando el texto. Pero la identidad autor-narrador-personaje que hemos establecido no indica necesariamente que haya semejanza con el modelo real. Se debe tener en cuenta, además, que “le pacte référentiel peut être, d’après les critères du lecteur, mal tenu, sans que la valeur référentielle du texte disparaisse (au contraire), ce qui n’est pas le cas pour les textes historiques et journalistiques” (Lejeune, 1975: 37). Esta sería la gran diferencia entre el pacto referencial y el autobiográfico, aunque generalmente resulte difícil deslindarlos.

Escrita en el comienzo de su exilio parisino, como él mismo relata en *La llama*, Barea juega en su obra con esta experiencia fáctica que él presenta como recuerdo novelado, en una obra que no cae completamente en el ámbito de la ficción debido a esta identificación que se establece entre el protagonista de la obra y el autor gracias al pacto referencial. Como exponen Sánchez Zapatero y Guzmán Mora, se trata de una obra que no es concebida por el lector como plenamente autobiográfica, puesto que no se le exige el mismo rigor al texto que a un testimonio plenamente referencial (2015: 143). Este presentismo surge precisamente de la inmediatez de la escritura de *La forja de un rebelde*, cuyo relato de *La forja* fue íntegramente terminado desde el hambre y la miseria del exilio parisino de nuestro autor, mientras la República todavía resistía. Se trata, por lo tanto, de un relevante intento por “disentir del relato histórico, y de manera especial del de la guerra, impulsado desde el franquismo” (Sánchez Zapatero, 2020: 262) que busca en los

intersticios entre la memoria y la novela el espacio liminar idóneo para llevar a cabo esta crítica. A partir de una hibridez que trasciende los moldes a los que nos tienen acostumbrados otros autores, ficción y memoria se entrelazan en la prosa de Barea hasta el punto de que resulta difícil encontrar el punto de unión. Es así que nos encontramos ante unos textos que,

aunque desde un punto de vista formal se trata de relatos y novelas, lo cierto es que en ellas lo ficticio y lo referencial aparecen intrínsecamente unidos, imbricando acontecimientos protagonizados por personajes ficticios —pero verosímiles, en la medida que no existieron pero se parecen mucho a los que sí lo hicieron— en un ambiente histórico que puede leerse casi como si fuera una crónica autobiográfica (...).

La reconstrucción es especialmente vívida, entre otras cosas, porque, de un modo u otro, casi todos los autores permanecieron o al menos estuvieron durante algún tiempo en Madrid durante la guerra. Sus vivencias, en cualquier caso, se amoldaron en todo momento, aunque con fisuras y desde perspectivas diferentes que no siempre implicaron la idealización, a la construcción del mito republicano del Madrid épico, glorioso y resistente (Sánchez Zapatero, 2020: 269-270).

*La llama* construye así un espacio de vocación ontológica cuyo objetivo es reflejar la experiencia del autor como ejemplo de las aparentes contradicciones y miserias de este momento de la historia de España —y, en especial, de la guerra—, a través de un relato que busca el contraste entre la terrible situación vivida en el interior de la capital española durante el conflicto, y la aparente tranquilidad que se observa en lugares como la retaguardia republicana de Valencia, a donde Barea también tuvo oportunidad de viajar:

Era temprano en la mañana. Brillaba el sol en un cielo sin nubes. Después de las nieblas y de los vientos de Madrid, el aire de Valencia era como un vino fuerte. Marchaba despacio a través de un mundo extraño en el que la guerra no existía más que en unos carteles antifascistas, enormes, y en los uniformes de milicianos paseantes. Las calles estaban abarrotadas de gentes y de automóviles, las gentes bien vestidas, orgullosas y chillonas, con tiempo y dinero a su disposición. Las terrazas de los cafés estaban llenas. Una banda de música tocaba una marcha en una plaza. Los vendedores de flores llevaban manojos de claveles blancos, rojo y rosa. Los puestos del mercado estaban llenos de comida, pavos y gallinas, bloques de turrón, uvas, naranjas, granadas, dátiles, piñas. Me asaltó un limpiabotas y le dejé que puliera mis zapatos con polvo de Madrid. Las granadas no zumbaban en el aire, no. Pasó un camión lleno de evacuados de Madrid, y brinqué. Quería hablar a los chiquillos asombrados, tan asombrados como yo (Barea, 2000: 730).

Madrid se dibuja así, ante los ojos del lector, como un recuerdo lejano representado por las bombas, el terror y la polvareda del camino. El contraste con la normalidad valenciana —aunque también se tratara de una ciudad sometida al esfuerzo bélico— sirve para acentuar la impresión de unas calles capitalinas en las cuales la supervivencia se ha convertido en la máxima a seguir. En su trabajo como periodista — en el cual nuestro autor se volcará durante el conflicto<sup>34</sup>—, las imágenes de miseria y desesperanza se extenderán por el relato en una imagen polifacética de la realidad mediante la cual Barea pretende atrapar la escurridiza realidad que le ofrece la guerra. Así, la potencia de las descripciones y las imágenes que nos ofrecen convertirán las carreteras que salen de la capital en una metáfora recurrente de las penurias que viven los madrileños, los cuales acabarán convertidos, además, en una masa uniforme y deshumanizada cuyo único objetivo parece ser la huida:

La carretera estaba desierta, pero también estaba regada de montones de trapos, ropas y correajes, gorros, mantas, vasos y platos de estaño y fusiles; las cunetas aparecían más y más llenas de estos despojos. En la distancia sonaron disparos de fusil y ametralladora y en la dirección de Toledo oímos la explosión de cinco bombas. Fausto guiaba a toda velocidad. Comenzamos a pasar milicianos sentados en la cuneta, descalzos, las botas o las alpargatas al lado de los pies desnudos. Después comenzamos a sobrepasar a otros, marchando aún, trabajosamente, la mayoría de ellos sin fusil, en mangas de camisa o camiseta, las caras y los pechos desnudos rojos de sol y de sofoco. Nos fritaban que les dejáramos montar y nos cubrían de insultos al no detenernos. Íbamos esperando un tiro por la espalda de un momento al otro. Por último, la carretera se convirtió en una masa humana. Milicianos cojeando, mezclados con campesinos que marchaban llevando del roncal la mula o el burro en el que iban la mujer y los chicos, o conduciendo un carro de labranza cargado de bultos y de utensilios, la familia encaramada en lo alto sobre los colchones. Así llegamos a Navalcarnero (Barea, 2000: 670-671).

Madrid es presentada así no solo a través de sus calles y plazas, sino mediante el recurso a un espacio general que, aunque se encuentre concretado en la carretera que une

---

<sup>34</sup> Lo cual se puede apreciar en el detallado tratamiento del tema que lleva a cabo en su obra, puesto que “Barea no limitaba su actividad a revisar y censurar las informaciones que los corresponsales enviaban a sus medios, pues también se encargaba de supervisar todas las gestiones que los periodistas foráneos necesitaban para desarrollar su actividad mientras estuvieran en la capital: tramitación de autorizaciones para permanecer en España, concesión de permisos para moverse por la ciudad o visitar el frente, gestión de entrevistas con personalidades políticas y militares republicanas, etc.” (Sánchez Zapatero, 2020: 267). Ello nos muestra cómo el relato que lleva a cabo en un texto como *La llama* se encuentra entrelazado con el recuerdo de una enorme labor con todo el mundo periodístico del Madrid de la guerra que él tuvo como responsabilidad.

la capital a Navacarnero, parece concentrar la fuerza de la imagen de la ciudad en guerra que Barea procura transmitir. Continúa así nuestro autor con su visión descarnada de una España que, ya desde la extrema pobreza madrileña que vivió durante su niñez, y la sangre y el horror del infierno marroquí al que le llevaron las campañas en África, se encuentra representada por un pueblo cuya visión deshumanizante es precisamente una continua llamada de atención a la acción, para que el lector empatice con el sufrimiento experimentado y entienda la crítica que Barea busca hacia los responsables de esta miseria y este padecimiento. Es por ello que Madrid se transforma, en la prosa de este autor, en una enorme cárcel donde sus víctimas parecen esperar, convertidas en presas, que el cazador aparezca: “La Gran Vía, la ancha calle en la que está la Telefónica, conducía al frente en línea recta; y el frente se aproximaba. Lo oíamos. Estábamos esperando oírlo de un momento a otro bajo nuestras ventanas (...). Para nosotros no había escape. Era una ratonera inmensa y nos cazarían como a ratas” (Barea, 2000: 678). La guerra se cierne así sobre los habitantes de una ciudad que se siente presa de su misma resistencia, enclaustrada dentro de unos muros invisibles marcados por el terror franquista.

Se trata de una concepción del cuerpo y unas metáforas sobre el mismo que también son construidas por Almudena Grandes en su novela *La madre de Frankenstein*, a la cual ya hemos hecho alusión en este trabajo. A partir de un espacio opresivo y limitador que configura simbólicamente la España franquista como una gigantesca cárcel, Grandes expone en su narración una continuación simbólica de la misma imagen que vemos que Barea temía durante la guerra. A lo largo de la diégesis, los cuerpos-objeto que construye una sociedad sin memoria son sometidos a las continuas injusticias que provoca la falta de libertad. La imposibilidad de realización personal se une así a un silencio aplastante en el que debe sumergirse el lector, para poder comprobar cómo la palabra y la verdad se pueden convertir en el mayor peligro que aguarda a los personajes de la novela. En este entorno no solo la locura y la lucidez se confunden —mientras el manicomio se convierte en símbolo de un mundo boca arriba donde las reglas se intercambian—, sino que adquieren los rasgos del contrario. De esta manera, la memoria —y aquellos que la defienden y la guardan— son vistos como locos por romper unas normas y un silencio asumidos como la única verdad. La memoria —la cual es ejecutada desde su concepción fenomenológica como “una presentificación de algo en el modo del pasado” (López Sáenz, 2016: 151)— actúa así como catalizador, modificando una concepción del cuerpo propio impuesta por los otros sobre la cual ciertos personajes de la novela se revelan. Es así como sucede con María, quien —cuando la monja descubre el aborto clandestino que ella se había visto

obligada a practicar— termina siendo presentada ante el lector como un ratón: “Porque tú no tienes hijos, ¿verdad, María? El ratón negó con la cabeza y empezó a vislumbrar su destino” (Grandes, 2021: 422). Un ratón en el que ella misma se ve convertida, como transmutación corporal de todos los miedos y de la situación límite a la que la sociedad franquista le ha llevado: “A aquellas alturas, hasta el ratón más tonto habría descubierto que estaba atrapado, pero yo ni siquiera me paré a pensar en eso, porque tenía demasiado miedo para pensar” (Grandes, 2021: 423).

Sin embargo, a pesar de la situación límite que sufren personajes como María — y del hecho de parezca imposible escapar del espacio de humillación y derrota en la que viven— la diégesis de Grandes muestra ante el lector cómo la rebelión ante esta subordinación al sistema dictatorial no solo es posible, sino que es factible. El optimismo por un futuro mejor y la añoranza de una libertad perdida ofrecen así una salida a través de la memoria a unos cuerpos que, hasta ese momento, habían resultado animalizados y sometidos (Grandes, 2021: 432).

De la misma manera, Barea nos muestra en *La llama* su determinación por luchar, aun sintiéndose como una “rata” que espera a su exterminador, pues el optimismo se transparente a través de una batalla por el futuro que todavía no está perdida: “Teníamos una pistola y unos cuantos cartuchos cada uno. Trataríamos de abrirnos camino a tiros a través de los corredores y escaleras que conocíamos tan bien. Si perdíamos, mala suerte. Pero no esperaríamos a que nos mataran ellos fríamente. Nos defenderíamos hasta lo que pudiéramos” (Barea, 2000: 683). Todo ello con el recurso a un término como “rata” que, si bien no tendrá una gran recursividad, también se repetirá en la obra cuentística de nuestro autor (Torrijos Caruda, 2021: 15). Se trata, en definitiva, de la acción como base para la libertad que veíamos en el pensamiento de Hannah Arendt, así como de la libertad como estatuto ontológico del sujeto que elaboraba Fichte.

*La llama*, escrita por Barea durante su exilio en Londres, nos presenta así: “el progresivo envilecimiento del clima social en España en los meses previos al estallido bélico, la confusión que siguió al levantamiento militar del 18 de julio y la paulatina adaptación de la ciudadanía a la precariedad, el miedo y la violencia inherentes a la vida en tiempos de guerra” (Sánchez Zapatero y Guzmán Mora, 2015: 139). A pesar del maniqueísmo que ha sido apreciado en ciertos aspectos de la obra de Barea —como es el caso de la construcción de sus personajes femeninos (Durante, 2019)—, se trata de una obra que refleja un yo parcialmente ficcionalizado que insiste en intentar atrapar una de

las experiencias más terribles vividas en la ciudad de Madrid. De esta manera, Barea procura presentar ante el lector aquello que ve en su día a día, de tal manera que los grandes eventos que jalonan el conflicto bélico se entremezclen con las visiones diarias de los miles de habitantes de la ciudad: “Los personajes anónimos del relato bareano reaccionan ante estos acontecimientos históricos, lo que permite observar la relación entre la gran historia y la vida diaria de los individuos” (Bender, 2014: 151).

Se trata, como el mismo autor expone al inicio de la segunda parte de la novela, de un relato en el que el sitio de Madrid se convierte en el principal protagonista, de tal manera que mide también la resistencia durante el conflicto: “El sitio de Madrid comenzó en la noche del 7 de noviembre de 1936; terminó dos años, cuatro meses y tres semanas después, simultáneamente con el fin de la guerra” (Barea, 2000: 679). Así, Barea se centrará y detallará los paseos y asesinatos que llevaron a cabo muchos grupos de milicianos durante los primeros meses de la guerra. Su condena se tiñe de impotencia al observar las escenas del terror rojo, envueltas en el ánimo festivo que parecía invadir a la población. Se trató, en muchas ocasiones, de ejecuciones públicas elaboradas como si se tratara de escenas costumbristas de días de feria, con el gentío de Madrid arremolinándose sobre las tapias y lugares donde se llevaba a cabo los asesinatos (Barea, 2000: 645). También, en su interés por buscar un prisma de la situación lo más amplio posible, las repetidas alusiones a los quintacolumnistas infiltrados en Madrid que también veremos en muchos de los autores que escribieron sobre esta época dan cuenta de cómo los espías franquistas buscaron, precisamente, el caos de la situación creada por el golpe de Estado y la necesidad de los diferentes partidos y sindicatos por ampliar sus bases para deslizarse, precisamente, en muchas de las organizaciones —como la UGT, el POUM, el PCE o la CNT— que controlarían la vida política republicana durante los próximos años (Barea, 2000: 639).

Barea busca en su relato acabar con una visión maniquea de un conflicto demasiado amplio y profundo como para que pudiera ser categorizado con facilidad dentro de los parámetros ideológicos de un determinado grupo. Al igual que veremos que sucederá con otros autores —y de manera destacada con Aub y Morla—, el individuo es observado por este autor a partir de su singularidad y sus contradicciones, sin caer en el maniqueísmo que las diferentes adscripciones políticas imponían<sup>35</sup>. La República se

---

<sup>35</sup> Todo ello responde a una concepción pareja a como se desarrolló en la literatura argentina de principios del siglo XIX el enfrentando entre una supuesta civilización instruida y superior, frente a un otro vista como



convirtió, dentro del imaginario de los sublevados, en el gran mal que estaba asolando España, y al que era debido combatir con cualquier medio a su disposición. La difusión del disgusto y el desprecio hacia todos sus defensores también jugó un papel fundamental, evitando la compasión y la empatía hacia el dolor que se les pudiera provocar (Ekman, 2007: 178). Es por ello que la otredad es vista desde un prisma detallado que busca el análisis de las razones antes que la simple categorización entre unos u otros. Y todo ello en medio de un ambiente bélico que termina devorando aquello que encuentra, y que sumerge al propio Barea en el horror de una guerra que, en sí misma, es vista como destructora de la esencia humana:

Después de un período de enfrentarme con la guerra y con la futura guerra, mis pensamientos volvían invariablemente a mí mismo. Ya no controlaba las emociones que me regían; su trama se había deshilachado. Tenía miedo de la tortura que precede a la muerte, del dolor, de la mutilación de la putrefacción en vivo y del terror que me producían en las entrañas. Tenía miedo de la destrucción y de la mutilación de otros, porque era una prolongación de mi propio terror y de mi propio dolor. Un bombardeo aéreo era todo esto, aumentado por el derrumbamiento de las paredes, el huracán de la onda explosiva, la imagen de los propios miembros arrancados del cuerpo vivo de uno. Maldecía mi memoria, fiel y gráfica, y mi imaginación entrenada técnicamente, que me presentaba los explosivos, los edificios y los cuerpos humanos en acción y en reacción como en una película lenta. Sucumbir a este terror de la mente sería caer en la locura, y este pensamiento me aterrorizaba (Barea, 2000: 840-841).

La guerra termina ocupando cada espacio y cada resquicio de vida que trasluce de la lectura de la novela. Y es por ello que la huida de España que Barea lleva a cabo en febrero de 1938 se convierte en la respuesta necesaria ante una situación que se ha vuelto insostenible. Barea, durante toda *La llama*, muestra su compromiso con el gobierno republicano, y su trabajo periodístico para ayudar a mejorar la imagen de la República en Europa. El último capítulo de la novela relatará así el comienzo del exilio de nuestro autor y de su mujer, Ilsa Barea-Kulcsar, quien también relató sus memorias sobre la guerra en la obra *Telefónica* (1949)<sup>36</sup>. En una sucesión de líneas donde la desesperanza parece

---

decadente y caótica. Ello se reproduce de manera similar a como sucede en textos como *El matadero* (1840), de Esteban Echeverría (Fleming, 2011: 73).

<sup>36</sup> Una obra que toma el título del emblemático edificio madrileño —actual sede del Ayuntamiento de Madrid— desde el que trabajaron los periodistas durante la guerra, y a partir del cual Barea-Kulcsa relatará ante el lector la crueldad y la desesperanza que se respiraba en las calles de la capital, como se puede apreciar en este fragmento: “Los rebeldes no entrarán desde ese lado, piensa André. Pero entrarán, no puede

adueñarse de cada rincón del escrito, Barea explica a sus lectores cómo cada vez se sentía más solo —precisamente por su rechazo a ver al otro como un algo homogéneo—, puesto que “en cuanto a los españoles con quienes me encontraba en lugares oficiales o semioficiales, deberían estar sacudidos por nuestra guerra como yo lo estaba, pero de lo único que tenían miedo era de desviarse de la línea oficial o del Partido que les proporcionaba tan buen refugio” (Barea, 2000: 858). Barea se siente así doblemente extranjero sin poder recurrir al apoyo de sus compatriotas en un París que todavía vive atado a la paz, y para el cual la mera presencia de los refugiados españoles supone una muestra mordaz de la realidad bélica que pronto llegará hasta sus calles<sup>37</sup>. Por ello, el lector será testigo de cómo el individuo pierde progresivamente su humanidad, hasta que su mera significación óptica parezca desgarrarse ante una realidad que se tiñe de desesperanza:

Era un amanecer gris, frío y húmedo. La tierra estaba profundamente helada. Unos cuantos árboles a lo largo de la carretera no eran más que esqueletos retorcidos. En la cima de un cerro cercano, una alta chimenea de ladrillo se enseñoreaba sobre los edificios negros de una fábrica y vomitaba oleadas de humo espeso. Pasaban a mi lado los obreros en sus bicicletas, primero sueltos, después en enjambres; sus luces rojas punteaban un camino lateral que iba a la fábrica. De pronto, el alarido de una sirena rasgó el aire; de la base de la chimenea surgió un pulmón espeso de vapor blanco que se enroscaba en la neblina. Me estranguló la náusea cuando no estaba preparado para ello. Vomité en medio de la carretera y me quedé allí helado, temblando, empapado en sudor, castañeteándome los dientes (Barea, 2000: 851).

---

ser de otro modo. *Merde!*, maldice en voz baja. Qué putada, todo. La gente de aquí no se va a rendir, por supuesto, pero ¿por qué? Está claro. Se lucha porque no se puede hacer otra cosa; mientras se pueda. Pero la mujer de ayer, la de la tripa rajada, el niño de la mancha oscura junto al ojo, la mano amarilla de dedos largos en la cuneta: más vale no pensar mucho en ello, de lo contrario no se puede escribir” (2019).

<sup>37</sup> Así lo expone Barea en numerosos fragmentos, como el siguiente, en el que habla de la creciente xenofobia de los parisinos como instrumento para no reconocer la realidad: “Durante semanas, los franceses alrededor nuestro habían estado discutiendo la posibilidad de una paz pagada a cualquier precio, pagada por otros que no fueran ellos. Comenzaron a mirar de mala manera a los extranjeros que personificaban un aviso desagradable del futuro y la amenaza de complicaciones políticas. Comenzaba a extenderse el despectivo insulto, sale métèque. Fuera cual fuera su origen, su alcance era claro y hería por la espalda a todos los extranjeros que no fueran ingleses o americanos. Oí una vez a un borracho escupir un «¡puerco negro!» en la cara amarilla-gris de un mulato que llevaba en su solapa dos cintas, condecoraciones preciadadas de la última guerra. Los trabajadores, cuyas conversaciones escuchaba en los bistrot, estaban inseguros y confundidos; ¿por qué tenían ellos que pelear por una burocracia que se volvía fascista o por un gobierno de grandes negocios? Mirad a España. España mostraba claramente lo que ocurría al pueblo que arriesgaba sus vidas por defender su libertad: «¿No es verdad, español?». Era para mí muy difícil contestar aquello; su odio a la guerra no era mayor que el mío; desconfiaba de su Gobierno tanto como ellos. Lo que dijera acerca de la necesidad de luchas por un orden social mejor, se había dicho tantas veces que sonaba a hueco; la palabra libertad sonaba irónica” (Barea, 2000: 861-862).

La oscuridad de París, así como las penurias que relata Barea de su paso por la ciudad se entremezclan con las escuetas pero punzantes noticias del avance de las tropas franquistas. La República se ve, aun desde la distancia, cada día más desvalida y abandonada, mientras que la resistencia se transparenta como fútil. La derrota en la Batalla del Ebro sirve casi de colofón a la resistencia del gobierno de Negrín, mientras que el no ataque a la capital por parte de las tropas franquistas se enmarca, como veremos también en otros autores, dentro del proceso de toma simbólica de la ciudad. La novela terminará con la caída de una República que no es vista desde la pérdida, sino desde el desastre humano que supuso. El terrible exilio de los miles de republicanos que tuvieron que cruzar las fronteras sirve así de símbolo de la lucha y la existencia de un personaje para quien la derrota supuso pasar a estar en tierra de nadie:

Desde el fin de enero la frontera española era un dique roto a través del cual una ola de refugiados y soldados en derrota inundaba Francia. El 26 de enero Barcelona había caído en manos de Franco. En la misma fecha comenzó el éxodo en todas las ciudades y pueblos de la costa. Mujeres, chiquillos, hombres y bestias, marcharon a lo largo de los caminos, a través de campos helados, sobre la nieve mortal de las montañas. Sobre las cabezas de los huidos, los aviones sin piedad; un ejército borracho de sangre empujando detrás; una pequeña banda de soldados luchando aún para contenerlo, retirándose sin cesar y luchando cara al enemigo, para que pudieran salvarse algunos más. Pobres gentes con petates míseros, gentes más afortunadas en coches sobrecargados abriéndose camino en las carreteras congestionadas, y a las puertas de Francia una cola sin fin de fugitivos agotados, esperando que les dejaran entrar y estar seguros. Seguros en los campos de concentración que esta Francia había preparado para hombres libres: alambradas de espino, centinelas senegaleses, abusos, robo, miseria y las primeras oleadas de refugiados admitidos, encerrados entre el alambre en rebaños como borregos, peor aún, sin techo sobre sus cabezas, sin abrigo contra los vientos helados de un febrero cruel (Barea, 2000: 872).

## 2.2. Isabel de Oyarzábal Smith: la diplomacia al servicio del pueblo republicano

La situación de Madrid a comienzos de 1939 era la de una ciudad atemorizada y hambrienta que veía con evidente preocupación los enormes avances que las tropas franquistas estaban realizando en casi todos los frentes de la guerra. La desesperación — que poco después conllevará, como veremos, un enorme número de altercados y un intento de golpe de Estado para arrebatarse el poder de manos de la Junta de Defensa que

dirigía la capital— era ya una realidad omnipresente dispuesta a provocar muchos daños dentro de las filas republicanas en los últimos meses restantes hasta la caída de la ciudad.

La imagen internacional era fundamental para ambos bandos. La falta de apoyo a la República, como hemos visto, fue la razón fundamental para que terminara perdiendo la guerra. Por ello, la visión de los diplomáticos resulta de gran valor para desentrañar cómo se vivieron estos intercambios de opiniones sobre la situación de un gobierno que era continuamente puesto en cuestión por parte tanto de sus antiguos aliados como de sus enemigos más tenaces. Autores como Carlos Morla Lynch —sobre cuya obra nos detendremos más adelante—, ofrece en sus *Diarios* la percepción acerca de los madrileños de que la resistencia que han protagonizado durante tres años está llegando a su fin: “A medida que los nacionales se acercan a Barcelona aumenta la sensación de que esto se acaba. Existe el temor en Madrid —por parte de las autoridades, naturalmente— de que los movilizados se embosquen. Vigilan especialmente a la gente que entra en las embajadas y he tenido varias discusiones con el policía de Prado 26” (2008: 668). La preocupación constante de nuestro diplomático chileno por sus asilados, debido al clima de enorme desconfianza que ese estaba instaurando en la ciudad sitiada, va a ir aumentando durante estos días. Es un fragmento escrito el 22 de enero, en el cual ya se alerta sobre los inminentes disturbios —a los que el autor se refiere al hablar de los “movilizados”— que ya se están preparando en la ciudad, los cuales se teme que no pueda controlar la Junta de Defensa de la ciudad.

El cuerpo diplomático que formó la República para intentar rebatir la propaganda preparada por parte del bando franquista e intentar conseguir el apoyo de las potencias occidentales en su lucha, acabando de esta manera con el Pacto de No Intervención —o, al menos, minimizando su rigor— estuvo formado por grandes profesionales que manifiestan la importancia que el gobierno concedió a esta labor, sabedor de que esta contienda podía significar la diferencia entre la victoria contra los rebeldes o la pérdida de la guerra.

La victoria franquista en la Guerra Civil hubiera sido mucho más difícil sin la ayuda de Alemania e Italia (Payne 2008: 22-31). El gobierno español se preocupó desde el momento en el que comenzaron las hostilidades en encontrar apoyos en el resto de las potencias europeas, fundamentales para que la Península no se convirtiera, como al final ocurrió, en un campo de pruebas para que los ejércitos nazis desarrollaran unas tácticas y un armamento que unos años después utilizarían para conquistar y masacrar a millones

de europeos<sup>38</sup> (Casanova, 2014: 267). Gran Bretaña era en esos momentos el principal baluarte —junto al gobierno francés— que podría haber apoyado al gobierno español y haberle ayudado a ganar la contienda, pero fueron otros los intereses internacionales de Londres (Gluckstein, 2012: 17). Los esfuerzos diplomáticos realizados desde Madrid fueron continuos hasta la derrota definitiva. Londres era considerado como un elemento clave del conflicto, capaz de cambiar el curso de los acontecimientos si se convencía al gobierno de Chamberlain de la necesidad de ayudar a la República (Bahamonde y Cervera 1999: 59; Stone, 2013). Sin embargo, las autoridades británicas estaban llevando a cabo una política que tenía como principal objetivo la no provocación de Hitler, creyendo que de esta manera se evitaba un conflicto que, con toda seguridad, podría arrasarlo todo el continente,

mientras que la opinión pública estaba “abrumadoramente” a favor de la República, los reducidos círculos que tomaba las “decisiones cruciales” se declaraban, por el contrario, partidarios de los militares sublevados. Para esos conservadores, la guerra civil española era también un conflicto de clase y sabían perfectamente con quién debían estar. (...) Esa política ponía en el mismo plano a un Gobierno legal y a un grupo de militares rebeldes (Casanova, 2014: 265).

El triunfo final de las ideas conservadoras dentro del gobierno de Chamberlain inclinó la balanza hacia la creación Comité de No Intervención<sup>39</sup>. Triunfó, por lo tanto, la política de no intervención directa en la Europa continental (Morgan 2010: 617). Fue un órgano duramente criticado dentro del lado gubernamental, ya que obviaba la diferencia de legitimación entre ambos contendientes y procuraba que Inglaterra, Francia, y el resto de potencias europeas trataran con igualdad y con neutralidad a los dos beligerantes -tanto a los republicanos como a los sublevados- igualándoles desde un punto de vista moral<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup>Al igual que en el caso del régimen Franquista, el discurso oficial siempre hablará de la II Guerra Mundial como una necesidad para lograr la paz y la seguridad del III Reich, utilizando el clásico argumento de *si vis pacem, para bellum*: “[En 1936] Hitler se presentó una vez más ante el pueblo alemán como un hombre de paz, dando a entender astutamente quiénes eran los culpables de que se cerniera una amenaza de guerra cada vez mayor. El primero de mayo (el que fuera un día de fiesta internacional para los trabajadores y ahora había sido rebautizado como el «Día Nacional del Pueblo Alemán») pronunció un discurso ante un público multitudinario en el Lustgarten de Berlín, una enorme plaza en el centro de la ciudad, durante el cual hizo la siguiente pregunta retórica: «Me pregunto –dijo- ¿quiénes son esos elementos que no desean la tranquilidad, la paz ni el llegar a un acuerdo, que tienen que agitar y sembrar la desconfianza constantemente? ¿Quiénes son en realidad?». La multitud comprendió enseguida la insinuación y aulló: «¡Los judíos!»” (Kershaw 2015: 481).

<sup>39</sup>Su legalidad internacional también es puesta en duda desde ciertos sectores, a pesar de la particular aplicación británica de su doctrina de estricta neutralidad, cuya base jurídica es también cuestionada (De la Rasilla, 2016).

<sup>40</sup>Órgano que, además, tampoco tuvo un estatuto jurídico definido ni un funcionamiento regular: “En realidad nunca hubo un Acuerdo de No Intervención como tal, sino simples declaraciones, hasta 27, de los distintos gobiernos europeos, que jamás culminaron en un tratado único, con lo cual tampoco las violaciones de estas declaraciones fueron una violación del Derecho Internacional. Posiblemente por su

La visión negativa que se estaba elaborando sobre la URSS también contribuyó a este alejamiento de las potencias occidentales europeas<sup>41</sup>. La ayuda soviética, único país que apoyaría al gobierno legítimo tras el golpe de Estado, fue fundamental para un estado en crisis como era el español, necesitado de apoyos ante la amenaza alemana e italiana<sup>42</sup>. Sin embargo, la suma de todos estos factores hizo inviable que más países ampararan al gobierno español. La situación para la diplomacia española fue progresivamente empeorando, aunque no se cesara en el intento de cambiar de rumbo las conversaciones internacionales (Bahamonde y Cervera, 1999: 463-468).

Virgilio Botella Pastor (Alcoy, 1906-Asturias, 1996) es uno de los autores que se han acercado a la guerra civil a través de la ficción. Su obra, titulada *Porque callaron las campanas* (1953) fue publicada en México desde el exilio, en un momento en el que el recuerdo de lo sucedido continuaba teniendo plena vigencia tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. En ella se relatan desde los primeros días del conflicto hasta la caída de Cataluña tras la derrota en la Batalla del Ebro y la huida del gobierno republicano tras intentar resistir en Figueras. Para la narración de Botella Pastor, la culpa que tuvo el gobierno británico en la derrota de España queda reflejada en las páginas de su novela con contundencia:

---

carácter insular y porque desde el principio había tomado la iniciativa, Gran Bretaña, y en concreto Londres, fue elegido como lugar para establecer la sede del comité de control de la política de No Intervención en la guerra de España” (Bahamonde y Cervera, 1999: 134).

<sup>41</sup> Mientras tanto, desde Moscú, los medios soviéticos se manifestaron generalmente en apoyo de la causa republicana —dentro de la lucha comunista internacional— aunque centrando su atención en actores políticos como Ibárruri (Kirschenbaum, 2012). Sin embargo, este apoyo puede ser considerado —a la luz de otros estudios— como ambivalente, al presentar los hechos por parte de la prensa rusa como un conflicto civil entre fascistas y partidarios de la República; aunque contribuyera al reforzamiento de la moral soviética ante la guerra mundial (Volkova, 2019: 640).

<sup>42</sup> Uno de los principales militares al servicio de la República, el general Vicente Rojo, considera en sus memorias que esta relación fue utilizada claramente como forma de desprestigiar al gobierno legítimo, obviando interesadamente tanto el desamparo de las potencias occidentales en la lucha peninsular como la escasa profundidad de este nexo con el mundo soviético: “Ciertamente, la conexión España-Rusia existía al iniciarse el conflicto a través del partido comunista español, como existía en todos los países del mundo y como existía entre los rebeldes y el totalitarismo italogermano; pero en aquella conexión no había compromiso de ninguna especie, y mucho menos militar, como las de ambas índoles que se mantenían desde antes del estallido de la rebelión por los sublevados. Por ello si la República se desvió a la izquierda más de lo que se podía desear (sin elogiar ni condenar las razones que para hacerlo pudiera tener el Gobierno) se puede afirmar que la causa de que así sucediera se hallaba en la cobardía y la traición con que las democracias occidentales se enfrentaron con la cuestión española, y en la política general que desarrollaron al amparo del acuerdo de No Intervención, política que no era hija del pensamiento de los «gobernantes» sino de «intereses» que manejaban a los gobernantes. Al decir esto no trato de descubrir el Mediterráneo; Moltke, sesenta y cinco años antes ya pudo decir algo similar al referirse al conflicto de 1870” (2010: 560).

Nos asfixian con método. Esos hijos de la Gran Bretaña se han empeñado en rematarnos. Mucha bacinada de «no intervención» para nosotros, naturalmente. Y muchos aviones y tanques de nuevos tipos para los fascistas.

—Sí. Hijo, sí. Vista de lince para los republicanos, ceguera de topo para los falangios. Y a tapar sus porquerías como los gatos. Después pasarán su cuenta por habernos dejado asesinar, comentó don Luis con tristeza.

—Es una de las farsas más pérficas de cierta casta de conservadores reaccionarios, y explota-pueblos. Merecen una buena revolución con guillotinas y cabezas clavadas en picas, al estilo de la francesa. Esa si fué (sic.) una revolución a fondo, y no las croniquillas de sucesos que nos achacan. Contribuye al desaliento la situación difícil de las ciudades por la falta de alimentos, medicinas y aun de cosas insignificantes... No hay nada de nada, y no pueden hallarse ni las más menudas bagatelas (Botella Pastor, 1953: 302).

La postura que toman los diplomáticos republicanos configura una visión clara del enemigo al que se enfrentan: un «otro» desleal que, al no respetar las reglas de juego democráticas que dieron la victoria en 1936 al Frente Popular, decide imponer su criterio partidista a través de las armas, imponiéndose de esta manera sobre la voluntad del conjunto de la población española<sup>43</sup>.

Uno de los personajes más relevantes que formaron parte de este esfuerzo internacional por revertir el aislamiento de la República fue la malagueña Isabel Oyarzábal de Palencia. De padre español y madre inglesa, fue criada en la conservadora ciudad de Málaga para tener la vida propia de una señorita de la alta sociedad, enfocada hacia el matrimonio y las relaciones sociales. Sus memorias, escritas en inglés desde su exilio mexicano y tituladas *I must have liberty* son un admirable alegato feminista por la libertad de las mujeres y del pueblo español, que ella observa sometido a unas clases adineradas que no le permiten tener la libertad básica que todo ser humano debe poder disfrutar:

---

<sup>43</sup> Hay historiadores, además, que consideran este abandono del gobierno democrático español como una traición, debido a que el miedo hacia la extensión del comunismo conllevó una visión maniquea de la realidad de la República y llevó a sus posibles aliados a desentenderse de la situación peninsular: “Still, it is necessary to recognize that the Spanish Republic had been betrayed by the Western so-called democracies. While Mussolini, and later Hitler, poured troops and military resources into the camp of Spanish fascism, the British, French and American governments refused to even sell arms to the elected government. The conventional apology for this behavior is that London was afraid of war, Paris was afraid of war without Britain, and Washington didn’t care about Europe. There is some truth in these assertions but they miss the larger picture. Fearing a lurch to the left, the British government aggressively promoted the abandonment of Spanish democracy. While the Spanish Communists were weak, and before the Soviet Union had gained any real influence, London was already pre-disposed towards the right as a barrier to «Bolshevism». After the Spanish generals’ revolt, the British leaders were clear that Franco and friends were preferable to elected leftist” (Pelz, 2016: 148-149).

A veces me apetecía de veras cerrar los ojos a la realidad que me rodeaba y vivir mi propia vida pero al final me resultaba imposible. No podía ya ignorar la llamada de la libertad ni olvidar los sufrimientos que había visto padecer al pueblo. Tampoco quería rendirme a la indignidad de ser gobernada por un poder irresponsable y arbitrario. La vida sin libertad no merecía la pena y España se despertaba lentamente a esa verdad. Nuestra obligación era ayudar al país (2010: 210).

Se trata de una obra que, en palabras de la investigadora María del Mar Mena, “revela una sinceridad nada desdeñable y no muy común en las autobiografías, que hace del texto un referente de la época en la que se inscribe lo narrado y ello unido a la cercanía de su publicación a los hechos, así como la relevancia del personaje, la convierten en un valiosísimo testimonio para la memoria de una época que ha permanecido silenciada” (2015: 636). Oyarzábal muestra en esta obra su profunda decisión de trabajar por la emancipación de todos los españoles, luchando porque las enormes diferencias que separaban en ese momento a la sociedad fueran minimizadas e, incluso, pudieran llegar a desaparecer. Su obra se inscribe en una tradición autobiográfica femenina en la que numerosas autoras —como Constanza de la Mora, Carlota O’Neill, Ernestina de Champourcín, María Casares o María Zambrano, por citar algunos ejemplos— intentaron reivindicar la lucha de la España republicana desde su exilio (Lizarra, 2011: 41-43). Unas memorias que, tal y como explica Josebe Martínez, trascienden la función introspectiva del género autobiográfico para preguntarse sobre el porqué del mundo y exponer un proyecto ético-patriótico sobre la realidad española de su época (2006).

La narración en primera persona es la fuente de confusión, en última instancia, de un método narrativo que juega con esta indeterminación para desplegar todo su potencial exploratorio del yo, y admitir, con ello, el necesario desdoblamiento entre su yo real y el yo imaginado que se produce en cualquier autor que escriba sobre sí mismo (Martinetto, 2017: 285). El tratamiento de yo se vuelve experimental a la hora de derribar las fronteras entre ficción y realidad (García, 2017: 207), a pesar de que este mismo procedimiento de transgresión entre homodiégesis y heterodiégesis no se puede generalizar al conjunto de las llamadas escrituras del yo (Gómez, 2017: 297). La inclusión del autor como personaje dentro de su misma obra —que autoras como Claudia Fernández nos muestran cómo ya se desarrollaba en la literatura helenística (2006: 38-39)— tiene el objetivo de intentar



entrever un espacio liminar acerca de lo que es y no es, con el que se juega y que, al mismo tiempo, es puesto en cuestión<sup>44</sup>.

La reflexión sobre el yo supone no tanto la construcción y reflexión sobre un reflejo de uno mismo, sino todo un proceso de alteridad que permite al autor contemplarse, de cierta manera, desde el exterior. Él mismo, como creador, debe intentar alejarse de su objeto de análisis para trasladar —a la ficción, en el caso de las obras que estudiamos— una imagen intencional sobre sí mismo, lo que nos muestra la importancia que tiene la auto-reflexividad para este tipo de concepciones ficcionales (Richards, 1984: 150-151).

La ficción permite, dentro de la reflexión sobre el yo, andentrarse en un entorno evaluativo lleno de significado pero, al mismo tiempo, mucho más resbaladizo. Frente a quien escribe textos no ficcionales: «The artist, foolish fellow, gets both feet in the water; he abandons the shore, he wades out to sea, and sooner or later he tries to walk on water. Sometimes he does; more often he sinks» (Norris, 1991: 260). La ficción se convierte, en sí misma, en una manera de sortear la problemática relativa a la verdad en los textos factuales, al mismo tiempo que crea su propia incertidumbre al abandonar la relación directa de los hechos. Al carecer de un asidero directo con la realidad, la manera de narrar una determinada verdad debe cambiar, y enriquece su análisis a la vez que complica su determinación. Como sucede en muchas de las obras que reflexionan sobre el yo a través de la ficción —tal y como se puede ver en la literatura de Philip Roth—, esta divergencia de los modos tradicionales de narrativizar al sujeto toma los instrumentos de la ficción

---

<sup>44</sup> Según la investigadora Mridula Garg, la escritura del yo puede ser reducida a dos grandes espacios: aquel en el que el autor escribe sobre su propia vida, y aquel otro en el que reflexiona sobre el ser a través de un personaje de ficción. Sin embargo, esta división clásica basada en los dos polos opuestos de la autobiografía y la ficción presenta unas fronteras fluctuantes y porosas debido a que “Fiction writing, by its very nature, requires that the writer fantasize his or her experiences” (2010: 93). Este hecho en sí mismo permite entender cómo la diferenciación entre ambas categorías narratológicas es borrada en la práctica y la construcción de las obras, de ahí que formas genéricas como la autoficción que estamos estudiando no sean más que la manifestación intencionada por parte del autor de esta problemática, al utilizarla como medio en sí mismo para reflexionar sobre el yo. La narración en primera persona, aunque se asume de manera general, tanto por el lector como en gran parte de los estudios, una identificación entre dicha persona y el narrador —ficticio o real— del texto —de tal modo que se trata de discursos que el narratorio va a asumir como llevados a cabo por el autor o por un personaje, según sea la firma de la obra—, las trasgresiones existentes de este principio manifiestan no solo los límites de esta identificación, sino también la necesidad de entender la división entre ficción y realidad de una manera mucho menos estricta (Nielsen, 2004: 146-148). La necesaria separación entre el autor real y lo que este cree sobre sí mismo a través de la ficción —sea un intento mayor o menor de reflejarse, de manera fidedigna, a sí mismo— explica esta capacidad de la ficción para encontrar diferentes verdades que se separan de la realidad, y que constituyen, en sí mismas, otra manera de observar el yo (Goldstein, 2006: 297).

para intentar ofrecer una verdad que vaya más allá de los límites de la objetividad, y se sumerja también en la subjetividad de lo imaginado, enriqueciendo así la imagen presentada sobre el yo (Kremer, 1998: 69-71).

Isabel Oyarzábal nació y creció dentro de un entorno burgués sometido a las rígidas normas de conducta de la sociedad española más tradicional. Nuria Capdevila-Argüelles nos explica cómo este entorno resulta de vital importancia para esta escritora a la hora de explicar sus propios problemas y los del resto de mujeres que observa (a las cuales que pudo contemplar a lo largo de los años: “Tanto Montseny como Isabel de Palencia mencionan repetidas veces en su obra la influencia de la mediocridad patriarcal del entorno burgués en la estabilidad física y psíquica de la mujer, tema que preocupaba enormemente a Isabel de Palencia, y que influiría en su actividad política dentro y fuera de España en los años de la Segunda República”(2010: 24). Esta sociedad obligaba a la joven Isabel, según nos presenta en sus memorias, a convertirse en una mujer cuyo objetivo más importante era encontrar un buen marido al que cuidar y del que ocuparse, era una opción muy poco alentadora para una mente tan despierta como la suya. En un mundo en el que los estudios femeninos no se veían adecuados, su lucha la llevará a intentar romper los tabúes de una sociedad que la impedía cumplir con sus sueños y planes vitales.

La obra, publicada por primera vez en Nueva York en 1940, está estructurada en tres libros, con los que Oyarzábal decidió dividir las experiencias vitales que recoge estas páginas. El primero de ellos, titulado “Una niña rebelde”, está dividido en seis capítulos y recoge la infancia y juventud de la autora. Está marcado por la educación conservadora que recibió, propia de una mujer de clase alta cuyo deber en la vida era encargarse de dirigir el hogar familiar y tener buen trato social. Isabel de Oyarzábal nos expone su lucha contra un sistema opresivo que no le dejaba libertad para vivir de acuerdo a sus propios ideales. El catolicismo intransigente marca esta etapa vital de las memorias, donde la belleza y la autonomía que tenía en la casa familiar desapareció súbitamente cuando fue internada en el convento de la Asunción de la capital malagueña, institución construida con el objetivo de albergar un colegio femenino dirigido por una congregación religiosa. La autora nos lo describe como un lugar rígido y gris, donde la oración y el seguimiento de las reglas era la norma principal. No había espacio para el juego, ni siquiera para que las diferentes alumnas pudieran socializar, debido a la vigilancia y al estricto control horario establecido por las religiosas. El miedo al castigo provocado por la más mínima falta convertía a este espacio en un lugar de tensión y seriedad, poco

apropiado para el desarrollo de las alumnas que en él convivían: “Las niñas del convento temían ser puestas en ridículo mucho más que ser castigadas. El opresivo silencio nos ponía los nervios de punta y la cosa más nimia provocaba grandes ataques de risa” (2010: 68). La delación era otro de los comportamientos que las monjas incentivaban entre las internas, lo que ayudaba a crear entre ellas un clima de desapego y desconfianza. Oyarzábal nos muestra cómo afectó profundamente a su educación y a su necesidad de no ser atada y obligada a comportarse de una determinada manera —en contra de sus propias ideas e intereses—.

El primer libro termina con la marcha de nuestra autora a Madrid, debido al apoyo de su madre. Allí consigue, gracias a su esfuerzo, convertirse en actriz. Y expone en esta obra cómo el hecho de poder ganar dinero y vivir de su propio trabajo —algo tan ajeno a su educación y a lo que se esperaba de ella— le permitió ser feliz y ser libre. Esta es la base de sus esfuerzos como feminista, su creencia en que la falta de ataduras económicas no solo permite la independencia de la clase obrera —con la que empatiza profundamente—, sino que también es un medio idóneo para que la mujer pueda tomar sus propias decisiones y no depender de su marido a la hora de luchar por sus propios intereses. Todo ello en un momento en el que se veía con gran recelo que una mujer trabajara, sin que se dejara mantener por su esposo. Oyarzábal decide, además, ser corresponsal, por lo cual sufrió una mayor crítica social: “Cualquier trabajo se consideraba degradante para una mujer que no estuviese a punto de morir de hambre pero... ¡escribir para periódicos extranjeros! Si hubiese prestado mis servicios literarios a la prensa española, quizás su desaprobación hubiese sido menor” (2010: 121).

El segundo libro, que se nos presenta con el título de “Avanzando unidos”, se centra en las impresiones y experiencias de la autora durante los años de la República, aunque comienza en 1909, con los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Anticipando los conflictos sociales que va a vivir el país posteriormente, Oyarzábal nos ofrece su opinión sobre la quema de iglesias que se produjo durante estos días. Como parte de su trabajo posterior en el extranjero, nuestra autora tuvo que enfrentarse en repetidas ocasiones a la propaganda franquista y a los intentos del bando rebelde para desvirtuar al gobierno republicano ante los gobiernos occidentales.

Las quemas de templos católicos producidas desde 1931 fueron uno de los mayores ataques que recibió el gobierno legítimo, antes y después de que la Guerra Civil finalizara. Isabel de Oyarzábal nos ofrece, a raíz de los combates producidos en Barcelona durante julio de 1909 —como forma de protesta por el inicio de la Guerra de Marruecos—

, su opinión y las razones que ella consideraba que eran las causantes de estos episodios de violencia, adelantando la explicación política de los hechos posteriores:

Como en todo movimiento revolucionario español, los conventos y las iglesias fueron el blanco de la indignación popular. Esto es difícil de entender para quienes no son españoles pues es casi imposible que en el siglo XX no sorprenda el gran poder económico y político que tiene el estamento eclesiástico en España, que este poder se haya desvinculado de las necesidades del pueblo, y que su sagrada misión haya ocupado, en realidad, un segundo lugar. El pueblo español se ha levantado contra la iglesia como lo haría cualquiera contra los que abusan del poder<sup>45</sup>. Muchos lugares de culto fueron pasto de las llamas (2010: 131).

Las injusticias y el despotismo del cual hacía gala la Iglesia española —y que luego continuaría con el pleno apoyo de sus jerarquías a los mandos rebeldes encabezados por Franco— es visto por Oyarzábal como la verdadera causa de estas quemadas de iglesias, no la falta de orden. Y utiliza unos hechos producidos bajo el gobierno de Maura, conservador, debido en parte al argumentario franquista sobre la falta de orden público durante la República. El anticlericalismo de esta época —que ya presentaba una gran vitalidad en el siglo anterior— tiene una de sus razones principales en el poder desproporcionado que tenía la Iglesia Católica sobre la sociedad española del momento (Núñez, 1996: 67). Esta lucha por la imposición del control sobre la población explica buena parte de los odios desatados contra espacios religiosos tras el estallido de la guerra. Una violencia desatada contra la Iglesia tras el golpe de Estado de 1936 que responde<sup>46</sup>, en cierta medida, a la configuración del clero español dentro del imaginario popular como parte únicamente de uno de los bandos en lucha dentro del conflicto revolucionario. Sin que pueda servir en ningún caso como justificación de lo sucedido, el hecho es que la temprana adscripción de la Iglesia española a la causa de los rebeldes posicionó a esta institución, y a todo lo que ella representaba, como parte del enemigo social contra el que numerosos grupos de republicanos lucharon durante la guerra (De la Cueva, 2012: 58-62). La lucha contra la tiranía, provenga de la sociedad o de las instancias católicas, es el

---

<sup>45</sup> Concepto que entendemos, a lo largo de nuestro trabajo, como aquella “*disposición* a actuar de cualquier individuo A en *relación* a cualquier otro individuo B o grupo de individuos B<sup>1</sup>, B<sup>2</sup>, etcétera” (Ródenas 2008: 157).

<sup>46</sup> Violencia que, no solo contra la Iglesia, sino de manera general, se venía produciendo ya desde el contexto de las elecciones generales de ese mismo año, “it is clear that electoral violence exploded with greater force than has hitherto been supposed during the long election campaign of 1936. In some localities it was neither sporadic nor entirely spontaneous. Clashes between activists, attacks and the violent disruptions of rallies occurred to a degree which simply cannot be ignored” (Álvarez Tardío, 2013: 483).

combate que esta autora se ha propuesto mostrarnos en sus memorias. La libertad será la guía que ella va a utilizar para oponerse a estas imposiciones. Y será también uno de los mayores valores que asocie al gobierno republicano, como muestra el título de esta segunda parte de la obra.

A principios del siglo XX la situación de la mujer en España continuaba siendo una de las mayores lacras de la sociedad. Este texto nos muestra la lucha de una mujer por lo que ella considera sus derechos básicos como persona. Pero es consciente de las dificultades que tiene que superar, y de la mayor facilidad que tienen los hombres para poder vivir una vida digna. Oyarzábal muestra en numerosos fragmentos cómo su ánimo se alinea con el que, por esta misma época, mostrara la escritora británica Virginia Woolf: “In the first place, to have a room of her own, let alone a quiet room or a sound-proof room, was out of the question, unless her parents were exceptionally rich or very noble, even up to the beginning of the nineteenth century” (1929: 44). Las páginas que escribe están llenas de comentarios sobre dicho tema. Incluso durante su parto, llega a desear que no fuera una niña la criatura que iba a dar a luz inminentemente, para que pudiera evitar todos los dolores y los problemas que la sociedad le obligaba a enfrentar diariamente — aludiendo al hecho de que el doctor que le atendía no quisiera administrarle ninguna ayuda contra el dolor, ya que consideraba que el destino de la mujer era dar a luz de manera natural, con la mínima ayuda necesaria—: “Un pensamiento no me abandonaba: no quería que fuera niña, no quería que tuviese que pasar por aquel sufrimiento” (2010: 137). Una crítica que nos muestra la capacidad de cambio política que procuró Oyarzábal con su obra, en línea con las reflexiones del profesor Javier Peña sobre lo que significó el acceso de la mujer al ámbito público en las democracias liberales: “Aunque el acceso a la ciudadanía sitúa a las mujeres en un plano de igualdad, ésta será puramente nominal si no cambia su situación en la esfera doméstica o laboral: su presencia en el mundo público seguirá marcada por su situación subordinada en el privado” (2008: 238).

La sociedad de su época la intentó obligar a asumir los roles tradicionales que ella, como mujer, debería haber tomado en aspectos —como el matrimonio— sobre los cuales Oyarzábal manifiesta, desde el primer momento, su más absoluto rechazo. Ella es consciente de cómo la simbología femenina y la adscripción a lo que se supone que ella debe ser es precisamente la cadena que la ata, junto al resto de mujeres, a una falta de libertad con la que tiene que acabar (Luther, 2013: 155-157). A través de la ruptura con estas concepciones, Oyarzábal busca reivindicarse y —aun con el riesgo de entrar a formar parte de la otredad, por sus ataques al sistema patriarcal imperante—, mediante su

ejemplo, ayudar a construir una nueva sociedad. Esta es su opinión, entre otros muchos ejemplos que podríamos ofrecer, sobre si la mujer debía o no trabajar en aquella época: “En España el que una casada trabajase da una pésima imagen del marido. Me indigné: jamás abandonaría todo aquello que había luchado tanto por conseguir” (Oyarzábal, 2010: 125).

Las convicciones republicanas de esta autora se muestran al lector desde los primeros momentos. Oyarzábal considera que los enemigos de la joven República que acababa de ser proclamada intentaron derribarla desde los primeros meses tras el 14 de abril de 1931. Su posición resulta clara, señalando quiénes eran los principales opositores al nuevo gobierno: “ciertos grupos consideraban el nuevo régimen insatisfactorio y, a los pocos meses de la proclamación de la República, parte de las antiguas fuerzas autócratas en el ejército, la aristocracia y la Iglesia ya confabulaban contra ella. Podía verse en su propósito de sabotear no solamente las nuevas medidas e instituciones sino también negocios ya establecidos de antes” (2010: 231). Su trabajo como diplomática comenzó también en estos momentos, siendo destinada a Ginebra para defender las posiciones del gobierno español en los trabajos que realizaba la Sociedad de Naciones en torno a los derechos laborales. La situación de los obreros españoles era difícil, pero nuestra autora procura también desmentir la propaganda derechista sobre pérdida de la calidad de trabajo en España y el excesivo poder sindical. Defiende la labor del gobierno republicano, que intentaba implantar una nueva legislación laboral que mejorara estas condiciones de vida: “Los trabajadores vivían en condiciones decentes y no bajo opresión y mal pagados. Tenían sus derechos. Se ha dicho mucho sobre los abusos que siguieron. Sin duda los hubo, pero puedo asegurar que el gobierno y el ministro de Trabajo tomaron las medidas necesarias para que no se repitieran. Los sindicatos no podían interpretar la ley como les viniese en gana” (2010: 230).

La tercera parte que divide la obra, estructurada en 17 capítulos, trata el tema central de las memorias: la acción de la República durante la guerra y las razones de índole internacional que llevaron a su derrota. Con el título de “Aceptar sin resignarse”, la autora trata lo sucedido como una enorme injusticia que se ha cometido contra el pueblo español. La rabia y la impotencia experimentadas desde el exilio se complementan con la esperanza y la confianza en la legitimidad de la lucha, ideas que Oyarzábal mantuvo hasta el último momento. La propaganda franquista intentó, desde un primer momento, tratar como plenamente legales toda la brutalidad que desarrolló el bando rebelde en su proceso de genocidio, iniciado inmediatamente tras el triunfo parcial del golpe de Estado. Otro de

sus objetivos, como veremos posteriormente, será la consideración de los republicanos como causantes y provocadores de esta ola de violencia, adjudicándoles un estatus no humano que legitimaba a los rebeldes para llevar a cabo todas las acciones necesarias para su victoria sobre ellos. Oyarzábal reacciona duramente contra ello, y utiliza estas páginas para ofrecer su propia versión sobre estos hechos:

Las «atrocidades» de las que se acusó al pueblo fueron el resultado de la rebelión y cualquiera con un mínimo sentido de justicia hubiera entendido que la acción de los insurgentes era directamente responsable. ¿Qué hay del otro bando? ¿Por qué no se decía nada de los asesinatos cometidos no por una masa descontrolada sino por orden de líderes que se autodenominaban «cristianos», «defensores de la religión» en la zona que desde el primer momento de la revuelta estuvo bajo su «protección»? El gobierno legal hizo lo que pudo por impedir incidentes de todo punto lamentables y lo consiguió tan pronto como fue posible (2010: 251-252).

Oyarzábal considera que los responsables de la violencia producida en ambos bandos son los rebeldes. Alude a las matanzas sistemáticas de izquierdistas que fueron llevadas a cabo en las zonas en las que triunfó el golpe de Estado desde el primer momento, así como a los intentos del gobierno republicano por impedir la violencia desatada en el territorio que controlaba, que nuestra autora considera fruto precisamente del estado de guerra provocado por los propios golpistas.

Al igual que otros muchos republicanos, uno de sus objetivos consiste en mostrar a Occidente la injusticia cometida con España durante la Guerra Civil. Oyarzábal no se resigna a ser solo parte del bando derrotado. No concibe la contienda como una lucha justa de la que ella hubiera resultado perdedora. Empero, considera que se trató de un combate desigual desde los primeros momentos, en el que el bando de los rebeldes contó con demasiadas ventajas frente a un gobierno legítimo que intentaba hacer frente al golpe de Estado únicamente con sus propios recursos mientras se enfrentaba al desinterés y el miedo de las principales potencias occidentales a desatar la guerra mundial contra el Eje. La comunión de ideas no fue una ayuda a la hora de obtener el necesario apoyo para la guerra. Oyarzábal, como parte del cuerpo diplomático español, pudo experimentar de primera mano la situación de animadversión que existía contra su gobierno desde el comienzo de las batallas:

En Ginebra pudimos comprobar por primera vez lo que el mundo pensaba de nuestra guerra así como cuál iba a ser la actitud de los gobiernos democráticos. Los amigos más leales estaban lógicamente preocupados y nos rodearon consternados. Otros hicieron lo que pudieron para destruir cualquier esperanza que aún pudiéramos albergar sobre la solidaridad de la democracia oficial. [...] nos vimos sumergidos en una atmósfera de indiferencia, por no decir de hostilidad. Ahora creo que esa hostilidad provenía principalmente de un sentimiento de inferioridad. Estábamos haciendo lo que todos sabían que había de hacerse pero no se atrevían a solidarizarse (2010: 259).

Nuestra autora no critica, por lo tanto, la falta de apoyos diplomáticos o el rechazo de las potencias europeas a los ideales que el gobierno republicano representaba. Aquellos países que rechazaban las nuevas políticas iniciadas por España manifestaron, desde el primer momento, una profunda hostilidad diplomática en todos los lugares. Desde Ginebra, Isabel de Oyarzábal percibe claramente esta actitud, pero la entiende como parte del sistema internacional de bloques que ya se estaba configurando. La injusticia proviene de aquellos países con los que España compartía grandes líneas programáticas, y que optaron por la indiferencia y no por la ayuda al gobierno legítimo. El sentimiento de estar haciendo lo debido, luchando por las libertades de España y del resto del continente, se convierte en el faro moral que guiará a nuestra autora hasta el final de la guerra.

A pesar del rechazo de enemigos y aliados, Oyarzábal se muestra convencida de estar defendiendo una causa justa, y de haber hecho todo lo posible por proteger la integridad y el bienestar de todos los españoles. A pesar de la difícil situación que vivía su país, la fuerza para continuar la lucha se convierte en un valor que estas páginas reflejan como una necesidad, el sentimiento de estar combatiendo por algo más importante que uno mismo:

Allí estaba España, olvidada del mundo, de repente en la primera página de tantos periódicos, haciendo que los estados y la diplomacia sintiesen aprensión, moviendo los corazones de la multitud leal a la democracia. No dejaba de pensar en la verdad que queríamos hacer ver a quienes nos escuchaban y en la tortura de los recuerdos que ni el tiempo ni la distancia podrán nunca borrar: cuerpos mutilados, ciudades arrasadas. Me martilleaban las mismas preguntas: ¿de qué sirven la justicia, el bien, la democracia? (2010: 269).

España se convierte en un símbolo de resistencia ante la injusticia y los intentos de recortar las libertades al pueblo, según nuestra autora puede comprobar mientras intenta difundir la versión del gobierno republicano por las principales ciudades de



Estados Unidos<sup>47</sup> y Canadá —a pesar de los intentos de la derecha y de ciertos grupos católicos por impedirse—. Y todo ello aunque, según se manifiesta en repetidas ocasiones a lo largo de estas páginas, esta fortaleza que muestra el bando republicano resulta molesta para muchas de las potencias que habían sido aliadas de España: “Pronto entendimos que el problema español no podía mentarse por incómodo” (Oyarzábal, 2010: 260).

Oyarzábal muestra, además, un profundo sentimiento de orgullo hacia España, y una gran desazón hacia la indiferencia que percibe entre sus compañeros diplomáticos de otras naciones. La pérdida progresiva de la confianza que esta autora había depositado en la labor de la Sociedad de Naciones nos muestra cómo se afianza progresivamente un sentimiento de desamparo que va a acompañar su trabajo hasta que deba iniciar su exilio mexicano. A pesar de esta dramática situación, Oyarzábal muestra una gran satisfacción personal por el esfuerzo que está realizando y por el aguante que el gobierno republicano está manifestando conforme transcurren los meses:

Cuando el delegado de un importante país europeo comentó que mi palidez parecía denotar gran cansancio, respondí airada que no sentía cansancio sino orgullo por la enorme superioridad de mis compatriotas. Sin poder contenerme, recordé a quienes me escuchaban que un salmantino, el dominico Francisco de Vitoria, fue quien pensó en la necesidad de crear una organización que velase por la paz mundial. Los que allí estábamos reunidos confiábamos en la eficacia de la Sociedad de Naciones y su *sancta sanctorum*, la cámara del consejo, había sido embellecida por un español, como españoles eran quienes defendían con sus vidas los principios de la Sociedad mientras que el resto de los países observaban y esperaban (Oyarzábal, 2010: 286).

Estas memorias, como podemos observar en este fragmento, presentan la idea de que la lucha española no fue solo por las libertades propias, sino por los singulares valores

---

<sup>47</sup> Frente a esta actitud gubernamental, hubo numerosas asociaciones de ambos lados del Atlántico que procuraron prestar toda la ayuda humanitaria posible. En el caso de los movimientos cuáqueros, de entre los cuales destaca el estadounidense American Friends Service Comitee (cuya base de operaciones en la zona republicana se situó en la ciudad de Murcia), intentaron ayudar a ambos bandos. A pesar del debate que esta doble ayuda suscitó, fue un caso en el que verdaderamente se pretendió buscar una estricta neutralidad; obteniendo incluso fondos de la administración Roosevelt (Maul, 2016). Todo ello dentro de un país en el que el conflicto español despertará una gran interés incluso entre las élites políticas (Rodríguez Jiménez, 2014: 465). Se trató de un conflicto que levantó grandes pasiones, y que resultó difícil de narrar para aquellas que lo intentaron desde este país: “Overtaken by reality, writers like Martha Gellhorn, Josephine Herbst, and Frances Davis created a subtle counter-dance between the fugitive and the fixed, between displacement and embodiment by fusing the face of war with the face of their memory” (Valis, 2017: 550).

de que hacía gala la poco operante Sociedad de Naciones. A través de esta imagen, Oyarzábal intenta mostrar al lector que el desamparo y la indiferencia que llevaron al gobierno español a perder la guerra supusieron también la derrota de esta institución, y de todo lo que había significado para la paz mundial. La II Guerra Mundial sería, de esta manera, la posterior confirmación de esta pérdida.

El transcurso del tiempo va agravando la situación internacional del gobierno español, al mismo tiempo que en los círculos diplomáticos internacionales se admira la resistencia republicana ante lo que muchos consideraban que sería una guerra rápida. Madrid se convierte en uno de los símbolos más importantes de esa fuerza, y su defensa es concebida como una necesidad para que la República siga teniendo posibilidades de ganar la guerra. A finales de 1937, las dificultades que atravesaba la capital sitiada eran significativas, pero el espíritu del pueblo madrileño animaba a continuar con la defensa y a impedir que las tropas rebeldes entraran en la ciudad:

Decía maravillas [la autora habla de Marisa, su hija, que ha podido visitar la ciudad asediada] de la defensa de la capital, de la admirable resistencia de la gente a pesar del frío y del hambre que estaban pasando. Hablaba de la destrucción causada por bombas y metralla. La gente cocinaba en fuegos de papel o sobre las cenizas de la basura quemada. No había madera, ni carbón y el frío era intenso (2010: 392).

A pesar de las terribles penurias que se están pasando en Madrid, y el abandono internacional que ya empieza a ser un lastre demasiado importante, estas palabras reflejan las alabanzas hacia una resistencia que todavía se va a prolongar durante más de un año. Esta idea resulta de gran interés para comprender cómo, a pesar del pesimismo y el terror que se vivieron durante los últimos meses de la guerra, la esperanza de que Madrid pudiera sostenerse en lucha se mantuvo hasta la capitulación final.

La resistencia de la capital española, sin embargo, no llega a ser comprendida por buena parte de la diplomacia extranjera. La rendición es considerada, desde el exterior, como una de las mejores opciones que puede tomar el gobierno legítimo. Oyarzábal critica con dureza esta idea, y explica por qué eso supondría un desastre todavía mayor que el que constituye la continuación de la lucha:

Ya no podían esperar a que llegase la victoria de Franco [hablando de las grandes potencias europeas] y para que eso pasase, era mejor que no tuviéramos armas, solamente palos y piedras. Los insurgentes y sus aliados pensaban que estábamos cometiendo una estupidez no

rindiéndonos. Les parecía estúpido que la gente prefiriese la guerra a vivir bajo una dictadura como habían hecho en tiempos de Primo de Rivera, sin poder pensar, o expresar una opinión propia o leer lo que quisieran; y estúpido que las mujeres no estuviesen contentas de ser lo que sus madres y abuelas habían sido, con el beneficio añadido de tener su modestia salvaguardada por la rigidez más absoluta: nada de bañarse con cómodos trajes de baño, ni hablar de una coeducación que liberase el espíritu y el intelecto en competición diaria con las mentes de los hombre; estúpido que los trabajadores no desearan que sus salarios bajasen y sus horas de trabajo aumentaran; estúpido que el campesinado no deseara más días sin tierra propia que trabajar pero trabajando de sol a sol la tierra de otro, para beneficio de otro; estúpido que los niños prefiriesen ir a la escuela a aprender en vez de tener cerdos y vacas que cuidar durante toda su infancia. ¡Estúpido, estúpido, todos estúpidos! (2010: 365-366).

Este largo fragmento muestra la determinación que mueve a Oyarzábal y al gobierno republicano para buscar la resistencia contra el franquismo hasta el límite de sus fuerzas. La rendición se planteó, pero finalmente, no pudo ser considerada por las propias circunstancias del conflicto. Cuando el enemigo contra el que se lucha no busca tu destrucción, es posible que aceptar una derrota que todavía no se ha producido pueda ser una mejora frente a la lucha en sí. Sin embargo, desde un primer momento Franco y sus aliados no pretendieron únicamente tomar por la fuerza el poder para gobernar el país. Su objetivo fue la eliminación del contrario, del «otro» dentro del que se incluía a todo el izquierdismo y el republicanismo españoles.

La capitulación de la República no resultaba viable ante las noticias que llegaban del genocidio que se estaba produciendo tras las líneas rebeldes. La derrota llegó mucho más tarde de lo que las potencias europeas querían ya que el gobierno legítimo agotó todas sus fuerzas antes de fracasar en su resistencia en marzo de 1939. Madrid, como símbolo de esta fortaleza fue prácticamente la última plaza en caer bajo el poder franquista, y su rendición fue la clave para que la guerra no pudiera continuar en el resto del territorio republicano. Estas palabras de Oyarzábal muestran que la solución que los grandes países europeos esperaban, con una victoria de Franco que solucionara aparentemente el problema de la guerra española, no era viable para el gobierno legítimo —y para las fuerzas que le apoyaban—. Ante la realidad de sufrir el genocidio que estaban llevando a cabo desde el bando rebelde, o ver recortadas de manera radical todas tus libertades, tus derechos, y tu nivel de vida, la única solución que miles de españoles vieron factible fue continuar la lucha hasta las últimas consecuencias. El fragmento se construye, además, a través de la ironía, para demostrar lo que la autora considera la verdad

escondida sobre los argumentos diplomáticos planteados. La anáfora utilizada, a través del adjetivo “estúpido”, permite ofrecer una síntesis de lo que Oyarzábal ve como uno de los principales objetivos de los rebeldes. El texto intenta mostrar al lector la idea de que apoyar a aquellos que buscan la opresión y el retroceso del conjunto del país es en sí misma ridícula, por lo que resultaba lógico que los combates continuaran hasta el último momento.

El estado de la capital a finales de 1938 comienza a ser extrema. La resistencia continúa, y todavía queda cierto grado de confianza en una posible victoria. Pero las noticias nacionales e internacionales que llegan en estos momentos ofrecen poco margen a los madrileños para la confianza en que la situación se resuelva a su favor. Las tropas de Franco avanzan diariamente por todos los frentes, y los objetivos que toman son cada vez más relevantes. La situación de Cataluña empieza a ser desesperada, y el gobierno republicano ya se plantea abandonar Barcelona e intentar resistir en el norte de la región. Mientras tanto, Oyarzábal continúa con su labor diplomática ante el gobierno de Suecia. Desde Estocolmo procura mantener la calma y cumplir con sus labores de embajadora, a pesar de los ataques que recibe y de que el apoyo oficial a su causa —no el recibido hacia su persona, consideración que mantuvo el gobierno sueco aun después de la victoria franquista— resulta cada vez más tibio, con mayores presiones por parte de la oposición conservadora a que Suecia establezca relaciones diplomáticas con los rebeldes.

Oyarzábal no vivió directamente lo sucedido en estos últimos meses de guerra en España, pero su visión es importante porque su implicación en apoyo de la República y sus conexiones le permiten ofrecer datos importantes sobre lo que se estaba viviendo en la Península. Procura estar informada en todo momento, mientras cumple con su trabajo. Cuando llega la navidad de 1938, una carta le informa de la dantesca situación que se vive en un Madrid asediado y hambriento: “No había madera en Madrid y la familia de Germán no había podido comprar un ataúd para enterrarle [se refiere al padre de Germán, su marido, que es el autor de esta carta]. Unos amigos rebuscaron hasta encontrar unas cuantas cajas de frutas vacías y con ellas le hicieron una caja” (2010: 442). La ausencia de los recursos más básicos lleva a los madrileños incluso a carecer de la madera necesaria para enterrar a sus fallecidos. La muerte lleva tres años siendo parte de la vida diaria de la ciudad. El agotamiento de la población ante unas condiciones de vida tan duras se hace patente en las calles. Era cuestión de pocas semanas que las tensiones sociales que la Junta de Defensa había conseguido controlar durante toda la guerra estallaran.

La llegada de 1939 provoca en nuestra autora un fuerte estado de tensión ante las noticias que recibe diariamente desde España. La situación está a punto de desembocar en el fin de la guerra, con la derrota republicana, y Oyarzábal ve que sus esfuerzos y los de sus compatriotas no están siendo suficientes para defenderse de los franquistas. Ella misma reconoce que el trabajo extenuante fue la vía que utilizó para poder soportar la fuerte presión: “Recuerdo muy vagamente aquellos días de enero. Se me secaba la garganta cada vez que escuchaba noticias de España por la radio o cuando me traían la prensa. El teléfono me ponía el corazón en un puño. Encerrarme en mi despacho y trabajar me salvó de una crisis nerviosa” (2010: 443). Como vamos a observar a lo largo de los diferentes autores, la desesperanza y el miedo ante la inminente victoria de los rebeldes va a ir mostrándose en los escritos. En este caso, se trata de unas memorias escritas desde el exilio, cuyo objetivo es mostrar la dura realidad vivida por los españoles durante estos años. A pesar del dolor que provoca el recuerdo de estos hechos, el acto de contar cómo se vivieron los primeros meses de este año de 1939 resulta una forma de afrontar la pérdida que tuvieron autoras como Oyarzábal, así como ayudar a delinear la denuncia social y política contra el franquismo triunfante.

La caída de Barcelona, en febrero de este año, fue la muestra clara de que el fin de la guerra era irremediable. Este hecho tuvo un gran impacto en el valor y en la confianza de todos aquellos que apoyaban al bando republicano, ya que resultaba ser, al mismo tiempo, un adelanto simbólico de la pérdida de la guerra y la demostración fehaciente de la superioridad militar de los rebeldes. A pesar de la distancia, la noticia produjo en Oyarzábal gran pesar y angustia. Las palabras de estas memorias apenas permiten a la embajadora expresar el dolor que siente; aunque, como ella misma explica, tal hecho no resultó una sorpresa. Las noticias que llegaban diariamente desde finales de 1938 permitían prever que el desenlace estaba cerca, pero cuando la resistencia finalmente se desplomó produjo un duro golpe contra la esperanza, que todavía muchos mantenían de manera precaria:

A finales de enero supimos que el enemigo estaba ya tan cerca de Barcelona que la única salida posible era abandonar la capital catalana si no queríamos que la gente feneciese allí, atrapados como ratas. Intentaba no pensar en Cefe, Cefito, y Germán. Cefito había sido enviado a dirigir el hospital de Vich. Los demás permanecían en Barcelona. Lo inevitable ocurrió: Barcelona cayó. La noticia ya no pudo sorprenderme, aunque, aún [sic.] esperándola, sentí que era a mí a quien asestaban el golpe, como cuando alguien te comunica la muerte de un ser querido que ha estado mucho tiempo enfermo. La prensa comenzó a hablar del éxodo

español. Se decía que el ejército se había retirado a una nueva línea y que tomaba nuevas posiciones (Oyarzábal, 2010: 444).

De manera metafórica, el texto nos muestra el recibimiento de la noticia como una paliza. El dolor psicológico que produce el suceso es tal que parece provenir de impactos directos contra el cuerpo. Oyarzábal siente de esta manera la caída de la ciudad debido a sus convicciones ideológicas. Tal hecho supone una adversidad muy difícil de aceptar, aun cuando se haya finalmente producido. El texto vuelve a incidir en el destino que les espera a todos los republicanos que sean encontrados en la ciudad catalana cuando entren las tropas rebeldes: serán tratados como seres inhumanos, a los que no hará falta tener la misma consideración que al resto de personas. Por ello se les denomina «ratas», tal y como les mostraba la propia propaganda franquista.

A pesar de las terribles noticias que se reciben diariamente, y del ambiente de resignación y temor que se empieza a propagar ante el inexorable avance franquista, la esperanza continúa viva entre los republicanos. Como veremos en numerosos autores, las llamadas a la resistencia continúan animando a la población y a los combatientes a impedir el avance del enemigo, aludiendo siempre a que la pérdida de libertad que su llegada supondría es algo mucho más perjudicial que la rendición. El abandono del vigor que ha caracterizado la lucha durante los tres años anteriores es visto en muchos textos, aun dentro de la situación desesperada que se advierte, como forma más rápida para que se produzca la victoria definitiva de Franco. Por ello, siempre que se conserven las fuerzas, autoras como Oyarzábal creen que todavía puede existir confianza en la supervivencia de la República y de sus ideales:

Ahora perdíamos Barcelona y lo que quedaba de Cataluña [sic.] pero continuaba la lucha en Madrid, Guadalajara, Valencia, Murcia, Cuenca, Ciudad Real, Jaén, Albacete, Alicante, Almería. Continuaban luchando por cada pulgada de tierra porque [sic.] aunque estuviese asolada por el fuego, las bombas y la metralla, también estaba bañada por la sangre de los hombres y mujeres que había [sic.] muerto para que España no perdiese la libertad (2010: 445).

A través de esta enumeración, que comienza con Madrid —como ciudad más importante para la resistencia—, Oyarzábal intenta mostrar cómo todavía quedan posibilidades de continuar la lucha contra los rebeldes. A pesar de que la situación ofrece cada día peores augurios a las fuerzas del gobierno legítimo, esta autora considera que la

guerra solo podrá terminar con la conquista del resto de las plazas que continuaban apoyando al bando republicano.

El optimismo que reflejan estas líneas, a pesar de la difícil coyuntura que se va a vivir en estos últimos meses, es confirmada posteriormente por un gesto que realiza el gobierno republicano. Madrid se ha mantenido durante toda la guerra como el gran símbolo de la resistencia contra el fascismo y contra el avance del ejército rebelde. La importancia estratégica de la ciudad se une a su significación como el mayor baluarte que conserva la República, cuyo mantenimiento por sí solo supone un impedimento para que Franco pueda conseguir su victoria final en esta guerra. Después de retirarse tras las líneas pirenaicas, los miembros del gobierno legítimo consideran que la guerra no ha terminado todavía, y deciden viajar al Madrid sitiado para continuar dirigiendo desde allí la resistencia de la población y de las fuerzas que quedan del ejército popular. Oyarzábal recoge en estas memorias la noticia como muestra de que la guerra todavía no ha terminado, y de que el enemigo todavía no ha podido acabar con toda la oposición: “A los pocos días se supo que el gobierno había volado a Madrid y renació la esperanza en nuestros corazones. Me negué a discutir diferentes salidas. Lo único que importaba era que la caída de Cataluña no había destruido nuestra última oportunidad. La palabra «Madrid» surgió de nuevo ante los ojos atónitos de la gente” (2010: 449). Madrid por sí misma logra acaparar el asombro de parte de Europa, según considera Oyarzábal, al resistir en una situación tan poco propicia para ello que resulta poco verosímil. Y ello también refuerza los ánimos para continuar el trabajo en contra del avance franquista, aunque solo sea durante las pocas semanas que quedan todavía hasta la derrota definitiva.

Las memorias de Oyarzábal están construidas como un contra-discurso enfrentado a lo que la propaganda franquista exponía, una y otra vez, sobre el conjunto de los republicanos. La configuración del exogrupo que se había llevado a cabo desde inicios de la guerra se encontraba marcada por la deshumanización y la descripción maniquea y estereotipada de todos los fallos en los que supuestamente caerían la mujer y el hombre republicanos. Sin entrar ahora en cómo el discurso republicano también mostró estas características, a la hora de describir al contrario, uno de los objetivos más destacados que muestra Oyarzábal al escribir sus memorias es, precisamente, desmontar esta verdad alternativa que sobre el conjunto de la República había sido construida por el bando

rebelde<sup>48</sup>. Es por ello que ella insiste en los tópicos para, precisamente, mostrar su falsedad y falta de relación con la realidad ante los ojos del lector:

Acepté agradecida y, según nos íbamos alejando, pensé que habría podido echarme a reír a carcajada limpia. Este país pacífico y cortés era la España que la propaganda fascista llamaba antiespaña y declaraba tan lleno de asesinos rojos que ninguna mujer podía salir de casa sin arriesgar su vida. Ahí estábamos Marisa y yo solas en una carretera desierta por la noche, con un chófer que acabábamos de conocer, recibiendo la ayuda de un desconocido y ninguno de aquellos dos hombres parecía tener la más mínima intención de asesinarnos (2010: 368).

Nuestra autora pretende enfrentarse a la falta de adscripción a la realidad de la que se veía rodeada en su trabajo como republicana. La ironía y el humor se convierten en las armas adecuadas dentro de un contexto en el que la contienda política debe bregar con la desaparición del concepto de verdad, un término elusivo que parece haber quedado enterrado entre la propaganda y la aparente necesidad de destruir al contrario a cualquier precio. Una verdad que desaparece del discurso, debido al triunfo progresivo de una versión complotista sobre la guerra contra la que precisamente autoras como Oyarzábal procuraron luchar durante toda su vida. Todo ello dentro de la lucha contra esta disociación que estaba provocando el aislamiento internacional de la República, y que consistía en la construcción de una nueva verdad que sirviera a los propósitos políticos de sus creadores, una vez que la misma realidad había dejado de ofrecer las respuestas que ellos esperaban. Tanto Franco como el coronel Casado configuraron un discurso en el que la seguridad y la visión teleológica del futuro podían materializarse, aunque eso supusiera recurrir a una posverdad encaminada a sustituir a una realidad que poco tenía que ver con las ideas contenidas en estos discursos. Un proceso que, tal y como explica

---

<sup>48</sup> Como ejemplo de esta visión maniquea sobre los republicanos —mantenida de manera general por aquellos intelectuales que apoyaron a Franco y al Falangismo, al despreciar todo tipo de cultura que se opusiera a sus ideas políticas (Schwartz, 1965)—, podríamos citar esta descripción que realiza Wenceslao Fernández Flórez en su novela *Una isla en el mar rojo* (1939): “Crepitaron al día siguiente las armas de fuego en las calles de Madrid, por donde se extendió de pronto ese populacho típico de todas las revoluciones: infrahombres sucios, de ceño asesino; mujeres hienas, vociferadoras y desgredadas, que llevaban en los ojos la alegría de poder matar; chicuelos alborotadores, orgullosos del revólver que habían conseguido, pero cuyo mayor placer eran las llamas de los incendios; toda la gentuza que sufre de fealdad física o de fealdad espiritual, la que lleva las serpientes de la envidia en el caduceo de su impotencia, de su inservicialidad; la que representa el salto al aborigen salvaje, la que no tiene en el alma más que una fuente de odio con la que quisiera anegar al mundo; una plebe exaltada, feroz, que invadía las calles, pasaba en camiones, escalaba los techos de los tranvías y lucía con petulancia amenazadora sus instrumentos de muerte” (1966: 580-581). Oyarzábal ataca ideas sin fundamento como la que expone Fernández Flórez, al intentar enfrentarse a un proceso discursivo cuyo único objetivo era deshumanizar al contrario y objetualizarle a través del desprecio más absoluto a su figura física y moral.



la investigadora Sylvie Taussig, tiene como uno de sus principales objetivos luchar contra el azar:

Pour les conspirationnistes, le doute est second ; ce qui es premier est la vérité non questionnée.

(...) La vérité à laquelle ils tiennent est que le hasard n'existe pas ; rien n'est le produit de circonstances et de situations, mais tout relève d'une intentionnalité maligne, celle des maîtres du complot, qu'ils soient Juifs, francs-maçons, illuminés, reptiliens, adaptes de la théorie du genre, etc. La vérité commune des conspirationnistes est que le sens déborde le hasard ; le hasard est une mystification aux mains de ceux qui contrôlent à la fois les événements et la science qui les conceptualise ou les construit. Le fantasme du hasard aboli se reflète dans la toute-puissance imaginée sans limites des «comploteurs». Mais c'est une simple projection du conspirationniste que de penser que le menteur posséderait la vérité ou croirait qu'elle existe absolument. Le menteur est plutôt un adepte de la realpolitik, du coup de poker, un artiste du contexte pour qui le hasard prime (2021: 58-59).

La traición del coronel Casado hacia el gobierno republicano, con el apoyo de importantes figuras políticas de la República como el socialista Julián Besteiro, apenas es mencionada en la obra. El golpe de Estado parece llegar a oídos de Oyarzábal como un hecho consumado, envuelto en la desinformación y la falta de comprensión acerca de cómo se estaba desmoronando el aparato estatal republicano. La distancia impedirá, en este episodio concreto, que nuestra autora pueda conocer los detalles del golpe y de lo sucedido en Madrid con mayor certeza. Pero ello no le entorpece para expresar su opinión a partir de las noticias y los rumores que le llegan hasta Estocolmo:

En Madrid el rumor de que el general Casado se había sublevado contra Negrín corrió como un reguero de pólvora. El teléfono de la legación no dejaba de sonar con periodistas, amigos y desconocidos pidiendo noticias. Perdía la esperanza y me sentía perdida, ni siquiera sabía quién era el general Casado, evidentemente algún oscuro oficial de segunda al que había podido el miedo o la ambición. Un poco más tarde, nos enteramos de que Casado había constituido una junta en Madrid con el líder socialista Julián Besteiro, distinguido académico, pero que quizás no había jugado tan limpio como hubiese debido en la guerra. Se había negado a aceptar ningún puesto e insistió en permanecer en la capital, trabajando en el Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid. Pero esto parecía una traición... (2010: 450).

Oyarzábal admite su sorpresa y su desconocimiento ante el complot de un coronel a quien ella misma adjudica el grado de general —de manera incorrecta, pues Casado rechazó dicho nombramiento por parte de Negrín, y prefirió continuar con su rango militar anterior—. Es la muestra de cómo, en estos momentos finales de la República, la realidad y el discurso establecido sobre la misma se separan hasta presentar cada vez menos concordancias. La traición de Besteiro, engañado por las falsas promesas de Burgos, se suma a la desesperación que nuestra autora siente al ver cómo es la deslealtad interna, enmascarada tras el discurso y la falta de veracidad de las informaciones, la que construye el final de la resistencia republicana.

La ciudad que a lo largo de estos tres años se ha convertido en un símbolo de la resistencia republicana termina concentrando sobre ella la mayor parte de las esperanzas de victoria de aquellos que apoyan al gobierno legítimo. La entrada de las tropas franquistas en Madrid a principios de 1939 pone fin a la defensa de los ideales que Oyarzábal había intentado proteger, y a la guerra civil en su conjunto. En sus memorias nuestra autora no refleja este hecho concreto ya que, una vez que se ha producido, el trabajo que estaba realizando junto a sus compatriotas para intentar salvar la República ya no tiene razón de ser. Tan devastadora resulta en ella la noticia, aun siendo esperada y temida, que no llega a recogerla en estas páginas. A partir de este momento va a enfocar sus esfuerzos en ayudar a todos los exiliados que pueda y en intentar procurarles un futuro. Al mismo tiempo, ella misma decide no aceptar la oferta especial que recibe del gobierno sueco para permanecer en el país, y decide emprender junto a su familia el exilio a México. Sin embargo, en este trabajo no solo se refleja el dolor y la inmensa tristeza que le produjeron estos acontecimientos. Como ha mantenido a lo largo de la obra, pretende que el final también resulte optimista. Sigue creyendo en el futuro, y todavía alberga esperanzas para que la situación española, aunque ella ya no pueda estar allí, pueda mejorar algún día: “Puedo mirar fuera de mí y, con mi mano en la de Cefe empezar a vivir de nuevo, pensando en España, segura de España y llena de gratitud hacia México” (Oyarzábal, 2010: 468).

El orgullo que nos ha mostrado a través de toda la obra tiene también su reflejo al final, cerrando ideológicamente este trabajo. Ni siquiera la victoria definitiva de Franco y el conocimiento de todas las atrocidades que estaba cometiendo en la península impiden a Oyarzábal seguir siendo optimista sobre la situación de su país. A pesar de que debe comenzar una nueva vida en una tierra nueva, las últimas páginas no dejan lugar a la derrota, que había sido tan temida en capítulos anteriores. Estas memorias se organizan

en torno a la exploración y defensa de la libertad, que como hemos visto es identificada por Oyarzábal con los valores republicanos. Por ello, ante el triunfo de los rebeldes, la única manera de seguir manteniendo dicha libertad es el exilio. La lucha no ha terminado con la caída de Madrid o con el fin de la guerra, sino que debe continuar hasta que Franco sea derrotado. El dolor que esta nueva experiencia provoca es soslayado, sin embargo, por el optimismo ante el futuro, y el orgullo por mantener, gracias a él la autonomía y la voluntad por las que ha luchado durante toda su vida:

[hablando del exilio] Quizás nos traería felicidad y prosperidad, quizás nada más que tristeza. Imposible saberlo, lo único cierto era que, unidos, nos alejábamos de la España que habíamos amado, del pueblo del que formábamos parte, ahora prisionero de Franco o de los campos de concentración franceses. Encontraríamos toda clase de dificultades, pero éramos libres. Sentí que independientemente de lo que me deparase el destino, no sería feliz hasta que supiera a España libre (2010: 459).

### 2.3. Álvarez del Vayo: la defensa de la República tras la derrota

Julio Álvarez del Vayo (1891-1975) fue un relevante político español del Partido Socialista. Fue nombrado embajador en México poco después de la proclamación de la República, y elegido diputado en Cortes poco después. Largo Caballero decidió confiarle la cartera de Estado tras su llegada al poder, por su decisión frente a necesidad de resistencia contra los sublevados. Desde su puesto en el gobierno pudo comprobar cómo la mayor parte de los diplomáticos republicanos habían traicionado al gobierno, y prefirieron respaldar a los sublevados. Tuvo la tarea, por lo tanto, de reconstruir unos servicios diplomáticos que se concebían como esenciales para que la República pudiera salir victoriosa del conflicto (Casanova, 2014: 270 y 305). Su vehemencia y su interés en la defensa de la causa del gobierno legítimo pudieron ser vistas de manera repetida en sus intervenciones en organismos internacionales como la Sociedad de Naciones (Vedovato, 1938: 420-421). La llegada de Negrín al gobierno, en 1937, provocó que fuera sustituido por José Giral al frente del ministerio, a pesar de las presiones de los comunistas y de la UGT para que continuara en el cargo. Sin embargo, tras la formación del segundo gobierno del presidente, recuperó su cartera de ministro (Casanova, 2014: 326 y 334).

Aunque sus memorias no traten directamente del final de la guerra, es precisamente la negativa de nuestro autor a aceptar esa derrota, y la creencia en la posibilidad de revertir la situación lo que mueve toda la obra. Las dificultades que atravesó la República

durante los últimos meses de la guerra no le hicieron olvidar los continuos informes que llegaban sobre el ejército franquista y la represión que este estaba llevando a cabo en el territorio que controlaba. No vaciló en su convencimiento de que la única salida al conflicto pasaba por la resistencia, al menos hasta que se pudiera llevar a cabo una evacuación adecuada de todos los ciudadanos republicanos que pudieran sufrir represalias. Estuvo desde el primer momento comprometido con las políticas de Negrín, apoyándole incluso tras el golpe de Estado de Casado. Su convencimiento de que el gobierno republicano había actuado de la mejor manera posible se mantuvo hasta después de la guerra, así como su confianza en la viabilidad de los planes del presidente. Eran las noticias sobre las carnicerías y las persecuciones que se estaban realizando en la otra zona, según expone él mismo en sus memorias, lo que le llevó a intentar luchar hasta el final, con el convencimiento de que una capitulación solo serviría para provocar un mayor número de víctimas de las que ya se habían producido. Y sin que ello supusiera una búsqueda de venganza, o una ausencia de voluntad negociadora con Franco, según insistirá en *Freedom's Battle* (1940), publicada desde su exilio:

The Republican Government cannot reproach itself with having, during the war, ordered or tolerated mass slaughters such as those of Badajoz and Málaga, and it would never have plunged Spain into a sea of blood after the war was over. We should have refrained from such a course not only because of its utter repugnance, but also because we were neither so stupid nor so ignorant of the feelings of the Spanish people as to believe that anything can be built up in Spain on a basis of terrorism and concentration camps. The policy of reconciliation on which the Negrin Government based its program of the Thirteen Points was inspired not merely by motives of generosity, but by the conviction that the only way to reconstruct the country and to ensure a happier future is to put aside all hatreds and differences and to reunite the people in a common task. This was and still is the only intelligent and the only possible policy (Álvarez del Vayo, 1971: 178).

En 1940, cuando Del Vayo escribe estas memorias, la esperanza que existía por parte de los republicanos exiliados sobre la victoria aliada y el fin de la joven dictadura franquista explica el optimismo sobre el escaso futuro del sistema que se acababa de implantar en España. Sin embargo, el nuevo fracaso internacional que se vivió en 1945 para las aspiraciones del gobierno legítimo, dentro ya del contexto de la Guerra Fría y la lucha entre EEUU y la URSS, permitirá al dictador continuar con sus políticas de represión e

imposición ideológicas. Del Vayo escribió su obra dentro de una prolongación esperanzadora de la causa republicana, y la desazón que siente al ver la postura aliada ante España, después de tanta espera y sufrimiento, muestra claramente cómo la configuración ideológica de tantos republicanos se deshizo tras la guerra (Feis, 1960: 200-202). Para autores como Antony Beevor, el exceso de confianza de Negrín en su capacidad negociadora, que ni siquiera compartía su ministro Álvarez del Vayo, fue otro de los factores que coadyuvaron a la derrota final republicana. Los trece puntos de Negrín fueron un intento postrero por parte del gobierno para intentar terminar un conflicto que ya la República veía difícil poder ganar. Su planteamiento fue despreciado por Franco de la misma manera que luego lo serían las peticiones del Consejo Nacional de Defensa que prepararía Casado. Sin embargo, muestran cómo ambos grupos republicanos intentaron negociar, aun teniendo diferentes propósitos en cuanto al desarrollo y a la finalización de dichas conversaciones. La propuesta del gobierno de Negrín se basó no en el respeto a los militares de carrera y a sus supuestos derechos, así como en la cesión dentro de tantos aspectos fundamentales del régimen democrático español, sino en la idea de eliminar el factor militar de la vida española y proceder a una salida plebiscitaria para la guerra:

- 1- Assure the absolute Independence and integrity of Spain.
- 2- Liberation of Spanish territory from foreign forces.
- 3- The defence of the people's Republic and of a state based on democratic principles.
- 4- The calling of a plebiscite as soon as the war had ended.
- 5- Without undermining the unity of Spain, the protection and encouragement of the cultures of its various peoples.
- 6- Respect for citizens' rights: liberty of conscience and religious practice.
- 7- Respect for legal property and foreign capital.
- 8- A profound agrarian reform and democracy in the countryside.
- 9- Advanced social legislation to guarantee the rights of workers.
- 10- The improvement of political parties and to be the instrument of the people.
- 11- An army independent of political parties and to be the instrument of the people.
- 12- the renunciation of war as an instrument of national policy.
- 13- A broad amnesty for all Spaniards (Beevor, 2006: 377).

Del Vayo considera, a lo largo de toda esta obra, que el apoyo internacional que tuvo Franco fue el factor decisivo para el fin de la República. El Comité de No Intervención se convertiría en una farsa política destinada a esconder las aspiraciones de paz de las democracias británica y francesa. Ni Londres ni París se decidieron a apoyar a un

gobierno republicano que necesitaba del respaldo internacional para poder sobrevivir al conflicto.

Nuestro autor fue una de las piezas clave de los esfuerzos republicanos para modificar esta situación. Según explica en sus memorias, inicialmente decidieron apoyar el comité que proponía Londres como una medida útil para su causa (1971: 234). Si eran solo los españoles de ambos bandos los que luchaban en la península, sin ningún tipo de intervención extranjera, Madrid no tendría demasiados problemas para recuperar el control de la situación. Esta era la convicción del ministro de Estado, y de los diferentes gobiernos que se instituyeron durante el conflicto. Sin embargo, la política de No Intervención se encaminó a mantener, únicamente, alejados del campo de batalla a los posibles aliados del gobierno, mientras los estados fascistas aumentaban progresivamente su ayuda a los ejércitos franquistas:

The failure of the rebel offensive against Madrid might have meant a Speedy victory for the Republicans if Germany and Italy had not felt certain that they could carry through their Spanish enterprise with impunity to the very end. Non-Intervention opened up for them the path to total intervention. Convinced that, left to themselves, the rebels had no chance of winning, Hitler and Mussolini decided to carry on the war on their own account. The dispatch to the insurgents of technicians and aviators, airplanes and war material –in increasing numbers, but only by way of subsidiary support– was followed by the shipment of units of the German and Italian regular armies, whose presence in Spain, while it scandalized world opinion, left the London Committee completely unmoved (Álvarez del Vayo, 1971: 41).

Las acusaciones de Del Vayo se centran en este apoyo injusto que recibió el bando rebelde, y que dejó sin efecto la capacidad del gobierno para responder ante la amenaza que se levantaba contra él. Según las consideraciones del ministro, el golpe de Estado fracasó, pero el esfuerzo bélico se pudo mantener gracias a los intereses de las dos potencias fascistas de Europa. La República, a pesar de la opinión favorable hacia ella, fue abandonada internacionalmente mientras debía luchar sola contra el esfuerzo conjunto de Franco, Roma, y Berlín. Del Vayo insistirá en sus memorias continuamente sobre el enorme esfuerzo que le supuso a su gobierno y al pueblo republicano sostener la resistencia durante toda la guerra, sin unos apoyos que este político consideró indispensables. Considera que no fue la democracia española la que falló en esos momentos, tal y como la crítica política intentó mostrar, sino que fueron las democracias occidentales las responsables de la derrota republicana y la victoria final que logró Franco:

Democracy, Spanish democracy, did not fail in Spain during the war. It was European, and to certain extent American democracy that failed in Spain, and failed lamentably.

The British and French democracies, in particular, failed to recognise in time that the battle between democracy and Fascism was being fought in Spain, and that the result of the struggle would have a profound effect on the political development of Europe. Their behaviour throughout the Spanish War was characterized by that same slowness and inability to oppose the firm and rapid action of the totalitarian states which has brought Europe within two years under the hegemony of the Axis. They invented Non-Intervention when the Italian and German airplanes were already known to be on rebel territory. In the London committee they were the constant victims of, if not connivers, at the facile manoeuvres of the aggressor states (Álvarez del Vayo, 1971: 265).

Del Vayo enmarca la Guerra Civil dentro del contexto de la inminente guerra mundial, como un prolegómeno del conflicto que se iba a vivir en la lucha contra el fascismo. Debemos tener presente que, también desde el lado franquista, se consideró como una lucha a nivel europeo, una defensa del fascismo global dentro de una “Internacional Blanca” (Alonso, 2018). España no estuvo sola en su lucha, y ese fue la gran razón que, para este ministro, llevó a la derrota republicana. El Eje estaba ya consolidándose, las potencias fascistas habían comenzado su trabajo para intentar dominar Europa. Desde el inicio de la Guerra Civil, conscientes de que una victoria rebelde sería siempre mejor para sus planes de conquista que un triunfo gubernamental, aprovecharon el miedo del resto de potencias europeas al inicio de una guerra para ser ellos los únicos que pudieran prestar una ayuda extranjera eficaz. Alemania e Italia habrían tenido grandes dificultades si el conflicto europeo se hubiera iniciado antes de 1940, pero comprobaron que sus actuaciones en España no recibieron apenas ningún tipo de condena internacional. La violación sistemática del pacto de No-Intervención supuso, en la práctica, el abandono de la República frente a las potencias fascistas. La esperada victoria de los aliados fue la gran esperanza que tuvieron los republicanos españoles una vez que se produjo la definitiva derrota de las fuerzas gubernamentales. La II Guerra Mundial se convierte, de esta manera, en una prolongación simbólica del conflicto nacional, aunque ahora los contendientes sobre los que se depositaron las esperanzas fueran Inglaterra, Francia, la URSS y EE.UU. Aunque finalmente —en el marco de la Guerra Fría y la política de bloques que ya se fraguaba desde 1944— los aliados declinaran la posibilidad de intervenir en la Península y expulsar a Franco del poder, durante el tiempo que duró la guerra miles de españoles confiaron en

que este nuevo conflicto supondría una victoria postergada para su causa. El dictador se presentó con éxito como la alternativa necesaria al “peligro comunista”, logrando la no intervención militar en España (Cazorla-Sánchez, 2005: 519). Para historiadores como Eric Hobsbawm se trató de un conflicto que sirvió de prolegómeno a la guerra europea:

Aunque les había unido una amenaza común, esa sorprendente identificación de opuestos, Roosevelt y Stalin, Churchill y los socialistas británicos, De Gaulle y los comunistas franceses, habría sido imposible si no se hubieran suavizado la hostilidad y la desconfianza mutuas entre los defensores y los enemigos de la revolución de octubre. La guerra civil española lo hizo mucho más fácil. Ni siquiera los gobiernos antirrevolucionarios podían olvidar que la República española, con un presidente y un primer ministro liberales, tenía toda la legitimidad constitucional y moral para solicitar ayuda contra los generales insurgentes (2012: 167).

La traición de Casado, que Álvarez del Vayo vivió en todo momento junto a Negrín, fue más de lo que el gobierno pudo soportar. Tras la caída de Cataluña, el ministro regresó a España para intentar continuar con su labor de resistencia y negociación en las zonas que todavía se mantenían bajo control republicano (Álvarez, 1971: 290). A pesar de que era consciente de que el derrotismo se extendía por los cuadros del ejército y por entre la población civil, no dejó de confiar en alguna posibilidad de resistencia hasta que un cambio internacional, algún suceso europeo permitiera a las potencias occidentales intervenir en la guerra en favor de la República. Del Vayo creyó firmemente que esta era la única salvación que tenían, y que se trataba del único camino que su gobierno podía tomar de manera legítima. Las negociaciones, que Franco no quiso ni iniciar, nunca darían, a su entender, las seguridades suficientes para impedir las represalias y permitir que los españoles eligieran libremente la forma de gobierno que querían para su país. La propuesta de Negrín de eliminar a los militares del tablero de juego y convocar un plebiscito no podía ser atendida por Burgos, ya preocupado por cómo instaurar y mantener el sistema dictatorial que habían ideado. *Freedom's Battle* es una obra escrita para mostrar, a pesar de las dificultades que atravesaba la República, cómo Del Vayo seguía viendo una posibilidad real de esperanza tras los reportes y la capacidad defensiva de sus ejércitos. Era lo que, a su entender, hubiera evitado las represiones masivas que luego Franco llevaría a cabo. El ministro era consciente de la extensión del derrotismo, y de las dificultades para seguir luchando, con el cansancio y el pesimismo conspirando contra ellos. Pero escribió sus memorias para reivindicar que los planes de su gobierno no eran una ensoñación, sino el único proyecto válido que ellos vieron para la República, en su momento



de mayor necesidad. Esto es lo que opinaba sobre la situación de Madrid y de la resistencia republicana en su regreso tras la caída de Cataluña:

Externally the situation in the central-southern zone had not changed during my absence. The civilian population and the army were still suffering from the deplorable effects of the defeatist campaign, which were even greater than the natural weariness caused by the length of the war. Nevertheless, authentic reports from the front showed that in spite of the many attempts to disillusion the people, they were still prepared to fight to the end because, their instinct told them, there was no other way out.

(...) Resistance for a further six months was no idle dream. It only needed the strengthening of public morale, the reorganization of services, and the removal from posts of authority of certain unreliable and defeatist elements, to say nothing of accomplices of the enemy. Both Madrid and Valencia could have held out, but even if those two cities had fallen, a line defending part of the province of Albacete, the province of Murcia, part of Almería, the province of Alicante, and the south of Valencia could still have been maintained (1971: 304-305).

La memoria de la defensa de Madrid y la confianza de las fuerzas franquistas en su inminente victoria eran, para Del Vayo, motivos suficientes para justificar esta Resistencia que clama como plausible y factible con las circunstancias que atravesaban. La otra solución, como también procura resaltar, era dejar paso a las represiones masivas que Franco solo estaba esperando para poder iniciar.

Del Vayo centra su análisis, por lo tanto, en lo que él considera el contexto de represalias que Franco estaba dispuesto a instaurar tras la rendición republicana. Se muestra consciente a lo largo de todas las páginas de sus memorias de la responsabilidad que tiene como parte del gobierno de Negrín, y de las dificultades que supondría una paz que, en todo caso, no cree posible poder negociar. Aunque la resistencia era difícil, y a pesar de las enormes privaciones que soportaba la población, el ministro creyó que la alternativa a continuar el esfuerzo bélico era todavía peor. No se trataba solo de una lucha ideológica por la imposición de uno u otro programa político. Ni siquiera de una contienda basada en el poder y en la legitimidad de uno u otro gobierno. Sino en la consciencia de estar defendiendo las vidas de miles de republicanos, que no tendrán ninguna otra salida una vez que Franco entre en Madrid. Del Vayo considera que su actuación se basó en la situación desesperada en la que se encontraban, abandonados por las potencias occidentales y con la creciente oposición de los mandos militares de la zona centro-sur, que mantenían la mentalidad de preguerra acerca de la posible camaradería entre los oficiales de ambos

bandos. Las páginas que escribe reflejan este sentimiento de no albergar otra salida plausible; al menos, no una que no les llevara al exterminio. Intenta mostrar al lector cómo mantuvo la esperanza hasta el final, mientras consideraba que el franquismo no tendría ningún tipo de piedad si ellos decidían deponer las armas. Así explica cómo vio Madrid tras su regreso en febrero, poco antes del golpe de Casado:

It was torture to think that this city—a city without counterpart— might soon be subjected to the irreverence and frivolity of those who had so often proved themselves incapable of showing that respect for a brave opponent which is the mark of a true soldier. Since the enemy's law was a law of hate, it was not difficult, although inexpressibly painful, to foresee the extent of the reprisals when the time should come to surrender. No government with a clear conception of duty towards its people could do less than defend the city until the great democracies which were ready to recognize Franco should promise to impose the condition of humane treatment, nor could they do other than go on defending it if this guarantee were not given (1971: 293-294).

La confianza que Londres y París depositaron oficialmente en el gobierno de Burgos acerca del respeto de la vida humana de los republicanos es, para Del Vayo, una muestra del abandono que intenta presentar en esta obra. Considera que su gobierno no podía aceptar ninguna garantía de Franco, ya que los hechos que había cometido a lo largo del conflicto impedirían confiar en que cumpliera cualquier tipo de promesa relativa a evitar las represalias o a llevar a cabo el plebiscito que Negrín propuso celebrar (1971: 297). Establece la disposición de negociación que siempre mantuvo su gobierno al mismo tiempo que explica su falta de confianza en que se pudiera alcanzar ningún acuerdo. A pesar de la retórica, demuestra que sus planes y los del presidente no pasaban por hablar con el otro bando en conflicto, sino por lograr una evacuación lo más amplia posible que impidiera depender completamente de la voluntad de Burgos.

*Freedom's Battle* organiza las claves del final de la guerra torno a dos premisas. La capacidad de resistencia que hubiera tenido la República si no se hubiera producido el golpe de Estado de Casado, y el efecto que el derrotismo tuvo entre las filas del ejército. Del Vayo quiere presentar cómo fue la confianza y lo que su gobierno vio como una posibilidad factible de esperar un cambio próximo de la política europea como la mejor salida al conflicto que vivían. Sin esperar que las negociaciones pudieran servir más que para dilatar el final de la guerra, y preocupado por la evacuación de los miles de republicanos que se encontraban en la zona Centro-Sur, la resistencia a ultranza tan criticada por

Julián Besteiro y por otras destacadas personalidades republicanas fue concebida como la única solución posible que salvaguardara lo que ellos consideraban más importante, la vida del mayor número posible de personas. En torno a la figura de Negrín se creó durante la época en la que escribe esta obra, ya en el exilio, una red de apoyo y reflexión sobre la República que se centraba en la figura de esperanza que, para muchos exiliados, representó el presidente (De Hoyos, 2016). Del Vayo mantiene esta línea general en sus consideraciones. Según sus propias palabras, a pesar de que el derrotismo fue concebido como un sentimiento general, el resultado de los planes casadistas llevó a una situación extrema a los republicanos que no pudieron escapar de los ejércitos franquistas, y al resto de la población (Álvarez, 1971: 327).

Del Vayo se centra en estas memorias en el franquismo, intentando explicar cómo este era un peligro para España y para Europa. Casado y su golpe de Estado recibe una consideración más secundaria dentro de la obra. El ministro se duele de lo que él considera un ataque desde dentro que no vieron venir. Pero se centra en explicar cómo su gobierno mantuvo siempre la voluntad de seguir ayudando a los republicanos, preparando los planes de evacuación que les fuera posible y continuando con el aprovisionamiento de los territorios que todavía resistían, ahora bajo el control de Casado (Álvarez, 1971: 320).

Según sus propias palabras, pronto se vio en Inglaterra y en Francia el error que se había cometido con la República española. Así termina su narración sobre los últimos días de la guerra, para pasar después a finalizar la obra con un pequeño alegato contra el franquismo y su relación con el fascismo. Su objetivo no es solo mostrar la labor que llevó a cabo el gobierno de Negrín, del que él fue un elemento importante, sino también intentar demostrar el daño que el franquismo había hecho ya, en menos de dos años desde la victoria, al conjunto de la sociedad española. En el momento en el que está escribiendo *Freedom's Battle*, la guerra en el continente europeo acaba de comenzar. La esperanza de que la victoria de los aliados lleve al fin de la dictadura franquista es fuerte entre todos los republicanos exiliados. El paso de los años les mostrará que otros intereses, el juego de poderes de la cercana Guerra Fría les impedirá ver cumplidos estos deseos. Pero Del Vayo procura que su obra sirva para explicar los horrores que está cometiendo el general Franco, y realizar un llamamiento a las democracias occidentales para resucitar a la República española.

Debemos enmarcar este texto dentro de su programa político. Las repetidas llamadas a la buena voluntad del gobierno de Negrín, así como su defensa acérrima de la

democracia española obedecen a un último intento de cambiar el curso de la guerra española. El diplomático republicano sabía que la victoria española no había terminado. Al igual que el conflicto civil había formado parte de los enfrentamientos entre bloques que derivaron en la II Guerra Mundial, la derrota de la Alemania nazi podría llevar a un restablecimiento de la democracia en Madrid.

Del Vayo publica sus memorias sabiendo que está escribiendo un documento político. No se trata, por lo tanto, del análisis personal de los recuerdos y las experiencias que él mismo vivió, al igual que sucede en otros muchos textos de este género. Su significación es mayor, al revestir de rememoraciones lo que es, en realidad, un documento político. No se centra en su vida, o en su paso por los diferentes escenarios que presenta. Estos son elementos apenas relevantes para la narración. Su objetivo es el análisis del programa político llevado a cabo por su gobierno. Pretende desmentir y contraatacar cada una de las acusaciones que sobre la República se vertieron por parte de los sublevados. Es una respuesta a la situación internacional que está viviendo. Cree que, con un documento de estas características, puede intentar mover a la opinión pública a su favor. Y tener una oportunidad de que los gobiernos occidentales intervengan en España, al finalizar el conflicto europeo.

La primera edición de esta obra se publica en 1940. Del Vayo pretende, a través del uso de un relato aparentemente personal, defender la imagen de su gobierno en el exilio. Los combates de la guerra europea acaban de comenzar. La política de No Intervención que se había mantenido hasta el final, aislando a la República, ya no tiene cabida en el nuevo contexto. *Freedom's Battle* utiliza el género memorístico para buscar un cambio en las cancillerías occidentales, un compromiso firme con el bando aliado. Es parte de su esfuerzo por cambiar la postura de unos gobiernos con los que ha estado años intentando dialogar.

Un año después, en 1941, Álvarez del Vayo publicará un artículo elogiando la postura del embajador norteamericano William E. Dodd. Al igual que en sus memorias, insistirá en cómo la propaganda nazi ha servido para crear una visión distorsionada de la República española, y se servirá de la labor de este diplomático para reafirmar sus ideas:

No incident of German foreign policy or any of its implications escaped this alert observer, whose diary is like a seismograph accurately recording the different intensities and geographic locations of the Hitler aggression. Hitler did not fool him when he presented himself as the greatest bulwark against the spread of Communism in Europe. Ambassador Dodd felt sure

that the very moment it would fit Hitler's plans to turn to Moscow he would not hesitate to throw away his pretended hatred of Communism, which had been used only to divide liberal forces everywhere and to present the Spanish Republic and Dr. Benes's government as instruments of Soviet policy (1941: 344-345).

Del Vayo se apoya en otro diplomático que también denunció la política contraria hacia la República que se vivía en Occidente. El desprecio a la Rusia soviética fue dirigido también hacia el gobierno de Negrín. Desde el exilio, nuestro autor no cesó en su intento de cambiar esta situación. El comunismo se transforma, por lo tanto, en un motivo clave de su discurso. Nuestro autor intenta defender la labor del Partido Comunista en su apoyo al gobierno de Negrín, al mismo tiempo que rechaza las acusaciones de servilismo a la URSS de las que le acusan.

*Freedom's Battle* se convierte, de esta manera, en un alegato defensivo contra la supuesta colaboración de su autor con el PCE. Frente a una parte de la historiografía, que defiende que ni Negrín ni su ministro del Vayo estaban dirigidos por las políticas soviéticas, autores como Burnett Bolloten afirman que esta colaboración fue más allá de una necesaria alianza para proteger la República, y que los intereses de Moscú dirigían el gobierno de Negrín (1991: 138-144). El diario se convertiría, de esta manera, en un intento de ocultar los lazos que llevaron a su gobierno a pactar con una potencia extranjera que era cuestionada en todo Occidente. Dejaría de lado el análisis histórico de la situación para centrarse en aquellos hechos que permitieran alejar a la opinión pública de esta relación. Procura, en un complejo ejercicio dialéctico, defender la labor del PCE —y, por extensión, la de su propio gobierno— al mismo tiempo que se aleja de la órbita soviética. Se trata, por lo tanto, de una obra que, más que reflejar las memorias del autor sobre su labor al frente de un ministerio republicano, intenta convertirse en un documento político destinado a exculpar y defender sus políticas y las del presidente Negrín.

Durante 1938 y los primeros meses de 1939 Del Vayo, a través de Marcelino Pascua, embajador español en París, intenta desesperadamente cambiar la postura francesa sobre la República. El gobierno galo intenta desentenderse de la cuestión española, y acercarse en secreto a Franco, mientras va dejando a un lado la política de escasa vigilancia sobre la frontera pirenaica que había mantenido hasta el momento, según explica el profesor Ricardo Miralles. Londres, como hemos visto, decidió abandonar al gobierno de Madrid, y enfocar la solución del conflicto sobre Burgos. París, por su parte, no vio otra solución que seguir los postulados de sus aliados británicos. La posibilidad de alejarse de

ellos, y defender sus propias políticas, era concebida como un desiderátum demasiado peligroso. La amenaza alemana, siempre presente en el horizonte de la política francesa durante la Guerra Civil, fue crucial para que los esfuerzos diplomáticos llevados a cabo por Del Vayo y por el embajador Pascua no obtuvieran los resultados esperados:

Aussi bien à cette occasion que dans toutes celles qui surgirent autour du problème espagnol, la France se refusa toujours à prendre le risque de s'isoler de la Grande-Bretagne. L'Espagne en fut consciente dès le début et lutta pour rompre cette espèce de chaîne britannique qui enlevait à la France sa liberté d'action par rapport au problème de la guerre civile espagnole. La dépendance française vis-à-vis de la politique britannique dans cette période n'est plus aujourd'hui mise en doute et, si nous considérons que les milieux gouvernementaux britanniques manifestaient une hostilité presque unanime envers le gouvernement de Madrid et qu'on y avait parié dès le début sur une victoire de Franco, qui n'impliquât pas son futur alignement aux côtés des puissances de l'Axe, il n'est pas difficile d'imaginer les conséquences pour l'Espagne du fait que la France suivît la politique extérieure des cabinets britanniques. Il faut reconnaître, cependant, que la France se serait retrouvée absolument seule si elle avait essayé de mettre en pratique une politique différente de celle de Londres (Miralles, 1997 : 62).

Las memorias que hemos analizado nos muestran este grito desesperado porque la postura española sea oída en Londres, allí donde el gobierno republicano considera que se encuentra la posibilidad de cambiar el final de la guerra. Los recuerdos personales, así como el análisis crítico y riguroso de lo sucedido son dejados a un lado por Del Vayo, quien sigue firme en sus ideas políticas y busca, únicamente, continuar con su trabajo como ministro desde el exilio. No busca presentar a sus lectores una reflexión sobre lo sucedido, sino llevar a cabo un llamamiento a la acción, para modificar lo que él cree que es una injusticia. De ahí la falta de autocrítica y de observación de todo lo sucedido durante su mandato como parte del gobierno de Negrín.

2.4. “Lo de siempre: resistir, resistir, resistir”: Entre el rechazo de Negrín y la crítica a Casado en las memorias de Cipriano Mera

A lo largo de este trabajo, hemos podido comprobar el papel que tuvieron los miembros más destacados del Consejo Nacional de Defensa durante el golpe de Estado que arrebató al gobierno de la República el poder y precipitó el final de la guerra. Tras acercarnos brevemente a la visión legitimista —de la mano de la diplomática Oyarzábal y, en mayor medida, del ministro Álvarez del Vayo—, ahora pasaremos a analizar los

escritos de otro de los protagonistas de este periodo; alguien que, en este caso, apoyaría el golpe de Casado: el sindicalista y anarquista Cipriano Mera.

De entre los textos que podríamos haber seleccionado para su análisis en este bloque de nuestro trabajo, las memorias de Mera resultan relevantes por mostrar una perspectiva crítica desde el interior del Consejo Nacional de Defensa. Como una de las figuras más destacadas del imaginario republicano de la guerra, Mera tuvo un papel relevante en la defensa republicana, por lo que su apoyo a Casado —y con él, el del conjunto de los anarquistas— fue una de las razones de mayor peso para desposeer a Negrín del poder.

Bajo el título de *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, las memorias de Cipriano Mera pudieron ver la luz en 1976 en una edición francesa de la editorial Ruedo ibérico, un año después de la muerte de su autor. Escrita en lo que podríamos denominar como estilo primitivo, caracterizado por una aparente falta de cuidado en la escritura, las memorias de Mera cuentan con la fuerza de la inmediatez al mismo tiempo que la transmisión de las impresiones del autor cobra relevancia frente al lenguaje en el que estas son transmitidas. A lo largo de estas páginas, Mera recogerá sus experiencias tanto durante la guerra como su paso por las cárceles franquistas que terminará con su huida a Francia, país donde terminará sus días. Dedicará, así, la mayor parte del texto a la guerra, tras lo cual relatará su exilio francés, con una breve sección final dedicada a su paso por el sistema carcelario franquista. Se trata de un texto en el cual el relato de la guerra se entreteje junto a la voluntad declarada de dignificar el papel que la CNT y las milicias anarquistas regularizadas dentro del Ejército Popular de la República tuvieron en la defensa de Madrid y de la zona Centro. Como expone Fernando Gómez Peláez en su prólogo, el ataque al comunismo y a su papel en la guerra se impone desde las primeras páginas de este texto:

Este testimonio es ya una advertencia. A través de él no pocos de los mitos de la propaganda moscovita se desmoronan: la superioridad de sus milicias y la exclusividad del éxito de la defensa de Madrid, el desarrollo triunfal de la campaña de Guadalajara, lo de Brunete, etc. Hasta la «anticapituladora» tentativa insurreccional de los últimos días de la guerra en Madrid —reducida simplemente por una unidad de reserva del Cuerpo de Ejército mandada por Mera, frente a las tropas retiradas de las líneas por los tres Cuerpos de Ejército de obediencia comunista—, queda definitivamente desmontada. En este aspecto, el relato del acendido militante e improvisado militar de la República tiene un valor documental de excepcional interés, y a él, obligadamente, tendrá que recurrir todo quien desee conocer y comprender las causas y el desarrollo de los sucesos finales de la lucha antifascista en la capital de España (1976: 11).

Militante de constancia inquebrantable, y defensor a ultranza de la ideología anarquista, Mera procura, desde el inicio de sus memorias, mostrarse como la figura de renombre que ya era cuando fueron escritas estas recolecciones del pasado. A pesar del abandono que sufrió durante su exilio en Francia, Mera era consciente de que su papel en la guerra llevaría a que su figura fuera reivindicada antes o después, por lo que la escritura de este texto está mediada por un yo que se sabe actor principal dentro de los acontecimientos que narra, y no un mero espectador de lo sucedido. Así, la faceta ideológica de estos escritos queda constante desde un primer momento, tanto como la muestra de trabajo constante de la que hace gala—incluso desde la cárcel, como hará gala en el epílogo de la obra—, como una manera de mostrar que ni siquiera la victoria franquista ha logrado convertirle en un derrotado. Y ello porque el rechazo al franquismo y a todo lo que significó la dictadura es mostrado como una constante frente a los ojos del lector:

Para mí, la conmutación significó una nueva etapa de trabajo conspirativo. A los tres días fui trasladado a la prisión de Santa Rita y, aunque se me puso en un pabellón aparte, en seguida entré en contacto con distintos compañeros, entre ellos David Antona, Eduardo de Guzmán y Miguel Palacios, así como con algunos amigos socialistas. El examen de la situación nos llevó a la conclusión de que el fascismo vencedor no podía convencer a nadie, ya que, cuatro años después, su única aplicación consistía en seguir matando sin descanso, de manera que la relación de ejecutados era ya probablemente más copiosa que la de los muertos en la guerra. Su victoria llevaba el estigma del odio. Cuán distante, a pesar de las calumnias que se nos prodigaron fue nuestra conducta: las ideas que sustentamos no nos permitieron jamás maltratar a nadie, y muchísimo menos matar por venganza. Proceder de otra manera lo considerábamos propio de cobardes cuyas malas causas sólo en el crimen encuentran la posibilidad de asentar su poder. He aquí cómo razonábamos los presos de Franco cuatro años después de terminada la guerra (Mera, 1976: 269).

Nos encontramos, por lo tanto, ante unas páginas de alta carga ideológica en las cuales la narración y la explicación de lo sucedido dejan paso a la construcción de una cosmovisión personal de los hechos bajo la figura del propio autor. La verdad es así explorada, como sucede de manera clásica en la autobiografía, de manera oblicua, centrando la atención del lector en los aspectos privativos de la persona que escribe antes que en el entorno. El texto, de esta manera, se centrará no tanto en relato de lo sucedido, sino en la visión particular que Mera tiene del mismo: “Autobiography presupposes a writer intent upon reflection on this inward realm of experience, someone for whom this inner world of experience is important” (Weintraub, 1975: 823). La autobiografía responde así a la



necesidad de mostrar una interioridad del ser que se muestra no solo consciente de sí misma, sino también de su papel dentro del devenir histórico. La escritura es una manera de gran utilidad para sacar este ser interior a la luz, y mostrarlo ante los demás: “Writing is a form of power, of influence over others, and it can be used to buttress this outer construction of the self” (Hetata, 2003: 124); como una manera de hacer más consciente y premeditada la huella que el autor implícito y su concepción del ser deja en cada obra literaria (De Man, 1979: 921; Murray, 1991).

*Guerra, exilio y cárcel...* se adentra así en el recuerdo de la guerra desde la visión de un combatiente que estuvo en medio de parte de los eventos más relevantes vividos durante el conflicto. Desde las batallas hasta los despachos, el papel de Mera durante este periodo es explorado con la atención de quien sabe que puede estar escribiendo el pasado. Su visión de los tres últimos meses de la guerra girará así entre su palpable rechazo a Negrín y a sus políticas y sus desavenencias con un Casado a quien, pese a todo, apoyará. A través de nueve breves capítulos, expondrá su visión tanto de la situación política de 1939 como del Consejo Nacional de Defensa y su posterior exilio a través de las costas valencianas.

El inicio del relato de la caída de Madrid se inicia así con un narrador que muestra al lector todos los pormenores de alguien ocupado por el mantenimiento de una amplia estructura militar. Los malos presagios que se anuncian en el horizonte, así como el derrotismo que ya invade las armas republicanas, se sumergen en los detalles y quehaceres del mando militar que Mera desempeñaba. La vida y las posiciones del IV Cuerpo del Ejército, situado en el frente de Cuenca y Guadalajara, es desentrañado así por un narrador que muestra un gran interés en este continuo proceso de revisión y preparación ante el inminente peligro (Mera, 1976: 189-192). El tono, mantenido a lo largo de todas las memorias, tiende hacia la impersonalidad de quien considera que está cumpliendo una función, y que procura llevar a cabo las órdenes que recibe de la mejor manera posible. La ruptura de este laconismo será debida a la emocionalidad que le producen a nuestro autor ciertos eventos, como la rápida caída de Barcelona y de todo el territorio catalán: “En mes y medio escaso acabaron definitivamente con el llamado frente del Este, tropezando con escasa resistencia. ¿Cuáles fueron las causas de este desmoronamiento? Como no participé, contra mi voluntad, en aquellas operaciones prefiero callarme” (Mera, 1976: 193).

La contención del narrador deja así entrever, de manera premeditada, el inicio de las críticas que se sucederán en las páginas siguientes. Las conversaciones con el coronel

Casado que recogerá el texto transparentarán el derrotismo imperante y el supuesto abandono de un gobierno cuya falta de dirección y de interés en la guerra resulta duramente criticados por nuestro autor (Mera, 1976: 194-195). Ante ello, la posición del narrador resulta en todo momento clara. Negrín es caricaturizado en este texto como un personaje intransigente y repetitivo que únicamente repite las consignas de siempre, sin atender a las demandas y a las necesidades de militares como el propio Mera: “Negrín se limitó a sus evasivas de siempre y a afirmar que pronto contaríamos con numeroso material de guerra. Lo de siempre: resistir, resistir y resistir” (Mera, 1976: 195). El optimismo desmedido de Negrín se opone así a la capacidad de trabajo del gobierno republicano que veíamos en los textos de Oyarzábal y de Álvarez del Vayo, para dibujar así dos Repúblicas casi opuestas que parecieron no comprenderse entre ellas. Las continuas acusaciones de estar vendido a la URSS serán repetidas por un narrador que se muestra toda su “desolación” ante las decisiones de Negrín (Mera, 1976: 195). Las desavenencias con Casado, así como la visión retrospectiva de cómo sus planes de paz terminarían condenados al fracaso —tal y como hemos podido estudiar— no impide a nuestro narrador insistir en la necesidad que existía en aquellos momentos de iniciar conversaciones de paz, y en la no asunción por parte del gobierno de Negrín de la que era su responsabilidad (Mera, 1976: 196). Las gestiones para el salvamento de refugiados que estaba llevando a cabo el propio Negrín no fueron comprendidas, como podemos ver, por quienes, como Mera, le consideraron como alguien garante únicamente de promesas vacías. La incompreensión entre ambos que traslucen estas memorias se manifiesta así en la conversación que tuvieron, en la cual nuestro autor expone cómo ante su presentación de la mala situación militar, del filocomunismo de Negrín, y de la vacuidad de la resistencia a ultranza, la respuesta del presidente habría sido una mera evasiva:

—Sepa usted, Mera, que para mí el hombre que en el extranjero cumple con su deber, me merece tanto respeto como el que se encuentra aquí. También he hecho todo lo posible por establecer negociaciones con el enemigo, apelando incluso al gobierno británico para que sirviera de mediador, pero sin conseguir nada, por lo que no resta otra política que la de la resistencia a ultranza. Para llevarla a cabo contamos con miles de cañones, ametralladoras y morteros, con más de quinientos aviones, con grandes cantidades de municiones de toda clase.

Le interrumpí para preguntarle:

—¿Y todo ese enorme material, ¿dónde está, señor Negrín?

—Lo tengo en Francia...

—Sí, claro, en Francia. Pero nosotros estamos en España. ¿Cree usted sinceramente que podrá hacerlo llegar a Madrid?

—Creo que sí.

—Creo, me responde usted. Lo cual quiere decir que no está muy seguro (Mera, 1976: 199-200).

La incomprensión entre ambos será la razón esgrimida por Mera para apoyar la posterior intentona casadista, como él mismo expondrá. Tras esta reunión con Negrín, Mera —ya decidido a apoyar el golpe de Estado de Casado— comenzará los preparativos para la creación del Consejo Nacional de Defensa y la neutralización de los mandos comunistas del Ejército Popular (Mera, 1976: 204-205). El levantamiento de las tropas comunistas de Madrid contra el nuevo Consejo es tildado por nuestro autor de “sublevación” (Mera, 1976: 206), mientras se les tacha de traidores a los que es necesario suprimir. Una vez más, los términos de lealtad aparecen tergiversados ante un lector que se ve sumergido en un maremágnum de acusaciones mutuas que ocultan la realidad de los hechos. La verdad se ve así imbuida de una serie de grises que impiden acercarse a ella con claridad. Mera, como vemos, nos muestra una visión de los hechos diametralmente opuesta a las que hemos visto en otros autores analizados, pues intenta defender una realidad que se deshace ante la visión de otros testimonios. La memoria se muestra así oscurecida por una situación en la que la incomprensión se ha convertido en el único referente, y donde la búsqueda a ultranza de la paz parece haberse impuesto como único camino a seguir:

Nos adelantamos hacia los micrófonos de Unión Radio los designados para hablar. Besteiro abandonó su prolongado silencio para especificar los motivos de nuestra decisión, recalcando que el grupo de Negrín no contaba con la menor base legal, denunciando sus veladuras a la verdad, sus propuestas capciosas, su fanatismo partidista y su sumisión a órdenes extrañas. El coronel Casado se dirigió, sobre todo, a los españoles de la otra zona, la dominada por el franquismo, para aclararles el verdadero sentido de nuestra guerra y pedirles su colaboración para el establecimiento de una paz sin represalias ni odios, que asegure la independencia de España. Por mi parte, manifesté que la pérdida de Cataluña me había resultado, además de dolorosa, inexplicable, hasta que tuve el convencimiento de que había sido precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender la sangre generosa del pueblo español. Finalmente, el republicano San Andrés leyó el manifiesto del Consejo nacional de Defensa, en el que se puntualizaban los motivos de nuestra decisión, derivada de la necesidad de acabar con la conducta suicida de un puñado de hombres que continuaba titulándose gobierno, pero en los que nadie creía ni confiaba (Mera, 1976: 205).

El convencimiento que muestran Mera y los otros golpistas al dar el anuncio de su toma de poder se establece así en un espacio liminar donde incluso la misma idea de

traición parece difuminarse en medio de las acusaciones cruzadas. Tal y como más adelante veremos que mostrará Aub con su análisis de la traición y la indiferencia aplastada por la guerra que representa el personaje de Manuel el Espiritista, los mismos protagonistas de lo sucedido nos presentan un espacio como el de la II República que fue sacrificado en medio de las luchas internas de aquellos que debían defenderla, mientras que Burgos solo tuvo que difundir adecuadamente su propaganda. Los intentos del Consejo por modificar la visión de la guerra, y pasar a considerarse partes de un mismo endogrupo junto a los franquistas chocará, como sabemos, con la realidad de un aparato dictatorial cuyo único objetivo será la aniquilación física y simbólica del contrario. El juego de perspectivas se aparece así ante nuestros ojos como un engaño, ante un contrario que únicamente contemplaba la posibilidad de excluir tanto a casadistas como a negrinistas de su nueva España.

Lo español quedará así fuera del alcance de aquellos que, precisamente, buscaron este acercamiento para acabar con la guerra, sin saber que solo llegaría la victoria, pero no la paz. Incluso el convencimiento que muestra Mera sobre el apoyo que tenían sus propuestas, a pesar de ser ciertamente mayoritario, se verá contradicho en las líneas inmediatas con las luchas que, por varios días, deberá emprender el Consejo contra los cuadros comunistas de la capital. El intento de los comunistas madrileños por defender la legalidad vigente será utilizado por Mera, paradójicamente, como justificación del fracaso absoluto que tuvo la labor del Consejo para lograr los objetivos por los que fue creado. Como luego veremos que también explorará Aub con personajes como Vicente Dalmases, el comunismo parecía haberse convertido, para Mera y el resto de golpistas, en el principal enemigo y responsable último de la situación, dejando la amenaza franquista en un significativo segundo plano: “No cabe, pues, negar que la intentona de los comunistas impidió al Consejo nacional de Defensa negociar con el enemigo en condiciones ventajosas o en todo caso menos precarias” (Mera, 1976: 212).

Las desavenencias entre Mera y Casado comenzarán precisamente tras derrotar a las tropas comunistas de la capital, cuando nuestro protagonista rechaza con contundencia el intento del propio Casado de nombrarle coronel (Mera, 1976: 213). Estas irán aumentando, hasta el punto de que el narrador de estas memorias expondrá con rotundidad cómo “estoy completamente de acuerdo con lo realizado por el Consejo hasta el día 12; pero en lo que se haga a partir de esa fecha no quiero tener la menor responsabilidad” (Mera, 1976: 214). La supervisión por parte de Mera de la situación militar de las tropas bajo su mando continuará, de esta manera, bajo el relato de las fallidas intentonas del Consejo

por lograr un acuerdo de paz con Burgos que nunca llegará. Así terminará el relato de la guerra que Mera nos ha legado, entre la disculpa y el pretendido desconocimiento de la situación de alguien que, a lo largo de estas páginas, procura mostrarse como mero servidor de una causa y de unos mandos al mismo tiempo que no tiene problemas en mostrar sus apoyos políticos cuando lo cree necesario.

De esta manera, la decisión final de Mera de huir de España —apoyada por la vehemencia de Besteiro, quien le habría repetido que su destino casi seguro sería ser fusilado por las tropas franquistas— será tomada entre el sobrio relato del fracaso de las gestiones del nuevo Consejo, y de cómo la situación se deterioró con enorme rapidez a lo largo de las dos últimas semanas de marzo hasta que cualquier esperanza por continuar la guerra, simplemente, se desvaneció:

—Tengo la impresión, la mala impresión, por el informe que hizo el jefe del II Cuerpo, que éste se va a desmoronar muy pronto. Sus fuerzas han comenzado a fraternizar con las de enfrente, lo cual significa un gra peligro para poder llevar a cabo la retirada escalonada que se había estudiado. Si el frente de Madrid se hunde, sucederá lo mismo en los otros, por más que tratemos de impedirlo. Según el coronel Casado, los representantes del general Franco no cumplen con lo prometido. ¿Qué promesas hubo? Esto lo ignoro, pues no fui informado al respecto por los mandos superiores ni siquiera por los hombres de mi organización que forman parte del Consejo. No cabe duda de que el adversario, después de lo sucedido con los comunistas, nos considera muy débiles y no concederá el menor cuartel (Mera, 1976. 221).

### **3. La ficción como vehículo de la realidad: la narración de la caída**

#### **3.1. La mirada infantil: Fortún y su extrañamiento del conflicto**

Frente a la narración directa de lo sucedido durante marzo de 1939, otros autores optaron por explicar al lector lo sucedido a través de un prisma diferente. Es el caso de Elena Fortún, en su novela *Celia en la revolución* (1987). Su tardía fecha de publicación, así como el hecho de que no se le prestara mucha atención hasta tiempos recientes nos hablan de una obra especial, en la que la memoria de la Guerra Civil se mezcla con un género poco habitual para este tipo de relatos, la literatura infantil. Un tipo de literatura poco estudiada hasta tiempos recientes, al ser considerada inferior a otras manifestaciones narrativas, la literatura infantil ha mostrado a lo largo de su historia su gran capacidad para transmitir a los niños una serie de valores y esquemas que ellos usarán para

conformar su personalidad y entender el mundo que les rodea (Martinez y McGee, 2000: 160-161). La dificultad que presenta para poder ser definida, así como la falsa concepción de que se trata de un tipo de literatura exclusivamente dirigida hacia los niños —obviando el hecho de que su estructura y los valores que transmite también están pensados para adultos— se une a la problemática de poder entender cuál es el corpus concreto que acoge este género, dada la enorme variedad de obras que se entienden como tal a lo largo del mundo; problemática que ha llevado a investigadoras como Marah Gubar a postular la necesidad de encontrar un término medio entre aquellos que creen que se puede construir una definición determinada del género, y quienes no creen posible que este logro pueda llevarse a cabo (210-211). Tal y como explicaba hace unos pocos años la autora de literatura infantil Siobhán Parkinson, tras admitir que este género había tenido un importante desarrollo editorial y académico en las últimas décadas, la realidad era —y sigue siendo— la de un tipo de obras cuyo valor es visto de forma devaluada por parte de la sociedad: “The truth, however, is that children’s literatura is very much undervalued in the most literal sense— in other words, it’s underpaid, and getting worse. Pretty well all literary endeavour is underpaid, of course, but children’s books particularly so” (2014: 7). Entendida por algunos autores como aquel tipo de literatura que nos habla de las “costumbres, de los valores y de las tradiciones que conocemos” (Barker, 1982: 269), su aptitud para describir la ideología y las bases fundamentales de una determinada sociedad se ha convertido, a lo largo de los siglos, en una de sus principales características. Al igual que sucede con el resto de obras literarias, las obras de literatura infantil se encuentran imbricadas con los modos de pensar y de concebir una determinada sociedad, transmitiendo de manera necesaria un concreto ideario a través de su aparente alejamiento del mundo.

Este tipo de obras presentan ante sus lectores las raíces sociales, políticas, económicas e ideológicas del mundo en el que han sido creadas; de tal manera que, como explicaba el profesor Joel Taxel que buscaba lograr con sus alumnos: “I seek to bring what is concealed and obscured, often below the surface, to the surface so that students—who almost without exception are totally naive about these matters—can reflect on them in formulating their own responses to literature” (1988: 227), para poder entrever, de esta manera, las dimensiones sociohistóricas que se esconden tras un modo de escribir caracterizado por un aparente desenfado e intrascendencia.

Descrita por Andrés Trapiello como una “valiente, veraz y extraordinaria crónica autobiográfica, a modo de diario, sobre el terror revolucionario en Madrid y las penurias

en la retaguardia de Valencia y Barcelona, que nada tiene que envidiar a otras de Aub, Barea o Sender” (2010: 524), la novela de Fortún utiliza el punto de vista infantil de Celia, la protagonista de la obra, para, mediante el extrañamiento producido por su desconocimiento aparente de la situación política y bélica que vivía la República, narrar una serie de observaciones que inviten a la reflexión y a la crítica. Tal y como hicieran autores como José Cadalso en *Cartas marruecas* (1789), al utilizar la figura del extranjero para llevar a cabo una crítica de las costumbres y usos del país desde el interior, ahora la personalidad de una niña servirá al mismo objetivo desde la convicción de que así se podrán superar ciertas barreras ideológicas que los lectores de la obra pudieran tener a la hora de acercarse a la novela. A través de sus páginas podremos ver como se nos muestra “un universo diegético singular y reconocible en el que, además de la propia Celia, aparecen otros personajes habituales de la popular serie narrativa a la que pertenece”, que cuenta como una de sus principales características “la narración homodiegética desde la singular perspectiva de una niña”, la cual permite que se entremezcle “la inocencia con la mirada de quien pertenece a una clase acomodada y culta”, lo que se podrá observar paulatinamente en el desarrollo del propio personaje de Celia (Sánchez Zapatero, 2020: 234). Se trata de una literatura anclada en las costumbres y las enseñanzas que una determinada sociedad procura transmitir a los infantes, cuyo origen se encuentra en la tradición oral (Neira, 2004: 107), y que encuentra en la traducción una de sus fuentes más relevantes de configuración (Miranda de Lima y Pereira, 2020: 112-114) —a través de la reinterpretación y adaptación de los modelos foráneos, mediante la creación de unos espacios de diálogo entre las diferentes tradiciones literarias del mundo que nos hablan de la internacionalidad del género (O’Sullivan, 2011)—, tal y como también recogen otras tradiciones literarias de nuestro entorno, diferentes a la del castellano; y que ya en los años ochenta escritores como José Antonio del Cañizo exponían como una herramienta de gran valor para la educación y el desarrollo del niño, a pesar del escaso interés y relevancia que por entonces se tenía hacia ella (Del Cañizo, 1980: 39).

La saga de aventuras de Celia nos sumerge en un mundo sumido a unas fuertes contradicciones, derivadas de la sociedad española de la época. Caracterizada por la crítica como un *bildungsroman*<sup>49</sup>, en atención a su estructura como desarrollo vital y

---

<sup>49</sup> Entendemos por este género aquel que definió Karl Morgenstern por primera vez como el tipo de texto que “represents the development of the hero in its beginning and progress to a certain stage of completion”, mientras que este proceso “promotes the development of the reader to a greater extent than any other kind of novel” (2009: 654-655). Obviando la exageración final de este autor, el valor de este tipo de novelas

educativo de su protagonista, el ideal estético y educativo que se encuentra en la base de esta disposición genérica resulta relevante para comprender el papel que este tipo de obras pueden jugar dentro de la construcción social (Redfield, 1994: 18). Un proceso de aprendizaje que, en el caso concreto de la vida de Celia, según expone la profesora Nuria Capdevila-Argüelles, se habría visto truncado al no poder llegar a convertirse en escritora; experiencia que refleja de manera inversa las dificultades vitales que la propia Elena Fortún tuvo que vivir, debido a su tardía vocación como escritora (2005: 265). Tanto en las novelas escritas antes de la Guerra Civil, como en aquellas obras cuya realización fue posterior, la configuración de una protagonista por parte de Fortún que se alejaba del rol tradicional impuesto sobre la mujer –aunque deba vivir sometido al mismo–, gracias a la construcción de un personaje caracterizado por “una espontaneidad que rechaza el código tradicional de la niña callada y formal” capaz de entrelazar el feminismo y las reivindicaciones por una sociedad diferente entre sus vivencias infantiles, o incluso convertirla en mujer creadora en obras como *Celia novelista* (1934), todo lo cual nos da muestra de la capacidad de este tipo de género para imbricarse en el diálogo social, ante unos modelos de sociedad que ponen en cuestión la libertad básica del individuo, como sucederá durante la dictadura (Bravo y Maharg-Bravo, 2003).

La protagonista creada por Fortún se convierte, de esta manera, en un personaje que, a través de este determinado género, promueve la transgresión de los valores existentes en la sociedad de la época. El carácter dialogado de las novelas, el cual podría responder a un deseo por parte de la autora para teatralizar su narrativa (Molina-Angulo y Selfa, 2019: 168), ayuda a formular los espacios necesarios para que el carácter rebelde y observador de la protagonista pueda desarrollarse; todo ello a través de un tipo de narración de la que se ha llegado a decir que se sustenta “sobre todo en lo inverosímil y absurdo de situaciones y personajes poco reconocibles en un contexto de vida cotidiana” (Sotomayor, 2007: 242). Unas vidas ordinarias que, para protagonistas infantiles como Celia, se ven truncadas de manera incomprensible por un conflicto voraz que interpone la brutalidad de la realidad sobre las recreaciones de la guerra y la revolución que Celia tiene en mente al observar el desarrollo de los acontecimientos (Belmonte, 2013: 125).

Fortún expone a lo largo de esta novela un periplo vital por la guerra en el que realidad y ficción se entremezclan a partir de la narración de sus propias experiencias

---

como componente y ayuda para el desarrollo en sociedad de sus lectores lo convierte en una pieza de gran importancia para entender el impacto de las ideas contenidas en novelas como las de Elena Fortún.



vitales. A través del personaje de Celia, el papel de la mujer y el espacio del niño dentro de la República en guerra son reivindicados mediante actividades y escenas paralelas a las que realmente sucedieron en la realidad de la autora, como la atención prestada por el texto a los albergues donde se cuidaba a los niños cuyos padres se encontraban en el frente, las madres que lucharon fuera de las líneas de batalla para sustentar tanto a los que estaban luchando como a los que no lo estaban, o el continuo contraste y asimilación entre lo vivido en el frente y los estragos que el hambre y la pobreza causaban —con focalización en los infantes— fuera de las zonas de combate (Gutiérrez, 2021: 12-14). Un mensaje —transmitido a partir del esfuerzo por romper, gracias a la mirada infantil, con los “convencionalismos absurdos existentes en el momento (Iglesias, 2019: 2)— que también ha destacado una investigadora como Alicia Vara, para quien *Celia en la revolución* logra conjugar el ambiente patriarcal y conservador de la sociedad de la época —en el que la mujer y los niños se mantienen fuera de los combates, reducidos al ámbito del hogar— con la continua denuncia del rol masculino que es caracterizado por su tono violento, así como con los repetidos alegatos antibélicos que recoge la obra (2019: 162-163).

*Celia en la revolución* se estructura a partir de un conjunto de veintiocho capítulos a través de los cuales se cubren las impresiones sobre la totalidad de la Guerra Civil española. No se trata, por lo tanto, de una obra que focalice su marco narrativo en un determinado episodio del conflicto, sino que su foco se expande hasta abarcar referencias que van desde la toma del Cuartel de la Montaña a mediados de 1936 hasta el comienzo del posterior exilio en 1939 tras huir a través de las costas levantinas. A través de este extenso marco cronológico, el interés de la obra se condensará en cómo Celia, su protagonista, vive y experimenta la realidad de la guerra, siempre teniendo presente las representaciones preconcebidas y las incongruencias que su mirada pretendidamente infantil transpone sobre la narración de los hechos.

El espacio en el que se desarrollan los diálogos que recorren la novela también resulta variopinto. El periplo de Celia a través de la geografía republicana convertirá su experiencia durante estos años en un continuo viaje, que la llevará por gran parte de los escenarios sociales y políticos que tuvo la Guerra Civil. En este sentido —y frente a gran parte de la narrativa sobre este periodo, como ya hemos apuntado— Madrid no será el escenario único y principal de una diégesis que, tras iniciarse con la salida precipitada de Segovia —pues Celia no llegará a la capital hasta unos días después, el 25 de julio—, también dispondrá de una parte importante de su espacio en ciudades como Albacete, Barcelona y Valencia. Sin embargo —y sin menospreciar la relevancia que estas otras

ciudades tienen para la novela—, Madrid se aparece una vez más ante los ojos del lector como el centro natural en el que se condensa y se resume el conjunto del conflicto civil. Fortún busca revalorizar otros lugares fuera de la capital sin los cuales no se puede entender la historia de la República durante estos años, pero instituye a la ciudad de Madrid como el ambiente de mayor significación para situar los acontecimientos de la diégesis. Y todo ello al tiempo que muestra el entramado urbano de una capital donde sus espacios más simbólicos se entremezclan con la vida de sus habitantes, mostrando una vitalidad y un sentimiento de nervio y resistencia repetido también en muchas de las ficciones sobre este periodo:

Camino despacio para alejarme de todos y pronto me quedo sola. ¡Qué aspecto de pueblo grande tiene Madrid! La Castellana, según me voy acercando a las calles del centro, se asemeja a una carretera de las afueras... De árbol a árbol han atado cuerdas donde se seca la ropa de unas pobres mujerucas que cosen al sol, sentadas en sillas bajas, al cuidado de sus ropas... Los palacios están abiertos... En el jardín de uno de ellos una silla de manos preciosa, una joya de museo, ha debido de soportar las lluvias y las heladas del invierno... unos chiquillos desaharrapados entran y salen de ella jugando al escondite...

Sin embargo, el ambiente es de paz... no de paz y trabajo (salvo las mujerucas que cosen al sol), sino de paz de domingo... Junto a los grandes edificios y la verja de los jardines toman el sol los hombres, viejos y jóvenes, quietos y silenciosos, fumando colillas, como antes lo hacían en la calle de Segovia y en la Rivera de Curtidores... Son las gentes que vivían en la vega del Manzanares y en las covachas de Tetuán... Aquí todo es extraño, desagradable y ajeno a su vida, menos el sol, el dulce sol que visita las bocachas y los palacios con la misma alegre ternura (Fortún, 2016: 257-258).

La ciudad de Madrid se transfigura en el centro principal de un conflicto, al resumir el conjunto de lo sucedido en el resto del territorio republicano. Y ello se produce —a pesar de que el Gobierno de la República y gran parte de sus líderes políticos y sindicales se hubieran trasladado a Valencia y a Barcelona— mediante la mitificación de un entramado urbano que, a medio camino entre la ciudad y el pueblo, se convierte en una aldea de suficientes dimensiones para representar al conjunto de una población cuyas raíces y adscripción a los territorios rurales eran todavía preponderantes en aquel periodo. Una estructura viaria que pierde entidad hasta confundirse con las zonas campestres, precisamente el lugar elegido por Fortún para focalizar descripciones como la que hemos presentado. La guerra, aunque necesariamente presente en cada momento del día, al mismo tiempo permanece alejada de la cotidianeidad de unas gentes que se escudan en la

paz de la que habla nuestra autora para convivir con la violencia. Los numerosos empleos de los puntos suspensivos en fragmentos como este exponen también el valor indeterminado y amplio que tienen las enumeraciones expuestas, al transmitir al lector el simbolismo que tales detalles adquieren. El vigor de los madrileños durante la mayor parte del conflicto vuelve a ser representado ante los ojos del lector gracias a esta aparente tranquilidad que no llega a impedir que la vida siga con normalidad y relativa alegría, a pesar de la situación de frente bélico que vivía la capital.

Sin embargo, esta aparente calma que se vive en Madrid solo sirve para interponer un marco de falsa tranquilidad frente a unas persecuciones políticas que marcarán el conjunto de la obra. La represión llevada a cabo por diversos grupos del lado republicano, en la retaguardia capitalina —unidos a un bombardeo indiscriminado que tampoco encuentra explicación en nuestra protagonista—, será observada con horror por una joven Celia que, a través del horror de los fusilamientos y los paseos<sup>50</sup>, perderá las ideas inocentes que antes tuviera sobre el honor y la guerra:

De pie, veo un trozo de la tapia del jardín iluminado por los focos de carretera de un auto... Junto a la tapia se mueven varios hombres... Luego sólo queda una mujer vestida de negro... Su cara se confunde con el fondo iluminado... Súbitamente, una voz llega hasta nosotros: es la mujer que reza:

—*Dios te salve, María, llena eres de gracia...*

La descarga acaba con la voz y la mujer cae en dos veces, como un muñeco sin goznes...

—¡Dios, Dios, Dios! – digo.

—¡Chitss! – hacen los policías.

Continuamos. Al pasar junto al coche de los asesinos que se pone en marcha, dicen:

—Salud...

Me dejan en la puerta, pero cuando voy a bajar, el ruido del motor de un aeroplano me hace levantar la cabeza. Casi al mismo tiempo, un estallido espantoso... y luego otro, y otro...

—¡Están bombardeando Madrid! – dicen.

—¡Era lo único que faltaba para empeorar las cosas...! ¡Qué destino! Esta noche estos bribones van a fusilar a medio mundo...

Subo al jardín. Por delante de la luna pasa una nube gris que se hace blanca al pasar... En ella se destaca la silueta del aeroplano... (Fortún, 2016: 99).

---

<sup>50</sup> Referencias que se repetirán a lo largo de la obra; algunas de gran inhumanidad, como los comentarios que realiza esta mujer sobre las víctimas de la represión republicana: “¡Peste! – oigo decir a una mujer que se aprieta las narices con los dedos-. Si no entierran pronto a esos de la cuenta nos va a dar un tabardillo...” (Fortún 2016: 62).

El incomprensible horror que verán sus ojos infantiles dará paso a un miedo subrepticio que nace, precisamente, de la confusión que se cierne sobre su mundo. En la obra de Fortún se construye una deshumanización sin fronteras, en la que las ideas políticas se enredan y entremezclan para desposeer de moralidad o justificaciones al combate, ya sea por la República o a favor de Franco. Las gentes que habitan Madrid, tal y como expresa el fragmento citado, se convierten en muñecos que son utilizados y movidos al compás de los acontecimientos. El horror de unos y de otros se presenta unido en momentos como el que recogemos, afirmando la igualación de toda violencia. Un terror que destruye Madrid desde los cielos al mismo tiempo que destroza los palacios y las casas de los adinerados (Fortún, 2016: 147), ofreciendo, de esta manera, nombre a la obra. Tal y como opina Andrés Trapiello, al respecto de la violencia republicana en esta obra:

En ningún otro libro están mejor contadas las sacas, checas y paseos en el Madrid revolucionario. Sin el tremebundismo de Tomás Borrás o el desquicie de Concha Espina, de un bando, ni el escamoteo de casi todo el mundo, en el otro. Con la inocencia, podríamos decir, de una muchacha, Celia, que aquí se presta a encarnar a su autora, se va contando... todo (2016: 16).

La guerra terminará con una Celia asustada por la caída de Cataluña y por la suerte de sus familiares que deambula por el Madrid de finales de febrero de 1939 mientras planea su exilio a través de Francia. La derrota ya se ha apropiado de la capital, y las posibilidades de escapar se tornan difíciles para nuestra protagonista: “No te podrás ir... Esto se derrumba por instantes y de un momento a otro los soldados de Franco entrarán en Madrid...” (Fortún, 2016: 306). Celia se despedirá de la ciudad en la que ha pasado la mayor parte de la guerra entre lágrimas y pesadumbre por lo que deja atrás. Unas calles en las que el cansancio de la guerra se ha convertido en una constante insalvable, y que se muestran vacías y dañadas tras los tres años de contienda: “En lo alto de la calle de Alcalá, la Puerta se siluetea sobre el cielo que los primeros rayos del sol enrojecen... y abajo, la Cibeles cubierta de ladrillos sobre los que crece la hierba... y el Palacio de Comunicaciones sin cristales, sucio, roto, hartado de bombas” (Fortún, 2016: 312). Un espacio, Madrid, que Celia se llevará en la memoria en su camino al exilio a través de Valencia, y que representa las ilusiones rotas de una generación que vio, en el final de la guerra, el fin de muchas esperanzas. Escrita al poco de acabar el conflicto, el interés de

Fortún por reivindicar tanto el papel de la mujer como el republicanismo todavía latente permiten construir una prosa rica en valores que utiliza la ficción como reivindicación de una España que pudo ser, pero que desaparecerá con el triunfo de los sublevados:

La victoria franquista destruye los valores democráticos que facilitaron el acceso de Celia, y de la propia Elena Fortún, a la cultura. La novela no deja duda acerca de la adscripción de la protagonista al modelo republicano, si bien la autora quiere ir mucho más allá en su planteamiento: Celia rompe el androcentrismo habitual en las novelas de la guerra civil y desplaza el foco de atención a los espacios gestionados por las mujeres. A través de sus voces hila un relato antibélico plagado de mensajes que cuestionan el patriarcado y a sus héroes. Se impone, como alternativa, una visión del mundo respetuosa con la vida y contraria a la cultura de la violencia (Vara, 2019: 167).

Madrid y Celia se entrelazan así en la narración de una transformación en la cual la inocencia de nuestra protagonista irá en paralelo a la pérdida de vitalidad de una ciudad que termina en ruinas y hambrienta. La degradación de la capital se produce así desde la visión de una Celia que también toma una importante toma vital de perspectiva ante el desastre al que se ha visto obligada a asistir durante los tres años de guerra, y que terminará con su exilio. La huida de España cierra así el recuerdo de un Madrid que se desvanece entre los bombardeos al mismo tiempo que la niñez de nuestra protagonista, ahora obligada a encarar un futuro incierto fuera de las fronteras estatales. Nos encontramos, por lo tanto, ante un texto en el cual no solo la protagonista tendrá que madurar ante las circunstancias belicas que la rodean, sino donde el lector se verá también forzado a encarar el clima de odio y desesperación que se extendió por todo el país, desde una visión pesimista sobre el ser humano que se ve reflejado en las imágenes finales de la obra. Es por ello que nos encontramos ante una novela que puede ser entendida como “un alegato humanista que se limita a mostrar, con tanto asombro como afán de denuncia y sin intención partidista alguna, el horror de la guerra” (Sánchez Zapatero, 2020: 244).

3.2 Madrid convertida en cárcel: La visión desencantada del otro en Valentín de Pedro

Otro autor que publicará su relato ficcional de la guerra al poco de que terminara el conflicto fue Valentín de Pedro. Su novela, titulada *La vida por la opinión* (1942), recoge un interesante testimonio literario de cómo se desarrolló el conflicto en la capital

española. A través de un cambio de perspectiva en torno al narrador, el lector se sumergirá en las reflexiones y las perplejidades de su inusitado protagonista, según nos explica desde el principio el prólogo del autor:

Contaré la vida de un perro durante la guerra española: la vida de un perro en el Madrid «rojo», «rojo» él también —aunque sin saberlo— por haber vivido dentro de la ciudad, identificado con ella. ¿Podría ser de otro modo? Él no es más que un trozo de vida, vida animal, que aunque se mueve dentro del mundo de los hombres, no alcanza a racionalizar sus impresiones y sus sentimientos, con lo cual no ha acabado, como el hombre, en animal político, sobrado motivo para que esté eternamente agradecido a su creador. Y por eso se vincula a la vida sensorial y fisiológica del hombre, sin penetrar en la órbita de sus ideas. Con todo, como sus amos más queridos fueron «rojos», algo se le debió de pegar de este color, y aunque sólo fuese por adhesión a ellos, los tribunales de Franco, de no haber coincidido su muerte con la caída de Madrid, le hubiesen condenado a treinta años de prisión mayor, por lo menos (De Pedro, 2014: 45).

A través de este proceso de extrañamiento que llevará a cabo De Pedro, la narración de la guerra será vista por el lector de una manera pareja a como hemos visto que sucedía con la obra de Fortún. El distanciamiento creado gracias a la construcción del relato a partir de los ojos de este curioso protagonista, denominado Argos, servirá a De Pedro para —al mismo tiempo que tacha de humildad su elección en el prólogo de la novela— presentar al lector un prisma diferente de lo sucedido, para permitirle ver entre los resquicios de las preconcepciones y la ideología que pudiera tener al acercarse al texto. Sirve así como elemento de burla e ironía frente a la imposición de una nueva España dictatorial que, como hemos visto, había elaborado toda una maquinaria propagandística encargada de tergiversar con la palabra una realidad de control, corrupción y persecuciones indiscriminadas que se comenzó a llevar a cabo desde el primer momento de la guerra. Así, la firmeza con la que De Pedro afirma que Argos habría sido condenado por los tribunales franquistas a treinta años de prisión adelanta así, a través de una exageración esperpéntica, el contraste que nuestro autor procurará lograr en la novela entre los miles de madrileños inocentes que simplemente siguieron con sus vidas o que apoyaron a la República sin que ello supusiera convertirse en los monstruos vistos desde la propaganda franquista y un perro, de por sí completamente inocente por su misma esencia, que también podría haber sufrido las penas de la justicia franquista. El ataque indirecto que se realiza así contra la maquinaria franquista será concebido para intentar

lograr un extrañamiento en el lector que le permita observar el pasado a través de otros ojos. A partir de las impresiones y vagabundeos de un perro cuya falta aparente de percepción sobre la realidad del Madrid asediado no será más que una treta ficcional para presentar la realidad del momento a través de esta pretendida pátina de inocencia.

Fortún y De Pedro utilizarán así el recurso a un narrador inusitado y alejado de la posesión epistemológica de entendimiento sobre la realidad de la que es parte para que sea precisamente gracias a esta aparente incompreensión —llena, sin embargo, de intencionalidad causal— como el lector será capaz de rellenar, él sí, con su entendimiento de la situación. Así, Argos será la voz silenciosa que observe, a lo largo de la novela, el desarrollo de una guerra que partió del miedo a la entrada inminente de Franco en la capital en 1936 a la rendición final de la capital en 1939. Con una narración que comienza en noviembre de 1936, la inesperada resistencia de Madrid sirve así para acercar ficción y realidad en un momento en el que, como estamos viendo a lo largo de este trabajo, las fronteras tendían a desdibujarse: “Y, en esta ocasión, ellos, que parecían estar siempre fuera de la realidad, eran los que estaban más dentro de ella, porque se dijera que el sueño se hacía realidad: los fascistas habían sido detenidos en su rápido avance victorioso y Madrid, por un milagro del heroísmo de su pueblo, resultaba inasequible para ellos” (De Pedro, 2014: 61). Y serán precisamente las intervenciones del narrador acerca de la falta de capacidad de Argos para comprender ciertos matices de la realidad en la que se encuentra las que servirán para explicar la situación política del momento:

¿Qué significaba el olor de rebaño en que vivía aquella gente?

No podía comprender Argos que aquel era un signo de los tiempos, los calamitosos tiempos que le había tocado vivir, y que se hallaba ante un hecho que empezaba a producirse en España y que acabaría por conocer toda Europa. El totalitarismo, con su espíritu de invasión — invasión de los pueblos y de su conciencia—, empujaría a los hombres a aquella existencia gregaria, a una afrentosa promiscuidad, en los refugios colectivos primero, luego en los campos de concentración, después en las cárceles. Huyen los hombres, dejando sus casas al enemigo para salvar su opinión; pero este enemigo implacable los perseguirá hasta apoderarse de su opinión también. No le basta con su hacienda y su vida; quiere, sobre todo, su alma; mejor dicho, quiere que vivan sin alma, porque allí es donde reside la esencia misma del ser, la raíz individual, y lo que les importa es anular al individuo como tal, para convertirlo en rebaño (De Pedro, 2014: 76).

Endogrupo y exogrupo se entrelazan así en la narración de De Pedro como supuestos básicos para lograr la comprensión de las dinámicas de enfrentamiento entre

los diferentes bandos en liza. El grupo pasará a serlo todo para gran parte de la población. Reflejo de la vida del autor, esta crítica a la uniformidad y a la falta de libertad del individuo se encuentra en relación con la constatación de cómo el franquismo no luchaba únicamente por el control del territorio y de sus riquezas, sino también por la propia concepción inmaterial que tenían los españoles por sí mismos. Es esta opinión, precisamente, las ideas personales sobre uno y el mundo, lo que el franquismo también procuró modificar a conveniencia, sustituyéndolo por una nueva verdad artificial e impuesta. La destrucción ontológica del individuo se convierte así en un fin buscado para reducir a la población a la masa obediente y sumisa que el franquismo procuró establecer. Desprovisto de la capacidad misma para variar su concepción sobre el mundo, el individuo se encuentra sometido a la presentación oficial de la realidad, manipulada a conveniencia del poder. La ficción busca así mostrar la manera en que estos procesos son llevados a cabo, y advertir a sus lectores sobre los peligros que entrañan. Todo ello en un momento en el que, con Franco triunfante y victorioso y el peligro de una Alemania nazi en la cima de su poderío militar, Europa entera corría el peligro de acabar sometida al totalitarismo.

La novela refleja así el paso de nuestro autor por la guerra. Valentín de Pedro, como explica Aníbal Salazar Anglada (2014), nació en la provincia argentina de Tucumán. Hijo de refugiados españoles, su deseo de conocer la patria de sus padres le llevará a defender con ahínco la causa de los trabajadores durante los años que pasará en nuestro país —incluso llegando a militar en la CNT—, también durante la totalidad de la guerra, que nuestro autor pasará en Madrid. Testigo, por lo tanto, de primera mano, será apresado por las tropas franquistas en abril de 1939 y condenado a cárcel por su apoyo a la causa republicana (Salazar Anglada, 2015). Su paso por los campos de concentración y las cárceles franquistas le permitirá traspasar a su ficción todo el dolor de un sistema represivo que él había vivido directamente. Pudo escribir su novela a su regreso a Buenos Aires en 1941 después de que, de la noche a la mañana, fuera liberado de la madrileña cárcel de Porlier por la intercesión del gobierno de Argentina.

Escritor de todo tipo de obras (Calero Delso, 2018), desde la poesía —donde podríamos mencionar, a modo de ejemplo, *Rimas de pasión* (1920), o su obligada participación por las autoridades franquistas en *Musa redimida. Poesía de los presos de la Nueva España* (1939)— al teatro —con obras como *El caudillo* y *El veneno del tango* (1925)— pasando por su amplia producción en prosa, en donde es autor de novelas como *El maleficio de la pantalla* (1936), *24 horas fuera del colegio* (1930), o el conjunto de



relatos que recoge su experiencia por las cárceles franquistas en *Cuando en España estalló la paz* (2014), editado recientemente por primera vez .

*La vida por la opinión* continúa esta amplia producción literaria de De Pedro, ahora con el objetivo de narrar el Madrid de la guerra. La realidad se encuentra atada a la ficción de una novela que, como hemos visto, procura precisamente construir una ficción que desmonte y ponga al descubierto lo sucedido durante la guerra que la propaganda franquista intentaba silenciar. Incluso la inspiración para Argos proviene de un animal real; el cadáver de un perro que nuestro autor vio tirado por las calles de Madrid durante los últimos días de la guerra. De Pedro lo pone en relación con el pueblo español, que también se encuentra simbolizado por Argos, pues ambos acabarán, de manera injustificada, muertos en el polvo:

Pero he aquí que a ese pueblo, que supo enfrentarse con sus enemigos como uno de los mayores héroes de nuestro tiempo, se le dejó morir como a un perro. Quizás por eso, aquel perro que vimos en una calle de Madrid, en los últimos días de su sobrehumana resistencia, muerto de hambre y con el Inri de un cartelito que decía: «Rojos, así acabaréis todos», se incorporó con tanta vida a nuestra imaginación, que su vida acabó saliéndose por los puntos de nuestra pluma (De Pedro, 2014: 47).

Argos es, por lo tanto, no solo símbolo de la desgracia y la miseria de la República y de su capital, sino también de la esperanza por el futuro de un pueblo que todavía continúa vivo bajo la sombra del franquismo. Argos refleja en las páginas de la novela un Madrid teñido por el dolor y el terror de la guerra. A pesar de los esfuerzos del perro por formar parte de todos aquellos que sobrevivían bajo la caída de las bombas y la cercanía del frente, el encuentro con la muerte supondrá un reflejo oscuro de una ciudad en la que las distancias entre la vida y el más allá se han acortado de manera peligrosa. Aun así, incluso cuando nuestro protagonista es capaz de encontrar un sentido a lo sucedido, las consecuencias del mismo parecen escapársele de entre las patas. Así sucede, por ejemplo, cuando Argos encuentre el cadáver de Isabelita, la hija de su amo Eugenio, y logre llevar al propio Eugenio hacia el lugar donde ha encontrado a la fallecida:

Estaba allí, caída, rota. Aquel cuerpo, cuya pureza le inspiraba un respeto casi religioso, había sido rasgado por las balas; se había consumado lo que para don Eugenio significaba el más brutal ultraje a la naturaleza humana, en aquella criaturita que era para él la más delicada flor de humanidad.

Le espantó aquel hielo de su hija al tocar sus manos y acariciar su rostro. De nada servía el calor de su sangre, que como lava hirviendo corría por sus venas, pues que no lograba transmitirlo a aquel cuerpo inerte. Su hielo era más terrible que el de la escarcha. No bastaba a derretirlo el fuego de sus lágrimas, que se derramaban sobre el rostro querido... ¿Qué podía él hacer para devolverle el calor de la vida?

Súbitamente, con una alegría infantil, como si hubiese encontrado el remedio a su mal, la fórmula mágica para librar del frío a la hija de su sangre, se apresuró a quitarse el abrigo, cubriéndola con él (...).

Y en su rostro se dibujaba una mueca de contento, una risa de locura, sobre la cual seguían rodando las lágrimas (De Pedro, 2014: 133-134).

Será Argos quien, consciente de que la cercanía al cuerpo de su hija puede volver loco a Eugenio, logrará apartar al doliente del lugar, con el firme objetivo de continuar con la existencia. Este espíritu de optimismo permite entrever al lector cómo se forjó la supervivencia de la ciudad, a partir de la necesidad teleológica de continuar viviendo, a pesar de las terribles escenas que se sucedían día a día. Y este episodio será también utilizado por De Pedro para mencionar, unas líneas más adelante, cómo un coche con matrícula diplomática estaba siendo utilizado de tapadera para comunicar información a los franquistas sobre la situación de Madrid (De Pedro, 2014: 135). La traición a la República —y el papel que, a este respecto, tienen dentro del imaginario colectivo tanto las cárceles como las embajadas (De Pedro, 2014: 177)— se mezcla así con el drama personal que viven los madrileños, en un texto que utiliza la pretendida inocencia de Argos para representar a su alrededor el drama humano que vivió la ciudad durante la guerra. La negación de la muerte, como experimenta Eugenio, así como el espíritu de vitalidad de Argos se complementan para sobreponerse a un presente que, de manera simbólica, parece intentar aplastar toda Madrid. Un espacio urbano, que vive inmerso en las emociones extremas que sufre, desde la tristeza de la muerte a la alegría desbordante por episodios como la llegada de los cazas republicanos (De Pedro, 2014: 140). Y en el cual, como pronto también comprenderá Argos, lo extraordinario ha terminado adquiriendo el estatuto de normalidad: “La vida de Argos transcurrió desde entonces sin accidentes o aventuras dignos de ser contados. Lo extraordinario para él, como para todos los habitantes de Madrid, se había convertido en lo normal. Era la guerra” (De Pedro, 2014: 185).

A través de esta ficción, De Pedro continuará con la defensa de una República que también había procurado amparar mediante la labor periodística que llevó a cabo desde

los comienzos de la guerra. Las alabanzas a la resistencia de la capital se sucederán también dentro de sus páginas como contrapunto a la terrible situación del presente. La legalidad republicana y lo que esta trajo son vistas así como formas de justificar y entender la necesidad de Madrid por sobreponerse a los constantes bombardeos y al hambre y continuar con su vida. Estos recuerdos funcionan, por lo tanto, como formas de potenciar el espíritu combativo de los habitantes de la ciudad, al mismo tiempo que la mezcla entre la potencia de las imágenes y la cita directa de versos como los de Machado contribuyen a este reforzamiento del endogrupo frente al enemigo que insiste en atacar la ciudad:

¡No pasarán!, había dicho el pueblo, formando con su voluntad heroica una muralla infranqueable en torno a la ciudad. Y sus enemigos no habían pasado; pero estaban allí, en las afueras, al acecho, en espera del momento oportuno. La ciudad era como una bravía de sus barrios bajos, imposible de poseer por la fuerza mientras ella pudiese defenderse, mientras tuviese sangre —¡y qué sangre!— en las venas. Había que esperar a que se desangrara...

*¡Madrid! ¡Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena!*

*Rompeolas de todas las Españas.*

*La tierra se estremece, el cielo truena;*

*tú sonrías con plomo en las entrañas* (De Pedro, 2014: 198).

Argos deambula, así, entre los mitos de la defensa de Madrid y la realidad de una ciudad que aparece ante sus ojos destrozada y en ruinas. Un Madrid que toma cuerpo y personalidad propias entre la fortaleza de su capacidad para resistir y su reconocimiento de saberse presa de un depredador al que no sabe vencer. Estas dicotomías son exploradas por De Pedro a través de la contraposición entre este espíritu de aguante y las constantes referencias al frente y a los quintacolumnistas, siempre demasiado cerca. La vida de nuestro protagonista se irá deteriorando conforme pasen los meses y termine perdiendo a sus amos. Aunque recibe cobijo con una nueva familia y evita acabar en la calle —donde podría haber sido “cazado” (De Pedro, 2014: 214-215)—. Argos termina así en las manos de gentes que están en contra del gobierno republicano, y que esperan que Franco entre pronto en la ciudad (De Pedro, 2014: 241-242). La caída simbólica será así tanto material como ideológica para nuestro protagonista, quien termina en la casa de unos quintacolumnistas que llevan trabajando para lograr la caída de la capital desde el inicio del conflicto:

Y Alvarito sería *jerarquía* de Falange. Para eso empezó a hacer méritos desde el día en que estuvo en la Sierra, frente a las murallas de Ávila. Sólo le faltaba en su hoja de servicios haber estado en la cárcel. Y a ella le llevaron cuando sus actividades en favor del enemigo, realizadas cada vez con mayor descaro, acabaron por hacerse sospechosas. Por fortuna, ya a estas alturas las cosas estaban muy bien organizadas en Madrid por los franquistas para que nada pudiese ocurrirle a los que trabajaban por su causa. Y para mayor fortuna de Alvarito, existía Sarita. Ella se encargó de que su estancia en Porlier fuese breve. Ahora sólo le faltaba pasarse a la zona «nacional» para estar en ella algún tiempo, el necesario para situarse bien en las filas de Falange y poder entrar en Madrid con las tropas «libertadoras» (De Pedro, 2014: 249-250).

La caída simbólica de Madrid se culmina, como veremos que sucede en muchas de las narraciones y novelas que se acercan al final de la guerra, gracias a la mezcla entre la extenuación de la capital y la constante labor de los quintacolumnistas. La traición, sumada a la traición, terminan así un proceso de desgaste del que Argos se convierte en símbolo. La novela termina con un Argos que deambula por las calles de Madrid huidizo y con miedo. Una ciudad que tanto le gustara pasear, y que ahora se ha convertido en una prisión para él. La degradación física y psicológica del protagonista se entremezcla con las constantes muestras de apoyo al franquismo que él ve por toda la ciudad. Su final será, así, parejo al de los miles de republicanos que serían juzgados, encarcelados y asesinados tras la entrada de las tropas franquistas en Madrid. Como ejemplo anunciado desde el inicio de la narración de lo que era ser republicano, Argos se convertirá en el prisionero de juego de unos niños que le atrapan y deciden juzgarle por sus supuestos crímenes como republicano. El aspecto lúdico de la situación sirve así para deformar la realidad hasta el punto de provocar el horror ante el acto. El juego se convierte en tortura, al mismo tiempo que la ficción y la realidad se confunden en las consecuencias teleológicas del hecho. La imitación de la realidad que lleva a cabo este grupo de niños convierte a Argos en representante ficcional de esa misma realidad que sufrieron los derrotados por el franquismo. La muerte de Argos pondrá fin así a la novela justo el día de antes de que Madrid recibiera a las tropas rebeldes. Asesinado por los niños en una pantomima de juicio, su final habla al lector de todos aquellos que pronto sufrirían su mismo destino con las mismas garantías judiciales. La caída de la capital se muestra así, simbólicamente, como el fin de la libertad y la capacidad de acción de un pueblo que, a partir de ese momento, se encontrará sometido a las autoridades de la dictadura:

Estaba muerto. Su alma simple había volado quién sabe a qué regiones, frente a aquel espectáculo, cuyo espantoso significado él no podía alcanzar, de unos niños convertidos en asesinos. Como tampoco podía discernir, en aquella hora suprema en que entregaba el alma a su creador, que más le valía reventar en medio de la calle que vivir en el mundo que se avecinaba, tan concienzudamente preparado por todos en España.

Al día siguiente, el cadáver de Argos se pudría sobre un montón de escombros, con un letrero que alguien, piadosamente, había atado a su cuello y que decía: MUERTO DE HAMBRE. ROJOS: ASÍ ACABARÉIS TODOS. Era su INRI.

Los balcones empezaban a cubrirse de banderas monárquicas, de insignias de Falange. Y junto a los yugos y las flechas, los corazones de Jesús, gratos al Requeté. Cruzaban la calle a cuyos bordes yacía Argos los primeros autos y camiones, que insospechada y rápidamente se multiplicarían hasta lo infinito, cargados de gentes que levantaban el brazo en un gesto epiléptico y golpeaban unánimes con sus voces en el parche azul de la mañana, como en un tambor fabuloso, que pregonaba isócronamente el nombre del vencedor:

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!... ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!... (De Pedro, 2014: 271-272).

### 3.3 Madrid, capital de la derrota: la ficción de Alberto Méndez

En nuestro intento de presentar un recorrido coherente y completo sobre el recuerdo del final de la Guerra Civil y la caída de la ciudad de Madrid, un acercamiento —siquiera breve— a las ficciones más recientes que se han escrito sobre este periodo resulta obligado para los objetivos de nuestro análisis. Aunque no podamos detenernos con la profundidad que hubiera sido debida en el estudio, sirvan las líneas que se presentan a continuación sobre Méndez, Corral, Galván, Quiñones y Zúñiga para explorar cómo la memoria de lo sucedido sigue siendo un espacio de acercamiento privilegiado para muchos autores contemporáneos que continúan explorando lo sucedido durante la Guerra Civil como una manera de comprender mejor las profundidades de la sociedad española.

Alberto Méndez es otro de los autores que se ha acercado, desde la ficción, a los últimos momentos de la Guerra Civil. Nació el 27 de agosto de 1941 en Madrid, ciudad en la que también fallecería el 30 de diciembre de 2004. Su trayectoria resulta particular, dentro de los autores que estamos analizando, por dos motivos. Por un lado, se trata de alguien cuyo recuerdo de lo sucedido durante el conflicto es únicamente transmitido. Méndez no escribe una ficción memorialística sobre lo que él o sus allegados o conocidos vivieron, con la carga emocional que supone la vivencia presentista de los hechos. Sin

embargo, su nacimiento apenas dos años después de terminada la guerra, precisamente en la ciudad donde esta había sido simbólicamente finalizada, nos indica que pudo vivir de pleno en la trama urbana herida por el franquismo, en la cual la memoria de lo sucedido no solo seguía visualmente presente entre las ruinas y las heridas de los tres años de combates y bombardeos, sino también en el espíritu y la mentalidad de una población para la cual el conflicto, a pesar de la desmemoria impuesta por el régimen, seguía teniendo un papel central dentro del ideario colectivo.

El Madrid del siglo veinte fue forjado —o reforjado, si se prefiere— en torno a la experiencia y al recuerdo de una guerra que marcaría a varias generaciones de españoles y madrileños. La memoria se convierte, como estamos observando, en un instrumento de huida y resistencia frente a un presente como el de los tiempos en los que Méndez nació y vivió su juventud, en los que la ciudad y el país entero habían sido reconvertidos en una cárcel por parte de las autoridades del régimen dictatorial. Este hecho marca más aún la segunda particularidad que notábamos en Méndez, que es el hecho de que únicamente sea autor de una colección de cuatro cuentos titulada *Los girasoles ciegos*. Publicada en 2004, se trata de un relato memorialístico que se ubica, por lo tanto, en pleno auge de la lucha por la memoria histórica en nuestro país —con la aprobación de hitos al respecto, como la *Ley de la Memoria Histórica* por parte del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero apenas tres años después, el 31 de octubre de 2007—. Méndez construirá una ficción, por lo tanto, que recoge desde el presente no solo la memoria colectiva de lo sucedido durante la guerra, sino el espíritu y la España de la posguerra que él mismo pudo conocer<sup>51</sup>. El

---

<sup>51</sup> El Madrid que estamos estudiando, capaz de vivir entre la libertad de la fiesta y el miedo a un futuro incierto en muchas de estas ficciones, puede llegar a resultar más positivo que el que nos ofrece el análisis de nuestra historia, donde la esperanza y la propia vida parecen haberse consumido durante la posguerra: “La belleza de la resistencia murió con la caída de Madrid. Feneció la ilusión lírica, aquel concepto romántico narrado con maestría por André Malraux en *La esperanza*, en la que detallaba el fulgor revolucionario de los idealistas combatientes republicanos. Con su derrota comenzó el latir tenue de aquellas ciudades de más de un millón de cadáveres. Calles silenciadas, apagadas, donde el miedo y el hambre ganaban presencia mientras los gatos y las palomas desaparecían. Una atmósfera que oprimía el pecho de todo aquel que hubiera soñado con un país libre, donde el incienso se oliera solo si pisabas la misa, comenzó a llenar la intimidad del hogar que hubiera resistido los bombardeos. El rosario, el yugo y las flechas reprimían el aliento de cualquier desafecto. El Auxilio Social convertía la vida de los niños sin futuro en un presente de miseria y dolor. La cabeza agachada y el aire contenido se convirtieron en el vivir diario de los candidatos a ser considerados parte de la Anti-España. Carne de tapia de cementerio, de cuneta y olvido. La España digna frente a esa otra fea, oscura y tenebrosa, en la que parecía que a todo el mundo le olían los calcetines” (Maestre, 2019: 232).

Madrid que nos transmite la narración de Méndez será el de una ciudad moribunda que casi ha aceptado su destino, y que representa el final de toda una época:

—¿Y ése?

—Es un desertor.

Silencio.

Nadie le hizo caso. Los gestos de dolor, el hombro herido, la oscuridad y el ruido de la camioneta impidieron otras aclaraciones. Destartaladamente se pusieron en marcha y destartaladamente recorrieron el camino hasta la Capitanía General. Madrid estaba apagada, pero no vacía. Aunque eran más de las tres de la madrugada había mucha gente en las aceras. A medida que se fueron acercando al centro, el número de transeúntes aumentaba y en la Puerta del Sol un ir y venir de soldados y civiles —casi en silencio— confería a la plaza un aspecto de hormigueo (Méndez, 2005: 19).

En esta Madrid apagada que dibuja Méndez, la ficción será utilizada como una oda a la derrota. Es el destino de la ciudad a manos del franquismo el que se busca transmitir a través de las cuatro narraciones que componen *Los girasoles ciegos*. El desertor al que se refiere el fragmento que acabamos de mencionar es el capitán Alegría, del ejército franquista, protagonista del primero de estos relatos, quien ha aceptado el destino de Madrid antes de que la rendición sea oficial y por ello decide abandonar la resistencia. Todo ello en el lenguaje sencillo y directo que utiliza Méndez, a través del cual se transmite todo lo que vemos en otras novelas a partir de unas pocas frases. Como expone Alegría cuando le preguntan que por qué intenta huir hacia Madrid a través de las trincheras republicanas: “El Comité de Defensa de Madrid va a rendirse mañana o pasado mañana— dijo Alegría en un tono que contrastaba con el de la pregunta” (Méndez, 2005: 17).

Alegría parece reflejar, de esta manera, a una República que, de la mano del golpe de Estado de Segismundo Casado, ha perdido todo ánimo por el combate y ha decidido dejar de luchar por su futuro. Es precisamente el laconismo de este personaje el que figura simbólicamente una Madrid que parece borrar todo el espíritu del «No pasarán» para sustituirlo por el de una realidad sin futuro, que no es ni siquiera capaz de contemplarse más que en su inmediato presente: “El capitán Alegría eligió su propia muerte a ciegas, sin mirar el rostro furibundo del futuro que aguarda a las vidas trazadas al contrario. Eligió entremorir sin pasiones ni aspavientos” (Méndez, 2005: 13). Alegría, como Madrid, se depende de toda acción teleológica de cara al futuro y reduce su realidad óptica —y su

todavía presente capacidad de modificar su factualidad— a la decisión de rendirse. Es esta asunción la que simbólicamente llevara a cabo el conjunto de la España republicana al reunir sus fuerzas detrás de Casado, en marzo de 1939, y que se encuentra representada por este Madrid rendido y acabado que transmiten las páginas de Méndez. Y todo ello porque, como resume el mismo personaje, el hecho de que se trate de un desertor parece formar parte intrínseca de su realidad:

La primera vez que el capitán Alegría estuvo cerca del riesgo fue, precisamente, el día que comienza esta historia. Su decisión no fue la de unirse al enemigo sino rendirse, entregarse prisionero. Un desertor es un enemigo que ha dejado de serlo; un rendido es un enemigo derrotado, pero sigue siendo un enemigo. Alegría insitió varias veces sobre ello cuando fue acusado de traición. Pero eso ocurrió más tarde.

En una confidencia inoportuna que días más tarde utilizaría el fiscal militar para pedir su muerte con ignominia, Alegría confesó a un suboficial intachable que los defensores de la República hubieran humillado más al ejército de Franco rindiéndose el primer día de la guerra que resistiendo tenazmente, porque cada muerto de esa guerra, fuera del bando que fuera, había servido solo para glorificar al que mataba. Sin muertos, dijo, no habría gloria, y sin gloria, sólo habría derrotados (Méndez, 2005: 15).

La paradoja que presenta el personaje de Alegría es que se trata de un oficial del ejército franquista que decide rendirse ante unas autoridades republicanas que están, ellas mismas, a punto de terminar con su propia resistencia. La situación esperpéntica que nos presenta Méndez permite para explorar las costuras de la victoria y lo que esta representa en un plano simbólico, que adquiere en el relato más relevancia que el plano factual de los hechos. Alegría se mueve así, por lo tanto, en un espacio alegórico en el que la realidad es dejada de lado para atender a la significación del acto, verdadera raíz de la motivación del personaje. Ni siquiera la asunción de que el ejército republicano no es más que “un inventario de cadáveres” (Méndez, 2005: 15), o la representación continua de Madrid como una ciudad que se siente presa, y que solo parece esperar a que llegue su temido depredador y acabe con ella<sup>52</sup>, parecen impedir la aparentemente paradójica decisión de Alegría de rendirse ante los republicanos.

*Los girasoles ciegos* relatan así la inmediata caída de la ciudad de Madrid en el primero de los relatos —titulado de manera significativa como “Primera derrota: 1939 o

---

<sup>52</sup> “Madrid estaba al fondo como un escenario, salpicando la tibieza del aire con los perfiles de una ciudad apagada que la luna dibujaba a su pesar. Madrid se agazapaba” (Méndez, 2005: 14).



Si el corazón pensara dejaría de latir”—. A partir de esta narración, que tendrá como marco los últimos días de la capital bajo el control de la República, los otros tres relatos seguirán adentrándose en diferentes aspectos de la derrota y de sus consecuencias para el conjunto de España a través de tres historias ejemplares de la España derrotada: “Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido”, seguido de “Tercera derrota: 1941 o El idioma de los muertos” y, finalmente, de “Cuarta derrota: 1942 o Los girasoles ciegos”, que da nombre al conjunto de la obra.

*Los girasoles ciegos* es publicada, como hemos mencionado, en pleno boom memorialístico dentro de nuestro país<sup>53</sup>. Caracterizado como “un marxista gramsciano”, como “un personaje difícil en el comunismo español”, Alberto Méndez supo conjugar sus ideas políticas con la superación de la caída de la militancia comunista que se vivió a principios de este siglo (Corazón, 2015: 45). La importancia de la memoria de la Guerra Civil, así como el interés por acercarse a lo sucedido a través de la ficción llevaron también a Méndez a escribir sobre lo sucedido como parte de la herencia cultural del endogrupo: “La memoria en Méndez funciona como una herencia osmótica, cifrada por fuera de los canales oficiales, tejida por una delicada trama de silencios e interrupciones («ocultada en voz baja»), y cimentada menos por un estatuto histórico que por una legitimidad del orden de lo familiar” (Giménez, 2019: 8). El silencio se convierte así en el leitmotiv de unos autores que luchan precisamente para que se oigan las voces de aquellos que fueron enmudecidos durante más de cuatro décadas. Méndez asume, de esta manera, la labor de desentierro y puesta en valor de miles de voces que no pudieron expresar la barbarie de lo sucedido, y a las cuales este tipo de ficciones puede ofrecerles, finalmente, un reconocimiento dentro de la sociedad española (Matos-Martín, 2015). La escritura de este cuentario se convierte, de esta manera, en una llamada a la resistencia que ofrecieron unas víctimas y unos represaliados a los que se negó toda posibilidad de supervivencia —tanto física como psicológica—, sin que la amnesia colectiva pueda impedir a la ficción recordar lo sucedido (Goñi Indurain, 2020). La verdad juega un papel de gran relevancia, como ya hemos apuntado, en este proceso de recuperación del recuerdo, puesto que, según según se puede apreciar en la “Primera derrota” que estamos analizando:

---

<sup>53</sup> Un periodo, el de la última década del siglo pasado y la primera del presente, en el cual han sido publicadas un gran número de novelas de la memoria en nuestro país (Goñi Indurain, 2020: 212).

En este primer cuento el narrador se refiere en varias ocasiones a la verdad como aquello que da cuenta del horror sufrido por las víctimas y la contrapone a la certeza. La historia del capitán Alegría es construida a partir de documentos que el narrador incluye en su relato (su último parte de intendencia, el acta del juicio que le condena a muerte, las notas que se encontraron en su bolsillo) o que ha podido consultar, como las cartas que Alegría escribe a su novia. Consigue con esto no tanto un efecto de verdad como dar cuenta de la distancia, en ocasiones insalvable, que hay entre los documentos y el pasado. El relato se construye también sobre la base de los testimonios de aquellos que lo encontraron en algún momento de su último periplo. El narrador da las gracias a los testigos que han contribuido a que pueda reconstruir esa historia, aunque considera verdad no lo que puede demostrar con los documentos y los testimonios, si no aquello que permite comprender la experiencia vivida de un hombre, sin menoscabo para la imaginación (Santamaría, 2007: 125).

La búsqueda de la verdad es así el objetivo de un relato que intenta llamar la atención del lector sobre la realidad de un pasado demasiado vivo como para que pueda ser sepultado en los libros de historia. A través de la pretendida objetividad sobre la que se construye el relato, Méndez explora las costuras de la realidad del pasado como una manera de acercarse a lo sucedido (Rossi, 2019: 315). Como afirma Candeloro, Méndez procura que el lector pueda “involucrarse de forma empática y emocional en la reconstrucción verosímil de un pasado histórico que no pasa y que no cesa de tener un eco profundo en la cultura y en la sociedad española del siglo XXI” (2022: 34). Méndez enhebra así un relato de la historia a través de un instrumento ficcional que le permite adentrarse en el espacio fronterizo que conforma el no-recuerdo de la Guerra Civil. El lector tiene así un papel de primer orden como receptor de los testimonios y resonancias que, sobre la derrota republicana y la represión franquista, todavía deben ser recuperados dentro de la sociedad española. *Los girasoles ciegos* se enmarca así en el proceso de recuperación de una memoria colectiva que sigue siendo, como estamos viendo a lo largo de este trabajo, uno de los aspectos más polémicos de la realidad española de nuestros días (Orsini-Saillet, 2006). Incluso desde la cohesión textual se podría apreciar cómo “con esta forma interior parece querer decirnos Alberto Méndez que en la guerra civil los perdedores detentaban una razón moral” (Pozuelo Yvancos, 2015).

La violencia es otro de los nexos que entrelazan los diferentes cuentos de Méndez. La búsqueda de una conexión emocional que el lector pueda construir con el pasado al acercarse a estas ficciones explica cómo un personaje como el capitán Alegría se siente desbordado por la barbarie de la guerra y, de una manera simbólica, se enfrenta a la realidad de una victoria que no puede ser tal (Lough, 2017: 856-857). Méndez llevaría así

un intento por resignificar el concepto de víctima, y alejarlo de su mera imposición sobre los republicanos (Gómez López-Quiñones, 2015). Alegría se enfrenta a un vacío que es en sí la misma vacuidad que sumerge a una sociedad como la española en la ausencia de su recuerdo histórico. Este tipo de ficciones buscan luchar contra este vacío a través de una escritura que, como la de Méndez, intenta ser un instrumento de duelo (Nuckols, 2011). La visión que Franco tenía para España es así contestada en un texto cuya base se encuentra en la crítica de esta nueva sociedad dictatorial que había sido construida (Di Giovanni, 2012). La derrota y su simbolismo enhebra así un relato de la crueldad que se vivió en aquellos tiempos, así como del simbolismo que significó su triunfo (Pereira, 2015); dentro todo ello del relato antimaniqueo que procura elaborar Méndez (Varela-Portas de Orduña, 2015: 118-119). Es, en definitiva, la violencia institucional, que el régimen llevó a su punto álgido, aquello que la ficción de Méndez pretende poner de relieve frente al lector (Skonecka, 2015: 240-244). Todo ello dentro de una obra como *Los girasoles ciegos* que, según el análisis del profesor Hans Hansen (2015b), se distingue tanto de los discursos nostálgicos sobre la guerra como de los discursos de reconciliación, lo que la sitúa como una obra agonista —según la terminología que ya hemos mencionado—. Es por ello que el capitán Alegría puede concebirse como un potente símbolo de este espacio intermedio, pues su propia génesis como personaje parte del carácter liminar de su posicionamiento frente a la guerra: “El capitán Alegría construye su propia posición identitaria —el tercer espacio imposible entre el nosotros y ellos— de una manera paralela a la que el narrador abre un espacio imposible entre lo cierto y lo verdadero. «Imposible» porque la lengua, siempre también impregnada de las relaciones de poder, difícilmente puede llegar a describirlo” (Hans, 2015b: 93).

El personaje de Alegría vive, en el espacio diegético construido por esta “Primera derrota: 1939”, dentro del absurdo que su situación de prisionero supone para todos los que se cruzan con él—la “paradoja por antonomasia” (Albizu Yeregui, 2015: 159)—. Sus explicaciones, concisas y escuetas, no solo no ayudan a que los demás personajes comprendan su decisión, sino que aumentan el grado de incompreensión hacia él. De esta manera, a pesar de que nuestro capitán insista en explicar que se ha ofrecido como prisionero porque “Mañana o pasado Segismundo Casado va a rendirse”, la incredulidad resulta la única respuesta que recibe: “Ya. Y por eso te has rendido. No me jodas” (Méndez, 2005: 18). Aunque la caída simbólica de la capital esté casi completa, y a pesar de que Alegría intente exponer que la lucha resulta fútil —pues esta misma rendición casi segura de Segismundo Casado en las próximas horas hace que todo combate sea

únicamente una posible pérdida innecesaria de vidas—, es precisamente esta asunción de un Madrid que ya se siente derrotado desde hace semanas la que se impone frente a la razón de los actos de Alegría. Es por ello que la acción de nuestro protagonista choca con la realidad partidista de la guerra. Su intento de adelantar el final esperado del conflicto lleva así a la paradoja. Y es esa misma contradicción aparente la que le lleva a convertirse en símbolo de la República casadista que se entregó al franquismo. Méndez busca así representar en su diégesis la fuerza de lo inmaterial, y cómo el papel simbólico de la resistencia puede llegar a tener más importancia que la resistencia en sí misma. Puesto que, en el momento en el que la derrota se vio como asegurada, la realidad no tardaría en manifestar como cierta una rendición que surgió, aunque resulte paradójico, de la convicción misma de la República. Por todo ello, Méndez construye su narración con el objetivo de mostrar esta misma paradoja a partir de otra paradoja, como el propio narrador no deja de preguntarse en este primer relato: “¿Qué es un vencido por el vencido? (Méndez, 2005: 20).

La caída de la capital, aunque esperada, parte en dos este primer relato de Los girasoles ciegos. La temida y aguardada rendición llega a ojos del lector de manera improvisada, con la huida de los mandos republicanos y la repentina entrada de las tropas franquistas:

Nadie daba órdenes, todos sabían lo que tenían que hacer: huir lo antes posible (...).

Franco estaba adueñándose de Madrid. Una o dos horas después, los nuevos ocupantes llegaron a la Capitanía General y se desplegaron ordenada y ruidosamente tomando posesión de cada despacho, de cada pasillo, de cada corredor de piedra. El templo del mando ya era suyo (Méndez, 2005: 22).

Alegría se enfrentará ahora a la estupefacción de los mandos franquistas al descubrir su situación en los calabozos de la Capitanía General que acaban de tomar, cuando toman conciencia de que la rendición de Alegría a las autoridades republicanas es de esa misma mañana. Su situación ahora como preso del franquismo, junto a los miles de republicanos que no pudieron huir tras la rendición del coronel Casado, continuará a través de documentos indirectos que el narrador recoge, sobre lo sucedido al personaje hasta su fusilamiento por traición. Y será precisamente su explicación final, recogida a partir de los supuestos documentos del juicio, la que termine con la paradoja que había

construido el relato y aclare las razones de Alegría para llevar a cabo su inusitada rendición:

*»Preguntado acerca de si son las gloriosas gestas del Ejército Nacional la razón para traicionar a la Patria, responde: que no, que la verdadera razón es que no quisimos entonces ganar la guerra al Frente Popular.*

*»Preguntado que si no queríamos ganar la Gloriosa Cruzada, qué es lo que queríamos, el procesado responde: queríamos matarlos.»*

A continuación, se le expulsa del ejército y se le declara culpable del delito de traición y connivencia con el enemigo. Es condenado a muerte.

Hay una rúbrica y un sello, ambos ilegibles.

El degradado capitán Alegría, por fin, había hablado de la usura de sus superiores jerárquicos (Méndez, 2005: 28).

El capitán Alegría expone que se rindió ante los republicanos el propio 1 de abril de 1939 porque era la única acción que tenía para luchar contra la terrible realidad del franquismo. Méndez expone así las costuras entre el discurso oficial de Burgos y la realidad de una guerra que no pretendía ser simplemente ganada, sino que buscaba la eliminación completa del otro republicano y su destrucción. Alegría no está en desacuerdo con la victoria contra la República —y el relato insiste en cómo apoyó el golpe de Estado desde el primer momento—, pero se rebela contra esta eliminación del contrario y con una victoria simbólica que solo busca sustituir la realidad por el discurso de la victoria. Como expone Juan Carlos Cruz Suárez:

Alberto Méndez nos guía, a través de ese tapiz al que antes hacíamos referencia, a solidarizarnos con ellos, a sentir com-pasión frente el dolor afligido, a aprender a dignificar su memoria y, creo también, a descubrir finalmente el sentido extensivo de una derrota que es total y completa, y en la que el concepto del Otro se amplía al más complejo modelo de un Nosotros y nuestra memoria colectiva (Cruz Suárez, 2015: 113).

El inicio de esta victoria, con la depuración y el asesinato de cientos de miles de republicanos es así el resultado de esta derrota que no terminará ese 1 de abril, sino que se extenderá durante las cuatro décadas de dictadura. El final del relato será utilizado por Méndez para exponer las desdichas de los miles de fusilados por el victorioso franquismo, así como la inusitada supervivencia de nuestro protagonista al pelotón de fusilamiento (Méndez, 2005: 30-31). La huida del capitán Alegría hacia su pueblo, Somosierra, antes

de que decida suicidarse con un fusil, sirve a la narración para acabar con la contraposición entre el «ellos» y el «nosotros» como Méndez ha pretendido reflejar que el franquismo procuró construir. Todo ello porque, bajo la dictadura victoriosa, la paradójica decisión de Alegría de rendirse a los republicanos termina de cobrar sentido dentro de una diégesis que iguala dentro del grupo de los derrotados tanto a los republicanos como a los franquistas. Todos los españoles terminarán así derrotados tras la victoria de Franco en la guerra y la caída de Madrid, puesto que el triunfo de la dictadura no admite otra solución. Y así se transparenta ante los ojos del lector cómo Alegría, al negarse a terminar de vencer a los republicanos, se negó a completar su acción como ejecutor de las decisiones de los vencedores y aceptó su papel como parte de los derrotados de manera directa:

*»¿Son estos soldados que veo lánguidos y hastiados los que han ganado la guerra? No, ellos quieren regresar a sus hogares adonde no llegarán como militares victoriosos sino como extraños de la vida, como ausentes de lo propio, y se convertirán, poco a poco, en carne de vencidos. Se amalgamarán con quienes han sido derrotados, de los que sólo se diferenciarán por el estigma de sus rencores contrapuestos. Terminarán teniendo, como el vencido, al vencedor real, que venció al ejército enemigo y al propio. Sólo algunos muertos serán considerados protagonistas de la guerra.»*

Todos los pensamientos y con ellos la memoria debieron de quedar sepultados bajo la fiebre, bajo el hambre, bajo el asco que sentía de sí mismo (Méndez, 2005: 36).

#### 3.4. Madrid contra la guerra: la desaparición de la República en la prosa de Pedro Corral

Ambientada en los últimos días de la Guerra Civil, durante las consecuencias del golpe de Estado de Casado, *La ciudad de arena* (2009), de Pedro Corral, nos sumerge en una ficción en la que la derrota se conjuga con la realidad de dos bandos enemigos que nunca habían estado tan cerca desde que comenzó el conflicto. Publicada también como parte del boom de la memoria que se ha vivido en nuestro país a principios de este siglo, Corral construye su novela en torno a la historia de dos militares, antiguos compañeros, que ahora se encuentran enfrentados en las trincheras que se sitúan a ambos lados del Manzanares. A través de la historia de Tomás Broto, teniente coronel del ejército franquista, y Luis Masip, capitán del ejército republicano que ha decidido secundar la intentona de Casado, la ciudad de Madrid se presenta ante el lector como un sujeto “vulnerable” entre la amenaza perenne de unos y la reciente traición de los otros:

¿Traidor? No, él no era un traidor. Se tenía por hombre de palabra y jamás había dudado a la hora de cumplir su promesa de fidelidad a la República. El capitán Luis Masip quería que la guerra terminara cuanto antes, eso era todo. Igual que cuando se jugaba la vida en el campo de batalla. Sí, también había desafiado el tableteo de las ametralladoras enemigas al frente de sus hombres para que la guerra acabara lo antes posible. En el fondo, él no había cambiado, salvo por su vestimenta y su cojera. Había sustituido el casco de acero y el mono de campaña por una boina bien ceñida a la frente, guardapolvos beige, guantes de cuero, pantalones bombachos y botas altas de cordones, con los que recorría ahora las calles de Madrid como oficial de enlace, a lomos de su vieja motocicleta Royal Enfield, que siempre parecía que fuera a descomponerse al rodar sobre el adoquinado (Corral, 2009: 27).

Madrid toma cuerpo así en esta ficción que no solo se enmarca dentro de los límites del último mes de la guerra, sino que procura explorar cómo la derrota y las traiciones encadenadas hacia el gobierno legítimo de la República llevaron a esta situación. La guerra cobra también consistencia hasta personificarse como la gran enemiga de una capital que se muestra ya demasiado cansada después del largo conflicto. Es el ansiado final de la lucha el que mueve a Masip, igual que estamos viendo en muchas de las ficciones y memorias que analizamos en este trabajo que movió a tantos casadistas a intentar terminar cuanto antes el conflicto. La ciudad se encuentra sometida a la constante amenaza de los cañones franquistas, los cuales también toman rasgos humanos hasta el punto de que “parecían bostezar bajo las redes de camuflaje” (Corral, 2009: 19).

La debilidad del espacio urbano es la tónica dentro de una narración que deja atrás el relato de la resistencia para centrarse en un presente devorado por la guerra, hasta el punto de que ya no queda nada más que el permanente frente en las inmediaciones de la Plaza de España y el Palacio Real. Madrid pasa de ser el símbolo de la capacidad republicana para no someterse a las tropas franquistas a configurarse como una víctima que parece aguardar su final, entre la intimidación constante de los dos ejércitos que se disputan su posesión. Incluso los recuerdos dan cuenta de este sentimiento, puesto que es el miedo hacia el gobierno de Negrín el que se procuró instalar en el corazón de los madrileños: “La capital fue bombardeada durante varias horas para que los madrileños identificaran la presencia de Negrín en la ciudad como un peligro para sus vidas...” (Corral, 2009: 20). La República se asocia así a la inseguridad, al mismo tiempo que el tejido urbano parece rehacerse ante los ojos del lector frente a la aspiración de alcanzar el fin de la guerra como único anhelo de lo que queda de la resistencia republicana. La

victoria simbólica de Franco se construye así entre el miedo y la intimidación, dentro de una ficción que, sin embargo, no se olvida de que, pese a todo, la energía del ejército legitimista sigue ofreciendo destellos de su vigor pasado. Así, el fuego rutinario de la artillería republicana que todavía escucha el teniente coronel Broto cada mañana le obliga a recordar que: “Madrid seguía dispuesta a vender cara su piel” (Corral, 2009: 24).

Los personajes de Corral se esfuerzan por dibujar una imagen de Madrid que preste atención tanto al ambiente derrotista que inundó la capital durante sus últimos días, como a la imborrable memoria de la resistencia que sirve, precisamente, para contrastar, con un presente dominado por un nuevo golpe de Estado. Dentro de este contexto, la guerra parece convertirse en la principal enemiga de una guarnición republicana demasiado desmoralizada para recordar con claridad a quién consideró su rival solo unos meses antes. Así, el relato de la caída se cuenta enhebrado entre las acusaciones hacia un conflicto que toma cuerpo como el principal antagonista del relato.

El otro que veíamos en muchas de las narraciones que estamos analizando en este trabajo parece desvanecerse ante la inmanencia que la guerra toma dentro del relato, al mismo tiempo que, de manera aparentemente paradójica, siga presente no solo en la estructura de la novela, sino en la importancia que el frente toma dentro de la narración. Los dos bandos se irán acercando, así, en la prosa de una obra que busca explicar cómo se cerró este capítulo de nuestra historia, marcando la importancia que la muerte y el horror adquirieron durante tres años. La curación del trauma no sería posible tras la victoria pero, en este momento, la esperanza de que así sucediera mueve a unos personajes que, desde el inicio de la narración, tienen muy presente este objetivo. Así, ante la repetida esperanza de Broto de conquistar la ciudad de una vez, la pérdida de la concepción de enfrentamiento que experimenta Masip frente a los franquistas se traduce precisamente en esta mayor relevancia de la guerra como un responsable en sí mismo de lo sucedido, que actúa como enemiga de los españoles, ahora sin diferenciar entre franquistas y republicanos.

El relato de Corral presenta ante el lector, a través de las convicciones de Masip, los repetidos argumentos que ya hemos comentado sobre la imposibilidad de resistencia de la República (Corral, 2009: 31-32). Así, el pretendido filocomunismo de Negrín y las recientes derrotas republicanas en el Ebro y en Cataluña se unen a la presunta debilidad republicana para proteger una ciudad que ya se considera derrotada. El simbolismo de la resistencia deja paso así a la asunción de la victoria franquista en unos personajes que basan su confianza en las posteriormente fracasadas negociaciones de Casado con Burgos.



Franco, de esta manera, impone su victoria en la conciencia de Masip a través de la asunción de que la derrota republicana es un hecho seguro: “Con la toma de Vizcaya, Franco había puesto en práctica la más importante lección de Clausewitz: el primer objetivo de una guerra es hacer que el contrario pierda toda esperanza de vencerla” (Corral, 2009: 37). Madrid es recorrida por los personajes mientras el narrador la observa entre “ciega, además de hambrienta” y todavía resistente (Corral, 2009: 38), mientras las noticias de los cientos de miles de refugiados republicanos que cruzaron la frontera francesa deja paso al anuncio de la sublevación de la flota republicana de Cartagena. Todo ello entre las ruinas de una ciudad que parece haber ofrecido toda su energía en una resistencia que ya solo parece encontrarse en el recuerdo:

Cuando estaban cruzando el Puente de Segovia, a Mateo le temblaron las piernas. La guerra había convertido un lugar que conocía como la palma de la mano en un paraje infernal. Allí habían frenado las milicias a los moros y legionarios de África al grito de «¡No pasarán!». En Madrid se recordaba la epopeya de un batallón de peluqueros que resultó diezmado en la Casa de Campo al detener los asaltos de los rebeldes. Ahora había soldados solitarios o en parejas caminando como sonámbulos en diferentes direcciones a través de las pocas calles despejadas de escombros. La mayor parte del barrio se encontraba en ruinas y sólo se veía algún perro famélico como amo y señor de aquella destrucción (Corral, 2009: 72).

Incluso los intentos de mantener la moral de las tropas se cruzan con los sucesos políticos del momento en una contraposición que refuerza la impresión sobre el lector de la vacuidad de estas proclamas. De esta manera, los intentos de un comisario político por recordarles a las tropas que “¡Resistir hoy, es vencer mañana!” —en nombre, además, “del doctor Negrín, jefe del gobierno”— se deshacen ante la dura realidad del frente que rodea a los soldados, las repetidas proclamas a un inminente ataque franquista que finalmente podría hacer que Madrid cayera, y el miedo general de unos combatientes que están más pendientes de cómo podrían huir de las trincheras en caso de necesidad que de escuchar las palabras del comisario político (Corral, 2009: 76). La asunción de la derrota —como estamos viendo en la mayor parte de las obras que analizamos en este trabajo— se asienta así entre los soldados en la prosa de un autor que procura contraponer el discurso y lo dicho oficialmente con la materialidad de unos resistentes que carecen del espíritu para continuar la lucha. La semiótica de la derrota se impone, de esta manera, como un contrapunto necesario ante un otro cuya figura se desdibuja debido a la traición. La sorpresa de los soldados que acaban de escuchar las proclamas de resistencia de Negrín

al oír combates a sus espaldas, en las calles de Madrid, sirve para mostrar ante el lector cómo este segundo golpe de Estado acabó con toda capacidad de resistencia al romper el símbolo de Madrid; una Madrid que ahora “parecía temblar ajo la luna, sacudida por los ecos de la batalla” (Corral, 2009: 84).

Corral intenta, a lo largo de su narración, construir dos niveles diferentes entre los cuales se mueven sus personajes. Por un lado, busca representar las diferentes visiones y opiniones sobre la situación que asumieron los diferentes contrincantes en liza, al mismo tiempo que el desarrollo de los hechos no se esconde dentro de esta multivocidad, sino que se mantiene ante los ojos de un lector que recibe junto a los personajes el discurso de Julián Besteiro con el que se inicia la toma de poder del Consejo Nacional de Defensa al mismo tiempo que esta segunda rebelión contra el gobierno legítimo de la República queda patente para quienes están escuchando: “El segundo golpe que dan los militares contra el gobierno de la República. Besteiro ha dicho que el poder legítimo de la República es el poder militar... El poder militar, señor Ferrer. Ése somos nosotros” (Corral, 2009: 87). La traición se presenta así como el gran enemigo de la República, cuya resistencia no es finalizada por la guerra en sí misma —por mucha preponderancia que esta tome como explicación de los hechos—, sino por la desconfianza de unos individuos que ya se consideran en manos del gobierno de Burgos:

—Cada cual está buscando su forma de salvarse del desastre. En Madrid, todo el mundo se está ofreciendo a la «quinta columna» para colaborar en el momento en que entremos en la ciudad. El propio Casado se ha mostrado dispuesto a detener a los cabecillas rojos que queden en Madrid. Tampoco faltarán chivatos para facilitar detenciones ni voluntarios para requisar armamento, desactivar las minas o abrir las cárceles. La Falange dice tener ya controlados los servicios del metro, tranvías, telégrafos y correos, además de suministros de luz y agua. En Burgos tienen ya informes con los equipos y recambios que se necesitan para que todos los servicios recuperen la normalidad cuanto antes. Me cuentan que el Caudillo sabe incluso el número de tijeras para cortar alambradas de que disponen los rojos en sus almacenes de Madrid (Corral, 2009: 91).

La ficción de Corral refleja cómo, lejos de servir para asegurar unas mejores condiciones de rendición para la República, la intentona de Casado solo contribuyó a que los intentos y la capacidad de resistencia que todavía continuaban en pie fueran transformados en una necesidad de huida o escape de una ciudad que ya se consideraba condenada. El triunfo de los quintacolumnistas y su paulatina toma de control corrió

parejo a las proclamas de un Consejo Nacional de Defensa que, al acabar con el espíritu de lucha, afirmó también la incapacidad del lado republicano para no someterse a los designios de Franco. Los enemigos pasan así, casi de un día para otro, a convertirse en amigos de unos madrileños que buscan en los agentes franquistas un peligroso refugio, o que intentan en vano abandonar la ciudad. El Madrid republicano se prepara así para la represión que pronto será llevada a cabo de manera oficial en un clima de miedos e incertidumbres que se refleja de manera continua en la narración, de tal manera que los combates que tuvieron lugar entre las fuerzas casadistas y los pocos que todavía defendían al gobierno legítimo destruyen la esencia del Madrid que había sido construido durante la guerra mientras un personaje como el teniente coronel Broto se regodea en el cúmulo de traiciones que ha llevado a ese momento:

Enredado entre los pensamientos optimistas de toda la jornada, no pudo conciliar el sueño. El eco del altavoz enemigo repicaba en su cabeza... El ejército de la República ganará la guerra... Le divertía pensar que, en el fondo, aquella frase decía la verdad. Al fin y al cabo, ellos habían sido el ejército de la República. Y ganarían la guerra, quizá en dos o tres días, cuatro a lo sumo, pero en aquella misma semana.

Avanzada la madrugada, un lejano retumbar de fuegos artificiales irrumpió en su duermevela con un inesperado eco festivo. Escuchó más atentamente los sonidos que le llegaban del exterior del búnker. No eran fuegos artificiales, sino fuegos de guerra que estallaban en el corazón de Madrid, quebrando en añicos sus frágiles esperanzas. Entonces buscó con la mano la botella que guardaba debajo del catre, la abrió y se la llevó a la boca (Corral, 2009: 97).

El ambiente trágico que se respira a lo largo de toda la narración toma cuerpo en los intentos de resistencia de Mateo, un joven soldado republicano que acaba de ser situado en el frente del Palacio Real. La amenaza ante la cual este personaje debe vigilar no es otra que la de las tropas franquistas, situadas al otro lado del río Manzanares. La paradoja que se observa entre el celo que muestra en su cometido mientras los nuevos líderes de la ciudad preparan su rendición es precisamente lo que nos permite observar el carácter trágico de la escena: “No podía dejarse vencer por el pánico. Madrid le necesitaba aquella noche. Él era los ojos y los oídos de la ciudad. «Alerta siempre, el enemigo acecha», como decía aquel cartel de propaganda pegado a la entrada de la carnicería de don Melchor” (Corral, 2009: 171). Madrid, que está siendo silenciosamente ocupada por los quintacolumnistas —quienes ya hemos visto que, a lo largo de la narración, van progresivamente haciéndose con los resortes de poder de la ciudad— es todavía, sin

embargo, defendida por algunos soldados republicanos. La muerte de la ciudad se encuentra cerca, pero todavía no ha llegado. Y de ello da muestra la aparente victoria a la que asistirá Mateo esa misma noche, tras una pequeña escaramuza en el frente. Corral nos muestra así cómo la épica de la resistencia sigue viva, aunque ya solo se aparezca ante nosotros como un reflejo de lo que fue en el pasado: “La algarabía de la victoria se contagió a lo largo de las trincheras y a Mateo le pareció que golpeaba, como una ola gigante, los contrafuertes de Madrid, y que la ciudad entera se estremecía con su triunfo” (Corral, 2009: 180).

Corral nos presenta así una visión del interior del conflicto en la cual todavía se lucha por la victoria de una determinada visión de la guerra. De esta manera, la realidad de la victoria franquista y de la posterior represión que se avecina —y de la que muchos personajes se muestran conscientes, como estamos comprobando— es contestada por los ideales de paz promovidos entre los casadistas, o la ilusión por mantener la defensa de la ciudad impulsada por los pocos que siguen creyendo en las consignas del gobierno de la República. Así, como una trampa, observa la situación uno de los tenientes comunistas que el Comité Nacional de Defensa se esfuerza por reprimir en la novela:

Sí, la República había caído en la trampa de Franco, que había planteado la única forma de guerra que podía ganar. No tenía duda de que la guerra en campo abierto había sido también un terreno de ensayo para el armamento de media Europa, cuya efectividad letal se probaba en las carnes de los españoles. Alemanes, italianos, rusos, franceses, todos querían ver en qué podían mejorar sus armas antes de emplearlas en la guerra que se avecinaba en Europa. Y, para colmo, los españoles, además de ofrecerse como dianas, pagaban a escote los aviones, cañones, blindados, ametralladoras y rifles utilizados en aquellos mortíferos experimentos contra ellos mismos. Una guerra de ensayo con un pueblo de locos... (Corral, 2009: 189).

La República se presenta ante nuestros ojos como víctima de las ambiciones de una Europa más preocupada por la inminente guerra mundial que por la salvaguarda del destino de España. El destino de Madrid —y, por extensión, de todo el país— se había cruzado en el camino de los intereses de un continente despreocupado por lo que sucediera en la península. El personaje cuyos pensamientos se recogen en este fragmento, el teniente Caminero, une así a los aliados y a las potencias del Eje en su crítica a la inminente derrota republicana, pues la culpabilidad se puede extender por todos ellos. Además, se trata de un personaje que no duda en criticar también las conexiones del PCE con Moscú, y que se muestra ante el enfrentamiento con las tropas casadistas con la

desesperación de quien es consciente de lo que depara el futuro inmediato. Para Caminero, Madrid no solo ha perdido ya todo simbolismo como capital de la República, sino que se había convertido en sinónimo de ruina y final, en una visión adelantada de lo que pronto significaría el Madrid de la victoria:

La capital de la gloria llamaban a Madrid los poetas, aunque para él ya no era más que la capital de la muerte y el hambre, la traición y el miedo de lo que vendría después de la derrota. Después del pacto de Múnich, la República había quedado abandonada a su suerte, al igual que la habían abandonado también aquellos visitantes lustres que buscaban fotografiarse en El Pardo junto a oficiales y soldados a los que trataban como héroes de leyenda, aunque pocos, muy pocos, habían protagonizado la batalla memorable de noviembre del 36 (Corral, 2009: 191).

El suicidio de este personaje será el destino necesario ante la conciencia del futuro de la ciudad. La narración de Corral prosigue con la victoria de las tropas casadistas frente a los comunistas, así como con los vanos intentos de Casado por pactar con Franco una paz honrosa para la República que nunca llegará a materializarse. Mientras tanto, como una manera de emular al personaje de Alegría que dibujó Méndez, el teniente coronel franquista Broto ha decidido desertar de las tropas franquistas ante su inminente victoria y se encuentra detenido por los republicanos (Corral, 2009: 278-283). De locura se tachan las acciones de un hombre que, al igual que sucediera con Alegría, no será comprendido ni por unos ni por otros. De manera simbólica, la unión con el otro que hemos visto que dibuja la narración de Corral culmina con la paradójica y sorprendente fusión de destinos entre los dos protagonistas de la novela, Broto y Masip, puesto que “a los dos les esperaba el pelotón de ejecución si fracasaban las negociaciones de paz de Casado. A Broto por haber desertado del bando de los vencedores, y a él por no haber desertado del de los vencidos” (Corral, 2009: 283-284). La caída de Madrid llegará, finalmente, tras el desmoronamiento de la escasa resistencia republicana que todavía quedaba. Y será narrado desde el punto de vista franquista, en medio de un ambiente festivo que esconde el futuro de la nueva Madrid. La posterior represión construirá la mayor parte del final de la novela —que termina con una breve prolepsis hacia el futuro—. Todo ello en medio de un análisis de la derrota republicana que centra su atención en la traición y la falta de lealtad de muchos de los que apoyaron al gobierno republicano, a quienes se acusa de ser los verdaderos responsables del final de la guerra:

Pensó que no era Franco quien había ganado la guerra. Quien la había ganado realmente era el incontable ejército de indiferentes, que habían asistido imperturbables al caos anterior a la guerra y que después, en la contienda, habían buscado su propia supervivencia por encima de todo, sin importarles la suerte de la República. Aquel ejército de neutrales había provocado la caída de Málaga, de Bilbao, de Santander, de Gijón, de Lérida, de Barcelona, de Gerona, y ahora se preparaba para facilitar la rendición de Madrid y del resto de ciudades que aún quedaban en manos leales. Él mismo, a cada paso, se daba cuenta de que empezaba a ser uno de ellos. Pero al mismo tiempo, al caminar entre la gente por la acera de Alcalá en dirección hacia el Banco de España, se sentía un extraño, como si la sucesión de días, meses y años de su futura ausencia en aquella ciudad estuviera pasando ante sus ojos. Se acogió a aquel pensamiento para convertirlo en un bálsamo de su desesperación. Se imaginó paseando por Madrid como si hubiera regresado ya de viejo y la ciudad, reconstruida de sus ruinas, le resultara irreconocible (Corral, 2009: 287).

### 3.5 La represión como constante: Besteiro y su moral en la derrota, según la prosa de Javier Quiñones

—Denegado el traslado del cadáver del señor Besteiro a Madrid. Debe usted hacer las gestiones ante las autoridades locales para que sus restos reciban sepultura en el cementerio de esa ciudad. Naturalmente, esperamos que su discreción en el entierro se lleve a cabo en una hora tardía y se evite en todo momento que el féretro recorra el centro de la ciudad. Todo deberá hacerse con la mayor celeridad y tratando de que pase lo más desapercibido posible entre la población. En sus manos queda la responsabilidad de que todo se haga conforme a lo indicado.

—¡Arriba España! —contestó el director de la prisión con el grito patriótico de rigor y colgó el teléfono (Quiñones, 1998: 17).

Con la noticia del entierro de Julián Besteiro comienza otra curiosa ficción que, frente a las demás que recogemos en este trabajo, no se centra en el inmediato final de la Guerra Civil sino en explorar cómo fue la caída de la República a través de los ojos de uno de sus principales protagonistas. El ambiente resulta más dantesco que en otras ficciones, pues aquí desde el inicio la escasa esperanza que veíamos en otros autores desaparece para dejar paso a una visión más negativa de una España franquista que ya resulta imponerse como victoriosa, antes incluso de comenzar la narración. El entierro de Besteiro, cubierto de silencio y permitido solo si se realiza en el más completo anonimato representan este intento de la reciente dictadura por llevar al olvido todo lo que fue la República, así como a sus personajes más destacados.

*Años Triunfales. Prisión y muerte de Julián Besteiro*, de Javier Quiñones, busca explorar las consecuencias inmediatas de la caída de la República a través del aprisionamiento y el asesinato que sufrió el político socialista y miembro principal del Consejo Nacional de Defensa, Julián Besteiro, hechos que ya hemos tratado en este trabajo. Publicada por primera vez en 1998, cuando comienza el boom memorialístico que ha vivido recientemente nuestro país, Quiñones parte, desde el principio de su ficción, con el objetivo de transmitir al lector una imagen amarga de la nueva España victoriosa que ha salido de la guerra, y lo que significó la toma de control de todo el territorio nacional por parte de la dictadura. A través de una prolepsis, el relato del entierro de Besteiro en la ciudad de Sevilla —ante la prohibición de que su cadáver fuera trasladado a Madrid— abre las páginas de esta novela con la contundencia del principal mensaje que esta diégesis busca transmitir; la persecución política hacia los republicanos que no terminó ni siquiera con la represión y el asesinato: “Ya ves, Julián, que ni después de muerto dejan de perseguirte” (Quiñones, 1998: 26).

Tras el recuento de su entierro, Quiñones regresa al pasado para que el lector asista al último día antes de la partida del Consejo Nacional de Defensa de Madrid. La mañana de ese 28 de marzo de 1939 es observada desde la premura y la precipitación que el abandono de la ciudad tiene sumidos a los mandos casadistas. El tiempo acompaña a este espíritu, con la muestra de un “paisaje gris y desapacible que presagiaba un día frío” (Quiñones, 1998: 33). Ya desde el primer encuentro con el protagonista de la novela se nos presenta la resolución y el espíritu de “mártir”—como el propio Quiñones se refiere al titular esta segunda parte de la obra— de que Besteiro hará gala hasta el último momento, incluso cuando es plenamente consciente del destino que le espera en manos de las tropas franquistas:

Se acercó, en la claridad difusa del alba, a la habitación de Beteiro, en el sótano del edificio. Allí lo encontró tumbado sobre la cama a medio deshacer. Vestido, fumando y con un libro entre las manos, era evidente que no tenía intención de marcharse. Muy inquieto, le preguntó:  
—¿Usted no se marcha?  
—No, pero márchense ustedes y háganlo sin el menor remordimiento de conciencia, todos han cumplido con su obligación hasta el último momento y ya no se puede hacer nada más, esto es el final.  
—Pero ¿acaso no tiene miedo de lo que pueda pasarle? ¿No ha pensado usted que tal vez Franco lo fusile?

—Sí, claro que lo he pensado, y sé perfectamente el riesgo que corro quedándome aquí y lo asumo (Quiñones, 1998: 34).

En cierto sentido, el resto de la diégesis servirá para desarrollar este espíritu de responsabilidad hasta sus últimas consecuencias, como una manera de dignificar, en el último momento, a la figura de Besteiro. La integridad del personaje —resuelta, independientemente de sus decisiones pasadas o de su traición al gobierno legítimo de la República, por la necesaria asunción de su responsabilidad que la huida le habría arrebatado— resulta así el leitmotiv de una narración que contrapone la decisión de exiliarse de los mandos casadistas con la realidad de cientos de miles de republicanos que no dispusieron de medios para escapar de la represión franquista. Las decisiones del Consejo Nacional de Defensa que llevaron a esta situación son así dispuestas ante los ojos de un lector que asiste a los últimos estertores de una república ya condenada hace semanas.

En la diégesis de Quiñones, las consecuencias del golpe de Estado de Casado se visualizan desde la perspectiva del protagonismo que Besteiro adquiere con su decisión de permanecer en Madrid. La ciudad aparece dividida, como lo está su población, entre quienes son conscientes de lo que significará el final de la resistencia para su mera existencia y los que se alegran por la esperada llegada de Franco: “Madrid, claridad y sombras, era una ciudad de contrastes. Mientras en la Ciudad Universitaria las tropas nacionales avanzaban sin disparar un solo tiro porque los soldados republicanos habían huido del frente, por las calles, los que habían estado refugiados durante casi tres años, hacían el saludo fascista” (Quiñones, 1998: 36). Entre las noticias sobre la ocupación de la ciudad, y los escasos recuerdos de cómo se llevó a cabo la caída de la República, no se aprecia ninguna crítica hacia las decisiones del Consejo Nacional de Defensa, ni hacia las decisiones que los casadistas llevaron a cabo para terminar la guerra cuanto antes. Sus resoluciones aparecen como consecuencias necesarias de un final tan anunciado como inevitable. El derrotismo acríptico sobre el que se construye la diégesis centra así su censura en el comportamiento de la nueva dictadura, cuyas razones morales empalidecen ante el ensalzamiento de la determinación del personaje de Besteiro: “Vestido con traje azul, chaleco también azul, camisa blanca y corbata oscura, la serenidad altiva y distante de Besteiro terminó por desconcertar a aquella cuadrilla de señoritos de pelo engominado. Por más que lo increparon y amenazaron, ni se inmutó” (Quiñones, 1998: 39). Un talante



dignificado y despectivo hacia sus captores que contrasta con la represión que ya empiezan a sufrir los republicanos que resistían en Madrid:

MADRID YA OCUPADA POR LAS TROPAS NACIONALES, había sido engalanada con banderas rojigualdas. Los soldados republicanos volvían, después de haber abandonado las armas en las trincheras y parapetos, desde los frentes a sus casas. Camino de Valencia, camiones, coches, grandes masas a pie, desbandada de quienes no querían caer en manos del enemigo. Detenciones en plena calle, insultos, venganzas, agravios, la violencia estaba desatada (Quiñones, 1998: 39).

Quiñones utiliza frases breves y sentenciosas para marcar un discurso que basa en la acumulación aparentemente caótica de hechos la fuerza de su mensaje. El tono seco y burocrático que nuestro autor utiliza permite que el lector se sumerja en la aparente frialdad administrativa con la que el franquismo procuró revestir su represión sistemática hacia los republicanos. El proceso de Besteiro —foco de la obra— actúa así como un paralelo ejemplar para poder comprender el alcance y la profundidad de este procedimiento de eliminación del otro que, simbolizado en el personaje de Besteiro, la nueva dictadura procuró llevar a cabo sobre el conjunto de la República: “Era una suerte que se hubiera quedado, su juicio iba a cuestionar la legalidad republicana, simbolizada en la persona del declarante” (Quiñones, 1998: 43). El estilo conciso y escueto del que hace gala Quiñones sirve también para reflejar —a modo de una especie de verdades universales— el drama subyacente que envolvió los últimos meses de la resistencia republicana. Así, como una manera de explicar la decisión tomada por Besteiro, y exponer ante el lector el por qué de su decisión de apoyar a Casado e intentar una salida honrosa del conflicto en sus conversaciones con Burgos, Quiñones parece no tener en cuenta la falta de control del PCE sobre el gobierno de Negrín, y enfocar su explicación de los hechos desde la óptica de un enfrentamiento entre dos extremos iguales:

El drama del ciudadano de la República es éste: no quiere el fascismo; y no lo quiere, no por lo que tiene de reacción contra el bolchevismo, sino por el ambiente pasional y sectario que acompaña a esa justificada reacción (teorías raciales, mito del héroe, exaltación de un patriotismo morbosos y de un espíritu de conquista, resurrección de formas históricas que hoy carecen de sentido en el orden social, antiliberalismo y antiintelectualismo *enragées*, etc.). No es, pues, fascista el ciudadano de la República, con su rica experiencia trágica. Pero tampoco es, en modo alguno, bolchevique. Quizás es más antibolchevique que antifascista, porque el bolchevismo lo ha sufrido en sus entrañas, y el fascismo no. ¿Cómo este interesante estado de

ánimo y esta rica experiencia pueden contribuir a la edificación de la España de mañana? He ahí el gran problema (Quiñones, 1998: 59-60).

El gobierno negrinista aparece así teñido de un injustificado comunismo que responde, como hemos visto, a la propaganda que desde Burgos se llevó a cabo para desprestigiar la decisión de continuar la resistencia que había tomado el presidente Negrín. Besteiro se considera ecuánime al tomar la decisión de intentar mantenerse entre dos males, a pesar de las consecuencias que la propia diégesis expone ante el lector. El proceso de Besteiro sirvió así, de manera ejemplar, para reflejar la violencia que el nuevo régimen dictatorial pretendía ejercer contra el otro republicano —incluso contra aquellos que habían facilitado el triunfo de Franco con el objetivo de lograr la paz y la reconciliación entre los españoles (Tébar Rubio-Manzanares, 2013)—. Besteiro, quien se había retirado de la primera plana del PSOE durante la guerra debido a sus diferentes visiones sobre el futuro del partido que se habían vivido en enfrentamientos internos durante las dos décadas anteriores (Preston, 1977) procuró buscar con su vuelta a la primera línea de la política una solución que muchos vieron como imposible. La obra de Quiñones está escrita con el objetivo de reivindicar el espíritu pacifista y reconciliador de una figura que, como se puede ver a partir del análisis de sus documentos epistolares, fue consciente de su papel como mártir de esta causa: “Besteiro está preparado para aceptar la muerte del mártir como forma de testimoniar la causa de la justicia universal, y con la esperanza de que el sufrimiento de sus seres queridos se convierta en inspiración, de que anime a otros a trabajar por la renovación de la España que él amó y a la que se negó a abandonar, madrileño hasta la médula, en su hora más oscura” (Impey, 1998: 141). Como expone Sánchez Mosquera:

Besteiro hacía tiempo que daba la guerra por perdida, más aún después de la caída de Cataluña, el reconocimiento de Reino Unido y Francia al Gobierno de Franco y la dimisión del presidente de la República, Manuel Azaña. La gestión del Gobierno Negrín, apoyado en los comunistas, le parecía profundamente lesiva para España. Derrotada la República, pensaba que él podía contribuir a alcanzar una paz con ciertas garantías para los derrotados y poner fin a una sangría absurda. “Se puede perder, pero con honradez y dignamente”, diría por la radio a los madrileños en una alocución a favor del golpe de Casado. Esa rendición honrosa, creía, podía ser el inicio de una paz en la que los vencedores no se ensañaran con los vencidos. Franco, con la victoria en su mano y la última resistencia republicana desactivada por efecto del golpe, no estuvo dispuesto a negociar nada que no fuera la rendición incondicional.

Pese a la intención de Besteiro, la sublevación militar terminó de descomponer la resistencia y precipitó el hundimiento de las instituciones republicanas. La sedición de la flota de Cartagena y el desmoronamiento de los frentes hicieron imposible la evacuación de miles de republicanos, que fueron presa de la represión (Sánchez Mosquera, 2016: 64).

*Años Triunfales* explora así el proceso y la entereza de una importante figura republicana que se mantuvo fiel a sus ideas hasta el último momento. La insistencia de la narración en que el juicio que se lleva a cabo es sobre “un hombre de concepciones honestas, de sentimientos honrados en su vida particular” (Quiñones, 1998: 67) se acompaña de una nutrida relación ficcional de lo sucedido durante el juicio, donde el foco se encuentra en el respeto con el que Besteiro siguió todo el proceso, incluso cuando no es capaz de mantener la atención al ser consciente de que “todo se remitía a un discurso altisonante en el que quería acusarle [el fiscal] de todo y sin embargo de nada le acusaba” (Quiñones, 1998: 72). La parodia de justicia a la que es sometido refuerza así su figura de mártir, al exhibir la entereza de un personaje siempre seguro de sus ideas y de sus decisiones. Su defensa, basada en la argumentación de que Besteiro no formaba parte directamente del gobierno republicano, y de que siempre intentó oponerse a la violencia (Quiñones, 1998: 82) choca con un discurso de acusación que no busca más que justificar una condena ya decidida de antemano. La pretendida justicia franquista se desvela así en todo su potencial represivo como una maquina de eliminación del otro republicano, sin distinguir entre individuos o entre las características particulares que presentan personajes como Besteiro. Es por ello que el Madrid de la victoria será contemplado en la prosa de Quiñones como un espacio de dolor y ruina que contrasta con el tiempo apacible y despejado que vive la ciudad. La geografía urbana se construye así entre imágenes religiosas y cárceles que configuran la nueva capital que la dictadura ha levantado:

ATARDECÍA. EL SOL DE FINALES DE JULIO dejaba, sobre un paisaje de edificios avejentados y medio derruidos, un telón de sangre desleída entre el azul celeste del cielo. El vehículo militar en el que viajaban un sargento y tres soldados, giró desde la Castellana para subir por el paseo del Cisne. Cuando alcanzó la iglesia de San Fermín de los Navarros, el sargento miró hacia la fachada y divisó su alta torre central, el reloj averiado y la imagen del santo. Avistaron después el muro de ladrillo de la prisión del Cisne. El conductor detuvo el vehículo y el sargento llegó hasta la verja de entrada. La guardia le requirió la identificación y le franqueó el paso al enseñar el documento que portaban, un mensaje urgente para el director (Quiñones, 1998: 103).

Las cicatrices de la guerra siguen, como podemos apreciar, muy presentes en las calles madrileñas. La capital no puede desprenderse de un conflicto que la ha forjado al mismo tiempo que no ha podido liberarse de él. El posterior traslado de Besteiro fuera de la ciudad supone para el personaje una pérdida sobrepuesta a su condición de preso, por todo lo que significaba para él el espacio urbano donde había nacido y vivido. Su paso por las calles llenas de ruinas y desperfectos muestra ante el lector la tristeza de un ambiente que ha perdido todo ánimo de lucha, y que ha asumido su destino como espacio sometido a los intereses de la dictadura. El entorno urbano se dibuja así ante nuestros ojos como un pálido remedo de la esperanza y la alegría que se vivió durante la guerra, fruto de la pérdida de este vitalismo. La angustia y tristeza de nuestro protagonista se traslada así a los edificios que pasan ante sus ojos, en un juego de contraposiciones que nos habla del destino de todo un país:

Besteiro lanzaba miradas de soslayo hacia las calles mal iluminadas de Madrid. Pudo ver edificios destruidos, ruinas, casas a medio derrumbar, pequeños grupos de obreros que al calor de un fuego iniciaban su jornada de trabajo, patrullas de soldados que iban al relevo en la protección de algunos edificios oficiales. Atravesaron el barrio de Argüelles y llegaron a Moncloa, desde donde enfilaron la carretera de La Coruña. «Tal vez —pensó entonces Besteiro— sea ésta la última vez que veo la Ciudad Universitaria; quién sabe si volveré a ver Madrid» (Quiñones, 1998: 105).

Incluso la visión que se establece sobre Madrid es oblicua en un relato que busca impactar al lector a través de un estilo directo y emocional basado en la brevedad. A la capital le falta la luz que tuviera anteriormente, incluso cuando hay tiempo despejado, puesto que las fuerzas para seguir existiendo parecen disiparse ante el paso de un personaje como Besteiro. La oscuridad que se cierne sobre la vida del protagonista se extiende hacia el paisaje y hacia el conjunto del país, en un proceso que anuncia su cercana muerte en la cárcel. La lejanía de Madrid no hace más que añadir un nuevo castigo hacia alguien que únicamente buscó la paz, y que incluso traicionó al gobierno legítimo de la República para intentar lograrla. La paz que Besteiro buscaba es inexistente en la España franquista, donde la represión y la imposición ideológica fueron las únicas respuestas a intentos como los de nuestro catedrático de Lógica.

A pesar de su despedida de Madrid, Besteiro tendrá poco después una nueva oportunidad de ver las calles de la ciudad cuando sea trasladado del monasterio trapense de San Isidro de Dueñas a su destino final de Sevilla a través de la capital y de su estación

de Atocha. En una de las cartas que recoge la novela —dirigida a su mujer, Dolores Cebrián—, nuestro protagonista pondrá de manifiesto su tristeza, en esta nueva visita a la capital, por un Madrid que parece perdido para ellos “estoy en Madrid, en nuestro Madrid, aunque ya no sea el nuestro, el de siempre” (Quiñones, 1998: 122). La tristeza del personaje se extiende al destino de todos los republicanos y a la pérdida definitiva de una ciudad que ha sido tomada, tanto física como ideológicamente, por el nuevo régimen. Así, la capital habrá perdido para Besteiro todo interés, puesto que el Madrid que ha conocido, su Madrid, ha dejado de existir en cuanto los franquistas se han hecho con el poder. Vemos así cómo el final de la resistencia es significado como la destrucción de un Madrid que fue pero que ya ha desaparecido, y del que solo quedan como testimonio sus ruinas y el recuerdo de lo que fue. Un Madrid, en definitiva, que ya solo existe en la memoria: “Quiero salir de este Madrid que ya no es el nuestro, que es otro Madrid que ha crecido en su lugar, que lo ha suplantado, que lo ha envilecido con su capa de vulgaridad y ramplonería. No, Lolita, no quiero seguir en este Madrid que siento tan distante” (Quiñones, 1998: 122).

El relato de *Años Triunfales* continuará con los pormenores novelados del paso de Besteiro por la prisión de Carmona, sus sufrimientos y su progresiva caída en la enfermedad. El recuento del empeoramiento progresivo de nuestro protagonista, así como de su pérdida de vitalidad, proseguirá hasta su muerte, al lado de su esposa, en un relato ejemplificador de las penurias y el trato inhumano que sufrieron tantos presos durante la represión franquista. Incluso con el trato aventajado que recibirá Besteiro, mucho más digno que el de tantos miles de represaliados, el relato de Quiñones termina como comenzó, con el cadáver del político socialista y el ambiente desesperanzado en el que se encuentra escrita toda la novela. Ni siquiera el traslado del cadáver a Madrid permite aliviar el resultado de la victoria franquista, que es lo que la diégesis pretende mostrar a través del recuento del último año de vida de Besteiro.

### 3.6. “La muerte sigue”: Madrid en la prosa negra de Francisco Galván

Entonces la justicia popular era más multitudinaria. Venían varios camiones. Ahora sólo uno con cinco reos. Cada día quedan menos traidores. Cada vez hay más desgana en todo: en defender Madrid, en atrapar fascistas, en aplicar justicia. ¿Para qué? ¿De qué sirve? Es cuestión de tiempo, de poco tiempo, que *Madrid, fortificación inexpugnable, no pasarán*, se hunda. ¿Para qué matar a nadie entonces? ¿Se sirve así a una República difunta cuyos máximos responsables han volado? (Galván, 2003: 14).

Con la asunción de una República que ya parece no existir, y que ya se considera vencida comienza otra de las novelas publicadas en pleno boom memorialístico. *Cuando el cielo se caiga* (2003), de Francisco Galván, explora los entresijos del Madrid de Casado en medio de una trama policíaca poco común en las novelas que tratan sobre la guerra. Al igual que estamos viendo en este recorrido por las ficciones centradas en el final de la República, la prosa de Galván se centrará en el sentimiento de certeza acerca de la derrota que embargó a la ciudad de Madrid durante sus últimos días de lucha. El fusilamiento de unos presos sirve de inicio al sentimiento de impotencia y de desánimo que sumerge la ciudad. La pregunta sobre el sentido de llevar a cabo estos ajusticiamientos se contrapone a la dicotomía que se establece entre los carteles que animan a la resistencia madrileña y que todavía inundan las calles de la capital y la retórica oficial y la realidad de un espacio desmoralizado y falto de energías que poco después de este 3 de marzo de 1939 con el que comienza la diégesis verá el golpe de Estado de Casado.

La diégesis de Galván nos llevará por las calles de una ciudad atemorizada y apesadumbrada por su futuro que asiste impotente a los vanos intentos de buscar la paz. A través del protagonista de la narración, el policía de la brigada de investigación criminal Claudio Ballesteros, podremos observar cómo una guerra que se originó llenando las calles madrileñas de cadáveres termina igual que comenzó, puesto que “la revolución vino con los militares, como suponía Mera. La guerra era revolución al principio. Al menos eso creyeron ellos, los anarcosindicalistas de la CNT. Después, la guerra fue sólo civil y también carnicería. Y hambre, dolor y lágrimas. La revolución soñada se transformó en pesadilla” (Galván, 2003: 23). La República que se observa en la prosa de Galván se encuentra así manchada de sangre desde el principio. La crítica hacia el terror rojo se extiende a la investigación que Ballesteros llevará a cabo en el presente diegético, mientras la imagen de la capital que se nos muestra es la de una ciudad todavía viva pero demasiado hambrienta y torturada por la guerra como para poder mantener el espíritu de la resistencia republicana. En esta obra, las ideologías y los mensajes propagandísticos dejan paso a la realidad cruda de un conflicto que se cobró demasiadas vidas, y que contribuyó a destruir una ciudad que parece incapaz de recuperarse del daño. Solo el ánimo de supervivencia permanece:

Madrid bulle ya a las ocho de la mañana. Probablemente no ha dormido, como Claudio. Las mujeres se echan a la calle para buscar algo que comer. Las colas asoman en los comercios que

expenden algo de alimento. Arroz, lentejas, algunas patatas y poco más. Antes llegaba de vez en cuando algo de carne de los comités de ayuda extranjeros. Pero los países que al principio de la guerra fueron solidarios con la República olvidaron pronto que la lucha sigue. El hambre aprieta cada día más. De noche, muchas mujeres recorren a pie treinta kilómetros. Van hasta Torrejón o San Fernando de Henares en busca de productos de huerta. Algún tomate, pepinos o zanahorias. Casi siempre vuelven de vacío. No hallan nada. O lo poco que hay es demasiado caro (Galván, 2003: 25).

La realidad del Madrid derrotado permea la investigación de Ballesteros hasta el punto de que su lucha, a lo largo de la narración, será más contra las voces que le intentan demostrar que su trabajo no tiene sentido en el contexto en el que se encuentra Madrid: “Sal de Madrid, sal de España. La guerra está perdida”, de tal manera que una muerte no relacionada con el frente como la que investiga nuestro protagonista dejaría de tener importancia dentro del contexto político en el que se encuentra la capital: “Si me apuras, son muertes de segunda, comparadas con las de los soldados en el frente. Esas víctimas sí son dignas de elogio y de atención. Tú investigas crímenes comunes, venganzas mezquinas, robos de relojes, trapicheos y mariconadas” (Galván, 2003: 30). A las puertas del golpe de Estado de Casado, el género negro en el que se enmarca esta obra despliega toda su crudeza como parte de un conjunto de obras en las que: “the world of the detective novel is a place of untimely death, cruelty, suspicion, and betrayal” (Nickerson, 1997: 744), marco en el que la investigación que lleva a cabo un personaje como Ballesteros responde a la necesidad de descubrir la verdad sobre lo sucedido con el crimen al mismo tiempo que se entrelaza esta obligación con la de recobrar la propia historia del detective, quien se sumerge en un camino personal de rehabilitación a través de su investigación. La narración del proceso de averiguación y búsqueda tiene lugar, así, al mismo tiempo que: “the emphasizing of this story takes place at the expense of another story, the story of the detective's act of recovery” (O’Gorman, 1999: 20). El detective que nos presenta Galván responde, de esta manera, al arquetipo *hard-boiled* que originalmente surgiera para describir la firmeza de ciertos jugadores de billar (Tamony, 1937: 258), encaja con un personaje como el de Galván, que responde a la figura del “tough, world weary, sharp-tongued, white heterosexual male detective” (Golsan y Golsan, 2010: 1) de la narrativa clásica del género que comenzara con la obra, entre otros, del escritor norteamericano Dashiell Hammett (Malmgren, 1999). La prosa de Galván se adentra, por lo tanto, en la necesaria reflexión que establece el género negro sobre una sociedad corrupta y

difuncional en la que el crimen ha triunfado sobre el orden, y en la cual no es posible distinguir más que grises. Es por ello que:

la novela negra sigue siendo un género vigente en el que, por encima de todo, parece primar la reflexión sobre la realidad y sobre la importancia que en ella adquiere la violencia subyacente. De este modo, aporta una dimensión social capaz tanto de retratar el contexto histórico como de cuestionar el orden establecido a través de un discurso transgresor que crítica a los mensajes oficiales al tiempo que ilumina aspectos de la realidad tradicionalmente no transitados (Sánchez Zapatero, 2019).

Galván construye su narrativa desde la constante contraposición —al igual que veíamos en obras como las de Corral— entre los restos del pasado espíritu de resistencia y una realidad en la que la muerte y la guerra ya han resultado vencedoras y han destruido la confianza en la victoria. La atmósfera aplastante que se genera sobre los personajes parte de esta constatación, ante un espacio que parece desvanecerse precisamente cuanto más presente se aparece ante los ojos de nuestro protagonista:

Llegan al lugar. El cartel de propaganda, moral de victoria, parece más triste a la luz del día. El belicoso obrero-campesino, que desde la pared pide un Madrid inexpugnable, es lánguido y descolorido. Casi piadoso. Tiene salpicones de sangre. Cinco cuerpos tirados a sus pies. Mugre, barro y agua al socaire de la tapia. Es fácil identificarla. Sólo hay una chica. La cabeza destrozada. De haber visto su foto en la Dirección General no la hubiera reconocido (Galván, 2003: 36).

Ballesteros, respondiendo al marco de la novela negra en la que se mueve, no se enfrenta a un asesino particular, sino a toda una sociedad para la cual la muerte y la destrucción se han convertido en el día a día. El cadáver de una muchacha de 18 años acusada de quintacolumnista y fusilada apenas unas horas después de ser apresada, sin ningún tipo de juicio o sentencia, supone la constatación del fallo social de la República al mismo tiempo que la degradación de un Madrid que ya parece tener poco recuerdo de lo que fue. Ballesteros se enfrenta así a una investigación casi imposible y fracasada desde su inicio, puesto que la amenaza de la omnipresente Quinta Columna impide que apenas un remedo de justicia pueda proteger a los inocentes de las acusaciones infundadas sobre espionaje. En un momento en el que la capital está siendo tomada silenciosamente por los agentes franquistas, los fútiles intentos de las fuerzas de contraespionaje



republicanas del SIM solo parecen provocar más muertos inocentes, mientras que el intento de esclarecer estos hechos choca con la resistencia de los responsables superiores de nuestro protagonista. La derrota es lo único que parece importar en una sociedad que se derrumba y que solo parece encontrar en la muerte la explicación a lo sucedido. Y, en medio de este panorama, el ejército franquista se hace más presente que nunca con un control de la situación propio de quien se siente ya vencedor:

Retumban las explosiones en Madrid. Frigor de muerte y destrucción. Los pájaros metálicos se alejan. Ligeros de carga. Aún tienen tiempo los cazas de ametrallar aquí y allá. A su gusto. La lluvia ayuda a decantar la polvareda. Los vecinos se levantan del suelo. Se tientan la ropa para comprobar que están enteros. Miran a su alrededor. El edificio está en pie. No ha sido alcanzado por ninguna bomba. Se asoman a la calle, aún temerosos. Los niños ya no quieren mirar al exterior. La glorieta está desierta. Las llamas iluminan la noche. Un gran agujero, que antes no estaba, desafía con su enorme y profundo bostezo a la estrecha y tímida boca de metro de Cuatro Caminos, que ha perdido todos sus adornos forjados, fundidos por el calor de las explosiones.

La sirena suena de nuevo. Las gordas *pavas* se han marchado después de soltar todos sus huevos sobre la capital. Volverán mañana, seguro. Quizá esa misma noche (Galván, 2003: 50).

La diégesis de Francisco Galván se extiende a lo largo de cinco jornadas, del 3 al 7 de marzo de 1939. En este breve espacio de tiempo, la barbarie parece inundar Madrid al tiempo que se lleva a cabo el golpe de Estado de Casado, como signo de la descomposición del sistema republicano. El temor se transparenta a partir de los pensamientos de unos personajes que se saben presos en la capital, y sobre quienes se está desatando una violencia desprovista de sentido que viene tanto del interior, pues “no se acostumbra a la rutina de ver todos los días las fotografías de los fusilados en la Dirección General de Seguridad” como del exterior, en tanto que “la incesante actividad de la artillería de Franco, que lanza obuses sobre Madrid a ojos cerrados. Brutalidad diaria. Cotidiana. Crueldad que aflora cada mañana” (Galván, 2003: 56). Como sucede en muchas de las narraciones que estamos estudiando, el odio a la guerra adquiere el primer lugar frente a las posiciones ideológicas, en un proceso de culpabilización que procura dejar de lado a los soldados rasos, la “carne de cañón”, para quienes incluso “el odio de la guerra se difumina en los niveles más bajos de ambos bandos” (Galván, 2003: 58).

La muerte y la miseria humanas rodean así al personaje de Ballesteros en su búsqueda de la verdad, de tal manera que la degeneración de la sociedad madrileña toma

protagonismo frente al descubrimiento de lo sucedido. La supervivencia de la población, y de nuestro propio protagonista, se enfrenta así a una existencia entre la muerte, de la cual los personajes de Galván no son capaces de escapar. Su día a día es llevado en este espacio liminar que se establece dentro de la guerra donde, una vez perdida la esperanza, la subsistencia se vuelve dolor: “La vida sigue. La muerte sigue” (Galván, 2003: 81). Una realidad abrumadora que lleva a los pobladores de Madrid a continuar con sus vidas de manera mecánica, mientras parecen esperar un final demasiado cercano. Galván explora así las fronteras del ser humano dentro de un espacio innominado, un no-lugar que parece que se ha adueñado de la capital, y que la ha reducido a escombros y a reliquias de un pasado que se desvanece ante los ojos de los personajes:

El barrio de Argüelles es una pura ruina. Se hace difícil caminar entre los escombros. La artillería de Franco y los Junker nazis parecen tenerle especial afición. Ruina sobre ruina. Obús sobre obús. Demasiado cerca del frente. Algunos voluntarios vigilan para que los niños no se metan a jugar entre los edificios machacados. Los muros que aún quedan en pie se caen con un estornudo. En realidad, con la vigilancia solo se trata de evitar saqueos, porque apenas hay niños que jueguen. Los inquilinos de las viviendas ya se llevaron hace tiempo la mayoría de sus cosas. Lo poco que pudieron salvar. Hay que pedir permiso para acceder a algunas calles. Los escombros bloquean el paso. Los agujeros de las bombas de la aviación dan un aspecto lunar a la zona. Algunas calles se han despejado, pero otras siguen intransitables (Galván, 2003: 93-94).

Las investigaciones de Ballesteros continúan bajo el paraguas de la guerra y los bombardeos franquistas para seguir mostrándonos un Madrid desolado que parece verse a sí mismo únicamente en tonos grises. La vitalidad que posteriormente veremos que recrean otros autores —como Aub o Morla Lynch— parece casi ausente de la prosa de Galván, cuyo protagonista insiste en el aspecto ruinoso de la capital y en la cercanía del enemigo mientras los rostros de los madrileños no muestran más que el miedo y la pesadumbre por el futuro. Ciudad de muerte y de entierros (Galván, 2003: 130-131), los que quedan vivos únicamente parecen tener ganas de huir de la capital, o se confunden con el interés por la muerte que rodea la prosa de Galván, con unos personajes que se encuentran en cada escena entre la visión de la muerte y la de los cazas alemanes que no dejan de bombardear Madrid (Galván, 2003: 132-133). Los franquistas ni siquiera respetan los cementerios que, como una burla de la realidad a los que siguen vivos en el

Madrid republicano, terminan también destrozados por las bombas. Ni siquiera los muertos parecen poder descansar en una ciudad que parece sacada de una pesadilla:

Las *pavas*, que han barrido parte del cementerio con sus bombas, se van con su cohorte de perros alados.

Se incorporan casi todos. Se limpian el barro. Miran a su alrededor. Los nichos destrozados. Toda una fila vertical de lápidas, con sus nombres y sus fechas, sus cruces y sus retratos, se ha quebrado, exponiendo al aire frío su oscuro contenido. Alguien permanece tumbado. Inmóvil. Corre Claudio hacia él. Gira el cuerpo inerte. Es el operario que cayó de la escalera. Un agujero enorme le taladra la frente. El cerebro le fluye lento hacia fuera. Se le escurre hacia el barro mezclado con sangre. Pócima de muerte: sangre, barro y sesos. Tiñe de pardo el suelo del campo santo (Galván, 2003: 134).

El Madrid oscuro y fúnebre de Galván se transparenta así ante el lector como un producto de los intentos de espionaje de Burgos y las operaciones de contraespionaje, siempre presentes, que todavía intenta llevar a cabo el SIM republicano. El ataque al cementerio del Este, entre otros, se debe a uno de los dobles agentes que los superiores de Ballesteros han logrado disponer para su causa, ante la amenaza del fusilamiento (Galván, 2003: 138). Amigos y enemigos parecen así confundirse en una narración que promueve el dolor y la pérdida sobre los intereses ideológicos de unos y de otros. El nosotros y el ellos se entremezclan así en la investigación de un Ballesteros que prosigue su búsqueda de la verdad entre el gris difícilmente escrutable que le rodea. Ni siquiera los muertos se libran de la ruina y la destrucción que invaden Madrid, en un proceso de desmoronamiento de las estructuras políticas y sociales de la República que no deja de acentuarse conforme pasan los días. A pesar de que Galván no refleja en su diégesis más que cinco días de inicios de marzo de 1939, el marco que presenta es suficiente para que el lector tome conciencia del drama vivido por la ciudad durante el último mes de control republicano. El golpe casadista es visto así como el final de la guerra en sí mismo, sin que el relato de los últimos días parezca más que una repetición de las consecuencias vistas y vividas durante el periodo que recoge la diégesis. Galván da noticia así del golpe de Casado a través de la radio, que escucha Ballesteros junto a otros personajes. El supuesto comunismo de Negrín, así como las ansias de poder de los casadistas se entremezclan entre la impresión de los personajes que, con esta noticia, el final está más cerca que nunca:

—Otro que tira contra los mismos —exclama Carmen.

«Negrín no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir, mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo...»

—Eso va por los cuadros del Museo del Prado que han evacuado a Ginebra —explica el policía.

«A partir de este momento, conciudadanos, España tiene un Gobierno y una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en los postulados de justicia y hermandad...»

—Ya es hora de que alguien hable de paz —dice Carmen.

—Sí, pero será la paz que trae la derrota —añade Claudio con amargura—, aunque creo que vamos a tener una guerra inminente dentro de casa, porque los *chinos* [los comunistas] no se conformarán con quedar excluidos del Consejo. Es más, la combatirán a muerte porque Negrín es uno más de los suyos.

— ¡Menudo ruso está hecho ése! (Galván, 2003: 182).

La paz que, según Ballesteros, está significada por la derrota, será impuesta sobre Madrid al tiempo que la República de la esperanza en la victoria se convierte en el pasado. Así, la atención a la cartelería republicana que el narrador de la novela muestra a lo largo de toda la obra continúa con su inscripción en la memoria del pasado de unas llamadas a la lucha que ya no tienen sentido tras las proclamas del Consejo Nacional de Defensa: “Carteles de ayer que parecen ya de otro siglo. De otro tiempo lejano. De cuando había esperanzas de victoria” (Galván, 2003: 189). Ballesteros continúa sus investigaciones entre las escaramuzas y combates que enfrentan a los defensores del gobierno de Negrín y a los casadistas, mientras su obsesión con encontrar la verdad y resolver el caso que tiene entre manos se acentúa ante el temor de no tener tiempo suficiente para ello. La negativa de nuestro protagonista a tomar partido por unos o por otros, mientras intenta seguir con sus investigaciones, le lleva a recorrer un Madrid cada vez más hostil para intentar huir de las patrullas de cada uno de ellos (Galván, 2003: 218-221). El final de Ballesteros, en medio de esta ciudad moribunda, no podrá ser otro que la muerte. Logrará encontrar al asesino que perseguía desde el inicio de la narración, aunque finalmente este, un conde llamado Peñalta que ha logrado refugiarse en la ciudad durante la guerra, le matará. Aunque Peñalta tampoco conseguirá engañar a las autoridades casadistas y hacerles creer que Ballesteros era un quintacolumnista, el final de nuestro protagonista representa simbólicamente el de una ciudad que ha sucumbido en medio de la mentira y la desesperación. Será así el triunfo final de la muerte en un Madrid que pronto será tomado por las tropas franquistas:

Los soldados se acercan. Los fusiles y metralletas apuntan al conde. Sentado en el suelo, junto al cadáver de Claudio. La gente que pasaba por la calle ha visto todo sobrecogida. Estremecimiento por la descarga. Después silencio. Una muerte más de la guerra. Pero la muerte hipnotiza. Se acercan. Cruzan la acera para mirar. Un muerto siempre es digno de ver. Cómo ha quedado, si tiene los ojos cerrados o abiertos, dónde recibió los disparos y cuántos fueron. Quizá sea un conocido. Por qué lo mataron. ¿Es fascista? Un cadáver fascista siempre produce más curiosidad «¿Son como nosotros, mamá?», pregunta un niño. «Sí, hijo. La diferencia está en el interior. Pero no mires», responde la madre mientras se lo lleva de la mano, la cabeza vuelta. Tropezando. No entiende eso de que la diferencia está en el interior. — ¿Quién eres?— pregunta un cabo al conde.

Peñalta sonrío (...).

—Trabajo en el contraespionaje —responde el conde— Este tipo pertenece a la Quinta Columna. Me había descubierto.

Gran mentira (Galván, 2003: 260).

### 3.7. El paraíso en la tierra: la vida en una ciudad muerta dentro de la prosa de Zúñiga

La narración de lo sucedido durante la Guerra Civil no solo fue un tema propio de la ficción desde los primeros momentos del conflicto, como hemos podido apreciar, sino que el interés por el mismo continúan hasta la actualidad, como se puede observar en el elevado número de ficciones que tienen como espacio o lugar principal de la trama el conflicto. Sin embargo, son pocas las que hablan específicamente del final de Madrid.

Para Juan Eduardo Zúñiga, el relato de lo sucedido durante la guerra se convierte casi en una necesidad de explicitar un pasado tan doloroso como necesario para poder comprendernos. La memoria cobra vida en una prosa caracterizada por la fuerza de sus imágenes y por los detalles que explicita ante los ojos de un lector que se adentra en la realidad de la guerra a través de un Madrid que adquiere el compromiso de recoger lo sucedido como símbolo de toda una época. Los sucesos de la capital no se muestran, así, encuadrados dentro de una determinada cronología, sino que los cuentos de Zúñiga recogen imágenes pretendidamente atemporales sobre lo sucedido durante el conflicto. Los hechos particulares dejan paso, casi siempre, a un intento de potenciar el mensaje global sobre lo sucedido.

Recogidos en tres colecciones diferentes, los cuentos que Zúñiga escribió sobre la guerra se muestran disímiles entre sí, y variados en su marco. La capital se convierte en el denominador común de unos relatos que han sido concebidos como una exposición del

Madrid invisibilizado que también sufrió la guerra (Prados, 2020). Se trata de los cuentarios *Largo noviembre en Madrid* (1980), *La tierra será un paraíso* (1989) y *Capital de la gloria* (2003). En el caso del primero de los volúmenes, se ha dicho de los dieciséis cuentos que lo componen que “recrean la vida de los habitantes de la capital a quienes la guerra asaltó impensadamente y defendieron su ciudad sin intereses partidistas” (Prados, 2016: 57). En este trabajo nos vamos a acercar brevemente a algunas de estas páginas de *Largo noviembre en Madrid*, donde se recogen los tres años del conflicto, para intentar contrastar las imágenes ahí presentes con las de *Capital de la gloria*, que se diferencia no en el marco temporal, sino en su interés por mostrar, ahora, ya no “una ciudad que se defiende sino a una ciudad rendida. El tiempo de la derrota infunde su simbolismo (...) en el ánimo de los habitantes y en el de la ciudad, sometida al paulatino desgaste que les impone el cerco” (Prados, 2016: 59). Una visión opuesta entre el Madrid esperanzador de la resistencia y el Madrid que ya teme la cercana victoria franquista que nos permitirá aprehender, siquiera brevemente, el cambio de perspectiva simbólica que se observa al narrar la misma ciudad con más de dos décadas de diferencia. No nos referiremos, sin embargo, al segundo de los cuentarios —*La tierra será un paraíso*— puesto que su atención exclusiva a los hechos de posguerra escapa del marco de análisis de nuestro trabajo.

Los personajes que muestra Zúñiga en *Largo noviembre en Madrid* se presentan ante el lector desde sus entrañas, con una curiosa mezcla entre el recuerdo de lo que fue Madrid y el horror que trasluce la ruina en la que ha quedado convertida la capital tras la guerra. Las maldiciones (Zúñiga, 2016: 110) se suceden así entre los innumerables destrozados provocados por el conflicto (Zúñiga, 2016: 115), y el reguero de cadáveres que se presenta ante los ojos de los madrileños (Zúñiga, 2016: 123). La mezcolanza entre el recuerdo vivo de la ciudad herida por la guerra que guardan los madrileños y las necesidades ideológicas de defender la capital republicana que sintieron los brigadistas que llegaron al frente se une en la prosa de Zúñiga para explicar las raíces de la defensa de la capital, que se muestra como una esperanza teñida de tristeza por la perenne cercanía de la muerte:

A sus espaldas, la ciudad que venían a defender desesperadamente, a la que acudían procedentes de muchos países para hacer con sus cuerpos el glacis de una fortaleza que se recortaba en las nubes amenazadoras: los huidos de regímenes crueles, los que soñaron un mundo fraterno porque conocieron injusticia, los disciplinados que cumplían órdenes, los quiméricos y los racionalistas estaban allí, avanzando por descampados, (...). La decisión estaba tomada, aunque había deseado en más de una ocasión volver el tiempo hacia atrás,

aunque ya no hubiese remedio. (...) La muerte alcanzaba a unos y a otros y así iban a pasar (Zúñiga, 2016: 193).

La fortaleza humana que aseguró la defensa de Madrid durante tres largos años se transparenta así ante el lector como una fuerza vital que parece escapar a una comprensión racional del hecho, al mismo tiempo que muestra toda su materialidad entre las ruinas madrileñas. La guerra, como hemos visto que sucedía en muchos de los autores que hemos analizado, no solo parece ocupar todos los espacios de la narración, sino que se convierte en una maldición omnipresente y siempre dispuesta a modificar la realidad. El conflicto toma así casi estatuto de personaje omni-abarcador, inmerso en su necesidad de devastar el pasado al mismo tiempo que la propia lucha se convierte en símbolo de un futuro todavía posible. En el polvo y los muros caídos de la capital se encuentra también la significación última de una República que no se ha rendido todavía, y que ha sido capaz de resistir a un enemigo que parecía imposible de frenar. La derrota se encuentra todavía lejos, aunque el espacio en el que se mueven los personajes de Zúñiga acabe invadido por el horror provocado de la guerra, capaz de inundar todo el país:

Levantó las dos manos y se las miró. Me di cuenta que estaban oscuras, pero en seguida comprendí que eran manchas de sangre. Yo también levanté mi derecha, que goteaba, y sentí el escozor de los desgarrones. Nos mirábamos las manos, pero mi pensamiento fue muy lejos, corrió por todo el país, que goteaba sangre, pasó por campos y caminos, por huertas, olivares y secanos y me pareció que en todos sitios encontraba manos iguales a aquéllas, desgarradas y sangrientas en el atardecer de la guerra (Zúñiga, 2016: 204).

Madrid, inundado por la sangre derramada en la guerra, se muestra como ejemplo de todo un país que se encuentra igualmente desgarrado por lo sucedido. En la ciudad se concentran las visiones de una realidad tan palpable como difícil de aprehender. Una realidad que, a pesar de su estado e, incluso cuando su caída parece ya inminente, muestra un espíritu de resistencia que ya hemos visto que parece ausente en la prosa de otros autores. El Madrid de Zúñiga no es, sin embargo, más que un espacio anclado en la materialidad de los sufrimientos de unos personajes que también se sienten atrapados por la situación:

En el refugio no conocía a nadie; de pie, los unos pegados a los otros, entrecruzaban conversaciones banales que se cortaban cuando del exterior llegaban ruidos, a la escucha de

que las sirenas determinaran lo que sería de ellos. ¿Cómo era posible hablar así? Mientras ellos estaban bien protegidos del bombardeo, miles de soldados se exponían a la muerte, dormían en el barro, amontonados en chabolas llenas de piojos, ninguno de ellos podía lavarse en muchas semanas y tenían tos, y reuma, y el estómago no les aguantaba la comida... Mientras tanto, dos hombres de la retaguardia les maldecían, a ellos y a la guerra... (Zúñiga, 2016: 232).

Incluso desde el optimismo de la resistencia, el relato del final de la guerra hunde al lector en el marasmo de la degradación humana y de una ciudad aplastada por los continuos bombardeos del ejército sublevado. Entre quejas sobre la República y la desesperación de quienes pierden cualquier esperanza de resistir en medio de “esta maldita ciudad de basura y mierda” (Zúñiga, 2016: 234), el innominado protagonista de “Heladas lluvias de febrero” recorrerá las calles de la capital y sus refugios antiaéreos en el único relato que parece claramente narrado durante las últimas semanas de la contienda. Nuestro protagonista será, simbólicamente, depositario de las penurias de un conflicto ya demasiado largo, que ha sembrado las calles de Madrid con un hambre voraz, y una desesperación que nace de la vivencia continua de una situación extrema. La apatía y la anhedonia de la que hace gala ante los ojos del lector transparentan la inseguridad de quien se siente ya preso en una inmensa cárcel, donde la hosquedad de las caras que se cruza no puede ser disipada, ni siquiera, con unos temblorosos vivos a la República (Zúñiga, 2016: 239). La huida de nuestro protagonista prosigue así en un deambular sin rumbo por una ciudad desgarrada en su identidad. Todo el ánimo y la esperanza depositados en la resistencia se resquebraja ahora para dejar paso al miedo y al frío que invaden las calles (Zúñia, 2016: 240).

Representante de la República derrotada, el final de su paseo no podrá ser otro que la muerte. Sin esperanza alguna, y sin ver ninguna razón para continuar con su existencia, el protagonista de este relato decidirá poner fin a su vida: “En seguida regresó el desaliento de haber terminado una tarea, todo estaba acabado, y sin prisa, notando cómo el agua le escurría por el cuello, se abrió la gabardina, palpó el pequeño revólver y lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta” (Zúñiga, 2016: 243). El final se nos presenta así como el producto de una desesperación sin rumbo, dentro de una materialidad que no es posible circunvalar. De manera simbólica, además, se trata de un final que antecede a la propia caída de la ciudad, como la decisión final de una República que decide dejar de luchar, lo que conlleva que el temido final llegue poco después. Esta falta de espíritu vital no es, sin embargo, absoluta en la prosa de Zúñiga. Dentro del marco de *Largo noviembre en*



*Madrid*, incluso en los últimos momentos de la guerra habrá razón para la esperanza. Aunque el protagonista del relato acabe con su vida, y muestre así la aplastante realidad de una ciudad carcomida ya por el derrotismo, todavía se aprecian en este cuento a otros personajes que insisten en mantener el espíritu de resistencia, y continúan elaborando planes sobre cómo salvar la ciudad (Zúñiga, 2016: 241). Una querencia por la vida que rechaza incluso la realidad, para mantener en la ilusión y la ficción del Madrid del “No pasarán” un refugio ante la inminente victoria franquista. Así sucede con el caso de un brigadista que el protagonista de este relato se encuentra en su deambular. Decidido a quedarse en la capital, a pesar de la orden dada meses atrás para abandonar el país, su testimonio supone la resistencia de este conjunto de cuentos a admitir un derrotismo completo, así como la necesidad de mostrar a Madrid, a pesar de todo, como un espacio de protección y cobijo:

—¿Eres un internacional? ¿Cómo estás tú aquí si todos se han ido?

— En cualquier sitio había enemigos. Las noticias de los periódicos, una carta, todo anunciaba la gran mano que podía cogerme dentro.

—Pero ésta también es una ciudad cercada.

—No había tranquilidad para mí y para otros como yo. Lo mismo en Bruselas que luego en París, nos esperaba ser cazados un día.

—Pero aquí las balas perdidas o los obuses alcanzan a todos. Constantemente cae gente muerta en las calles.

—Llegué y comprendí que era la ciudad donde podía quedarme porque estaba defendida por perseguidos como yo... La única ciudad en la que no temería al sufrimiento, o a algo peor.

—Estamos sitiados, bien lo sabes, y los frentes se debilitan y dentro hay miles de enemigos que esperan para atacarnos por la espalda.

Al oír eso, el extranjero se le acerca y le contempla sin pestañear.

—Pero Madrid es un refugio. Entonces me era preciso encontrar una ciudad para dormir sin miedo, que caa pared fuera como el brazo de un amigo, buscar en los ratos de ocio, en los paseos, el recuerdo de otra donde me sentí confiadamente compañero de todos.

El de la gabardina le sonrío y ambos alzan las copas de cristal blanco y beben de un trago.

—No sabría qué hacer con mi vida si no es quedarme aquí. El hambre, las penalidades, todo es mío (Zúñiga, 2016: 235).

*Capital de la gloria* continúa con la exposición de un conjunto de personajes que intentan sobrevivir dentro de la ciudad en ruinas, al mismo tiempo que las esperanzas sobre la resistencia parecen existir únicamente en la imagen preconcebida de una ciudad que se desmorona ante la realidad de la derrota. El refugio en el que se había convertido

la capital se resquebraja ante la caída de los ánimos de la población y la situación política, que ya no parece dejar espacio para nada más. Los bombardeos aparecen ante los ojos del lector como la visión más macabra de una situación que ha convertido a los madrileños en meros objetos, convirtiendo sus cuerpos en un amasijo bajo los escombros: “En seguida empezaron a levantar vigas de madera y cascotes porque debajo se veían un brazo o medio cuerpo, los cuales había que sacarlos tirando de ellos, tan blandos que parecía no haber carne ni huesos bajo las ropas; brazos y piernas se doblaban igual que si estuvieran desprendidos, y las caras aplastadas no eran ya de persona” (Zúñiga, 2016: 486-487).

La deshumanización y la desesperanza se entrelazan así en unos relatos que contrastan con los que veíamos en Largo noviembre en Madrid por la notable ausencia del Madrid de la resistencia, siquiera en el recuerdo. Los personajes se afanan en destruir todo tipo de documentos mientras los palacios requisados al inicio de la contienda se muestran ante el lector como esqueletos vacíos y silenciosos (Zúñiga, 2016: 452-453), tal y como sucede en el relato titulado “Ruinas, el trayecto: Guerda Taro”. Ambientado durante los días en los que se produjo el golpe de Estado de Casado, se trata del único texto del cuentario que se enmarca claramente en las semanas finales de la guerra. En él, asistimos a la particular huída de un joven soldado republicano que, a pesar de la insistencia de su superior para que intente escapar de la capital lo antes posible, antes de que sea demasiado tarde, procurará encontrar el rastro de la periodista alemana Guerda Taro, con quien se había cruzado un año antes.

Miguel, nuestro protagonista en este relato, es consciente no solo del futuro que le espera si se queda en una ciudad que se nos presenta cubierta por una “gris bóveda” que la “aplastaba y daba su tristeza a la calle tan fría, tan desierta, un páramo en invierno” que se encuentra ante sus ojos. El Madrid del frío y de la desolación sigue siendo, sin embargo, el Madrid del honor, puesto que también es consciente de que su abandono supondría “renunciar a toda esperanza de posible dignidad” (Zúñiga, 2016: 455). En medio de este dilema aparentemente irresoluble, el narrador aprovechará los quiebros y requiebros de nuestro protagonista para ofrecer una serie de pinceladas sobre los enfrentamientos entre comunistas y casadistas por las calles de la capital. La muerte y la sangre rodearán así a Miguel dentro de la ciudad que precisamente él había contribuido a defender durante tantos meses, lo que contribuye a este espíritu de alienación que va invadiendo la narración. Curiosamente, a pesar de la extrama situación en la que se encuentran, el recuerdo de quiénes hicieron posible la resistencia y de sus orígenes humildes y obreros resulta también ampliamente desarrollado por unos personajes que

insisten en mantener viva la memoria de lo sucedido (Zúñiga, 2016: 458). Todo ello dentro de un ambiente desgarrado que busca presentar ante el lector una imagen emocional de Madrid que desplace la realidad de lo sucedido como forma de explicar, precisamente, el recuerdo del final de la guerra desde la ficcionalización de la memoria (Calderón Puerta, 2018: 210).

El recorrido de Miguel, acompañado de la destrucción de la que fue su ciudad y de los cadáveres que se amontonan por las calles (Zúñiga, 2016: 460-461, 470, 471), entre la visión de los raídos carteles que meses antes animaran a la defensa de la capital. Madrid se ha convertido en una ciudad de sombras y palabras quedas; un esqueleto de la vitalidad que mantuvo durante la guerra: “ahora era una ciudad del silencio, expectante de lo que iba a ocurrir, igual a todo el país que él había visto, de casas y pajares ardiendo, fusilamientos ante blancas tapias, los sembrados cruzados por hondas trincheras, y las cosechas perdidas” (Zúñiga, 2016: 459-460). Como han expuesto los investigadores Vega Sampayo y Dávila Montes, el personaje de Miguel aspira a “poseer la mirada del Otro”, hasta llegar a mirar directamente al lector cuando se centre en Taro, como si se tratara de Velázquez en su obra *Las Meninas* (2020: 391). La desolación que inunda el conjunto de España se concentra en estos silencios de Madrid, que cobran cuerpo como símbolo del derrotismo que ha conquistado la ciudad. En medio de sus recuerdos sobre la periodista, y el recuento que el narrador realiza sobre la vida de Taro y su papel en la transmisión de la memoria gráfica sobre el conflicto, la búsqueda de Miguel terminará siendo aparentemente en vano.

La visión del cuerpo desgarrado de Taro en medio de las ruinas de una casa bombardeada, por un segundo, dará pie al narrador para explicarnos que su muerte se produjo años antes, en los campos de batalla —concretamente en la Batalla de Brunete, el 26 de julio de 1937—. En esta imagen de Miguel se encuentra la clave del relato, puesto que el propio narrador nos explica cómo “esta joven fotógrafa alemana pronto fue olvidada aunque hizo más que ninguno: entregó su hermosa vida a una digna tarea, a una causa perdida” (Zúñiga, 2016: 482). La misma causa perdida que lleva a Miguel, a pesar de la imagen desoladora del Madrid de la derrota, a mantener vivo su recuerdo de la dignidad de la causa republicana. La memoria se convierte así en la última arma de

resistencia de quienes se saben derrotados, pero se niegan a aceptar la realidad de la inminente victoria franquista<sup>54</sup>.

---

<sup>54</sup> Las obras de Eduardo Zúñiga han sido profusamente analizadas por numerosos especialistas. El lector interesado puede profundizar en él si se acerca a las siguientes referencias —entre otras—: Beltrán Almería (2000; 2008), Pedregal Casanova (2008), Sanz Villanueva (2012), o Peloille (2006).



## **BLOQUE IV**

MADRID: CAPITAL DE LA DERROTA

## 1. El fin de un mito

La ciudad de Madrid se convirtió, a lo largo de la guerra, en el símbolo de muchas de las Españas que podrían haber sido —y también que fueron—. Su valor estratégico y militar, sin ser despreciado, fue eclipsado en muchos de los discursos y de los relatos que nos cuentan lo sucedido en favor de un espacio imaginario e imaginado que, en sí mismo, se convertiría en ficción desde el inicio del conflicto. La epopeya vivida en torno a la capital española se configura así como una lucha alegórica en la cual la pronta estabilización del frente en torno a la ciudad jugó un papel relevante como corazón de la guerra, convirtiendo a este espacio urbano que estamos estudiando en este trabajo en el premio final del conflicto. El simbolismo de Madrid generó así todo un rédito metafórico otorgado por la posesión de las calles y plazas de esta ciudad en emblema de la victoria final. Es por ello que, mientras Madrid logró resistir, la fuerza del «no pasarán» supuso un lastre importante dentro de los planes de construcción del nuevo estado dictatorial que se estaban preparando desde Burgos. Sin embargo, la rendición de la ciudad significó todo lo contrario, al servir de admisión implícita de la fuerza de un ejército rebelde que se impuso debido a su capacidad de presión y a los engaños transmitidos por su propaganda y por la labor de sus quintacolumnistas. El franquismo logró ganar la batalla simbólica mientras la resistencia simbólica de Madrid se desvanecía desde dentro en medio de luchas intestinas incitadas y enardecidas desde Burgos.

La fascinación que ejerció el Madrid en guerra en tantos escritores se debió a la capacidad de esta ciudad para mostrarse ante el resto del país y del mundo como un espacio en potencia, un entorno donde el acto podía desarrollarse como un posible teleológico sin aparente final. Como escribe Andrés Trapiello en sus memorias, mientras lamenta la vida que tuvo como reseñista de un mundo literario poco grato con su trabajo, “Madrid es la ciudad, más que ninguna en España, donde las cosas que pasan podían no haber pasado y las que no tenían que pasar, acaban sucediendo” (2021: 283). Ese Madrid del imprevisto, donde la misma capacidad del ambiente para rechazar los dictámenes del destino y establecer un futuro tan sorprendente como alternativo, es el que vivieron, temieron y sintieron los escritores que estudiamos en este trabajo. Y ello porque el entramado urbano en el que se condensó el sentimiento y la narración de un conflicto como la Guerra Civil, que sigue marcando el presente de nuestro país, fue visto como el lugar especial al que solo se puede acceder mediante la alegoría, cuando se le da talla

mítica a un espacio construido por el hombre, ya que “la guerra civil fue otra cosa, algo de proporciones homéricas. Madrid y Troya mirándose a los ojos” (Trapiello, 2021: 285).

Madrid, como nueva Troya del imaginario contemporáneo español, puede ser explorada desde este lugar liminar que establece el mito; un lugar a medio camino entre la realidad de que nos dan muestra los testimonios, y la elevación a espacio legendario y fabuloso al que estas mismas diégesis elevaron a la capital, al convertirla en el escenario idóneo desde el que narrar la gran tragedia que supuso la Guerra Civil. Una ciudad elevada por la ficción a símbolo de todo un país que, además, obtendría toda su tragedia de todo lo que pudo ser, y no fue:

Madrid fue unos años la ciudad en la que, excepto aquellos de acrisolado pasado derechista, había que moverse con sigilo. Los del bando perdedor dejaron de hablar de la guerra, mientras los otros se empleaban en exaltar la victoria.

Lo primero que hicieron Franco y la burguesía en cuanto ganaron la guerra fue expulsar a los intrusos y llevarlos de nuevo a sus barrios obreros, y devolver a Madrid su «señorío» (sic.). Volvieron a las calles de Madrid los sombreros, las corbatas y los zapatos de tacón. En cuanto a los que la perdieron, si se quedaban en Madrid, bajaron la cabeza, esperanzados de confundirse con la multitud.

Madrid se convirtió en la capital del silencio, nadie contaba nada de la guerra (y así siguió siendo otros cuarenta años), pero nadie la olvidaba (Trapiello, 2021: 308).

A lo largo de este tercer —y último— bloque del trabajo, nuestro objetivo es presentar ante el lector un análisis detallado y pormenorizado de cómo se vivió este proceso simbólico de descomposición interna de un Madrid que ya se sentía derrotado, a partir de una visión conjunta desde la diégesis y el recuerdo. Tras exponer a vuelapluma algunas de las características más destacadas de una selección de aquellas obras que se han acercado a la caída de la capital —en la prosa de Barea, Oyarzábal, Quiñones, Zúñiga, Álvarez del Vayo, Méndez y tantos otros—, podremos apreciar cómo los temas comunes que estos textos transpiran —el derrotismo, los continuos bombardeos, el miedo, la traición, y una resistencia nunca aplastada del todo, que continuó viva hasta el final— van a ser desarrollados y detallados en las páginas que siguen. Para llevar a cabo este análisis más ambicioso que los precedentes —y con el objetivo de no extender en demasía la longitud de estas páginas— hemos decidido conjugar la sencillez que ofrece la visión únicamente de tres autores en conjunto, con la máxima amplitud posible dentro del campo fronterizo en el que nos movemos. De esta manera, los tres textos que vamos a presentar



a continuación han sido elegidos por resultar muy representativos de la compleja situación que se vivió durante el último mes del conflicto. Es por ello que, a las detalladas memorias del diplomático chileno Carlos Morla Lynch, recogidas en sus *Diarios*, unimos la diégesis de un autor como Max Aub quien, en su *Campo del moro*, conjugará la memoria de quien estuvo muy cercano en tiempo y en espacio a lo sucedido con la lejanía de una ficción escrita ya en los años sesenta. Y ambos textos, escritos desde la máxima libertad y la mayor multivocidad que sus autores encontraron, se contrapondrá la ficción de Ángel María de Lera y la conjunción de una visión escrita ya desde la recepción indirecta de lo sucedido con la censura de la escritura desde el interior de la España franquista, tal y como veremos en *Las últimas banderas*. Todo ello para narrar la épica y la tragedia de Madrid, una ciudad sobre la que se impuso la victoria al convertirla en capital de la derrota.

## **2. La ficción como espejo del pasado: Relaciones y conexiones entre la ficción de Max Aub y la memoria viva de Carlos Morla Lynch**

### **2.1. Una República sentenciada: la ficción como arma para relatar el final**

El estudio de la Guerra Civil española es un campo contradictorio. El enorme volumen de trabajos que se han acercado a este periodo de nuestra historia reciente es inmenso. El investigador novel que se comienza a adentrar en esta maraña de nombres se ve pronto sobrepasado por la conciencia de la imposibilidad de reunirlos todos en un mismo espacio. Pronto, se vuelve consciente de la inutilidad de su intento. Pareciera que ya no queda nada por conocer, ninguna senda en la que adentrarse. Sin embargo, dentro de este maremágnum de textos hay todavía caminos inexplorados. Acercamientos y sucesos que, por diferentes circunstancias no han recibido tanto interés por parte de escritores y estudiosos de este periodo. Nuevas aproximaciones que pueden, al menos, intentar sortear la maraña ideológica en la que siguen estando envueltos unos años polémicos, cuya controversia aún no ha sido superada.

Los libros de historia nos explican que la guerra terminó el 1 de abril de 1939, con la entrada triunfal de Franco en la ciudad de Madrid. Sin embargo, ¿este hecho puso realmente fin a un conflicto que ya muchos veían como demasiado extendido en el tiempo? Las palabras de la profesora Sandie Holguín resultan reveladoras al respecto:

The civil war itself, as many scholars have attested, was a grab bag of several wars: wars of class, religion, nationalism, and political ideology. The class wars emerged out of a combination of Spain's uneven economic development and the landed and industrial elites' reluctance to share their substantial power with the increasingly restive rural and urban proletariat. Religious conflict also predominated. Legislation enacted during the Republic to secularize the state alienated many in the Catholic clergy and laity, who perceived these laws as brutishly anticlerical. They mobilized politically to discredit the Republic's legitimacy (Holguín 2015: 1771).

España sigue siendo un país convulso, en el que la política que estamos viviendo durante los últimos años —con el preocupante auge de la extrema derecha, la polarización del espectro político, y la aparente incapacidad de la clase política para llegar a acuerdos sobre temas claves para el devenir de nuestro futuro— guarda, en ocasiones, un preocupante parecido con épocas que algunos creían pasadas. Las operaciones militares que se sucedieron tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 culminaron en 1939. Las tropas sublevadas lograron acabar con toda la resistencia del gobierno legítimo. Pero no conllevaron, sin embargo, el fin de las hostilidades. La Guerra Civil fue, en cierto sentido, un prolegómeno de la Guerra Mundial. La lucha de muchos republicanos a favor de los aliados muestra cómo el espíritu de la derrota todavía no era concebido como un hecho definitivo. Había esperanzas todavía de poder terminar con el nuevo régimen franquista. Además, decenas de miles de represaliados continuaron, durante los casi cuarenta años de dictadura, su lucha particular contra un régimen que buscó, desde el primer momento, eliminarlos. La muerte se había convertido en el lema de la Legión creada por Millán Astray, pero también en la realidad que siguió a una España que, lejos de terminar el terrible conflicto que la había fracturado durante años, comenzaba a vivir bajo las imposiciones de un régimen brutal cuya ideología tenía una de sus bases principales en la terrible experiencia de las guerras marroquíes:

In fact, for many of the rebels, the concepts of war and death as developed in Spanish Morocco undoubtedly served as the starting point for the creation of such a mystique. Hence arose the interpretation of the uphill struggle as a 'reconquest' and 'crusade', and Millan-Astray, as Franco's first propaganda chief, occupied an ideal position from which to initiate the official promotion of the 'holy war'. It seems, then, that historians who have dismissed the legionnaire as an ineffective propaganda boss may have ignored the efficacy of his efforts within the rebel movement (Jensen, 1992: 433-434).

La ideología de los militares africanos salió a la luz. Dejó los cuarteles marroquíes, donde la deshumanización y la degradación del ser humano se habían convertido en parte de la vida diaria desde hacía décadas, para imponerse dentro de la mentalidad oficial del resto del país. El desprecio por la muerte no fue instaurado solo como un recurso retórico, sino con la realidad de decenas de miles de personas que, por razones arbitrarias y carentes de ninguna clase de justicia, terminaron sus días fusilados o en los cientos de campos de concentración que se abrieron por todo el país, donde descubrirían que su mera existencia como personas había dejado de tener significado. La represión les intentaría arrebatar todo, incluso su identidad más básica como seres humanos. Dentro de un país en blanco y negro que intentaba borrar su memoria, “España sigue siendo un país al que le han robado la memoria y le han falseado su historia. Es una nación en la que, de alguna manera, todos estamos enfermos. Enfermos de una amnesia perfectamente programada que nos ha provocado numerosos efectos secundarios” (Hernández 2019: 56-57).

La Guerra Civil se descompuso en una miríada de conflictos que, ante los ojos de los protagonistas, resultaba un espectáculo confuso y estremecedor. El final de la República condujo a la construcción de la «Nueva España» en la que Franco llevaba trabajando desde el inicio de la guerra. La paz prometida por el general Segismundo Casado nunca llegó. Fue la victoria, aplastante y abrumadora, la que se impuso sobre el país:

Nationalist Spain was little more than an open prison for all those who did not sympathize with the regime. Various departments of secret police were set up. Franco's obsession with Freemasonry even led to the creation of the Servicio de Información Especial Antimasónico in March 1940. Freemasons, in his view, were responsible for the loss of the Spanish empire, the fall of the monarchy and numerous «state crimes» during the period of the Republic. On 29 March 1941 a law for the «Security of the State» was introduced, which targeted illegal propaganda, criminal association including strikes and the spreading of rumours unfavourable for the regime, all of which were regarded as tantamount to «military rebellion». Later, in April 1947, the law for the Repression of Banditry and Terrorism, aimed at the guerrilla resistance, represented a further turn of the screw on individual liberties (Beevor, 2006: 452).

La caída de la República estuvo envuelta en la desconfianza y en las divisiones internas que acabarían, finalmente, con la resistencia en torno al gobierno legítimo. Las sucesivas derrotas militares se unieron al progresivo abandono internacional que sufrió la España leal. Las penurias de la guerra, el frío y la falta de alimento se convirtieron en los principales problemas de una ciudad, Madrid, que llevaba casi tres años convertida en

frente de batalla. La capital del país fue la protagonista incuestionable de los dos últimos meses de la guerra. En sus calles se vivió el enfrentamiento final. Una nueva guerra civil, dentro de la primera, en la cual terminó el futuro de la República.

Franco era consciente del gran simbolismo que albergaba Madrid. No solo era la capital política de España, también era el lugar que había rechazado a sus tropas durante casi tres años. La plaza donde se había creado el mito de la resistencia Republicana. Para consolidar la nueva dictadura que pretendía imponer sobre el país, la ciudad no solo debía ser ocupada militarmente. También debía ser conquistada psicológicamente. La fragmentación que se produjo a consecuencia del golpe de Casado, junto a los enfrentamientos entre las diferentes facciones republicanas, le dieron la oportunidad precisa. Solo tuvo que esperar, mientras veía cómo los restos de la República se descomponían ante sus ojos.

Dentro de este complejo marco, la ficción se convirtió en la herramienta que muchos autores consideraron más adecuada para intentar reflejar el estupor, la incredulidad e, incluso, la vergüenza que les produjo la descomposición final de la República. Un proyecto por el que muchos de ellos habían dado todo lo que tenían, pero que terminó deshaciéndose ante la incompreensión y la incapacidad de diálogo de unos pocos. La ideología, las ideas personales sobre lo que debía ser este proyecto común, así como los odios internos entre las diferentes facciones que apoyaron al gobierno legítimo —larvados durante toda la guerra— fueron agudizando unas diferencias que, ante el clima de derrotismo y desánimo que se extendió tras la derrota en la Batalla del Ebro, terminaron fracturando un propósito que ya había dejado en la memoria la resistencia y el espíritu de lucha de 1936 y 1937. El negrinismo y el casadismo se enfrentaron en un combate fratricida que, por su mera existencia, acabó con la unión que había mantenido viva a la República hasta ese mismo momento.

Madrid se convirtió, de esta manera, en un espacio imaginado, una base sobre la que reconstruir un proyecto y una imagen determinada del mundo —a través de la utilización de las trazas básicas de la ciudad— gracias a la ficción. Tal y como expone el investigador Neal Alexander, el espacio urbano se convierte en un “active and fundamental component of social processes” (2010: 28), un ambiente dialéctico que escapa del inmovilismo impuesto a priori por la geografía para configurarse, a través del lenguaje, como reflejo y componente básico de una sociedad cambiante y dinámica. El arte y la literatura funcionan, dentro de este proceso, como una de las herramientas a

través de las cuales se va edificando la imaginería urbana de una sociedad, a través del aporte de nuevas perspectivas (Zurier 2020: 146-147). Como ha explicado Setha M. Low:

Theorizing the city is a necessary part of understanding the changing postindustrial, advanced capitalist, postmodern moment in which we live. The city as a site of everyday practice provides valuable insights into the linkages of macroprocesses with the texture and fabric of human experience. The city is not the only place where these linkages can be studied, but the intensification of these processes –as well as their human outcomes–occurs and can be understood best in cities. Thus, the "city" is not a reification but the focus of cultural and sociopolitical manifestations of urban lives and everyday practices (Low, 1996: 384).

Unos vínculos que nos permiten entender cómo el espacio urbano se desarrolla en la mente de las personas como un entorno entendido a través del sentimiento y la emoción, subjetivizado dentro de la concepción personal del yo de cada individuo. Todo ello mediante un proceso que aleja a lo urbano de sus aspectos materiales para, a través de su simbolización, convertirse en parte de la definición de un determinado endogrupo (Wohl y Strauss 1958: 523-525). Es por ello que la construcción literaria de las ciudades ha jugado un relevante papel en el devenir histórico de la concepción de muchos de estos espacios, tal y como nos muestra la investigación de Richard Lehan (1986). Ejemplos como la literaturización de ciudades como Praga exponen la manera en la que estos espacios materiales pueden transformarse en enciclopedias culturales de toda una sociedad<sup>55</sup>; donde también tiene cabida la representación simbólica de los conflictos y enfrentamientos que enervan una sociedad, tal y como se puede observar en el caso de Estambul (Furlanetto, 2017: 49-113). Debemos, por lo tanto, entender lo urbano como un cambiante espacio de gran significación; un *topos* literario que, tal y como se puede ejemplificar a través del estudio de la literatura latinoamericana, es utilizado como

---

<sup>55</sup> “A few examples of the image of Prague in Kafka’s and Kundera’s fiction allow us to draw some further generalizations. The space of the city in a novel works more on syntagmatic than paradigmatic principles: in contrast to the concept of a character in a narrative that functions also mostly on the syntagmatic principle, the image of the city has, however, its cognitive frame predefined. For the psychological setting of a character, there is no expected structure or number of traits ready before the reading process. For the image of a city, the temporal and spatial setting constructs quite a strong cognitive map. The image of the twentieth-century European city like Prague presumably has many features produced cognitively before the narrative constrains some shifts or limits: the density of streets and squares with unclear pattern, churches, bridges, historical houses, town halls, spatial contrast between the center and peripheries. Kafka in his early story would offer a more or less adequate affirmation to such a cognitive map. In his later fiction, he leaves lots of these expected features vacant: *The Trial* offers a set of institutional buildings without further specification of their location. Thus the coherent space of the city is blurred, and these buildings refer to their institutional function instead of any referential localization” (Bílek, 2006: 253-254).

instrumento de traslación ante el lector y la sociedad de la complejidad del mensaje sobre el mundo y el ser humano que cada autor pretende transmitir (Cisternas, 2019). El espacio urbano se transforma, de esta manera, en una confluencia de signos e imágenes que se entrecruzan a través de los patrones estéticos propuestos por la literatura, lo que permite la transmisión de significados en un lugar que, gracias a la ficción, se convierte en una ciudad narrada cuyos lazos con la realidad se difuminan en la pluma del autor (Scherpe y Roetzl, 1992-1993: 140-142).

### 2.1.1. Las ficciones de Aub y el contexto que establece Morla Lynch

Max Aub fue uno de los autores que quiso reflejar el conflicto y las emociones que marcaron esta época<sup>56</sup>. A través de las novelas que componen *El laberinto mágico* (1943-1968), procuró narrar el desastre colectivo que se vivió en España entre 1936 y 1939. La guerra se convirtió en un tópico recurrente a lo largo de su obra. Un elemento al que recurre insistentemente en la narrativa que escribió desde el exilio. Aub utiliza la ficción como instrumento para explicar la realidad de una época en la cual la memoria de lo sucedido parece no ser suficiente para exponer ante el lector las múltiples perspectivas y diatribas vividas durante aquellos años. Como expone el profesor Javier Sánchez Zapatero:

lo testimonial no ha de entenderse en *El laberinto mágico* en clave memorialista, sino como un deseo de mostrar a través de la mentira de la literatura la verdad histórica de la realidad. La polifonía y el dialogismo que permite el uso de un narrador omnisciente capaz de ofrecer una visión panorámica de lo que supuso la guerra confirman que, en ocasiones, la fabulación puede ser un medio válido para aprehender el contexto social e histórico (2020: 309).

La ficción nos permite, de esta manera, adentrarnos en un espacio polifacético y confuso que resulta difícil de aprehender y entender. La complejidad de los intereses en juego, así como las incoherencias y discordancias entre los distintos actores que protagonizaron el golpe de Estado de Casado se convierten en uno de los momentos

---

<sup>56</sup> El lector interesado puede profundizar en la obra de Aub —de entre los múltiples estudios que hay sobre este autor— a partir de referencias como: De Quinto y Calpe Martín, 2005; Espinasa, 2005; Larraz, 2014; Pérez Baquero, 2021; Prats Rivelles, 1978; Romero Marco, 2000; Santonja Gómez-Agero; 2004; Soldevilla Durante; 1999; Sorel, 2022.

elegidos por Aub para mostrar la embrollada pluralidad de voces que caracterizó esta época. Su obra intenta presentar ante los ojos del lector aquel mundo que, tras la victoria franquista, pareció haber quedado reducido a los límites de la memoria. Se convierte, de esta manera, en “a voice speaking from the margins, different, other, impossibly harmonized with the prevailing sounds of his lost home” (Ugarte, 1985: 738). El diálogo y la coloquialidad se transforman en elementos fundamentales dentro de estas novelas, en una manera de reflejar las diferentes perspectivas que se vivieron durante esta época: “Un lenguaje todo espontaneidad, coloquialismos, frases hechas que son los lugares comunes del idioma y por tanto los lugares de comunión de las almas, modos de decir personales, muletillas, maldiciones, insultos obscenos, tacos, giros populares, valencianismos o madrileñismos, anacolutos, incorrecciones” (Sobejano, 1975: 29). El lenguaje despliega toda su capacidad expresiva para eludir los manidos discursos ideologizados y maniqueos que presentan otros autores, buscando los entresijos y recovecos de lo sucedido en aquella época; los grises que fueron los verdaderos protagonistas del periodo. El valenciano, otra de las lenguas que formó parte íntegra de la vida de Aub tras su llegada a España también seguirá, desde el exilio, siendo un referente de gran importancia en su vida y en su obra (Chirbes 2000: 20). La historia y la ficción se entremezclan en un autor para quien la realidad no se asienta en lo sucedido, sino en la pintura del espíritu de aquellos meses. Cuando la verdad entra en crisis, y el discurso es politizado hasta el punto en el que se separa de los hechos a los que hace referencia, la ficción se puede convertir en un medio de gran valor para dibujar la historia de una época (Blanco 2005: 88-89).

La epopeya del exilio republicano se convertiría en un intento común de los autores emigrados por mantener y recuperar una memoria que era negada y olvidada por la nueva España del régimen franquista, que rápidamente acabó con el recuerdo de jóvenes escritores como Aub (Larraz, 2012: 102-103). La dictadura se preocupó de que la población asumiera un “conformismo pasivo” y la “naturalización acrítica” del nuevo sistema político. Aunque terminaría fracasando parcialmente en su intento (Fuertes, 2019), el olvido de muchos de los escritores exiliados se convertiría en una importante rémora para la recuperación de la memoria. México sería, sin embargo, uno de los principales países que les acogió<sup>57</sup>, y les permitió seguir defendiendo los valores democráticos por

---

<sup>57</sup> México también se convertirá en uno de los países que más apoyo dará a la causa del gobierno republicano durante todo el conflicto, incluso tras el golpe de Estado de Casado y la posterior creación del gobierno republicano en el exilio: “Para Bassols, por tanto, no había que dar la guerra española por concluida mientras algún gobierno republicano estuviera en pie de lucha y no se diera por vencido -aun

los que habían estado luchando, en instituciones culturales como La casa de España en México (Alatorre, 2008). Aub tuvo que luchar contra el sentimiento de seguir perteneciendo a una España brumosa que quedaba demasiado lejos, mientras que no llegaban a sentirse plenamente identificados con la cultura mexicana que les acogía (Rodríguez, 2013); pues habitaron una tierra de nadie en la cual el recuerdo y la memoria eran guías imprescindibles para su vida. La perenne posibilidad de un retorno, así como la esperanza de que la situación política de España pudiera cambiar algún día, marcó la vida de gran parte de los republicanos que lograron escapar del país (Alted, 2005: 341-344).

La vida de Max Aub estuvo marcada por la Guerra Civil y por su paso a través de los campos de concentración franceses<sup>58</sup>. Desde el exilio mexicano, país que le acogería tras su salida de Francia, nunca dejó de cuestionarse lo que había sucedido en los aciagos años de la guerra. Su identificación con el resto de exiliados le llevó a intentar narrar el drama que todos ellos habían vivido, luchando siempre contra la amargura (Valender, 2006: 277). Su compromiso con la cusa republicana le había llevado, durante todo el conflicto, a intentar defender la legitimidad de un gobierno que cada mes iba quedándose más abandonado en el contexto internacional. Entre otras actividades, fue uno de los

---

cuando tuviera tan discutible legitimidad como la Junta de Defensa-, y ésta era una buena razón por la que convenía mantener la decisión mexicana en secreto y un tanto borrosa en sus detalles. Y en efecto, todavía habría muchos vaivenes con relación a la suerte, si no de la República -herida ya de muerte-, sí de los republicanos; vaivenes que dieron oportunidad al gobierno mexicano de hacer otras operaciones en favor del gobierno republicano, a la vez que se aclaraba un tanto el espinoso problema del financiamiento del exilio” (Matesanz, 1999: 322). Además, se trató de un país en el que la historiografía ha partido del importante apoyo prestado por el presidente Cárdenas a la República para considerar este hecho como de gran relevancia dentro de la política interna de aquellos años (De Hoyos, 2014: 428). Todo ello dentro de un contexto en el cual el apoyo de México a los exiliados republicanos fue considerablemente mayor que el de otras repúblicas del continente (Serrano Migallón, 1996).

<sup>58</sup> Su experiencia la reflejará a través de la literatura y de la memoria en diferentes obras, convirtiendo los espacios deformados y deshumanizados en los que él mismo estuvo en un llamamiento contra la miseria humana. La verdad y la realidad se muestran insuficientes para reflejar tan terrible proceso: “lo concentracionario como tema no sólo se vuelve sistemático en su obra hasta el final, sino que en la gran mayoría de ésta lo arbitrario es el método y la fuente tanto de la representación como de la memoria, del mundo y sus sombras” (Naharro-Calderón, 2005: 107). En *Campo francés* (1965) intentará presentar el infortunio de los campos de concentración que se crearon en Francia tras la caída de Cataluña en manos del ejército franquista para encerrar a los miles de republicanos que intentaban huir de la represión. Un amargo epílogo para cerrar la descarnada crónica de la Guerra Civil que, sin embargo, continuará en los campos de concentración argelinos, sobre los cuales nuestro autor escribiría su experiencia en el poemario *Diario de Djelfa* (1944), donde la mirada hacia el «otro» africano se entremezcla con un infierno personal que parece no tener fin (Ugarte, 2005). Según nos explica la profesora Alicia Alted, a pesar del horror que nuestro autor vivió en Argelia, “Aub tuvo suerte, pues la benevolencia de uno de los guardianes del campo hacia él motivó que estuviera haciendo alpargatas en lugar de acarrear piedras para la construcción del ferrocarril. Además, fue uno de los pocos que consiguió fugarse del campo” (Alted, 2005: 135). Una tragedia humana que, a través de todos los medios posibles, intelectuales como Aub creyeron su deber preservar y difundir, como advertencia al futuro de un infierno que podía repetirse (Naharro-Calderón, 2011).



miembros de la delegación española que procuró mostrar, en la Exposición Internacional de las Artes y las Técnicas Aplicadas a la Vida Moderna (París, 1937), el grito desesperado con el cual la República intentaba cambiar la postura no intervencionista de las principales potencias occidentales (Malgat, 2018); y también llevó a cabo, junto al novelista francés André Malraux, un documental sobre la guerra titulado *La sierra de Teruel* (Malgat, 2001: 51-52). Nos encontramos ante los textos de un autor que procuran partir de la experiencia individual para reflejar la universalidad de lo sucedido en el conflicto: “Los relatos aubianos pretenden convertirse en símbolos que, a través de historias individuales, demuestren que el horror en que se convirtió la vida en Europa en la década de 1940 afectó a todos por igual. Reflejar esa idea sirve al autor para reafirmar su tesis de que no es posible vivir al margen de los acontecimientos” (Sánchez Zapatero, 2014: 255). Se trató de un novelista que utilizó su propio testimonio de la guerra para relatar un conflicto que superaba su propia subjetividad para intentar reflejar la universalidad polifónica de lo sucedido:

El «realismo testimonial» de Max Aub no implica en absoluto el autobiografismo. Por el contrario, su técnica narrativa se funda en la polifonía y el dialogismo, tan característicos de toda su obra literaria y expresión muy reveladora, a mi modo de ver, de su particular imaginación escénica. Así, para evitar el peligro del autobiografismo aduce el escritor, con coherencia y rigor, un hecho contundente: si el 18 de julio de 1936 estuvo realmente en Madrid, en la ficción novelesca de Campo cerrado decidió relatar los sucesos del 18 de julio en Barcelona. Por otra parte, sus profundas convicciones en defensa de la polifonía y el dialogismo se evidencian al crear una amplia galería de personajes que, a través de la técnica perspectivística y del diálogo, reflejan la pluralidad de sus puntos de vista y revelan al lector la complejidad de la realidad, de las situaciones y actitudes (Aznar Soler, 2003: 314).

El final de la Guerra Civil estuvo marcado por el fracaso del segundo gabinete de Negrín en su política de resistencia. La influencia comunista acabó siendo un lastre que sus detractores terminarían utilizando para hundir su crédito internacional y nacional. Creyó que únicamente el apoyo soviético podría ayudar a salvar la República, a pesar de las oposiciones que este acercamiento despertaba en muchos de sus aliados:

It is possible that Negrin did indeed believe that in enduring his "odious servitude" he was pursuing the only honorable course open to him, since Largo Caballero and Prieto had also accepted Soviet aid and made concessions. But what distinguished him from his predecessors was the degree to

which he was willing, in order to secure that aid, to contribute to the growth of the Communists' power and eventual enthronement of their party (Bolloten, 1991: 592).

Tras el final de la Guerra, la figura de Negrín se convertiría en un importante referente para muchos de los exiliados, que vieron en el antiguo presidente un símbolo de la resistencia republicana que pudo ser<sup>59</sup>. En palabras del investigador Jorge de Hoyos: “Negrín fue un hombre que antepuso su sentido de Estado a los de partido, pagando un alto precio por ello” (2016: 336). Una figura contradictoria que tuvo que tomar decisiones difíciles en un momento histórico en el cual el destino final de la República dependía más de la postura diplomática de los gobiernos de París y Londres que de las propias fuerzas del gobierno español (Miralles, 1997).

El final de la guerra quedará marcado en la narrativa de Max Aub. Ya desde *Campo cerrado* (1943), la primera novela de *El laberinto mágico*, el discurso sobre el poder, la ambigüedad de la figura del traidor, así como las diferencias y enfrentamientos entre aquellos que se encontraban luchando codo con codo, se convertirán en elementos claves de su visión sobre la Guerra Civil (Espejo-Saavedra, 1999). La experiencia del conflicto, al ser convertida en ficción literaria en los años posteriores al final de la guerra, supuso la creación de un conjunto de novelas que, para el escritor español Isaac Rosa, no pueden compararse con los textos escritos tras la llegada de la democracia (Richard, 2015: 78).

El horror de la guerra se convierte en el único horizonte de los personajes de Aub. *Campo del moro* (1963) nos mostrará cómo el miedo, la traición y el deseo de poder se entremezclan en una trama calamitosa donde los protagonistas buscan una escurridiza paz cuya existencia parece desdibujarse entre los diálogos y las justificaciones políticas y morales. Junto a *Campo de sangre* (1945) y *Campo abierto*<sup>60</sup> (1951) —que cuentan, a

---

<sup>59</sup> Debemos resaltar en esta línea, sin embargo, las consideraciones que historiadores como Ángel Viñas y Fernando Hernández expresan respecto a esta visión de Negrín como una mera herramienta de Moscú, ante sus tesis contrarias al respecto: “En casi todos estos tratamientos Negrín aparece como un instrumento de los comunistas, manipulado o sin capacidad para oponérseles. En las versiones más extremas, dignificadas por Bolloten, incluso su ascenso a la jefatura del Gobierno en mayo de 1937 se interpreta como la coronación de una maniobra soviética que se habría repetido con la defenestración de Prieto como ministro de defensa en abril del año siguiente” (2009: 66).

<sup>60</sup> Esta novela será la única que, junto a *Campo del moro* —aunque sin ser el principal escenario de la diégesis— muestre Madrid dentro de la trama. Como expone Sánchez Zapatero: “Además de por su contribución a la reconstrucción de la época de la resistencia madrileña, *Campo abierto* destaca por ejemplificar de forma magistral el valor memorístico del proyecto narrativo de Aub. No en vano, en la novela se encuentra uno de los pasajes que de forma más clara muestra la consigna de «no olvidar» que el escritor se encomendó desde que se vio obligado a salir de España” (2020: 313-314).

partir de los sucesos narrados en *Campo cerrado*, lo acaecido en el conflicto— y las dos últimas novelas de la serie, *Campo de los almendros* (1968) y *Campo francés* (1965)— que se centran en la experiencia de los exiliados sometidos a los campos de concentración tanto franquistas como franceses—, *El laberinto mágico* supone un enorme esfuerzo por contar la Guerra Civil desde las esperanzas del inicio hasta la persecución y la represión del final, pasando por la desesperanza de la caída de Madrid en la que centraremos nuestro análisis.

En *Campo del moro*, la realidad se diluye en un complejo escenario donde las figuras más relevantes dentro de la República durante aquellos meses finales de la guerra tienen en sus manos el destino de millones de españoles. La verdad duele, tal y como explica la escritora Almudena Grandes, en una novela que muestra la destrucción de un sueño, y el derrumbamiento de un proyecto político para España que llevaba casi tres años intentando sobrevivir:

Este libro duele (...). Este libro apesta (...). Este libro es imprescindible.

Porque la historia que cuenta, dolorosa, maloliente vergonzosa, provocó una derrota peor que la derrota. Porque a lo largo de sus páginas, Max Aub disecciona una verdad tan sucia que, hasta que él escribió esta novela, casi nadie se había atrevido a contarla. Una verdad nauseabunda, que apenas aflora con las memorias que muchos años después escribieron sus protagonistas. Una verdad culpable, que se resume en un par de líneas sin importancia o se maquilla con colores indecentes en las semblanzas que han convertido a algunos de los responsables, Julián Besteiro a la cabeza, en indiscutibles santos laicos del panteón republicano de la libertad y la democracia. Una verdad tan cruel que hoy, todavía, puede dejar sin respiración al lector.

Esta es la historia de la batalla más feroz y más inútil, más cruel y más injusta, de la guerra civil española. La crónica de la humillación de Madrid, la capital de la gloria, la capital del dolor, la ciudad que resistía, la que no caía, la que no cayó hasta que un golpe de estado, promovido por unos cuantos militares y políticos republicanos, se la entregó a Franco en bandeja, con la esperanza de apaciguarlo y conseguir a cambio condiciones más ventajosas para los derrotados (Grandes, 2019: 7-8).

Aub procurará reflejar en este texto una verdad incómoda y huidiza. Los entresijos de un golpe de Estado que terminó con la República que otro golpe de Estado anterior había partido en dos. En una España en la que los militares habían tenido un excesivo protagonismo desde el reinado de Isabel II, fueron ellos los que, más de un siglo después, volvieron a resultar decisivos para el futuro del país. Testimonios recientes de un ex

teniente de las Fuerzas Armadas españolas ofrecen preocupantes indicios sobre el mantenimiento de un marco de pensamiento dentro del ejército, cuyas raíces contarían con casi un siglo de antigüedad:

(...) ningún insulto podía ser peor que ser considerado *sindicalista* o *rojo*, algo así como subversivo (...). Todo aquel que rompe este código ético [basado en la “disciplina absoluta”] es rápidamente marcado como sindicalista o rojo, o como persona subversiva o problemática, y es depurada del sistema de una forma u otra. Esta depuración supone en los niveles de baja intensidad quedar postergado, no ser premiado con calificaciones, condecoraciones u otras recompensas, acometer las tareas más penosas e ingratas, etc., y en los niveles más altos, ser sancionado o expulsado del sistema (Segura, 2017: 186)

Una mentalidad que nuestras fuerzas armadas han ido cultivando a lo largo de su historia, basada en una mezcla entre ciertas remembranzas del pasado español y la reivindicación del sentimiento patriótico, alejado de la razón y del análisis pormenorizado de los hechos. El texto de Aub procura reflejar la manera por la cual las ideas de figuras como Millán Astray fueron un componente fundamental que se mantuvo entre los militares de carrera de ambos bandos durante toda la Guerra Civil. Su origen era el mismo, así como sus ideas. La separación que estableció el primer golpe de Estado, entre los que se mantuvieron leales al gobierno y los que decidieron apoyar a los rebeldes, se mantuvo hasta que volvió a resurgir en el segundo golpe de Estado que tuvo que afrontar la moribunda República. Una diatriba basada, en definitiva, entre aquellos que buscaban un cambio para la sociedad española y amplios sectores de las fuerzas armadas que querían mantener las tradiciones del pasado a través de la instauración de nuevos ideales conservadores cuyo principal componente era la religión:

Both warrior and Christian mystic, in some ways Millan-Astray truly was a modern incarnation of his exemplar Loyola. Fallacies in his view of Spanish history made little difference in the end; the popularity of his ideas demonstrated that flawed or incomplete ideology can prove effective, especially when propelled by the powerful alliance of emotion and mysticism. Moreover, the combination of strength and social harmony that the Legion represented seemed ideal in a country that lacked both attributes (Jensen, 1992: 443)

Lo importante para el triunfo de ciertas ideologías o modos de pensamiento no reside en su mayor o menor veracidad, en su acercamiento a los hechos reales, sino en la manera en que sean presentadas y estructuradas. La clave de la historia pasa a ser la

manera de narrarla y exponer sus contenidos. El discurso que se establece se convierte en el elemento fundamental para la construcción de la idea. La verdad pasa a ser un componente secundario. Útil únicamente cuando sostiene la ideología anteriormente construida. Lo que un individuo entiende como normal y aceptable no tiene por qué ser estructurado a partir de su observación del mundo. En un mundo en el que la extensión de la maldad alcanza las bases de cualquier cultura, el desafío ético se enfrenta a los condicionantes económicos y políticos de tal proceso: “Consider the chief evils to which human beings are vulnerable. Violent death is everywhere an evil. So is untimely death through malnutrition. Slavery, torture and genocide inflict injuries on their victims that block their chance of living any kind of worthwhile human life” (Gray, 1998: 160). Todo ello dispone un marco común con el que cualquier alternativa ideológica debe lidiar. Este proceso normativo se convierte, por lo tanto, no en reflejo del mundo y la sociedad en la que es creado, sino en instrumento de un poder que utiliza los preceptos asumidos por la colectividad como elemento de control y de organización artificiales, de tal manera que “la norma está confiriendo activamente realidad; de hecho, es sólo en virtud de su poder repetido de conferir realidad que la norma se constituye como una norma” (Butler, 2005: 29).

Tanto el ideal, aquellas representaciones que mantenga como modelos de observación, como la opinión y el razonamiento medio, pueden transformarse en ingredientes básicos del proceso de razonamiento (Bear y Knobe, 2015). La imagen personal que cada uno alberga sobre el significado y las consecuencias de lo que es la ‘normalidad’ podría llegar a sobreponerse a la propia realidad observada. La verdad, por lo tanto, se diluye dentro de un proceso mental en el que el mundo y los hechos pierden su importancia frente a la subjetividad interior de cada individuo. El lenguaje se puede convertir en un instrumento insuficiente para expresar un determinado hecho si el hablante no recibe la credibilidad necesaria por parte de sus interlocutores, independientemente de la forma o adecuación que presente dicho discurso (Ayala y Vasilyeva, 2015). Las metáforas también presentan una gran influencia en la manera de entender el discurso por parte del oyente, modificando la respuesta y la concepción presente sobre el discurso en base al marco metafórico con el que este sea presentado (Thibodeau y Boroditsky, 2015).

La Guerra Civil no terminó en marzo de 1939. Sus consecuencias perdurarían durante décadas, marcando a varias generaciones de españoles para quienes el conflicto se convertiría en parte íntegra de sus vidas. Desde su exilio impuesto, muchos personajes

y escritores que habían vivido la guerra tuvieron la necesidad de luchar contra el ominoso silencio que el nuevo gobierno dictatorial de Franco quería imponer sobre su historia. Lo relevante no sería la verdad, los hechos que sucedieron, sino el discurso que se establecía sobre ellos. Por este motivo, las voces de los republicanos no debían ser escuchadas. O era necesario que, al menos, encajaran en el marco oficial que se quería establecer. Durante décadas, los literatos tuvieron que luchar contra una de las claves del discurso fascista —o pseudofascista, en el caso franquista— que era consciente del valor de la historia como arma dialéctica:

El objetivo estratégico de estas interpretaciones jerárquicas de la historia es desplazar la verdad. Además, la invención de un pasado glorioso permite la supresión de cualquier realidad incómoda. La política fascista idealiza el pasado, pero el pasado que se idealiza jamás es el real. Estas historias inventadas también relativizan o eliminan por completo los pecados anteriores de la nación. Es típico de los políticos fascistas interpretar el presente histórico del país en términos conspirativos, como un relato tramado por las élites liberales y cosmopolitas para perseguir a la gente de la verdadera «nación» (Stanley, 2018: 22-23).

El objetivo del franquismo, desde los primeros momentos de la guerra no fue presentar una narración consecuente de los hechos pasados, sino utilizar la historia como instrumento para apoyar la particular visión que tenían del presente, justificar sus acciones, y mostrarse como los verdaderos herederos de una España inmemorial y perdida en el tiempo que habrían sido sus enemigos los responsables, precisamente, de acabar con ella. Los orígenes de la nación española estarían perdidos en el tiempo, y se trataría de una construcción inmemorial que resulta necesario proteger. Es llamativo a este respecto, por ejemplo, la consideración que llevaban a cabo los textos escolares durante la dictadura acerca de motivos históricos como la conquista romana, al considerar la llegada de los ejércitos latinos como si se tratara de invasores que venían a acabar con las libertades primigenias de los españoles:

Los romanos conquistan a España. —Vencido Aníbal en la batalla de Zama, los hermanos Escipiones vinieron a España y expulsaron de ella a los cartagineses.

La mayoría de los jefes romanos trataron con dureza y crueldad a los españoles y esto les costó una lucha de más de 200 años para someterlos completamente (Álvarez, 2017: 412).

La realidad del pasado no interesa. Su materialidad es solo un obstáculo para la reelaboración ideológica. Únicamente la pervivencia de un pueblo español que siempre habría sabido luchar con fiereza contra el supuesto invasor. Escritores como Max Aub, convertidos por el régimen recién implantado en el nuevo enemigo, se servirían de la ficción para intentar luchar contra estas concepciones monolíticas de nuestro pasado más reciente. *El laberinto mágico* se convierte, de esta manera, en un intento de mostrar una escurridiza verdad que, aunque se encuentre fragmentada en las múltiples perspectivas que muestran los diferentes personajes, en muchas ocasiones contradictorias, sigue existiendo. Las dificultades para comprenderla no llevan a sustituirla por otra solamente imaginada. Recorrer el pasado se convierte en un camino doloroso y confuso, pero necesario para entender la génesis del presente.

La historia se construye, de esta manera, en torno al reflejo constante del presente en el pasado lejano. El mito y la reconstrucción de la antigüedad se transforman en la base del futuro. Los tiempos se entremezclan dentro de la construcción del discurso, siendo conscientes del valor de la palabra frente a la realidad de los hechos. En palabras de François Hartog:

La lumière vient du passé Antique et le rapport avec ce passé glorieux passe par le devoir-être de l'exemple et l'imitation. Mais le présent, qui est ce qu'on vise, par l'opération de la renovatio, peut se hisser à la hauteur de ce passé. Avec le régime moderne d'historicité, la ferveur d'espérance s'est tournée vers le futur, d'où provient la lumière. Le présent est alors perçu comme inférieur à l'avenir, le temps devient un acteur : on est saisi par son accélération ; il faut l'accélérer encore. L'avenir est dans la vitesse. On peut aussi vouloir birsser le temps, le casser en deux, por inscrire d'un coup le futur dans le présent (Hartog, 2003 : 270).

Lo relevante para el análisis no se encuentra, por lo tanto, en la discusión de los hechos o elementos que un determinado texto resalta, sino en la visión que sobre los mismos se lleva a cabo dentro de una época determinada. La historia no se utiliza, por lo tanto, como una manera de observar el devenir del pasado, sino como una herramienta para explicar el presente y para, a partir de la situación existente, transformar el futuro.

Las voces del exilio buscaron modificar, a través de su pluma, una realidad que les había expulsado de su seno. La construcción de la nacionalidad española, a lo largo del siglo XIX, ha propiciado una sucesión de exilios provocados por su interés en cambiar el futuro del país a través del establecimiento de sus características generales (Abellán, 2001: 19). Aquellos que no encajaron, en las diferentes épocas históricas, lucharon por

encontrar su espacio desde el exterior, sabedores de que solo su trabajo podía evitar el olvido de su historia particular. Su visión del tiempo resulta importante, al permitirnos entender cómo vivieron una derrota que les obligaba a abandonar el país en el que habían nacido quizá para siempre. Es el caso de Luis Seoane, quien nos muestra cómo la confianza en el pronto regreso, a pesar del desastre final de la guerra y de las penurias que tuvieron que soportar en la huida, fue una constante en muchos de los exiliados:

Al principio creíamos que el régimen de Franco duraría unos meses. El inicio de la Guerra Mundial y el pacto de Hitler con los rusos enfrió nuestras ilusiones, aunque volvieron a renacer cuando se rompió dicho pacto en junio del 41 y en diciembre de dicho año los Estados Unidos acabaron entrando en la guerra a favor de las potencias aliadas. Todos los años por navidad nos reuníamos en casa de Dieste y brindábamos porque el año próximo estaríamos ya en España. Muchos ni habíamos comprado muebles, vivíamos en pisos alquilados, siempre con las maletas preparadas (Fernández, 2002: 134).

El horror de los meses finales del conflicto se intenta diluir en la memoria, a través de un intento de proyectar hacia el futuro el pronto final de Franco. La derrota se transforma, dentro del imaginario colectivo, en un interludio impuesto antes de la futura victoria. El análisis de los exiliados se convierte, de esta manera, en una forma de expresar aquello que los que tuvieron que marcharse llevaban guardado en su interior. Una voz silenciada que buscaba, si no cambiar la historia, sí al menos el discurso que sobre ella se estaba llevando a cabo. El triunfalismo y el nacionalismo del discurso franquista debían ser contradichos por un alegato que intentara reflejar la verdad personal de todos aquellos que formaron parte de los derrotados, así como las luchas internas que desgarraron la República durante sus últimos meses. El comunismo se convirtió para muchos en el gran enemigo contra el que luchar, permitiendo la confusión entre las intenciones reales del franquismo, las políticas de los diferentes bandos que peleaban por la República, y el verdadero papel del PCE dentro de la guerra. En un periodo en el que las ideas podían valer más que los hechos, la representación que se llevara a cabo de un determinado fenómeno podía cobrar una enorme importancia: “La guerra civil había sido una nueva guerra de la Independencia, pero frente a Rusia y no contra el Islam; la anti-España no eran los moros de Franco sino el comunismo internacional; y la nueva Numancia no era



Madrid, sino Toledo o Santa María de la Cabeza” (Pérez, 2015: 477)<sup>61</sup>. Fue una época en la que enemigos aparentemente irreconciliables podían llegar a unirse en torno a la figura imaginada de otro enemigo común. El recorrido vital de los protagonistas de esta tragedia se transforma en un desplazamiento sin fin, en el cual no solo deberán luchar contra la separación física, sino también contra el alejamiento espiritual del mundo por el que habían luchado, y por el que tanto habían perdido. Como escribió Silvia Mistral, sobre su periplo al huir de Barcelona: “Y nuevamente a andar. Nuestra vida parece un eterno viaje, en el invierno y en la noche. Éstos son paisajes donde nadie ríe” (2009: 70). La ficción de autores como Rafael Chirbes intenta reflejar el dolor y el horror que supuso para los miles de exiliados su imposibilidad de regresar a España. La imaginación se transforma en una herramienta que nos permite imaginar el desgarramiento emocional y personal que la expatriación supuso para toda una generación de españoles: “Tú no sabes cómo los he echado de menos. Casi cuarenta años sin esos cielos, sin los cuadros de Velázquez. No, no puedes saber la tortura que ha representado eso” (2017: 190). Frente al relato de las batallas y de los grandes héroes, la ficción nos permite acercarnos a una historia más personal y concreta. Un relato que busca elevar las vidas de los verdaderos protagonistas de una época, presentando las incoherencias y fracturas de los grandes sistemas historiográficos. Un instrumento que permite complementar el trabajo de la microhistoria, abriendo nuevos caminos para nuestra comprensión del pasado:

A diferencia de la insistencia del funcionalismo en la coherencia social, los microhistoriadores se han centrado en las contradicciones de los sistemas normativos y, por lo tanto, en la fragmentación, contradicciones y pluralidad de puntos de vista que hacen a todos los sistemas fluidos y abiertos. Los cambios se producen mediante estrategias y elecciones mínimas e infinitesimales que actúan en los intersticios de sistemas normativos contradictorios. Estamos ante un auténtico giro de perspectiva, pues acentúa las acciones más nimias y locales para mostrar las brechas y espacios abiertos por las complejas incoherencias de todo el sistema. (...) Hay, por lo tanto, dos posibles maneras de leer un contexto social: viéndolo como un lugar que atribuye significado a casos particulares «extraños» o «anómalos», revelando su significado oculto y, consecuentemente, su ajuste a un sistema, o descubriendo el contexto social en el que un hecho aparentemente malo o carente de significado cobra sentido al

---

<sup>61</sup> Hasta tal punto la propaganda franquista se encontraba alejada de la realidad que, incluso en el ámbito de extrema ortodoxia religiosa en la que se movían los rebeldes, respecto a los habitantes de los territorios marroquíes controlados por España y a los combatientes de este país que lucharon en las filas de Franco, el respecto al Islam y el intento de mostrarse como defensores del mismo fue una constante por parte de las autoridades sublevadas (Al Tuma, 2016).

revelarse las incoherencias ocultas de un sistema social aparentemente unificado (Levi, 2003: 135-136).

El estudio y la interrogación sobre las fisuras del sistema es el compromiso de todos estos autores, quienes a través de la memoria y de la ficcionalización del pasado lucharon por intentar mostrar diferentes visiones personales de un periodo en el que la verdad parecía diluirse ante sus ojos, buscando que sus experiencias —vividias o imaginadas— pudieran llegar a convertirse en símbolo universal de los horrores provocados por el conflicto. Una guerra cuyas consecuencias llegan hasta la actualidad, y cuyos intersticios podrían ofrecernos claves importantes para intentar comprender la idiosincrasia de la sociedad española actual, a partir de estas microhistorias.

El diplomático chileno Carlos Morla Lynch fue una de las figuras que pudo observar, de primera mano, el colapso del Madrid republicano. Mientras miles de españoles intentaban sobrevivir en Francia, luchando entre el miedo a la pobreza y la alargada sombra de los campos de concentración<sup>62</sup>, un nuevo golpe de Estado iba a terminar con la resistencia mantenida por el gobierno de Negrín. Sus *Diarios de guerra (1936-1939)*, que podremos analizar con mayor detenimiento en el próximo apartado de este trabajo, nos permitirán apreciar las interrelaciones que se establecen entre la literatura y la ficción en los convulsos días que siguieron al golpe de Estado de Casado. Su atención a la situación política diaria —incluso mostrando la evolución a lo largo de la jornada; así como su interés por cómo la vida sigue filtrándose a través de la situación política— convierten esta obra en un valioso instrumento de comparación con la ficción que va a desarrollar Aub, para ayudarnos a construir un marco general que nos permita el análisis del resto del corpus ficcional.

La entrada correspondiente al 5 de diciembre nos introduce, desde el primer momento, en la tensa atmósfera que se había hecho con el control de Madrid: “La noche ha sido tranquila, salvo uno que otro cañoneo y el tableteo de las ametralladoras al que estamos tan acostumbrados. Todos los días son ahora de expectativas” (Morla Lynch,

---

<sup>62</sup> Entre los muchos testimonios sobre el dantesco recibimiento que sufrieron los refugiados españoles en Francia, a modo de ejemplo, podemos citar la descripción que lleva a cabo Silvia Mistral sobre su tierra de acogida (fecha a 10 de marzo de 1939), con motivo de la muerte de Antonio Machado: “Tierra que olvidaba sus obligaciones, sus deberes, tierra indiferente, que lo recibía con desprecio, como a todos los españoles y que pagaba sus cantos con la frialdad y la tristeza de un campo de concentración. Tierra donde las musas se han vuelto brujas, donde escupen sobre los versos, llenos de «gotas de sangre jacobina», donde la comedia se ha hecho drama, la pasión indiferencia y la flauta cornetín. (...) Era la senda de los españoles dignos que preferían los sinsabores del exilio a la vergüenza del fascismo” (2009: 99).

2008: 731). Los madrileños no solo se han acostumbrado a la guerra, al ruido de las armas y a la violencia, sino que también son conscientes de la convulsa situación política de la República. Morla procura reflejar, a través de un estilo basado en las frases directas y la sucesión de acontecimientos, el enorme volumen de información que van recibiendo, hora tras hora. El Madrid que nos presenta no es el de la alta política; preocupado, como hemos apuntado, por la diatriba sobre si seguir o no apoyando al presidente Negrín. Los *Diarios* muestran la vida diaria de los madrileños: “La gente circula tranquilamente y los tranvías pasan llenos”, quienes se afanan por continuar con su jornada mientras intentan soportar el hambre y la miseria que, tras tres años de conflicto, irremediablemente están sumiendo la ciudad en la desesperación. El sosiego de muchos de estos ciudadanos contrasta con el ambiente gris de la embajada ante el anuncio de la finalización del canje de asilados, así como las expectativas levantadas por las noticias que llegan desde el exterior. De esta manera, el rumor de que algo ha sucedido en Cartagena habla también de los nervios que recorren Madrid, en una prosa centrada en la cotidianeidad dentro de la cual se van introduciendo los comentarios políticos: “La radio dice muchas cosas. Negrín habría dictado un decreto asumiendo todo el poder y manifestando su resolución de seguir resistiendo. No comprendo cómo no lo derriban” (Morla Lynch, 2008: 732). Dentro de un espacio en el que la información se convierte en algo indeterminado y confuso, la verdad se convierte en un desiderátum difícil de asir, transformando los hechos en un terreno pantanoso y confuso a través del cual resulta difícil avanzar (Meredith, 2004). En una sociedad demasiado habituada a la mentira, la indiferencia hacia la verdad se puede convertir en una problemática difícil de afrontar (Clem, 2017). A comienzos de marzo de 1939, la tensión que vive la ciudad de Madrid refleja el complejo momento histórico que la ciudad estaba viviendo. Las noticias recorren las calles, y Morla desconoce la fuente de los rumores. En un momento en el que la realidad parece diluirse ante los ojos de los protagonistas, nuestro autor procura reflejar lo que ve y oye, sin intentar establecer la veracidad de los hechos; cuando carece de las herramientas necesarias para ello:

Viene una mujer extraña que pregunta con gran aplomo si los asilados de casa tienen o no la intención de sublevarse.

No se sabe quién es. Bien puede ser enviada por el SIM o bien puede ser espía. Considero que las horas que vivimos son en extremo delicadas y que, al no dejar entrar gente a la Embajada, la Dirección de Seguridad nos hace un servicio (Morla Lynch, 2008: 732).

La narración de estos *Diarios* nos muestra la falta de seguridades en la que, posteriormente, ahondaremos de la mano de la narrativa de Max Aub. La verdad se aparece ante el lector como un elemento incorpóreo, difícil de asimilar (Asay, 2014). Nadie parece estar seguro sobre su contenido o su fuerza. La manipulación y la difusión de propaganda que inunda la comunicación en nuestro mundo actual tiene también un reflejo en esta época, en la cual el discurso se aleja de los hechos para convertirse en arma política (Surowiec, 2017). Dentro de este contexto, el cambio político es palpable dentro del ambiente madrileño:

Las invectivas en contra de Negrín son feroces: lo declaran traidor. «Es la traición de hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español... Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y de los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los ministros de su Gabinete, que no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo». Ha estado duro... (Morla Lynch, 2008: 735).

Morla, en apenas un ligero comentario, muestra cómo la palabra se ha convertido en un arma fundamental para controlar la opinión pública. Es el pueblo madrileño, angustiado y derrotado por las durísimas condiciones que soporta, quien debe ser convencido del nuevo proyecto político que prepara el Consejo Nacional de Defensa. La memoria de las atrocidades cometidas por el SIM meses atrás sigue presente en la mente de los madrileños<sup>63</sup>, y supone una sombra permanente sobre la gestión del gobierno republicano, así como un instrumento de gran utilidad para la propaganda antinegrinista:

Under the NKVD direction, the SIM performed inhuman atrocities. The nationalists exploited and exaggerated this, creating a black legend. Yet although all documents were destroyed, there can be no doubt from oral testimony, and from the continual denunciations of Manuel de Irujo and Pere Bosch Gimpera, that the Soviets were applying their «scientific» methods of interrogation. The SIM's interrogation methods had evolved beyond beatings with

---

<sup>63</sup> Es de destacar, a este respecto, las instrucciones que el Estado Mayor republicano dio al SIM desde la Posición Tokio una vez declarado el Estado de Guerra por el presidente Negrín a comienzos de febrero de 1939. La necesidad de evitar que se produjeran desafueros por parte de este servicio podría explicar que se insistiera en la obligación de poner a los detenidos a disposición judicial o liberarlos a los 8 días de su detención, informar diariamente a la autoridad militar sobre dichos actos —así como de cualquier otra detención o registro que realizaran—, o la remisión a la ley de Orden Público para todo lo relativo a las normas a seguir durante un registro (AGMAV, C.337,11,2 hojas 5 y 6); instrucciones que podrían indicar cierta preocupación por parte de los mandos militares sobre la manera de actuar del servicio de inteligencia republicano.

rubber piping, hot and cold water treatment and mock executions which had been carried out in the early days. Cell floors were specially constructed with the sharp corners of bricks pointing upwards so that the naked prisoners were in constant pain. Strange metallic sounds, colours, lights and sloping floors were used as disorientation and sensory-deprivation techniques. If these failed, or if the interrogators were in a hurry, there was always the «electric chair» and the «noisy box» but they risked sending prisoners mad too quickly (Beevor, 2006: 342).

Casado y sus aliados fueron conscientes, desde el primer momento, de la necesidad de convertir a Negrín en el enemigo de todo lo que significara la República para la población, independientemente de cuál fuera su propio proyecto y de los objetivos que pretendían imponer sobre el territorio republicano, pues sabían que era la única manera de obtener el poder. El golpe de Estado, como deja entrever la narración de Morla, se configuró en torno a una demonización de Negrín de la cual se hace un enorme eco tanto en las obras memorialísticas como en las ficcionales. El final de la guerra va a conllevar, por lo tanto, la destrucción de los grandes mitos sobre los que se había cimentado la resistencia republicana.

Es de destacar, a este respecto, las instrucciones que el Estado Mayor republicano dio al SIM desde la Posición Tokio una vez declarado el Estado de Guerra por el presidente Negrín a comienzos de febrero de 1939. La necesidad de evitar que se produjeran desafueros por parte de este servicio podría explicar que se insistiera en la obligación de poner a los detenidos a disposición judicial o liberarlos a los 8 días de su detención, informar diariamente a la autoridad militar sobre dichos actos —así como de cualquier otra detención o registro que realizaran—, o la remisión a la ley de Orden Público para todo lo relativo a las normas a seguir durante un registro (AGMAV, C.337,11,2 hojas 5 y 6); instrucciones que podrían indicar cierta preocupación por parte de los mandos militares sobre la manera de actuar del servicio de inteligencia republicano. Las dudas sobre esta gestión, así como la posterior desconfianza provocada tras el golpe de Estado de Casado provienen de documentos como el siguiente, fechado el 7 de marzo de 1939, en el cual se alerta a los mandos militares de la Posición Tokio sobre unas supuestas malas actuaciones del SIM:

Como las actuales circunstancias exigen una actuación intensa, eficaz y de garantía en todos los organismos del Ejército para responder a los fines de la guerra, ante notorias resistencias que por parte del S.I.M. me venían impidiendo dar cumplimiento a las instrucciones dictadas por V.E. (...).

Si, como parece, la organización del S.I.M. no ha respondido con la eficacia que se esperaba a la idea que inspiró su creación pudiera, a juicio del General que suscribe y entre tanto la Superioridad no resuelva sobre el particular, aprovechar la labor útil que haya podido rendir el personal apto y de garantía (...).

Considero de mi deber informarlo así a V.E. para su debido conocimiento y curso o resolución que estime procedente.

[En un membrete del documento] (...) Con el fin de subsanar anomalías ocurridas en el S.I.M de esta Demarcación, por falta de presencia de su Jefe, en cumplimiento de las órdenes que he tramitado de la Superioridad y de las dadas por mí; teniendo noticias, además de abusos cometidos por personal que pertenecía a dicho organismo o en el (sic.) figuraba agregado ilegalmente, desertando algunos de ellos ante el terror de que fueran exigidas las responsabilidades en que han incurrido, he acordado designar a V.S. como Delegado de mi Autoridad (AGMAV, C.337,11,2 hojas 42, 43 y 44).

Los estudios sobre la memoria, ya consolidados en nuestro sistema académico, se están abriendo paso hacia lo que algunos investigadores consideran su tercera ola. La interdisciplinariedad, la pluralidad de perspectivas y el alejamiento de los conceptos de estado-nación —aunque no así de los de legitimidad e identidad— serían algunas de las claves de este nuevo proceso que estamos viviendo dentro de este campo de búsqueda. De esta manera, se genera el concepto de *entangled memory*, que podríamos definir como:

Summarizing the twofold quality of memory single acts of remembering are to be understood as being *entangled*. The concept of entangled memory refers to the genuine entangledness of interpretations and actors, illustrated by the different branches in the figure.

(...) Responding to the demand for an inductive process-relational research approach, we propose an analysis that does not rely on categories established *a priori*, but centers on the categories used by the actors themselves. Therefore the differentiation between synchronic and diachronic dimensions, as mentioned above, is merely an heuristic device. It would be misleading to understand these perspectives as separated. Much to the contrary, diffusions across time and space are constitutive for entangled memory. Bringing them to the forefront will deepen our understanding of the construction of memory as encountered in the public realm (Feindt *et al.* 2014: 35).

La interrelación entre la identidad individual y el pasado, a través de la memoria, se muestra como un elemento fundamental de nuestra sociedad. El presente no puede ser comprendido sin atender a un pasado que nos marca las líneas de desarrollo del mundo en el que vivimos (Keszei, 2017). Los estudios sobre el campo de la memoria deben servir, por lo tanto, para aceptar las inevitables contradicciones existentes entre la historia que

nos han legado nuestros ancestros y la realidad de los hechos que nos muestran las actuales investigaciones. Los constructos historiográficos se convierten, de esta manera, en el significado que cada sociedad da, dentro de su presente y de sus circunstancias, al pasado; pudiendo ser modificados en el futuro a la luz de los nuevos cambios que dicha sociedad experimente (Groce, 2016). Asimismo, debemos tener en cuenta las investigaciones que siguen realizándose en el campo de la psicología en torno a la reconstrucción y el falseamiento de la memoria. Los estudios muestran fenómenos como es el caso de la recuperación en forma de recuerdos de palabras no leídas anteriormente (Roediger y McDermott, 1995), incrementándose la falibilidad conforme aumenta la edad (Kensinger y Schacter, 1999). Es por ello que la memoria puede ser objeto de modificaciones más o menos voluntarias por parte de la persona, por lo que no se puede confiar en ella completamente:

Most psychologists consider that eyewitness memory is autobiographical memory. It is concerned with specific life events experienced by the person who remembers them. Because information represented in it is about specific events, objects, places, and people, it is context-bound. It is normally organized either chronologically (by time of occurrence) or spatially (by place of occurrence). Its source is perception of personal experiences and life events, and its focus is on subjective reality (the self).

Autobiographical memory has three major components: verbal narrative, imagery, and emotions. Autobiographical memories are often recalled as stories told to others. The images associated with them lead to the specific, concrete details that make them seem more accurate and believable, while the emotions associated with them can have profound effects on how effectively people can retrieve autobiographical memories.

Remembering involves a three-stage process of acquisition (encoding), retention (storage), and retrieval. Changes in content can be introduced at all of these stages, and there are significant numbers of different factors that can cause these changes (Redman, 2010: 180).

La vida diaria en el interior de la embajada, salpicada con los habituales problemas de convivencia entre los asilados —provocados, principalmente, por el encierro y el hacinamiento que tuvieron que soportar a lo largo de todo el conflicto— se entremezcla con la política del momento a partir de una anécdota que recoge Morla, según le explica Laso de la Vega, diplomático panameño:

En su Legación de Panamá, los asilados pertenecientes a Falange y los asilados requetés —dos partidos opuestos dentro de los nacionalistas— se han enfrentado. Los primeros son avanzados y pueden considerarse como la extrema izquierda de las derechas, y los segundos son católicos tradicionalistas. La Falange, pues, y los requetés, dentro de la Legación de Panamá, se han

ido a las manos y se ha librado entre ellos una feroz batalla. A uno le han fracturado la mandíbula y otro ha estado a punto de ser arrojado al patio desde un quinto piso. La señora del de la mandíbula rota, enferma y débil después de haber soportado varios meses de cárcel, ha enloquecido.

Prosigue su relato diciéndome que en vista de la situación y de la exaltación indomable de los combatientes no encontró solución mejor que llamar a la Dirección de Seguridad que envió un destacamento de policías que penetró en la Legación a petición del propio encargado de Negocios.

De manera que los guardias al servicio de los rojos están separando a los asilados de derechas para evitar que se maten entre sí. Esto va a traer un enorme revuelo del cual se aprovecharán los de aquí magníficamente (Morla Lynch, 2008: 733).

Morla es consciente, a lo largo de toda la narración, del difícil papel que tiene — junto al resto de misiones diplomáticas madrileñas— protegiendo a unos asilados políticos que, en muchos casos, estuvieron enfrentados a la labor del gobierno republicano. Aunque sostendrá a lo largo de toda la obra su convencimiento acerca del derecho de las misiones diplomáticas para acoger a los refugiados, lo cierto es que, de acuerdo con el derecho internacional vigente en la época, la inviolabilidad de los domicilios que dispusieron las diferentes embajadas fue fruto de la flexibilidad y buena voluntad mostradas por el gobierno republicano, consciente de que mantenía un beneficio —en muchas ocasiones sobre los mismos individuos que conspiraban activamente contra la República— sin obligación legal para ello; al contrario que la postura que posteriormente adoptaría el gobierno franquista (Mangas, 2013: 651).

A pesar de la convulsa situación que vive la capital, y aunque nuestro autor sea consciente de cómo la fractura dentro del bando gubernamental se está convirtiendo en un obstáculo insalvable, nunca se olvida de criticar aquellos comportamientos que, por parte de los rebeldes, considera deleznable. A raíz de este episodio, llevará a cabo un comentario premonitorio sobre la que pronto se convertirá en la España de la Victoria: “La verdad es que es una vergüenza. Me da también una idea de lo que va a ser la España nacionalista” (Morla Lynch, 2008: 733). A pesar de su defensa del derecho de asilo que su gobierno prestó, a lo largo de todo el conflicto, a todo aquel que se refugió en la Embajada de Chile, Morla no olvida cuál es la situación de muchos de estos asilados. Las acciones de la Quinta Columna, ante el derrotismo creciente que vivía la República, no dejaban de aumentar (Alía, 2015a). Aunque el apoyo que el falangismo y el franquismo habían logrado obtener en parte de la sociedad chilena no deja de crecer (Velasco, 2019:



9-11), Morla destaca el miedo y el temor a que la nueva España franquista que ya parece muy cercana a obtener la victoria pueda llevar a cabo una brutal represión sobre todos los republicanos, principalmente sobre los comunistas: “El frente nacionalista está a cuarenta kilómetros. Pero interesa que pueda salir de Madrid la mayor cantidad de gente posible, sobre todo, los comunistas. También deben salir los bandidos” (Morla Lynch, 2008: 734). A pesar de su anticomunismo, nuestro autor busca, ante todo, evitar las persecuciones que cualquiera de los dos bandos pudiera llevar a cabo. Un intento de mantenerse en el gris dentro de una guerra que él observa como demasiado polarizada y extremada.

Los últimos compases de la guerra estarán marcados por la contradicción y la falta de información. Morla refleja en su narración la mezcla de emociones que se vive en la embajada, ante el anuncio del golpe de Estado por parte de Casado y Besteiro. La calma tensa en la que se sumirá Madrid tras estas palabras se manifiesta también ante el propio narrador, quien asiste junto al resto de los refugiados a lo que ya entienden como el final del conflicto:

Es indescriptible la reacción que producen estas palabras. En tropel se precipitan todos a la habitación donde se encuentra la radio. Falín está en cama, hay gente abajo que ha subido. Habla Besteiro, con honda emoción, con la voz temblorosa y conmovida: «Hay que saber perder con dignidad». Se ha creado la Junta de Defensa en Madrid, presidida por el coronel Casado (que ha rechazado su ascenso a general), por el ejército popular, e integrada por Julián Besteiro, por el Partido Socialista, Wenceslao Carrillo, por la UGT, Miguel San Andrés, por Izquierda Republicana, y Eduardo Val y González Marín por el Movimiento Libertario.

El discurso de don Julián Besteiro es noble y produce honda emoción. El del coronel Casado es necesariamente más militar: «o la paz por España o la lucha a muerte». «El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes» (Morla Lynch, 2008: 734).

El deseo de paz se establece —y es entendido por el narrador— como el elemento clave del éxito del golpe de Estado. En dicho discurso Besteiro se valió de un discurso legalista y ceñido a la cuestión de la dimisión de Manuel Azaña, presidente de la República, para intentar desposeer a Negrín de la confianza parlamentaria que su gabinete había recibido. No solo muestra como su único propósito el intentar desposeer dialécticamente al presidente de todo rastro de legitimidad, sino que sus palabras resultan huecas ante la falta de alternativa que hay en ellas. El problema que presentó Besteiro en su alocución —y que se extendió, como hemos visto, al conjunto de las actuaciones del

CND— se concentró en un argumento legalista huero a la hora de arrebatarse el poder a Negrín, según el cual las sospechas de ilegitimidad del gobierno republicano —ante la patente imposibilidad, como mandaba la constitución republicana, de convocar elecciones— debían ser contrarrestadas ofreciendo el poder a un grupo de militares que nadie había elegido. Paradójicamente, Besteiro centró sus palabras en el argumento democrático, que contradictoriamente utiliza tanto para mostrar la supuesta falta de legitimidad de un gobierno democrático como era el gabinete negrinista, como para asentar el control del nuevo CND, órgano que carecía de cualquier legitimación democrática<sup>64</sup>.

Ante la difícil situación que vive la capital, la esperanza de salvaguardar las vidas de los madrileños —permitiéndoles un exilio que Franco nunca llegará a aceptar— y terminar con lo que para muchos se ha convertido en una pesadilla sin final, Casado y Besteiro se convirtieron, de cierta manera, en aquellos que, a ojos de políticos como Morla, podrían salvar la situación. El único problema que el diplomático chileno observa es la reacción de Franco: “Falta saber la actitud de Salamanca” (Morla Lynch, 2008: 735).

---

<sup>64</sup> Reproducimos a continuación un extenso apartado de dicho discurso que, por el interés que tiene para el periodo y para el análisis que llevamos a cabo en este trabajo, hemos preferido no recortar, a pesar de su longitud: “La verdad es que coincidiendo después de la batalla del Ebro, los ejércitos nacionalistas han ocupado totalmente Cataluña y el Gobierno republicano ha andado errante durante largo tiempo en territorio francés; la verdad es que cuando los Ministros de la República se han decidido a retornar al territorio español carecían de toda base legal y todo el prestigio moral necesario para solucionar el nuevo problema que se presenta ante nosotros. Por la renuncia del Presidente de la República, ésta se encuentra decapitada. Constitucionalmente, el Parlamento no puede sustituir a un Presidente dimisionario más que convocando elecciones presidenciales en el plazo [en el documento original, parece que se encuentra tachado ‘improrrogable’] de ocho días. Como el cumplimiento de este perfecto (sic.) [precepto] constitucional es imposible en las actuales circunstancias, el Gobierno del Sr. Negrín, falto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la Cámara, carece de toda legalidad y no puede ostentar título alguno para tener el respeto y el reconocimiento de los republicanos. ¿Quiere esto decir que en el territorio de la República existe un estado de desorden? No; el Gobierno del Sr. Negrín, cuando podía considerarse investido de la legalidad declaró el estado de guerra y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el ejército de la República existe con autoridad indiscutible y tiene en sus manos la solución de un problema gravísimo que es de naturaliza eminentemente militar [subrayado en el documento original]. ¿Quiero decir con esto que el ejército de la República se encuentra desasistido de la opinión pública? En modo alguno. Aquí, en torno mío, en este mismo locutorio, se halla una representación de izquierda republicana, otra del partido socialista, otra de la UGT y otra del partido libertario. Todos estos representantes, juntamente conmigo, estamos dispuestos a prestar al poder legítimo, al ejército republicano, la asistencia necesaria en estas horas solemnes. El Gobierno del Sr. Negrín faltando unas veces a la verdad, con sus verdades a medias otras, y con sus propuestas capciosas, no podía aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido para el interés de la masa ciudadana combatiente y no combatiente. Y esta política no podía tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la situación internacional podía desencadenar una conflagración de catastróficas proporciones. Hoy os hablo desde este Madrid que ha sabido sufrir y sabe sufrir con emocionante dignidad su martirio. Yo os hablo desde esta “parcela de todas las Españas”, que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonados (sic.) en tierras extrañas. Yo os hablo para declarar que cuando se pierde es cuando hay que [subrayado en el documento original] demostrar individuos y nacionalidades el valor que se posee” (AGMAV C.2485,22 hoja 1).

Sobre este hecho oscilará, durante el resto del mes de marzo, la política de la zona republicana.

El viaje al pasado que proponen estos textos no es únicamente un medio para recordar la tragedia personal y comunal que sus autores vivieron a lo largo del conflicto. La memoria es la herramienta principal que tienen para observar el futuro, e intentar modificarlo a través de lo ocurrido:

To study the history of memory is to study acts of representation and remembrance that are always embedded in social relations and activities, activities of people constructing meaning in the present, using the tools of history to fashion desired futures. It is in this context that the authors collected here trace the paths of people moving through spaces of remembrance, crossing border zones where relevant identities gain heightened significance (White y Buchheim, 2015: 6)

El presente es construido a través del pasado, con el objetivo siempre en mente de transformar el futuro. Las diferentes ideas sobre justicia se entrelazan con las crónicas de lo sucedido, generando una proyección memorialística que, como tal, siempre va a estar rodeada de peligros, dada su capacidad de interrelación sobre los tiempos contemporáneos (Rober, 2013). La apropiación de la memoria colectiva, el recurso a la emotividad histórica, así como la conversión de la memoria en una “fuerza retórica” que responde a la manipulación de los principales actores del momento, aquellos capaces de apropiarse de una determinada narrativa (Pruchnic y Lacey, 2011), nos muestran la importancia que tuvieron en el momento de su publicación —y que mantienen para nuestra sociedad actual— este tipo de obras que estamos analizando.

### 2.1.2. *Campo del moro*: la epopeya de la derrota desde la búsqueda de la verdad

*Campo del moro* comenzará su narración a partir del día en el que se produjo el golpe de Estado de Casado, el 5 de marzo de 1939. En el universo diegético dentro del cual nos introduce Aub, esta jornada se convertirá en el marco para presentar —y entender— los difíciles momentos que vivió la capital durante este mes. Una sucesión continua de personajes convierte estas páginas en una representación polifónica de la situación política y sentimental de un pueblo que lleva demasiado tiempo soportando los rigores de la guerra. La focalización coral en las vidas de las gentes de a pie nos muestra quién fue el verdadero protagonista del conflicto. Alejándose de los discursos políticos,

que se entremezclan con las necesidades y las esperanzas del resto de los personajes, Aub convierte a la misma Madrid en la heroína de su narración. El discurso maniqueo entre los dos bandos propio de toda la guerra se difumina para presentar las múltiples realidades de una ciudad compleja y contradictoria, que siente cómo su destino se encuentra en manos de los intereses particulares de unos pocos. Una obra donde las “pequeñas miserias y mezquindades de la gente anónima” se entremezclan con la omnipresente sombra de la política, mostrando a través del diálogo cómo se gestó el enfrentamiento y la traición dentro del bando republicano (Sánchez Zapatero, 2020: 315). En el momento en el que fue escrita, la necesidad de un personaje colectivo para explicar lo sucedido es fruto de la responsabilidad que siente un autor ante el recuerdo, y la deuda que con esta publicidad del pasado pretende saldar:

La forma misma de la narración se adapta a esta primacía de lo público, de lo histórico. En 1963 Max Aub elabora una novela de héroe colectivo, sin protagonistas diferenciados, a la manera en que la novela del último Modernismo —la de Valle-Inclán muy especialmente—, o la de las vanguardias norteamericana —John Dos Passos— y soviética —Vsevolod Ivanov, Leonid Leonov, Ievgueni Zamiatin, Mijail Sholójov— contribuyeron a la disolución de la novela decimonónica de personaje y, con ella, a la crisis del personaje literario concebido como sujeto. Si Luis Álvarez Petreña es la novela con la que Max Aub se suma a la condena moral del sujeto modernista, de su insolidaridad y egolatría, como he estudiado en otra parte, el *Laberinto mágico* es la proclamación del protagonismo colectivo, de una forma de hacer novela que busca el gran fresco compuesto de infinitas escenas dramatizadas y la masa coral de no menos voces, las de una multitud que, como estudiara Ignacio Soldevila (1973), hace la historia y la discute, vive el hecho y elabora su comentario (Oleza Simó, 2002: 13).

La tragedia política se presenta ante el lector mediante la atención al detalle de las vidas de los millones de madrileños que asistieron a la caída republicana. Durante unos días en los que el miedo y la incertidumbre se convirtieron en los referentes más importantes de un momento convulso, las diatribas y enfrentamientos entre los políticos y militares de la cúpula dirigente de la República se convierten en un elemento secundario, frente a la tragedia que se vivió —y se conformó— entre la sociedad. Es la intrahistoria el elemento fundamental en la narración de Aub.

Aub intenta recuperar los silencios, esas miles de voces olvidadas dentro del marasmo político que se convirtieron, con o sin voluntad para ello, en protagonistas de la tragedia colectiva que se vivió en España durante estos años. El relato del héroe y de las grandes gestas deja paso a la vida diaria, con sus devenires y vicisitudes, mostrando la

pluralidad y la corralidad que Unamuno concibió como base del acontecer histórico (Medina, 2009). Una visión que sigue siendo relevante, hoy en día, dentro de los estudios históricos, dentro del debate sobre la importancia de la narración individual – la visión personal del pasado – en oposición a la percepción oficial de la historia, concepto que ciertos autores estudian bajo el término *Public History* (Demantowsky, 2019: 13-32).

*Campo del moro* se estructura a partir de siete días de principios de marzo de 1939. A través de ellos, el protagonista polifónico que conforma la novela ira presentando ante el lector un panorama amplio —e, incluso, confuso— de la evolución del golpe de Estado de Casado. Las razones políticas de los diferentes personajes históricos que participaron en la trama se entremezclan con la vida cotidiana de las gentes sin nombre, los madrileños que, pese a no ser recordados por los libros de historia en la mayoría de los casos, fueron los principales afectados por las decisiones que se estaban tomando. La realidad de la guerra, acuciante y omnipresente, terminará siendo la única capaz de sobreponerse a todas las ideologías y a todas las ideas: “¿De qué sirve vivir haciendo tanto frío? El hambre roe, la soledad impone. Tengo miedo. Eso que corre ¿son ratas? Silencio enorme del Retiro sin viento. El ruido sordo de unos tanques. Van a disparar, van a matar. Aquí, acurrucada, muerta de frío” (Aub, 2019: 134). La muerte, así como las consecuencias del conflicto, persiguen a los personajes como si se trataran de sus sombras. No son capaces de alejarse de ellas. Ni siquiera la huida al exterior, alejándose del ruido de los obuses y de las penurias que se vivían dentro de España, permite que el fantasma de la guerra se disperse. Así lo siente uno de los personajes, Julián Templado, quien decide regresar a la península por la intranquilidad que experimenta en París: “Nadie le decía: «¿Por qué no estás en España?», pero él, tan aficionado a mirarse al espejo, se espetaba la pregunta a cualquier hora. (...) Pero, no: le roía el gusano español; con la guerra se cambia aprisa que con la paz —pensaba. Extraño cultivo—” (2019: 103). La contienda se transforma, de esta manera, en uno de los grandes protagonistas de la obra. Ella es la responsable de haber acabado con la vida de los millones de habitantes de la ciudad de Madrid, transformando sus existencias desde la rutina diaria a la supervivencia. La política y las diatribas ideológicas, aunque sean responsables de lo sucedido, terminan deshaciéndose ante el marasmo distorsionador que origina la conflagración, erigiendo el asesinato como elemento connatural del día a día:

Fue andando lentamente por el Retiro. A lo lejos, retumbaba seguido el ruido de la guerra.

– Hace morir a la gente, a tu gente, porque sí, es el horror más grande de la guerra. «Tomad aquella loma». Lo digo porque creo que debe hacerse. A eso llaman una operación... Se lanzan a hacerla y mueren. Mueren por la boca, como los peces, pero la boca no es la suya, sino la mía (Aub, 2019: 132).

La guerra se nos presenta como un evento demoledor, capaz de destrozarnos la vida de todos los personajes. La política se entremezcla por ella, en una lucha constante entre la imposición de las ideas, la supervivencia, y la persecución de los enemigos. Aub busca pintar ante el lector un cuadro lo más amplio posible de la realidad madrileña del momento. La ficción se convierte en el instrumento utilizado para narrar unas historias que simbolizan los arduos meses que pasaron los habitantes de la ciudad. El horror del momento se observa a través de personajes como es el caso de Don Manuel *el Espiritista*. Su primera intervención en la novela se producirá debido al juicio que tiene que afrontar ante uno de los tribunales populares de la ciudad. La injusticia de un sistema que no descansa sobre la razón y la presunción de inocencia del acusado, sino sobre los estereotipos y las impresiones, pone en peligro la vida de este personaje desde las primeras líneas. Su creencia en ciertas formas de ocultismo, mezclando nociones del cristianismo y de otras religiones, así como en aspectos como la reencarnación, le sitúan en peligro dentro de una República en la cual, tal y como nos muestra Aub, el poder de los milicianos dentro de la seguridad pública sigue siendo demasiado grande: “Don Manuel, denunciado como espía, no negó estar en relaciones muy seguidas con personas del otro mundo, lo que bastó a la patrulla que le detuvo. En el juicio no intentó defenderse. (...) Intentó, eso sí, como era su deber, convencer al jurado popular” (2019: 42). Sus argumentos, basados en motivos teológicos entremezclados, provocan la animadversión del jurado. La falta de formación jurídica de sus miembros queda patente en una narración que pone en entredicho la ecuanimidad y la legitimidad de estos tribunales. Manuel, a pesar de que sus pensamientos pretenden ser presentados como extraños y extravagantes, no tiene ningún tipo de relación con la quinta columna o con las cercanas tropas franquistas. El clima de terror y de desconfianza que vive Madrid se nos muestra a través de este ejemplo de inocencia, malversado y malentendido por unas gentes que únicamente se fijan en la superficie. Su supuesto delito estaría, por lo tanto, en la simple mención de Dios y de Jesucristo, junto a cierto entramado de remembranza católica:

—O lo echamos a la calle o lo fusilamos. Aquí no hay términos medios.

—Ni aquí ni en ninguna parte —aseguró el carpintero, que era de ideas bien establecidas.

—¿Por qué? Con tenerlo en la cárcel hasta que se acabe esto...

—¡Ah, sí! Y mantenerlo: como si sobrara comida en Madrid.

—(...) Tanta jerigonza de Dios y el alma – dictaminó Rodolfo Martínez, primer jurado que hacía las veces de presidente– evidencia su concusión con los fachas. A lo mejor es cura (2019: 43)

El triunfo del prejuicio y de la apariencia queda patente en la narración. Según nos muestra uno de los jurados, la mera mención del dios católico llevaba a ser considerado sacerdote. La verdad se diluye, dejando de tener importancia. La indagación de la realidad, la contrastación de los hechos, deja paso a la mera elucubración. La vida humana ha perdido todo su valor, dentro de un contexto en el que solo importa la supervivencia y la defensa del endogrupo. La polarización, censurada constantemente por Aub a lo largo de toda la obra, queda patente en el diálogo. La defensa de los valores democráticos de la República y el rechazo a los militares rebeldes no se encuentra reñida, dentro de este autor, con la crítica incisiva hacia la falta de justicia que también se vivía en el lado gubernamental. Un nuevo sistema, el republicano, que se enfrentó desde los primeros momentos de su existencia a una profunda controversia entre los diferentes actores y organizaciones que convivían en su interior, donde la desunión ideológica, la dificultad para el diálogo y la continua injerencia del ejército en la vida civil fueron factores de gran calado para comprender la brutal violencia desarrollada a lo largo de la Guerra Civil (Blaney, 2016). Las raíces del anticlericalismo español, inmersas dentro de un país en el que la religión se había convertido en uno de sus valores fundamentales, fueron uno de los elementos más destacados que se vivieron a lo largo de la etapa republicana de preguerra: “There was radicalizing potential in these prying eyes and public slanders. The pride in anticlericalism and desire to display radical zeal led to political groups formalizing this policing mechanism through internal procedures to eject members who were not sufficiently anticlerical” (Kerry, 2020: 73). La represión vivida a comienzos de la guerra sigue presente entre los personajes, quienes no olvidan un miedo del cual todavía quedan restos<sup>65</sup>. Una radicalización progresiva que afectó a todos los ámbitos de la vida española del momento<sup>66</sup>. La contraposición entre la lucha contra un gobierno elegido

---

<sup>65</sup> “La revolución en el bando republicano se caracterizó en sus primeros momentos más por la violencia y la eliminación física de todo lo que representaba la tradición que por la organización de una nueva sociedad. Los primeros meses supusieron el derrumbamiento de la autoridad y el abandono de gran parte de la actividad económica” (Alía, 2015b: 61).

<sup>66</sup> Entendemos el proceso de radicalización, en términos generales, como aquel que puede ser definido como “a process by which a person adopts belief systems which justify the use of violence to effect social

democráticamente, frente a la persecución de las ideas católicas y de todo aquel que apoyara a la Iglesia que defendía el otro bando, se convertiría en uno de los argumentos clave de la prensa extranjera para intentar comprender el conflicto español. Podemos encontrar un ejemplo en el impacto que produjo la guerra española dentro de la opinión irlandesa de la época, mostrando cómo el juicio que recibe el personaje de Manuel, tal y como nos lo presenta Aub, entronca con una diatriba mucho más amplia en la que se vieron envueltos muchos de quienes apoyaban o se enfrentaban a la República:

The Spanish civil war was a conflict that acted as a touchstone for the divisions within Irish society. In a state characterized by religious homogeneity, any conflict that involved a revolt against a democratically elected government and reports of the killing of Catholic clergy was bound to stir emotions. Each of the three national titles framed the conflict through its own unique editorial ethos. For the *Irish Times*, the conflict could not be comprehended without first understanding the political economy of Spanish society. Thus the *Times* put its emphasis on explaining the context of the conflict in terms of the relationship of the Catholic Church with the Spanish state and in defending the right of democratically elected governments to govern. In stark contrast, the *Irish Independent* portrayed the war as an easily understood conflict between communism and Catholicism (O'Brien, 2017: 356).

El anticlericalismo, como motivo ideológico, fue creciendo durante el conflicto hasta convertirse en uno de los elementos que definían estereotípicamente, con mayor claridad, a aquellos que seguían apoyando al gobierno. Los milicianos, como es el caso de los que detienen a Manuel *el Espiritista*, llegan a concebir la simple mención de Jesucristo como un signo de pertenencia o de apoyo al bando rebelde. El terror vivido en Madrid al comienzo de la guerra sigue presente. Como explica el investigador Paul Preston:

Al igual que ocurriera en Barcelona, la destrucción de las iglesias y el asesinato de los representantes del viejo orden, ya fueran clérigos, policías o terratenientes, era para muchos anarquistas de la capital pasos hacia la creación de un mundo nuevo.

(...) Aunque a muchos anarquistas les horrorizaban los «paseos», muchos otros creían que la eliminación inmisericorde de quienes apoyaban al enemigo era la única vía para construir un mundo nuevo y, asimismo, una parte necesaria de la contienda bélica. Para otros integrantes del Frente Popular, la aniquilación del enemigo era un imperativo central en tiempos de guerra.

---

change and comes to actively support as well as employ violent means for political purposes” (Maskaliūnaitė, 2015: 14).



Política, el periódico de Izquierda Republicana, el partido de clase media de Azaña, se mostró indignado porque miembros del Frente Popular hubieran mediado en la liberación de derechistas. (...) Los comunistas y los anarquistas se mostraron implacables en su afán por erradicar al enemigo interno. Con el tiempo, sin embargo, un poco más tarde que en Barcelona, los comunistas acabarían considerando subversivos a los anarquistas y se volverían en su contra, con lo que se iniciaría una nueva fase de la represión (2011: 360-362).

Con la llegada de la guerra, la tranquila vida de Manuel *el Espiritista*, dedicado al cuidado del pequeño jardín que mantiene en Getafe, es destruida. Alguien como él, que pretende vivir alejado de la política y la ideología, es incapaz de huir de la polarización en la que España quedó atrapada. Al igual que tantos otros, aquellos que cuyo único objetivo era continuar sus vidas, o incluso defender la joven democracia española de otras maneras, él se vio obligado a marcar su definición política desde el primer momento, en contra de sus propias intenciones: “El antifascismo de don Manuel no se definió sino hasta el llegar de las tropas sublevadas a los alrededores de Madrid. Hacía diez años que el chamarilero había logrado comprar en Getafe una casita” (Aub, 2019: 46-47). Sus extrañas creencias para la sociedad española de la época provocaron, ya antes de la guerra, que su propia hija se avergonzara de él. Aub desengrana la curiosa vida de este personaje para mostrarnos cómo lo diferente, el «otro», no se desarrolló en España a partir de dos concepciones. Nuestro autor intenta desentrañar la complejidad de la sociedad del momento, y la propia naturaleza humana cuando tuvo que hacer frente a un evento tan dramático. Todo lo que quedaba en los bordes, aquello que no encajaba con los estrechos marcos oficiales, quedó en entredicho. Fueron demasiados quienes se reafirmaron en su intento de entender la época que estaban viviendo como la lucha sin cuartel entre el «ellos» y el «nosotros». La derrota de los márgenes, de aquello que no encajaba, fue la consecuencia de este fanatismo, el cual se extiende en el lado republicano hasta el final del conflicto:

The passionate supporters of the Republic refused to acknowledge that the left's threat to extinguish the bourgeoisie and the pre-revolutionary situation which was developing in the spring of 1936 was bound to react to defend itself. The unspeakable horrors of the Russian civil war and the Soviet system of oppression that emerged – the dictatorship of the proletariat, which Largo Caballero had demanded – was a lesson unlikely to be forgotten. And once the war had started, the Republican's democratic credentials began to look increasingly tattered when the Cortes was reduced to a symbolic body with no control over the government. Then, from the middle of 1937, the administration of Juan Negrín developed marked authoritarian

tendencias. Criticism of the prime minister and the Communist Party virtually became an act of treason (Beevor, 2006: 268)

Ni siquiera el apoyo, más o menos pasivo, a la República permitió a muchos de estos personajes esquivar las pesquisas de los milicianos que seguían recorriendo las calles de Madrid. La hija de Manuel nos muestra cómo este odio, este desprecio a lo dispar, carece de bases firmes: “La niña nunca quiso darse cuenta de que padre era un alma de Dios, simpático, que agradaba, de veras, a sus amigas. Si se lo decían, lo tomaba a burla” (Aub, 2019: 50). La realidad nos vuelve a mostrar su incapacidad para imponerse, para afirmarse, en una obra en la cual la verdad se encuentra siempre envuelta en la bruma. El futuro se convierte en el refugio idóneo para muchos de estos personajes, incapaces de soportar el terrible presente en el que se les ha obligado a vivir:

Con el enemigo ocupando su Edén, don Manuel, echado del paraíso, anda y desanda por su piso madrileño, alma en pena, acumulando nuevos objetos para el día de mañana. Los bombardeos le proporcionan mil residuos que coloca idealmente en un ángulo u otro. Se las promete felices cuando «gane la guerra»; para conseguirlo hace cuanto está de su parte y en las fuerzas de su magín, en comunicación constante con sus aliados del otro mundo: Bertrand du Guesclín, la Fayette, Murat, Foch que que le prometen victorias y venturas bajo el mando de Vicente. Por no apartarse de él y de su jardín no quiso salir de Madrid (2019: 48).

Manuel ha perdido su jardín, el pequeño rincón al que ha dedicado la mayor parte de sus energías. Intenta escapar de una realidad que se ha convertido en pesadilla. Vive en una España que no solo no le comprende, sino que rechaza abiertamente sus ideas, sin ni siquiera preocuparse por intentar entenderlas o, al menos, respetarlas. Pierde sus apoyos vitales, así como sus referentes más estrechos. Y su intento de mantener la integridad personal, sin inmiscuirse ni criticar las ideas o visiones de los demás, casi le lleva a la muerte. Su compromiso con la causa republicana, por diferente, no es entendido por aquellos que debieran haber visto la inocencia de esta persona. Se le persigue no por tratarse de un supuesto espía, sino por falta de comprensión. Incluso se negó a abandonar la capital, como sí hicieron tantos otros, pues entendió que era necesaria su presencia para no huir del drama colectivo que estaba viviendo la República, cortando los lazos que le unían con su preciado jardín y con el compromiso de su amigo Vicente, luchador en el frente. Aub nos presenta, de esta manera, la tragedia personal de miles de españoles, atrapados en un conflicto que no comprendieron, y no supieron cómo afrontar. Su

intención es narrar un coro de voces lo más amplio posible, huyendo de la fácil dicotomía impuesta en tantas obras literarias del momento. La sociedad se nos muestra como un ente mucho más complejo de lo que muchos quieren creer. Y el intento de cercenar esta diversidad acabará, finalmente, con las fuerzas de Manuel. El alcohol se convertirá, como para tantos otros, es su última forma de escapismo:

Solo el viejo recurre a su bodega. De francés le queda ante todo el gusto del vino en las comidas. Luego se fue aficionando a tomarlo antes y después. Remoja sus elucubraciones, atolondrado del zumo pero jamás encharcado en aguardiente. Da un golpe a la botella; éntrale el morapio hasta lo último de las venas, anticipo del futuro. Bebe con tasa: tomando a medias del vino y sus ideas, cargábale pronto el sueño. Con los años se dejó vencer apaciblemente de la pasión poniendo los labios secos a la corriente del alcohol. Así se envició con el buen uso de la sustancia de la uva. Lo mismo le daba tintorro, tintillo, dulce, seco, valdepeñas, priorato, cariñena, burdeos o borgoña, si estos últimos se hubieran podido conseguir.

—(...) El beber, el emborracharse es cosa de viejos. Ya ves Noé. Llega un momento –en la vida pasajera– en que al hombre sólo le queda el vino. Lo demás son lujos inútiles, como todos los lujos, menos el arte. (El arte de Getafe). Los jóvenes que beben y se emborrachan son viejos antes de tiempo. La vid y la vejez. Y que nadie lo note. Mi hija, ni lo huele (2019: 51-52).

El personaje de Manuel se va degradando, mientras se agarra a una vana esperanza de un futuro mejor, que nunca llegará. Aunque se ha salvado de la muerte, gracias a la intervención de un amigo en cuya opinión confiaba el tribunal popular que le juzgó, su existencia se muestra ante él como un espacio vacío. La dureza de vivir en un futuro permanente, intentando sobrevivir por una esperanza que se desvanece entre sus dedos, es demasiado pesada para el personaje. Observa cómo en su entorno las personas han dejado de ser consideradas como tales, siendo divididas en grupos estereotípicos contra los que la lucha resulta demasiado difícil. Los procesos de deshumanización han convertido la guerra en un enfrentamiento en el que el objetivo para muchos es, simplemente, acabar con el contrario. No solo derrotarle, e imponer sus respectivas ideas; sino intentar deshacer su mera existencia:

Dehumanization is best understood as a solution to a problem: the problem of ambivalence. It scarcely needs saying that it is sometimes advantageous for one group of people to harm another by exploiting their labor, laying claim to their possessions, or exterminating them for the sake of Lebensraum. Notwithstanding this, there is a substantial body of evidence in

support of the contention that violence —especially lethal violence— does not come easily to us (Livingstone, 2016: 425).

El territorio, real e imaginado, se ve amenazado para los objetivos de quienes el individuo considera como su endogrupo. A pesar de la dificultad que puede tener el ser humano para cometer actos de violencia, esta crueldad puede desarrollarse a nivel de toda una sociedad si se percibe que dicho *lebensraum*, el espacio vital de la comunidad, se encuentra en peligro. La deshumanización de un determinado exogrupo, así como la sensación de amenaza sobre valores o realidades que el individuo considera como propias, pueden llegar a ser suficientes para autojustificar, aunque sea parcialmente, procesos que, en otras situaciones o contextos, serían considerados como atrocidades (Maoz y McCauley, 2008). El individuo puede mantener esta dicotomía, tal y como sucedió durante la Guerra Civil española en tantas personas, gracias a la capacidad psicológica para medir y juzgar unos mismos hechos de manera diferente según quién se vea afectado por ellos. La antropología nos muestra, además, cómo la identificación con otros seres humanos se realiza fácilmente a un nivel biológico, pero de manera mucho más compleja a un nivel psicológico (Waytz *et al.*, 2010). La ideología, las ideas personales, la tradición y los valores —más o menos racistas, homófobos o machistas— de una determinada sociedad pueden permitir al individuo, a pesar del reconocimiento interno de encontrarse ante otro ser humano en términos de semejanza biológica, despreciarle y considerarle diferente a un nivel mental, otorgándole una categoría inferior que permita —ya sea por la acción contra él, o por la mera indiferencia hacia lo que le suceda— ejercer la violencia del endogrupo contra quien pasa a ser considerado como «subhumano». En esta línea, las reflexiones que nos ofrece el profesor Ricard Zapata-Barrero sobre el concepto sobre el que se basa la comunidad actual y el multiculturalismo que vivimos en la actualidad pueden ayudarnos a entender, si las transponemos a la época y a los problemas que analizamos en este trabajo, cómo la configuración del endogrupo —analizado como el denominativo de “demos” por Zapata-Barrero—, las dinámicas identitarias que permean las crisis relativas a la concepción y recreación ideológica del «otro»:

A través del debate sobre *la re-constitución del demos político* tenemos, pues, la oportunidad de analizar cómo se producen nuevos sistemas de categorías que en último término están muy vinculadas a si sabemos asumir la diferencia como valor y principio de orientación política. En efecto, con el proceso histórico de multiculturalidad se produce un proceso de toma de consciencia por parte de la población ciudadana de la diferencia y de su identidad. El

sentimiento que sigue la lógica de ganancia/pérdida es el que orienta en muchas ocasiones las actitudes y las opiniones, los comportamientos ciudadanos. El debate sobre la re-constitución del *demos* político es una respuesta política a esta toma e consciencia ciudadana de la diferencia, o bien incrementando la distancia identitaria, o bien asumiendo implicación mutua, o simplemente haciendo desaparecer la categoría de identidad como factor explicativo de los conflictos entre ciudadanos e inmigrantes. La ciudadanía genera imágenes de la inmigración bajo condiciones de uniformidad cultural. Esta uniformidad cultural puede ser objeto de retórica tanto para consolidar su existencia, o bien asumiendo una forma plural de entender la diversidad cultural. Uno de los primeros elementos del debate está relacionado con los criterios que diferencian el *demos* político de la población de una misma sociedad<sup>67</sup> (2008: 255).

En un contexto dentro del cual la polarización se ha convertido en el eje rector de la vida, alguien que no encaja fácilmente en alguna de las categorías sociales existentes debe afrontar el problema de la incompreensión y el odio fortuito. El personaje de Manuel es uno de los ejemplos que nos muestra Aub de la complejidad y enrevesamiento de la política del momento. El compromiso con la democracia republicana no le lleva a olvidar la existencia de aquellas miles de personas que vivieron en un Madrid que se convirtió, en mayor o menor medida, en su enemigo. Si Manuel finalmente logra salvarse de la muerte, sin renunciar a sus ideas, se lo debe solo a la integridad que también muestran milicianos como Vicente, conocedores de la falta de escrúpulos de muchos de sus compañeros. El odio al catolicismo y el anticlericalismo que se experimentan en la zona republicana se convierten también en peligros para aquellos que divergen de este discurso de buenos y malos. La omnipresente sombra de Franco, cuyas tropas se encuentran a pocos kilómetros del centro de Madrid, convierte a la urbe en un espacio poblado de miedos y temores: “Franco no es tonto. Ahora tiene la sartén por el mango, y va a freír a quien le dé la gana. Y no van a ser pocos. Por algo es católico: sálvese el alma, que lo demás no importa. Sin contar con que si los enemigos se condenan, mejor. Se ahorran el peligro de encontrárselos en el Paraíso” (Aub, 2019: 104).

La literatura y la historia se entremezclan en la obra de Aub, creando un complejo escenario de contacto en el que resulta difícil entrever dónde acaba la ficción y empieza la realidad histórica. La línea que separa ambos mundos se difumina, convirtiendo la narración de lo sucedido en un ejemplo de cómo el pasado puede ser contado de múltiples

---

<sup>67</sup> La cursiva pertenece al fragmento original.

maneras posibles. La verdad se concibe como un elemento escurridizo y difícil de explicar que, paradójicamente, puede servirse de la ficción como uno de sus mejores instrumentos de interpretación (Bokulich, 2016). Tras un conflicto en el que la manipulación de la crónica oficial fue tan importante como el desarrollo de las operaciones militares, la imaginación y la invención pueden ser utilizados para construir un camino que nos permita entender mejor lo sucedido.

La memoria se convierte, por lo tanto, en el instrumento adecuado para transmitir esta experiencia. Sin embargo, este hecho no lleva necesariamente a una búsqueda de la verdad a través del recuerdo. La ficción, mediante su incursión en el universo memorialístico, puede también servir para procurar explicar lo sucedido en una determinada época. A través de su técnica narrativa, Aub intenta aunar la diversidad y pluralidad de puntos de vista que se confrontaron durante el conflicto, para mostrar ante el lector una doble contradicción; las incoherencias y las discordancias que se pueden entrever tanto en la historia oficial como en la memoria construida sobre lo sucedido durante la guerra. La ficción se transforma, por lo tanto, en una nueva herramienta para intentar explicar un fenómeno tan complejo como es el del recuerdo colectivo, basado tanto en las experiencias individuales como en los hechos, eventos y reconstrucciones — más o menos alejados de la verdad— que los diferentes poderes intentaron utilizar para legitimarse. Aub procura superar, mediante la diégesis, el problema que tuvieron países como Francia a mediados del siglo XX a la hora de mirar a su pasado más reciente:

Si l'on admet que la mémoire constitue en partie le reflet —ou la mimesis— d'une expérience collectivement vécue, force est de constater que l'hétérogénéité des conditions a contrarié l'émergence d'un souvenir commun. Aucun discours, aucun lieu, aucun symbole ne peut, à lui seul, rendre compte de la pluralité des épreuves traversées par les quarante millions de contemporains qui vécurent les années sombres.

Cette diversité a incontestablement conduit à morceler la mémoire française de la Seconde Guerre mondiale. Elle a également conduit à la politiser. Car chaque groupe, sinon chaque individu, a eu tendance à réinterpréter le passé en fonction de son itinéraire et de ses préférences idéologiques, mobilisant le souvenir de la guerre au service de ses combats et de ses intérêts contemporains (Wieviorka, 2010: 21-22).

Es el sujeto, verdadero protagonista de la memoria, quien decide acerca de su interpretación personal y subjetiva del pasado, a la luz del presente en el que está inmerso. Tras la confusión vivida durante la Guerra Civil española, debido a las múltiples

interpretaciones que ya en la misma época se llevaron a cabo sobre sus diferentes episodios, Aub renuncia a una explicación global de un fenómeno que parece escaparse de la comprensión. Recurre a una focalización global, heterogénea, para intentar que el lector encuentre la pluralidad y complejidad del fenómeno histórico que trata a través del mayor número de voces posible, logrando que lleve a cabo su interpretación a través de la enredada relación entre los diferentes personajes.

La historia tiene como objetivo fundamental la explicación e interpretación de lo sucedido en el pasado a través de la objetividad y el análisis crítico de los restos que nos han legado nuestros antepasados. Sin embargo, a pesar de su interés por la imparcialidad y el desinterés en su relato, lo cierto es que las propias características del objeto de estudio llevan a la generación de múltiples crónicas historiográficas, constructos narrativos e interpretativos que, en muchas ocasiones, pueden dificultar el acceso o la obtención de la verdad sobre un determinado suceso. En demasiadas ocasiones, cuanto más se conoce sobre un aspecto del pasado más difícil es construir un cuadro global sobre el mismo, llevando a cabo unas necesarias generalizaciones que se pueden llevar a mostrar como excesivamente laboriosas. La multivocidad del propio lenguaje impide que estos objetivos puedan realizarse de la manera ideal que nos muestran la teoría y la reflexión sobre la disciplina histórica (White, 2003a: 121-130). Y estas mismas limitaciones nos muestran que, a pesar de que la objetividad de la literatura es necesariamente menor, en un principio, también puede convertirse en un vehículo importante de reflexión y crítica histórica: “L’expérience inverse: celle du lecteur qui, dans la littérature, trouve soudainement, et parfois subrepticement, de l’histoire – non pas parce qu’elle relaterait quelque chose passée, mais parce qu’elle jetterait une lueur d’intelligibilité sur ce que c’est pour le temps, de passer” (Boucheron, 2016 : 152). Es la misma diatriba que el investigador Andrés Trapiello destaca en su análisis de los *Campos* de Max Aub: “Así no es sencillo ser historiador sin traicionar a la verdad ni novelista sin traicionar a la historia”. Una visión de deslealtades y engaños a unos géneros que nos muestran, en este autor, cómo ambas disciplinas se entremezclan y confunden, diluyendo sus fronteras y matrices; convirtiéndose en un campo común en el que la ficción y la realidad histórica se despliegan ante el lector, a pesar de que ello suponga acabar con gran parte de sus diferencias técnicas:

Sus novelas de guerra, barrocas, broncas, especiadas y por momentos arcaizantes recuerdan un ruedo ibérico sin la cadencia musical de Valle, no podrán ser tenidas en cuenta como

crónicas y acaso tampoco como novelas; la literatura no determina quién es el vencedor o el vencido; sí la vida, desde luego. Aub terminaría siendo de los vencedores; acabó entrando en la academia, como quería, y de forma aún más apoteósica: sin tener que presentarse, después de muerto, en un discurso y con muchos fracs alrededor (2010: 441)

La situación de Madrid empeora, día tras día, mientras los preparativos para el nuevo golpe de Estado se encuentran casi terminados. La trama avanza entre las voces de múltiples personajes, mostrándonos el mayor número posible de puntos de vista sobre la política y las razones que se entremezclaron durante estas horas previas al anuncio del Consejo Nacional de Defensa<sup>68</sup>. La realidad se convierte en un elemento contradictorio y confuso, que los propios personajes rechazan. Deja de servirles para explicar el mundo que ven, o para seguir adelante. La incompreensión, el miedo y la impotencia se entremezclan, llevando a la ficción y a la discordancia a convertirse en ejes rectores del discurso. De esta manera, los aviones franquistas que no dejan de sobrevolar Madrid se convierten en aeroplanos aliados. La falta de debate sirve para asentar las nuevas verdades, dejando de lado la evidencia:

Les llama la atención: por el ruido parece que estuvieran luchando en la retaguardia.  
Rectifican. Ven visiones.  
—(...) Son los de antes, nuestros, dando vueltas.  
Vicente prefiere no decir nada. Ha aprendido a no discutir (Aub, 2019: 39).

Ante la pérdida del horizonte de la verdad, la realidad se diluye en un pasado que se convierte, al mismo tiempo, en justificación de lo sucedido y en lugar mítico en donde refugiarse. En una ciudad que parece haber perdido definitivamente su espíritu de resistencia; en la cual el hambre, el miedo y la miseria se han convertido en incómodas y aplastantes materialidades para la gran mayoría de los madrileños, hay personajes que

---

<sup>68</sup> La denominación del órgano político constituido por el coronel Casado tras el triunfo de su golpe de Estado recibe indistintamente, tanto en las fuentes primarias como secundarias, las denominaciones de «Junta» y de «Consejo», a pesar de que el nombre oficial que le dieron sus promotores fue ‘Consejo Nacional de Defensa’. Aub incluye una referencia al origen del nombre en las páginas de Campo del moro, donde también se manifiesta la confusión que existió en la época sobre su denominación: “Al parecer, Pedro Checa, secretario de Organización del Partido Comunista, está entre las manos de la Junta. — Que es como suelen llamar ahora al Consejo de Defensa, en recuerdo de noviembre del 36” (2019: 227). Resulta curioso en todo caso, para mostrar cómo los casadistas quisieron apropiarse en su propio beneficio de la imagen del Madrid resistente, que decidieran utilizar el mismo nombre del órgano creado tras la marcha del gobierno a Valencia —y principal responsable de la victoria en la Batalla de Madrid— para un cuerpo cuyo objetivo no es ya oponerse al Franquismo, sino lograr un mejor entendimiento con este.



siguen buscando un héroe, un personaje legendario que encarne, aunque sea solo en su imaginación, una realidad que no creen poder construir ante ellos<sup>69</sup>. Es el triunfo de la ficción sobre los hechos, el momento en el que la imaginación y la creencia se convierten en el mejor refugio para huir del presente, aunque sea mediante la negación de los hechos, o de su visualización a través de una óptica diferente, que les revista de un carácter fantástico del que carecen en la realidad. Es el caso del personaje de Manuel *el Espiritista*, quien utiliza a uno de los héroes legendarios del reino de Castilla para reivindicar y apropiarse de un presente demasiado confuso y cruel, transformándolo a través de su imaginación en una gesta épica:

Inútil decir que el Cid —siguiendo al aragonés— era su paradigma. Se extrañaba de que los españoles hubieran echado en olvido tan formidable personaje «que había resuelto todos los problemas nacionales». Para el *Espiritista*, la jura de Santa Gadea representaba lo más que puede alcanzar el hombre. Llegó a sospechar, sin que don Germán soltara prenda, haber estado presente.

—¡Un nuevo Cid! —clamaba—. Un nuevo Cid es lo que nos está haciendo falta.

Cuando, con la República, apareció Manuel Azaña en el ruedo político se figuró ver en él a su héroe redivivo. Se desencantó al saberlo escritor.

A poco se dejó arrastrar por la oratoria de José Antonio Primo de Rivera. Su detención y reclusión en la cárcel de Alicante le parecieron inconcebibles. ¿Cómo —se preguntaba—, con los poderes sobrenaturales que naturalmente deben asesorarle, no halla manera de remontarse a las nubes, apareciendo como un nuevo Santiago? Creyó después en Juan Negrín hasta que sus voces cristalizaron en Vicente.

—Ya verás cuando lo conozcas —repetía su hija—. Ya verás. Un nuevo Cid.

El antifascismo de don Manuel no se definió sino hasta el llegar de las tropas sublevadas a los alrededores de Madrid (Aub, 2019: 46-47).

---

<sup>69</sup> Como apuntamos a lo largo de este trabajo, la palabra no solo se aleja de la realidad a través de la ficción. Es la propia contemporaneidad de estos sucesos la que vivió este desdoblamiento, como se puede apreciar, por ejemplo, en los comentarios llevados a cabo por diferentes miembros del CND acerca de la resistencia de Madrid. A pesar de las críticas vertidas sobre el presidente Negrín, y el estado de desesperación que vivía Madrid en aquellos momentos, esta fue la respuesta del coronel Casado a unos periodistas ingleses, el 14 de marzo de 1939, cuando le preguntaron qué sucedería de producirse un ataque franquista sobre Madrid: “El Coronel Casado respondió que hace algún tiempo se aguarda este ataque y que mientras no se haya logrado la finalidad esencial perseguida por el Consejo Nacional de Defensa, el ejército republicano sabrá oponerse con gallardía a cualquier intento de los invasores” (AGMAV, C.2485,14 hoja 9). La respuesta que recibió esta alocución emitida por Radio Valencia, fechada a 15 del mismo mes, no podría ser más paradigmática de la futilidad de las declaraciones casadistas: “no se haga nada por este Servicio [el SIPM] y que si insistieran de Madrid (Casado) se le haga saber de nuevo que no cabe otra solución que la “rendición sin condiciones” y que no se hace política a costa de la España Nacional” (AGMAV, C. 2485, 14 hoja 11).

Manuel utiliza a tres relevantes figuras políticas de la época para encontrar un asidero ante la convulsa situación que vive España. El pasado es utilizado como herramienta para huir del presente, a través de la superposición del mito sobre la realidad. La discordancia que pronto observará este personaje, tras el proceso realizado, le irá llevando a una mayor frustración, así como a la realización de la imposibilidad de evadirse del conflicto. En un momento en el que los héroes del pasado han desaparecido, ni siquiera la fe es capaz de sobreponerse al presente.

Gracias a este proceso, Aub procura mostrar ante el lector no solo la desesperación que fue adueñándose de la población, conforme se acercaba el final del conflicto, sino también el proceso de confianza y de idealización que muchos establecieron sobre determinadas figuras políticas del momento. La mitificación de estos líderes es vista como uno de los peligros a los que enfrentó la razón. La verdad, ante este desarrollo, pierde su importancia frente a lo imaginado. La ficción se superpone a la realidad, sustituyéndola con un discurso mucho más atractivo y esperanzador que, sin embargo, no refleja los hechos. Este triunfo de la leyenda sobre los hechos históricos se fundamenta en la utilización del personaje de Rodrigo Díaz de Vivar como referente mítico para el personaje de Manuel. Sobre esta figura de la historia castellana se establece un paradigma de heroísmo y liderazgo en tiempos convulsos que, paradójicamente, pertenece más al campo de la ficción que a la realidad histórica. Un guerrero cuya historia de mercenario al servicio de diferentes poderes musulmanes del momento se diluye conforme se va construyendo su leyenda (Peña, 2005), a través de una convulsa vida de cambios políticos y virajes ideológicos que le alejan del héroe nacional que se construirá después sobre su biografía (García, 2017). La paradoja se establece, de esta manera, sobre el uso que el personaje de Aub da a la figura del Cid. Manuel le ve como referente moral e ideológico ante la convulsa situación que vive en el presente. Procura elevar a diferentes figuras de la política española del momento –de muy diverso ámbito ideológico– a un espacio mítico e ideal que no solo resulta imposible de alcanzar para ellos, sino que tampoco adquiere la figura histórica de Rodrigo Díaz de Vivar. Recuerda, así mismo, un episodio histórico como el Juramento de Santa Gadea que, si realmente tuvo lugar, no tuvo relación con sus posteriores destierros del reino castellano, que se producirían posteriormente por otros motivos (Cabrera, 2011: 291). Así, la verdad pierde su relevancia al intentar esconder las deslealtades y los engaños en los que la República vivió sus últimos meses con un personaje cuya imagen legendaria ha ido escondiendo, a lo largo de los siglos, sus actos de traición y mercenarizgo (Padín, 2017); similares a los que el mismo Manuel pudo

observar en los políticos de su época. Un proceso de modificación de la verdad histórica que comenzó ya en los cantares de gesta (Lacomba, 2019), y que nos muestra cómo la historiografía puede confundirse con la ficción, para utilizar la historia como instrumento paradójico de recreación del presente. Un proceso, en definitiva, imbricado dentro de una ciudad en la cual la mentira, como nos muestra Max Aub en *Campo del moro*, se ha convertido en instrumento corriente del discurso político: “Bonifaz opta por callar una vez más. Sabe, por Besteiro, al que ve de tarde en tarde, de sus conversaciones con el cónsul inglés. Están mintiendo: todos. Se mienten a sí mismos. Esa es la política. Pero que lo hagan los anarquistas y entre ellos: he aquí lo nuevo” (2019: 62).

La guerra ha acabado, finalmente, con el idealismo y las fuerzas de resistencia de muchos de los personajes que vivieron en Madrid durante la guerra. Frente a los relatos esperanzados que nos mostraba la literatura acerca de otros periodos del conflicto, ahora el final de la República se nos mostrará con el triunfo de la mentira. El temor a lo que sucederá cuando Franco logre la victoria se suma a la acentuación de las diferencias internas en el seno de las fuerzas leales, que se ven inmersas en una serie infinita de argumentos y contraargumentos que ayuda a esconder la verdad, disolviéndola entre las diferentes justificaciones que se establecen. Es el triunfo del discurso sobre los hechos, cuando lo dicho cobra mayor importancia que lo sucedido: “Agustín Mijares calla. Le está contando lo suyo, atribuyéndolo a otro. ¿Para qué rectificar? Sabe que a pesar de la verdad, de asegurarle que fue él quien lo hizo, Victoriano Terraza se emperrará en su dicho. No por nada sino porque acaba de espetarlo. Nadie le convencerá de lo contrario” (Aub, 2019: 68).

En este ambiente de desconfianza sobre la verdad, en el que la realidad parece haber desaparecido, nuevas perspectivas emergen desde los personajes para intentar comprender el convulso panorama que tienen ante sí. Es el caso de la traición y la diatriba sobre sus características, uno de los ejes rectores de la novela. Los diálogos se preguntan sobre su sentido y su materialidad, “la traición no es el hecho en sí —miento— sino la razón que mueve a hacerlo”, sin lograr dilucidar ni sus causas ni una definición objetiva sobre el hecho. Un concepto como este, tan utilizado en estos momentos para intentar diferenciar entre los también confusos términos de «amigo» y «enemigo», que se presenta como insuficiente a la hora de explicar el momento que vive Madrid (Aub, 2019: 88). Una ciudad que se ha convertido ya en un cadáver, un mero despojo destruido ya por toda la barbarie que ha tenido que resistir; un símbolo, en definitiva, de una muerte demasiado omnipresente en su día a día: “Madrid, ciudad de piedra, viva y muerta a la vez como si

fuera posible que siguiese corriendo la sangre por las venas y las arterias de un cadáver. Lo es” (2019: 87).

La narración de lo sucedido también es cuestionada. El pasado, aunque algunos personajes lo recuerden con añoranza, pierde también su capacidad referencial; desapareciendo en un futuro que, a través de sus interpretaciones y su exégesis personal, puede transformar el presente que los personajes están viviendo, convirtiéndolo en otro relato alejado de la materialidad de los hechos:

—El futuro se puede adivinar o predecir, pero ¿quién el presente? Te explico: es lo que es, está ahí como lo veo, como lo ves. Mas ¿cómo será para un historiador dentro de uno, dos, diez siglos? El pasado es siempre lo que dictaminan los presentes; en el futuro el pasado será el presente. Así se escribe siempre la historia. ¿Qué vivimos? ¿eso de ahora o lo que dirán que fue dentro de cincuenta, cien, mil años? Guerras hubo pérdidas que aseguran ganadas; los ingleses dan por victorias sobre los franceses algunas de las que estos tienen por suyas. Ciertos malos pasos vergonzosos se borran en un idioma mientras son recordados con gloria en otros, sin contar que las historias —no hay historia sino historias— suelen escribirlas los vencedores. ¿O crees que en Covadonga, si hubo la tal batalla, sabían que principiaban la Reconquista? ¿Quién sabe si empezó ahora otra guerra de treinta años? No se sabe nunca lo que se hace, ¡figúrate si podemos saber qué estamos haciendo para las entendederas de los de mañana! Sin contar con que la enorme mayoría no hace nada —haga lo que haga— porque nadie ha de acordarse no digamos del santo de su nombre sino de nada de lo que les rodea.

—¿Y qué me quieres decir o demostrar con esto?

—Nada. Precisamente esto: nada.

—¿Qué no vale la pena hacer nada? ¿Crees que la gente vive para el mañana? Lo que pasa es que estás podrido. Te importan los museos, la historia, con mayúsculas, cosa que a los hombres en general, les preocupan poco. Seguramente, la tierra vista desde mil kilómetros carece de interés, como no sea para algunos astrónomos.

—Exageras.

—Poco. A ti, lo único que te importa es el dolor. Quiero decir: huir del dolor. Desde el momento en que nada te duela, lo demás te tiene sin cuidado. Lo que te importa de la guerra, de nuestra guerra, es que no te pase nada. Que no te toquen. Aceptas que te fusilen, pero no que te torturen —hizo una pausa—. Si sucediera, posiblemente te aguantarías.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—De que no tomes parte.

—¿Te molesta? (Aub 2019: 101-102).

A través de esta diatriba contra la historiografía, Aub nos muestra cómo el poder del discurso y del relato se han impuesto sobre los hechos y la verdad. Lo sucedido en

realidad ha dejado de tener importancia, siendo sustituido por la narración llevada a cabo por una determinada persona. Los personajes de *Campo del moro* se interrogan sobre la importancia de sus actos, la trascendencia de una lucha que para ellos, en demasiados casos, lo constituye todo. ¿Qué sentido tiene seguir peleando cuando no depende de ellos el resultado de la victoria? Esta reflexión es la que sobrevuela sobre sus mentes, en medio de los días de crispación, recelos y temores que se produjeron en torno al golpe de Estado del coronel Casado. Sus actos pierden la entidad que pudieran tener, cuando llegan a ser conscientes de su vacuidad. El pesimismo sobre la historia se extiende a través de esta visión del pasado como un constructo del presente, sometido a los intereses y a los deseos de aquellos que intentan interpretar lo sucedido. El presente, despreciado en muchos momentos frente al pasado o el futuro, se convierte ahora en el momento más relevante. Según nos explica François Hartog: “Aujourd’hui, la lumière est produite par le présent lui-même, et lui seul. En ce sens (seulement), il n’y a plus ni passé ni futur, ni temps historique, s’il vrai que le temps historique moderne s’est trouvé mis en mouvement par la tension créée entre champ d’expérience et horizon d’attente” (2003: 270). El desarrollo de los acontecimientos en el momento que se producen no puede seguirse con fidelidad, pues dependerá de la interpretación futura de aquellos que estudien dicho periodo. Es para el presente, por lo tanto, para quien se elabora el relato histórico del pasado, estableciendo las claves que permitirán observar e intentar establecer las líneas a seguir en el futuro. El historiador pierde su cualidad de exégeta de la historia, para convertirse en su autor. La desconfianza de estos personajes de Aub sobre el presente se establece a partir de esta premisa. Cuando el historiador pasa a ser el inventor del presente, dejando atrás la traducción del pasado que le fue encomendada, la vacuidad y la banalidad se establecen sobre el futuro; ante la consciencia de que la historia es maleable, el presente se convierte en el único protagonista de un pasado que recrea según la voluntad de aquellos que tienen el control del discurso, y de un futuro que se diluye ante los ojos del lector.

La historia pierde su unicidad, y se convierte en un conjunto diverso –y, en muchas ocasiones, contradictorio– de relatos que sirven a diferentes intereses ideológicos y políticos. Esta diatriba contra la historiografía también ataca la narración del pasado que, atendiendo únicamente a los intereses ideológicos del momento en el que se escribe, olvida las múltiples existencias que se desarrollaron en la época. La vida de las gentes de a pie, que tantas veces ha sido olvidada en los relatos oficiales, cobra una renovada importancia de manos de este parlamento. Se reivindica la construcción de la historia desde la base, dejando de lado las grandes batallas y las grandes figuras para centrar el

análisis en la población; en las vidas diarias, los anhelos y los temores de cualquiera de los ciudadanos de un determinado país (Sharpe, 2003). Originado gracias al pensamiento marxista, este tipo de examen historiográfico se convierte en una herramienta de gran valor para intentar desentrañar un pasado que, como estamos viendo, tiene demasiadas deudas con el presente. Aub nos intenta mostrar, a través de la ficción, cómo existen otros relatos que, desde los márgenes, pueden ayudar a completar y a desmentir lo explicado desde los discursos oficiales. La huida del dolor, el deseo de escapar de una realidad insoportable, nos ayuda a entender el horror que tantos ciudadanos anónimos vivieron durante el conflicto. Enfrentados a un dilema de difícil solución, entre dos bandos enfrentados que apenas admitían la existencia de espacios grises entre ellos, la decisión de colaborar activamente en la lucha o de intentar evadirse de lo que se estaba produciendo ante ellos llevó a demasiadas personas a una disputa interna que encontró en la historia, en su remembranza y reconstrucción, un entorno en el que refugiarse del presente. Sin embargo, no se trataba necesariamente del pasado, sino del relato que sobre el mismo ellos habían elaborado. Aub intenta recoger, con el mayor cuidado posible, estas voces que, en demasiadas ocasiones, fueron obviadas o despreciadas por los discursos oficiales.

El interés por el pasado, así como por la comprensión de sus características y sus razones, ha sido siempre un importante motivo para los escritores. A través del entendimiento de la historia se puede llegar a discernir ciertas claves del mundo presente. Es este proceso en el que muchos literatos se han embarcado para procurar mostrar, a través de la ficción, su propia visión de lo sucedido. La reconstrucción del pasado siempre ha sido una tarea de enorme envergadura, difícil de afrontar para los historiadores. La fragmentariedad —incluso la contradicción, en muchas ocasiones— de los hechos, así como la necesidad de elaborar un discurso historiográfico que está sometido a la influencias culturales, ideológicas y subjetivas que pueden tergiversarlo, sin que muchas veces sea consciente su propio autor, nos muestra cómo la objetividad, aun siendo la necesaria base de todo trabajo historiográfico, puede llegar a convertirse en un desiderátum de difícil consecución.

En aquellas áreas donde la historiografía tradicional ha tenido mayores problemas para acercarse a su comprensión, la ficción ha podido tener un relevante papel a la hora de intentar explicar lo sucedido en el pasado. Como explica el profesor John Hatcher: “Opaque areas of history have the greatest need for inventive methods, and nowhere is this more evident than in the study of the lives mentalities of ordinary people in distant

periods” (2012: 22). A pesar de que este tipo de textos carezcan de los códigos y herramientas que intentan ofrecer objetividad al discurso histórico, la ficción puede convertirse en un instrumento de gran valor para criticar, modificar y exponer de diferente manera el discurso oficial, o aquellos relatos que han quedado relegados a los márgenes. Géneros como el de la novela histórica han contribuido, a lo largo del pasado siglo, a modificar la visión colectiva existente sobre la historia a través de la rememoración de un pasado compartido por autor y lector (Rodwell, 2013: 65-66). La distinción entre realidad e invención se diluye necesariamente a través de este papel que adquiere la ficción, dentro del debate teórico existente sobre la capacidad de estos mundos diegéticos para explicar el pasado, así como su interrelación con la historiografía (Mikkonen, 2006).

El personaje de Manuel *El Espiritista* se nos presentaba como una persona deseosa de escapar de la realidad en la que debía intentar sobrevivir, intentando que la realidad que ve ante tus ojos desaparezca, sustituida tanto por el anhelo de un futuro diferente como por el refugio en un pasado demasiado idealizado. Frente a él, el miliciano Fidel Muñoz se nos descubre como alguien que se niega a reconocer los signos que presagian una próxima derrota de la República: “No puede suponer que los suyos, —los buenos, los leales, los que defienden la España con honra, los republicanos— pierdan la guerra. No cabe en cabeza humana que los rebeldes —los sublevados contra la legalidad, los fascistas, los reaccionarios, los clericales— se instalen en Madrid. Eso, ni se discute” (Aub, 2019: 36). A pesar de que es consciente de los graves problemas internos que presenta el bando republicano, así como de la extensión del derrotismo por gran parte de los que siguen intentando resistir, decide negar la realidad y ampararse en la necesaria victoria de aquellos que considera que tienen una mayor razón moral para luchar. Prefiere continuar viviendo en el frente, en las ruinas de su antigua casa, disparando todas las mañanas contra los “fachas”. Se trata de otra manera de huir de la difícil realidad del Madrid de 1939. En esta ocasión, no hay refugio en el pasado, ni siquiera en una hipotética victoria futura. La salida es encontrada a través del presente, cuando el personaje se aferra a la necesidad imperiosa de la resistencia. Ni siquiera el abandono de gran parte de los que continuaban resistiendo junto a él acabará con su esperanza, sentimiento que utiliza como asidero para interponer una barrera que le proteja de la realidad.

Este presente continuo se convertirá en su guarida, un lugar donde todavía merece la pena seguir luchando por una República que sigue viva. Con personajes como Besteiro que sigue siendo, en su particular visión de la guerra, un baluarte fundamental de la lucha. El mundo, para Muñoz, ha quedado simplificado y dividido en dos mitades. Al reconocer

la necesidad moral de defender a uno de los dos bandos, la realidad que presenten los actos concretos realizados por unos y por otros desaparece, quedando únicamente presente la continuación de la lucha. El personaje se convierte, por lo tanto, en representante de una ciudad que, a modo de epítome de todo el país, se muestra dividida en dos mitades. La narración de Aub mostrará al lector que esta separación esconde una complejidad mucho mayor que la simple segmentación entre rojos y azules. Pero sin olvidar que el parapeto se mantuvo en el horizonte, durante todo el conflicto. Fraccionando necesariamente a todos los españoles de la época en dos grupos, sin atender necesariamente a sus intereses o verdaderas afiliaciones ideológicas: “Despegan. Desde que toman altura, ven la línea que parte España: Fuencarral, nuestro; Aravaca, de ellos; Vicálvaro, nuestro; Carabanchel, de ellos; Vallecas, nuestro; Villaverde, de ellos. Ellos, que están a punto de ganar” (2019: 32). Un discurso que convierte el “ellos” y el “nosotros” en un horizonte de expectativas tan sencillo como contradictorio. La lucha por unos ideales, en definitiva, que para muchos republicanos —como es el caso de Aub— seguirán vivos aun tras la derrota y la guerra interna entre las fuerzas que apoyaran a la República<sup>70</sup>. Todo ello, además, guarda una estrecha relación con el momento en el que esta diégesis fue escrita. No solo Aub sufrió numerosos problemas para adaptarse a la nueva realidad de su exilio mexicano —país al que llegó en 1942 tras su paso por los campos de concentración franceses y argelinos— (Caudet, 2005: 412-413), sino que también se vio obligado a denunciar cómo las peleas y trifulcas que dividieran al bando

---

<sup>70</sup> Un combate, transformado en memoria, que se mantendrá en el futuro, tal y como nos muestran escenas como la siguiente, proveniente de *La peste* (1947), del escritor francés Albert Camus. Hemos de tener presente que la derrota no supuso, a pesar del clima de pesimismo que se vivió durante los últimos meses de la guerra, el fin de una lucha que muchos vieron como necesaria:

—Vous savez, docteur, dit-il, j'ai beaucoup pensé à votre organisation. Si je ne suis pas avec vous. C'est que j'ai mes raisons. Pour le reste, je crois que je saurais encore payer de ma personne, j'ai fait la guerre d'Espagne.

—De quel côté ? demanda Tarrou.

—Du côté des vaincus. Mais depuis, j'ai un peu réfléchi.

—À quoi ? fit Tarrou.

—Au courage. Maintenant je sais que l'homme est capable de grandes actions. Mais s'il n'est pas capable d'un grand sentiment, il ne m'intéresse pas.

—On a l'impression qu'il est capable de tout, dit Tarrou.

—Mais non, il est incapable de souffrir ou d'être hereux longtemps. Il n'est donc capable de rien qui vaille. Il les regardait, et puis :

—Voyons, Tarrou, êtes-vous capable de mourir por un amour ?

—Je ne sais pas, mais il me semble que non, maintenant.

—Voilà. Et vous êtes capable de mourir pour une idée, c'est visible à l'oeil nu. Et bien, moi, j'en ai assez des gens qui meurent pour une idée. Je ne crois pas à l'heroïsme, je sais que c'est facile et j'ai appris que c'était meurtrier. Ce qui m'intéresse, c'est qu'on vive et qu'on meure de ce qu'on aime (1947 : 189-190).



republicano durante la guerra se extendieron al exilio. Así sucedió en un acto de protesta organizado el 6 de marzo de 1960 en el Cine Versalles de México:

El discurso de Max Aub tiene, por varios motivos, un especial interés. Sobre todo porque de un lado, denunció sin ambages que en el exilio —que estaba, tras tantos años de dictadura, ya prácticamente borrado de la memoria de muchos españoles— persistían las trifulcas, las divisiones y la obsesiva y fútil actitud de agarrarse a los viejos pleitos del pasado; y porque, de otro, apostó por la juventud (Caudet, 2005: 59).

### 2.1.3. Aub y su visión del comunismo: las contradicciones del otro interior

El comunismo es otro de los ejes rectores del texto de Max Aub. Esta ideología política permea entre las tramas y las líneas de los personajes como un elemento de gran importancia para comprender cómo se produjo la caída de la República. El análisis, sin embargo, se limita a los actos y a las palabras. Al igual que en otras muchas narraciones de la época, la identificación se establece únicamente en torno al PCE, partido cuya relación con el PCUS se convierte en línea básica tanto de sus actos como de la imagen que sobre él se va construyendo. En otras palabras, es necesario diferenciar entre la labor del comunismo español y las acciones de las que fue responsable el PCE en el transcurso de la guerra, de la identificación absoluta con las políticas soviéticas y la propaganda anticomunista que tanto éxito tuvo en esta época dentro de España.

Por todo ello, y a pesar de las constantes proclamas del coronel Casado y de aquellos que le apoyaban para evitar un supuesto complot comunista que tenía preparado el PCE, con la intención de hacerse con el poder y deponer al gobierno republicano, investigaciones como la llevada a cabo por el profesor Francisco Alía nos muestran que la descoordinación y la incompreensión que siguió a la declaración del golpe de Estado casadista (2015b: 189) impiden afirmar que pudiera existir tal confabulación; lo cual permite comprobar, a la luz de los telegramas de adhesión enviados desde todo el área republicana al Consejo Nacional de Defensa tras el golpe, la enorme labor propagandística llevada a cabo por las fuerzas franquistas, ya que muestra “lo extendida que estaba la idea de la conspiración comunista y de la dependencia de Negrín de la URSS, quizá por la ardua labor de la Quinta Columna. En ellos la mayoría alaban la iniciativa del golpe sobre todo por buscar la independencia de España” (Alía, 2015b: 186). Los miedos que exponen historiadores como Antony Beevor, cuya reflexión en torno a la represión franquista y al exilio de los republicanos enlaza con la suposición de que una

República victoriosa hubiera significado la instauración de una sanguinaria dictadura comunista, nos permiten comprender cómo los miedos manifestados por Casado y extendidos desde Burgos siguen formando parte de la reflexión historiográfica en nuestros días:

Once again, another unanswerable question needs to be asked. If the Republic had won, how many would have been executed and might have died in their camps? As several historians have pointed out, the winner of a civil war always kills more than the losers. Everything would have depended on the republican regime which have emerged. If it had been a communist regime, then to judge by other communist dictatorships, it would have been very high because of the paranoid nature of the system. But in Spain, much would also have depended on whether it was a Stalinist version, or whether a more Spanish variety would have evolved, as Negrín seemed to think (Beevor, 2006: 450).

A este respecto ayudó la relación que tuvo el gabinete negrinista con la Unión Soviética, así como el hecho de que en ciertos discursos se utilizara este referente como medio para transmitir un mensaje sobre la responsabilidad republicana para con la lucha obrera, una de las bases fundamentales que estructuró la idiosincrasia republicana tras el golpe de Estado de 1936. Las alabanzas del ministro de Estado Álvarez Del Vayo hacia el sistema soviético, ofrecidas en la Base de Albacete el 14 de febrero de 1939 con ocasión de un acto ante las Brigadas Internacionales, nos dan muestra de este fenómeno:

Ce même peuple exemplaire que j'ai senti se refléter ici, un peuple auquel, si je me permets pour une seule fois parler à la première personne du singulier est lié toute mon inquiétude et toute ma passion politique ; depuis toujours cette Union Soviétique qui nous donne l'exemple magnifique d'une pleine utilisation des masses, qui nous montre comment faire de chaque homme un élément actif dans la cration [sic.] de l'ensemble de la société. C'est avec une curiosité constante que j'ai assisté voyage après voyage, aux assemblées populaires de l'Union Soviétique. Et dans les endroits où on pourrait coire qu'auraient moins pénétré les mots d'ordre et les directives, et où, donc surgissait plus la spontanéité, à des assemblées de paysans à peine arracinés de l'analphabétisme par cet effort gigantesque et culturel de l'Union Soviétique même pas la présence de délégués étrangers ne gênait ces paysans. Et devant moi, j'ai vu de ces paysans, hommes et femmes, s'exprimer avec tant de naturel se conduire chacun envrais aoteurs [sic.] et participants de ce spectacle si merveilleux et grandiose qu'est l'édification d'un monde nouveau. Et je crois qu'il n'est pas difficile aux fronts, et qu'il es dans les possibilités de chacun, je le recommande aux commissaires, de développer cette tendance de se communiquer les expériences, devenie [sic.] en orateurs de guerre, des

agitateurs de la victoire, s'inspirant de ce qui se passe [sic.] en U.R.S.S. (AGMAV, C.1094,2,1 hoja 6)

Unos comentarios contextualizados en la necesidad de unir a todos los republicanos en un momento político de gran dificultad, así como en la defensa de la figura del Comisariado político que Del Vayo defiende en su discurso. La admiración hacia la URSS no implica, sin embargo, la dependencia republicana hacia Moscú, o la injerencia política soviética en los asuntos internos de la República. A pesar de ello, declaraciones como esta serían utilizadas por los detractores de Negrín para promover el golpe de Estado de Casado menos de un mes después, bajo la acusación de haber perdido su necesaria independencia frente a las presiones soviéticas. La amenaza del comunismo se construía, de esta manera, a través de cualquier apoyo mostrado hacia el sistema comunista que imperaba en Rusia; en un proceso que, coincidente con el que se vivía en el resto de la Europa occidental, pretendió negar el naciente comunismo a través de una reivindicación extrema del concepto de nación que, en último lugar, llegaba a provocar la desaparición de la mayor parte de los derechos fundamentales:

Ante la amenaza de la revolución comunista, las fuerzas conservadoras europeas optaron en unos casos por permitir y en otros por alentar procesos que permitieron la interrupción de las instituciones liberales, el desmantelamiento de la democracia representativa y la supresión de los partidos políticos. Se trataba de acabar con los derechos de reunión, de asociación, de participación política y con la libertad de conciencia, de pensamiento y de expresión. Se trataba de eliminar las elecciones libres y competitivas entre los partidos y de acabar con la autonomía de los sindicatos.

Todo este proceso se realizó de forma violenta con la idea de enaltecer valores que – para los teóricos del fascismo– estaba por encima del pluralismo político, del pluralismo social e ideológico y del pluralismo territorial (García, 2008: 170-171)

Como estamos presentando a lo largo de este trabajo, el discurso historiográfico y la narración establecida acerca de unos determinados hechos por las personas interesadas en explicar lo sucedido pueden convertirse en un instrumento a partir del cual difundir una determinada ideología o manera de presentar el mundo. Las palabras, de esta manera, dejan de reflejar un intento de explicación de lo sucedido para servir como parte de un marco explicativo de la realidad que no tiene, necesariamente, reflejo en los hechos. La historiografía, además, lejos de mostrarnos una interpretación crítica de los hechos, atendiendo a la objetividad del estudio de las diferentes pruebas documentales que se

conservan, sigue manteniendo muchas de las ideas legadas por los historiadores del pasado<sup>71</sup>.

A pesar de haberse convertido en el país que más información recopiló de ambos bandos, el caso del Reino Unido resulta paradigmático a este respecto. Las investigaciones de los profesores Ángel Viñas y Fernando Hernández apuntan como determinante en su política exterior hacia la guerra española los errores de concepción y los estereotipos que seguían manteniéndose tras siglos de historia. España es vista como un ‘otro’, extraño, construido sin seguir la realidad, sino a partir de la re-imaginación y reconstrucción histórica del país. La pretendida superioridad del *establishment* británico hacia un país que muchos de ellos consideraban inferior, únicamente un componente más de su compleja política exterior al servicio de sus intereses imperialistas, se habría unido al constante temor existente hacia el comunismo para provocar una evaluación acrítica e interesada de la situación española, alejada de los datos que ellos mismos recopilados:

En las alturas dominantes de la Administración política y militar existía una tradición de desprecio hacia los españoles, republicanos o franquistas. Su rasgo dominante era que en un país exótico y lejano, una raza de hombres bajitos que no parecían totalmente europeos tenían [sic] la costumbre de, periódicamente, masacrarse entre sí. La historia mostraba que, en algún que otro momento culminante, habían sido los casacas rojas quienes sacaban las castañas del fuego. La Peninsular War, que mostró en toda su viveza el genio militar de Wellington, había transcurrido hacía más de ciento y pico de años pero, para muchos, grabó a fuego una percepción muy clara de los españoles, de sus insuficiencias y de sus incapacidades.

En el *establishment* eran pocos los que entendían por qué algunos obreros, empleados e intelectuales británicos habían tenido la curiosa idea de ir a combatir a España al lado de una República abandonada por las democracias. A nadie se le ocurrió pensar que serían tales

---

<sup>71</sup> Las discusiones historiográficas acerca de este periodo nos muestran cómo, lejos de haber llegado a un consenso —aunque fuera relativo— sobre las causas de la caída de la República, las diferentes versiones sobre lo sucedido, así como el mayor o menor acceso a las fuentes documentales, siguen provocando encendidas críticas entre los analistas de un periodo que aun lleva como lastre numerosos estereotipos. Frente a la visión del profesor Antony Beevor y su reflexión sobre el omnipresente peligro estalinista que se habría encontrado detrás de la República, tal y como hemos mostrado, esta es la reflexión que llevan a cabo los historiadores Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez: “La «Cruzada» se refuncionalizó: lo que habría estado en cuestión fue evitar que la España eterna cayera en las garras de Moscú, ansioso de establecer algún punto de apoyo en el bajo vientre más desprotegido de Europa. Lo ha afirmado hace tan sólo pocos años Antony Beevor, según él tras dejarse las pestañas en los oscuros archivos moscovitas. La ayuda nazi-fascista fue siempre por detrás de la que Stalin consintió a la República. Las primeras calas en los archivos soviéticos para dilucidar este aspecto, debidas a Gerald Howson, fueron desestimadas. ¿Qué podía saber un inglés si no había pasado años de su vida en los archivos militares españoles?” (Viñas y Hernández, 2009: 27). La visión historiográfica de los vencedores sigue teniendo, en definitiva, un gran peso en la actualidad, sin que la investigación objetiva de los documentos de la época haya podido desterrarla.

voluntarios, encuadrados en las Brigadas Internacionales y en otros mecanismos de apoyo, quienes salvarían para la posteridad el honor de la Gran Bretaña y no los políticos y burócratas de Whitehall. En las alturas del Gobierno lo que se sabía es que dicho reclutamiento encubría una estratagema comunista para engañar a muchos ciudadanos, en gran parte marxistas y por ende automáticamente sospechosos. El que, de nuevo, ayudaran a los españoles, lo harían persiguiendo finalidades cuyo origen se encontraba en los misterios de la política soviética (2009: 34-35).

La imaginación y la ficción muestran cómo pueden llegar a imponerse sobre los datos objetivos, convirtiéndose en un elemento de gran importancia dentro de la historiografía. Así, podemos comprobar cómo el miedo al comunismo, independientemente de las maquinaciones y subterfugios que tanto el PCE como Negrín pudieran haber ideado, fue la excusa ideal moldeada por Franco y sus servicios de inteligencia para lograr una victoria lo más amplia posible sobre la República. No solo conquistándola mediante las armas, sino logrando que ella misma se destruyera desde dentro a partir de la división entre sus diferentes sectores. La victoria ideológica que este movimiento supuso será clave, por lo tanto, para la posterior consolidación de la dictadura que ya estaba construyéndose en estos momentos. En esta línea, la visión personal de personajes tan relevantes como Wiston Churchill permiten comprender cómo fue el apoyo a cualquier fuerza vista como anticomunista uno de los motivos de mayor peso que llevaron a países como el Reino Unido a abandonar al gobierno republicano, a pesar de su legitimación democrática:

Early in 1937, Churchill believed that everything that had the Civil War only served to justify the continuation of British non-intervention, since (1) Spain remained essentially divided in spite of the steady arrival of numerous «volunteers» and illicit supplies from Italy, Germany, and Russia, (2) neither side could be depended upon to refrain from massive postwar retaliations, (3) neither side truly represented the predominant British point of view, and, he hoped, (4) Britain's espousal of neutrality would place her in good stead after the war. Because of her "unselfish" conduct during the conflict, Churchill hoped that Britain would eventually come to exert a mollifying influence on Franco. In fact, he even felt reasonably certain that Britain would ultimately be able to replace both Germany and Italy as Franco's chief ally (Rush, 1979: 88).

La admiración y el sentimiento de respeto que existía entre cierto grupo de intelectuales españoles antes de la guerra por la Revolución de 1917 y la construcción de

la URSS, con figuras tan destacables como Rafael Alberti o María Teresa León también ayudan a entender cómo esta conexión pudo ser utilizada. Incluso cuando las noticias y los actos que comenzaba a llevar a cabo el Estalinismo empezaron a ser conocidos, el mito soviético seguía siendo para muchos revolucionarios de todo el globo un ideal de liberación y lucha al que aspirar (Kirschenbaum, 2017). Tal y como muchos de los brigadistas internacionales que llegaron a España para luchar contra el fascismo desde el Reino Unido y los Estados Unidos expresaron en sus textos y diarios. La visión comunista que procuraba enfocar los problemas de la sociedad entendida desde el enfrentamiento entre el proletariado y la burguesía fue concebida progresivamente, tal y como expone la investigadora Joanna Wawrzyniak, a partir de un cambio de paradigma

by the «nation» as a key category of state propaganda. Especially in Eastern Europe, the revolutionary and the national became intertwined for political reasons, creating a new wholeness. The revolutionary upheavals that uprooted the existing political and social order did not automatically result in changes within the vernacular memories that continued to strive to commemorate the past and seek sources of identity in bygone history. The revolutionaries were forced to create a vision of the nation's past according to which they would be seen as the most legitimate holders of power. Such a task entailed gaining control over the existing narratives of the past —otherwise these narratives would become a resource for the enemies of revolution (2015: 23- 24).

El control del pasado vuelve a convertirse en una de las claves más importantes para poder mantener el dominio y el poder en el presente. Aub recoge, de esta manera, la influencia política que tanto el comunismo como el anticomunismo tuvieron durante los últimos meses de la República. El contraste se establece entre los ánimos de resistencia que muestran los personajes comunistas y el desprecio que hacia su ideología presentan otros individuos: “Sin pensarlo siente que le hubiera gustado un yerno como Vicente, a pesar de su comunismo”, impronta que no impide que este mismo personaje sea descrito como alguien que destaca por “la inteligencia, la agudeza, el entusiasmo, y porque Vicente Dalmaso da muy cerca del meollo de sus reacciones” (2019: 37-38). La diatriba interna del texto se establece, por lo tanto, entre el miedo y el rechazo palpable hacia los que profesan esta ideología que permea a través de las páginas de la novela, y la doble característica de la confianza y la visión positiva que se muestra de muchos comunistas.

En un espacio en el que imperan los grises, Max Aub procura discernir cómo viven y sienten las personas de a pie. Para ello, alejándose de la imposición feroz del ámbito

ideológico y del credo particular de cada grupo sobre todos y cada uno de los aspectos de la existencia, investiga cómo las ideas y las motivaciones de aquellos que presentan diferentes perspectivas se entremezclan, chocan y se desvanecen en el plano de la existencia diaria. Muestra, de esta manera, una mayor complejidad humana que aquella que transparentan los discursos y las proclamas cargadas de miedos e idealismo. La geografía de Madrid se establece, en línea con ello, en torno a una serie de lugares que la guerra ha convertido en hitos icónicos del paisaje “del Campo del Moro al Jarama, de Carabanchel a Villaverde, del puente de San Fernando a la Marañosa, de la Ciudad Universitaria a Las Rozas, de Vicálvaro a Vaciamadrid, de todas partes al Pardo”, enseñando cómo la penetración de los cuadros comunistas en el ejército republicano, “oficial de enlace, teniente hacía un año, capitán desde anteayer”, tropieza con la desconfianza continua y la amargura que este control simboliza ante aquellos que no pertenecen al PCE, o que no quisieran estar dentro de su organigrama: “—Para ascender hay que ser comunista —le dijo, amargo Rigoberto Barea” (2019: 40).

Este odio hacia los comunistas se refleja en muchos pasajes de la obra. Dentro del enfrentamiento interno que vive la República durante sus últimas semanas, el sentimiento de unión entre los diferentes sectores del Frente Popular que había caracterizado los inicios del conflicto se deshace entre las líneas de Aub. Nuestro autor utiliza el caso de Rafael Vila, un personaje oportunista y cambiante, “de buen porte, familia bifronte, de un lado respetable”, que ahora se ha convertido en anarquista tras haber procurado siempre “ser más que nadie, en la vanguardia, en la punta”. Su paso por las filas del PCE se produjo, precisamente, en los momentos álgidos del partido, para modificar pronto sus adscripciones: “Como el ser comunista le sabía a poco se hizo trotskista, que, a sus ojos, era lo más de lo más. Nunca dejarían de tener razón los más adelantados y, ya que el mundo rodaba a la izquierda, allí había de estar Rafael Vila”. Al continuar de esta manera con su papel como personaje veleta, ahora procura arrimarse a aquellos que parecen tener el control de la situación. Una crítica de Aub que busca reflejar cómo los carnets de partido y las adscripciones a los diferentes grupos políticos se produjeron, en demasiadas ocasiones, simplemente por conveniencia. Por ello, la afirmación del nexo de unión de los variopintos anarquistas que reúne nuestro autor, “les amalgamaba su odio a los comunistas que cristalizó en el que antes sentían por los socialistas” (Aub, 2019: 53-54), establece el horizonte del conflicto en torno al poder y al control, reduciendo la discusión sobre las ideas a una lucha secundaria que, en muchas ocasiones, se acerca más a la existencia común de los personajes que a las discusiones sobre el verdadero significado

de una ideología como el comunismo. Así lo expone el personaje de Vicente Dalmases, prototipo de comunista convencido de su ideario:

—(...) La justicia. ¿Sabes lo que es la justicia? No, no es un atributo divino para premiar virtudes. Es el derecho, la razón que se resuelve pisoteada.

—Eso ha sucedido siempre en todas partes. ¿O vivíamos en el Paraíso? (...).

—(...) No había más que un camino, así perdieras cuanto había que perder. A ojos cerrados, empujados hacia adelante, con el pueblo.

—¿Qué tenías que ver con el pueblo? Al pueblo le gusta Chaikovski. (Digo lo que no quiero decir. ¡Calla, Rosa María, por lo que más quieras!).

—¿Con el pueblo? Aunque te extrañe, todo.

—¿Qué es el pueblo?

—La gente que Dios ha puesto sobre la tierra.

—¿Crees en Dios?

—No. No en el que tú crees.

—Entonces, ¿En cuál?

—En ninguno y en todos. Defendemos a los que nada tienen contra los que lo poseen todo.

—¿No te parece muy elemental?

—Lo es. Pero esto es precisamente lo que nos empujó a todos: lo elemental, lo primario, lo evidente, lo legítimo, lo auténtico, el arranque. De pronto tuve confianza.

—¿En qué?

—En mí.

—¿No la tenías antes?

—No.

La mira, los ojos en los ojos.

—Me crecieron raíces.

—Y te hiciste comunista.

—Sí (...).

—¿Y qué esperas de toda esta matanza?

—De la matanza, como es natural, nada. Pero estamos luchando por, por... un poder creador.

—¿Qué es eso?

—No es fácil describírtelo. La esperanza... (2019: 123-124).

Dentro de un Madrid descompuesto por las divisiones internas y las traiciones, en el que el ambiente que se respira se encuentra viciado por la desconfianza y los rencores acumulados durante décadas, el concepto y el llamamiento al pueblo siguen siendo uno de los parámetros clave para entender la situación. Aub refleja aquello que los carteles, los discursos, las justificaciones y los llamamientos del Frente Popular pregonaron hasta



el final del conflicto. Esa utilización del pueblo, unas veces como una idea abstracta y mitificada, capaz de incluir en su interior casi cualquier interpretación, y otras como un pensamiento más concreto, aliado de la defensa material de la pobreza y la miseria de aquellos que no tienen nada. Entre ambos polos, como se muestra en el diálogo citado, la narración de Aub se distribuye dentro de las incongruencias y los grises que son comunes a la mayoría de la población. La gente de a pie, verdadera protagonista del texto, frente a las grandes figuras políticas y militares del momento, acaba basando su compromiso público en tres vertientes. La defensa de unos ideales sencillos y cercanos a su realidad, la adscripción al grupo u organización que le reporte un mayor beneficio político o, finalmente, el mantenimiento de una máscara necesaria ante el clima de polarización ideológica, escondiendo los sentimientos verdaderos. Se trata, en definitiva, de la lucha constante entre el mundo de las ideas y el cruel reflejo de la realidad, que tiñe las esperanzas y las ilusiones con el crudo manto de la guerra y de la realidad ordinaria del ser humano; mucho más complejas y confusas de lo que es posible dilucidar a partir de una determinada doctrina o ideario.

Aub nos presenta la explicación, aparentemente sincera y leal, de las razones que tuvo uno de los personajes comunistas para entrar en las filas del PCE. Una extraña nota de optimismo y determinación hacia el futuro entre la desilusión generalizada que manifiestan la mayoría de los otros personajes. Frente a la confianza de Vicente Dalmases en su lucha, a favor supuestamente de los más desfavorecidos, así como de la necesidad de continuar con la resistencia, el personaje de Rosa María manifiesta la visión contraria. Ella representa el miedo, tras años “sola, a oscuras”, viviendo “acurrucada” en el anonimato, y gracias a la protección que recibe en una de las embajadas (2019: 132). Su lamento, continuo y profundo, expresa la duda y la incertidumbre de la relación que ella, quien se considera falangista, ha establecido con el comunista Dalmases. Sus creencias personales le llevan a sentir la culpa y la falta, que ponen en cuestión el esfuerzo de entereza que ha llevado a cabo durante el conflicto: “Dos años y medio resistiendo encerrada el acoso de veinte hombres de su clase y manera de pensar para venir a caer, a última hora, en la calle, con un ser extraño —extraño en todo—. Se subleva contra ella misma sin dejar de sentir cierta admiración por lo que ha sido capaz de hacer” (2019: 133).

Rosa María representa uno de los intentos de la narrativa de Max Aub para romper con los moldes habituales del grupo y del ideario. Fuera de las ideologías y las creencias, este personaje ha debido soportar una doble lucha: contra la persecución republicana y

contra esos que, siendo parte de los «suyos», de su endogrupo, también han procurado utilizarla. La paradoja que se establece en esta novela se construye a partir de la fuerza que presenta la naturaleza humana frente al mundo abstracto de los conceptos. Su relación con Vicente Dalmases, a pesar de los sentimientos de culpa que le genera, es la muestra de cómo la realidad se vuelve capaz de superar las barreras mentales y las adscripciones establecidas durante el conflicto, al manifestar los grises que tan apreciados le resultan a nuestro autor. Un pequeño espacio de tranquilidad, a pesar de la ideología que les separa, que Rosa María utiliza para resistir tanto la realidad que le rodea como los lamentos y los arrepentimientos que lastran continuamente su ánimo:

No debió entregarse a su novio, no debió quedarse en Madrid. (Lo hizo suponiendo la guerra corta, por no dejar de la mano a la costurera encargada de sus galas nupciales). Luego, en verdad, tuvo miedo; salir bajo la protección de autoridades republicanas, fiarse de una palabra en la que tenía por principio no creer o recurrir a nombre supuesto o al soborno fueron soluciones que rechazó una tras otra (Aub, 2019: 132-133).

El anticomunismo se despliega a través del texto de Aub como uno de los argumentos fundamentales para entender lo sucedido durante aquellos meses. Los personajes alertan sobre el peligro que el creciente poder del PCE estaría reuniendo. Incluso aunque la amenaza de las tropas franquistas crece cada día que pasa, es este enemigo interno el que parece convertirse, progresivamente, en el mayor de los males para la República. Sobre él se vierte la necesidad de seguir luchando. Así responde, por ejemplo, un cenetista a la pregunta de cuáles podrían ser los objetivos de Casado y Besteiro: “Por lo pronto no dejar a un comunista con mando. ¿Te parece poco? Cuando el pueblo se dé cuenta de que hay de nuevo esencias revolucionarias que defender...” (Aub, 2019: 61). Es la supuesta penetración del PCE entre los mandos del ejército, así como el control que el partido tendría de los diferentes órganos militares que siguen manteniendo la resistencia republicana el argumento principal que tanto Casado como muchos de los que le apoyaron distribuyeron durante esta época. El golpe de Estado que se vivirá durante estos días dentro del territorio controlado por el gobierno muestra muchos tintes similares al golpe de julio de 1936 gracias, precisamente, a esta identificación de parte de las fuerzas republicanas con uno de los postulados ideológicos principales del franquismo. De esta manera, las bases revolucionarias que habían mantenido la lucha durante tres años son tergiversadas —con la que uno de los personajes

considera una “frase un tanto confusa”— para intentar mostrar cómo precisamente el PCE, único partido que seguía apoyando la idea de resistencia, se habría convertido en el principal enemigo de la causa republicana: “Los comunistas han hecho gastar al pueblo casi tantas energías para oponerse a sus propósitos dictatoriales como las que le ha costado enfrentarse a Franco. Su enemiga a la revolución no ha servido más que de apoyo a la burguesía internacional para boicotear a la República” (2019: 61). La idea del complot comunista, según la cual las fuerzas del PCE estarían a punto de tomar el control e implementar un sistema dependiente de los postulados de Moscú, sobrevuela constantemente las conversaciones de los personajes y el cruce de declaraciones y justificaciones políticas que se vive durante estos días. Aun así, Aub continúa con su propósito de mostrar la realidad diaria del momento, reuniendo el mayor número de perspectivas posibles. La verdad, si es posible que pueda llegar a ser establecida, lo será a través de las múltiples perspectivas recogidas en el texto, al entresacarla de la polifonía y las contradicciones que circularon por Madrid durante estos días:

—¿Hubo o no hubo complot comunista?

—¿Quién te ha venido con esas idioteces?

—En el hospital.

—Se curan en salud. Los que se van a sublevar son ellos (2019: 106).

Es el lector, en definitiva, quien debe tomar sus propias decisiones, tras la lectura del texto, y decidir —si lo considera factible— cuál es la versión que cree más cercana a la realidad. La ficción se utiliza para mostrar la complejidad del discurso de la época, en el que la tergiversación y las estratagemas levantaron un singular edificio de creencias que sustituyó a los hechos. Aub, en línea con la descripción que pretende llevar a cabo del momento, alerta sobre cómo el discurso de justificación casadista, la base de legitimación de todo el proyecto del Consejo Nacional de Defensa —mantenido, como estamos observando, por muchos personajes a lo largo de la novela— podría no haber sido más que una manera de arrebatar el poder al gobierno legítimo de la República.

Una de las claves presentadas por dos de las figuras más relevantes del Consejo, el propio Casado y el socialista Julián Besteiro, fue precisamente esta repetida idea de un inminente complot comunista. Como hemos mostrado a lo largo de estas páginas, hay un sector de la historiografía que continúa manteniendo que esta tesis, en mayor o menor medida, respondía a la realidad del momento. En sentido contrario se pronuncian, sin

embargo, los historiadores Ángel Viñas y Fernando Hernández. A lo largo de su estudio, ambos investigadores nos muestran cómo los diferentes nombramientos que llevó a cabo el presidente Negrín a lo largo de febrero de 1939, los cuales han sido considerados por parte de la historiografía como una prueba de las intenciones del presidente para dar el poder a los comunistas, no fueron más que una serie de complejos movimientos político-militares destinados a reforzar la República para evitar una desmembración que, finalmente, se produciría. Tras la famosa reunión mantenida en el aeródromo de Los Llanos, Negrín únicamente aceptaría algunas de las propuestas de cambio del PCE, a pesar de las insistencias de los comunistas (Aub, 2009: 221-222). La dilatación de diferentes nombramientos, así como la propuesta para elevar al coronel Segismundo Casado al rango de general no hacen más que sembrar dudas sobre el poder del entramado comunista. El presidente estaría intentando mantener una “voluntad de equilibrio”, procurando repartir las prebendas y los cargos entre los diferentes grupos y facciones que componían el ejército republicano (Aub, 2009: 223). La tesis mantenida por Viñas y Hernández incidiría en mostrar cómo la auto exculpación que Casado llevó a cabo a través de sus memorias habría sido utilizada por muchos historiadores como justificación y prueba del supuesto complot comunista que se habría estado preparando para tomar el poder de la República (Aub, 2009: 225-238).

La narración de Max Aub nos muestra en repetidas ocasiones cómo esta idea se convirtió en un leitmotiv durante los últimos meses de la contienda. La inquina y el odio hacia los comunistas sería, por lo tanto, una de las claves para explicar el rápido y poco contestado triunfo del golpe de Estado que llevó a convertir al Consejo Nacional de Defensa en el único poder dentro de lo que quedaba de la República, exiliando al gobierno negrinista. La opinión pública se convertiría en el combustible necesario para construir un enemigo lo suficientemente poderoso para que la alargada sombra franquista que pendía sobre Madrid y el resto de los territorios manchegos y levantinos que continuaban resistiendo dirigieran su atención hacia los comunistas y no, como durante todo el conflicto, contra la amenaza del ejército de Franco. Sin embargo, para poder desentrañar lo que sucedió realmente, y poder contrastarlo con las diferentes visiones y maneras que se han construido para narrar estos acontecimientos es necesario atender a este intento de ecuanimidad de Negrín, a la hora de decidir los cambios militares del ejército republicano, así como a la escasa capacidad de resistencia que mostraron los cuadros comunistas para responder al golpe casadista. La idea del complot, repetida en innumerables ocasiones, nos muestra la fuerza que la memoria y la reconstrucción del pasado pueden llegar a

alcanzar a la hora de entender la historia, diluyendo la interpretación de lo sucedido dentro de un panorama interpretativo basado en el anticomunismo:

Consignemos, pues, al basurero de la historia los embustes de Casado y añadámosles las tesis de la doble conspiración y de los dos golpes de Estado. No vale afirmar, como han hecho algunos historiadores pro franquistas, que lo importante no era la intención de Negrín sino cómo la percibían sus oponentes. Está claro, por los fuertes y permanentes contactos que ya habían estrechado Casado y Matallana con el cuartel general durante la única conspiración existente, que necesitaban un agarradero para explicar su sublevación. Tres o cuatro nombramientos desfigurados y erróneos (y eso que la primera versión de las memorias de Casado empezó a escribirse al mes de su llegada a Inglaterra) fueron el agarradero que el líder militar de la rebelión presentó a la posteridad. Lo que cuenta es que en la zona centro-sur (...) existía un potencial anticomunista y antinegrinista que sólo esperaba el menor pretexto para estallar. (...) El hecho es que los militares y civiles, socialistas y anarquistas, que hicieron causa común con Casado se entregaron en los brazos de la nueva versión del embaucador de Hamelin porque no tenían esperanzas, porque estaban cansados y porque no veían futuro. Con su sublevación agostaron las escasas posibilidades que pudieran haber existido de evitar que la República se desplomase. Y, naturalmente, aceleraron la pérdida de vidas republicanas (Viñas y Hernández, 2009: 240-241).

Nos encontramos ante la obra de un autor que siempre procura ofrecer una visión ecuánime de lo sucedido, sin caer en la construcción de un otro que le obligue a ver al diferentes únicamente según la adscripción que sobre él se realice. Aub intenta ver a la persona, y para ello trata las ideologías como instrumento de la acción social. Su construcción de personajes como Vicente Dalmases responden a este espíritu de diálogo, entre la comprensión del comunismo y el rechazo a muchos de sus postulados y aplicaciones concretas. Es así que, como explica el profesor Aznar Soler,

Max Aub nunca simpatizó con el comunismo, pero también es verdad que, a pesar de malentendidos e incomprensiones propios del contexto de la llamada «guerra fría», nunca quiso convertirse tampoco en «profesional» del anticomunismo. Su defensa de la libertad intelectual, fundada en la libertad de crítica y de expresión, le iba a distanciar siempre de los países comunistas del llamado «socialismo real». Desgraciadamente el suyo fue siempre, como veremos, un socialismo *irreal*, un socialismo democrático que quiso compatibles socialismo y libertad. Por otra parte, tampoco la Unión Soviética de 1933, con su defensa hasta entonces de una «literatura proletaria», había sabido solucionar de una manera estéticamente convincente la siempre compleja relación entre literatura y política (...) La politización del arte y de la literatura fue un fenómeno de época durante los años treinta, pero

Max Aub, contra las simplificaciones reduccionistas propias de la literatura proletaria o de una literatura de mera agitación social y propaganda política, ya alertó entonces sobre la complejidad y contradicciones, sobre los peligros y las falacias, tanto en una sociedad socialista como en una sociedad capitalista, de esa delicada relación entre política y literatura (Aznar Soler, 2003: 24-25).

#### 2.1.4. Negrinismo y antinegrinismo en torno a la derrota: la Quinta Columna y la muerte de Madrid

A pesar del ambiente general de antinegrinismo que transmite la novela, Aub también es consciente de las motivaciones que llevaron al presidente a intentar resistir hasta el último momento. Esta lucha instrumental, encaminada a asegurar que el máximo número posible de republicanos pudieran ser exiliados o salvaguardados antes de que Franco pudiera llevar a cabo la represión que preparaba, fue instrumentalizada de diversas maneras tanto por los servicios de inteligencia franquistas como por las fuerzas que apoyaban a Casado, para presentar al presidente como alguien dispuesto a una lucha numantina sin sentido. Negrín, sin embargo, era plenamente consciente de las dificultades financieras y militares que atravesaba el mermado territorio que le quedaba a la República. A pesar de sus errores, sabía que el derrotismo y el deseo de paz se habían convertido en una de las principales motivaciones de los republicanos y de la mayor parte de los grupos que seguían apoyando al gobierno. Solo algunos sectores, como fue el caso del PCE, abogaban por continuar batallando como fuera posible. Pero Negrín estaba hondamente preocupado por las repercusiones que la rendición incondicional tendría, e intentó en numerosas ocasiones obtener de Burgos —a través, principalmente, de la mediación del Foreign Office británico— un mínimo de garantías antes de firmar la paz. Su deseo de continuar la guerra, como propone el profesor Francisco Alía, se habría situado lejos de la intransigencia comunista, convirtiéndose en una resistencia instrumental y necesaria para poder salvaguardar el mayor número posible de vidas republicanas. El presidente sabía que únicamente si la República mostraba la tenacidad necesaria ante Franco para intentar aguantar por todos los medios a su alcance, en contra de lo que el futuro caudillo deseaba, se podría lograr un acuerdo.

De esta manera, las repetidas propuestas de paz que él y su gobierno llevaron a lo largo de 1938, así como la confusa aceptación de un último acuerdo a finales de febrero de 1939 que se habría frustrado por un tardío telegrama de manos de Azcárate que no se

sabe por qué no llegó al presidente hasta que fue demasiado tarde, nos muestran cómo, tras las repetidas llamadas a la resistencia a ultranza que tanto le criticaría el general Casado y gran parte de la historiografía posterior, se encontraba el deseo humanitario de obtener la mejor salida diplomática posible para todos aquellos que todavía continuaban luchando (2015b: 162-163). Resulta llamativo que el texto de Aub, entre los repetidos ataques al gobierno que muestran muchos de los personajes, apunte, precisamente, a este hecho:

—Lo que me revienta de todo esto – y de todo lo demás – es la imbecilidad. Si Franco hubiera querido acabar la guerra, hace meses, con garantizar la vida y la libertad de los republicanos que se quedaran y no estorbar la salida de los que quisieran irse, todo arreglado.

—¿Lo hubiera aceptado el gobierno?

—Desde luego. No sólo lo hubiera aceptado: de hecho, lo propuso.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Pero es precisamente lo que no quieren los franquistas. Los liberales tienen como principio dejar vivos y coleando a sus opositores. Los otros los prefieren difuntos (Aub, 2019: 106).

La lucha ideológica permea los discursos de cada uno de los personajes. En mayor o menor medida, ya sea con la intención de defender una determinada causa o visión de la situación —o, incluso, huir de un presente que se antoja insoportable y excesivamente confuso—, ya con el objetivo de sobrevivir dentro del clima de polarización que vivió Madrid durante estos últimos meses de 1939, la ideología está presente en cada recodo del texto. No se puede huir de ella, y menos en un periodo en el que las diferentes ideas podían cambiar radicalmente el futuro de una determinada persona en cuestión de días. *Campo del moro* busca construir una polifonía que procure sustituir la Verdad y la Razón con mayúsculas de otros muchos textos de la época por un pequeño acercamiento a la realidad, siempre enmarañada, contradictoria y gris. Su huida del tradicional discurso de rojos y azules no le impide, sin embargo, aceptar unos postulados básicos acerca de la situación vivida. Las luchas internas entre las diferentes facciones republicanas no esconden al narrador cuáles son los verdaderos objetivos de Franco. Así nos lo explica el personaje de León Peralta Munube, falangista:

León. —No se trata sólo de ganar la guerra.

Rosa María. —¿No?

León. —No, sino de cambiar la faz de España.

Rosa María. —Volviendo contra la tierra la cara de la mitad de los españoles.

León Peralta se queda estupefacto: —¿Qué dices?

Rosa María. —Nada: lo que has oído. ¿Cómo va tu lista?

León. —Aumentando.

León Peralta lleva al día por orden alfabético y de urgencia, el catálogo de los que hay que detener «o lo que sea», el día de la Victoria (Aub, 2019: 114).

Rosa María, quien poco se nos ha presentado ayudando a un consejero diplomático, a quién “sirve de secretaria y biombo, porque el señor Morales tiene otros gustos” es consciente de cómo la embrollada política del momento, en la cual Franco ha pasado, paradójicamente, a ser visto como parte de la solución, ha perdido la noción de la realidad en medio de la “lucha intestina entre republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas”. El drama político y humano que vive la ciudad de Madrid en esos momentos es observado de manera fría y ascética por un personaje, Don José María Morales y Bustamante, para quien no hay ningún problema en el hecho de que el discurso se adelante a la verdad e, incluso, a la realidad: “Escriba: las autoridades manotean en las tinieblas, empeñadas en mantener una moral en completo proceso de descomposición. Paréntesis. Tal vez me adelante a los acontecimientos. Cierre. Madrid agoniza sin violencia, como un tísico que acaba por consunción. ¿Suena bien, no?”. Un personaje cuya credibilidad y confianza ya nos ha desvelado el narrador, a través de los pensamientos de Rosa María, quien bajo su impostado y necesario servilismo es consciente de “lo hinchado, ridículo, corto, histriónico del personajillo. Se da cuenta de que el punto de vista es tan importante como la cosa en sí” (Aub, 2019: 107-109).

El discurso triunfa sobre los hechos, en definitiva, dentro de un entorno político y social en el que las luchas internas que está provocando el golpe casadista, ante el silencio cómplice de las potencias internacionales, cubren con un grueso tapiz los eventos reales. Será un personaje invisible, una secretaria que debe mostrarse dócil y sumisa para conservar su trabajo, siempre atenta a las órdenes del consejero Morales, quien sea consciente de la situación. Mientras unos planean un nuevo golpe de Estado, y otros únicamente piensan en sus ascensos, Madrid se muere de hambre y los trabajos de la Quinta Columna —representada en estas líneas que acabamos de analizar por el falangista León Peralta— están preparando la represión masiva que seguirá, en menos de un mes, a la victoria definitiva de Franco. Un triunfo final que, tal y como el caudillo quería, no será obtenido gracias a las armas, sino debido a la descomposición interna del enemigo. El éxito perfecto para alguien que, sobre todo, pretendió instaurar una nueva narrativa que



recreara la misma realidad del país, estableciendo sus bases ideológicas y su marco de verdad sobre los hechos y la historia. Precisamente contra lo que Víctor, el personaje comunista que ya hemos visto que aparece consecutivamente a lo largo de este primer capítulo de la obra, considera las razones básicas de los republicanos para continuar la lucha: “Pero lo que representaba la España que no queríamos que se levantara, una vez más, en contra de lo establecido con tantos trabajos por el consentimiento de los más, no se podía permitir” (Aub, 2019: 120). A pesar de ello, una vez que el referente externo de la lucha se ha perdido, la desintegración del Madrid republicano, tal y como nos muestra la pluma de Aub, fue imparable.

Las razones que se esgrimieron para continuar con la resistencia, sin embargo, siguen entreviéndose entre las páginas de la obra. El odio acumulado durante décadas, producto de la lucha de clases, no ha sido olvidado. Aub procura reconstruir un ambiente en el que, paradójicamente, el gobierno negrinista pasa a convertirse en el nuevo enemigo de la República mientras muchos de los personajes siguen recordando la violencia y las brutalidades que vivieron en el pasado, y que les llevaron a luchar contra Franco cuando se produjo el golpe de Estado. Este es el caso de Agustín Mijares: “Su padre (...) a manos de la Guardia Civil —a manos y a pies— : su madre con un balazo en la frente. (...) El mundo está formado por patronos y obreros; los patronos en combinación con la Policía y la Guardia Civil (el Gobierno en lo alto) matan obreros a mansalva; estos se defienden como pueden. Como son más y tienen razón acabarán por vencer, no importa que caiga el que sea”. El pesimismo que arrastra el discurso de Agustín se construye en torno a la idea de la organización. Para él, anarquista, la realización de atentados y actos de terrorismo contra las fuerzas del orden no es más que la respuesta lógica a la violencia que ha vivido desde pequeño. De manera paradigmática, la fracturada sociedad española de la época se muestra ante el lector con una división aparentemente insalvable para muchos. La represión ejercida por la Guardia Civil durante las décadas anteriores a la guerra contra obreros y campesinos, a cual convirtió al cuerpo en muchos de los textos de la época en símbolo de las clases pudientes<sup>72</sup>, es una muestra más del triunfo del odio que se vivió durante el conflicto. Así considera Agustín Mijares, por ejemplo, que se podría terminar con la situación: “El problema se puede resolver en veinticuatro horas si cada pobre se encarga de acabar con un rico. Y sobrará tiempo. Después, la vida será fácil

---

<sup>72</sup> Por mostrar un ejemplo de estos hechos, el historiador Paul Preston recoge, en línea con este sentimiento de odio existente entre hacia el cuerpo de policía militar, cómo la Guardia Civil era recibida con abucheos e insultos en abril de 1936 (2011: 169).

y agradable” (Aub, 2019: 57). Dentro de este complejo mundo de imágenes y visiones del conflicto, como vemos, la Guardia Civil sigue siendo uno de los símbolos más recurrentes del ideario republicano. Las razones, como expone el profesor Blayne, se basan en la configuración vertical de la violencia que el Estado español llevaba décadas construyendo:

The logical starting place is also, surprisingly, the weakest point of the historiographical literature: the police forces of the Spanish state. In particular, the Civil Guard is seen as emblematic of the power of the military within the Spanish state, and of the violence purportedly inherent in a force of its nature. The fact that many of its personnel defected to the military rebellion - and became a key component in the bloody repression that followed in its wake - is seen as evidence for the perception that the corps was fundamentally anti-republican and an inherent enemy of the regime (2016: 416).

Inmersa en este discurso que divide el mundo entre ricos y pobres, fruto de la miseria que una parte importante de la población española tuvo que soportar desde su nacimiento, la división entre el «ellos» y el «nosotros» se muestra con claridad ante el lector. Sin embargo, los vericuetos de la política vivida durante los últimos meses de la guerra tamizarán estos ideales entre la bruma de las acusaciones y las manipulaciones políticas. El enfrentamiento provoca discusiones e intercambios de opinión entre unos personajes que, en general, asisten sorprendidos a los acontecimientos. Independientemente de las motivaciones ideológicas y de las justificaciones o propuestas que decidan defender, la incertidumbre y la falta de perspectivas claras sobre el futuro pesa en el ambiente de la novela. Las preguntas existen, y se formulan abiertamente, dentro del intento de Aub de mostrar cómo se vivió el final del conflicto entre la base poblacional.

Alejadas de los tejemanejes y las confabulaciones que se llevan a cabo en los despachos, las razones de Casado<sup>73</sup> no solo son puestas en duda –a pesar de la opinión favorable hacia ellas que existía en el Madrid del momento – sino que los diálogos

---

<sup>73</sup> El mismo personaje de Segismundo Casado aparece entre las páginas de Aub para explicar sus motivaciones: “No seguir las órdenes de un gobierno que desoyendo los consejos de todos sus asesores militares y jefes de ejército se empeña en una guerra imposible. Usted no estaba cuando Negrín nos reunió en los Llanos a Miaja, que todavía era jefe supremo de las Fuerzas; a Matallana, jefe del Estado Mayor Central; al jefe de la Base Naval de Cartagena; a mí, jefe del Ejército del Centro; a los jefes de la Flota y de la Aviación... Todos, menos el *bendito* de Miaja estuvieron de acuerdo en que, militarmente, ya no había nada que hacer. En vista de lo cual su inefable compañero Negrín —bajo el manto de los comunistas—, decidió seguir la guerra a ultranza...” (Aub, 2019: 86). La cursiva pertenece al original.

cuestionan tanto la posibilidad de que el coronel pueda lograr la paz con Franco, como el supuesto comunismo del presidente Negrín:

—¿Así que tú crees que podemos ganar?

—¡Claro que sí! Si llevamos aguantando aquí dos años y medio ¿por qué no cien?

—No te digo que no. Pero en cuanto a la autenticidad de la renuncia de Azaña, no dudes.

Pascual Segrelles cambia de color y de tono. Oscuro:

—Entonces Casado tiene razón.

—Razón ¿de qué?

—De que ya no hay nada que hacer, de que sólo los militares pueden hacer la paz con Franco.

—¿La paz? ¿Con Franco?

—Si no, ¿con quién?

—No quiso saber nada de los ofrecimientos del Gobierno.

—Por ser Negrín quien es.

—Si los de Burgos quisieran avenir a razones ¿qué más les daría uno u otro?

—No quieren tratar con comunistas.

—La paz se firma siempre con enemigos. Dejando aparte que Negrín no es comunista, ¿se lo ha dicho Franco a Casado personalmente?

—Casado asegura que se le respeta mucho en Burgos.

—¿Está en sus cabales? (Aub, 2019: 81).

El diálogo se construye sobre dos visiones de la realidad. Por un lado, el segundo de los personajes que intervienen, quien expone los diferentes motivos que, oficialmente, llevaron al Consejo Nacional de Defensa a dar el golpe de Estado. Por otro lado, a partir de una serie de preguntas a las que no les falta un ligero toque de sarcasmo, el primero de los intervinientes pone en duda, una por una, las afirmaciones casadistas. El objetivo de este tipo de exposiciones que lleva a cabo Aub es no solo contrastar la verdad oficial del momento – y, como hemos visto, de una parte importante de la historiografía actual – con la crítica, sino presentar también a todos aquellos que, sin confiar en las premisas casadistas, siguieron creyendo en el peligro que representaba Franco. El texto, de esta manera, no nos ofrece ninguna verdad. Siguiendo el ambiente del momento, solo el lector podrá sacar sus propias conclusiones de entre la multiplicidad de voces e interpretaciones que nos muestra la novela. La pregunta no se establece, por lo tanto, acerca de quién tuvo razón. Sino sobre los datos objetivos y el contraste entre la letra de los discursos y las actuaciones de sus responsables. La última cuestión que recogemos en el fragmento citado resume esta interpretación. Si existe una duda razonable sobre la posibilidad de acordar

una paz con Franco, tras las repetidas exigencias del general para obtener la rendición incondicional; si el gobierno de Negrín – cuya adscripción al comunismo y a las políticas dictadas por Moscú no deja de estar en duda – ya habría intentado llegar a algún tipo de acuerdo, ¿qué posibilidades tendría la toma del poder por parte de Casado para mejorar la situación republicana? Este es uno de los principales interrogantes que planea sobre el texto, surgiendo de entre la confusa diatriba existente que superpone constantemente los diferentes discursos a la realidad de los hechos.

#### 2.1.5. Las voces de los olvidados: Besteiro y su papel en el golpe casadista

*Campo del moro* presenta ante el lector una pluralidad de voces que surgen de todos aquellos personajes que no tuvieron nombre en los libros de historia. Para nuestro autor fueron ellos los verdaderos protagonistas, quienes tuvieron que sobrevivir los últimos meses de la guerra en una ciudad invadida por el hambre y el derrotismo, sintiendo el terror ante la inminente entrada de las tropas franquistas y observando, en muchos casos con estupefacción, cómo la estructura de la República que había soportado casi tres largos años de guerra se descomponía ante sus ojos, sin que las tropas enemigas tuvieran que disparar un solo tiro. Son ellos quien deben continuar con sus vidas en una ciudad que, pese a todo, nunca dejó de moverse. Ni los ataques franquistas, ni la descomposición del poder acabaron con la actividad de los madrileños: “los tranvías jamás dejaron de funcionar a pesar de los bombardeos” (2019: 89). Una capital herida de muerte por el conflicto, en la que el hambre pasó a convertirse en un elemento mucho más relevante que la disputa política. Este primer capítulo de la novela, tras recoger en un polifacético panorama las diferentes voces del momento, terminará, simbólicamente, con la ensoñación de la que fue la mayor esperanza para muchos madrileños: “¿Qué vamos a comer mañana? Lentejas, alubias, garbanzos, ¡si hubiese alubias! Judías blancas, manchadas, pintas; habichuelas, habas, habas verdes, judías verdes, *bachoquetes* como dice Vicente. Lentejas, otra vez lentejas, más lentejas. Escogerlas. Los disquillos pardos entremezclados con mil piedras” (2019: 141). El triunfo de la ficción y de la imaginación frente a una realidad que se muestra demasiado confusa y extraña para ser aceptada. La focalización de la obra se refugiará en las vidas diarias de muchos de los personajes anónimos que vivieron en la ciudad durante estos meses, para intentar huir de una objetividad que se deshace ante los ojos de sus protagonistas. El sujeto se convierte, de esta manera, en centro de la atención del narrador. Sus problemas diarios, y sus ilusiones,

que vierten sombras y enmarañan cualquier ideología, alejándola del mundo del ideal. Por todo ello, aunque la política se entreeva tras la mayor parte de los diálogos y parlamentos de los personajes, tras sus dudas e inquietudes, el momento más trascendente del 5 de marzo de 1939 apenas recibirá más que la atención de un brevísimo diálogo. El triunfo del silencio y la incompreensión que, simbólicamente, fueron los principales destructores de la República:

Suena el teléfono. Juan Negrín —robusto, de buen color— alza la mano derecha y toma el auricular.

—Aquí, Negrín.

Una ligerísima pausa.

—¿Cómo está usted, general?

Una pausa. Todos pendientes.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Qué se ha sublevado? ¡Qué locura! ¡Queda usted destituido!

Cuelga. A todos:

—Casado (2019: 138).

La reacción se simplifica al máximo. El primero de los días en los que se divide la novela, la jornada más relevante de *Campo del moro* desde un punto de vista político —pues la línea argumental comienza in media res, en el momento en el cual se va a llevar a cabo el pronunciamiento del Consejo Nacional de Defensa— tiene como sustrato dos episodios. Por un lado, el discurso ofrecido por el recién constituido Consejo la tarde de este mismo día. Por otro, la conversación mantenida entre Negrín y Casado en la cual el coronel comunica su decisión al presidente del gobierno. La maestría de Aub se presenta a través de su capacidad para explicar lo sucedido alejándose de las grandes figuras historiográficas. Aunque el enfrentamiento entre Casado y Negrín permea las vidas, acciones y diálogos de la mayor parte de los personajes a lo largo de esta jornada, el episodio histórico en sí mismo apenas adquiere relevancia, como acabamos de comprobar. La vida diaria de las gentes anónimas se convierte en la verdadera protagonista de un conflicto en el que no participó. Adquiere el papel de víctima polifónica, enseñando cómo las decisiones políticas, a pesar de su trascendencia, no suponen más que un instante pasajero, alejado del devenir y las penurias que están sufriendo los madrileños.

El mundo de las ideas, así como el escurridizo concepto de verdad, vuelven a ceder ante la imposición de la cotidianidad. La dificultad para definir este concepto, a pesar de la relevancia que presenta a la hora de comprender tanto el mundo como las relaciones

humanas, se encuentra en su ambigüedad, la subjetividad con la que es utilizado tanto en el discurso político como en la vida diaria. La verdad se convierte, de esta manera, en la base ideal de cualquier postulado, aunque la práctica presenta la problemática de acabar con las dudas sobre este mismo principio. Un término que, según los postulados de Alfred Tarski, recoge una serie de conceptos diferentes que van desde el análisis científico basado en el contraste de los hechos hasta su utilización en el lenguaje cotidiano de manera indeterminada. De esta manera, la búsqueda de la verdad correcta o única se presenta únicamente como un desiderátum, basada más en un sistema de creencias que en su relación con la realidad: “In fact, it seems to me that the sense in which the phrase «the right conception» is used has never been made clear. In most cases one gets the impression that the phrase is used in an almost mystical sense based upon the belief that every word has only one «real» meaning” (Tarski, 1944: 355). La puesta en duda de la universalidad de dicho término nos sitúa, por lo tanto, en un marco de análisis en el que el sujeto y sus ideas adquieren un papel cada vez más relevante a la hora de interpretar el mundo y establecer dicho análisis partidista como certeza. La utilización del lenguaje es, en sí mismo, una muestra de cómo un conjunto de símbolos que tienen un teórico anclaje en hechos de la realidad se van construyendo a partir de asunciones externas que no tienen que responder, necesariamente, a la realidad, sino a la idea que un determinado sujeto tenga sobre la misma, así como al uso que quiera realizar de esa información.

El personaje de Julián Besteiro es otro de los protagonistas políticos de este día. Al igual que Casado y Negrín, su aparición permea, de cierta manera, la atmósfera en la que viven los diferentes personajes. Sin que el foco de la narración se centre en él, su actuación se concibe como una especie de ejemplo de las contradicciones y las ambigüedades del momento. En él la verdad se desvanece desde el primer momento, para quedar sustituida por el juicio de oportunidad y necesidad que pudiera llevar a cabo cada lector sobre sus acciones. Así intenta defenderse, al poco de iniciarse el texto, ante el ministro republicano de Comunicaciones y Transportes, Bernardo Giner de los Ríos:

El hotelito de Julián Besteiro está en la Colonia del Viso, cerca de la Residencia, pasando el Canalillo. Por allí, como por el barrio de Salamanca, no bombardean. Puerto libre.

—He querido verte para que sepas, de mis labios, que todos los rumores que corren acerca de mi participación en un movimiento en contra del Gobierno, son falsos.

—Me alegra mucho oírte porque hay gran cantidad de noticias contradictorias acerca de eso.

—Ahora bien, también te digo que si fuese requerido por una autoridad competente para acabar la guerra, podría contar conmigo.

—¿Autoridad competente? El Gobierno...

—El Gobierno no puede hacer nada, entre otras cosas porque precisamente carece de autoridad.

—Eso dices tú... (Aub, 2019: 31).

Nos encontramos en el 5 de marzo de 1939, a pocas horas de que el mismo Besteiro lleve a cabo el famoso discurso radiofónico que pregonará la constitución del Consejo Nacional de Defensa y consumará el golpe de Estado orquestado contra el gobierno. Aub le presenta, sin embargo, negando los rumores al respecto que ya llevaban días circulando por las calles de Madrid. La realidad, omnipresente en *Campo del moro*, es, sin embargo, negada por un personaje contradictorio cuyos actos no parecen responder a su palabra. A lo largo de las páginas de esta novela nos encontramos con la paradoja de cómo la realidad transpira cada uno de los diálogos, al mismo tiempo que se diluye a través del discurso de los personajes hasta desvanecerse en las explicaciones e ideaciones sobre esta misma materialidad. Como se puede apreciar en el fragmento citado, la propia explicación resulta incoherente. El personaje de Besteiro que construye la pluma de Aub asegura que nunca formaría parte de ningún levantamiento contra la autoridad de Negrín para, acto seguido, explicar que sí que ayudaría a una “autoridad competente para acabar la guerra”. Desde este momento ya se aprecia la dificultad de conjugar su desprecio al gobierno y sus intentos de modificar la situación respecto a una política de continuación de la guerra que no comparte. La situación de su residencia tampoco deja de ser significativa. A pesar de la guerra que asola la mayor parte de Madrid, Besteiro se encuentra en uno de los pocos espacios respetados por los ataques franquistas. En cierto modo, el narrador nos está indicando la separación de este personaje respecto al resto de madrileños, a todos aquellos que viven bajo el peligro constante del conflicto. Desde este remanso de paz es más sencillo, en definitiva, centrarse en los problemas internos en vez de atender a los ejércitos enemigos que se encuentran a pocos kilómetros de allí. Besteiro se muestra, de esta manera, envuelto en su propia realidad, diferenciada del mundo que le rodea. Una imagen de este personaje histórico que presenta grandes diferencias con la que historiadores como Rafael Abella presentan acerca de este momento histórico: “La iniciativa del coronel Casado no persiguió otro fin que el de crear una autoridad que, en ausencia de los comunistas, reducidos tras las luchas callejeras en Madrid, intentara negociar con el otro bando una paz honrosa. Fue en estas circunstancias cuando Besteiro, acorde con la iniciativa, salió de su silencio para asumir el papel de portavoz político del

Consejo de Defensa cuya presidencia simbólica aceptó el general Miaja” (1987: 19). Será el anticomunismo, efectivamente, uno de los motivos clave para que Besteiro ofreciera su apoyo a Casado. La URSS se convertiría, a través de la propaganda distribuida por ambos bandos, en un escenario más del conflicto español. La defensa del símbolo soviético en revistas como la republicana *Hora de España*, donde se ensalza su realidad como baluarte antifascista, se contraponen a la visión de la nueva Rusia como epítome de todo mal, tal y como aparece en las páginas de la falangista *Destino*, editada en Burgos (Guzmán 2017). Ambas publicaciones nos sirven para atestiguar cómo la realidad había dejado de depender, a lo largo del conflicto, de su adscripción a los hechos, convirtiendo la verdad en un espacio particular de cada grupo sometido a sus intereses y visiones personales. La construcción del discurso, una vez más, se mostró más poderosa que el análisis de los hechos del momento. El narrador basará su semblanza en el enfrentamiento. La ironía burlesca le servirá para trazar las bases de este personaje, a quien percibe negativamente. Observará al personaje a través de su doble dicotomía entre su honestidad —que el texto reconoce en varias ocasiones— y su mediocridad. De esta manera, uno de los apoyos fundamentales de Casado se nos muestra como alguien demasiado soberbio para aceptar que se ha equivocado. Su integridad no le impide creer que sus ideas son las correctas, sin intentar contrastarlas con la realidad. Un personaje para quien, según el narrador de *Campo del moro*, es la pugna por las ideas, el hecho de no aceptar las decisiones de otros, lo que le llevó a enfrentarse a Negrín. De manera paradigmática, se señala que confrontó tanto las tesis de Largo Caballero como las de Indalecio Prieto, dentro del PSOE. Las dos principales tendencias que lucharon por dirigir el partido a lo largo de la guerra. Esta sería una muestra de su carácter inconformista y de su deseo de aceptar únicamente su visión personal de la situación. Una vez más, la ficcionalización del devenir histórico en el mismo presente que están viviendo los personajes se nos presenta como una de las razones fundamentales para entender lo sucedido durante estos últimos meses de la guerra. El aparente triunfo de la subjetividad personal de Besteiro, de su particular ideal, sobre el mundo que le rodeaba:

Julián Besteiro siempre en contra. Lo mismo de Largo Caballero que de Priego – según quien tenga en la mano el Partido Socialista o la UGT –, eterno opositor, tal vez por catedrático, de lógica para mayor claridad. Mediocre, por lo menos como político, como lo puede juzgar, pero honrado; mediocre pero caballero. Los obreros y la pequeña burguesía madrileña, tan orgullosos de su aire distinguido... Vanidoso, creyéndose siempre en posesión de la verdad (catedrático de lógica: no puede equivocarse): – Yo... yo... yo... yo... (...)



(Mi Partido... Su Partido. De hecho, su vida. Reunión tras reunión. Discusiones en el periódico, en el sindicato, en la Casa del Pueblo, en el Partido, en casa. Y ahora Julián Besteiro, que se ha mantenido aparte toda la guerra, sin querer hacer otra cosa que no salir de Madrid, conchabado con el general Casado, que se va a sublevar. No puede ser) (Aub, 2019: 84).

El argumento esgrimido por Besteiro para abandonar al gobierno de Negrín y participar en el golpe de Estado se fundamentará en su anticomunismo. Tras asentar la creencia de que el PCE controlaba las fuerzas que le quedaban a la República, la necesidad de deshacerse de este enemigo interno llevará al desmembramiento de toda la resistencia republicana. A pocas horas del discurso oficial de Casado, y del comienzo propiamente dicho del golpe de Estado, los intentos de modificar una situación que ya parece insostenible resultan fútiles. La política de despachos se introduce dentro de la narración de Aub como un ente extraño, alejado de la cotidianeidad que impregna el resto de la obra. Sin embargo, estas mismas llamadas telefónicas construyen el entramado que decidirá el futuro de los cientos de miles de republicanos que todavía no han podido marchar al exilio. Así responderá el propio Besteiro a los intentos de Giner de los Ríos de convencerle para que cambie de opinión: “Vosotros no podéis hacer ya nada. Tu obligación, como republicano, es estar aquí con nosotros, contra los comunistas” (Aub, 2019: 139). El discurso franquista ha triunfado, en el seno de la República. El mismo argumento utilizado para intentar acabar con la legitimidad democrática del gobierno en 1936 es recuperado ahora, por parte de Besteiro, para un nuevo golpe de Estado. Negrín, sin apoyos, no puede más que observar con impotencia cómo sus planes de futuro se resquebrajan ante sus ojos. Paradójicamente, el final de la guerra coincidirá con su inicio. Aub, al reconstruir este proceso, intenta resaltar las claves del mismo ante nuestros ojos. El triunfo de la palabra ante los hechos.

Frente a la sequedad y a los elaborados juegos de palabras que la política intenta imponer la realidad, logrando que el discurso adquiera voluntad propia sobre los hechos de los que dice responder, la idea de resistir, ante la intransigencia del enemigo, sigue presente en el parlamento de ciertos personajes. Algunos ven en los casadistas a los mismos enemigos que siguen tras las trincheras, esperando a que la ciudad caiga en sus manos. Siempre procurando luchar contra la República. El regreso de Negrín desde Francia, a pesar de la palpable descomposición de la República, es visto como un gesto de esperanza en medio de del abatimiento. Un último recuerdo al Madrid heroico que la propaganda republicana construyó tras 1936, en un momento en el que el hambre, la

desinformación y las intrigas políticas han convertido la ciudad en un despojo sobre el cual pelearse:

—¿Te das cuenta de lo que representaría? Otro pronunciamiento. Otro militar. Otra Junta, sin contar – y es mucho – que hundiría en lodo el final de la guerra. En lodo y sangre.

—Deberías hablar con él.

—Para luego es tarde.

¿Para esto ha vuelto de Francia? Pero ¿cómo, para qué quedarse allí? No hay solución. Sí la hay: continuar luchando. Para eso ha vuelto y para nada más. Hasta más no poder. Y ahora quieren rendirse. ¿Quiénes? Los que lo quisieron desde el primer momento. Acabar con ellos. Recuerda, Juan: también han combatido desde el primer día. ¿Cómo puede uno rendirse? ¿Cómo aceptar la derrota si no se ha muerto? Rendirse es ceder, humillarse, reconocer que el enemigo lleva la razón; rendirse es abandonar. Después de todo lo pasado ¿Echar lo que queda por la borda?... ¡No, y no! Si desmayan, yo... Yo, ¿qué hacer? (Se lo atenaza con la mano contraria, en un gesto que le es habitual) ¡No! Sólo se rinden los cobardes. Sólo se rinden los faltos de fe. ¿Darse a partido? ¿Reducirse a la obediencia de los enemigos del pueblo? (Aub, 2019: 82).

## 2.2. Madrid agoniza: comunistas contra casadistas

### 2.2.1. Morla y su Madrid tensionado: entre el terror y la normalidad

Los siguientes tres capítulos en los que se divide *Campo del moro*, correspondientes a los días 6, 7 y 8 de marzo, desarrollan el golpe de Estado y el sentir de la población madrileña al respecto. En los diarios de Morla, testigo privilegiado de la política y de los sucesos que vivió la ciudad, se puede observar la extraña mezcla entre normalidad e inquietud. La vida sigue, aparentemente sin mayores cambios, para el diplomático chileno. Procura, fiel a su costumbre, mantenerse en contacto con los líderes del momento. Desde el mismo día de la constitución del Consejo Nacional de Defensa, horas después de que la aparición de este nuevo órgano se haga efectiva, nuestro autor ya ha intentado ponerse en contacto con Besteiro, y también ha obtenido las garantías precisas para su embajada por parte de Casado. Su trabajo y su deber, como nos quiere presentar insistentemente a lo largo de todos los *Diarios*, son su principal preocupación. La neutralidad que ha intentado mantener a lo largo de todo el conflicto, basada en la comunicación con todos los bandos en liza y en el mantenimiento de sus opiniones

políticas en un plano lo más ambiguo posible, continuará ahora con el nuevo poder que va a establecerse en la capital. La entrada que recoge los sucesos del 6 de marzo se estructurará, de esta manera, en torno a su intento de continuar sus quehaceres diarios en una ciudad que se prepara para una nueva guerra civil. Desde el comienzo de la entrada, se expone que “la caída del Gobierno Negrín es fulminante e ímproba”. La sorpresa que produce la rápida toma del poder por parte de Casado no esconde, sin embargo, las preparaciones que llevan a cabo diferentes grupos de milicianos tanto para defender al nuevo órgano constituido como para intentar derribarlo. De esta manera, Morla nos explica cómo, en torno a la embajada, “Hay ametralladoras en las esquinas y los muros están llenos de carteles. Circulan cañones tirados por varias parejas de caballos y los socialistas de enfrente han cerrado sus puertas” (Morla, 2008: 735).

La calma tensa que se respira por las calles de la capital, aunque no impide a nuestro autor continuar con sus habituales visitas a diferentes personalidades de la ciudad, como parte de su trabajo diplomático —él mismo explica que, a pesar de las llamadas a la espera por parte de uno de sus subalternos, para recibir las órdenes precisas del gobierno chileno, él no es “el que pierde tiempo”— tampoco oculta ante sus ojos los continuos preparativos para el combate. Expone en estas líneas cómo “en una azotea, en la Castellana, frente a casa, unos milicianos colocan con mucha calma sacos de arena, unos encima de otros” (Morla Lynch, 2008: 736). Aquellos que intentan resistir al nuevo Consejo son denominados, en repetidas ocasiones a lo largo de estas líneas, “partidarios de Negrín”. No se oculta de que se trata de una serie de grupos de milicianos comunistas quienes están llevando a cabo los preparativos para enfrentarse a Casado, pero se dispone el foco en torno al presidente del gobierno. La disputa se establece con claridad entre Negrín y Casado. Y todo ello en medio de la desinformación y la falta de certeza que rodea a las diferentes noticias que van llegando. No solo el premier británico Chamberlain considera que ahora son los comunistas quienes se han convertido en rebeldes, sino que la radio salmantina pasa, a lo largo de la jornada, de atacar al nuevo Consejo constituido a defenderlo, para alivio de Morla: “Desde Salamanca, a las doce de la noche se expresan esta vez favorablemente a la Junta de Defensa de Madrid. Dicen «que parece bien intencionada». El Generalísimo Franco está bien dispuesto. Menos mal. Así vivimos, de altas y bajas” (2008: 737). El final de la guerra y la consecución de la paz, como Morla ha mantenido a lo largo de muchas de las páginas de sus diarios, sigue presentándose como el anhelado fin a obtener. El nuevo Consejo se concibe, por lo tanto, como un instrumento adecuado para el logro de este deseo.

El 7 de marzo la situación cambia para Morla y el resto de los habitantes de Madrid. El intento de resistencia del PCE de la capital deriva en la lucha abierta por las calles contra las fuerzas del Consejo Nacional de Defensa. El miedo y el temor lleva a nuestro protagonista, quien como hemos visto había mantenido sus actividades normales hasta el último momento, a encerrarse en el interior de su casa: “se inicia el violento combate alrededor de nuestra casa. Estamos en la peor zona, donde se han hecho fuertes los revoltosos. Las balas silban y los cañones atruenan el aire. El tableteo de las ametralladoras resuena sin cesar. Nosotros y nuestros asilados nos cobijamos en el sitio que consideramos más seguro: la habitación de Paco Escrivá. Estamos a medio vestir” (2008: 738). Miaja, presidente del Consejo, intenta contener a las partidas de milicianos que se han hecho fuertes en los barrios del norte de Madrid. Precisamente el área de la capital que menos dañada fue por los ataques y los bombardeos franquistas, cuyo núcleo estuvo en el barrio de Salamanca, es ahora el espacio en el que se vivirán gran parte de los últimos combates de la guerra. A nuestro autor le parece la situación tan desesperada – mientras escribe cómo vivió esta jornada, aterrado, a pocos metros de los combates – que la posibilidad de que Franco aprovechara la pequeña guerra civil que se estaba produciendo por las calles madrileñas para apoderarse de la capital no solo le parece una maniobra probable, sino incluso deseable: “Sería lo mejor”. La radio, aunque continúa funcionando, lo único que hace es presentar informaciones “pavorosas” de una situación que, a modo de matrioshka, se ha convertido en una “nueva guerra civil dentro de la guerra civil” (2008: 738).

Morla expresará, a lo largo de las cinco páginas que utiliza para narrar los sucesos de esta jornada, cómo la barbarie se adueña de Madrid. El estilo mantenido en la mayor parte de las entradas de estos diarios hasta este momento, en las cuales nuestro autor ha procurado llevar a cabo una cuidada mezcla de noticias políticas de todos los bandos y facciones enfrentadas junto a la pormenorizada narración de sus quehaceres diarios como diplomático se transforma, ahora, en una honda reflexión sobre el horror de la guerra. Las razones políticas y las ideologías, como en muchos casos vemos que sucede dentro de la obra de Aub, se dejan a un lado para acercar el foco de atención a la brutalidad y al salvajismo producido por los combates. Las calles, tan llenas de vida hasta en los peores momentos del conflicto, se convierten ahora en una trinchera que tiñe a la ciudad de la resistencia de un ambiente feroz e inhumano, reflejo de unas personas que parecen haber perdido su mismísima humanidad para acabar con todo rastro de esperanza, convirtiéndose en animales. El ideal se desvanece y deshilacha ante los ojos del asustado

Morla, mientras es testigo de cómo la lucha se ha convertido en un ‘todos contra todos’, construyendo una atmósfera de incompreensión que recuerda a las palabras que Domingo Faustino Sarmiento escribió sobre el enfrentamiento entre unitarios y federalistas que desgarró su Argentina natal: “Las palabras *Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios*<sup>74</sup>, son por cierto muy conciliadoras, tanto que sólo en el destierro o en el sepulcro habrá quienes se atrevan a negar su eficacia” (2015: 318). Una lucha clásica y atemporal entre civilización y barbarie en la cual el enemigo, ese conjunto de personas a las que se adscriben irracionalmente una serie de rasgos y características comunes, se convierte en un ente abstracto a destruir que, una vez que las palabras son contrastadas con la realidad de la lucha, muestra la verdad de sus consecuencias:

En la calle Hermanos Bécquer, la nuestra, hacia la Castellana, se ve el cadáver de un hombre que yace con las piernas abiertas al lado de su caballo muerto. Se mantiene en pie, tristemente, sin moverse, un caballo blanco herido, junto a un charco de sangre. En la propia acera de nuestra casa, otro caballo está tendido en medio de un mar rojo.

Un coche que pasa se ha incendiado y sale de él un hombre en llamas al que persigue su acompañante, que lo abraza, lo arroja al suelo, y se esfuerza en extinguir el fuego con arena, mientras funcionan los rifles y las ametralladoras, sin cesar.

Más acá, hay otro caballo de pie, con una pata rota que se balancea como si fuera de trapo. Me dan mucha lástima estos pobres animales indefensos que sufren resignados y en silencio. Los hombres van tras una idea, un ideal, una intención o una obligación... ¿pero ellos?

(...) El aspecto de la calle es hondamente lúgubre, dramáticamente triste. Reinan la soledad y el silencio durante largos minutos, y luego llegan los carros de la Cruz Roja y empieza un desfile de camillas que llevan muertos y heridos. ¡Pensar que los llamados «leales» se matan ahora entre ellos como lo hicieron, hace dos días, los nacionalistas dentro de la Legación de Panamá! (Morla Lynch, 2008: 739).

Morla intenta mostrar en estas páginas el horror que le embargó al ver cómo un conflicto cercano, que llevaba desarrollándose desde hacía casi tres años a pocos kilómetros de su residencia, se acerca hasta explotar debajo de su misma ventana. El narrador parece no encontrar calificativos lo suficientemente magnificadores para describir la desmesurada crueldad que ahora está viendo ante sus propios ojos. Madrid —para la memoria de nuestro protagonista, quien se encuentra en el centro de la zona de conflicto— se ha convertido en una gigantesca trinchera en la cual, como final simbólico

---

<sup>74</sup> La cursiva pertenece al texto original.

del largo conflicto civil, la palabra y las lealtades dejan de tener importancia en un proceso en el que la destrucción del contrario, sea este quien sea, se convierte en el objetivo más importante. La ciudad ha perdido definitivamente la vitalidad de la que había hecho gala hasta en sus peores momentos, y se ha convertido, metafóricamente, en un cadáver agonizante que se destruye a sí mismo. Esta es la imagen que Morla intenta transmitirnos, la hondura de sus sentimientos al observar la atmósfera tan terrorífica que se presenta ante sus ojos.

A pesar de los intentos del Consejo y del nuevo Estado Mayor por asegurar que tienen controlada la situación de la capital, tal y como nuestro autor expone que sucedió a las dos de la tarde de este mismo día, la tensión sigue apoderándose de las calles en torno a la Castellana y el distrito de Salamanca. Las ametralladoras siguen funcionando, mientras comienzan a retirar los cadáveres de las avenidas. Las noticias continúan siendo confusas. Las diferentes radios intentan explicar su versión de lo sucedido y la información sobre los combates de manera parcial e interesada, cada una centrándose más en el mensaje propagandístico que buscan transmitir a sus oyentes que en la materialidad de la situación. La ficción, una vez más, se superpone a la realidad madrileña. Morla, fiel a su intento de buscar la ecuanimidad a partir del contraste entre las diferentes antenas— aunque marque explícitamente cómo aprecia “altamente” a Besteiro y a Casado, de entre los miembros del Consejo— llevará a cabo una interesante contraposición entre tres discursos enfrentados:

Hemos logrado escuchar a las nueve la radio de Salamanca, que nos brindó una descripción de la situación de Madrid sencillamente pavorosa: «La situación es desesperada, las calles están llenas de barricadas y de cadáveres. La Junta de Defensa se siente impotente para dominar la sublevación de la canalla comunista, etcétera». Al mismo tiempo dan cuenta del aterrizaje de un avión en Francia – no recuerdo dónde – que traía a bordo a la «Pasionaria», Jesús Hernández, Alberti y su compañera, el coronel Líster y otras personas. Si estos comunistas excelsos – Jesús Hernández y la «Pasionaria» – consideran tan posible el éxito de los sublevados, no habrían huido de esa forma.

Más tarde escuchamos la radio de Toulouse que describe la situación de Madrid, de muy distinta manera: «La población civil, dice, se mantiene serena y la Junta de Defensa Nacional ha adoptado todas las precauciones que la situación exige, exhortando a los comunistas a que entren en la legalidad (hay que convenir que la Junta no es precisamente legal) y que depongan las armas».

La radio de Berlín, en cambio, afirma: «Varias brigadas comunistas se dirigen a la capital desde Cuenca y Guadalajara, pero en Madrid mismo, la sublevación parece dominada» (Morla Lynch, 2008: 741).

Como vemos en el fragmento citado, nuestro autor es consciente de las diferencias estilísticas y los objetivos que mantienen dichos discursos propagandísticos. El Reich se centra en el anticomunismo del Consejo, explicando cómo dicho organismo ha logrado controlar la situación en la capital —a pesar de que siguen los combates— mientras unos inexistentes apoyos comunistas estarían dirigiéndose a la ciudad. El monstruo del comunismo deja de ser el enemigo número uno para los intereses de Franco, quien ya ha logrado su objetivo con el triunfo del pronunciamiento casadista. Por ello, desde Salamanca se insiste en la visión de Madrid como una ciudad caótica y desesperada, cuyo Consejo se mostraría impotente para controlar una situación que solo ellos podrán solucionar. Preparan, de esta manera, la próxima entrada del general en la capital. Y, finalmente, las voces del exilio republicano muestran su confianza con el Consejo casadista y ensalzan el aplomo de la población civil. Tres cuadros enfrentados y contradictorios, con pocos elementos en común, que nos muestran el nivel de desinformación y de manipulación de la realidad a la que los protagonistas de este conflicto estuvieron sometidos. Incluso nuestro autor lleva a cabo un inciso, el más claro de esta serie de entradas, en el que acepta las enormes dudas que pesan sobre la legalidad del nuevo Consejo constituida. En medio de este maremágnum de rumores y noticias falsas, no resulta extraña la suspicacia y el recelo que se entrevén entre las líneas de tantos autores hacia las personas o sucesos que no les inspiran confianza.

A pesar de todo, Morla querrá mantener el espíritu vital que ha mantenido a lo largo de las páginas de sus *Diarios*. Ni siquiera esta especie de paréntesis que ha supuesto el 7 de marzo, con la visión de los cadáveres frente a las ventanas de sus casas, le disuade de agarrar un pequeño detalle de esperanza con el que terminar su entrada del día, a raíz del canto de dos gallos: “Estas sonoridades campestres consuelan, fortifican y crean optimismo porque evocan ambientes de paz, de felicidad y de bonanza. A las dos y media me acuesto muy cansado. Reina el silencio. Ha cesado el fuego” (2008: 742). Al igual que Aub se esfuerza en su ficción por mantener cierto espacio de optimismo, nuestro diplomático chileno también se centrará en estos ligeros gestos para buscar el sosiego

interno, tras lo que ha vivido durante el día. De cierta manera, y fiel a su propuesta, busca mostrarnos cómo sigue la vida en Madrid.

La entrada correspondiente al día 8 de marzo se abre recuperando una de las impresiones principales que nuestro autor apuntó en las páginas anteriores. La falta de información veraz y la confusión que le producía al oyente la comparación entre las diferentes emisoras de radio se convierten en problemas de gran importancia mientras que, a juicio de Carlos Morla, la atención internacional se encuentra centrada sobre la capital española: “En la habitación de Bebé escuchamos la radio. Todos los países del mundo están preocupados de la situación de Madrid. Muchos la pintan en forma apocalíptica, otros menos trágicamente” (2008: 742). La vida continúa, a pesar de todo, dentro de una ciudad que ha pasado de encontrarse al lado del frente, a convertirse en una trinchera: “La ciudad está tranquila, pero armada hasta los dientes: tanques, ametralladoras, rifles”. Una aparente y engañosa calma en la cual la dificultad para asir la verdad, el desconocimiento, siguen siendo las mayores preocupaciones de nuestro autor: “No se sabe nada y nadie tiene noticias concretas” (2008: 744).

Las afirmaciones y los desmentidos se suceden ante un concienzudo Carlos Morla que procura registrar estos cambios y este estado de imprecisión de la manera más fiel posible. El golpe casadista, apoyado por gran cantidad de medios de comunicación que se encuentran en poder del Consejo, intenta terminar de asentar su autoridad sobre la capital: “Las radios se dedican a insultar a Negrín y a compañía encarecidamente” (2008: 745). El enemigo, sea cual sea, debe ser visto de la manera más negativa posible, en un cruce de insultos que ha perdido de vista todo horizonte reflexivo. El control de la opinión, al igual que refleja la ficción de Aub, se nos presenta como el elemento fundamental por el que luchan los tres bandos. La legitimidad se convierte, de esta manera, en el valor necesario para poder conservar el poder. Y a ello se van a dedicar los respectivos servicios de propaganda. Una pelea por los restos del aparato republicano que expone el grado de división y separación en el que acabaron las fuerzas gubernamentales:

Pero un parte del coronel Casado declara la rebelión como dominada. Les habrían dado tres horas de plazo a los soldados sublevados para reintegrarse a sus puestos. A las diez sube el joven guardia intelectual que trae una hoja que las Juventudes Socialistas Unificadas han empezado a lanzar a la calle. Esta hoja trata de «traidor» al coronel Casado «que pretende entregar España a los invasores» y califica a la Junta de Defensa Nacional de «Juntita de Burgos». «¡No lo conseguirán!».



La proclama causa impresión en algunos de la casa, pero considero que es, con más o menos diversidad de palabras, lo mismo que han dicho en muchas ocasiones todos los representantes del Frente Popular (Morla Lynch, 2008: 742).

Los intentos de Casado como mostrarse como el único poder legitimado que queda dentro de la República no solo son contestados desde ciertas voces del exterior, sino que se contraponen a las proclamas que le tachan de traidor por las calles de Madrid. Morla, a partir de esta composición, se centra en el papel del discurso y su capacidad para modificar la realidad. Es la palabra, por lo tanto, la verdadera protagonista a lo largo de unos días en los que los sucesos, aparentemente incoherentes, se suceden ante los incrédulos ojos de muchos de sus protagonistas. El tono burlesco con el que nuestro autor recoge los diferentes intercambios lingüísticos muestra su cansancio – y su rechazo – a este vacío intercambio de acusaciones, fruto del clima de división interna que existe dentro de Madrid. La mentira y la falta de veracidad de los medios de información es palpable en el ambiente. Sus protagonistas, como vemos, no saben en qué —o quién— confiar: “Corren bulos. Como la Unión Radio no ha dado noticias, dicen que está en manos de los comunistas” (Morla Lynch, 2008: 744).

A pesar del clima que se vive en la ciudad, Morla se negará a seguir los consejos del nuevo Consejo constituida y permanecer en su casa. Según nos explica, la necesidad de ocuparse de la situación en el edificio de la Embajada le llevó a recorrer el espacio que separaba su casa de este lugar, aun cuando debe sortear los controles de los milicianos, las noticias que corren por las calles sobre un supuesto “asalto a la Embajada”, así como la visión de los tanques que han posicionado frente a su residencia. La tensión y la incertidumbre toman el control de unos personajes que están pendientes de cada noticia que llega, intentando desentrañar a partir de ella cuál es la realidad de los sucesos que se producen a pocos metros de donde se encuentran. Y, mientras tanto, la radio expone los preparativos finales de Franco para terminar la guerra:

Desde Toulouse han dicho que la situación está dominada y que el general Franco ha tenido tres problemas que resolver:

La cuestión militar, que da por resuelta, en vista de la enorme superioridad numérica de las fuerzas con que cuenta. Tendría, para los tres frentes de Madrid, quinientos mil hombres (lo que me parece exagerado).

El problema del abastecimiento de la capital, que está también resuelto. Hay camiones a las puertas de Madrid para diez días, y después de este plazo, el abastecimiento podrá efectuarse de forma más o menos normal.

La cuestión de la Policía. Es la que preocupa algo al Generalísimo porque dicen que los rojos tienen minados varios edificios con intención de volarlos antes de entregar la ciudad (Morla Lynch, 2008: 746).

### 2.2.2. El fantasma de Franco: el engaño de Burgos en los diálogos de Aub

El intento de tranquilizar a la población y asegurarles una ansiada paz que nunca llegará nos permite entender cómo el clima de derrotismo que se extendió por la capital convirtió a Franco, paradójicamente, en una salida al conflicto que él mismo había creado. El ambiente de desunión y fracaso permitieron a Burgos llevar a cabo sus planes de victoria, ocultándolos tras una falsa apariencia de reconciliación que, como pronto podrá comprobar el nuevo Consejo de Defensa Nacional, había sido únicamente una estratagema para obtener un triunfo lo más emblemático y duradero posible. Morla, a través de su intento de analizar con objetividad el presente que vive —aunque no pueda evitar tamizarlo con su propia perspectiva ideológica— nos presenta el análisis discursivo de la caída de un ideal. Aub, por su parte, tejerá su ficción para mostrarnos cómo algunas de las voces que vivieron bajo este cruce de diatribas fue capaz de entrever lo que sucedería, en realidad, con la entrada de Franco en Madrid. Se trata, además, de un intento de mostrar cómo las opiniones políticas de la población eran mucho más complejas y maleables de lo que el discurso oficial transmite (Hernández, 2016: 451-453). Un panorama desalentador que, a pesar del deseo de terminar el conflicto que muchos albergaban – con razón – en sus corazones, no desapareció del horizonte de perspectivas: “La pérdida de la guerra, que no se le oculta, al revés que a tantos compañeros de su joven visitante, le tiene muy preocupado. Cree que lo primero que harán los rebeldes al posesionarse del pueblo es fusilarle: odian más a los liberales que a los libertarios o a los socialistas. El registrador está decidido a expatriarse” (Aub, 2019: 145). El odio visceral hacia el enemigo, el deseo de acabar con un determinado exogrupo, tal y como el franquismo procurará nada más obtener su ansiada victoria.

Los días 6, 7 y 8 de marzo serán vividos por los personajes de Aub como el prelude de un final temido, al mismo tiempo que esperado. *Campo del moro* parece tomar mayor consciencia de los entresijos políticos del momento a lo largo de estas páginas, ofreciendo a estos aspectos una relevancia mayor, al mismo tiempo que paradójica. La

palabra, que ya hemos visto que se convertía tanto en un arma de gran utilidad como en un instrumento para sustituir la realidad, se transforma ahora en lo único que les queda a los personajes. La falsedad y la mentira han acabado con las referencias factuales, al mismo tiempo que la desconfianza se ha erigido como último paradigma de lucha. Únicamente los pocos en los que cada personaje confía, o las ideas en las que sigue creyendo, pueden configurarse como altavoces dignos de ser escuchados. El resto de los parlamentos, independientemente de sus razones o de sus fuentes, serán ignorados o puestos en duda. Todo ello provoca que, finalmente, sea la propia realidad la que desaparece ante los ojos de los personajes. La materialidad, la existencia pretendidamente objetiva que se dispone ante los ojos, mostrará toda su inexactitud y engaño. De esta manera, sin anclajes imparciales y ecuánimes, el mundo entero se transforma en ficción. La palabra ha triunfado sobre su referente, constituyéndose como única sustantividad del espacio: “El corazón, las figuraciones jamás le dieron la imagen de los problemas con los que se enfrenta. ¿Qué camino tomar? Duda de la realidad. No puede ser lo que está sucediendo. Confuso, la verdad oscura, se mueve entre mil luces, colgado de la duda” (Aub, 2019: 204).

Los bamboleos de Fidel Muñoz, personaje abrumado por los titubeos y la incertidumbre que rodea Madrid se unen a las amargas reflexiones de Julián Templado, uno de los comunistas que intenta resistir a las tropas casadistas. La multiplicidad de verdades y realidades contradictorias a las que asisten los personajes se suman a otro amargo pensamiento, la capacidad de olvido: “Viendo la destrucción sólo se le ocurrió pensar que dentro de cinco, de diez, de veinte años todo estaría reconstruido y nadie se acordaría del espanto” (Aub, 2019: 208). Palabras premonitorias que muestran cómo Aub mueve su pluma entre la aparente incomprensión acerca de lo sucedido, dada la confusión existente en el momento, y la dura certeza —una de las pocas que se muestran con claridad a lo largo de estas páginas— de que la victoria del discurso podría conllevar la instauración de una amnesia colectiva sobre lo que ellos estaban viviendo, sobre sus vidas y sus ideales. La realidad no solo se deshilacha ante los ojos de estos personajes, quienes asisten a unos hechos que no entienden ni conciben, sino que parece estar revolviéndose contra ellos:

Vicente Dalmases no entiende nada; en ningún momento ha pensado que la guerra se pueda perder, ni siquiera que se acabe, como su amor por Asunción. Ahora resulta que la hez, los traidores se han alzado con el mando y que quieren borrarlos del mapa a ellos, los que quieren

acabar con el enemigo. No lo entiende. Le parece tan monstruoso que clama al cielo. ¿Al cielo? Lo mira, gris. Y aquellos tres aviones republicanos bombardeando a los republicanos (Aub, 2019: 214).

La incompreensión que muestra el personaje de Vicente Dalmases, así como la de miles de republicanos que asistieron al desmembramiento de la República, es la base sobre la que se construyen estas páginas. Aub construye el relato ficcional de estos días sobre la confusión acerca de la palabra, para intentar mostrar el estrago causado a las concepciones de una lucha que, también desde un punto de vista psicológico, pesan sobre los personajes. Su adscripción al PCE se revela, en este aspecto, paradójica. El peligro comunista del que alertaban Casado y sus seguidores<sup>75</sup> aparece ante el lector desorientado y perdido, traicionado en los ideales y las posturas que creía defender. Sin que esta reflexión sirva a nuestro autor para defender la ideología comunista —pues su foco de atención se encuentra en las personas, los individuos particulares que tuvieron que vivir el conflicto—, la valoración de los republicanos como un endogrupo que se destruye a sí mismo presenta a ciertos comunistas como los portavoces de esta perplejidad. La ficción nos sirve para intentar comprender cómo funcionan las dinámicas de grupo. Unas interrelaciones complejas y cambiantes que permiten explicar tanto el odio extremo que se orienta hacia determinados grupos de personas, como las fragmentaciones de estos mismos endogrupos cuando el concepto del otro cambia para parte de ellos, incluso de manera unilateral o particular. Como explica la profesora Amelia Valcárcel:

Cundo un grupo pone en duda sus normas, se pone en peligro; de ahí que tal poner en duda no sea corriente. Por lo general cuando los grupos humanos viven aislados no encuentran «situaciones de contraste», esto es, otros grupos con otras normativas que les hagan dudar de la suya propia. E incluso si el contacto se produce, pueden evitarse las consecuencias normativas evitando la «situación de contraste»: cada uno se encierra en sus leyes como en sus murallas y dictamina que «el otro» no es del todo humano, y, por lo tanto, sus normas tampoco son atendibles y no ponen en cuestión la verdad de las propias. En resumen, en situaciones aisladas y estables, los grupos humanos básicos no han necesitado una ética, sino que éstas se han desarrollado precisamente cuando la confianza en los mandatos heredados se

---

<sup>75</sup> Peligro del cual Casado hablará hasta el último momento en sus conversaciones de rendición con Burgos, tal y como muestran estas palabras enviadas a Franco el 25 de marzo de 1939: “Sabe su excelencia que existe en esta zona el anhelo de la paz. La necesidad urgente de axfisiar (sic.) un golpe comunista que de haber triunfado hubiera desplegado un régimen de terror sin precedentes y de otro lado el deseo de satisfacer los anhelos pacifistas del pueblo me impulsaron a derribar a un gobierno abigarrado con todos los vicios políticos imaginables” (AGMAV, C.2485,16 hoja 1).

ha socavado por alguna causa importante e inobviable, sea una fuerte amenaza, sea una situación de contraste que no quepa eludir, por ejemplo, una implosión civilizatoria (2007: 465).

Las relaciones intragrupalas que se establecen en una sociedad, así como los sentimientos de pertenencia que adquiere el individuo a lo largo de su socialización permiten entender cómo se producen estos procesos de rechazo —o de aceptación— del diferente. El contacto con lo extraño, con aquello que una persona rechaza —o lo que acepta, a partir de otras personas, que debe rechazar— se desenvuelve en torno al autoconcepto personal de cada uno. Es en este punto, en los rasgos y características que cada sujeto va reuniendo – consciente e inconscientemente – para forjar su personalidad, a través de su educación, sus valores, y su razonamiento, donde se establecen las premisas básicas para elaborar una verdad personal y unas reglas de interacción con otros grupos humanos que no tienen que responder, necesariamente, a la realidad. El nacionalismo utiliza para ello la recreación del individuo adscrito a un determinado espacio nacional, de fronteras ficticias, en el cual juega un papel fundamental la enseñanza:

La educación ha sido un medio esencial de uniformidad nacional, de homogeneidad lingüística, de enseñanza de una historia nacionalista, de implantación y propagación de unos valores y símbolos nacionales. Ha sido así en Francia y Alemania, en Estados Unidos y Rusia, en España y en Italia, cada país a su manera y circunstancia, pero en todos los casos aplicando el mismo principio: los franceses, como los alemanes o los españoles no nacen, se hacen mediante la educación nacional y patriótica (Caminal, 2008: 54).

La fuerte impresión que puede producir un cambio de reglas en el modo de observar el mundo que tiene cada individuo —el cual es comprendido no en su globalidad, sino a través de representaciones y categorizaciones que permiten atender de manera más eficiente el conjunto de ejemplares que debe manejar (González, 2019)— puede ser utilizada por ciertos personajes y agrupaciones para lograr el control de la dirección de amplias capas de la comunidad. El rechazo al diferente – al que es adscrito como tal – se convierte, de esta manera, en un instrumento característico del endogrupo, de tal manera que la superación de periodos traumáticos de la historia, como es el caso del holocausto judío, suponen una importante brecha en el autoconcepto social de cada individuo. Tal y como explica Marguerite Duras en su novela *La douleur* (1985), solo hay una manera de aceptar esta realidad traumática a la que se debe enfrentar un determinado grupo social,

para huir del mantenimiento del rechazo y la discriminación: “La seule réponse à faire à ce crime est d’en faire un crime de tous. De le partager. De même que l’idée d’égalité, de fraternité. Pour le supporter, pour en tolérer l’idée, partager le crime” (1985: 65).

El nacional-catolicismo franquista, consciente de la fuerza homogeneizadora que podía llegar a alcanzar la configuración de un endogrupo nacional bajo su dirección ideológica, utilizó toda su maquinaria propagandística para afirmar este concepto de unidad en torno al nosotros, basado en una idea de patria aparentemente abierta y homogeneizadora en la que cabría cualquier español que pudiera ser considerado como tal. Bajo esta dialéctica, Burgos pretendía esconder el proceso semántico que estaba llevando a cabo para despojar al concepto de españolidad de todo aquello que no sirviera a los intereses del nuevo régimen. La trampa se encontraba en la palabra, la cual sirvió para crear una España metafórica a la que atraer, como se procuraba a finales de enero de 1939, las voluntades de los millones de republicanos que se encontraban desalentados y cansados de una lucha que no parecía llevarles más que a la derrota. Por ello, revistas como la falangista Destino procuraron modificar la opinión para llamar a sus lectores a colaborar en un nuevo proyecto común de patria que ya escondía el control del estado por la nueva dictadura que se estaba formando. Así lo intentaba explicar el falangista madrileño Raimundo Fernández Cuesta:

Sin embargo, somos optimistas. Las energías de la España están intactas. En nuestro país existen millares de hombres cuyo corazón late al unísono de una forma unánime y heroica, dispuestos a dar su vida por la Patria. Es, a estos hombres, especialmente a los jóvenes, a los que nos dirigimos para pedirles que nos acompañen en esta empresa que hemos empezado, y en la que se puede triunfar o morir, pero en la que jamás se retrocede; que nos presten su ayuda, su cooperación, su alimento, que se den cuenta que no se trata de ganar elecciones, de derribar gobiernos, sino de que estamos metidos en una jugada decisiva que se está ventilando nada menos que la existencia o la destrucción de España ; ingresen en las filas de esta compañía, hermandad o milicia, que es la Falange, donde entre todos, sin rencores, sin pugnas, sin componendas ni intrigas, sino limpia, virilmente, cara al sol, forjaremos la España grande y libre que ellos sueñan y que nosotros queremos (1939: 5).

El conflicto perdió, durante estos meses finales, el carácter dual que había mantenido para muchos a lo largo de los últimos tres años. La fragmentación del bloque republicano y la posterior guerra civil que vivió el territorio todavía controlado por el gobierno fue el resultado de estas disputas. Una República que terminó sus días a lo largo de marzo de 1939, en buena medida, cuando el concepto de endogrupo que se había

mantenido hasta entonces terminó de desaparecer. De esta manera, un franquismo reforzado en su idea de colectividad se enfrentaba, en la lucha final, a otro bloque que había perdido la mayor parte de su carácter unitario. Así lo reflejaba la *Revista de Catalunya*, editada en París, en su presentación de diciembre de 1939:

Es finida la guerra civil espanyola. Mós justament diríem: és clos un altre període en la secular crisi espanyola. Una vegada més, i en formes aparatosament tràgiques com mai, tot allò que constitueix l'estructura i la superestructura d'Espanya s'ha escindit en lluita; els seus diversos pobles, els seus múltiples grups socials, s'han demanat quina és la realitat profunda de cadascun d'ells mateixos i del conjunt, i com poden i han de viure i convida, amb tasca pròpia i en missió d'unitat. Cadascun, avançant-se o forçat pels que s'avançaven, ha proclamat la seva idea amb les armes a la mà; dos fronts heterogenis s'han oposat violentament. Catalunya, com a personalitat col·lectiva, s'ha trobat inequívocament en l'un d'ells, contra els qui l'agredien com a tal; els catalans, però, s'han partit entre tots dos. Molt desigualment quant al nombre de la decisió última, és cert; però cal reconèixer que ha estat així, si es vol comprendre en el seu sentit històric el que ha passat, i, més encara, el que ha d'esser. i que ja és, l'evolució de la crisi. Dit altrament: també dins Catalunya hi ha hagut guerra civil; perquè cada català, dins la seva consciència, ha hagut de referir els interessos, alts o mesquins, debatuts dins la lluita general espanyola, no solament a la idea que ell tingués de l'home i la seva dignitat, sinó també a la seva pròpia fe i a les seves pròpies aspiracions quant al destí d'una Catalunya concreta, immediata, subjecte de drets imprescriptibles, i que ara corria el seu perill suprem. No compten els qui lleugerament o maliciosament renegaren. Però mereixen respecte els qui, a través d'íntimes tortures, cregueren haver de posposar les reivindicacions catalanes a d'altres urgències. Posposar, diferir, pot ésser també un acte de fe; temerària, però fe. No importa, doncs, a quina banda de la lluita han estat els catalans; vencedors o vençuts, tots com a catalans es senten avui vençuts; tots com a catalans han de refer llur esperança, cercar les noves formes de llur afirmació i de llur cooperació.

Las páginas de *Campo del moro* intentan recoger una doble perspectiva. Por un lado, la tergiversación de una realidad que los diferentes personajes terminan viendo como voluble y contradictoria; un cruce continuo de acusaciones y alteraciones que no solo modifican insalvablemente su universo personal y su horizonte de expectativas, sino que también les lleva —como hemos comprobado que sucedía en el caso de Manuel *el Espiritista*— a la apatía y el olvido. El recuerdo se convierte en una experiencia dolorosa, dentro de un mundo que deja de ser comprendido y aceptado. El declive de Madrid se muestra así, metafóricamente, como el fin de la evocación de un tiempo que pudo ser mejor, pero que en estos momentos se deshilacha ante los ojos de los personajes. Por otro

lado, sin embargo, la esperanza no llega a desaparecer de las páginas de Aub. A pesar de la mezcla existente entre la realidad y la ficción, se mantiene la convicción de que los hechos podrán mantenerse en la memoria, y de que el futuro recordará lo sucedido. Se deja en manos del porvenir la certeza de que la memoria tiene más fuerza que la extraña y contradictoria realidad del presente, apelando a la razón de que el recuerdo de lo sucedido no podrá, incluso ante las malas perspectivas del momento, ser eliminado: “Un mal morir no puede infamar toda una vida. Lo cierto es que el pueblo español fue el único que se alzó, con armas en la mano, contra el fascismo, y míralo como lo mires, eso no lo borrará nadie” (Aub, 2019: 231).

La diatriba política se establece en el texto, de esta manera, a través de la capacidad de la palabra para reconstruir la realidad. Importa más lo que se cuente, y quién lo cuente, que los hechos vividos durante estos últimos meses de la guerra. La ficción se asienta dentro de las intencionalidades de las diferentes facciones enfrentadas como el instrumento idóneo para manejar el mundo. Es en ella donde se recogen los elementos básicos del discurso y del ideario que se quiere transmitir. Los parlamentos se adentran en el mundo de las ideas, perdiendo sus referencias reales en un camino que les lleva a fragmentar la verdad y a olvidarse de lo dicho, siquiera, pocos meses antes. El discurso muestra así su maleabilidad, como herramienta que no responde ya al análisis de los hechos, sino a la explicación más idónea de la conducta decidida. Los entresijos del golpe de Estado de Casado, así como sus incoherencias e inconsistencias, se resaltan ante los ojos del lector a través de la contraposición y de la ironía. En medio de un espacio diegético en el que, como estamos viendo, muchos personajes se sienten confundidos y perdidos, las pequeñas diatribas de dos figuras anónimas serán utilizadas para que el lector pueda apreciar cómo la personalidad concreta se diluye en medio de la retórica vacía instalada entre los principales dirigentes republicanos. El mismo narrador duda de la identidad de una transcripción taquigráfica que dice recoger, apuntando únicamente una serie de posibles nombres: “¿Wenceslao Carrillo y Rodríguez Vega? ¿Besteiro y Antonio Pérez? Tal vez Henche, Trifón Gómez, Edmundo Domínguez o Augusto Fernández”. La conversación posterior se convertirá, de esta manera, en un monólogo universal en el que, a pesar de su aparente carácter dialogado, se aprecia rápidamente cómo los “dos socialistas de pro” que discuten en los sótanos del Ministerio de Hacienda hablan únicamente consigo mismos, sin que sus palabras sean escuchadas realmente por su interlocutor; trascendiendo la particularidad del momento, para convertirse en epítome del clima de intransigencia y sordera asentado en el territorio republicano. Un clima de



incomprensión marcado por la necesidad de construir una justificación de la toma del poder por parte de los casadistas, a través de un discurso fantasioso e irreal, contra el que las razones y las argumentaciones no reciben como contestación más que el silencio:

—Lo primero que tenemos que hacer es extender al cadáver del Gobierno Negrín la obligatoria y natural fe de defunción, declarándolo depuesto a partir del momento en que la justa indignación del pueblo y del ejército le forzaron a abandonar el país en avión (...).

—Te dejas llevar por rencillas personales. No digo que hicieras [sic] todo lo que debieran, pero de ahí a lo que aseguras va un mundo.

—Las nominaciones injustificables de la última hora haciendo pasar todas las palancas del mando del ejército a manos del Partido Comunista provocaron la justa sublevación del pueblo y del ejército de Madrid y de todo el resto de la España republicana.

—Tal como lo puedes oír.

—No lo digas con ese aire irónico. Durante los dos años – o casi – que tuvo las riendas del poder hemos perdido todo el norte de España, una parte del litoral del Mediterráneo y finalmente toda Cataluña. La razón más profunda de una derrota tan enorme fue la estúpida y brutal dictadura comunista que dirigió nuestra desgraciada guerra y provocó ese trágico desenlace, dictadura cuyos agentes dóciles fueron Juan Negrín y su adjunto ministro de Estado: dictadores a la bota del Partido Comunista.

—Eran tus mejores amigos y pertenecen a nuestro partido.

—En otras épocas se fusilaba por menos que esto a los hombres responsables de tantas catástrofes (...), o por su traición, como hay lugar a sospecharlo justamente, entre otros cargos, por haber renunciado a defender a Cataluña cuando todavía era tiempo.

—Eso no te lo voy a permitir, porque yo estaba allí y tú aquí. Se hizo todo lo humanamente posible. Si el material, acumulado en la frontera, hubiese pasado a tiempo...

—Por nada del mundo querían abandonar el poder (...).

—¿Te das cuenta de que si trascienden tus palabras le harás más daño al pueblo español que todas las desgracias que según tú acumuló el Gobierno de Negrín?

—(...) La España republicana no podrá conocer jamás entre sus agentes y representantes a aquellos que obraron con probidad y a aquellos que no lo hicieron.

—Encenagas por gusto. ¿Qué tiene que ver esto con la resistencia del pueblo español? ¿con esta traición de última hora?

—El cuerpo de la República muerta, exangüe y hambreado (...).

—No soy yo el que te lo hago jurar. Mide dónde has caído. Te conozco; no eres capaz de callar lo que me acabas de decir: vas a proclamar tus rencores, verdades y mentiras a los cuatro vientos, para mal de todos. Pero llegará un día en que tus odios –que no digo justificados en parte– se hundirán en el olvido y quedará el pueblo en pie y, aunque no quieras, Negrín dirigiéndole hacia la única solución honrada y digna que se le ofrecía.

Hubo un portazo» (Aub, 2019: 185-188).

La conversación entre ambos socialistas se extiende por varias páginas. Frente a la brevedad y al discurso rápido y fluido que suele surgir de las páginas de *Campo del moro*, la profusión y elaboración de justificaciones que muestra el primero de los interlocutores presenta ante el lector cuáles fueron las bases de los ataques contra Negrín, así como la realidad de un discurso aparentemente poco endeble que, a pesar de su alejamiento de la realidad, logró triunfar entre la mayor parte de los republicanos que, hasta este momento, habían seguido apoyando al gobierno legítimo. Las contestaciones del segundo interlocutor van marcando la pauta de algunas de las razones que explican lo que se esconde tras el pretendido alarde oratorio del primero de los dos. Frente a un parlamento que resulta pomposo y fuera de lugar, llamando a una sublevación del pueblo que nunca se ha producido, la respuesta se centra en los conflictos personales que mantenían muchos de los líderes casadistas —como hemos comprobado en el caso del propio Casado, de los anarquistas, o del profesor Besteiro— mantenían con los diferentes ministros negrinistas y con el presidente.

La ironía es utilizada para rebatir, sucesivamente, los principales argumentos utilizados para intentar justificar la sublevación. Se buscan, dentro de la dificultad general para encontrar algo parecido a la verdad dentro de estos días, denunciar una serie de falsedades que pronto se asentaron entre gran parte de la población. De esta manera, los nombramientos que supuestamente dieron el control del ejército al PCE, tal y como proclama el primer interlocutor, se contraponen en la obra con la propuesta de Negrín para elevar a Casado al rango de general<sup>76</sup>, así como a la falta de fuerza de un partido comunista<sup>77</sup> que ve, a lo largo de estas páginas, cómo sus miembros van siendo encarcelados y fusilados por Madrid. El argumento de la culpabilidad del comunismo se

---

<sup>76</sup> Tal y como se menciona en un diálogo con el que se abre el día 6 de marzo: “—Dicen que se han sublevado por vuestros nombramientos —dice Uribe a los militares—, que no se podía ascender a menos de ser del Partido. —Entonces, Casado, además de cabrón, es adivino. Porque cuando me habló veladamente de levantarse —y no tan veladamente—, hace diez días, no había nada de eso —dice Ignacio Hidalgo de Cisneros” (2019: 143).

<sup>77</sup> Anteriormente la obra ya ha presentado los primeros planes de resistencia de la cúpula del PCE, nada más recibir la noticia del levantamiento casadista, a través de las irónicas contestaciones de Negrín: “Exponen sus planes guerrilleros. Allí tienen cerca de cien, decididos a todo. Juan Negrín mira socarronamente a los dos militares, les sigue la corriente: —Lo que debéis hacer — les dice como si fuera en serio — es volar las centrales eléctricas. La de Cuenca en primer lugar, luego las conducciones de agua. Dejar a Madrid sin luz ni agua. Al mismo tiempo podéis asesinar a Casado y a Besteiro. Los mira, serio. Líster le pregunta, desconcertado: —¿Qué va a hacer? —Dormir. No quiero que me cojan desvelado. Llevo cuatro días sin pegar los ojos. Que me maten en buenas condiciones” (2019: 153-154). El sarcasmo es utilizado como última barrera ante la paradójica situación que están viviendo los personajes, muestra de cómo dejan de comprender el mundo que les rodea.

deshilacha, de esta manera, mientras se presentan las sucesivas derrotas republicanas ante los ojos del lector como la verdadera razón del levantamiento.

### 2.2.3. Una epopeya de la traición: Aub y su defensa de la legitimidad republicana

El clima de derrotismo que fue aumentando tras el desastre de la Batalla del Ebro y la caída de Cataluña se configuran como los motivos principales para arrebatar el poder de las manos de Negrín. Negrín y su ministro Álvarez del Vayo se convierten en el foco de unas críticas que procuran esconder, como apunta el segundo interlocutor, la relación que existió entre ambas figuras y muchos de los que ahora les atacan, en una guerra civil interna dentro del PSOE que se extendería al conjunto de las fuerzas republicanas. Incluso se acusa al presidente de traición<sup>78</sup>, de no dedicar los esfuerzos necesarios a la defensa de la República, cuando fue el abandono internacional —como hemos podido comprobar— una de las causas principales de la impotencia republicana ante las arremetidas franquistas<sup>79</sup>. Ni siquiera la llamada de atención del segundo interlocutor, quien intenta en vano explicar a su compañero cómo el golpe casadista podría acabar definitivamente con los esfuerzos republicanos en la guerra —como así hemos visto que sucedió— es

---

<sup>78</sup> Las acusaciones que se vierten sobre Negrín en el fragmento que hemos presentado, acerca de su huida del país, también son contestadas en páginas anteriores. El presidente, según indica su personaje, habría salido de España porque no quería participar en esta nueva guerra civil: “No presidiré una guerra entre antifranquistas. Vámonos a Orán” (2019: 152).

<sup>79</sup> Las denuncias del ministro de Estado Álvarez del Vayo a este respecto serán constantes desde su entrada en el gabinete negrinista hasta muchos años después de acabada la guerra. Se trata de un ejemplo de cómo vivió el gobierno republicano el progresivo abandono internacional al que fue sometido, así como la impotencia que llegaron a sentir muchos miembros del gobierno ante la tergiversación de su imagen internacional. A este respecto podemos mencionar los argumentos que utilizó Del Vayo en un discurso ante las Brigadas Internacionales acantonadas en la Base de Albacete, el 14 de febrero de 1939: “Il y a été accordé à l’Espagne l’nohheur tragique, mais glorieux d’être un Rampart dans la lutte européenne mondiale contre le Fascisme. Le Fascisme depuis le momento ou il s’est transplanté et a franchi les frontières du Fascisme Italien, et qu’il s’est manifesté par le désir d’hégémonie et de domination extérieure des forces réactionnaires d’Allemagne, a une grande puissance de propagande. Devant le fascisme nous nous trouvons en face de ce paradoxe : une volonté de la majorité qui veut la liberté et la paix, dominée par le fascisme. Dans les pays ayant la politique extérieure la plus tiède et la plus hésitante, comme l’Angleterre, il y eut douze millions de votes enrégistrés dans le plébiscite organisé par Lord Robert Cécil pour montre la volonté de paix du peuple anglais. En France, une multitude surprenant non seulement les organisations prolétariennes, mais toutes les classes populaires qui ressentent encore l’influence de la Révolution Française, et qui le 5 Février 1934 devant l’attaque conservatrice et réactionnaire ont réagi comme ils ont réagi dans les premiers temps héroïques du XIXe siècle, à travers cette explosion merveilleuse de conscience populaire que représente le Peuple de Paris. Des millions de gens qui détestent le fascisme, [hueco ilegible] que c’est que le Fascisme, savent que le pire en lui ce n’est pas [hueco ilegible] ce qu’il comporte de cruauté si tragiquement affirmée depuis l’assassinat de MATTEOTTI, le premier assassinat ayant une grande répercussion internationale. Ils savent tous que le Fascisme hait l’intelligence et la Libberté, qu’il se réjouit de la destruction de la pensée, parce que la pensée et la critique mettent le fascisme en posture de condamné, parce qu’il est une rechute aux moeurs des périodes médiévales, un attentat inouï á la culture” (AGMAV C.1094,2,1 hoja 7).

capaz de lograr nada de alguien que no escucha, y que se escuda en sus ideas memorizadas y repetidas sin crítica. La falta de razonamiento se establece como otro componente más de la confusión de un periodo en el que, por lo tanto, el diálogo se muestra como un desiderátum imposible. A pesar de ello, la historia y la memoria serán, una vez más — confía el segundo interlocutor— las depositarias de un intento de verdad que rebase la pérdida de entendimiento del momento. Cuando pueda ser visto de manera más objetiva un periodo en el que, tal y como presenta esta obra, los odios y las rencillas se hicieron con las riendas de la situación, triunfando sobre la reflexión.

*Campo del moro* recoge en sus páginas un intento de explicar la compleja realidad política de marzo del 1939 sin centrarse en mayor medida en los entresijos de los protagonistas del periodo. Es la gente de a pie, aquellos que viven bajo el peso de la incertidumbre y del miedo que les provoca la falta de claridad de la situación, los que toman mayor relevancia a lo largo de estas páginas. Personajes como Manuel *el Espiritista* o Vicente Dalmases, quienes muestran cómo una determinada ideología política o una adscripción concreta —incluso la falta de la misma— no se pueden convertir en etiquetas capaces de explicar su ser y su personalidad, mucho más compleja que el grupo al que pudiéramos adscribirles. A pesar de ello, el discurso político —y no tanto el desarrollo en sí de los personajes políticos— sí que tendrá cabida en estas páginas. A partir del análisis del día 6 de marzo, las referencias a los principales protagonistas del momento irán aumentando, convirtiendo estos días en un recorrido por las justificaciones y explicaciones que ofrecieron sobre su actuación tanto el gobierno negrinista como el Consejo Nacional de Defensa. Julián Besteiro, más que el propio Casado, se convertirá en portavoz necesario de los propósitos de este organismo, cuyas contradicciones serán marcadas desde el primer momento. Ya cuando el mismo día 6 están preparando el programa político del Consejo la anunciada y supuestamente preparada evacuación de los republicanos se muestra como un desiderátum vacío, sobre el que no existe ningún avance. Uno de los principales argumentos del Consejo, que pretendía arrebatarse el poder a Negrín para poder comenzar los planes de evacuación y no continuar la supuesta guerra numantina se deshace ante el lector desde las primeras palabras del profesor Besteiro:

Besteiro calla, pasando la mano izquierda por su barbilla mal afeitada. Nota los cañones. González Moreno se sienta: se ha decidido de pronto a decir eso, sin pensarlo. Ahora está vacío. Oye a su interlocutor como si estuviera lejos. Lo ve pequeño, colgado de un hilo, como un títere.

—Váyase a París y procure organizar desde allí la evacuación.

González Moreno mira a Besteiro repitiéndose la pregunta que se le escapó; se le mete en la cabeza. Tarda en contestar, incrédulo:

—¿No tienen nada preparado?

—No

Una pausa.

—O casi nada (Aub, 2019: 171).

El control de la palabra se presenta también ante el lector a través del manifiesto del Consejo Nacional de Defensa. El discurso se eleva como el rasgo más importante de la actuación política, por encima de la realidad de los hechos y de la información veraz que su mismo autor recibe, convirtiendo el parlamento en una mera justificación de la toma de poder. Para que el Consejo pueda gobernar, es necesario mostrar al gobierno negrinista como el peor de los males y, para ello, se le adscribirá a este nuevo «otro» cualquier defecto necesario para mostrarle ante el pueblo como el nuevo enemigo de la República.

Antes de comenzar a desgranar un parlamento que se extenderá por varias páginas, el narrador ofrece ante el lector una sucinta y llamativa descripción de su autor, García Pradas, definiéndole como “un anarquista de menor cuño, director de CNT. Avieso, incapaz de reparar en nada con tal de salirse con la suya, impulsivo, sin base alguna, exaltado de por sí, panfletero, audaz” (Aub, 2019: 172). Este personaje, descrito como alguien preocupado únicamente por sí mismo, será el encargado de disponer de la realidad para construir una verdad que le beneficie a él y al Consejo, sin atender al grado de certeza que tenga esta. La base del parlamento será la creación de una conciencia de grupo partitiva, encargada de separar la idea de la República y de la lucha mantenida durante los últimos tres años de todo aquello que puedan representar Negrín y sus partidarios. De esta manera, nada más comenzar el discurso se sientan las líneas básicas del endogrupo en torno a los que actúan, según el autor, “como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas” (Aub, 2019: 172), los elementos básicos que había recogido la propaganda republicana desde el principio de la guerra, y que ahora se utilizan, de la misma manera, en el nuevo conflicto civil que se está produciendo. Aub intenta construir ante el lector una visión en espejo, en la cual este pueda comprobar cómo la palabra ha quedado separada de la realidad y de la verdad, sirviendo únicamente para los intereses particulares de los demagogos. La argumentación y el razonamiento parten

ahora de premisas falsas cuyo objetivo es únicamente convencer y reafirmar las adscripciones personales, sin que quepa crítica interna al respecto.

La novela se construye en torno a las impresiones y las experiencias de una serie de personajes que deben afrontar cómo su mundo particular, por una u otra razón, se desmorona debido a la crisis política y humana que se vivió durante la caída de la República. Madrid se convierte en una ciudad derrotada y desmoralizada en la que la traición se ha convertido en un todo omnipresente, un miedo y una realidad que paraliza cualquier sueño o ilusión que sus habitantes todavía pudieran albergar. Así lo expresa uno de los comunistas que resisten contra las tropas casadistas, Julián Templado, quien se lamenta por un final del conflicto que guarda importantes parecidos con su inicio: “¿Soy comunista? ¿Quién sabe? Pero no importa. De verdad, aunque me asombre de mí: prefiero criar gusanos a meter mano en este horrendo pastel de sangre y lodo de la entrega de Madrid traicionado. Así tenía que acabar nuestra guerra, a traición, como empezó. Ellos —los enemigos— no hubieran podido” (Aub, 2019: 207).

Este clima de abatimiento es moldeado a través del discurso de García Pradas, quien utiliza cualquier argumento a su alcance para intentar convencer a la población de las bondades del nuevo Consejo. El órgano recién constituido se muestra, de esta manera, como la solución mesiánica de todos los problemas que vive la República, a través de un lenguaje altisonante y emocional que llama a la unión de todos los republicanos para terminar el conflicto. El análisis de las razones utilizadas nos muestra cómo se pretende achacar al gobierno negrinista de aquello que será responsabilidad, precisamente, del Consejo: “Os aseguraremos que no desertaremos y que no toleraremos deserciones”, acusando al gobierno de Negrín de no tener “bases legales”, así como de haber perdido “toda clase de confianza o buen sentido”. La base del discurso se enhebra, por lo tanto, en torno a dos ideas básicas. La ilegalidad en la que habría caído el gobierno de Negrín da como resultado que sea el nuevo Consejo Nacional de Defensa el que adquiera el compromiso de salvar a todos los republicanos, al mismo tiempo que sus integrantes prometen permanecer en el país hasta lograr dicho objetivo. Como hemos visto, únicamente Julián Besteiro cumplió con esta palabra. El alegato del personaje de García Pradas no se referirá a ningún ejemplo concreto de la mala praxis del gobierno negrinista mientras, paradójicamente, asume el programa del mismo presidente al que acaba de derrocar: “nadie escapará a la tarea de cumplir con sus deberes. “«Ya sea que todos nos salvemos, o que todos muramos», dijo el Dr. Negrín, y el Consejo Nacional para la Defensa se ha impuesto este lema como su principio y su fin, como su única tarea:

convertir estas palabras en realidad” (Aub, 2019: 174-175). Aub utiliza el sarcasmo para mostrar ante el lector cómo la tergiversación de la palabra es utilizada para obtener el poder, sin más objetivo que su misma consecución. El nuevo órgano se nos presenta como un ente fallido e inoperante cuyo único logro ha sido utilizar un discurso anticomunista para deponer al gobierno de Negrín. Y su presentación en la novela finaliza con la categórica burla mordaz que lleva a cabo sobre él González Moreno, en su conversación con Besteiro:

—Dejando aparte que está escrito con los pies, ¿a quién engañan? La demagogia no le sienta, Besteiro.

—Si deja de morir un solo español por nuestra iniciativa, nos daremos por bien pagados.

—¿Y los que mueren por vuestra culpa?

Julián Besteiro hace un gesto vago; luego pregunta:

—La guerra a ultranza que preconizabais ¿era con flores?

—¿No os dais cuenta que entregándonos a ojos cerrados sacrificaremos más vidas que resistiendo? ¿Hasta qué punto desconocéis al adversario para suponer que no va a sentenciar a horca y cuchillo a miles y miles de los nuestros por el solo hecho de haber defendido lo suyo? No por capitular perdonarán; al contrario, será cebo crueldad. Se hartarán de sangre, perseguirán de muerte.

—No dejan de ser españoles.

—No lo voy a contestar que por eso mismo. Igual daría que fuesen franceses o alemanes. Nos coserán con la tierra con el mismo furor... Y si usted no se va...

—No me iré.

—En su carne lo padecerá y en la de los suyos. Con una sola tranquilidad.

—¿Cuál?

—Que lo quiso y lo hizo. En los frentes o en la retaguardia la guerra, la muerte, obra a ciegas. Pero Franco y los suyos escogerán a los mejores, capando el país por lustros.

—No será tanto (Aub, 2019: 175-176).

El objetivo principal de Aub será atacar la demagogia y la falsificación de la realidad, mostrar ante el lector cómo se llevaron a cabo estos procesos de manipulación durante el último mes de la guerra. Los personajes muestran su dificultad para intentar encontrar una razón a la aparición de un enemigo interno que, a pesar de la palpable desunión del antiguo Frente Popular, no oculta la presencia de los ejércitos franquistas a las puertas de la capital. Ya apoyen una u otra idea, es esta incertidumbre y este desconcierto lo que predomina en su visión de estos días, marcada por la extrañeza y el derrotismo. El juego diegético de Aub procura entretejer la contraposición de discursos

para poder mostrar cómo se manipula la realidad, y cómo la ficción se introduce entre los pliegues de la existencia para poder transmitir el mensaje. Las preguntas incómodas, así como la ironía que se desarrolla a lo largo de diálogos como el de este fragmento busca alejarse de la mera repetición de un argumentario, o incluso de la contrastación política entre las distintas iniciativas presentadas. Lo fundamental es buscar cómo las medidas y los hechos afectaron a los republicanos de a pie, aquellos que tuvieron que sufrir la brutalidad de la represión franquista o que debieron huir por los Pirineos, para terminar en muchos casos dentro de los campos de concentración franceses. Aub se cuestiona sobre las razones de la peculiar caída de la República, pero sin intentar defender una única verdad o posicionarse al lado de alguna opción política. A través de sus personajes va tejiendo una red de aparentes verdades que se contraponen, y va decantándose por algunas de ellas sin posicionarse con claridad. Su objetivo no es demostrar si un presidente como Negrín fue bueno o malo, sino intentar evidenciar y asumir la multiplicación de verdades que se produjo durante estos meses dentro de la República, sin renunciar a la mayor o menor crítica hacia muchas de ellas. La realidad se ha vuelto porosa y ficcional, pero todavía es posible encontrar hechos sobre los que contraponer los discursos. Las vidas y las existencias de los diferentes personajes que recorren las páginas de *Campo del moro*, intercaladas con las breves apariciones de las personalidades políticas del momento, buscan dibujar esta atmósfera popular, enfocada desde abajo. Con la complejidad y la confusión del momento, pero sin perder las referencias humanas y democráticas a pesar de los discursos.

Julián Besteiro se aparece ante el lector como un personaje enfocado en sus particulares ideas, convencido de que el proyecto de resistencia a ultranza que cree que busca Negrín es el peor de los caminos posibles para la República. Las inconsistencias de su discurso, a pesar de que González Moreno se las presente en el diálogo, únicamente encuentran la indiferencia y el silencio. Su integridad moral se manifiesta, al contrario que en los demás miembros del Consejo Nacional de Defensa, por su decisión de mantenerse en su puesto y no escapar de la ciudad, como terminará haciendo. Aub narra, de esta manera, la trágica decisión de una de las figuras políticas que más relevancia asumió dentro de las filas casadistas, y procura entender su decisión irrevocable de considerar al gobierno de Negrín un peligro mucho mayor que la próxima represión franquista – que él mismo sufrirá pocos meses después –, a pesar de los informes y los testimonios que no dejaban de llegar a Madrid desde las zonas ocupadas.



Será a lo largo de estas tres jornadas cuando, finalmente, el propio personaje de Besteiro explique sus motivos. La figura seria y silenciosa que se había presentado antes —uno más de los nombres conocidos del momento que frecuentan las páginas de *Campo del moro*, si bien destacándose desde los primeros momentos como una pieza relevante de los planes casadistas— intentará ahora exponer ante el lector lo que, a la luz de otros testimonios y la contraposición de ciertos personajes de la novela, es una manera de explicar una verdad particular que, a priori, no resulta fácilmente entendible.

Max Aub enhebra la justificación de Besteiro en torno al anticomunismo. Al igual que la mayor parte de los apoyos que recibió el coronel Casado, será el miedo a la Rusia revolucionaria el que terminará decantándole en contra del gobierno republicano. Una vez más a lo largo de estas páginas, un miedo irreal e injustificado se superpone a la realidad de los informes y las noticias que llegan sobre la represión franquista, así como a la particular política interna del gabinete negrinista para situarse como única verdad en la que confiar. La ficción gana a la verdad en una lucha de contrarios donde resulta más válido el discurso que los hechos. Así lo expresa el profesor madrileño, en una de sus intervenciones más relevantes:

—No podemos hacer gran cosa contra la realidad. Hemos perdido la guerra, Fidel. ¿De qué sirve que muera medio millón más de españoles? O, mejor, ¿a quién serviría? A Rusia. Inglaterra y Francia acabarán dejando las manos libres a Alemania contra la URSS. Nuestra resistencia sólo detiene este momento inevitable.

—Mire, don Julián: el combatir o dejar de hacerlo por algo que ha de pasar si sucede esto o lo de más allá, ese luchar en condicional, no es para personas como yo; sin contar que, si va a pasar lo que dice, entonces, y ahí no creo equivocarme, será la victoria del fascismo para no sé cuánto tiempo.

—No: el fascismo y el comunismo se aniquilarán mutuamente. Los comunistas van únicamente a lo suyo. Por eso echaron a su amigo Prieto del Ministerio de Defensa. (Sonríe enseñando sus largos dientes amarillos). España no es —no era— más que una baza en su juego. Saben que cuando gane Franco, Hitler les atacará, por eso quieren prolongar nuestra lucha hasta la sangre del último español, igual que los nazis, aunque por otros motivos.

—¡No los compare, aunque sólo sea porque los unos han peleado y pelean con nosotros, y como los mejores, y no enfrente! (Aub, 2019: 201).

Aub contrapone los motivos de este personaje a la convicción que se muestra en muchos otros fragmentos de la novela acerca de la cercana represión franquista. Estas palabras resultan, por lo tanto, paradójicas; un intento de salvar las vidas de miles de

españoles al luchar contra la influencia rusa en la República, mientras que quienes tenían las herramientas y la voluntad para poner en peligro estas mismas vidas se encontraban a escasos kilómetros del centro de Madrid. Las palabras del profesor madrileño son contestadas por Fidel Muñoz, a quien apenas unas líneas antes se ha presentado como antiguo partidario de Besteiro. Muñoz pone de manifiesto la incongruencia de querer luchar por un enemigo inexistente de la República en aquellos momentos, olvidando en el proceso a quienes siguen esperando que las disensiones internas acaben con la resistencia republicana. Además, muestra su enfado cuando Besteiro intenta comparar al fascismo y al comunismo, obviando quiénes habían luchado al lado de la República desde el principio de la guerra. La tergiversación del lenguaje se hace obvia, en un contexto de confusión. La ficcionalización de la realidad pasa a situarse como referente de la verdad, en un proceso en el que tiene más valor la palabra que el panorama bélico que rodea la capital.

Asimismo, el contexto internacional en el que se ve inmerso el conflicto español vuelve a situarse como uno de los referentes fundamentales para entender el desenlace de la guerra. La necesidad de mantener un frente unido ante las potencias occidentales, para intentar obtener un desesperado apoyo final que permita, al menos, la salida de los refugiados se desvanece ante los movimientos del Consejo Nacional de Defensa; utilizando precisamente los mismos argumentos tras la obtención del poder que el gobierno negrinista.

Besteiro se constituye durante estos días como uno de los engranajes necesarios para entender la postura del nuevo organismo. Por ello, los diferentes personajes se cuestionarán las razones de esta figura para apoyar a Casado, así como su caracterización o no como traidor a la República. Así sucederá en una reunión de la UGT; institución en la cual, a pesar de su apoyo al golpe de Casado y su aceptación de los postulados básicos propuestos por el coronel contra el gabinete negrinista, la figura del profesor madrileño será vista como la de alguien que ha mantenido una consistencia interna desde el primer momento<sup>80</sup>, dentro de la corriente liberal, por lo que las incongruencias de sus postulados provendrían de su adscripción al socialismo, y no tanto de su propia mentalidad. Su

---

<sup>80</sup> Así se puede observar, por ejemplo, al poco de comenzar la narración correspondiente al día 6 de marzo, cuando un personaje expone, ante los ataques de otro al profesor madrileño, que le “parece absurdo alzarse como lo haces contra Besteiro. Posiblemente él está tan de vuelta como yo y por no dejarse, por no retroceder, por mantenerse en lo dicho llevó a cabo el disparate que hizo” (Aub, 2019: 159). El narrador parece intentar transmitir cómo una integridad, quizá mal entendida, podría haber sido el motivo que llevó a Besteiro a tomar la decisión de apoyar el golpe de Casado.

anticomunismo también hallaría explicación, según la opinión vertida en este diálogo, en su rechazo a ser considerado al mismo nivel que la del resto de los trabajadores<sup>81</sup>. La descripción del narrador, asimismo, se mantiene dentro de su tono burlesco, construyendo la imagen del catedrático de lógica como la de alguien que sueña con controlar a las masas, a salvo desde su refugio intelectual:

—Nunca creía que Besteiro...

—Besteiro sigue siendo el mismo: procede de la Institución, admirable organismo liberal que creyó que la instrucción es la madre de todos los bienes, política inclusive. En el fondo sueña (Besteiro) en un despotismo ilustrado. Los métodos comunistas tenían que herirle profundamente. Besteiro es un tipo muy complejo; socialista por deducción lógica. Me diréis que la mayoría de los jefes revolucionarios fueron así. Pero él no fue nunca revolucionario. Embarcado en la guerra le domina la misma idea que le impulsó a oponerse a la huelga del 34 (Aub, 2019: 217).

El mismo a quien hemos visto que el narrador describía con una desagradable sonrisa de “dientes amarillos” es atacado por su deslealtad, a lo que otro personaje responderá de la siguiente manera: “¿De qué te sirve emplear vocablos sin vuelta de hoja? Tampoco es verdad. A menos que lo sea seguir en la misma línea. Besteiro estuvo siempre donde está. No ha variado de opinión” (Aub, 2019: 162). La pregunta queda en el aire, ante los ojos del lector, obligándole a cuestionarse la realidad de una palabra cuyo significado se desvanece a lo largo de la obra. Tal y como explica la investigadora Kara E. Barnette, en torno a sus estudios sobre el pensamiento del filósofo americano Josiah Royce: “A traitor has the important role of forcing the community to atone, and in this way bettering the community indirectly from his or her treachery. The traitor also serves to highlight the important role of choice and loyalty within community members” (2007: 81). Las continuas preguntas y dudas que muestran los diálogos de *Campo del moro*

---

<sup>81</sup> Besteiro se enmarcaría, de esta manera, dentro de la línea de pensamiento de personajes como Ortega y Gasset, para quien no era posible comparar al intelectual con la masa de la población. Así lo muestra el filósofo madrileño en obras como *La deshumanización del arte*, donde expresa, refiriéndose a la contemplación de la obra de arte, que “la mayoría, la masa, *no la entiende* (...). Dondequiera que las jóvenes musas se presentan, las masas las cocean” (2009: 70-71), para añadir a continuación una de las ideas más relevantes de esta obra: “Bajo toda la vida contemporánea late una injusticia profunda e irritante: el falso supuesto de la igualdad real entre los hombres. Cada paso que damos entre ellos nos muestra tan evidentemente lo contrario que cada paso es un tropezón doloroso” (2009: 72). Al igual que sucedía con Ortega y Gasset, una de las razones de Besteiro para odiar el comunismo —y, por extensión, el conjunto del gobierno y la labor del presidente Negrín— serían unos postulados igualitarios entre toda clase de trabajadores —ya fueran intelectuales o manuales— que él, desde su particular punto de vista, rechazaba.

acerca de esta noción nos muestran no solo cómo la palabra ha dejado de tener significados generales y compartidos en la comunidad, fragmentándose al mismo tiempo que la verdad y la misma sociedad, sino también la relativa fiabilidad de un concepto que, a priori, podría parecer directo. Besteiro, a pesar de los ataques que recibe a lo largo de estas páginas, parece servir como un elemento catártico para una sociedad que está desapareciendo. Es el proyecto republicano el que se deshace ante los ojos de unos atónitos personajes que utilizan al profesor madrileño como receptáculo de las arremetidas por aquello que ellos mismos no supieron ver y comprender con anterioridad. Sin negar su culpa y los errores de su particular visión sobre el adecuado desenlace de la guerra, Julián Besteiro se convertiría, para muchos republicanos, en el ejemplo perfecto sobre el que descargar las culpas. La traición, como indica el investigador Mark Cornwall al estudiar este fenómeno en el Imperio Austro-Húngaro durante la I Guerra Mundial, es concebida como

historically ubiquitous and the ultimate political crime. It always involves some kind of power struggle, a perceived challenge to existing authority, or a threat to an established political community that may endanger state security. endanger state security. The cry of «treason» or «traitor» has consistently been invoked over the centuries as a linguistic device with which to disarm a political opponent, a way of publicly branding some disloyalty to a cause or community (2015: 114).

La traición, gracias a la fuerza que tiene esta palabra, se presenta como un arma de gran poder en la lucha política. Tal y como nos muestran investigaciones como la de Roger Nicholson acerca del papel del concepto de traición en las crónicas tardomedievales de la ciudad de Londres, a lo largo de la historia el vocablo se ha utilizado como un instrumento histórico de gran fuerza política, cuya narratividad ha sido de gran utilizad como parte de la construcción tradicional del poder, como uno de los instrumentos a través de los cuales recrear la visión histórica de un determinado periodo: “In London, if the traitor’s body served paradoxically to mark the integrity of the city space, it also does doublé duty, horrifically, both in the streets and in the chronicler’s rememorative text, as the most vivid signifier of sovereignty, a perverse, but most effective rallying point”(2015: 158). Por ello, en el intento de explicar la fragmentación social y la desmembración interna de la República que se procura a través de las páginas de *Campo del moro*, el análisis y la reflexión sobre este concepto ocuparán un lugar destacado dentro de las preguntas y los diálogos de los diferentes personajes, quienes no dejarán de

cuestionarse desde diferentes ángulos quiénes son los traidores. Conforme el nuevo golpe de Estado va avanzando, los diferentes diálogos irán construyéndose ante esta pregunta, de difícil —incluso imposible— contestación. El concepto en sí mismo se deforma ante los ojos de los protagonistas, quienes irán descubriendo cómo un vocablo aparentemente claro y de enorme fuerza emocional puede también deshilacharse cuando se intenta asentar su realidad. La palabra no solo se convierte en arma autónoma, separada del mundo al que dice referirse, sino también en un cuchillo de doble filo que desdibuja la culpabilidad entre los dos nuevos bandos enfrentados. *Campo del moro* nos muestra un análisis fragmentado de la legitimidad del gobierno de Negrín, intentando atender al mayor número de puntos de vista posibles. A pesar de su concepción global en contra de la toma de poder por parte de Casado, tal y como indican los diálogos de los personajes, la verdad —como hemos visto que sucedía a lo largo de nuestro análisis— no puede establecerse de manera categórica. Ni siquiera el concepto de traición puede asentarse con seguridad, dentro de un mundo en el que la certeza ha terminado siendo la gran derrotada. Por todo ello, a los personajes no les quedará otra opción que aceptar la indeterminación de una expresión que, paradójicamente, se convirtió en el elemento más destacado de las argumentaciones cruzadas que se produjeron durante las últimas semanas de la República. Definir quién era el verdadero traidor habría supuesto adjudicar la culpa en uno de los dos nuevos bandos formados. Sin embargo, tal y como expone la prosa de Aub, la imprecisión del término será la única conclusión posible que se pueda obtener:

No cuenta lo que le contestó hace dos noches, al interesarse por el paradero de Vicente Dalmases:

—¿Comunistas? Que se pudra.

(...) Oyen el tiroteo.

—Traidores...

(...) Hablan de traición. De quién traiciona a quién.

—¿Qué es eso de traicionar? —pregunta Bonifaz—. ¿Qué quiere decir? Ser fiel a sí mismo ¿es traicionar? Ser infiel a una causa en la cual ya no se cree ¿es traicionar? No: el quid está en el provecho. Una misma cosa hecha con fines crematísticos, en vista de cualquier beneficio personal o para salvar el alma, es traición o lealtad.

—(...) Librar de un riesgo a un enemigo, por remuneración, está mal; por salvar su vida, puede estar bien. No hablo de dos personas distintas: de la misma. Es decir: si fulano hace pasar la frontera a zutano y por ello recibe equis miles de pesetas, es un traidor. Si lo hace por amor al arte o a la ética —tanto monta— puede no serlo.

—(...) Ahora bien, fíjese: no hay libro, ni ensayo acerca de la traición o, por lo menos, no lo conozco, y he visto bastantes en mi vida. Acerca de los traidores, sí: infinitos y cantidad de leyes. Hasta sería capaz de decirle que la literatura está basada en historias de traiciones y de traidores. Pero sobre la traición en sí, nada.

—Es curioso. ¿A qué lo atribuye?

¿Qué político no traiciona? A sí, a los demás. Sin eso el mundo no adelantaría, estaríamos donde siempre estuvimos. ¿Traicionó Bonaparte a la revolución? ¿Traicionó Lutero? ¿Traicionó Isabel la Católica? ¿Traicionó Julio César? ¿Traicionó Bruto? La historia de la evolución, del progreso, es una larga historia de traiciones, la historia misma de la traición, por eso la gente huye de hablar de ella. Unamuno, cuando quiso hacerlo, no pasaba de disertar acerca de la envidia.

—Entonces, ¿no se puede hacer nada?

—¿Nada de qué?

—Por Dalmases, por Fidel (Aub, 2019: 254-256).

La conversación entre los personajes de Ramón Bonifaz y de Moisés Gamboa muestra la paradoja en la que se ha convertido la vida política madrileña. Las categóricas acusaciones de traición que se vierten sobre los comunistas —quienes en estos momentos se encuentran siendo detenidos y fusilados por diferentes partes de la ciudad, como nos mostrará *Campo del moro* a continuación— obedecen a una necesaria lucha de poder entre los dos nuevos bandos en los que se ha dividido la República. La certeza o no de esta etiqueta responde a la defensa o ataque a la legitimidad de Casado y de su Consejo Nacional de Defensa para obtener el poder. El vocablo traición se nos muestra como un instrumento más de control, ante unas intervenciones que muestran su vacuidad y su vacío, su capacidad para ser rellenado con las características necesarias que puedan servir al mismo que lo está utilizando. Su indeterminación y ambigüedad adquiere todo su valor dentro de un panorama de opuestos enfrentados, donde el diálogo se ha convertido en una empresa imposible. El ejemplo que se nos muestra para ilustrar esta incerteza es paradigmático, pues parte del enfrentamiento entre el ‘nosotros’ y el ‘otro’ —las etiquetas de ‘amigo’ y de ‘enemigo’ que pueden cambiar radicalmente la visión que una misma persona merezca— para mostrarnos cómo en este contexto de división —extremo, en el caso de una guerra civil como la presente— un mismo hecho, la salvación de la vida de una persona, puede pasar a ser considerada como algo comprensible y símbolo de humanidad a ser entendido como un crimen, cuyo castigo necesario —tal y como el otro interlocutor acaba de proclamar, enfurecido— debe ser el fusilamiento. La diferencia fundamental entre la vida y la muerte, entre la aplicación de una supuesta justicia y el

asesinato, es establecida a partir de un término cuyo grado de subjetividad le ha vaciado de contenido objetivo, dejándole al arbitrio de la manipulación política. Al igual que resulta complejo definir qué es la ficción, el vocablo traición es concebido en este diálogo como un espacio fuera de la realidad; un concepto que parece muy difícil de entender en abstracto, pero cuya utilidad particular muestra su riqueza no solo en la facilidad para adscribirlo a múltiples individuos, sino a su capacidad para convertirse en una de las bases de la literatura. Apunte metaliterario que nos muestra cómo la traición se ha transformado en la base ficcional de una novela construida, precisamente, sobre esta idea.

Aub elabora un diálogo en el que se intenta encontrar un sentido existencial a la situación republicana en marzo de 1939, asumiendo que el reparto de la culpa y de los errores cometidos mancha a todos los que ostentaron el poder en aquella época, sin que esto le sirva, sin embargo, para olvidar la referencia democrática que subyace a la novela. El texto propone un intento de solución parcial a la cuestión —o, al menos, de salida provisional— en la evasión de la raíz del conflicto. Si la ostentación del poder siempre puede ser concebida por los ‘otros’ como traición, dependiendo del punto de mira utilizado, y si este vocablo se incardina en la oposición necesaria entre el nosotros y el ellos, una posición posible es escapar de esta misma lucha, y situarse en un espacio donde ambos referentes pierdan fuerza. Por ello, aunque la lucha de conceptos y la pelea por el discurso siga presente, impregnando las páginas de la novela, la conversación sobre la teoría del concepto de traición será cortada por una realidad que, pese a todo —y pese a su constante ficcionalización— termina imponiéndose. La búsqueda de dos comunistas desaparecidos, Vicente Dalmases y Fidel Muñoz, supera las concepciones y adscripciones a la traición. Su posición política o su militancia pierden importancia frente a la realidad de que se trata de dos personas inocentes detenidas, únicamente, por una etiqueta. El crimen, una vez más, se encuentra en la palabra, no en los hechos. Y el intento de cambiar esta injusticia, a pesar de la situación, se impone como necesario frente a las disquisiciones sobre la comprensión de esta misma realidad.

La reflexión teórica no será, sin embargo, el único medio que utilice Aub para acercarse al concepto de traición. Fiel a su análisis de la complejidad subyacente entre la sociedad madrileña, será a través de las gentes de a pie como Campo del moro termine de mostrar la complejidad de este fenómeno. La continuación de la historia de Manuel *el Espiritista*, en el cual se había detenido el narrador durante los días anteriores, es una muestra de la traslación práctica del cruce de acusaciones que se está llevando a cabo en la capital republicana. La reintroducción de este nombre se realizará a continuación de la

detención del comunista Vicente Dalmases, uno de sus amigos. Según nos informa el narrador, Vicente había decidido realizar una breve visita a Valencia, antes de regresar al frente madrileño. En el curso de este viaje, el lector asistirá a varios diálogos y reflexiones en los que el narrador presenta al personaje como un idealista que sigue confiando en la unidad del Frente Popular y en la necesidad de la lucha. Sus motivos se incardinan en la amenaza franquista, siempre presente. Él, a pesar de su adscripción política al PCE, cree que es necesario continuar peleando no solo por una razón de legitimidad democrática, sino también por mera supervivencia. La llegada de las tropas franquistas al centro de la capital supondría, según sus consideraciones, el comienzo de una represión que se cobraría la vida de miles de republicanos inocentes. Sabedor de los informes y los relatos que llegan desde hace años desde las zonas ocupadas, no da credibilidad a una propaganda franquista que considera que esconde la sed de sangre de los generales rebeldes. Dalmases es mostrado, en definitiva, como una persona alejada de la política de despachos, que vive su adscripción al PCE desde el ideal, desde la convicción moral de que lucha por y para el pueblo en su conjunto, sin olvidar el enorme cambio que, para él, ha logrado traer la República durante los últimos años. Desde una visión que parte de la humildad de sus orígenes —y a pesar de los numerosos errores cometidos, que no rechaza o justifica— cree, desde el corazón, que merece la pena luchar por lo que se ha conseguido. Para Dalmases, la República ha probado, de manera suficiente, su capacidad para cambiar el sino negativo y pesimista que escritores como Azorín vertieron sobre el país. Así lo refleja el mismo personaje, al ofrecer su opinión sobre unas reflexiones del escritor noventayochista:

Pasa la página:

«Ningún lugar mejor que estos parajes para meditar sobre nuestro pasado y nuestro presente. Causa de la decadencia de España han sido las guerras, la aversión al trabajo, el abandono de la tierra, la falta de curiosidad intelectual; convienen en ello – como habrá visto el lector – Saavedra, Fajardo, Gracián, Cadalso, Larra. No hay más aplanadora y abrumadora calamidad para un pueblo que la falta de curiosidad por las causas del espíritu: se originan de ahí todos los males (...)». La cantinela empleada constantemente por *Azorín*. ¿Qué España es esta que el monovareense retrata en su libro? Parecen páginas escritas hace siglos. Nada tienen que ver con la realidad que ha vivido estos últimos años. ¿Habrá cambiado tanto España con la República? Es posible, es seguro. Hace meses, al paso, dio una vuelta por el pueblo: las iglesias cerradas como tales, se han convertido en bibliotecas populares, graneros o comités de defensa; las grandes propiedades se han repartido; la casa del marqués, del comité de la



UGT; la del cacique, hospital de recuperación; la torre de un poderoso industrial de Alcoy, colonia infantil. Por todas partes corre un perceptible afán de saber (Aub, 2019: 147).

La pesimista reflexión sobre el sino de España, extraída de uno de los autores noventayochistas más destacados, choca con la visión personal de Vicente, inserta en los logros republicanos. La sensación de lejanía respecto a estos testimonios se presenta como uno de los rasgos del cambio sufrido por el país durante la última década. A pesar del conflicto civil que sigue desgarrando España, la realidad ha cambiado sustancialmente para mejor —a ojos de este personaje— desde la proclamación del nuevo sistema democrático en 1931. Las preguntas sirven para cuestionar al lector sobre las razones de la intensa propaganda que se refleja en la vida política de este periodo. ¿Cuánto hay de verdad en las críticas que se llevan a cabo contra la República agonizante, que parece haberse convertido en madrastra, incluso, para buena parte de los que continuaron apoyando este proyecto tras el golpe de Estado de 1936? ¿Es Negrín quien realmente ha terminado con el sueño republicano, o la verdad sobre el fracaso de la guerra se encuentra en otras razones? Dalmases muestra su seguridad ante estas cuestiones, aunque no conozca la respuesta. No necesita contrastar los errores y los fallos para saber que, de haber sido otro el resultado de las elecciones locales de 1931, o de haber triunfado el golpe de Estado en 1936, la situación de lo que él considera el “pueblo” habría sido otra. Y los cambios producidos no se sitúan en el ámbito de las esperanzas, sino en el derribo de los dos grandes símbolos tradicionales del poder en España. Un país que había dejado atrás, en gran medida, la imagen decadentista que sobre él se habían formado autores como el escritor alicantino. Si Vicente sigue queriendo luchar por la República, a pesar de la grave situación en la que esta se encuentra, es por haber comprobado cómo la educación y la mejora de las condiciones de vida de las clases populares vividas durante los últimos años contrasta con esa España de Azorín, marcada por los caballeros del pasado, por el peso de la religiosidad en la vida diaria, y por el declive de sus ciudades, que parecen habitar en tiempos lejanos, más que en el presente: “La ciudad está silenciosa. De tarde en tarde pasa un viejo rezador que salmodia la oración del Justo Juez. Los caserones están cerrados. Sobre las tapias de un jardín surgen las cimas agudas, rígidas, de dos cipreses. Las campanas de la catedral lanzan —como hace tres siglos— sus campanadas lentas, solemnes, clamorosas” (2013: 76).

A pesar de su inocencia, Vicente Dalmases se enfrentará al repentino cambio que se ha producido en el poder republicano a su regreso a la capital. El narrador busca

contrastar los ideales e ilusiones de este personaje, así como su lucha por una República que poco tiene que ver con las disputas por el poder que se están produciendo en los despachos, con la nueva persecución que se está llevando a cabo por las calles madrileñas. En paralelo con la sanguinaria represión que se instauró durante los primeros meses de la guerra contra todo aquel que encarnara alguno de los valores o estereotipos de la que pronto se convertiría en la España franquista, ahora todo aquel sospechoso de ser comunista —como estudiaremos a continuación— será encarcelado y represaliado sin apenas mediar palabra. Es lo que le sucede a Dalmases, quien será enviado a una improvisada cárcel junto a otros compañeros del partido nada más entrar en la capital, cuando uno de los controles establecidos por el Consejo casadista le detiene, y procede a encañonarle tras revisar sus papeles, sin mediar palabra ni dar explicaciones (Aub, 2019: 194).

Es en este contexto donde reaparece el personaje de Manuel *el Espiritista*. Movido por su amistad con Dalmases, y temeroso del destino expedito que podría sufrir su amigo en cuestión de horas, decide recorrerse Madrid en su búsqueda. El derrumbamiento de su vida, así como la angustia que ya hemos visto anteriormente que arrastraba —inmerso en un conflicto que no entiende, y que ha acabado con los fundamentos su existencia— se unen a la comprobación de que las singularidades y los detalles personales han desaparecido en un mundo donde la individualidad ha sido sacrificada frente al binomio amigo-enemigo. A pesar de que intenta explicar su situación, y llamar a la necesidad de que le digan, al menos, donde se encuentra, sus aspiraciones chocarán con la desidia y el desinterés general que se ha instaurado hacia la suerte de los comunistas. Manuel vagará por las calles de Madrid, intentando pensar en alguien con influencias suficientes para ayudar a Dalmases, mientras va sintiendo cómo crece la angustia en su interior, por las calles de una ciudad que, para muchos, se ha convertido en madrastra: “No puede con su alma. Se sienta en un banco. No bebe, no debe beber; Vicente, ante todo. Sube, arrastrándose, por la calle de Alcalá. Tiros, una ráfaga de ametralladora, tiros. ¿Le apuntan? No” (Aub, 2019: 233). El enemigo, sin rostro ni rasgos personales, se ha establecido como un nuevo paradigma en el interior de la República. El mismo proceso vivido al comienzo de la guerra, tras el fallido golpe de Estado, contrastará la visión de personajes como Vicente, quien sigue considerando a todos los republicanos dentro del mismo endogrupo, contra la perspectiva del Consejo casadista, quienes ya persiguen y engloban a todos los comunistas bajo el marbete de «enemigos», sin mayor distinción. Al igual que las dudas de un personaje como Fidel Muñoz, también comunista, nos habían

mostrado pocas páginas antes: “sigue por Fuencarral, llega a los bulevares, engolfado, sin saber lo que hace ni lo que piensa. ¡Qué cansancio! ¿A qué bando pertenece? ¿Dónde el decoro y la reverencia? Relajada la disciplina; estragado, trastornado, oscurecido el entendimiento, tropieza” (2019: 203-204), la realidad parece desdibujarse ante los ojos de unos personajes que no entienden este brusco cambio de paradigmas, así como la confusión de términos y etiquetas producida durante estos días. Ello llevará a Manuel, inmerso en la desesperada búsqueda de su amigo, a despreciar el peligro que corre en medio de la batalla que cubre las calles madrileñas: “Don Manuel no se extraña de nada. Sin importarle los tiros sueltos (Si me dan, lo mismo da), llega a la Castellana. Lo detienen tan pronto como pasa la reja de la casa que busca y encuentra” (Aub, 2019: 234). Vemos cómo la desesperación y el desentendimiento con la realidad cubren los pasos de un personaje a quien ya solo mueve la inercia, perdido el valor para intentar dar una razón a lo que está sucediendo a su alrededor.

La situación que experimenta este personaje deriva en una mezcla de apatía y desesperación ante un mundo que parece haber dejado de pertenecerle. Manuel ve cómo la realidad y las certezas se deshilachan ante sus ojos. Aunque no ha logrado encontrar el paradero de Vicente, las reflexiones sobre el concepto de traición y de enemigo seguirán acosándole. De esta manera, la fuga de prisión de otro personaje, Enrique Almirante — quien decide acudir a casa de Manuel para refugiarse— será la oportunidad precisa para que el narrador nos ofrezca este diálogo tenido de preguntas de difícil respuesta. Así será su respuesta cuando, tras todo lo que ha sucedido, es acusado de traición por el mismo que viene a pedirle ayuda:

Decide [Enrique Almirante] – sobre la marcha, que no es un decir – estarse quieto unos días en casa del *Espiritista*. Don Manuel se niega a alojarle:

—No quiero ver a nadie, a nadie.

—Es usted un traidor.

—¿Traidor? ¿Traidor, yo? Traidor, si lo hay, no hay más que uno. Lo oye: uno.

Levanta una mano, cierra el puño dejando apuntado un dedo hacia lo alto, sosteniéndose apenas con la otra, en la mesa.

—Me ha dejado solo. ¡Solo!

—Pero yo soy su amigo. Déjeme estar aquí. No le molestaré nada. Hasta que esto se acabe.

—Ya acabó todo.

—¿Va a negarme un vaso de vino?

—Si se trata de beber, es otra cosa. Una copa no se niega ni al peor enemigo.

—¿Quién es nuestro peor enemigo?

Don Manuel mira a su visitante con los ojos turbios, hace un gesto vago:

—El que tenemos en casa.

Escancia con dificultad. Derrama vino sobre la mesa ya pegajosa (Aub, 2019: 258-259).

Serán los comunistas, los únicos que decidan resistir al levantamiento casadista, quienes deban soportar, principalmente, tanto el membrete de traidores como el último intento de resistencia republicana. Frente a la acusación de traición que se realiza contra Negrín desde las nuevas instancias oficiales, relacionadas o sometidas al control del Consejo, la conversación de muchos de los personajes de a pie girará sobre la acusación al otro enemigo interior, al propio coronel Casado. Esta reflexión servirá de cierre para los sucesos del 8 de marzo, encuadrándose dentro de la traición casadista. Pero ya antes se habían planteado por extenso las razones del líder del Consejo para oponerse al gobierno negrinista. Así reflexiona, por ejemplo, uno de los comunistas que han sido apresados en Madrid: “Casado quiere saber quién es, por eso traiciona. Sólo los remordimientos le dan a uno su dimensión Su dimensión de porquería, pero su medida. Soy incapaz de medirme. ¿A quién podría traicionar? Ni eso siquiera: no le importaría a nadie. Casado, hijo de puta: no lo es quien quiere, hay que serlo; desear el poder” (Aub, 2019: 209).

La traición, entendida también como una manera de obtener el poder, sirviéndose de los discursos precisos para ofrecer la justificación necesaria, nos introduce en otro aspecto relevante de la narración que Aub nos ofrece sobre estos tres días. Es destacable esta imagen del coronel Casado que van construyendo los diferentes personajes y el narrador, como alguien preocupado únicamente de su ambición por el poder. Su figura contrasta de manera palpable con la constante preocupación mostrada por el presidente Negrín para evitar este nuevo conflicto, que llega a manifestarse en un postrero intento de entregar el poder de manera lo más legítimamente posible<sup>82</sup>. Por ello, a lo largo de la novela se producirá un marcado contraste entre los infructuosos intentos de Negrín por extender líneas de diálogo con el nuevo Consejo, eludiendo tanto el enfrentamiento dialéctico como el militar con los casadistas, y la marcada voluntad del entorno del

---

<sup>82</sup> “En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta Constituida en Madrid y la propone designe una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España, que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de esta manera se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa porque hemos luchado. Y sólo así podremos en el orden internacional conservar las ventajas que nuestras escasas relaciones aún nos preservan. Seguros de que al invocar el sentimiento de españoles esa Junta prestará oído y atención a nuestra demanda, le saluda, *Negrín*” (Aub, 2019: 178).

coronel Casado de no responder a estas peticiones y, al contrario, procurar mostrar en mayor medida todos los males derivados de la acción de Negrín.

La pequeña guerra civil que se vivió tras el golpe de Estado concentró a las nuevas fuerzas casadistas contra los únicos que continuaron defendiendo a la República. Fueron los comunistas madrileños quienes, paradójicamente, optaron por un último intento de defender la legitimidad del gobierno negrinista ante el nuevo intento golpista, a pesar de la rápida oleada de apoyos que el coronel Casado obtuvo desde todo el territorio republicano. Aquellos que fueron acusados de estar tramando la toma del poder y la destrucción de la República fueron los únicos que, en uno de los contradictorios giros que nos ofrece la historia cada cierto tiempo, procuraron oponerse a aquellos que intentaron tomar el poder por la fuerza.

#### 2.2.4. Aub y el triunfo de los grises: la vida continúa en el Madrid de la guerra

La narración que realiza Aub sobre estos acontecimientos se asienta sobre dos vertientes. Por un lado, la incompreensión y la confusión de muchos de los personajes que, como hemos visto, no llegan a entender por qué quienes hasta aquel momento habían sido aliados de la República, los comunistas, eran convertidos en un instante por el discurso oficial en sus enemigos más despiadados. Por otro lado, la circularidad que se aprecia entre los fenómenos represivos, manifestándose en las páginas de *Campo del moro* cómo la sed de sangre y los fusilamientos indiscriminados que se vivieron durante los primeros meses del conflicto en el territorio republicano se repetirán ahora por las calles de Madrid, ante los ojos y los oídos de una población que prefiere permanecer indiferente ante estos hechos. Así comienza, por ejemplo, la narración correspondiente al 8 de marzo:

Al amanecer, frente a una tapia del palacio del Pardo, el teniente Rocha manda el pelotón de fusilamiento de los tenientes coroneles Maldonado y Pérez Gazolo, del coronel Arnaldo Fernández y del comisario Fernando Leal, adictos al Consejo.

Por la carretera, grupos de mujeres van a los pueblos cercanos en busca de verdura y leña. Oyen la descarga, como si nada.

—En el Novelty pasan una película de rechupete.

—Yo no pude entrar anoche en el Capitol... (Aub, 2019: 249).

Aub procura, en todo caso, ceñirse a la narración ficcional de un complejo periodo histórico que no admite ni blancos ni negros. A pesar de la represión llevada a cabo contra

los comunistas por parte del Consejo, y de la victimización que sufren personajes como Vicente Dalmasas, nuestro autor no duda en introducir también en su relato los fusilamientos llevados a cabo por miembros del PCE contra destacados militares casadistas. Este es el caso de los asesinatos que se observan en esta cita, producidos en El Pardo pocos días después de que comenzaran los combates.

Madrid, a pesar del hambre, del frío y del miedo que sufre, sigue intentando mantener una precaria vida que, para algunos, al menos, parece servir como una manera de luchar contra el horror de la guerra. Sin embargo, tras tres años de conflicto, la historia parece repetirse en la ciudad. Como si se tratara de una obra macabra, el narrador nos irá explicando cómo se producen los fusilamientos de los comunistas, al mismo tiempo que se entremezclan los recuerdos de algunos de los personajes sobre la represión republicana de los primeros meses de la guerra. El contraste marca la diferencia en el público y el interés, centrando el discurso en cómo tanto los de un lado como los de otro terminan muriendo de la misma manera, mientras que la diferencia se encuentra en el nivel de entusiasmo de aquellos que acuden a observar el trágico espectáculo.

El centinela no sabe a qué carta quedarse. Quisiera marcharse, olvidar, dormir. Por la mañana tuvo que formar en un pelotón de fusilamiento. Murieron gritando:

—¡Viva la República! —. No lo olvida. Pero a lo mejor lo que está diciendo este energúmeno es importante.

Debe dar cuenta (...).

Rafael Vila, como si hablara de otra cosa, cuenta:

—Me tocó mandar los primeros pelotones de ejecución en el Campo de la Bota el 19 de julio. No vayáis a creer que me gustó. ¡Qué va!, pero ¿qué remedio? Alguno lo tenía que hacer y yo nunca me he echado para atrás. Es muy fácil decir, sentado detrás de una mesa: — esos, me los fusilan —. Basta con un gesto, una firma. Porque las cosas se hicieron como se debía: existían los tribunales, daban su veredicto pero ¿quién lo ejecutaba con el ejército disuelto? ¿Las patrullas de control?

—(...) Un lío: los milicianos no sabían de qué iban: quien cargaba a la orden de apuntar, quien disparaba antes de la voz de fuego, otros después. Un maremágnum de órdago. Y la gente viendo aquello. Para qué os cuento. Sin contar que había que rematarlos a todos. Yo ya no vivía.

—(...) Tampoco estos son malos.

—Aquí no nos ven, a lo sumo nos vemos la cara. Aquello era un espectáculo. No cabía más gente, por todas partes. La función empezaba al salir el sol. Se peleaban por colocarse lo mejor posible. Miles. ¿Qué digo miles? El día de Goded... Los traían en reatas de cinco o seis. Lo dejé estar a los tres días. Era mucho mandar y, sobre todo, delante de todos... Sin contar que

aprendieron pronto, me substituyó Camarlench. ¡Qué días! No se los deseo a nadie (Aub, 2019: 240-242).

El horror de Rafael Vila, encargado de los fusilamientos tanto en la segunda mitad de 1936 como durante estos días de 1939 muestra toda la deshumanización provocada por la guerra en la facilidad con la que se arrebataron vidas humanas indefensas. La categorización de las personas en amigos y enemigos, esas fáciles etiquetas que pueden llegar a arrastrar consecuencias desastrosas, muestra su fuerza en la sencillez con la que se puede llegar a eliminar a tantos miembros de un determinado exogrupo cuando se dan las circunstancias precisas, por el mero hecho de llevar sobre los hombros una determinada etiqueta. Las responsabilidades y las razones de estos fusilamientos se desdibujan en la explicación de Vila, mostrando la atrocidad de lo sucedido y la inhumanidad que rodeó estos asesinatos como la única constante, la única verdad que se mantiene tras el baño de sangre. La fragilidad de las justificaciones asumidas a comienzos de la guerra, momento en el cual el supuesto fascismo de las víctimas —inexistente en la mayoría de los casos— era el asidero para cometer estos actos de crueldad, se desvanece ahora ante unos fusilados que mueren gritando vivas por la misma República en nombre de la cual les están matando. Aub, de esta manera, nos muestra la debilidad de etiquetas e ideologías cuando se pretende asesinar a alguien por su mera adscripción al bando contrario —relación, muchas veces, imaginada por los propios captores—. La crueldad se convierte, de esta manera, en protagonista de unos actos ante los cuales la palabra, las vanas justificaciones, se manifiestan como inútiles ante la realidad de lo sucedido.

El ambiente de comienzos de la guerra parece regresar a una ciudad cuyo máximo órgano, el Consejo Nacional de Defensa, no se ocupa de sus mismas promesas. En lugar de centrarse en la prometida evacuación o protección de los miles de republicanos que podrían ser fusilados o represaliados tras el final del conflicto, sus preocupaciones se centran en la depuración de los comunistas de todos los puestos en los que estuvieran y en el nombramiento de personas afines a ellos. Así se presenta, por ejemplo, el trabajo de Pascual Segrelles. Personaje que aparece ante nosotros en su nuevo despacho; algo incómodo, sin embargo, pues “no tiene casi nada que hacer”. Ha sido nombrado únicamente por ser republicano, y sus ocupaciones se circunscriben a los nuevos nombramientos que se están produciendo: “Durante la tarde recibió a dieciocho personas que, en general, fueron a consultarle acerca de nombramientos de concejales y alcaldes. Hay que sustituir a los comunistas y partidarios del exGobierno” (Aub, 2019: 245).

Entre la traición y la sangre, la ciudad de Madrid continúa viva a través de las miles de personas que luchan, día tras día, por sobrevivir en ella. En *Campo del moro*, la capital no es únicamente un escenario en el que desarrollar la acción, sino que se convierte en un protagonista necesario en torno al cual gira el resultado de la guerra. A través de ella se extiende el radio de acción del narrador para intentar abarcar todos los sentimientos y penurias de las gentes de a pie, más allá de las limitaciones impuestas por el retrato de cada personaje particular. La colectividad toma forma en esta ciudad específica, por el poder simbólico que adquiere la palabra Madrid. Max Aub podría haber elegido otros escenarios secundarios —o auxiliares— desde los que intentar explicar, con un foco geográfico más amplio, lo sucedido durante estos últimos meses de la República. El recibimiento de la noticia del golpe casadista por el resto de provincias que continuaban bajo control republicano habría permitido ofrecer nuevas perspectivas a una obra que busca, precisamente, ofrecer un panorama lo más dilatado posible de estos momentos. La pérdida de la flota, así como los cambios de poder y las luchas que se produjeron en Cartagena también habrían podido ser otro elemento relevante para añadir a la novela.

Sin embargo, nuestro autor se centra en el papel simbólico que mantuvo la ciudad de Madrid durante todo el conflicto, hablando a través de sus páginas de una capital que, de cierta manera, servía para representar a toda la República. No solo en ella se produjo el nuevo golpe de Estado, sino que, al igual que Franco buscaba la rendición emblemática de la ciudad, y no únicamente la que podría haber obtenido por las armas, Aub es consciente de cómo este entramado urbano, clave de la historia española contemporánea, se había convertido en una alegoría de toda la Guerra Civil; un espacio en el que se condensaron las ilusiones, los miedos, las alegrías y los horrores de los tres años de enfrentamiento. Es por ello que el personaje de Vicente Dalmases, aunque podría haber huido de las persecuciones casadistas y haberse quedado refugiado en Valencia, decide regresar. Pues Dalmases desconoce la toma de poder por parte de Casado y la persecución que se estaba llevando a cabo contra los miembros del PCE, pero es consciente de que la capital era un lugar mucho más peligroso que Valencia, una salida mucho más natural para el exilio. A pesar de ello, él mismo explica cómo su regreso estuvo marcado por la fuerza de la palabra, por el emblema en el que se había convertido la ciudad, traspasando su realidad geopolítica: “Curiosa mezcla: ir a ver a mi tío y regresar a Madrid... ¿En qué pensaba? Me dejé vencer por las palabras, por la palabra *Madrid*. No es la palabra sino la capital, la palabra capital desde hace dos años” (Aub 2019: 144).



El pesimismo y el amargor se extienden por una ciudad que, tras el golpe casadista, ya se siente derrotada. Las imágenes de desesperación se suceden a lo largo de las páginas de *Campo del moro*, en una narración donde Madrid sigue viva, aunque agonizante. Poco queda de la esperanza de los primeros meses del conflicto, transformada ahora en recuerdo. Las emociones que recorren las calles son ahora, en su mayor parte, negativas. Odio, celos, tristezas, rencores y miedos que, sin embargo, no llega a terminar con la tenacidad de la capital. Incluso en medio de la desesperación, todavía queda huella de la firmeza pasada, paradójicamente, en el tesón que se muestra en la nueva lucha que envuelve las calles de la ciudad: “Van a lo suyo, que suponen es lo de todos, morir, decentemente. No desisten de su porfía. ¿O se engañan? No: es el pueblo de Madrid, vergüenza eterna para cuantos le quieran imponer lo que sea. (...) Dentro de poco volverán a sacar *Estampa*. ¿*Estampa?*, o *Falange* o *Arriba España*. La boca más amarga que ayer” (Aub, 2019: 250).

Madrid se transforma en sinónimo de desesperación para muchos de sus habitantes. Especialmente, tal y como el narrador de esta novela procura focalizar, los comunistas que se encuentran presos bajo las órdenes de Casado. Los personajes vislumbran el terror que se sucederá tras la entrada de Franco en la ciudad, y las depuraciones sistemáticas que serán llevadas a cabo por el nuevo régimen para convertir Madrid en la capital de su «Nueva España». Madrid se convierte en un cenagal, en el que únicamente quedará el fango y la memoria. La escatología se convierte en el único recurso que permite exponer a los personajes el horror que sienten ante la situación que están viviendo. Así lo expresan en uno de los diálogos:

—Pero, ¿ahora? Ensuciando todo lo que tantas muertes construyeron, abriendo la puerta de par en par a la represión más feroz. ¿Cómo admitirá el enemigo componendas? Aunque no hubiese nada que hacer, esto era lo último que debían haber intentado.

Vicente le repite su pregunta:

—¿Cómo puede ser?

Le duele el pecho, como si le ahogaran los tres años de lucha. No puede respirar, le falta aliento. Todo hecho migas. No, migas no; mierda, excremento, lodo. No es la nada, sino peor: algo que no deja entrar el aire en el pecho. Haber entregado la vida, en todo momento, y que no haya servido para nada:

—Para eso, haber perdido el primer día.

—No. Primero: todavía no hemos perdido. Segundo: pase lo que pase, nadie olvidará lo que hemos hecho (Aub 2019: 210).

El recuerdo, al final, es lo único que queda para personajes como Dalmases. El refugio de la historia que, ante la ficcionalización del presente en el que tuvieron que vivir, se convierte en su última esperanza. La posibilidad de que, en el futuro, la lucha desesperada que protagonizaron no quede enterrada bajo los discursos del franquismo y del Consejo Nacional de Defensa. A pesar de todo, y aunque su situación apenas les deje espacio para la esperanza, seguirán creyendo en la reivindicación de los luchadores antifranquistas en el futuro. Aunque el final del conflicto sea la derrota y la represión, precisamente aquello que habían intentado evitar desde el principio, creen que el acto sigue teniendo significado en sí mismo. No solo importa el resultado, sino todos los demás eventos que se han producido a lo largo de la guerra. Por ello, es en la memoria y en la palabra donde encontrarán la esperanza y la confianza necesarias en el futuro.

### 2.3. Madrid derrotado: el comienzo de la Victoria y la pérdida de la Paz

#### 2.3.1. El significado de la Victoria: el cansancio de Morla

Los siguientes tres días que recoge Aub en *Campo del moro* nos muestran el final de los combates en la capital madrileña y la afirmación de la derrota. A lo largo de las breves narraciones del 9, 12 y 13 de marzo, veremos cómo la resistencia republicana desaparecerá, con el fracaso del gobierno negrinista para intentar encauzar la situación. Es importante destacar el menor peso global que presentan estas jornadas en la obra, correspondiendo aproximadamente a una sexta parte de la misma. Además, el lapso transcurrido entre los días 9 y 12 de marzo nos indica que, a pesar de la división en jornadas que presenta la obra, este conjunto es concebido como un final en el que los hechos son presentados de forma concisa, al haberse desarrollado ya el grueso de la acción. La división en jornadas presenta, de esta manera, una partición descendente. Desde el 5 de marzo —que ocupa casi la mitad de la novela— hasta esta última parte, el lector se va adentrando en el final de la República a través de la desesperación de los personajes, cada vez más concisa y efectista.

Mientras la futilidad de las gestiones negrinistas para intentar acabar con el golpe de Estado se pone de manifiesto, los bombardeos que vuelven a sacudir Madrid acaban con la derrota y la represión de los comunistas que intentaban oponerse al coronel Casado. La victoria del Consejo Nacional de Defensa, dueño ya de toda el área republicana,

supondrá la confirmación del fin de la República. Franco, tras esperar pacientemente a que terminara la pequeña guerra civil que se había desatado por las calles de la capital, solo tendrá que obtener la plaza simbólica sobre la que comenzar a construir su nuevo estado dictatorial. Tal y como años después lamentará Gloria Fuertes, a través de su poesía, el horror del miedo y la represión terminaron por ocupar la ciudad, convirtiéndola en una gigantesca cárcel en la que nadie sospechoso de haber apoyado a la República — o de tener, siquiera, un pensamiento diferente al oficial— estaría seguro.

La entrada correspondiente al 9 de marzo en los *Diarios* del diplomático Morla Lynch comienza, mientras pierde la escasa fuerza que habíamos visto días anteriores, en medio del miedo. El estruendo de las bombas hace temblar la residencia de nuestro autor, provocando el pavor de su hijo, quien se niega a abandonar su habitación. La idea de refugio se escapa de entre los dedos, ante una situación en la que la asumida normalidad de la guerra no puede superar al derrotismo que incluso amenaza la vitalidad y la resistencia de este autor: “Uno se cansa de luchar” (2008: 746). La vivencia anterior, entremezclada entre los afanes y las penurias de una ciudad situada en primera línea de fuego, da ahora paso a la realidad de ser objetivo de los ataques; hecho que, hasta este momento, no había sufrido el barrio de Salamanca.

La confusión vuelve a convertirse en otro de los elementos más destacados de la narración de Morla. Fiel a su espíritu trabajador, siempre dispuesto —de acuerdo con la imagen que él mismo ofrece de su persona a través de su pluma —a obtener toda la información necesaria de las más altas instancias del poder para conocer la situación exacta de la ciudad. No logrará conseguir, sin embargo, un análisis claro de la disposición de los combates. En la Dirección de Seguridad le intentarán ofrecer vanas tranquilidades acerca de la pronta victoria sobre los comunistas —a quienes denominan “revoltosos”— que no hacen más que esconder, como nuestro mismo autor considera, el desconcierto en el que los mandos militares se encuentran. La impresión que ofrece esta jornada es, por lo tanto, desalentadora: “Todo es desconcierto y confusión. Nadie sabe fijo lo que ocurre”; sin que el miedo a Franco haya desaparecido entre una población que mantiene el temor de que los combates internos entre republicanos permitan a las fuerzas franquistas acabar rápidamente con las defensas madrileñas, y no dejar “títere con cabeza” (Morla Lynch, 2008: 747).

La falta de información y el desconcierto permea el texto. La jornada transcurre entre el desconcierto y la necesidad de refugiarse en aquellas habitaciones de la residencia que presentan menos peligro de recibir el daño de alguna bala perdida. Los combates en

la calle continúan mientras nuestro autor intenta mostrar ante el lector cómo vivió lo que él hubiera considerado, unos pocos días antes, un “absurdo imposible de ocurrir” (Morla Lynch, 2008: 748). A pesar de que hemos visto cómo en las jornadas anteriores procuraba mostrar una mayor equidistancia hacia los dos bandos enfrentados en esta nueva guerra civil, al cuestionar la legitimidad de la toma del poder por parte de Casado y el control de la República que ha tomado el Consejo Nacional de Defensa, parece que en estas páginas la duda ha terminado. Es importante destacar cómo, a pesar de la irracionalidad que intenta transmitir a lo largo de estas páginas, los que antes eran sospechosos de haber depuesto a un gobierno legítimo ahora, aunque sea a través del entrecomillado, son denominados como “ejército republicano”. El otro, por contraposición, serán los comunistas que siguen luchando por las calles. Los papeles, una vez más, vuelven a invertirse en un juego de reconstrucción del endogrupo que ahora parece basar sus esquemas en el anticomunismo<sup>83</sup>. Por ello, la legitimidad de Casado vendría, siguiendo este análisis que se entrevé en los *Diarios*, a partir de sus combates contra el enemigo externo, este «otro», que se habría reconstruido a partir de los miembros del PCE. Vemos, por lo tanto, cómo la creación de este exogrupo, separándolo del resto de fuerzas incluidas bajo el marbete de «republicanos», es repetido consecutivamente como el principal argumento para el cambio de poder realizado. Las alusiones a las matanzas producidas por los comunistas en las cárceles, contra los presos políticos que todavía se encontraban en ellas —presentadas de manera indirecta en estas páginas, a través de los comentarios de otras personas— se entremezclan en la narración con la esperada alocución de Casado a través de la radio, discurso que nuestro autor reproduce parcialmente en esta obra y que

---

<sup>83</sup> La documentación nos muestra cómo el anticomunismo fue utilizado por el CND como uno de sus argumentos principales para congraciarse con Burgos y pedir a Franco que permitiera la salida de los refugiados republicanos del país. Una paz con condiciones, contradictoria en sí misma desde el momento en el que Casado afirma la derrota de la República, y que ni siquiera pudo ser lograda con el recurso a un resurgimiento del comunismo. Así se expresó el propio coronel Casado en una comunicación dirigida al nuevo gobierno franquista y fechada a 20 de marzo de 1939: “El Consejo Nacional de Defensa parte del hecho real y concreto de que la guerra está ganada por el Gobierno nacionalista, lo reconoce y acepta con todas sus consecuencias y a lo único a que aspira es a evitar todo derramamiento estéril de sangre, a que la liquidación se haga con orden, a que puedan expatriarse aquellas personas que pudieran producir perturbaciones en esta zona y a tranquilizar a los que, por temor a las represalias deseen marcharse y evitar así pueda repetirse el vergonzoso exilio de españoles de la zona catalana”, afirmación de incapacidad para continuar el conflicto que contrasta con las alocuciones dadas a la prensa, y que es seguido del argumentario anticomunista: “La defraudación de las esperanzas que todos han puesto en este Consejo traería como consecuencia un resurgimiento del peligro comunista, al que tal vez se sumarían otros elementos que considerándose traicionados por nuestra acción, inspirada en la noble causa de la paz, originarían hechos sangrientos cuyo alcance y volumen se hace difícil calcular y que, no por nosotros que estamos dispuestos a entregarnos y morir, sino por la población en general, estimamos deben a toda costa evitarse” (AGMAV, C.2485,14 hoja 32).

muestra cómo el Consejo Nacional de Defensa tuvo como uno de sus principales objetivos ser visto como sinónimo de «República» y de «España»; un llamamiento a la emocionalidad con el que procuraron asentarse en el poder, mientras llamaban a la lucha contra el «traidor», el «enemigo» sobre el que tanto hemos visto que reflexionan los personajes de Max Aub:

»Hemos querido tratarlos como hermanos, y nuestro esfuerzo ha sido estéril. Ahora empezamos a obrar con energía y a contar desde este momento haremos uso de los elementos numerosos con que contamos.

»Estad tranquilos, madrileños, que la normalidad de la capital es cuestión de pocas horas. ¡Viva la Republica! ¡Viva España!».

En la gente pusilánime, la alocución del coronel Casado produce el más hondo desaliento. «A ZanESCO le ha sentado como un tiro», dice uno que ha subido. Yo no lo encuentro alentador —la lucha no ha comenzado todavía después de los días que llevamos de angustia —pero, por lo menos, nos dicen la verdad (Morla Lynch, 2008: 749).

Morla construye su texto entre la desconfianza ante la situación política en la que se ha sumido la República. La intranquilidad que muestra uno de los refugiados bajo el pabellón chileno al escuchar las palabras de Casado, a pesar de que el objetivo de las mismas había sido el contrario, permite a nuestro autor manifestar su incomodidad ante una situación de angustia que no termina. El juego de adscripciones y evaluación grupal al que tiene que enfrentarse alguien ante los repentinos y bruscos cambios que se están produciendo en la situación política de la capital es un decorado que ya nos resulta familiar del análisis ficcional que lleva a cabo Max Aub. Fuera aparte de la diferente forma, focalización y objetivo de ambos textos, la mayor coincidencia entre las narraciones se encuentra en la atmósfera de confusión que atrapa Madrid, la cual impide a sus habitantes entender lo que está sucediendo; comprender quién es quién, y por qué lucha cada uno. El cruce de palabras y discursos únicamente contribuye, por lo tanto, a sembrar el desconcierto en un mundo particular donde nada parece ser lo que era. Los referentes y los marcos familiares han terminado de desaparecer, dejando a los personajes desamparados ante lo desconocido. Lo otro se convierte, por lo tanto, en una entidad tan temida como familiar, mientras que la propaganda política del Eje y del franquismo trabaja incansablemente por sembrar el caos y el desorden: “Las radios extranjeras siguen hablando de Madrid en tono alarmante: «la situación de la capital no puede ser más trágica y desesperada. Los comunistas —dicen— se han apoderado de varios sectores de la

ciudad (...)». Claro que Salamanca, Berlín e Italia explotan la situación de descomposición de la retaguardia republicana” (Morla Lynch, 2008: 750). Incluso el propio Morla se pregunta si no será toda una campaña orquestada por el general Franco para argumentar su entrada en Madrid, mostrándose como un salvador. El diplomático chileno se plantea la posibilidad, aunque sea de manera parcial, de las ventajas que el futuro dictador podría obtener a partir de la confusión reinante en la capital. La instauración de la «Nueva España» que ya Burgos se preparaba para implantar, una vez terminara el conflicto, requería la necesaria demonización de todo lo que había significado la República, así como la demostración de que la misma había sido sinónimo de caos. A las puertas de la derrota, la sublevación casadistas y los posteriores combates por las calles madrileñas sirvieron como ejemplo valioso para este argumento tergiversado que se estaba construyendo. La victoria ideológica que pronto se sumaría a la militar, era ya una posibilidad relevante.

Los días 10 y 11 de marzo —omitidos, como ya hemos apuntado, en la narración de Max Aub— comienza con la supuesta noticia del fin de los combates. Morla explica cómo “amanece el día lleno de sol, lo que infunde optimismo” (2008: 751), mientras algo de confianza parece extenderse por las calles de Madrid. Las escenas cotidianas se suceden, por las calles que las jornadas anteriores habían estado ocupadas por los combates. La vida regresa brevemente ante los ojos de nuestro autor, quien observa cómo el aparente final de la lucha ha vuelto a dejar paso a esa naturalidad que tanto ha mencionado a lo largo de las páginas de esta obra. El Consejo Nacional de Defensa se ha hecho ya con el control de la capital y del resto del territorio republicano, asegurando una breve calma que nuestro autor atribuye, entre otros motivos, al discurso de Casado de la jornada anterior.

El trabajo de reconfiguración del endogrupo, tras la separación provocada por el conflicto, sigue adelante. Tal y como nos indican las páginas de estos *Diarios*, la prensa ha dejado de denominar traidor a Franco, y hablada repetidamente de la unión de todos los españoles: “Ni Roma ni Moscú. Españoles antes que nada” (2008: 751). Una falsa ilusión de comunidad que se extiende entre muchos republicanos mientras las tropas franquistas se preparan para entrar en la capital, y comenzar la represión.

A pesar del comienzo lleno de optimismo, la jornada del 10 de marzo no terminará sin que se reanuden los combates. Los ataques y las noticias sobre la traición de los comunistas se suceden mientras los tanques vuelven a ocupar las calles frente a la residencia de Morla, y comienzan a escucharse, de nuevo, los bombardeos. El caos no

solo se extiende por las calles y avenidas de la capital, sino que llega hasta la palabra. Al igual que Aub se centraba en la pérdida de referentes del lenguaje, cuya utilidad como medio de explicación del mundo era puesta en entredicho, el concepto de traición también se desdibuja en unos *Diarios* que nos muestran la confusión imperante: “Esto es un caos que ya nadie entiende. Los comunistas llaman a Casado y a Miaja traidores. Estos a Negrín lo mismo, y todos al general Franco también. Es un lío que nadie entiende” (Morla Lynch, 2008: 754). La atención a las noticias, además, seguirá siendo una constante, gracias a la preocupación de nuestro autor por intentar entender lo que está sucediendo frente a su ventana. Los comentarios que realiza —así como la mayor o menor relevancia que otorga a cada suceso —nos indican no solo cómo se vivió el desconcierto y la confusión durante estos momentos, en la zona republicana, sino también cómo el Consejo Nacional de Defensa ha sido legitimado como dirigente de la zona republicana<sup>84</sup>, mientras los comunistas que siguen oponiéndose al mando de Casado son considerados ahora como rebeldes:

A las siete habla el general Matallana, general en jefe de la agrupación del Ejército del Centro. Es una alocución bondadosa, modesta, sentimental, dándose a conocer y manifestando que ha luchado y que ha sufrido sin alarde. Me parece poco interesante... pero bien. En seguida se lee una nota del jefe del Estado Mayor, López Otero. Recomienda a los soldados que se mantengan en pie para la defensa de Madrid, momentáneamente debilitada por la acción de los sediciosos. (Defensa contra los nacionalistas, alocución para influenciar el ánimo de los sublevados comunistas) (Morla Lynch, 2008: 753).

Morla comenzará la siguiente jornada de sus *Diarios*, correspondiente al 11 de marzo, exponiéndonos las dificultades y el miedo pasados durante la noche. Este ambiente de inseguridad, provocado por los combates que se están desarrollando bajo las ventanas de su residencia, en las calles que rodean el edificio, será la nota más destacada. Nos mostrará los últimos intentos de resistencia de los comunistas madrileños ante la definitiva toma de control por parte del coronel Casado, que se producirá al final de esta misma jornada. La mezcla de noticias y el sentimiento de encontrarse en medio de una zona de guerra marcará el paso de las horas:

---

<sup>84</sup> A pesar de las repetidas afirmaciones del CND acerca de su control sobre el conjunto del área republicana, en el momento de la rendición este mismo organismo solo llevó a cabo la entrega de Madrid, pues declinó “toda responsabilidad respecto a los territorios de Valencia y Cartagena y Murcia en los cuales su poder no tiene la autoridad para imponerse” según afirma uno de los documentos sobre la rendición republicana fechado a 24 de marzo de 1939 (AGMAV, C.2485,14 hoja 69).

Temprano, se inicia la batalla en nuestra propia calle. Retumban bombas, silban las balas, tabletean las ametralladoras y ese [sic] estremece la casa. Pasamos la primera parte del día en mi habitación oyendo las emisiones de la radio que, en todas partes del mundo, se preocupan de la situación trágica de Madrid. Salamanca, Berlín y Roma se complacen en exagerarla para justificar después una brusca entrada del general Franco (Morla Lymch, 2008: 755).

Morla, a pesar de la desinformación y de la falta de conocimientos fehacientes sobre lo que está sucediendo, tras pasar varias jornadas atemorizado por el intercambio de disparos que se está produciendo en torno a su hogar, es consciente de cuáles son las intenciones de Franco. La intencionalidad del Consejo Nacional de Defensa de obtener el poder en la zona republicana para poder llevar a cabo unas conversaciones con Burgos que condujeran a una rendición de la República favorable al respeto de la vida y de la integridad física de los republicanos, tal y como hemos podido comprobar que anunciaban en su discurso oficial, se muestra como una posibilidad contradictoria cuando se analizan, como hace nuestro autor, las pretensiones de Franco. El general rebelde era consciente de cómo el golpe de Estado casadista debilitaría las últimas estructuras de resistencia republicanas, dejando a sus enemigos sin la capacidad para oponerse a sus tropas y sin el escaso apoyo internacional que todavía conservaban. Una vez que se produjeron los hechos vividos durante estas jornadas, Burgos solo tuvo que esperar a la desmembración interna de la República para obtener el que consideraba su mayor trofeo, la ciudad de Madrid. El peligro que observa Morla en la pronta entrada de las tropas franquistas, tal y como expresa en estas líneas, es la consecuencia de un cambio de poder preparado, como hemos visto, con ayuda de los servicios de inteligencia franquistas.

La jornada del 12 de marzo comienza para nuestro autor con la premonición de que “la pesadilla se acaba” (2008: 756). Los comunistas que se habían parapetado en el edificio de en frente de su residencia, perteneciente a las Juventudes Socialistas Unificadas, han capitulado. Como si fuera un símbolo de la situación madrileña, los tanques del Consejo Nacional de Defensa recorren la calle, mostrando cómo las tropas casadistas han terminado con la resistencia. El golpe de Estado iniciado seis días antes ha terminado definitivamente, con la rendición de los últimos que intentaban resistir. Tras exponer estos hechos, Morla explicará cómo el resto del día discurre entre diatribas e ideaciones de los asilados, quienes discuten las posibilidades de una pronta entrada de Franco en la ciudad y las consecuencias de lo que ya se concibe como el final de los tres



años de Guerra Civil. La tranquilidad, tras la tensión vivida durante las jornadas anteriores, será utilizada para poner fin a esta entrada de los *Diarios*.

Morla, a pesar del rápido cambio de opinión que muestra en sus escritos hacia el nuevo Consejo Nacional de Defensa, no deja de ser consciente la situación global en la que se encuentra inmerso el conflicto madrileño. Frente a los discursos casadistas, que muestran ahora a los partidarios de Negrín y al comunismo como los verdaderos enemigos de la República, obviando —o, incluso, tergiversando— la amenaza franquista que todavía pesa sobre la capital, nuestro diplomático chileno teme por la seguridad de los habitantes de una ciudad que podría ser atacada en cualquier momento, con sus defensas debilitadas tras los sucesos de las últimas jornadas:

La radio de Salamanca, no la oficial, ha dicho anoche horrores de una torpeza incalificable respecto de los acontecimientos de Madrid y contra la Junta de Defensa Nacional.

Si Franco está de acuerdo con estas declaraciones, cae de su peso que, por un exceso de vanidad, no quiere renunciar a su ofensiva, cueste lo que cueste. No acepta, pues, ninguna clase de negociación... aunque ésta se reduzca, de este lado, a una simple petición de clemencia. La radio ha dicho que «los nacionalistas contemplan apaciblemente, desde la Ciudad Universitaria, cómo se matan los republicanos entre sí en la capital y que poco les importa que ganen los de la Junta de Defensa o los de la “Pasionaria”». Luego se expresan mal de Besteiro y de Casado.

Todo esto me parece indigno, de un egoísmo supino y de una falta de elevación moral absolutamente censurable. Para nada se acuerdan, cegados por el triunfo, de los millares de seres que, sufriendo lo indecible, esperan hace veintiocho meses, como liberación suprema, la entrada del general Franco en Madrid. Bebé se sulfura, encuentra a los españoles todos iguales y sin remedio. Hace pocas horas estaban, en medio del combate de las calles, todos ansiosos anhelando la llegada de las tropas del coronel Casado. Ahora que han sido liberados por él, lo desconocen (Morla Lynch, 2008: 760).

Las palabras de nuestro autor expresan con claridad el desprecio que sintió ante la constatación de la falta de interés que tenía Franco para lograr una salida lo menos sangrienta posible a la guerra. Frente a los continuos intentos de Morla durante casi tres años, luchando cada día por procurar salvar el mayor número de vidas posible, el triunfo de Casado y el fin de la resistencia republicana muestran cómo Burgos no solo buscaba la victoria en la Guerra Civil, sino la imposición ideológica y definitiva sobre todo el proyecto de la República.

A pesar de los temores de Morla, hoy en día sabemos que la intención de Franco era obtener la entrega de Madrid y del resto del área que todavía se encontraba bajo control republicano a través de la rendición incondicional, sin necesidad de nuevos combates. La ciudad no era solo un frente más, sino un símbolo de una España diferente que el nuevo régimen quería destruir de la manera más profunda posible. Para lograr este objetivo, el hecho de que fuera el propio poder constituido del Consejo Nacional de Defensa el que llevara a cabo la entrega pacífica de todo el territorio republicano, en una rendición incondicional que se convertiría en la única salida tras la negativa franquista a dialogar, era el mejor de los resultados.

El recelo hacia la posibilidad de un ataque final sobre la capital continuó, sin embargo, sembrando el miedo en Madrid. La consciencia de tener unas defensas desmoralizadas y debilitadas tras los sucesos de las últimas semanas y el desmoronamiento del poder republicano, así como el progresivo control que el SIPM y la Quinta Columna estaban adquiriendo en Madrid es presentado en los *Diarios* a través del ambiente y de la nueva situación que se exterioriza: “La ciudad sigue tenebrosa, pero andan algunos tranvías todavía, cuyas luces consuelan. El Ministerio de Hacienda es tétrico” (Morla Lynch, 2008: 762). La narración del 13 de marzo continuará con las gestiones en torno a los asilados, así como con el recibimiento de nuevos refugiados que temen la persecución que pronto comenzará; por estar, según palabras de nuestro autor, “muy teñido de rojo” (2008: 761).

El encuentro que logra obtener nuestro autor con el general Casado será narrado entre la admiración que se expresa en los *Diarios* por la persona que ha terminado con el peligro comunista en Madrid e intenta lograr una salida dialogada al conflicto, y el temor ante un cambio en la situación de las embajadas que pronto es despejado. El foco de estas líneas se establece sobre quien, según expresa él mismo, cree que “ha salvado la ciudad de una catástrofe” (Morla Lynch, 2008: 763), sin mención alguna hacia las medidas o las posibilidades existentes para salvar de la represión a los miles de republicanos que todavía no han podido huir de España. La cuestión se elide, una vez que Morla ha obtenido la promesa de protección que buscaba hacia sus asilados.

El problema de la información es utilizado por nuestro autor para finalizar su narración de la jornada. En esta última cita, una vez que los combates que tanto deseaba ver finalizados han terminado, la noticia de los objetos y riquezas encontradas en la antigua sede de las Juventudes Socialistas Unificadas, frente a su residencia, sirven como necesario complemento a la derrota de los comunistas. Su imagen de traidores y

sublevados será ampliada, como veremos en el siguiente fragmento, con el nuevo calificativo de ladrones. La denuncia será más profunda toda vez que ellos eran, en teoría, quienes se encontraban defendiendo la legalidad republicana frente al golpe de Estado del coronel Casado. Los *Diarios* cierran la entrada del 13 de marzo, de esta manera, con un doble juicio. Por un lado, hacia aquellos a los que se responsabiliza principalmente de las jornadas de miedo y bombardeos que acaban de pasar. Y por otro, hacia la falta de atención que reciben los millares de republicanos que están soportando el rechazo del país galo a su acogida; entre otros motivos, por el enorme esfuerzo económico que supone su llegada:

Los periódicos de la tarde dan cuenta del botín fabuloso encontrado en los recintos ocupados por las Juventudes Socialistas Unificadas de nuestro barrio: quinientas cubiertas de automóviles, grandes cajones llenos de alhajas, cincuenta aparatos de cine sonoro, gran cantidad de objetos artísticos de incalculable valor, una espada cincelada en oro con piedras preciosas que perteneció al general Concha, mucho dinero en metálico y un verdadero depósito de víveres de todas clases. Estos son los comunistas que roban el dinero y los víveres a profusión mientras la población parece de hambre.

Y Francia sigue agitadísima con el problema de los refugiados españoles que han penetrado en su territorio —unos cuatrocientos cincuenta mil—, que le cuestan siete millones de francos diarios. Nadie los quiere admitir. Ni siquiera Moscú (Morla Lynch, 2008: 764).

### 2.3.2. La desesperación invade Madrid: Aub y los últimos días de la capital

La historia de la actual democracia española se ha construido sobre la idea de una transición pacífica y modélica desde la dictadura franquista, obviando la violencia y los asesinatos que se vivieron durante este periodo<sup>85</sup>. La literatura permite contrastar la historiografía de un periodo con la verosimilitud de los hechos narrados, ofreciendo unas perspectivas que pueden mostrarnos facetas poco reconocidas de la memoria de un país.

---

<sup>85</sup> Así es expuesto por parte de ciertos historiadores que se han acercado al tema, y que consideran que más bien se trató de lo contrario, de una época cargada de violencia y poco modélica (Baby, 2013). Desde autores muy críticos con el mito de la Transición española y su papel en el olvido de la memoria republicana, como Guillem Martínez (2012), a otras posturas que aceptan la importancia del compromiso en los años inmediatos a la muerte de Franco, pero que critican el mantenimiento de esta postura tras la llegada al gobierno de Felipe González (Quaggio, 2014), la Transición sigue siendo un momento clave en la forja de la España contemporánea, y su estudio resulta imprescindible para entender los procesos de recuperación memorialística que se viven en la actualidad.

De esta manera, la ficción “nos permite distanciarnos de una realidad hiriente, representarla o (re)presentarla a sus herederos, en un espacio que conjuga la verosimilitud y la intimidad. La ficción da a la Historia una dimensión humana, por la elección de antemano de la subjetividad. El yo, el tú, que son íntimos, devuelven la palabra a los que ya no son ni están” (Dubosquet, 2020: 18).

La realidad de otras regiones nos muestra cómo el trauma generado por la desmemoria utiliza la ficción como un instrumento universalmente valioso para combatir el autoritarismo y la imposición de falsas verdades oficiales. De manera consciente o inconsciente, la literatura recoge la lucha contra el silencio y la desinformación, configurando un grito colectivo contra el olvido. Así nos lo muestra, por ejemplo, el análisis de Estefanía Di Meglio en torno a la literatura surgida durante la dictadura argentina (2020: 43-44). En el caso español, la escritora Almudena Grandes es uno de los ejemplos del *boom* de la memorialístico que se ha vivido durante las últimas décadas (Romero, 2020: 195-196). El intento de Aub por mostrarnos una explicación diferente de la Guerra Civil, centrada en la tragedia humana colectiva del periodo y en la desinformación existente puede relacionarse con la necesidad actual de entender un periodo tan conflictivo de nuestra historia. De cierto modo, la consideración que nuestra sociedad tenga sobre la guerra permitirá explicar no solo cómo se ha construido la España actual, sino las razones y los valores que han llevado a configurar la trayectoria presente de nuestro país. Max Aub reflexionó sobre Madrid y sobre el golpe de Estado casadista en un intento de responder a una pregunta que todavía suscita controversias. Las responsabilidades y las actuaciones del periodo sobrepasan la mera enumeración de los hechos, para convertirse en una introspección general sobre el conjunto de una sociedad. El acto de escritura se convierte en un medio de resistencia contra la barbarie y la manipulación de la realidad. Un modo de contraponer otra versión de lo sucedido a la narración que, como nos muestra este fragmento de la revista *Destino* sobre los primeros meses de Barcelona tras la entrada de los ejércitos franquistas, se había impuesto dentro de España:

A quienes nos cupo la tristeza y el horror de vivir en la Barcelona roja, el gozo inefable de la libertad recobrada nos produjo un singular fenómeno de deslumbramiento, cuando pudimos de nuevo contemplar, el mundo civilizado y fijar en la retina las imágenes de la verdad, de la razón y de la limpieza, después de largos meses de haber de soportar el espectáculo cotidiano de todo lo falso, lo absurdo y lo mugriento (Bassegoda, 1939: 2).

En este espacio, donde el olvido y el recuerdo se entremezclan, transcurren las tres últimas jornadas de *Campo del moro*. La brevedad del espacio destinado a las mismas denota la precipitación de un final que deja poco espacio para la esperanza y para la confianza en el futuro. Las acciones de los personajes se suceden en una serie de enumeraciones donde prima la indeterminación. La resistencia de los comunistas —entre los que se incluye al recurrente Julián Templado— va desapareciendo, al mismo tiempo que llegan unas órdenes de rendición desde el comité central del Partido que provocan extrañeza entre los militantes.

Las escasas páginas dedicadas al 9 de marzo nos mostrarán también la desesperación que arrastran aquellos que todavía siguen buscando al desaparecido Vicente Dalmases. Todavía no hay rastro de él, y los rumores se entremezclan con los recorridos por una ciudad atrincherada. El lenguaje acompaña a este proceso de angustia, en el que el personaje parece convertirse en un autómeta, guiado únicamente por la consciencia de intentar completar su objetivo. La realidad de la desaparición es negada ante la posibilidad de lograr el propósito. Por ello, la narración presenta la sucesión de acontecimientos de manera fría e inhumana, a través de oraciones breves y concisas. La repetición de los vocablos y la presentación de las formas verbales desprovistas de complementos procuran transmitir al lector este estado casi enfermizo que mueve a los personajes, en el que lo único que importa es lograr el objetivo, mientras todo lo demás desaparece: “Corre. Aprieta en el bolsillo derecho de su traje sastre la carta del comisario. Está llegando a la meta. La detienen. La dejan pasar. El cañoneo lejano la ayuda a correr. Sube. Consultan. La dejan pasar. Una antesala” (Aub, 2019: 266).

Las tres últimas escenas de la jornada vuelven a incidir en esta fragmentación figurada del espíritu republicano, simbolizado en Madrid. La primera de ellas es una misiva en la que un personaje llamado Juan escribe a Julia, quien parece ser su compañera sentimental. Apenas se nos ofrecen datos personales sobre la pareja o su situación, pues el objetivo del autor es transmitir una serie de impresiones sobre la situación política del momento. Tal y como Aub mantiene a lo largo de toda la novela, las resoluciones políticas y la explicación del momento histórico no se llevan a cabo a partir de las discusiones entre las principales figuras del momento, sino mediante la vista de personas anónimas como es el caso de Juan; uno más de los cientos de miles de madrileños que asistió al final de la República. El protagonismo recae en este tipo de individuos, los cuales ofrecen al lector nociones relevantes para comprender el elusivo porqué de la situación. De esta manera,

Juan no dudará en confesar cómo la prolongación de la lucha por las calles de la capital fue debida, entre otros motivos, al odio que manifestaron personajes como el consejero de Gobernación: “Su odio hacia los comunistas puede más que ninguna gestión. Su odio a los comunistas puede más que todo.” (Aub, 2019: 267). La repetición de los sintagmas vuelve a incidir en cómo el aspecto emocional tuvo mayor preponderancia que la solución razonada de la situación. La noticia de un comisario del Ejército del Centro que no tendría “la conciencia tranquila” por haberse dejado “embaucar por Casado” en el golpe de Estado apunta al desasosiego que tantos experimentaron desde los bordes del discurso casadista. Este personaje al que se hace referencia, llamado Edmundo Domínguez, terminará siendo consciente “de la barbaridad que hicieron” (Aub, 2019: 266). La carta terminará con una nueva narración de cómo la realidad había sido sustituida por el discurso para muchos de los mandos y políticos republicanos que apoyaron al coronel Casado. Así, la misiva de Juan nos informará de cómo la elección de dos consejeros municipales en El Escorial, por parte de las organizaciones obreras —en sustitución de los representantes comunistas destituidos— se convierte para sus compañeros en una cuestión de vital importancia, pues permitirá decidir la elección de la nueva alcaldesa del municipio. Una resolución que el autor de esta misiva considera trivial, mientras no es capaz de explicarse cómo sus compañeros no son conscientes de la insignificancia de esta problemática. Él mismo intentará hacerles comprender la realidad, puesto que lo más probable es que “antes de quince días, el que nombre los concejales de El Escorial será otro” (Aub, 2019: 267). La crítica establece cómo las discusiones entre los republicanos resultan nimias ante el peligro que sigue representando Franco, a pesar de que estas disensiones internas hayan sido magnificadas hasta provocar la fragmentación de la República.

La segunda de las tres escenas está formada por una nota técnica y concisa sobre la situación militar de la ciudad de Madrid. En ella se ofrece una semblanza general sobre el repliegue de los comunistas —ante el avance de las fuerzas casadistas, principalmente anarquistas— y sobre el estado de caos que se vive en la capital. Aunque sea mediante una serie de impresiones sucintas, el personaje que escribe este apunte es consciente del estado de confusión que sigue preponderando, al igual que hemos visto que explicaba Morla. También se da cuenta al lector de la confianza de los militares golpistas en la magnanimidad de Franco hacia ellos: “Hay una evidente desmoralización en buena parte del elemento castrense que ya no piensa más que en entregarse a la benevolencia de Franco, fiado en la creencia de que cumplirá los compromisos que el Consejo ha hecho

correr, ignoro con qué base” (Aub, 2019: 269). El texto incide repetidamente en la falta de planes de evacuación, al contrario de lo que la propaganda del Consejo insistía en prometer<sup>86</sup>. La novela presenta un marco catastrófico, en el que el triunfo de Casado basó toda la estrategia republicana en la buena voluntad del general Franco. Un deseo de clemencia que, tal y como expresa el lamento de la escena que cierra esta jornada, no es más que una pretendida ficción. El 9 de marzo termina, en esta línea, entre la breve descripción de la muerte de una mujer y la premonición del futuro que espera a aquellos que el franquismo quiera represaliar: “¿Y yo? ¿El paredón? ¿Un tiro en el occipucio? ¿O la asfixia, buscando desesperado un poco más de aire? Lo mismo da. Demasiada muerte a mi alrededor durante estos últimos años” (Aub, 2019: 269-270).

Los personajes de Max Aub se debaten contra la aparente falta de sentido del mundo que les rodea. Los hechos que habían caracterizado su lucha hasta ese momento —como la amenaza franquista y todo lo que ella significaba— siguen representando el mayor peligro para los miles de republicanos que continúan viviendo en Madrid. Sin embargo, estos datos son sorteados para centrar la narratividad del momento en un enemigo interno dentro del Frente Popular, como medio de obtención del poder. Por ello, los diferentes personajes que recorren las páginas de *Campo del moro* se cuestionan, una y otra vez, sobre los límites de la realidad y las fronteras de la verdad. Se preguntan acerca de cómo un determinado discurso puede modificar sus vidas, imponiéndose sobre aquello que ven ante sus ojos<sup>87</sup>.

---

<sup>86</sup> Unas promesas de evacuación que serán mantenidas hasta el último momento del conflicto, tal y como nos muestra una alocución radiofónica de José Gómez Egido, representante del partido socialista, fechada a 27 de marzo de 1939 y recogida por los servicios de espionaje franquistas: “Durante todo el día se ha apreciado expectación y desasosiego entre algunos compañeros. Y conviene que aunque los momentos sean graves, cuantos (sic.) más graves sean éstos, más serenidad hay que tener para no crear dificultades a los órganos directivos encargados de la evacuación. Hay que tener sangre fría para afrontar los peligros como hay que tener decisión para el ataque, porque en una y otra forma encontraremos el ahorro de dificultades con ello la economía de sacrificios. La Agrupación socialista madrileña recomienda a todos sus afiliados y al público, en general, tengan serenidad y sigan igual que hasta aquí teniendo confianza en el Consejo Nacional de Defensa, porque él tiene los medios para solucionar los problemas que individualmente nos conviene resolver. Pero si os dejáis llevar del nerviosismo que hoy ha predominado en algunos compañeros, ni resolveréis vuestros problemas ni dejaréis que los resuelvan ellos. No son las circunstancias tan apremiantes que no permitan organizar la terminación del drama español con la serenidad que Madrid, por su historia durante la lucha, le corresponde. Madrid, estamos seguros, tendrá el gesto elegante y heroico (sic.) de saber perder y saber también recoger en una frase irónica la amargura de su tragedia para volver a renacer. Serenidad y no hacer casos (sic.) de bulos que contribuya a empeorar nuestra situación. ¡Viva España!” (AGMAV, C.2485,1 hoja 22). No solo está ausente el tradicional viva a la República que solía aparecer —incluso tras el golpe casadista— en los discursos republicanos del momento, sino que no deja de llamar la atención esta llamada a la calma cuando la capital se encontraba, de facto, bajo control ya de la Quinta Columna.

<sup>87</sup> En esta línea la literatura ha reflexionado en repetidas ocasiones acerca de este fenómeno humano. La pregunta sobre la comprensión del mundo, así como sobre la modificación que del mismo se pueda llevar

La narración de la jornada del 12 de marzo —tras un paréntesis cronológico en el cual se omiten las jornadas anteriores del 10 y el 11 del mismo mes— comienza con la misiva de un personaje denominado González Moreno (el mismo que había intentado el 5 de marzo convencer al profesor madrileño del daño que causaría a la causa republicana el golpe de Estado), quien escribe a un tal R.L. que se encuentra en París para explicarle la infructuosa reunión que habría mantenido con Julián Besteiro. Al igual que James Holden, quien hemos visto cómo se lamentaba por la transformación que unos mismos hechos podían manifestar en la visión de diferentes colectividades, el autor de esta carta expone su impotencia ante la repetida negativa del profesor Besteiro a analizar cualquier posibilidad de solución que implique colaborar con el gabinete negrinista. El peligro que sigue representando Franco, así como la indefensión y la amenaza que corren los cientos de miles de españoles exiliados son obviados por un personaje que, sin atender a los planes y las ideas propuestas por su interlocutor, rechaza cualquier posibilidad de diálogo a través de un lenguaje burocrático e innatural: “Descartado el propósito nobilísimo que a usted le anima —me dijo— no estoy dispuesto a participar en nada de lo que usted dice, especialmente en lo que se refiere a los organismos que el Gobierno tiene montados en el exterior”. El insulto y la demonización del ‘otro’, representado en el expresidente Negrín, parecen ser las únicas respuestas ofrecidas por Besteiro y Casado ante la complicada disyuntiva en la que se encuentra la República, según la impresión de González Moreno: “A continuación se desató [Besteiro] en una sarta de improperios contra Negrín y su administración” (Aub, 2019: 272).

La jornada continua centrada en la experiencia de González Moreno, quien es utilizado por el autor para transmitir a lector las impresiones de los soldados. Los rumores

---

a cabo mediante la palabra ha sido un tema recurrente en la historia de la literatura. El caso de James Holden, uno de los protagonistas de la saga de novelas estadounidenses *The Expanse* (2011-presente), escritas por James S. A. Corey (pseudónimo utilizado por Daniel Abraham y Ty Franck para publicar su obra), nos muestra cómo la reflexión sobre los límites de los hechos y su influencia sobre la realidad en las sociedades guarda estrecha relación con las diatribas planteadas en una obra como la de Max Aub. En medio de una sangrienta guerra entre las tres grandes potencias del Sistema Solar —La Tierra, Marte y la Alianza de los Planetas Exteriores—, sembrada de conflictos internos, de odios y de guerras civiles entre diferentes facciones, el valor y la utilización de los hechos se convierte en un instrumento de gran importancia tras la destrucción parcial de la Tierra (Corey, 2017:169).

La doble consideración de unos mismos hechos —como genocidio perpetrado por un grupo de terroristas, o como acciones necesarias para obtener la autodeterminación y el fin de la opresión de un pueblo— nos introducen en un debate general que responde a la necesidad de explicar y narrativizar el mundo. La historia como elemento de construcción identitaria se presenta como un instrumento de gran valor, especialmente en aquellos momentos de gran trascendencia geopolítica —como fue el caso de la Guerra Civil española— en los que las diferentes facciones en lucha lucharon por controlar el discurso, conscientes de que la letra del mismo era más importante que el valor y la densidad de los hechos acaecidos.



y las convicciones sobre el golpe de Estado, tal y como le explican a este personaje, chochan contra los hechos que él mismo acaba de exponer ante Besteiro: “Ya no hay otro poder. El Gobierno ha salido del país y tenemos que obedecer a alguien. Y ese alguien es el poder constituido” (Aub, 2019: 275). La imposición de fuerza por parte del coronel Casado, al establecerse como único poder dentro del área republicana, le ha convertido —a ojos de estos soldados— en la persona necesaria para dirigir al Ejército Popular. Las suposiciones sobre el traspaso de poderes por parte del gabinete negrinista, así como las acusaciones de huida que se vierten sobre el expresidente, se unen al derrotismo de unas personas que ya no se plantean sobre las posibilidades de resistencia, sino únicamente acerca de cuándo se producirá la entrada franquista en Madrid. La respuesta que ofrece acto seguido el coronel Barceló a las razones de González Moreno es paradigmática de esta situación: “Barceló calla, desesperado” (Aub, 2019: 276). El silencio se ha convertido en la única respuesta posible, ante la situación que viven las fuerzas republicanas.

A continuación, la rendición oficial del Partido Comunista —a través de una nota oficial— antecede a la liberación final de Vicente Dalmases, quien ha logrado sobrevivir a los días de encierro y a los fusilamientos de sus compañeros. El aspecto desmejorado del personaje encierra su falta de ánimos, ante la conciencia general de que la lucha —contra Casado y contra Franco— se ha terminado. Las preguntas se suceden en la pluma del narrador, quien parece perder la referencia del contexto que él mismo está explicando, entremezclándose con la desorientación que experimentan los personajes: “El teniente Rincón entra. ¿Qué calle es esta? No lo sabe. Está sin sentido. Lo leyó, se le ha olvidado. Sol blanco entre nubes grises. ¿Qué hora es? Debe de ser cerca de mediodía. ¿De qué día? ¿A cuántos está? No se conoce, no es ella, cascarón de sí misma” (Aub, 2019: 278). Lola ha logrado encontrar a Dalmases, tras recorrerse Madrid. Pero ha perdido en el camino, tal y como transmite el texto, el ánimo vital. La sensación de impotencia y desesperación aumenta, línea tras línea, conforme la novela se acerca a su final.

El fragmentarismo y las frases breves e indeterminadas se suceden, mientras las escenas que presenta *Campo del moro* reducen generalmente su extensión. Algunos personajes —como es el caso del recurrente Ramón Bonifaz, a quien ya hemos mencionado en páginas anteriores— intentan prepararse para la huida, salvando lo que puedan de la catástrofe que creen que se avecina. Incluso aunque este ánimo suponga alejarse, una vez más, del mundo de lo posible, ante el vano deseo de salvaguardar en la evasión una biblioteca de “por lo menos cinco o seis mil volúmenes” (Aub 2019: 279). Incluso Vicente Dalmases, una vez que ha logrado escapar de la prisión y de los

fusilamientos, piensa que es necesario escapar de la próxima represión: “quedarte. ¿Para qué? Madrid se va a entregar al enemigo. Tal vez respeten al médico, quizá le dejen cuidar a sus enfermos, pero lo que es a él...” (Aub, 2019: 282). El Madrid del frente y de la resistencia ha dado paso definitivamente al Madrid cárcel, en el que sus habitantes se sienten dentro de una prisión al aire libre que cubre toda la capital.

Las lamentaciones por todo lo que se pudo haber hecho también se suceden a lo largo de estas páginas, mientras las discusiones sobre pasado y presente terminan con esta simbólica metáfora: “No voy a discutir las buenas o malas intenciones de unos u otros. Un país se parece más de lo que tú crees al cuerpo humano. Aparece un tumor, maligno o no, pero como señal inequívoca de que todo empieza a fallar: los pulmones, el riñón, hasta acabar con la vida. Y no al revés” (Aub, 2019: 281). La imagen de la capital enferma, aquejada de un mal que los personajes ven como incurable, se presenta como contraposición a aquella que manifestara en 1936. La imagen de debilidad de entonces, desmontada en la propaganda del Frente Popular a través del espíritu del pueblo republicano, se deshace ahora en una nueva ciudad que, a pesar de compartir espacio físico con la anterior, parece representar su visión más decadente y desesperanzada. Un abatimiento que termina emblemáticamente con la huida de Vicente Dalmases:

Otra vez hacia Levante. Vicente alcanza, en las Ventas, a subirse a un camión repleto. Lleva una orden falsificada para el Gobernador de Alicante. Duerme de pie, con la cabeza revuelta: a mediodía, todavía preso.

Se traiciona una causa, a una mujer —o un hombre—, ¿se puede traicionar a una ciudad? Porque lo que han engañado —dorando las palabras como el atardecer las piedras de allá enfrente— urdiendo una sucia trama, sembrando cizaña, no es a este o al otro, a un partido, a mí, a ti, a quien sea —ni a España siquiera, ya partida—, sino a Madrid, a una ciudad de carne y hueso, a hombres de piedra y cemento. Lo que han vendido es el puente de los Franceses, la Ciudad Universitaria, el puente de San Fernando, el Pardo, Fuencarral, la Telefónica, la Gran Vía, la Cibeles, la Castellana, aquella buhardilla —la de Asunción, la suya—, el Manzanares. Con sus ardides, sus artificios, sus tretas, trapacearon lo más limpio, zancadillando lo que los españoles habían levantado hasta el cielo. Felones, alevosos, a traición, por la espalda —que le duele.

Dejar Madrid... ¿Qué puede hacer? Le duele físicamente y no sólo en el estómago (¿y su fuera sólo el estómago?). Madrid... ¿Cuándo volverá? Si estuviera Asunción a su lado. (¿Y Lola?). Lola, en Madrid, con los *fachas*. No le pasará nada: se irá a Getafe, con su padre. Nadie les molestará. O, tal vez, sí. ¿Qué importa entre tantos? Sí, importa. Más cuentan los traidores: meterles los naipes por la boca hasta que revienten por sus fullerías. Farsantes. ¿A quién engañan? A ellos, ciegos, perdiendo lo más. ¿A quién jugaron esa treta? Nos vendieron.

¿Por un plato de lentejas? ¡Ca! Por codicia, por menos que nada, fascinados. ¿Por qué? Por codicia, desde luego no. ¿Por salvar el propio pellejo? Los que urdieron la trampa pudieron ponerse a buen recaudo sin recurrir a ella. ¿Por usurpar el poder? ¿Qué poder, si lo han tirado en el cieno, y lo han de dejar y no se les puede ocultar? ¿Por odio personal hacia los que querían lo mismo que ellos aunque fuese por otros caminos? Sí. Y es lo peor. Y la envidia. ¿Por envidia? Quizá. No: por odio personal, por creerse más competentes que los otros. Por lo más bajo. Por estar en lo cierto: por creer estar en ello. ¿Hay que jugarse la vida —y la de los demás— por creer estar en lo cierto? Vicente desecha la idea que —lo prevé— le llevaría quizá a justificar a sus contrarios. ¡Si sólo fueran en ello sus vidas o las de los demás! No: es Madrid —a ojos cerrados—, Madrid subido en su cerro, a orillas del Manzanares, Madrid de piedra, ahí, plantado arriba del Campo del Moro (Aub, 2019: 285-286).

### 2.3.3. La capital personificada: elegía a Madrid

El planto por el final de la República se concentra en la ciudad de Madrid, reflejo y metáfora de toda la guerra. La reflexión sobre la traición se recupera pero con un enfoque diferente. El interés ya no se encuentra en determinar quién es un traidor según sus fidelidades políticas o personales, en un espacio humano. El esfuerzo por dar voz de las miles de personas anónimas que vivieron en el Madrid de la guerra se concentra en estas consideraciones, en las que el propio Dalmases se plantea si la huida en la que se ha embarcado supone la traición a la ciudad de Madrid. Un espacio rodeado de tanto simbolismo a lo largo de todo el conflicto, ¿puede adquirir suficientes rasgos personales para recubrirse de parte de la humanidad de las gentes que lo habitan? Esta es la consideración que le lleva a Dalmases lamentarse por su posible traición a un lugar que se ha convertido en algo más que un espacio, pues el cúmulo de experiencias, de emociones y sentimientos vertidos durante los años pasados sobre él le ha permitido que trascienda la mera materialidad de su extensión, pasando a formar parte de lo que podríamos denominar universo de la leyenda. Por ello, y aunque sea en detrimento del resto de la geografía nacional, es Madrid la ciudad que se utiliza en la ficción y en la memoria para representar el final de la macabra epopeya de la Guerra Civil.

A través de la enumeración de algunos de los espacios más emblemáticos de la capital, Vicente Dalmases humaniza Madrid al mismo tiempo que deshumaniza a sus dirigentes. La ciudad adquiere cuerpo y alma, y por ello puede ser traicionada. Se convierte, gracias a esta trasposición de características, en la perdedora y la engañada del conflicto; mientras que sus habitantes, aquellos que la han llevado a esta situación —con

los que Dalmases considera que comparte la culpa, pues la está dejando abandonada— han perdido su humanidad paulatinamente, conforme han ido abandonando la causa republicana tal y como se representaba durante los primeros meses del conflicto. La indeterminación del futuro se mezcla con la rabia que siente Dalmases en su interior, ante el resultado al que han llevado las luchas entre las diferentes facciones republicanas. Él mismo se contradice, cambia de idea, pierde el hilo de sus pensamientos mientras avanza el atestado vehículo que le lleva de camino a Valencia. En medio de su *stream of consciousness*, los ataques no se dirigen hacia el peligro franquista, a pocas semanas de materializarse en las calles de la capital. Son los casadistas, a los que Dalmases considera principales traidores de la República, quienes reciben el grueso de las críticas en su pensamiento. Y la determinación de sus motivos —los cuales, como se aprecia en las insistentes preguntas que se autoplantea el personaje, resultan más relevantes que el hecho en sí— le lleva a concluir que ha sido el odio hacia los que ostentaban el poder, la peor razón posible para él, lo que les ha llevado al golpe de Estado. Y no solo por las vidas inocentes arrebatadas, según concluye. Sino por la destrucción —tal y como hemos visto que Franco deseaba, según el análisis del profesor Bahamonde— de Madrid como el símbolo de unidad y resistencia en que se había convertido la capital. Por ello, tras el análisis de esta situación, el abatimiento parece convertirse en la única salida para el personaje, al ver cómo su horizonte personal e ideológico se derrumba ante sus ojos.

La jornada del 12 de marzo termina con la llegada de Vicente a Valencia. El recuerdo del amor y la lujuria se unen al miedo, mientras el personaje se ve envuelto por el vacío de la casa en la que es acogido. La necesidad de seguir huyendo se entremezcla con el recuerdo incesante de Madrid, y la culpa que experimenta por haber abandonado la capital. Las acusaciones de traición se volverán a repetir en este fragmento, con una insistencia que nos muestra la importancia que estas elucubraciones tuvieron en el momento: “Traidores todos: los republicanos, los anarquistas, los socialistas; ni qué decir tiene: los fascistas, los conservadores, los liberales; traidores todos, traidor, el mundo. Si el mundo es traidor, nadie lo es. Pero lo son: Casado, Besteiro, Mera, el padre de Lola, yo” (Aub, 2019: 292). En su desesperación, la misma condición humana se convierte para Dalmases en sinónimo de traición. El concepto se desdibuja, ante la incompreensión de los hechos vividos, hasta abarcar todas las relaciones y manifestaciones humanas. El ser humano se iguala a la idea de traidor, en una concepción cercana al existencialismo que nace del acusado sentimiento de derrota. La injusticia se mezcla con el fracaso, ofreciendo al lector estos pensamientos amargos que hablan de cómo la confianza ha desaparecido

del horizonte vital de la novela. Incluso se detallan las razones de cada traidor, las cuales abarcan un amplio espectro de sentimientos y situaciones particularmente humanas. En medio de la angustia que procuran transmitir estas últimas páginas de *Campo del moro*, la conclusión no puede ser más negativa. Es Vicente Dalmases uno de los personajes mejor contemplados en la narración. Un joven cuya inocencia y ánimo le llevan a intentar luchar, desde las primeras páginas, por aquello en lo que cree: la necesidad de ayudar a la sociedad en su conjunto, evitando que nadie se quede sin aquello que se merece. Sin embargo, incluso él mismo, al traicionar al Madrid personificado —tal y como hemos visto— cree compartir —junto al narrador, quien parece mezclarse con la voz del personaje— el fracaso global de la humanidad. Por ello, sin distinguir apenas grados y niveles de participación, la culpa se sitúa sobre el ser humano en su conjunto, concluyendo con una visión negativa del mundo que correspondería con la barbarie del conflicto vivido.

La última jornada relatada en la novela, el 13 de marzo, comienza con la atención nuevamente en la situación política. El primer fragmento condensa, a pesar de su brevedad, la situación en la que había derivado la gestión del Consejo Nacional de Defensa:

Sale un militar del despacho de Casado. Entra Besteiro. Están solos.

—¿Y de Burgos?

—Parece que no quieren saber nada como no sea la rendición incondicional (Aub, 2019: 294).

Max Aub manifiesta en su novela cómo, según su análisis de la situación, la justificación de Casado de tomar el poder para poder así dialogar una paz justa con las fuerzas franquistas se deshilacha antes, siquiera, de comenzar. La dramaturgia de este breve momento recubre el engaño en el que tanto Casado como Besteiro habrían caído. El odio de ambos personajes hacia Negrín, sus políticas y su gobierno —principalmente, tal y como hemos tenido ocasión de comprobar, por parte del segundo de ellos— habría permitido que Burgos pudiera jugar con unas propuestas que, tras el previsible deterioro de la situación republicana que provocaría el triunfo del golpe de Estado, nunca estuvieron realmente sobre la mesa. De esta manera, *Campo del moro* transmite al lector cómo las discusiones y las pequeñas batallas entre los que fueran aliados provocaron el olvido del enemigo común, quien aprovechó en todo momento la situación para lograr una victoria material y simbólica lo más amplia posible.

El final de la novela lleva al lector de regreso a Madrid. La desaparición de Vicente, a quien no logran encontrar por ningún lado, se suma al entierro de la hija de Manuel *el Espiritista*. Este sepelio sirve de metáfora para representar el enterramiento de toda la ciudad. La capital, sumida en el hambre y la desesperación, únicamente espera la próxima muerte que provendrá de las tropas franquistas. La esperanza ha desaparecido, y el dolor sordo es lo único que ha quedado en su lugar. En medio de esta última escena alegórica, los combates entre los dos bandos republicanos —los cuales, a pesar de su cercano final, todavía no han acabado— sirven de contrapunto y causa al dolor de los asistentes a la comitiva fúnebre. El carromato fúnebre atraviesa una ciudad silenciosa y decrepita, en la cual únicamente quedan restos de su antigua vitalidad. Y, como contraste mordaz con el desconsuelo de los personajes, la pequeña guerra civil que sigue en desarrollo no les permitirá, siquiera, llorar a sus muertos. La caída de un obús sobre el ataúd y su séquito provocará el final, condensado, de toda la resistencia madrileña: “El caballo sobrevivió un cuarto de hora, suelto, corriendo por el campo desierto, pateando sus tripas” (Aub, 2019: 296). Esta dantesca imagen de los combates, que presenta un gran parecido con las descripciones que hemos visto que Morla nos ofrecía sobre estas mismas jornadas, representa simbólicamente el término de la moribunda capital republicana. Destrozada por los combates internos y las disensiones irreconciliables, el único futuro que quedará será el regreso al pasado. La vuelta a esa misma España de la que Madrid, alegoría de toda la República, quiso huir nueve años atrás. Por este motivo, las últimas páginas están dedicadas a la religión católica, y a los rezos de Rosa María Martínez, quien se encuentra tirada en la cuneta tras la caída del obús. El recuerdo de un pasado de ortodoxia y religiosidad intolerante e inflexible se recupera ante los ojos del lector, como premonición de unos tiempos que muchos creyeron finalizados, pero que ahora regresarán para ocupar las ruinas del Madrid republicano:

De rodillas.

Por primera vez tiene miedo. Se da cuenta de que el miedo la ha empujado, atenazado, durante toda su vida. Su abuela, intransigente, dura, berroqueña —vestida de negro desde el día de su viudez, treinta años atrás— rodeada del Coco, de las Brujas, del Hombre del Saco, del Otro; la oscuridad, las ratas precursoras de los males eternos amontonados por las monjas — la madre Sacramento, la madre Ambrosia sobre todo—, las tenazas, las llamas, los tridentes, el pelo estirado por miles de demonios al menor pecado, a la más pequeña mentira, por golosinería o curiosidad. (...) El recelo, el pánico, la aprehensión; atemorizado por cualquier ruido, por desconocido sospechoso; no confiarse nunca porque todo puede ser boca del Infierno. No sabe

dónde meterse, un nudo en la garganta. El religioso temor... Todos los perros, rabiosos; todas las serpientes, víboras. Por si acaso, no tenerlas nunca todas contigo. Ve su niñez preñada de recelo, más muerta que viva. Ahora abre los ojos al cielo, gris, sedante, tranquila en el repentino sosiego de la llanura. Serena, le entra rauda la congoja con la imagen de Víctor. ¿Qué será de él, sin ella, por primera vez completamente suya? Un dolor sordo le sube de la entrepierna, devorándola.

Surgida del llano, chupada la cara, la piel oscura tirante sobre los pómulos, los ojos saltones por lo hundido de las cuencas, el pelo largo, revuelto y lacio de la lluvia y el descuido, a manchones pardos el traje negro arrastrado; sarmentosos los brazos; descalza, Soledad —demente— la mira con atención chupando *una* mano destrozada, sucia de barro y sangre (Aub, 2019: 297-298).

El mundo de la obediencia, de los miedos y de los terrores será el que sustituirá a la lucha y la experimentación política por la que habían luchado personajes como Vicente Dalmases. La memoria no solo se convierte en una herramienta que permite conocer cómo se compondrá y construirá este ‘otro’ que el narrador menciona en el fragmento citado, sino que también permitirá entender el pasado a través de un futuro que, recordemos —debido a la fecha de publicación de la novela— es el presente de los lectores de la novela. Una nueva España que, sumida de nuevo en el pavor hacia el pecado y la preponderancia barroca de los demonios y del Infierno, era vista por muchos como demasiado antigua. Unos mecanismos metaliterarios, en los cuales se entremezcla pasado, presente y futuro, constituyen una reflexión de innegable valor para poder comprender nuestra historia reciente. Textos como el que acabamos de analizar nos muestran cómo la memoria permite a cualquier lector del presente imbricarse en las corrientes vivas de un conflicto histórico que, a pesar del paso del tiempo, sigue despertando tantas controversias. Y el final, con la dramática escena que nos muestra a una monstruosa mujer que parece representar a la muerte o a la destrucción (con una descripción que recuerda a la de las Parcas griegas, las diosas de la muerte y del destino), de manera que se establece una alegoría acerca de cuál va a ser el futuro de Madrid, tras su caída en manos del general Franco. Un enorme campo de batalla, lleno de cadáveres y de monstruos que rondan entre las sombras.

### **3. Ángel María de Lera: entre el derrotismo republicano y la sombra del franquismo**

—Claro que es espantoso. Pero, o seguimos embarcados con ellos [los comunistas] hasta el final, final que siempre será el mismo, sólo que en peores condiciones, o nos desprendemos de ellos y recuperamos la iniciativa para evitar...

—¿Qué? ¿Evitar qué? —y la voz de Federico era más bien un grito.

—Pues la matanza final, Federico. La entrada del enemigo a sangre y fuego, una Numancia inútil. Mira —y alzó la mano para recomendarle serenidad—, hay que partir de que hemos perdido la guerra. —Molina se detuvo y sus últimas palabras sonaron como una sentencia que hizo estremecer a los asistentes—. Sí, hemos perdido la guerra. Duro es confesarlo. Duele. Pero la verdad hay que afrontarla con valor. Somos militantes, no gente de aluvión. —Hizo otra pausa para mirar a todos y prosiguió—: Bien. No vamos a discutir ahora quién ha tenido la culpa. Es un hecho más fuerte que todos los razonamientos. Estando así las cosas, de lo que se trata es de evitar más muertes inútiles.

—¿Rindiéndonos? Eso sí que no— y Federico dio un puñetazo en la mesa (De Lera, 1967: 28).

Los años finales del franquismo fueron testigo de un cambio de perspectiva acerca de lo sucedido en la guerra. El maniqueísmo y la visión pétrea de la historia mantenida hasta ese momento en la narrativa oficial del régimen dan paso a un nuevo acercamiento al conflicto bélico que, si bien solo supone un cambio de perspectivas respecto a las décadas anteriores, nos ofrece diferentes visiones ficcionales sobre lo sucedido. Tras observar la voz desgarrada de los personajes de Max Aub, cuyo *Campo del moro* fue escrito desde el exilio a través del macabro recuerdo de lo sucedido, ahora podremos comprobar cómo la inevitabilidad de la victoria franquista y el desmoronamiento de una República sumida en sus luchas internas se convierten en los argumentos de partida de *Las últimas banderas* (1967), de Ángel María de Lera. El texto, cuyo comienzo se sitúa también en la jornada del 5 de marzo de 1939, centrará también su desarrollo en los días vividos durante el golpe de Estado del coronel Casado. Escrita por un anarquista<sup>88</sup> que había combatido en la guerra en contra de los militares sublevados, y que tuvo que pasar diez años encarcelado tras su victoria (Sánchez Zapatero, 2020: 338), se trata de un particular ejemplo de cómo la censura, al final del régimen, incluso dejó que ciertas voces de los vencidos sobre el conflicto pudieran salir a la luz.

---

<sup>88</sup> De hecho, sus memorias —publicadas en 1978 tras la muerte de Franco— salieron a la luz con el revelador título de *Retrato de un anarquista*.



### 3.1. La ficción contra el mito de la liberación de España

El mero hecho de referirse por extenso a las últimas semanas de la guerra nos aleja, dentro del panorama de la sociedad franquista, del discurso habitual que se venía enhebrando desde el final de la contienda. En los manuales destinados a la enseñanza pública, como fue el caso de la *Enciclopedia* (1966) de Antonio Álvarez —publicada, como vemos, en la misma época que la narración de De Lera— la exposición de lo que significó la Segunda República española se realiza desde la parcialidad y la tergiversación: “Los cinco años que duró se caracterizaron por continuos ataques a la religión y por abusos y atropellos de todas clases” (Álvarez, 2017: 485). La República no tiene presencia, análisis o contenido. Se concibe, simplemente, como un periodo oscuro y horrendo a evitar, cuyo estudio se puede llevar a cabo en la escasa oración que hemos presentado. Se establece, por lo tanto, una relación causal entre este error desprovisto de grises que habría sido el periodo republicano, y la necesaria liberación de España llevada a cabo por las fuerzas franquistas en 1939. En este contexto, el final del conflicto es obviado por la opinión pública y por manuales de estudio como el presente, cuya única referencia a estas semanas se resume en el siguiente fragmento: “El 28 de marzo de 1939, las tropas nacionales entraron en Madrid, y el 1º de abril del mismo año, el Generalísimo anunció a los Españoles la feliz terminación de la contienda” (2017: 622). El por qué, las razones de este resultado, así como el cómo y los medios que lo llevaron a cabo son condenados al ostracismo, junto a todos los movimientos y sucesos relativos al coronel Segismundo Casado y a su golpe de Estado. La victoria de Franco —inevitable y necesaria, tal y como nos transmiten los personajes de De Lera— haría innecesaria, de por sí, tal explicación. La cuestión se habría centrado —para el discurso oficial de la dictadura— únicamente en el reconocimiento o no de esta victoria inapelable que, como si fuera una fuerza de la naturaleza, estaba predestinada por la historiografía a dar la victoria a Franco. Es en este contexto donde se escribe y publica *Las últimas banderas*, para adentrarse en esta pregunta que —hasta el momento— no parecía haber sido necesario, siquiera, responder.

Según expone el profesor Javier Sánchez Zapatero, la novela de De Lera representa este cambio de paradigma respecto a la visión de la Guerra Civil que se vivió durante los años finales del régimen. Frente al relato victorioso e idealizado que había triunfado hasta este momento, el final de los años sesenta dará paso a una concepción del conflicto como un espacio de reivindicación de la neutralidad. El discurso de oposición

entre rojos y azules dio paso a una visión negativa de la guerra, en la que solo habría derrotados: “la contienda se va a interpretar como un fenómeno en el que todos perdieron y en el que, más que buenos y malos, hubo pragmáticos e idealistas” (2020: 340). De esta manera, el régimen lograría eludir una de las críticas principales sobre la historia oficial del momento, al mismo tiempo que el grueso de la narración se mantenía.

Los cuatro milicianos republicanos que adquieren mayor protagonismo en el relato —llamados Olivares, Trujillo, Cubas y Molina— experimentarán la confusión y los combates vividos en Madrid entre las tropas negrinistas y las casadistas durante los primeros días de marzo de 1939. El argumento de la novela permitirá, de esta manera, explicar la perspectiva política del momento y las luchas que fragmentaron la República a partir de las vivencias de estos cuatro soldados de a pie.

Ángel María de Lera será capaz de aprovechar el cambio de paradigma que se experimenta a través de la apertura de la dictadura franquista a las nuevas corrientes que comienzan a llegar del extranjero. El auge de la novela experimental y de la crítica social responden a una necesidad de desprenderse de los aspectos más cerrados e intransigentes del sistema, con el objetivo de mostrar una imagen más abierta y cosmopolita de cara al exterior. Los intereses políticos se unen, de esta manera, al deseo reprimido de autores y lectores por escapar de las narraciones maniqueas y censuradas que habían estado permitidas desde 1939. Es en este contexto donde *Las últimas banderas* despliega su idiosincrasia particular. La heroicidad presente en obras anteriores deja paso a una crónica más centrada en las vivencias de los hombres de a pie, alejados de este ideal guerrero que había sido tan común en la literatura bélica. La historia de España y su conflictivo pasado se entrelazan en las vivencias de los personajes, mostrando al lector cómo lo sucedido no ha quedado relegado al olvido, sino que sigue presente en las vicisitudes políticas del tiempo presente. Tal y como expone el profesor Joan Gilabert:

En la medida que la reflexión acontece en los años sesenta cuando parece estar repitiéndose de formas diferentes el mismo evento, el tiempo heroico de la guerra se siente como yermo y el entusiasmo como ilusorio pues la inmutabilidad del fracaso es temporalmente mucho más extensa; se remonta hacia un tiempo más lejano en el pasado. Por lo tanto, la estructura temporal construida por el autor asume la función premonitoria del porvenir. Es un pasado vivo y que, por deducción lógica, continúa viviendo. La novela sintetiza con exquisita lucidez, como pocas otras sobre la guerra civil, el pecado original de la España moderna (1996: 47).

Gilabert estudia cómo el proceso histórico español vivido durante los años 60 del siglo pasado se imbrica y transparenta en la pluma de De Lera a través, según considera en su análisis, de la universalización de un particular episodio histórico –marzo de 1939– que trasciende sus límites temporales para hablar al lector del conjunto de la modernidad española (1996: 51-52). El pasado particular serviría, de esta manera, para recrear tanto un presente como una época completa de la historia española. La crítica que ha estudiado la obra se ha centrado en la consideración de De Lera como importante exponente de la narración de lo sucedido con la República, así como en la enorme vitalidad manifestada por personajes como Federico Olivares: “Lera essaie de présenter une synthèse de ce que la guerre representa du côté républicain. Il superpose différents plans, le début de la guerre et sa fin, l'enthousiasme et la désillusion, le front et l'arrière-garde, Madrid et la province. Son personnage central, Federico Olivares, est attachant, profondément humain et vivant tout au long du volume” (Bertrand, 1969: 71). Será esta dimensión humana una de las características que dote a la obra de su capacidad para representar una época. A pesar de la necesaria parcialidad del momento, se trata de un intento, por parte de un autor republicano, de entrever el por qué de lo sucedido y las razones de la amarga derrota que miles de españoles llevaban décadas arrastrando. El silencio y la opresión de la dictadura no habían sido capaces de borrar una cuestiones a las que obras como la que estamos estudiando intentaban dar una particular respuesta.

### 3.1.1. Las últimas banderas: ausencia de neutralidad y negatividad de la República

*Las últimas banderas* está dividida en doce capítulos de desigual extensión, carentes de título. El nombre de la novela queda patente desde los primeros momentos, cuando se empieza a desgranar la lucha interna que sumerge a las diferentes facciones republicanas. Comunistas, anarquistas y otros grupos republicanos se enfrentarán bajo la defensa de la legalidad negrinista o de las armas casadistas, mientras la capital deja de ser el frente de batalla para convertirse en una zona de guerra.

La primera línea de la obra ya nos permite adentrarnos en este ambiente bélico que va a dominar toda la narración. Un “lejano cañonazo” (1967: 9) es oído en la distancia, interrumpiendo el breve reencuentro que Federico Olivares estaba teniendo con su amada. La cotidianidad se entremezcla con el miedo, en una narración que parte de una comparativa siempre presente entre dos Madrid. Una, la ciudad contemporánea que se

puede ver a través del humo de los bombardeos, es una urbe desolada y derrotada, inmersa en el silencio, que ha perdido su capacidad de lucha:

La plaza de Neptuno estaba a oscuras y desierta. Por la de Cibeles cruzaban algunos tranvías chirriantes, y entraban y salían coches del Ministerio de Guerra, con prisas y apagados los faros. La diosa y su carro yacían ocultos tras su coraza de ladrillos y cemento contra los bombardeos. Muchas de las ventanas del Palacio de Comunicaciones estaban cegadas por sacos terreros y sólo algunas de la planta baja dejaban escapar un débil fulgor. El tronque de la Gran Vía y la calle de Alcalá semejaba una rambla donde confluyesen dos secas torrenteras. En balcones, puertas y ventanas se coagulaba la negrura.

(...) Los vehículos marchaban sin luces y los hombres iban en silencio. Los últimos de cada camión llevaban las piernas colgando y, sobre ellas, el fusil (De Lera, 1967: 17).

El aspecto desesperanzado y devastado de la ciudad se convierte en un *leit motiv* recurrente —que también veíamos que era utilizado con profusión tanto en Morla como en Aub— para mostrar al lector el contraste con los comienzos de la guerra. Mientras la quinta columna va controlando paulatinamente los resortes de la ciudad, y las contradictorias noticias políticas convierten el día a día en una lucha constante contra la ansiedad y la incertidumbre, el recuerdo de la unidad y de la capacidad de resistencia de los primeros meses del conflicto sirve para magnificar la desesperada situación del momento, y para alentar las preguntas sobre cómo se ha llegado a esta condición: “Cuando lo de noviembre (...). Los que huían no nos dejaron más que un sobre cerrado con instrucciones secretas de abandono para el general Miaja. Decían que Madrid era indefendible. Pero el pueblo no quiso enterarse” (1967: 25).

Al atacar a los mandos políticos y alabar la Batalla de Madrid, el narrador no parte —al contrario del análisis que presentaba Max Aub— de una situación lo más neutral posible para explicar la realidad de estos días. Conforme avanza la narración, el primer capítulo establece paulatinamente una comparación entre ambos momentos, relacionando la huida de los mandos políticos de entonces con el abandono de Negrín y su gabinete de la capital en dirección a la posición Yuste. Las alabanzas a Miaja y a Besteiro ayudan a entrever la constitución del Consejo Nacional de Defensa como la mejor respuesta posible ante la situación, como si se tratara una nueva Junta de Defensa igual que la de noviembre de 1936, destinada a ser la voz del pueblo madrileño al que han abandonado sus dirigentes. La lucha entre hermanos —las “banderas” a las que hace alusión el título de la obra—

parte, para De Lera, del rechazo a un negrinismo que en los combates por la capital se traduce en el anticomunismo de los protagonistas de la obra.

En este contexto, los ataques hacia el gabinete de Negrín y hacia su gestión se convierten en una constante desde las primeras páginas de la obra. Los milicianos se reúnen durante la jornada, y esperan con inquietud las promesas y los desenlaces que traerá la proclamación del Consejo Nacional de Defensa. Las palabras de los protagonistas, las cuales son introducidas por el narrador en un largo discurso lleno de ataques al nuevo enemigo y promesas de paz, introducen al lector en la dialéctica de la derrota y de la necesidad de la rendición que se estableció durante estas jornadas. El clima de hambre y de abatimiento que se había cernido sobre Madrid fue un entorno propicio para unas propuestas que contaban con la complicidad de unos alegatos emocionales y enfocados directamente al sentimiento de los decaídos ciudadanos:

La conmovida voz de Besteiro dijo, entre otras cosas:

«El Gobierno de Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido para el interés de la masa ciudadana, combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales en la cual, juntamente con nosotros, perecerían las masas proletarias de muchas naciones del mundo... Yo os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia... (...).»

La de Casado, dura y militar, se dirigió al enemigo, en un gesto de mano tendida:

«El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. ¡Establecedla! No soy quien así os habla. Os dice esto un millón de hombres movilizados para la guerra y una retaguardia sin fronteras de retirada (...). ¡Españoles! ¡Viva la República! ¡Viva España!» (De Lera, 1967: 36-37).

La verdad, una vez más, se entrelaza y sumerge entre la capacidad del lenguaje para crear nuevas realidades. Besteiro y Casado se reparten los papeles necesarios para justificar el golpe de Estado y obtener el apoyo para el golpe de Estado. El primero de estos personajes es el encargado de llamar al combate contra el enemigo, convirtiendo al gobierno negrinista en paradigma de todos los males de la República al mismo tiempo que la falta de conciencia de la derrota, el no reconocimiento de la futilidad de seguir resistiendo sería esgrimido como principal argumento para desposeer al presidente Negrín

del mandato constitucional que sobre él recaía. Sin embargo, a pesar de esta proclama, la apelación a la falta de veracidad del gobierno republicano se contradice acto seguido con la segunda parte del discurso. En ella, el coronel Casado esgrimirá los mismos argumentos que manejaba el gabinete negrinista para continuar luchando, aunque fuera de manera desesperada. La paradoja se establece respecto a un personaje como Besteiro que se convierte en encargado de demonizar unas políticas que el mismo Casado utiliza para asegurarse la confianza de los republicanos en el nuevo Consejo Nacional de Defensa que se ha conformado.

La ficción construida sobre los acontecimientos del golpe de Estado de Casado, aun respondiendo a diferentes perspectivas e intencionalidades, nos permite entrever las inconsistencias del discurso y el desmoronamiento de los paradigmas factuales que caracterizaron los últimos meses de la República. El poder de la palabra se convirtió en un arma más relevante que la situación geopolítica del debilitado esfuerzo bélico, tergiversando una disposición estratégica y diplomática que se vio subsumida en el estallido de las luchas y las intrigas internas entre las diferentes facciones que habían formado parte del Frente Popular y del sostenimiento del Estado republicano.

El debate sobre la consideración del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 continúa vivo, a pesar del tiempo transcurrido, en la historiografía existente sobre la Guerra Civil española. Ya hemos apuntado en este trabajo los diferentes posicionamientos existentes, que se podrían enmarcar entre los que defienden que tal episodio fue un ataque a un gobierno legalmente constituido, y aquellos que prefieren obviar esta consideración y entender todo el proceso de construcción republicana como el camino elegido para llevar a cabo la revolución en España. Una revolución, en todo caso, de características variables y diversas según los autores a los que se acuda, pero que presenta como características comunes la violencia y el miedo que, al haber causado en el país, habrían provocado el levantamiento del ejército en contra de un orden constitucional que, paradójicamente, estaría en peligro. Así lo expone el historiador Stanley G. Payne, quien parte de la consideración plebiscitaria de las elecciones de febrero de 1936 para establecer un nexo causal con el posterior golpe militar: “Los electores debían inclinarse bien por el apoyo a la insurrección de 1934 y una República de izquierdas, o bien en favor de la derecha y de alguna suerte de nuevo régimen conservador. La democracia liberal había dejado de ser ya un objetivo” (2010: 44).

En línea con esta interpretación, *Las últimas banderas* parte de una visión negativa de dicha revolución, considerando que la democracia existente en 1939 habría

desaparecido para dejar lugar a una lucha de extremos en la que la responsabilidad podría ser dividida. Se ignora, de esta manera, tanto el propio golpe de Estado contra el único gobierno legítimo del país como el hecho de que los intentos de llevar a cabo la revolución se produjeron posteriormente —y, por lo tanto, como consecuencia— del golpe de Estado militar. Los términos causales se invierten, a través de este proceso, en una visión histórica que tuvo éxito a partir de los años finales del régimen franquista. Casi dos décadas después del fin de la guerra, la narrativa de los vencedores y los vencidos había dejado de resultar útil, pues seguía ahondando en una división de la población española que, tras la instauración del nuevo estado dictatorial, no era necesaria. Por ello, y con el objetivo de eliminar la legitimación de iure que tenía el gobierno republicano del Frente Popular surgido tras los comicios de febrero de 1936, el cambio de perspectiva ofrecía la ventaja de presentar la lucha civil a través de un combate entre hermanos, en el que las peores pasiones del ser humano y décadas de rencillas personales habrían sido los responsables del conjunto de la Guerra Civil. Gracias a este proceso, el objetivo no declarado era construir una dialéctica que enterrara en el olvido la legitimación democrática republicana, y eliminara así tanto la culpabilidad inicial y primaria de los militares que protagonizaron el golpe de Estado, como las bases y la legitimación general que el propio régimen franquista tenía para gobernar España. La existencia legal del Estado franquista respondía, en esencia, a su victoria en la Guerra Civil. Eliminar la destrucción del Estado legítimo anterior, y sustituirla por la derrota de un enemigo situado al mismo nivel se convertía en un procedimiento de gran valor para la dialéctica global del Estado franquista. La obra que estamos estudiando de De Lera ahonda, a partir de estas directrices, en el proceso por el cual la Guerra Civil podía ser vista como una lucha de iguales, de hermanos, en la que se dejan de discutir las razones políticas —que son presentadas como carentes de importancia— para establecer las razones de la lucha en las pasiones humanas más básicas e irracionales. La dictadura franquista, consciente de que una contraposición de razones —tal y como veíamos en autores como Max Aub— podría ser peligrosa para sustentar su argumentación, prefirió recurrir al plano emocional para reconstruir la narrativa de un conflicto que seguía dividiendo a la población española.

El comienzo de la guerra es mostrado por De Lera a partir de una serie de analepsis que llegan a cubrir capítulos enteros. El pasado es utilizado para mostrar, a través del ejemplo de casos particulares, cómo la raíz del conflicto —y las razones principales de su crueldad— estuvieron en las rencillas personales. La política se desdibuja en estas líneas, mientras los símbolos y las adscripciones son utilizadas como un mero decorado

instrumental para llevar a cabo la venganza particular. Al despojar a la guerra de su componente ideológico desde los primeros compases, la mera culpabilidad se desvanece en el conjunto de la población española, mientras que la explicación del desmoronamiento de la República se concreta en unas divisiones internas que, sin que el régimen democrático hubiera podido gestionar adecuadamente, terminaron con el derrumbamiento final de marzo de 1939. En esta línea se exponen los recuerdos de Federico Olivares sobre los comienzos de la República, en un pueblo cuyo ejemplo sirve de generalización al conjunto de la geografía española:

Cuando lo de los anónimos, se descubrió que los botes de pintura de Jaime servían para pintar, en las fachadas de las casas más apartadas del pueblo, flechas y yugos y la palabra FE. Su madre quiso oponerse a estos manejos del muchacho, pero su padre, (sic.) no solo la hizo callar, sino que le alentó en sus actividades políticas, llevado de su odio a los socialistas y republicanos que formaban el Ayuntamiento, antaño amigos y consocios del casino, pero que se le enfrentaron políticamente al advenimiento de la República, cuando, sin ganas ni afición, y sólo por no oponerse al gobernador, desempeñaba el cargo de concejal. No iba nunca, por supuesto, a las reuniones de la corporación, y de la política municipal no le importaba más que lo que afectase a las cuotas de arbitrios para las mercancías con que él negociaba. No podía perdonar que sus antiguos amigos hubieran hecho pasar, precisamente por delante de su comercio, como en son de desafío o de burla –tal lo creyó él– la manifestación popular que se organizó para festejar la proclamación del nuevo régimen (De Lera, 1967: 40).

El foco de la narración incide en el momento de la proclamación de la República para establecer un nexo entre el cambio de régimen y el inicio de una serie de reproches y recriminaciones nacidos del entorno familiar y amical. De esta manera, el joven Federico puede observar cómo la oposición contra la República en este pequeño municipio es llevada a cabo a través de las pintadas de un falangista que abraza la causa del partido fascista porque su padre, quien a su vez carece de ningún interés en política, se sintiera traicionado por sus antiguos amigos. Estos, a su vez, habrían aumentado los impuestos sobre sus mercancías a lo largo de su mandato, lo que habría provocado la definitiva animadversión de este personaje hacia el conjunto del régimen democrático.

El miedo a la revolución queda patente, a través de esta analepsis, desde el primer momento. Los discursos escuchados en el pasado dan muestra de cómo, ante el comentario de un personaje que apunta a la idea de que se estuviera produciendo un golpe de Estado en julio de 1936, el levantamiento militar no se habría llevado a cabo contra la República, sino contra la supuesta revolución que se habría estado preparando: “Es contra



la reforma agraria, contra los sindicatos, es contra la revolución. Y lo vivas a la República y el Himno de Riego son camamas para confiarnos y engañarnos. Como no andemos listos, compañeros, seremos otra vez nosotros, los de la C.N.T., los que paguemos el pato” (De Lera, 1967:45). El intento discursivo de acabar con la legitimidad republicana desde antes de 1936, al argumentar que el mismo sistema habría perdido de facto la capacidad de seguir representando al conjunto del país esconde, como se puede apreciar en la enumeración presentada, el resquemor de muchos grandes terratenientes del país y empresarios industriales por el progresivo poder que iban adquiriendo los sindicatos y el aumento de los derechos laborales que se estaba llevando a cabo. El discurso legitimador de la república escondería, a través de estos parlamentos, una lucha de clases que obras ficcionales como la que estamos estudiando transparentan en sus razonamientos y focalizaciones. A este respecto debemos diferenciar entre las ideas de legitimación y de legitimidad, tal y como expone el profesor Pablo Ródenas. Mientras que la República nunca habría perdido la segunda, su legitimación sería la que habría sido horadada a lo largo del conflicto y sustituida por la del nuevo Estado franquista:

La idea nuclear para que la *legitimidad* sea tomada en serio señala que *lo aceptado de forma socio-política no necesariamente ha de ser aceptable de forma ético-política*. Dicho de otra manera, legitimación y legitimidad no deben ser confundidas dado que se trata de herramientas conceptuales con las que se aspira a una mejor comprensión de problemáticas que son bien diferentes. La categoría de ‘legitimación’ ayuda a *entender los procesos de justificación creencial del ejercicio del poder*, mientras que la de ‘legitimidad’ busca *discriminar los poderes en ejercicio*, distinguiendo los poderes de dominación de los poderes de emancipación a partir de argumentos que tratan de señalar la irracionalidad injustificable de los primeros y la razonabilidad justificable de los segundos<sup>89</sup> (2008: 165).

### 3.1.2. Las fracturas internas de la República como consecuencia de la derrota

Los recuerdos de Federico Olivares —cuyas referencias a la CNT, junto al análisis de los discursos del resto de la obra, permiten sospechar que se trata de un personaje de ideología anarquista— son utilizados por el narrador para mostrar cómo, desde los primeros momentos, la revolución encabezada por el Frente Popular estaba destinada al fracaso. Y el motivo de esta derrota —eje argumental del presente cronológico de la

---

<sup>89</sup> Tanto las comillas simples como la cursiva presentes en este fragmento son del autor del mismo.

novela— sería, una vez más, las divisiones internas que terminaron por devorar el Frente Popular: “El Frente Popular es un cuento. Está roto. Largo Caballero es un anciano. ¿Una revolución así? ¡Qué disparate! ¿Qué, cuál, de qué tipo sería esa revolución, caso de que pudiéramos hacerla, eh?” (1967: 55). El caos y la desorganización se reflejan a través de unos diálogos que muestran como una quimera el proyecto que inició su andadura en febrero de 1936. El hecho de que el Frente Popular resistiera unido hasta 1939 no evita que sus orígenes estuvieran marcados por un pueblo descontrolado, que se sumió en la revolución social entre “tumultos” y “males presagios”. A través de la ejemplificación que ofrece el recuerdo, y de los hechos que desencadenarían —según la narración— el conjunto de la guerra, el Madrid descorazonado y rendido que se ofrece en el presente diegético tendría sus orígenes en los sentimientos despertados por la agitación revolucionaria: “(—Tienen miedo, pero ¿quién no tiene miedo esta noche? Es él, el miedo, el causante de todo este alboroto. Toda España tiembla de miedo. El miedo es el que nos empuja a unos contra otros. ¡El miedo!)” (1967: 63).

Este terror que manifiesta Federico, y que encuentra como consecuencia y origen de la guerra —a pesar de tratarse él mismo de un revolucionario— resulta paradójico desde la perspectiva propagandística y política que se manifestó en la República desde sus primeros momentos. Frente a la visión catastrofista que vio al régimen republicano como un aparato desorganizado y sembrado por el caos, la realidad de unos gobiernos que tuvieron que enfrentarse a las acuciantes necesidades de la población española en un clima de fuerte conflictividad social derivado del modelo productivo nacional apenas es atendida en obras ficcionales que, como es el caso de *Las últimas banderas*, se retrotraen al pasado democrático para intentar entender el final de la guerra. La propaganda de las fuerzas políticas de derechas trabajó, desde los primeros momentos, para derribar el nuevo régimen democrático en base a una serie de postulados que intentaron establecerse como realidades incuestionables. De esta manera, el carácter revolucionario de la República, su ilegitimidad de origen, la incapacidad de los diferentes gobiernos para cumplir con su cometido, el siempre presente peligro del comunismo, el constante énfasis en el peligro de acabar con la unidad del Estado, y la agresión a las “fuerzas vivas de la nación: Iglesia, militares y propietarios”, son algunas de las razones que el historiador Ángel Viñas aduce para explicar la construcción del discurso que estamos analizando. Las razones de esta reescritura histórica del golpe de Estado de 1936 y de sus motivaciones se encuentra, según la contundente opinión de este historiador, en “la leyenda construida por los vencedores en torno a las causas y orígenes del golpe del 18

de julio”, la cual habría buscado desde el comienzo “explicaciones y justificaciones que hoy pueden tirarse a la papelera en términos historiográficos” (2019: 13-14). Viñas concluye declarando que se trata de argumentos “inextinguibles” en muchos sectores de la sociedad española y de su historiografía. Una muestra, en definitiva, de cómo la Guerra Civil es un conjunto se convirtió, desde un primer momento, en un cruce de discursos que tanto la historia como la ficción procuraron convertir más en una explicación particular de lo sucedido que en un análisis pormenorizado de los hechos acaecidos.

En la misma línea se expresa el historiador Paul Preston, al explicar cómo “grupos de campesinos sin tierra acudían al señor en busca de trabajo o a veces desempeñaban por su propia iniciativa algunas tareas agrícolas y luego exigían el pago de las mismas”, una situación originada en las desigualdades existentes en el reparto de la riqueza, y que provocaba la animadversión de los grandes terratenientes del país y “la evidente hostilidad de las fuerzas de la derecha hacia el nuevo régimen”. El hecho de que “a pocas horas de proclamarse la República” los conspiradores monárquicos comenzaran “a recaudar fondos con el fin de crear una revista que propagara la legitimidad del alzamiento contra la República”, promoviera dentro de las fuerzas militares “el espíritu de rebelión”, y sirviera para configurar “un partido político legal desde el que urdir la conspiración contra el régimen y organizar el levantamiento armado” (Preston, 2011: 39), nos permite entender cómo este odio hacia las instituciones republicanas y la difusión del discurso en el que el propio régimen democrático habría promovido en su misma esencia el posterior conflicto civil existieron ya desde antes de 1931. La repetida relación entre los actos revolucionarios llevados a cabo durante la Guerra Civil y la Revolución de Asturias de 1934 incide en esta argumentación, olvidando necesariamente la brutalidad desplegada por el ejército republicano al reprimir estas revueltas. Por todo ello, no es de extrañar que el desenlace argumentativo de la línea narrativa que se había ido construyendo sobre la República desde el mismo momento en el que esta comenzó su andadura encontrara en el golpe de Estado del coronel Casado el evento perfecto para culminar la lista de errores que serviría para ejemplificar el fracaso de este sistema democrático. En este sentido, el Madrid que nos presenta Ángel María de Lera, aun coincidiendo en sus líneas generales con la capital derrotada y exhausta que veíamos en *Campo del moro*, es vestido por el narrador de unos tintes mucho más amargos y grisáceos todavía, incidiendo en el carácter ruinoso y desprovisto de vida que había adquirido. La República terminaba con la ciudad muerta, cuyo aspecto cadavérico es resaltado a lo largo de varios párrafos por las impresiones de Federico Olivares:

Al desembocar por la calle de Carretas se dio cuenta Federico del color ceniciento del aire de la Puerta del Sol en aquella mañana de marzo. Los escaparates de las tiendas, desoladamente vacíos y con los cristales cuadriculados por las tiaras de papel engomado y el mal aliño de las gentes contrastaban con el ornato propagandístico de banderas y carteles en fachadas y balcones. Los tranvías circulaban sin cesar, abarrotados de un público gris, entre el que sobresalían los uniformes y los capotes militares, en torno al viejo y deslucido tinglado del centro de la plaza. Los faroles aparecían pintados de azul. Se veían muchas mujeres entoquilladas o enfundadas en raídos abrigos, calzadas muchas de ellas con botas de paño y zapatillas, portando pequeños capazos y fardeles, que andaban apresuradas, con la única preocupación de hallar alguna cola que anunciase la venta de algo para comer. En las anchas aceras, sin embargo, se observaban los consabidos grupos de curiosos, paseantes y desocupados de otros tiempos, con la sola diferencia de su atuendo, mixto de soldado y paisano. Estaban allí, al igual que siempre, como a la espera de un regalo de la suerte. (...) sin que, por el contrario, prestasen, al parecer, demasiada atención al desusado movimiento de guardias de asalto por los alrededores del Ministerio de la Gobernación, en cuya torre seguía el reloj que midiera siempre el tiempo de España, pero con el cristal de la esfera roto, e inmóvil la célebre bola (...).

La Puerta del Sol continuaba siendo el corazón de la gran ciudad, si bien pareciese ahora cansado, con latidos más débiles al cabo de una larga agonía que duraba ya casi tres años. Treinta meses de asedio militar, de cerco, de castigo diario, viendo morir a todas horas a sus habitantes en cualquier esquina, bajo chaparrones de metralla, hambrientos, ateridos, dando un ejemplo de terquedad ibérica superior a todos los ejemplos anteriores. Por aquí y por allá, los grandes letreros con la frase «No pasarán», eran como la voz desesperada y desafiante de unas gentes —las de la ciudad— famosas en mil historias de picaresca y en incontables chistes para asombro de provincianos, y famosas también por sus desplantes y sus posturas aguerridas cuando su frivolidad cortesana se tornaba en remango arrabalero y popular (De Lera, 1967: 65-66).

El narrador ahonda en los detalles y la descripción del Madrid derrotado sin dejar de prestar atención a la uniformidad del entorno. Los edificios, los monumentos, las gentes y los comercios se encuentran marcados por el mismo patrón de gris uniforme que cubre la realidad de una ciudad desprovista de ánimos y hambrienta. La vida continúa, tal y como también hemos visto que explicaban las descripciones de Morla y de Aub. Sin embargo, se trata de una existencia huera y desprovista de vitalidad, contraria a esos destellos de esperanza que veíamos en los análisis anteriores. En la geografía local que nos muestra De Lera no hay espacio para el futuro, pues la realidad de las disputas internas dentro de la República ha dotado al conjunto de la capital de los rasgos propios de un

cadáver, al arrebatarse tanto a las gentes como a los espacios urbanos la alegría y el color. Las razones aducidas por la obra para esta situación se encuentran simbolizadas en el emblemático reloj de la Puerta del Sol, en lo alto del Ministerio de Gobernación, el cual metafóricamente representa a un país cuyo tiempo se encuentra dañado. El espacio urbano se convierte en una ratonera, de la cual resulta difícil escapar (1967: 73).

La ciudad es utilizada también para representar el cansancio de la guerra, así como la necesidad de la paz, en la misma línea que el discurso pregonado por el Consejo Nacional de Defensa. De esta manera, la descripción de la Puerta del Sol transforma a la emblemática plaza madrileña en el corazón de una ciudad moribunda, cuya resistencia tras el largo conflicto es ya inexistente. La metáfora finaliza llamando la atención sobre uno de los gritos más famosos de la resistencia de Madrid, el «No Pasarán», cuyo simbolismo es comparado al de unas gentes díscolas e indóciles que históricamente han intentado contestar a la autoridad en múltiples ocasiones. Se reduce, de esta manera, el mito histórico de la Defensa de Madrid y de otros levantamientos populares en los que la ciudad fuera protagonista —el más conocido y aludido de los cuales es el del 2 de mayo de 1808— a la regañina de un niño desobediente y levantisco que no es capaz de aceptar la realidad de la derrota, y prefiere seguir rebelándose contra el poder establecido.

El texto desarrolla esta concepción de la guerra como un fracaso en sí mismo, una división innecesaria que se podría haber evitado de haber sido otro el curso de los acontecimientos. Se busca establecer la culpabilidad del conflicto, al mismo tiempo que se incide en las terribles consecuencias del mismo, explicando cómo “todo lo ocurrido en España desde el 18 de julio es una locura” (1967: 58). Un espacio en el que el diálogo procura establecerse sobre la culpabilidad tanto de los comunistas<sup>90</sup> como del presidente Negrín<sup>91</sup>, cuyas acciones habrían terminado de descomponer el difícil equilibrio de poderes dentro de la República.

---

<sup>90</sup> Un ejemplo podemos encontrarlo en este breve comentario, en el que un personaje se cuestiona sobre cuáles podrían ser sus próximas acciones tras la que considera como predecible victoria comunista contra el levantamiento casadista: “¿Qué hacemos nosotros entretanto? ¿Unirnos a los comunistas, o dejar que nos aplasten? No existe una tercera solución. Y como por encima de todo somos antifascistas... Yo a lo de Casado no le veo ni pies ni cabeza. De acuerdo con los comunistas hubiera sido posible todo; en contra de ellos, nada” (De Lera, 1967: 74-75).

<sup>91</sup> Crítica que se establece de diversas maneras, pero entre las que podríamos destacar el uso de chistes sobre sus decisiones políticas: “Ya sabes cuál es la opinión de Negrín respecto a los cigarrillos, ¿no? —Sí, hombre, sí —contestó Federico en el mismo tono de zumba—: que los flacos también arden, ¿eh? Pues estoy de acuerdo con él en eso” (De Lera, 1967: 83).

En medio de este ambiente, con una ciudad donde los quintacolumnistas parecen ser cada vez más numerosos<sup>92</sup>, Federico Olivares tendrá que enfrentar sus ideales revolucionarios contra el pragmatismo de una ciudad que se presenta ante el lector, tal y como explicamos, cansada y derrotada. El mantenimiento de la ideología y el espíritu combativo se presenta como una utopía, demasiado inconsistente frente a la imposición de la realidad que se respira en la ciudad. Por ello, los gritos y ánimos que pretenden seguir alentando la resistencia solo pueden ser entendidos desde el pasado, produciéndose en un presente atemporal en el que, aunque sus hechos coincidan cronológicamente con marzo de 1939, el acto en sí mismo se retrotrae a la Defensa de Madrid y al halo heroico que la recubre, como último consuelo ante la situación de desesperanza en la que se encuentran. Así se puede comprobar en el siguiente fragmento, donde el llamamiento a la resistencia hecho por parte de uno de los protagonistas de la obra, el miliciano Cubas, es concebido únicamente como aquello que debía decirse, ante el espíritu de hundimiento que se produjo en la población debido al enfrentamiento entre casadistas y negrinistas:

—¡Comaradas, compañeros, hermanos! ¡No pasarán!

Y, como electrizados, los grupos de las mesas, puestos unánimemente en pie, y todos los que se hallaban junto al mostrador, empezaron a corear el grito, levantando los puños cerrados sobre sus cabezas.

—¡No pasarán! ¡No pasarán! ¡No pasarán!

También Federico, Cubas y Trujillo se unieron inconscientemente al clamor, transfigurados por el viejo entusiasmo de la lucha.

Era el grito rabioso y estremecedor que surgió en las calles de Madrid cuando se vio abandonado y solo en un siete de noviembre. Ahora sonaba mucho más dramático, mucho más lúgubre, como única razón de quienes se encontraban perdidos en un seis de marzo. Perdidos, pero no quebrados, ni arrodillados ni arrepentidos.

Los curiosos y paseantes de la acera del café tuvieron dos reacciones muy distintas: unos desaparecieron de allí, como barridos por el miedo, y otros penetraron en él para unirse al tumulto.

—(...) ¡Compañeros, camaradas! Ha llegado la prueba suprema. No nos vamos a echar atrás ahora, después de treinta y dos meses de guerra, ni a olvidarnos de que sólo hay un enemigo

---

<sup>92</sup> Así se explica la situación uno de los militares republicanos que, a cambio de alimentos y ayuda, estaba ayudando a las fuerzas franquistas: “Entonces empezó a decirme que no fuera tonto, que la guerra estaba perdida, que hay que salvarse como sea. Que ellos estaban en contacto con la Falange y con el Socorro Blanco. Por eso no podía darme más suministro el muy cabrón. Y qué se yo cuantas más hijoputadas me dijo. Hubo un momento en que lo vi muerto, pero no quise mancharme con la sangre de uno de la familia. Le tiré el macuto a la cara y le dije todas las perrerías que se le pueden decir a un hombre, y luego eché carretera adelante hasta que me recogió uno de los camiones de suministro” (De Lera, 1967: 78).

frente a nosotros: el fascismo. No nos importa lo que digan los de la Junta ni sus adversarios. Sólo nos importa que el fascismo no pase, que Madrid sea su tumba o la nuestra.  
(...) Salieron. La Puerta del Sol, resonante, parecía encogerse. Sólo circulaba la gente por la acera contraria. Los guardias de asalto, desplegados en torno al Ministerio, aguardaban, nerviosos, la aparición del peligro. Sin embargo, los tranvías amarillos continuaban, impertérritos, sus lentos viajes (De Lera, 1967: 79-80).

El grito que sirviera en 1936 como símbolo del espíritu republicano de resistencia ha quedado relegado ahora, en marzo de 1939, a una serie de palabras que no tienen reflejo en la realidad. El pasado se superpone ante el presente, permitiendo que muchos de los milicianos y los republicanos que vivieron y lucharon durante el conflicto huyan, aunque sea momentáneamente, del clima de tensión que se vivió durante aquellos días. Ante la imposibilidad que sintieron muchos de entender las razones del nuevo enfrentamiento, en medio de la tensión y la desinformación existentes, la memoria del pasado se muestra como un espacio apto para cobijarse y refugiarse de la actualidad.

La actitud de los protagonistas de la novela, incluido el responsable del discurso, nos muestra cómo el “¡No pasarán!” había perdido su fuerza perlocutiva, para convertirse en una simple referencia locutiva a la memoria. Su conducta, nada más salir del café donde habían lanzado dichas proclamas hacía solo un momento, es significativa a este respecto: “Y se separaron. Cubas se dirigió hacia la calle de Alcalá, Federico siguió Montera arriba y Trujillo fue a hundirse en la boca del «metro» más próxima” (De Lera, 1967: 81). El hecho de que los madrileños todavía no hayan sido vencidos no impide, según explica el narrador, que se encontraran desorientados y sin fuerzas ante la situación que estaban viviendo. El animoso llamamiento a la esperanza ha quedado reducido a un mero grito; a las palabras necesarias —según expone Federico— para el momento de desánimo que les había rodeado. Un discurso, en definitiva, que al contrario que en Max Aub, llamaba a la acción desde la vacuidad general de su planteamiento.

De Lera nos muestra, al contrario de lo que sucedía en Max Aub, cómo la realidad se impone frente a unas palabras y proclamas que, desprovistas de contenido, son mantenidas únicamente como símbolos de un pasado que no volverá. El pesimismo que muestra la novela se acrecienta por la actitud de los personajes, principalmente de Federico Olivares, quien va descubriendo paulatinamente hasta qué punto la materialidad de la derrota se ha impuesto en el ánimo de los madrileños. En este sentido, las páginas finales del tercer capítulo de la obra son relevantes para entender este cambio. En ellas, el mismo personaje que había animado a su amigo Cubas para gritar las palabras de ánimo

adecuadas a la situación se enfrenta a la subjetividad de unos términos y etiquetas que están cambiando su significación ante sus ojos:

—[habla una mujer con la que Federico y Matilde se tropiezan mientras paseaban] Y ustedes van tan acaramelados... Seguro que han cenado bien. Seguro que son de los que no quieren que la guerra termine nunca, ¿no? Si tuvieran que pasarse las noches como yo, pensarían de otra manera. Me río yo...

Pero ellos ya le habían vuelto la espalda, y se alejaban.

—Es una fascista – murmuró Federico—. Estoy seguro, pero no quiero...

—Te equivocas – le interrumpió Matilde—. Lo que pasa a esa mujer, como a muchísimas, es que está ya harta de pasarse las noches en las colas, guardando su sitio y el de otras amigas, para no perderse mañana lo poco que puedan dar, si es que dan algo, seguramente leche en polvo. Porque esto que ves es una cola, y esos botes señalan los puestos que en ella ocupan otras mujeres que se han ido a descansar un rato, y que volverán luego para relevar a éstas (De Lera, 1967: 100).

Los momentos de placer y tranquilidad, como las líneas previas en las que Federico se sumerge en la compañía de su pareja, son interrumpidos por la misma realidad, que toma cuerpo en esta mujer a la que Olivares acusa de fascista. Bajo este calificativo se esconde la denuncia que presenta el narrador acerca de todos aquellos que, tras tres años de conflicto y sin disfrutar del acceso privilegiado a los alimentos de que se acusa a los milicianos, se arrastran por las calles de Madrid esperando que termine la guerra. Su principal objetivo es dejar de pasar hambre, y por ello la resistencia no solo les parece fútil, sino innecesaria. La atmósfera del Madrid hambriento que transmitía *Campo del moro* se mantiene en esta narración, pero a través de la distinción entre el pueblo madrileño, cansado de la guerra y con la esperanza de que el conflicto termine lo antes posible, y los milicianos de uno y otro bando que, a pesar de estos deseos, siguen luchando por el control de la República y de las políticas militares. La dicotomía, vista desde el punto de vista de uno de los milicianos que parece encontrarse en el lado de Casado — afirmación que se ha de matizar, pues se trata únicamente de una tendencia general que no nos puede hacer olvidar la heterogeneidad de las diferentes facciones que apoyaron al Consejo Nacional de Defensa—, permite transmitir al lector una exigencia de paz que coincide, a grandes rasgos, con el discurso oficial que mantuvo Franco. La imposición que veíamos antes de la realidad, ante los ojos de los personajes, no se refleja, por lo tanto, en el discurso político general que articula la obra. De manera solapada, a lo largo de estas páginas asistimos al proceso de construcción de la victoria franquista como hecho



inevitable y no impuesto, un cambio de paradigma que, al ser tomado en consideración, permite reducir la necesaria responsabilidad por la represión cometida. Gracias a este proceso de focalización, en el que se eligen una serie de elementos históricos para ser destacados frente a los demás, otros muchos episodios y argumentos que resultaban perjudiciales para la dictadura en los años sesenta podían ser relegados a un segundo plano a través de esta explicación alternativa.

### 3.1.3. El análisis de la deshumanización en la prosa de De Lera

La presentación del conflicto entre comunistas y casadistas guarda, asimismo, similitudes entre *Campo del moro* y la obra de De Lera. Mientras Aub desarrollaba —entre otros personajes— el conflicto entre el idealismo de Vicente y su trayectoria durante los días del golpe de Estado, con su paso por las improvisadas cárceles que había preparado el Consejo Nacional de Defensa, esta misma atención al regreso de las detenciones aleatorias y de los temidos paseos se nos muestra en *Las últimas banderas* a partir de una estructura similar, pero desde presupuestos diferentes. Ahora serán los comunistas quienes, sin rastro de escrúpulo por las actuaciones que están llevando a cabo —como muestra del comportamiento deshumanizante con el que son presentados— quienes detendrán arbitrariamente a Federico Olivares por el simple hecho de pertenecer a un cuerpo del Ejército Popular que había declarado su adhesión al coronel Casado. Los intentos de Olivares por evitar la precisa referencia de su rango y vinculación resultarán vanos, en medio de un procedimiento basado más en la violencia y la intimidación que en la razón:

—Conque de la peste verde, ¿eh? Anda, vete al camión y no la pías más. Ahí te encontrarás con otros oficiales y también con comisarios. Para mí, desde que os entendéis con Franco, sois peores que los fascistas.

A una señal suya, dos soldados cogieron a Federico por los brazos y lo empujaron hacia el camión, obligándole después a saltar dentro de él. Pronto comprendió que caía en medio de un montón de seres humanos.

—Un ratón más.

—Pasa, pasa, compañero. ¿Tienes hijos?

—(...) ¿Os queréis callar ya, traidores? – gritó, exasperado, el jefe de escolta.

—¿Traidores, nosotros? ¡Hay que tener cara! ¿A quién habéis hecho prisioneros: a fascistas o a antifascistas? Me parece que al que más y al que menos de nosotros le duelen ya los riñones

de pegar tiros en los frentes. ¿Dónde estabas tú cuando lo del Jarama o lo de Brihuega? Seguramente pensándolo todavía... (De Lera, 1967: 105).

La discusión establecida entre los personajes regresa, al igual que sucedía con Aub, a las razones y las motivaciones que se ocultan tras la traición. El vocablo se convierte en un arma arrojada que, a pesar de no poder ser definido con claridad, cumple una función primordial en el proceso. Nadie parece ser capaz de dar razones objetivas de quién es un traidor y quién no, en medio del conflicto civil desatado tras el golpe de Estado de Casado. Sin embargo, la consideración de alguien como traidor se convierte en una manera idónea para poder deshumanizarle, y llevar a cabo sobre él la posterior represión. Este proceso se establece a partir de una devaluación de la significación global que se establece sobre un determinado grupo, despojando a los integrantes del mismo del concepto que caracteriza su humanidad. Es por ello que, según expone Samera Esmeir:

For the critique of dehumanization becomes increasingly powerful the more the human is meaningful. But if the human is a meaningful subject position and if humanity is taken away from the other, what possibilities remain for the other to exist as a formed subject in our critique? Furthermore, when persons are declared dehumanized, what political possibilities exist for them, aside from being victims awaiting humanitarian interventions? (2006: 1549).

Es por este motivo que el coste de la deshumanización supone la victimización completa de quien sufre este proceso, explicando el brutal tratamiento que reflejan personajes como Federico Olivares.

Según ciertas investigaciones psicológicas llevadas a cabo para estudiar los fundamentos mentales de este proceso, los perpetradores de la violencia contra las víctimas del grupo elegido no estarían cambiando sus parámetros morales personales – los cuales podrían mantenerse, e incluso reaparecer puntualmente si fuera necesario– para poder llevar a cabo estos actos, sino que suspenderían los mismos de manera instrumental para realizar la tarea:

Across five experiments, we provide external validity and causal evidence to indicate that dehumanization increases violence committed for instrumental, but not moral, reasons, and that consideration of instrumental, but not moral, violence causes dehumanization of victims. Morally motivated perpetrators may even humanize victims when it is necessary to generate moral meaning for the violence they do. The failure to recognize victims as fellow human beings does not make people desire to aggress, it simply makes them apathetic to victims'

suffering when committing violence in pursuit of instrumental ends. When in pursuit of moral ends however, dehumanizing victims does not lead to violence, nor does violence lead to dehumanization, because dehumanization removes the very qualities that make moral violence meaningful (Rai *et al.*, 2017: 8514).

Si admitimos estos planteamientos experimentales, los procesos de victimización que nos muestran las narraciones tanto de Aub como de De Lera no solo podrían representar el deseo de venganza y la maldad de una serie de individuos, sino un tratamiento en términos más generales de los fines necesarios como instrumento de justificación de los medios utilizados. La deshumanización tendría como uno de sus elementos más relevantes, por lo tanto, el clásico planteamiento de Maquiavelo en *El Príncipe (Il Principe, 1532)*, según el cual la moral del gobernante —que en este caso podríamos corresponder, *mutatis mutandis*, con la de los perpetradores de la represión— no tendría que verse afectada por la necesidad, elemento que le obliga tanto a ser bueno como a no serlo, empleando todos los medios a su alcance para mantener el poder y asegurar, con ello, la felicidad de sus súbditos. Según expone el investigador David Livingstone al reflexionar sobre las razones que llevan al ser humano a considerar a otra persona como algo subhumano, carente por lo tanto de un mínimo de respeto hacia su esencialidad, la deshumanización debe ser comprendida dentro del ámbito de la representación grupal que se establece entre el beneficio que cree obtener un determinado grupo social y el problema moral que esto supone para el individuo que debe ejecutar la orden (2016).

A pesar de esta dificultad que Livingstone señala para llevar a cabo los atroces crímenes que provoca el proceso deshumanizador, nuestra historia reciente nos muestra cómo los sentimientos intrínsecos que tenemos como seres humanos no han sido un impedimento para llevar a cabo las atroces masacres, persecuciones y represiones que se han vivido. Todos esos fenómenos de crueldad comparten este cambio de perspectiva que se vive en las dinámicas endo e intergrupales para lograr la modificación necesaria de la imagen de alguien que, *a priori*, debería ser considerado como nuestro semejante. La familiaridad se convierte en un elemento clave dentro del mecanismo, necesario tanto para evitar la deshumanización del otro como para cambiar la manera en que entendemos la distancia que nos separa de otros grupos humanos. La distancia, tanto geográfica como social, son concebidas como instrumentos necesarios en el clima de enfrentamiento que permite cambiar el tratamiento de las relaciones intersociales (Waytz *et al.*, 2010: 60).

El episodio de la detención del personaje de Federico Olivares se resolverá, llamativamente, entre el caos y la desorganización en la que se ven envueltas las líneas comunistas que intentan resistir el avance de las tropas casadistas. De manera pareja a la liberación de Vicente, el desorden y el estado de confusión en el que se encuentran inmersos los republicanos —divididos ahora en dos bandos indeterminados de manera demasiado repentina— permitirá que Olivares y Cubas —quien también había sido capturado por las tropas comunistas— puedan salvar la vida (De Lera, 1967: 196). El ambiente de Madrid, al mismo tiempo que estos hechos se producen, bascula entre la desesperación causada durante la guerra y la indiferencia hacia el nuevo conflicto. La lucha interna entre comunistas y casadistas es presentada como una consecuencia esperable del estado de descomposición en el que era vista la República:

Y cuando Trujillo se decidió al fin a entrar en el «metro», se vio rodeado de hombres y mujeres que bajaban las escaleras refunfuñando:

—Ya podían irse a pegar tiros a otra parte, ¿no le parece? – dijo una mujer a otra.

—Ya, ya. No hacen más que fastidiar... Como si una saliera de casa por gusto. Si no fuera por la comida, iba a salir Rita.

En el andén escuchó más comentarios:

—No sé cómo no (sic.) las vamos a arreglar mientras dure este jaleo.

—No durará ya mucho. O los de Negrín se apoderan de todo, o lo hacen los de la Junta, porque como no se den mucha prisa, quienes se van a aprovechar van a ser los otros...

Un soldado se volvió para advertir a la vieja:

—¡Silencio, abuela, que el enemigo escucha! – y se rió.

—¿Es que no oye los tiros desde donde está? (1967: 156).

La gravedad que la situación presenta para personajes como Olivares es contrastada con la liviandad y la naturalidad que transparentan estos diálogos. La guerra se ha convertido en parte de la costumbre y de la vida diaria de la capital. Ni siquiera el hecho de que los combates hayan pasado a distribuirse por las calles y avenidas de la ciudad parece acabar con este sentimiento, al menos para parte de la población. Una impresión que también veíamos en Aub, quien también se hacía eco de la extensión de la idea de que la supuesta clemencia que Franco debía aceptar sobre los republicanos era una realidad, dada la aparente imposibilidad del dictador para llevar a cabo una represión general sobre el conjunto de la población que se había mantenido fiel a la República: “¿Qué iba a hacer con nosotros? ¿Fusilarnos? Somos muchos” (De Lera, 1967: 172). Un estado de opinión que ahora, al contrario de lo que sucedía en *Campo del moro*, parece

imponerse en la novela sobre el resto de realidades, mientras el narrador enfoca el desarrollo del conflicto bélico a través de la confusión de los dos bandos y la eliminación de sus diferencias políticas. El debate no se establece a partir de una doble contraposición entre las diferentes ideas y opiniones que circulaban dentro de la zona republicana, junto al análisis más o menos desarrollado de la situación política del momento —tal y como sucedía en la obra de Aub—, sino que se construye a través de la concepción de una lucha de poder, dentro de la cual se iguala moralmente a dos bandos cuyos respectivos soldados, por este mismo motivo, apenas presentarían diferencias internas:

—Los de las brigadas de choque no teníamos tiempo ni ocasión para esos cachondeos —intervino otro—. Sólo hablábamos con el enemigo a tiros. Bueno, una vez, en el frente de Castellón... habíamos tenido un combate muy duro el día anterior. Los requetés atacaban con furia y nosotros nos defendíamos bien. En el descanso, nos gritaban desde la otra parte: «Rojillos, mañana comeremos paella en Castellón». Coño, nos hizo gracia, y como teníamos preparada una gran paella con conejo, les dijimos que no lo dejaran para tan tarde, que si no tenían miedo podían venir algunos a probar la nuestra. Ah, pues lo tomaron en serio. «¿Nos dais palabra de que nos dejaréis libres después?» «¡Palabra que sí!» Les dijimos por dónde tenían que venir y, ole sus redaños, acudieron dos alféreces y un sargento. ¡Tan campantes! Les hicimos taparse las insignias para que algún mierdoso no metiera la pata y los llevamos con nosotros, como si tal cosa, al puesto de mando del batallón. El comandante y el comisario ya lo sabían, como es natural, y estaban conformes. ¡Se hincharon de paella! Ellos estaban muy contentos porque creían que la guerra era ya sólo cosa de pocos días... (De Lera, 1967: 181).

Una camaradería que contribuye a este proceso de igualación de los dos bandos en lucha, mostrando ante el lector cómo la raíz del problema no se encontraba en el enfrentamiento ideológico, sino en las rencillas personales y los odios existentes entre unos y otros, que habrían llevado a enfrentarse entre sí a soldados que no tendrían ningún problema en compartir juntos una comida, tal y como se presenta en esta escena, pues la división que les enfrenta no llega a materializarse entre ellos. De Lera critica, de esta manera, lo que él considera el mayor problema del conflicto: la guerra por la guerra. Unos combates sin sentido, teñidos de crítica cuyo único desenlace habría sido la ruina del país.

### 3.2. La igualación entre ambos bandos y la pérdida de la verdad

En esta línea, el recurrente recuerdo del pasado es utilizado para construir un discurso unitario del conjunto de la guerra como un fracaso, a partir de la contraposición de las escenas vividas durante los días del golpe de Estado de Casado y los recuerdos que tienen los diferentes personajes del comienzo del conflicto. El caso que hemos analizado de Federico Olivares no es el único, pues Ángel María de Lera estructura la obra intercalando capítulos basados en estas memorias fragmentarias y traumáticas con el desarrollo presente de la trama. El recuerdo, de esta manera, adquiere el mismo protagonismo que unos hechos presentes marcados irremediablemente lo sucedido. El poder de la evocación muestra su capacidad ante un lector que va recorriendo escenas dantescas de la guerra dentro del lado republicano, relacionadas —en mayor o menor medida— con el terror y la represión que se vivieron tras el golpe de Estado en la zona republicana.

### 3.2.1. Entre el odio y la venganza: el caso del personaje de Julio Cubas

Este es el caso de Julio Cubas, uno de los cuatro milicianos que protagoniza la novela, a través de quién se rememora lo sucedido en un pequeño pueblo andaluz tras el 18 de julio de 1936. El objetivo que presenta el narrador no es el de demonizar al bando republicano como un grupo de milicianos despiadados, tal y como había presentado la visión oficial del franquismo hasta el momento, sino centrarse en el lado más humano de estas gentes, las cuales se vieron inmersas en un conflicto que sacó lo peor de ellas. El foco se encuentra, por lo tanto, en esta idea de la Guerra Civil como un mal en sí mismo, tal y como hemos visto en otros capítulos de la novela, pues es a ella a la que se responsabiliza de la repetida lucha entre hermanos.

El argumento que presenta la analepsis protagonizada por Cubas comienza con este mismo personaje al frente de los milicianos del pueblo, luchando por mantener el orden y evitar cualquier tipo de represión innecesaria. Se insiste, por ello, en el respeto que tanto él como aquellos que le seguían mostraron hacia los derechistas y potentados del municipio, mientras se mantenían separados también de las ansias de sangre que mantenían aquellos grupos de forajidos que, bajo el marbete de milicianos y la pretendida necesidad de “limpiar la retaguardia”, buscaban acabar con cualquier sospechoso de apoyar ideológicamente a los golpistas, lo cual la novela se encarga de mostrarnos que se reducía a una necesidad consustancial de venganza y de asentar el poder personal de los nuevos caciques revolucionarios. Es el caso de Pancho Villa, uno de estos famosos

individuos que, al llegar al pueblo, se encuentra con la rotunda negativa de Julio Cubas para que pueda llevar a cabo su particular represión: “—Tú no matas aquí ni moscas. En este pueblo mando yo, ¿comprendes?— y se volvió rápidamente a los prisioneros para ordenarles nuevamente—: ¡Abajo he dicho!” (De Lera, 1967: 117).

Cubas decidirá abandonar el pueblo, movido por su ardor combativo, pues creará que debe colaborar junto al resto de combatientes para que la revolución pueda triunfar contra los franquistas. A pesar de que su mujer le intentará disuadir, la integridad y la determinación que muestra el personaje le llevará al frente, dejando la situación del municipio al arbitrio de otros milicianos. A su regreso, descubrirá consternado que las tropas franquistas han tomado el lugar, y se ha llevado a cabo una feroz represión en la que se han visto involucrados, precisamente, los mismos derechistas a los que él había intentado mantener a salvo frente a cualquier tipo de venganza. Así le explica la situación a nuestro protagonista su propia mujer, quien tuvo que soportar la crueldad vivida durante la captura del municipio: “—Estuvieron todo el tiempo insultándote a ti el Ditero y Agustinillo... A mí no me insultaron ni me pegaron, pero me hicieron tomar un tazón de aceite de ricino con pan migado —el recuerdo la hizo estremecerse de repugnancia, y siguió diciendo, sin poder resistir la mirada de lumbre en los ojos de Cubas—. Lo tomé sin chistar, pero luego...” (De Lera, 1967: 126). El resultado será el aborto de Clara, la mujer de nuestro protagonista, provocado por los mismos a los que Cubas había previamente defendido.

Posteriormente, asistiremos a la brutal venganza que un Julio Cubas consumido por la ira llevará a cabo en el casino del municipio, tras introducirse en el pueblo al amparo de la noche. Los comentarios que se escuchan desde el interior evidencian el clima de desprecio y de sed de sangre establecido desde ambos bandos: “—Todavía quedan algunos rojillos que se resisten a oír el parte de guerra y las charlas del general Queipo de Llano. Me parece que nos estamos pasando de consentidos con ellos” (De Lera, 1967: 128).

El conflicto político se convierte en un mero escenario en el que se desatan las pasiones y los odios que se habían ocultado entre la población desde hacía décadas. El foco narrativo se establecerá sobre estos motivos personales, mostrando cómo la división entre bandos solo sirvió para justificar unas acciones que, en cualquier otra situación, habrían resultado condenables desde un punto de vista social. La muerte de los responsables nos volverá a introducir, por lo tanto, en una de las tesis más repetidas a lo largo de la obra. Los asesinatos llevados a cabo, aunque muchos pudieran ser debidos a

motivaciones políticas, otros tantos se produjeron por problemáticas particulares que escapaban a la raíz de los diferentes programas políticos. De esta manera se busca constantemente igualar a ambos contendientes, obviando cuestiones como la forma o magnitud de la represión en ambos bandos, o la legitimidad de origen que tenían. Así se expresa el personaje de Julio Cubas momentos antes de arrebatar la vida a quienes habían torturado a su mujer: “Toda esta gente sabe que no nos metimos contigo a pesar de que has vivido siempre a costa de la miseria de los pobres, prestamista de mierda. En pago, tú mataste a mi cuñado, pelaste a mi mujer y a hiciste abortar con ricino... ¡Hijo de puta!” (1967: 132), interpelación que será acompañada de un último intento por parte de Cubas para intentar comprender lo incomprensible, la razón misma de un conflicto que, como nos transmite el personaje de Paco el Ditero a través de su odio, el narrador concibe como basado en la emocionalidad y la animadversión personal que muchos españoles sentían entre ellos:

—¿Por qué lo hiciste, Paco? ¡Habla, hombre!

Entonces, inesperadamente, el Ditero se contrajo, cerró los ojos y, espurreando saliva y tartamudeando de odio, le contestó:

—¡Porque eres un joío rojo asqueroso!

Cubas, tras una brusca sacudida, disparó dos veces contra él. Después volvió el silencio mientras el cuerpo de Paco el Ditero resbalaba hasta quedar tendido en el suelo, boca arriba.

(...) Pronto empezaron a sonar las primeras voces de alarma:

—¡Los rojos! ¡Los rojos!

Y gritos de mujer y el ruido de puertas y ventanas al abrirse, como una estela de sus propios pasos (1967: 133).

No hay reflexión ni racionalidad en lo sucedido. Los personajes parecen actuar en la mayor parte de la novela movidos por impulsos, sin que la situación general les lleve más que a repetir e intentar argumentar sobre los discursos oficiales y las noticias que sobrevuelan cada momento determinado. Mientras que los motivos aducidos por el Ditero para cometer sus actos de crueldad se reducen a un simple apelativo, impuesto sobre el personaje de Cubas sin que medie razón práctica alguna para recibir este odio, la venganza que nuestro propio protagonista lleva a cabo será concebida como el resultado lógico, manteniendo una espiral de odio que, a través de estos ejemplos concretos, explicaría el conjunto del conflicto.



### 3.2.2. La República y su «pecado original»: la Desbandá y los recuerdos de un Madrid sin guerra

Sin embargo, como hemos expuesto anteriormente, *Las últimas banderas* no puede ocultar tras su discurso de odio compartido y naturalizado la distribución de culpas que lleva a cabo. Al contrario que la narración de Aub, en la cual el temor y las razones de la lucha contra el peligro franquista estaban presentes, esta obra se centra en el desmoronamiento interno de la República desde los primeros momentos, argumento que subyace al conjunto de la narrativa. Esta tesis del mal funcionamiento gubernamental, tanto anterior como posterior al golpe de Estado de 1936, como causa del posterior enfrentamiento entre hermanos que se habría vivido en la guerra vuelve a aparecer a través de los recuerdos de Julio Cubas. Nuestro protagonista vive, tras culminar su venganza en el pueblo, un nuevo calvario. Con la caída de Málaga en manos franquistas, el lunes 8 de febrero de 1937 —ciudad donde se habían refugiado su mujer y su hija mientras él continuaba luchando en el frente—, Cubas buscará desesperado entre los miles de refugiados que intentan huir de esta ciudad andaluza en dirección a Almería, para huir de la represión que están llevando a cabo los golpistas. La narración de este dramático suceso de nuestra Guerra Civil —conocido como La Desbandá— será centrada por De Lera en la tragedia personal de Cubas, presentando ante el lector las penurias que pasaron los refugiados a lo largo de su huida. Paradójicamente, así serán presentadas las responsabilidades del suceso por parte del narrador de la obra:

Aquella carretera era la única vía de evacuación de docenas de millares de seres humanos a los que la caída de Málaga en poder de las tropas de Franco había puesto en fuga, perseguidos por los fantasmas del furor y la venganza de los conquistadores. Soldados, paisanos, mujeres, niños y viejos abandonaron la ciudad y se pusieron en marcha sin tiempo apenas para pensarlo, pues las autoridades republicanas y revolucionarias habían estado reteniendo los permisos para abandonarla hasta el último minuto. El pánico general, alimentado y encrespado por los rumores de otras represalias, provocó la irracional estampida (1967: 141).

De Lera deja de lado la pretendida neutralidad de la novela cuando, en fragmentos como el citado, se adentra en la caracterización política de los eventos. Los atacantes — responsables directos, por lo tanto, del drama humano que se está narrando en estas páginas — son presentados como “conquistadores”, adjudicándoles de esta manera un respaldo moral y una legitimidad en sus acciones que contradice la realidad de lo sucedido.

La responsabilidad pasa a ser soportada por el repetido binomio que identifica a las autoridades republicanas con las revolucionarias, mezclando ambas realidades, y culpabilizándolas de un hecho que, en verdad, fue provocado por las tropas franquistas. Franco es despojado de las culpas derivadas por esta acción, mientras que la narración de Cubas se centra en un suplicio humano –acompañado de los constantes bombardeos del ejército golpista– que contradice en sí mismo la afirmación del fragmento que hemos presentado, pues no se puede responsabilizar a las autoridades republicanas del drama humanitario que están viviendo estos refugiados al mismo tiempo que se muestra cómo los responsables franquistas del ataque hacen lo posible por acabar con las vidas inocentes de civiles que huyen en dirección a Almería. En este proceso de doble significación la novela nos muestra cómo la pretendida igualación entre ambos bandos que sirve de fundamento al texto no es tal. Contrastemos, en este sentido, el fragmento citado con la versión que cuenta el historiador Paul Preston acerca de este episodio:

Queipo llevaba meses amenazando en sus discursos y a través de octavillas con infligir a la ciudad un sangriento castigo (...). La caída de Antequera, el 12 de agosto, y de Ronda, el 17 de septiembre, provocó una avalancha de mujeres, ancianos y niños desesperados y hambrientos en la capital malagueña. Los partidos de izquierdas organizaron un dispositivo de ayuda para alojar en la catedral y en las iglesias a los que llegaban gravemente enfermos (...).

Pese a la escasa resistencia que al final ofreció la capital, Queipo no demostró ninguna clemencia con la población. Durante una semana se prohibió el acceso de civiles a la ciudad, mientras se fusilaba a cientos de republicanos sobre la base de simples denuncias. Muchos derechistas levantaron sus voces para decir que, si habían escapado con vida de manos de los rojos, fue solo porque «no les dio tiempo» de acabar con ellos (2011: 250-251).

La realidad de lo sucedido, a la luz de los testimonios y los documentos que se conservan de la época, difiere radicalmente de la versión que nos ofrece Ángel María de Lera. La ficción, en la obra que analizamos, se convierte en una herramienta idónea no para redescubrir un conflictivo evento de nuestro pasado, sino para intentar reelaborar una memoria que, tal y como se puede apreciar, transformaba a los “conquistadores” de los que habla el narrador de *Las últimas banderas* en meros asesinos. No solo las autoridades republicanas de Málaga —dominadas por la CNT— no fueron las responsables del drama humano que se vivió en la ciudad durante estos meses, sino que hicieron lo posible por ofrecer asistencia humanitaria a los miles de refugiados que

tuvieron que acoger, procedentes de lugares donde la represión franquista estaba provocando escenas estremecedoras. Las amenazas que Queipo de Llano vertió sobre la capital andaluza no dejan lugar a dudas sobre sus intenciones, y su voluntad —como al final se pudo comprobar— de intentar acabar con la vida de cualquiera que pudiera ser considerado como «rojo»<sup>93</sup>. Entre 100.000 y 150.000 personas tuvieron que huir de la ciudad de Málaga para intentar evitar el destino que les esperaba si permanecían en el territorio controlado por Queipo (Barranquero, 2015: 96-97). Tal y como explica la profesora Encarnación Barranquero, al adentrarse en la repetida comparación entre las represiones llevadas a cabo por ambos bandos durante la guerra, la represión republicana “careció de la sistematización que sí tuvo la franquista, de tal forma que más de un ochenta por ciento fueron asesinatos irregulares, al margen de la justicia republicana” (2019: 26). El intento de igualar ambos fenómenos no cae únicamente en el falseamiento de lo sucedido, sino que procura reescribir la historia de fenómenos como la huida a Almería que el régimen Franquista, a finales de los años sesenta, quería borrar de su historia negra. La historiografía local, tantas veces menospreciada en favor de otras ramas de la historiografía, nos muestra en eventos como el que estamos estudiando su capacidad para comprender los sucesos puntuales dentro de un contexto global, ofreciendo datos y

---

<sup>93</sup> La manipulación que se llevó a cabo durante el Franquismo sobre este concreto episodio de la guerra está también presente en las obras de autoras contemporáneas como, por ejemplo, Almudena Grandes. La novelista madrileña, en su obra *La madre de Frankenstein* (2020), nos introduce este episodio histórico a través de recuerdo fragmentado y manipulado por el opresivo silencio que pesaba en España en aquella época —concretamente en 1954, año en el que está ambientada la novela—. Al igual que De Lera transmite unas culpas inexistentes hacia los republicanos, el personaje de María Castejón Pomeda es acusada de ser “una puta igual que la madre que te parió, me dijo, que a tu madre la mataron los rojos por puta, reputa y requeteputa” (Grandes, 2020: 88). María, huérfana que ha vivido desde pequeña y trabaja en el manicomio femenino de Ciempozuelos donde se ambienta la obra, vivirá parte de su infancia entre el desconocimiento de lo sucedido con sus padres y la versión oficial que, entre silencios y prohibiciones para hablar sobre ello, le transmiten sus abuelos —quienes se han encargado de criarla y cuidarla desde que era pequeña—: “Escúchame, María, me dijo mi abuela, muy seria, mientras desayunábamos al día siguiente de recibir aquella carta. A tu madre la mataron los rojos antes de que Franco entrara en Málaga, ¿entendido? Eso es lo que voy a decir yo y eso es lo que vas a decir tú, es muy importante que las dos digamos lo mismo...” (Grandes, 2020: 92). María solo podrá descubrir la verdad sobre lo sucedido con sus progenitores cuando la razón se imponga sobre el secreto y el miedo imperantes. Y será paradójicamente una de las internas, Aurora, una de las ‘locas’ más peligrosas del establecimiento, quien presente la verdad de lo sucedido tanto a María como al lector: “¿Y dices que a tu madre la mataron cuando iba andando desde Málaga hasta Almería?, me preguntó y le dije que sí. Entonces no pudieron ser los rojos, calculó, y estaba muy tranquila, muy segura de lo que decía. Tuvieron que ser los otros, porque Málaga fue leal durante un año, o casi, cayó más o menos al mismo tiempo que Ciempozuelos, y Almería siguió siendo de la República. Me acuerdo porque lo leí en los periódicos, primero en los republicanos y luego en los de Franco, cuando llegaron aquí...” (Grandes, 2020: 93). Cuando la memoria es olvidada de manera proactiva, el recuerdo solo puede reaparecer entre aquellos que se encuentran excluidos de la sociedad y, por lo tanto, no sometidos a las constricciones y la vigilancia imperantes.

análisis imprescindibles para explicar, a partir de lo particular, la comprensión general de un conflicto como la Guerra Civil (Barranquero, 2014).

Los estereotipos y concepciones que fueron establecidas paulatinamente por el franquismo acerca de cómo eran los republicanos subyacen, según se puede apreciar, en la voz del narrador de *Las últimas banderas*. La representación de la República como un error responde a planteamientos como el que se encuentra en las investigaciones de Monserrat Llor, quien establece, a partir de las memorias y los relatos de las víctimas, dos ideas generales que tuvieron que sufrir los represaliados:

La primera fue que los vencidos representaban la «escoria» de la nación. Este fue el epíteto que les dedicó el general Francisco Franco en uno de sus primeros discursos ante las sumisas Cortes que se había inventado. O también el que permeabilizó la acción de uno de los represores que no tuvo el menor inconveniente en plasmarlo en una memoria sobre la actuación de la fiscalía del denominado «Ejército de Ocupación». Hombre acreedor, sin duda, de las más altas distinciones, no en vano fue el fiscal que solicitó la pena de muerte contra Julián Besteiro y uno de los gobernadores civiles de que «gozó» Barcelona [La autora se refiere al militar franquista y miembro de FE de las JONS Felipe Acedo Colunga, 1896-1965]. La segunda concepción reconoció que quienes en realidad se habían rebelado contra el Gobierno «legítimo» eran los defensores de la legalidad republicana. La prosa insuperable de la denominada «Justicia Militar», que era sin duda militar pero no justa, omnipotente y omnipresente durante la mayor parte de la dictadura, lo afirmó por activa y por pasiva<sup>94</sup> (2016: 12-13).

Las repetidas pasadas de los bombarderos que relata el personaje de Julio Cubas sobre los refugiados que huían en dirección a Almería, las cuales únicamente son presentadas como parte del horror general que tuvieron que sufrir estas gentes, responden realmente a este deseo de destrucción que animaba al conjunto del ejército franquista, sembrado por preconcepciones sobre los republicanos que los deshumanizaban y convertían su mera existencia en un peligro para la nueva España que los golpistas buscaban construir. Los republicanos, quienes habían defendido la legalidad vigente en la España del momento, se habían convertido en traidores contra el nuevo gobierno que fue formándose a partir de las tropas golpistas, mientras los cuadros del que posteriormente se establecería como Estado dictatorial comenzaba a asentar su pretendida

---

<sup>94</sup> Las comillas angulares recogidas en el fragmento citado pertenecen a la autora del mismo, mientras que los corchetes son un añadido nuestro.

legitimidad desde los comienzos de la guerra a través de este cambio de perspectiva que pretendía criminalizar a los republicanos y convertirlos en traidores. Es llamativo, por lo tanto, el silencio del narrador de *Las últimas banderas* al respecto de quienes denomina, como hemos visto, “conquistadores”, mientras centra su foco de atención únicamente en las penurias de estas gentes. Así muestran los diálogos de la obra el estado de pérdida y de desesperanza que sufrieron los refugiados:

—Todo está perdido, camarada. Te lo digo yo. Nuestros últimos soldados han abandonado las trincheras y se retiran por donde pueden para no quedar copados. El enemigo viene por la carretera y por la sierra. Y de cuando en cuando nos tiran sus barcos o nos bombardean con sus aviones (...).

—[En respuesta a las insistentes preguntas de Cubas sobre su familia] A lo mejor andan por ahí. La evacuación ha sido un desastre porque todo el mundo asaltaba los coches y los camiones. Muchos vehículos se rompían o se estrellaban, o se quedaban parados por falta de gasolina. En muchos casos ha habido peleas para subirse a ellos... (De Lera, 1967: 140).

La rabia de los personajes, la cual les lleva a pedir insistentemente justicia ante lo que están viendo sus ojos, solo obtendrá como respuesta el silencio de un desastre anunciado, tal y como es presentado en la novela. Tanto los protagonistas de De Lera como el resto de personajes secundarios con quienes se van encontrando tendrán como principal objetivo el de resistir dentro del drama humano en el cual se han convertido sus vidas. La sombra de la derrota y la desesperanza planea sobre ellos desde los primeros momentos del conflicto, y los recuerdos son contruidos de tal manera que el terrible estado de Madrid que muestra el presente diegético de la novela se convierte únicamente en el resultado esperable de un fracaso que pudo haber sido evitado años antes. La superioridad bélica de los golpistas, quienes son denominados “conquistadores” precisamente para revestirles de un aire historicista que les relacione con las grandes gestas que construyó el nacionalismo español decimonónico. se une a la emocionalidad de los combatientes republicanos, que se muestra como contraste con la razón de los hechos. Así responde uno de los milicianos, en esta línea, a un desmoralizado Cubas que, al final de esta analepsis, se lamenta de haberlo perdido todo en la caída de Málaga: “—Queda mucho por perder, camarada. Puede que esta experiencia nos sirva de escarmiento. Si hubiéramos luchado más unidos...” (1967: 148).

A pesar de la neutralidad que busca De Lera en su novela, esta consideración de las fuerzas franquistas como “conquistadores” resulta relevante para entender el contexto

histórico en el que se utiliza. En el caso de España, el término se relaciona directamente con la imagen más potente que el nacionalismo español construyó, a partir del siglo XIX, sobre lo que era la nación española. Denominar de esta manera a los ejércitos franquistas supone considerarles sucesores de los grandes generales y guerreros que habrían configurado el imaginario histórico español, convirtiéndoles en sucesores de la misma idea de España, mientras que al mismo tiempo se refuerza la concepción de los republicanos —por oposición— como el «otro», despojándoles —en mayor o menor medida dependiendo del foco narrativo que se utilice— de su fundamento como españoles. Una representación de lo que era España que precisamente fue una de las razones más importantes para la presencia española en el protectorado español de Marruecos, precisamente el lugar donde se conformó la idiosincrasia de los generales y militares que dirigieron el golpe de Estado de 1936 contra la República. Así lo expone el investigador Tomás Pérez Vejo al estudiar la construcción de la idea de nación española a través del arte decimonónico:

La imagen de una nación hegemónica e imperial quedará fijada, en conjunto, de forma casi obsesiva en la mitología nacional española, llegando incluso a condicionar una política exterior, víctima de su propia autoimagen, que determinó regiones de interés geoestratégico, no a partir de intereses reales sino de lo que fueron antiguas zonas de expansión.

(...) El descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo se convirtieron desde muy pronto en el gran hecho histórico de la nación española, uno de esos episodios que definían el espíritu de un pueblo y una raza. Curiosamente, a pesar del tono grandilocuente y belicoso de la pintura de historia, que tan bien encajaba con el carácter épico de la conquista, fue más representado el descubrimiento que la conquista (2015: 229).

Episodios como este nos muestran cómo la reconstrucción del pasado se convierte en un elemento de gran relevancia para poder entender el presente. A través de personajes y episodios históricos, el discurso no solo no busca entender lo sucedido en épocas pasadas, sino que procura únicamente ofrecer una nueva concepción sobre el futuro de una determinada situación política mediante la visión del momento contemporáneo. Como explica el profesor Pablo Ródenas: “Acciones, actos y actores conforman *lo actual*, el presente, en la perspectiva de *lo posible*, el futuro, y la retrospectiva de *lo fáctico*, el pasado. (...) Si la historia es reconstrucción de *lo sido*, entonces hemos de ser plenamente conscientes de que toda reconstrucción histórica se hace con los materiales del pasado y

con las herramientas y las finalidades del presente”<sup>95</sup> (2008: 144). Ángel María de Lera, quien luchó contra Franco del lado de la República en la Guerra Civil y pasó diez años en las cárceles franquistas tras el final de la misma, nos presenta en esta novela un intento de mostrar una visión neutral del conflicto que se aleje del discurso que había triunfado hasta ese momento sobre el enfrentamiento entre los dos bandos. El horror del conflicto adquiere protagonismo hasta convertirse en elemento central de la narración, interponiéndose ante los ojos del lector como un perenne recordatorio de la realidad que trae una guerra, una vez que se deja de lado la épica y la ideología con la que tantos revisten los conflictos. El profesor Javier Sánchez Zapatero refleja esta característica de *Las últimas banderas*, y nos muestra cómo la reacción de Max Aub, quien consideró a esta obra de parecidas circunstancias y mensaje que su *Campo del moro*, vio la publicación de la misma como una buena oportunidad para dejar atrás el discurso de los vencedores y comenzar a revelar ante el público la verdad de lo sucedido durante la Guerra Civil (2020: 338-340). Las diferentes aproximaciones a ambos bandos que realiza De Lera, marcadas por su presentación de la desunión republicana como el principal problema al que se enfrentó la supervivencia de la República, no impiden observar cómo la obra en su conjunto intenta construir una idea de neutralidad basada en los desgarradores sentimientos personales que se desataron durante el conflicto, los cuales servirían de explicación sobre las concepciones meramente ideológicas para reflejar lo sucedido en la guerra.

Otros recuerdos que aparecen diseminados por la obra nos introducen en un contexto más propio de una novela bélica, al narrar cómo los protagonistas vivieron determinados combates en el lado republicano. Es el caso de una breve analepsis que se inserta en la novela a partir de un sueño de Trujillo, en el cual el personaje recuerda cómo vivió un ataque a un grupo de italianos junto a Federico Olivares, en las cercanías del municipio arriacense de Torija. Pillada por sorpresa su posición, los italianos se rendirán rápidamente, hecho que permite al narrador apuntar la imagen común entre ambos bandos, acentuando su neutralidad ante el conflicto: “En seguida forman un solo grupo vencedores y vencidos. Mientras algunos de sus compañeros penetran en la paridera, los demás, sentados en el suelo, se entregan a la faena de cambiar de calzado. Por unos momentos, la guerra queda olvidada, aunque sigan envueltos en el torbellino de su horrísono clamor” (De Lera, 1967: 167). La escena, sin embargo, no terminará con este clima distendido,

---

<sup>95</sup> La cursiva pertenece al fragmento original.

sino con una alusión a la represión republicana más descarnada. A través del encuentro del sargento que dirigía a este grupo de italianos, quien se había escondido en la paridera donde se encontraba el grupo, el narrador muestra los insultos y amenazas que se vierten con intenso odio hacia este personaje indefenso. A pesar de que finalmente se trata de una burla, y el sargento no llega a ser asesinado por los milicianos, la crudeza de la imagen ayuda a mostrar ante el lector, una vez más, cómo la barbarie de la guerra se había convertido en un leitmotiv demasiado recurrente en las vidas diarias de los soldados. La estupefacción de Trujillo al ver los malos tratos hacia quien el narrador considera como una “víctima” es contestada por Federico mediante un intento de banalización que, en sí mismo, muestra cómo la guerra había desprovisto de humanidad al enemigo: “Sí, son unos cachondos, pero no hay tiempo ahora para cachondeos. ¡Vamos! A ver si los obligamos a volver con la lengua fuera hasta Roma...” (De Lera, 1967: 170).

Posteriormente, otra memoria de Olivares retrotraerá el lector a la animación y el ambiente festivo que cubrió Madrid durante los comienzos del conflicto. *Las últimas banderas*, como estamos mostrando en nuestro análisis, construye su visión de la caída de la República a través de la contraposición del pasado y del presente. Este contraste es establecido a partir de los recurrentes recuerdos que se intercalan mediante los capítulos pares, pero también a través de la propia configuración interna de cada escena. Un Madrid rejuvenecido y lleno de vida cuyos “viejos edificios parecían engalanados para una fiesta con banderas y carteles” (De Lera, 1967: 201) tras los comienzos de la guerra, muestra de la falta de comprensión de la realidad de la misma. De Lera construye esta dicotomía entre realidad y apariencia mediante la narración de Federico Olivares, el cual se sumerge en este maremágnum de optimismo que se vivió en 1936 justo antes de ser enviado al frente como comisario político<sup>96</sup>. En el Frente del Tajo este personaje –al mismo tiempo

---

<sup>96</sup> Al respecto de esta figura, tan discutida desde los primeros momentos de su creación, podemos ofrecer el fragmento de un discurso del ministro Álvarez del Vayo en el que intenta explicar en un discurso ante las Brigadas Internacionales acantonadas en Albacete, con fecha del 14 de febrero de 1939, la acogida que tenía el comisariado político y su relación con la figura homónima creada en la Unión Soviética: “Lorsque fut crée le Commissariat de Guerre et vous me permettez de me présenter en témoin il y avait autour de notre institution toutes sortes de scepticismes. La critique manquait de perspectives pour voir ce que; pourrait être le Commissariat dans son développement ultérieur. J’ai indiqué une fois qu’on considèrait cette création du Commissariat de Guerre comme une transplantation un peu capricieuse et exotique d’une institution qui s’était établie, qui avait été l’axe de la guerre civile et de la formidable lutte héroïque dans le premier pays du prolétariat, le premier Etat moderne (sic.) l’Union Soviétique avait réalisé naguère. Les mêmes gens qui ont été méfiants, sceptiques vis à vis de notre capacité à nous adapter à la vie militaire d’Espagne, ces mêmes gens aujourd’hui, apprécient avec (sic.) bon sens et justice la mission du Commissariat. Pendant que les premiers (sic.) temps, la venue du Commissaire était accueillie avec hostilité par certains chefs militaires, aujourd’hui on peut dire que l’accueil réservé au Commissaire, sur les différents secteurs du front, es le baromètre le plus exact pour mesurer le sentiment révolutionnaire, la



que el lector— podrá asistir a la realidad, alejado de las esperanzas que se respiran en la capital. Las alusiones a la escasa preparación de los milicianos y a las deficientes defensas que se están construyendo alrededor de la ciudad, en previsión del inminente ataque franquista, se superponen en paralelo con los ánimos que muchos de los ciudadanos expresan. El viaje al frente, sin embargo, servirá para terminar con esta idealización, y adentrar la narración en un entorno que, alejado de la oficialidad madrileña y las promesas de los mandos que allí se encuentran solo guarda miedo y desconfianza. La difícil integración del aparato ideológico en el nuevo Ejército Popular de la República es presentada mediante la cautela y la suspicacia con la cual reciben a Olivares en su puesto.

La desinformación que recubre las operaciones republicanas, así como los comentarios sobre la fortaleza de la inteligencia franquista ya desde los primeros combates —la cual parece conocer mejor los planes de batalla republicanos que el propio comisario político, Olivares, quien desconoce cuáles son las intenciones de los comandantes— descubren ante el lector la otra cara de la alegría que se respiraba en la capital, asentando su aparente futilidad y relacionando este ambiente con el presente diegético de la novela. No es extraño, por lo tanto, que los personajes insistan en un desorden que, al final, será considerado en esta obra como uno de los principales motivos de la caída de la República: “Nosotros sabemos obedecer. El quid está ahora en que obedezcan todos y que se metan en la cabeza de una vez que esto es guerra, guerra y nada más que guerra. ¿Estamos?” (1967: 215). La misma desunión y falta de integración que precipitará el desenlace final sobre el que está construida la obra. El recuerdo terminará, además, con la muerte de uno de los comandantes junto a los que había sido destinado Olivares en los brazos de este mismo personaje, debido a un disparo proveniente de las posiciones contrarias. La realidad se impone ante la ideología y las ideas a través de esta muerte, marcando por ello el carácter del personaje de Federico Olivares.

En esta línea, una pequeña reflexión metaliteraria sobre la literatura revolucionaria que aparece en esta misma analepsis pondrá de relieve cómo la palabra de este tipo de obras y su “encendida dialéctica”, cuando se contrapone con la realidad de la guerra “se quiebran y se pulverizan como pura hojarasca”. En estos términos se expresa el narrador

---

volonté de gagner la guerre des chefs qui commandent les différentes unités militaires de notre Armée” (AGMAV, C.1094,2,1 hoja 5). Unas palabras que nos muestran la voluntad de mantener a esta figura política dentro de los cuadros del Ejército Popular a pesar de las críticas que sobre la misma se llevaban a cabo. Dentro de la ficción, el comunista José Herrera, en su novela *Acero de Madrid* (1938) alabó repetidamente la existencia de esta figura dentro de los cuadros del Ejército Popular (1938: 166-167).

en un aparte inserto en medio del texto, entre paréntesis, de tal manera que parece marcar una reflexión personal del mismo más que los pensamientos o ideas de alguno de los personajes. La crítica se establece sobre la alegría desbordada que siguió en muchas partes de la zona republicana al golpe de Estado, hecho que fue concebido como un momento idóneo para llevar a cabo todo tipo de proyectos que esta voz narrativa tacha de utópicos: “La muchedumbre, el fervor, el entusiasmo... Hay que cambiar el mundo para el bien. ¡Basta de atropellos! ¡Basta de injusticias! ¡La felicidad es para todos! Un acto insurreccional como la toma de la Bastilla... Y luego, el orden, la paz...” (De Lera, 1967: 218-219). Ideas consideradas como irrealizables que, a través de la experimentación directa de Federico Olivares con la verdad sangrienta de la guerra –pues no podemos olvidar que, como comisario político, este personaje sería uno de los responsables de transmitir estas mismas ideas a los soldados– demuestra cómo la realidad se impone en toda su crueldad, sin respetar las emociones y los sueños que, sin base real, se habrían construido en la República. La concepción de la República como un experimento revolucionario es atacada a partir de este proceso de contraposición con la realidad de los combates, al llamar la atención sobre el precio pagado por estos mismos sueños revolucionarios:

¿Usted no sabe lo que es la guerra? No. Pues mire, la guerra es... eso. Y todo el mundo tan tranquilo, lavándose la sangre que le salpica. ¿Los muertos? Los muertos no existen, son bajas. ¡Número de bajas!... ¿Y qué es una baja? Nada, es decir, menos uno. Muy fácil y muy claro. ¿Y Antonio, y José, y Manuel, y Vicente? Aquí no hay nombres. Esto es como una sociedad anónima, ¿entendido? Dividendos, ganancias, pérdidas, acciones, intereses... (De Lera, 1967: 219).

Esta deshumanización de los soldados y los muertos, quienes pasan a ser considerados únicamente como números dentro de un plan general, es la principal crítica que *Las últimas banderas* establece sobre el concepto mismo de guerra. Sin embargo, no debemos olvidar que la neutralidad que busca Ángel María de Lera a través de este proceso metaliterario de reflexión sobre el discurso y la palabra se presenta ante el lector de manera parcial, mediante una representación que centra tanto su análisis y su crítica en los milicianos revolucionarios que formaron parte del Ejército Popular republicano, sin que otras realidades de las fuerzas republicanas o la visión únicamente tangencial que se lleva a cabo sobre las fuerzas franquistas y sus razones para comenzar la guerra sean igualmente tratadas en la novela. De nuevo, las acusaciones que pesan sobre la República

en su conjunto por su deriva revolucionaria la transforman, de manera indirecta, en la culpable de un conflicto que, según la narrativa de la obra, no tendría por qué tener ningún claro responsable más que las rencillas y enemistades personales acumuladas entre la población española durante épocas. No podemos olvidar, asimismo, que el mero hecho de que la censura franquista permitiera la publicación de un autor republicano como Ángel María de Lera debía responder al hecho de que su obra, de alguna manera, ayudara a la concepción histórica que sobre la Guerra Civil había ido construyendo la dictadura durante las décadas precedentes. Una neutralidad más ambiciosa, en la que se hubieran equiparado las responsabilidades y actos de los dos bandos no habría tenido fácil cabida en el marco político de la época.

El resto de las analepsis que presenta la novela inciden en el ánimo y la esperanza que cubrió Madrid durante los primeros meses de la contienda. Los preparativos y el estado de la población en torno a la Batalla de Madrid sirven de contraste, con el resto de capítulos intercalados, para que el lector sea consciente de la fuerza de la caída. De Lera dibuja dos Madrid diferentes y contradictorias, cada una de las cuales con las características y cualidades de las que carece la otra. Ambas comparten una misma denominación, unas mismas gentes y un mismo espacio geopolítico. Sin embargo, se muestra cómo el mayor daño que ha provocado la guerra ha sido en el carácter de esta ciudad, epítome y símbolo de todo el país, la cual parece haber terminado irreconocible para sus mismos habitantes. Y todo por la razón esgrimida a lo largo de esta obra, que cifra el conjunto de la guerra y el sino que experimentó Madrid en la tantas veces aludida guerra entre hermanos.

El recuerdo del Dos de Mayo y las llamadas al levantamiento del pueblo madrileño se contraponen con la huida del gobierno republicano, ante la esperada caída de la capital. A través de estas escenas de 1936 se lleva a cabo una triple equiparación, uniendo simbólicamente el significado que tuvo la marcha de Carlos IV, con la del gabinete de Largo Caballero y el del propio Negrín, obviando las grandes diferencias existentes entre dichos eventos. De esta manera, el foco narrativo se centra en el valor del pueblo de la capital, y en su capacidad de superación, a pesar de los políticos que gobernarán la ciudad. La obra utiliza la analepsis, por lo tanto, para culpabilizar de la situación en la que se encuentra la ciudad tanto al gobierno negrinista como a la propia República, al mismo tiempo que alaba el valor mostrado por los madrileños en noviembre del 36, como argumento para reforzar la legitimidad del golpe casadista de marzo del 39, del cual sería antecedente: “Bien, hay que movilizar al pueblo entero de Madrid y formar

con él una verdadera barrera de carne. Devolverle la seguridad. Enrabiarlo. Enloquecerlo, si es preciso. Hay que provocar otro Dos de Mayo, ¿comprendes? (1967: 260).

De Lera coincide, además, con muchos otros autores que han tratado esta temática en la ficción o en las memorias – como hemos ido apuntando a lo largo de este trabajo – en la utilización del símbolo de la sangre para marcar y resumir tanto el conflicto como la destrucción y el drástico cambio que vivió Madrid durante este periodo: “Ah, y también se habla de fusilamientos. Esto es lo peor, me parece a mí. Si corre de esa manera la sangre... ¡malo! No hay cosa más difícil de borrar que la sangre. Una sangre trae otra siempre. Si no se respeta la vida de los hombres por lo menos, es que se ha perdido la razón, y por muy bien que se hagan después las cosas, no puede haber perdón ni paz nunca más. Hacer correr la sangre entre hermanos... ¡Dios!” (De Lera, 1967: 387). La premonición de este personaje, presentada a través de un recuerdo de los primeros días de la guerra, pero recogida en la novela cerca del final de la misma, permite enlazar el conjunto de la obra y ofrecer ante el lector el sentido de desastre que, incluso a finales de los años sesenta, todavía seguía vivo entre la población. De Lera utiliza su narrativa para intentar ofrecer una nueva visión de una herida histórica que no solo en su época, sino en nuestro propio presente, sigue siendo objeto de intensos debates dentro de la comunidad española. Una muestra de cómo un trauma social como el que estamos estudiando, tal y como se expresa en este fragmento, es difícil de eliminar por mucho tiempo que pase, así como de la voluntad de reflexionar sobre un pasado que, aunque suponga atacar a la represión franquista que se había llevado a cabo desde comienzos del conflicto —si bien, necesariamente, indirectamente— empieza a tener cabida dentro del país.

### 3.2.3. La memoria tergiversada de la República: la censura como elemento significativo de la prosa de De Lera

La memoria republicana ha sufrido un complejo proceso de cambios y circunvoluciones desde el inicio de la Guerra Civil. La oposición entre el nuevo estado dictatorial y el vencido gobierno republicano va a provocar que el recuerdo de todo lo relacionado con la República pasara a ser difundido en el imaginario colectivo del país a través del filtro de la censura y las necesidades políticas del gobierno franquista. Tal y como expone la profesora Josefina Cuesta, este proceso modificó en gran medida la realidad de la lucha republicana y de sus protagonistas, provocando que el relato de lo sucedido durante el conflicto —a pesar del trabajo llevado a cabo desde el regreso de la

democracia por recuperar la memoria histórica— haya llegado hasta nuestros días tamizado por los intereses del franquismo. Tras un primer momento en el que se redujo al silencio más absoluto la memoria de los vencidos, esta investigadora nos habla de dos fases vividas por la memoria republicana:

2. En un segundo periodo, que corresponde a la Guerra Fría, se intensifica la campaña anticomunista, que propicia la imagen de Franco como salvador de Occidente. A la vez, se difunde permanentemente una imagen republicana negativa, que se prolonga en la prensa durante todo el periodo franquista. Aunque a través de los periódicos puede observarse una leve evolución que discurre desde la diabolización de la II República a la denuncia o la añoranza de lo que hubiera podido ser.
3. En un último periodo, la República se presenta menos diabolizada, a ello contribuyen la edición de distintas memorias y escritos de los protagonistas de uno y otro bando, especialmente las de los republicanos. El régimen ya no pone tanto el acento en la legitimación de su origen; con la legitimación de ejercicio ha conseguido, además, su estabilidad institucional y tiene organizada su sucesión (2008: 146-147).

*Las últimas banderas*, según el análisis que estamos exponiendo en este trabajo, se ubicaría entre ambos periodos propuestos por Cuesta. La legitimación de facto que había obtenido el régimen franquista dentro de la sociedad española, así como el alejamiento del peligro del regreso de la República al país —miedo necesario en una dictadura que se había impuesto por la fuerza de las armas frente a un sistema democrático— permiten entender cómo el silencio y la tergiversación que habían imperado hasta el momento en la visión que sobre la Guerra Civil había mantenido el franquismo dejan paso, paulatinamente, a un proceso de modificación del recuerdo que permita integrar la memoria republicana —que necesariamente seguía viva entre los supervivientes del conflicto—, pero siempre a través del filtro ideológico y la censura desplegados por la dictadura. El proceso en el que se enmarca la obra de De Lera no se convirtió en una apertura y mayor libertad de expresión *per se*, especialmente sobre temas políticos tan delicados como el que estamos tratando, sino de un mecanismo de cambio que permitía reconstruir la historia de España a través de los moldes impuestos desde la dictadura, de tal manera que el mismo pasado que deslegitimaba la toma del poder por parte de los ejércitos franquistas se convirtiera, paradójicamente, en el sustentador de la memoria contemporánea del nuevo estado asentado en España. Y todo ello fue posible, únicamente, gracias a la fuerza que el franquismo desplegó en el proceso de borrado y

silenciamiento de la realidad de lo sucedido, a través de la eliminación de una memoria republicana que podría ser sustituida, a partir de los años sesenta del siglo pasado, por otra versión diferente de lo sucedido:

El nuevo régimen un notable interés, esfuerzo, legislación y medios materiales y humanos a la edificación de la propia memoria, mientras destruía la del periodo republicano. Silenciando en unos casos, sustituyendo en otros, destruyendo de pasada, a la vez que erigía en su lugar, y demoliendo sin sustitución, los menos, la política del «Nuevo Estado» pareció dedicar un amplio espacio a la edificación de las bases ideológicas y mentales sobre la aniquilación realizada por las armas, sobre el terreno conquistado al enemigo, en suma. De ahí que, en una historia comparada, pudiera ser analizada de forma diferencial la destrucción de la memoria que realiza este régimen, que se erige sobre las armas, de la emprendida por otros, que se constituyen por distintos mecanismos de sustitución, como las transiciones democráticas del último cuarto del siglo XX en Europa del Sur y del Este y en América Latina (Cuesta, 2008: 153).

Aserto que la profesora Cuesta completa reafirmando esta imposición que llevó a cabo el franquismo de sus símbolos y de su particular memoria frente a la pasada realidad de la República:

Para lograrlo [la implantación de su discurso oficial por la fuerza], hubieron de reducir al silencio todo lo relativo a la España republicana, a la que combatían: su gobierno, sus hazañas bélicas, personajes, reformas, fiestas quedan borradas de la memoria de los españoles del interior *durante cuarenta años*. Se eliminaron conflictividades por la supresión física o simbólica del «otro», del vencido. La muerte, la destrucción, la represión, el exilio, la censura y el silencio son algunas prácticas ejercidas para imponer el olvido. Durante cuatro décadas, los españoles que vivieron bajo la dictadura quedaron incomunicados con los que se habían exiliado o eran condenados, sin posibilidad de rehacer sus lazos, ni de integrarse en una común sociedad (2008: 306).

Franco fue consciente, ya desde antes de que terminara la guerra, de que el nuevo Estado que pretendía imponer sobre el conjunto de la sociedad española carecía de las bases legitimadoras necesarias para sobrevivir. Sabía, asimismo, que la mera imposición de la fuerza solo llevaría —tal y como la historia del siglo XX y de lo que llevamos del XXI nos demuestra— a una lucha constante por la supervivencia de la dictadura. Para evitar este problema, y poder asentar el nuevo modelo de España, únicamente cabía la posibilidad de construir una supuesta legitimidad del régimen a partir de la

reconfiguración interesada y parcial de la historia española<sup>97</sup>. Y este proceso solo podría ser llevado a cabo si previamente era eliminado el recuerdo del régimen republicano, pues la legitimidad democrática del mismo ponía en peligro cualquier intento en este sentido. Es por ello que el silencio fue un arma de vital importancia para el franquismo, mediante la cual se construyó dentro del imaginario colectivo una imagen de la República determinada por sus errores de base que poco o nada tenía que ver con la realidad de los hechos. Lo importante no era adecuarse a la historia, o a los discursos que sobre este mismo sistema democrático se produjeron desde los comienzos del mismo, sino construir una imagen particular del «otro», del enemigo a batir, que sirviera por sí misma para legitimar la dictadura franquista, mediante el silencio impuesto sobre la historia republicana.

De Lera centra su novela en el estado que presentaba la población madrileña en marzo de 1939. A lo largo del texto se suceden las descripciones de las banderas y pancartas que cubren la capital, así como los recuerdos —parte de los cuales hemos analizado— de la emoción y la confianza que vivió la ciudad durante la Batalla de Madrid. Estas exposiciones condensan el sentimiento de todo un país, configurando la ciudad de Madrid a modo de ejemplo del conjunto de la España republicana. La alegría desbordante sirve, como hemos apuntado a lo largo de nuestro estudio, para marcar con mayor profundidad el estado de desesperación y desmoralización que cubrió la zona republicana durante marzo del 39. La memoria es utilizada, en esta ocasión, como elemento magnificador del desastre que supuso la derrota de la República. La sensación de que todo ha terminado y de que solo queda abrazarse a la magnanimidad de Franco se entremezclan con las fútiles llamadas a la resistencia que intentan promover los protagonistas de la

---

<sup>97</sup> Un ejemplo de cómo la dictadura se apropiaría de todos los símbolos e ideas de la historia española que considerara adecuadas para su mensaje, al mismo tiempo que relegaba al olvido todo aquello que no encajara con su imagen del país lo vemos en la famosa celebración del Día de la Raza. La fiesta, frente a lo que pudiera pensarse, no fue patrimonio exclusivo del bando golpista, sino que también fue celebrada y reivindicada entre los republicanos. Así se puede comprobar en el número 137 de la publicación *El Frente*, órgano de difusión interna de la 26ª División del Ejército Popular: “La significación de la Fiesta de la Raza ha sido esto: la verdadera España erguida vigorosamente sobre su dolor y su tragedia misma, hacia la conquista del futuro. Revivir de la España laboriosa y fecunda, afirmando a través de los mares, la decisión inquebrantable de defender su dignidad colectiva, y remozar, al valorizarlos los vínculos de unión fraternal con los pueblos libres de América. Sin duda alguna, la zona facciosa habrá celebrado también su Fiesta de la Raza, y pensamos la ficción que ello habrá representado, cuando en aquella zona reina con todo su apogeo la invasión de razas, como única solución para mantener en los órganos del poder fascista, a los canallas que nunca sintieron para el pueblo que les vio nacer, estimación alguna, cuando lo vendieron a Hitler y Mussolini por la satisfacción de apetencias de dominio” (AGMAV, C.2908 hoja 91). La lucha por los símbolos de la España que debía convertirse en la única “verdadera” fue tan relevante durante la guerra como los combates directos entre ambos ejércitos.

novela, todo ello dentro de un ambiente de gran pesimismo que no abandonará al lector a lo largo de su recorrido por la obra:

La gente está muy desmoralizada. Hablo de los militantes. Los del montón dan la guerra por terminada, y el que más y el que menos ya está pensando en cómo se las va a arreglar después, si va a poder volver a su trabajo, si habrá represalias... Claro, los que están locos de contento son los emboscados y los fascistas camuflados. Lo veo por los de mi casa. Creo que en Porlier y en San Antón, los presos fascistas hacen lo que quieren. Ya hay quien va a pedirles avales por si las moscas. Hasta hay graciosos, hombre. Nunca faltan. ¿Sabes qué mote le han puesto al fregado este? Pues la «semana del duro» (1967: 232).

La guerra, que se había convertido en el único presente continuo para la mayoría de los madrileños deja paso ahora a las elucubraciones sobre un futuro franquista que, aunque se da por supuesto, no esconde los miedos y anhelos —incluso alegrías y esperanzas— mantenidos por cada individuo en su fuero interno durante tres años de conflicto. Unas manifestaciones generales de temor e inseguridad que se contraponen en todo momento a la alegría de los quintacolumnistas, cada vez más numerosos y activos; expresiones de las que ya vimos que Morla Lynch se hacía eco por extenso al hablar de las declaraciones que oía a sus asilados. No podemos olvidar, en este sentido, la anotación que el diplomático chileno lleva a cabo en sus diarios el 13 de febrero de 1939, sobre las conspiraciones contra el gobierno republicano en las que trabaja el asilado falangista José María Alfaro<sup>98</sup>, de quien explica que

prosigue sus actividades falangistas. Hay que frenarlo. Bebé tiene una larga entrevista con él. El comandante Martínez me confía que muchos asilados abandonan el Consulado para unirse a las fuerzas que se sublevarán. Pretendían crear organizaciones dentro del edificio. Son intolerables y ponen en serio peligro a los demás asilados. Se exponen también a que los cacen como conejos (2008: 699).

---

<sup>98</sup> Escritor, poeta y diplomático falangista cuya novela más conocida, *Leoncio Pancorbo* (1942), escrita durante su estancia en la embajada de Chile en Madrid, supone, según Trapiello, “una plantilla de lo que un intelectual falangista entendía por un joven prometido. El retrato, muy dorsiano también, le sale como fuera del tiempo, pasmado, místico, militar, un tanto confuso y vaporoso sin el menor anclaje en los hechos que describe, todos anteriores a la guerra. Llegó a ser tras la guerra la cartilla del perfecto «flecha» pijo. El anuncio de lo que venía comiéndose el mundo” (2010: 478). Un ejemplo de cómo los temores que tanto recorrieron las memorias y la literatura de este momento, acerca del constante peligro de los quintacolumnistas y de su relación con las embajadas madrileñas, estuvo lejos de ser una invención de instituciones como el SIM republicano.



Falangista que, pocas páginas después, hablará sobre la extensión de la red quintacolumnista por la capital:

Sin embargo, llamé a José María Alfaro y le conté la cosa, preguntándole si existía realmente dentro de Madrid, una organización de Falange dispuesta a defender las embajadas. Me contestó afirmativamente. Me contó también otras muchas cosas de interés y que coinciden con los datos que me dio Esla. Se formaría el Gobierno-puente para negociar una paz con condiciones de humanidad. El general Franco habría declarado que no quería tratar con el Gobierno, pero que estaba dispuesto a tratar con los jefes militares: Miaja, Casado, etcétera. (...) En Madrid hay más de trescientos mil derechistas y él está dispuesto a defender las cárceles y las embajadas (Morla Lynch, 2008: 709).

### 3.2.4. El triunfo de la individualidad frente al grupo

El pragmatismo ayuda a configurar el principal valor de la neutralidad que se va construyendo a lo largo de *Las últimas banderas*. Este concepto se construye a partir de la idea de no pertenecer en el fondo a ningún bando, y llevar a cabo cualquier tipo de acto o discurso para poder seguir adelante. La supervivencia se impone, de esta manera, frente a la ideología y a la política en unos personajes que valoran más su individualidad y su bienestar que el del conjunto de la sociedad, como manera de afrontar una situación en la que el derrotismo y el desánimo se expanden entre toda la población. Un ejemplo de este tipo de pensamiento lo podemos encontrar en un teniente de intendencia que encuentran Trujillo y Olivares. Nuestros dos protagonistas acuden a su casa por los rumores que escuchan de que allí se guarda un abundante alijo de comida. Logran acceder a la vivienda gracias a la argucia de hacerse pasar por agentes del SIM. Y, en el interior, descubren que este personaje había robado grandes cantidades de comida y las almacenaba por todo el piso. Lo importante de esta escena no es el hecho en sí, el descubrimiento de tales cantidades de víveres hurtados en medio de una ciudad que se está muriendo de hambre, sino las justificaciones que este teniente ofrece para sus actos:

Nuestro único deseo [pues el personaje se refiere tanto a su familia como a él] era y es sobrevivir... Nada nos importa lo demás, porque no estamos ni con unos ni con otros. Aunque no os lo creáis, yo he cumplido lealmente, claro que sin ningún entusiasmo. Lo que queremos es que acabe la guerra de una vez y que el final nos coja vivos a los tres. (...) Yo sé que, desde vuestro punto de vista, está mal lo que he hecho, pero no os quepa duda de que otros también,

que alardean de un antifascismo rabioso, y que en el fondo es cierto, han hecho otro tanto. Claro que no faltan tampoco los que se dejarían morir de hambre antes de caer en la tentación... Si queréis denunciarnos, pues a lo mejor nos hacéis un favor. De verdad. Unos cuantos días de cárcel ahora puede ser un mérito mañana...

—(...) Para mí – continuó diciendo –, lo mejor es que esto no hubiera comenzado nunca —y meneó la cabeza dolorosamente—. ¡Cuántos muertos! Demasiados muertos, ¿no os parece? Y todavía habrá más muertos... Y lo más triste es que nadie se da cuenta de la realidad; unos, porque pierden y los otros porque ganan. ¿Y qué? ¿Y cuántos son los que de cualquier manera han perdido ya definitivamente, porque han muerto, o porque, como nosotros, no han estado ni están identificados con ninguno de los dos bandos? En nosotros no ha pensado nadie. ¿Y es justo eso? (De Lera, 1967: 254-255).

El pragmatismo se entiende como una de las razones principales para intentar dejar de lado la dialéctica de los dos bandos en pro de la defensa de la individualidad y la necesidad personal. El ejemplo del teniente que De Lera presenta en su obra es la de quien procuró alejarse de la guerra y la polarización en las que se sumió el país durante estos años a través de la separación de la sociedad. En un momento en el que las estructuras estatales y las perspectivas de futuro habían sido destruidas, el camino de la supervivencia parecía uno de los pocos que podía ayudar al individuo. Este teniente no se plantea que sus actos puedan provocar el sufrimiento y la muerte de decenas de ciudadanos. Tampoco es capaz de comprender que el reparto de lo que ha robado ayudaría, aunque fuera poco, a aliviar el estado de necesidad en el que está sumida la capital. El triunfo del individualismo y el egoísmo sobre el bienestar general se convierte, de esta manera, en una salida a la derrota republicana y al nuevo enfrentamiento interno que se vivió en Madrid entre casadistas y comunistas.

En este estado, conforme la novela se encamina hacia el final, la derrota de Madrid se hace más evidente en uno de los rasgos más repetidos sobre el pueblo de la capital: “Nadie reía tampoco. Aun en las jornadas más dramáticas de la guerra, los madrileños no olvidaron la chirigota ni el buen humor. Ya, sí. Porque la gente sentía la pesadumbre de la derrota, con sus malos presagios, sus incertidumbres y sus remordimientos. La derrota que planeaba sobre la ciudad como un águila atroz” (1967: 317). Una alegría cuya continuidad a lo largo del conflicto no solo se repite en esta obra, sino en muchos de los autores que ambientaron sus obras en este periodo, y que ahora ha terminado por

desaparecer ante la incomprensión generada por el golpe de Estado de Casado<sup>99</sup>. Hasta en los peores momentos, cuando se creía que la ciudad caería en cualquier momento en manos de Franco, la constancia de saber distinguir quién era el enemigo que se encontraba enfrente había mantenido los ánimos en muchos de los personajes que se escribieron sobre este periodo. Sin embargo, ahora, la confusión ante las luchas que se viven por las calles de la capital y la visión de un mundo que se está derrumbando ante los ojos de muchos republicanos, acaba con gran parte de las últimas esperanzas que todavía se mantenían.

Los personajes de De Lera, revolucionarios convencidos, tendrán que asumir este proceso de deconstrucción no solo a través de la degeneración del ambiente que les rodea, sino mediante anagnórisis como la que experimenta Federico Olivares, cuando su amante Matilde le confiesa que lleva trabajando para el Auxilio Social desde hacía más de un año (De Lera, 1967: 309). Para Olivares, quien a pesar de todo muestra en repetidas ocasiones su voluntad de seguir luchando por la revolución, en la que no deja de creer, la constatación de que la mujer a la que ama pertenece a la omnipresente Quinta Columna representa la ruptura de su horizonte personal y de su visión particular del mundo. No es extraño, por lo tanto, que el narrador apunte cómo una de las posibles salidas para los personajes de su obra sea la ficción: “Por otra parte, la mañana, ligeramente áurea y tibia, invitaba de forma irresistible a levantar la mirada, a respirar hondo y a fugarse por los caminos de la imaginación” (1967: 289). Un escape deseable en un mundo que ha dejado de lado el análisis de la realidad para centrarse en el poder de la palabra, la cual adquiere la capacidad de transformar a un personaje como Franco en un ser deificado, tal y como explica Matilde sobre sus padres. La realidad deja de convertirse en el marco de referencia, dentro de un mundo en el que la ficción y la construcción particular de la verdad a través de la manipulación de la palabra —y de la falta de análisis crítico— se convierten en los únicos referentes:

---

<sup>99</sup> Una situación de la que también se hacen eco en repetidas ocasiones los informes del SIPM. Así explica, por ejemplo, cómo se encuentra el ánimo en Madrid una nota fechada a 18 de marzo de 1939: “Es opinión de todos los miembros del CONSEJO ASESOR, y me encomiendan se lo comunique que la situación de Madrid es insostenible. Hay zozobra y lo que es más de lamentar, está cayendo el espíritu del pueblo en un estado de indiferencia hacia el Ejército Nacional, debido principalmente a la manoseada costumbre de los comunicados y crónicas de la radio que desde hace largo tiempo nos vienen hablando del “pronto, muy pronto; están contadas las horas” (...) sin que el hecho se consuma, enervan los entusiasmos y prejuzgan que no es grande el interés de salvar rápidamente a este pueblo digno desde hace más de dos años, de verse libre del azote de la revolución y de la guerra que no ha cesado ni un momento de castigarle” (AGMAV, C.2485, 14 hoja 18).

Mi padre no entiende de política, pero está deseando que acabe la guerra... Ahora está contento y habla entusiasmado de Franco, pero tú no te lo tomes muy en serio. Mi madre, la pobre, no sabe nada de nada, pero también para ella Franco es como un dios. Han pasado mucho miedo, y eso que no les ha faltado nunca que comer. Pero ya sabes, son dos viejos anticuados. Todavía no les he dicho que mi marido está en el penal de Burgos, porque el día que lo sepan se van a llevar un gran disgusto. Creen que está luchando con los otros... (1967: 312).

La interpretación mítico-religiosa del mundo ha sido utilizada por múltiples grupos humanos a lo largo de la historia para conformar los límites y fundamentos de su propia sociedad, así como la significación que otorgaban tanto al espacio que les rodeaba como a la propia idea del poder. La mitificación ha sido utilizada por múltiples regímenes como forma de asentarse en la mentalidad y la idiosincrasia de una determinada población. El proceso que nos muestra De Lera, permite observar cómo esta mitificación de la figura de Franco responde a un mecanismo repetido incontables veces en el pasado. A pesar de las dificultades para ofrecer una definición de lo que es y lo que no es un mito, el término nos puede servir para establecer la relación existente entre el conflicto entre humanidad y divinidad que es utilizado para reforzar la posición de un determinado individuo. La moral y la ética juegan un papel fundamental en el proyecto configurador de una narración mítica, como medio de obviar la sucesión cronológica de los hechos para destacar únicamente los rasgos y aspectos más importantes de un relato destinado a ficcionalizar y dar sentido a los orígenes fundadores de una determinada sociedad o grupo humano (Dietrich, 1977: 68-71). La deificación de Franco se convierte, de esta manera, en una salida adecuada para dejar atrás en el olvido impuesto la memoria de lo sucedido durante el conflicto, y abrigar la esperanza de que un ente externo y superior –por los determinados rasgos que se le asocian paulatinamente– podrá solucionar los problemas del presente si cuenta, únicamente, con la fe de sus seguidores. Tal y como explica la teoría mito-ritualista de la religión, tras el rechazo a la fe que se vivió durante el siglo XIX, el siglo XX será testigo de la eclosión de una tercera fase de esta teoría según la cual se recuperará la relación entre ciencia y religión para ofrecer a esta última el propósito de proponer a la comunidad el sentido de la vida (Segal, 1980: 173-174). El mito y la religión, a través de la elevación y deificación de personajes fundamentales para el nuevo Estado, como es el caso de Franco, se convierten, por lo tanto, en elementos clave para comprender el cambio de paradigma que se construye en España al final de la Guerra Civil.

La necesidad del recuerdo vertebra una obra que basa en las memorias de los protagonistas la explicación del presente diegético que estos mismos están viviendo. El pasado sirve como medio de interpretación de una realidad contradictoria y difusa, que resulta difícil de definir o categorizar. El futuro, por otro lado, aparece ante el lector únicamente como un anhelo de los personajes, una manera de escapar del horror y la incomprensión que están experimentando. Así termina, por ejemplo, un confuso monólogo interior que tiene Olivares mientras se termina de quedar dormido, justo después de reflexionar sobre la importancia del recuerdo como necesidad de memoria y paradigma interpretativo: “Adiós, Rosina. Verás cómo mañana te alegras... ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! Ma-ña-na, ma...ña...na... La puerta. Ma...ña...na” (De Lera, 1967: 258).

La memoria se convierte, a través de este proceso, en el único elemento fiable para comprender la realidad. Esta paradoja tiene su base en el estado de desinformación que ya hemos apuntado que se reflejó en esta obra. De Lera se hace eco de esta falta de confianza en las noticias, en un momento en el que los bulos, las mentiras y los intentos de manipulación sepultaron aquellas informaciones que sí que eran verídicas y contrastadas. Si el conocimiento del presente se puede convertir en un momento coyuntural como fue el golpe de Estado de Casado en la única herramienta útil para poder entender lo que está sucediendo, la preponderancia de los engaños y los embustes a la hora de indagar sobre la realidad lograron sepultar a la población republicana en un estado de incomprensión que impidió muchos de los posibles movimientos o reacciones que, de otra manera, podrían haberse producido. Así lo expresa el narrador de Las últimas banderas, cerca ya del final de la novela, a inicios del capítulo XI:

Los bulos, los rumores y los tristes presagios corrían aquella tarde por la ciudad como un aire de fronda. Parecía que estuviese transida de presentimientos. A medida que la luz se tornaba más gris bajo un cielo de nubes plomizas, crecía el nerviosismo de sus habitantes. Era una inquietud insana y un desasosiego provocado por la espera de algo inminente que nadie, sin embargo, hubiera podido precisar.

Desde el final de la lucha entre casadistas y negrinistas, los dos bandos de la guerra civil circulaban ya por sus calles sin que, el que hasta entonces permaneciera sumido en la clandestinidad, ocultara su etiqueta. Los partidarios de Franco se habían quitado la careta o arrojado el prudente disimulo con que vinieran encubriéndose, y si no reclamaban abiertamente la victoria, al menos especulaban con ella. Por otro lado, los neutrales desertaban de su cómodo campo y se alineaban entre los presuntos ganadores, denostando lo que durante tantos meses proclamaron hipócritamente para bienquistarse con los amos de la situación.

—En cuanto entren los nuestros, se habrán acabado las injusticias y la miseria. Todo volverá a la normalidad. Será la paz para todos. Sólo los asesinos y los ladrones quedarán fuera de ella. Se lo digo yo, que estoy muy bien enterado (1967: 347).

### 3.2.5. Entre las falsas esperanzas y la memoria: De Lera y su particular búsqueda de la verdad

La ciudad parece humanizarse, al convertirse en un inmenso cuerpo que asiste al final de la guerra entre la ansiedad y la desesperación de quien, a pesar de la intranquilidad causada por la espera, se resiste a conocer el final. El triunfo final de los casadistas no ha traído la anhelada solución al largo conflicto que sus promotores prometieran a la población, sino que ha sumido a Madrid en un estado de confusión y temor aún mayor. El análisis y la reflexión sobre la verdad se nos presenta como algo inalcanzable. El lenguaje puede perder gran parte de su capacidad expresiva si los interlocutores desconfían del hablante, independientemente de la calidad o adecuación del discurso (Ayala y Vasilyeva, 2015: 133-134). La realidad nos enfrenta a tal densidad de sensaciones y de datos que resulta infructuoso intentar condensarla a través de las palabras. La complejidad supera nuestra capacidad de recepción, y nos muestra la futilidad de nuestros intentos para entender el mundo que nos rodea.

En conflictos recientes que ha vivido nuestra sociedad contemporánea, como es el caso de los enfrentamientos en Irlanda del Norte entre el Irish Republican Army y las fuerzas británicas, la verdad aparece como un desiderátum difícilmente tangible, acerca del cual resulta más factible obtener una realidad parcial que el conjunto completo de la realidad (Meredith, 2004). Esta realidad que se vivió al final de la Guerra Civil guarda una importante relación con la era de las fake news y la desinformación que estamos viviendo en la actualidad, donde un mismo fenómeno puede ser transmitido de maneras tan contradictorias que los hechos objetivos pueden diluirse entre la opinión pública hasta prácticamente desaparecer. La época de la posverdad –dos de cuyos mayores hitos son el Brexit y la victoria de Donald Trump en las elecciones norteamericanas del año 2016– nos enfrenta a la dificultad de distinguir los hechos de las mentiras o manipulaciones, tal y como sucedió en marzo de 1939. El estudio de este reciente fenómeno nos puede ayudar, por lo tanto, a aportar una serie de claves que nos permitan entender lo que experimentaron personajes como Federico Olivares.

La lucha contra la desinformación y la difusión de mentiras o tergiversaciones de la realidad se entremezcla con los principios democráticos de nuestras sociedades, al afectar a sectores tan destacados como la seguridad nacional (Brun y Roitman, 2020). La creación de la verdad y la lucha por la imposición de la misma sobre otras visiones de la realidad es, por lo tanto, un fenómeno de plena actualidad en nuestro mundo contemporáneo. Mediante este fenómeno comprobamos cómo aquello que nosotros mismos asumimos como cierto puede, por el contrario, ser un falseamiento o modificación de la realidad. La verdad se nos muestra como un elemento incorpóreo, carente de la sustantividad metafísica necesaria para disipar las dudas sobre su posible falsedad (Asay, 2014: 157-159). No podemos dejar de tener en cuenta que el fenómeno de las fake news ha cobrado tal relevancia que las nuevas tecnologías y las redes de comunicación se han convertido en un medio idóneo para modificar la voluntad democrática de muchos países (Yerlikaya, 2020: 182-184). La propaganda y la manipulación de los medios de información se han convertido en un instrumento de poder y control sobre una política global cada vez más alejada de los hechos (Surowiec, 2017: 23-24). La autenticidad se diluye dentro de nuestro mundo contemporáneo en el cual la narrativa se encuentra repleta de trampas, monetizada por un número reducido de personas (Willsey, 2018: 506-507).

En este mundo de incompreensión que nos muestra De Lera, a través de un Madrid donde el individuo se diluye entre la multiplicidad de discursos de que es objeto, la falta de verdad objetiva se convierte —al igual que sucede en estos momentos en nuestras sociedades contemporáneas— en la herramienta utilizada para obtener el poder por parte de un determinado sujeto. La confusión, alimentada por el continuo trabajo de los quintacolumnistas —tal y como se señala en numerosas ocasiones a lo largo del texto— sirve para cimentar la llegada de un Franco victorioso y salvador cuya figura pretende, a través de la propaganda, acabar con la desorganización y el caos en que se había sumido la República tras el pronunciamiento de Casado. *Las últimas banderas* nos muestra, en esencia, cómo se entendió este proceso a través del necesario paso por la censura franquista, lo que permite encajar la obra no solo con el relato de la guerra sino también con las necesidades del Estado dictatorial en aquel momento. Y todo ello a través de una narración que dispone ante el lector un conjunto de personajes cuya existencia se ve marcada por la ignorancia de lo sucedido, debido a la imposibilidad que tienen de escapar de la multiplicidad de verdades en la que se sumió el final de la República. Una ruptura

intencionada de la verdad objetiva que se ve reflejada en el hombre sobre el que reflexiona Foucault:

Parce qu'il est doublet empirico-transcendental, l'homme est aussi le lieu de la méconnaissance, –de cette méconnaissance qui expose toujours sa pensée à être débordée par son être propre, et qui lui permet en même temps de se rappeler à partir de ce qui lui échappe. C'est la raison pour laquelle la réflexion transcendantale, sous sa forme moderne, ne trouve pas le point de sa nécessité (...), mais dans l'existence muette, prête pourtant à parler et comme toute traversée secrètement d'un discours virtuel, de ce non-connu à partir duquel l'homme est sans cesse appelé à la connaissance de soi. La question n'est plus: comment peut-il se faire que l'expérience de la nature donne lieu à des jugements nécessaires? Mais: comment peut-il se faire que l'homme pense ce qu'il ne pense pas, habite ce qui lui échappe sur le mode d'une occupation muette, anime, d'une sorte de mouvement figé, cette figure de lui même qui se présente à lui sous la forme d'une exteriorité têtue? (1966: 333-334).

La ignorancia intrínseca del ser humano de la que hablaba Foucault se transparenta en los personajes de De Lera a través de la desconfianza que se establece entre los que antes eran aliados. El golpe de Casado no solo simboliza, en este aspecto, la ruptura final del proyecto republicano, sino que también sirve para llevar a cabo una crítica sobre su mismo proceso. Es en este aspecto donde nuestro autor manifiesta una reprobación mayor, dirigida hacia unos protagonistas sobre quienes no queda claro si realmente buscaron un mejor diálogo con Burgos de cara a la paz, o se dejaron llevar por sus egos personales, con el objetivo de convertir el golpe de Estado en una simple lucha de poder. Un poder, además, que encuentra en la dominación intrínseca y extrínseca del individuo su razón de ser, pero que además construye sobre la argumentación foucaultiana un nexo teleológico con una verdad que se transparenta como fundamental para poder llevar a cabo el ejercicio de dominación—a partir de una concepción del ser humano que radica en su entendimiento ontológico del yo y en su capacidad para interpretar el mundo que le rodea a partir del reconocimiento de su valor (Thiebaut, 2009: 213)—. Un control que es ejercido, en definitiva, mediante la ocultación de la información relevante:

So «power» requires «liberty». But it also requires «truth»—if we want to allow, as Foucault does, that we can collaborate in our own subjugation. Indeed, that is a crucial feature of the modern system of control, that it gets us to agree and concur in the name of truth or liberation or our own nature. If we want to allow this, then truth is an essential notion. Because the



imposition proceeds here by foisting illusion on us. It proceeds by disguises and masks. It proceeds thus by falsehood (Taylor, 1984: 174).

La duda es alentada por unos personajes que debaten sobre ambos extremos, acerca de la mayor o menor conveniencia de llegar a un pacto con Franco (De Lera, 1967: 286). El peligro que esto supondría, de cara a las represalias que finalmente se desatarán por todo el territorio español, es contrapuesto a las ventajas que tendrían los rebeldes al terminar el conflicto sin resistencias, obteniendo la ansiada plaza de Madrid y el resto del territorio republicano sin mayores combates. El repetido peligro del filocomunismo existente en el gabinete de Negrín es también puesto en duda a lo largo de las conversaciones de la novela, en las que se descubren personajes que consideran la posibilidad una simple excusa para justificar la guerra (1967: 182). La palabra, una vez más, adquiere mayor protagonismo que la realidad a la que supuestamente respalda, convirtiendo sus argumentos en un diálogo interno donde estas mismas razones se justifican a sí mismas. Es por ello que los protagonistas de la novela llegan a dudar de la misma significación de las palabras, las cuales parecen haber perdido la relación saussuriana que las daba sentido, al quedar relegado su uso únicamente al campo del significado y perder su conexión con el significante:

—Nada de esto tiene sentido – comentó Olivares al hacer un alto.

—(...) Ya sé que no es decir nada, pero hemos llegado a una situación en que las palabras ya no tienen un significado claro, ni tampoco las acciones.

Se quedaron callados. Cubas propuso luego tomar el «metro», y Olivares accedió. Cruzaron la calle, pero al ir a zambullirse en el subterráneo les llamó la atención el aspecto que presentaba la Puerta de Alcalá. Los enormes retratos de Stalin, Lenin y Marx, que decoraban el monumento, aparecían profusamente agujereados y con algunos desgarros, y las grandes losas de su paramento habían sido arrancadas para formar parapetos en torno. Parapetos que ya nadie defendía ni atacaba.

—Se ve que aquí se hicieron fuertes los comunistas —comentó Cubas (1967: 198).

El estado de desesperación en el que se sumió Madrid se puede apreciar en la prensa de los últimos días de marzo. La atmósfera que transmite *Las últimas banderas* coincide, mutatis mutandis, con el estado de desesperanza que muestran diarios como *El Mercantil Valenciano*. En su edición del 28 de marzo de 1939 (AGMAV, C.2485, 16 hojas 6-9) explica a sus lectores cómo las gestiones llevadas a cabo por el CND han fracasado, y expone como “inusitado” un acontecimiento aparentemente inconcebible para los

editores de este medio tras las repetidas promesas que había llevado a cabo este órgano desde principios de mes. Mientras Casado y sus compañeros embarcaban en el *HMS Galatea* rumbo a su exilio británico, la población republicana tuvo que asistir al abandono en el que habían quedado tras las diligencias del CND. Será el secretario del CND, José del Río, quien dará la noticia de dicho término, a través de una breve nota en la cual expone la labor del órgano que representa como víctima de una situación inesperada e inesperable:

El Consejo Nacional de Defensa oportunamente dio cuenta de la iniciación de negociaciones con el Gobierno Nacionalista, y en este momento histórico somete a la consideración del mundo y muy especialmente de los españoles, su conducta en hecho de tanta trascendencia para justificar que ha salvado la responsabilidad histórica y que ha sido leal al pueblo que tan generosamente le otorgó su confianza.

Para ello, el Consejo no apela al artificio, que suele ser asilo de vaguedad, sino que presenta documentos de absoluta autenticidad en los que pone de relieve de manera incontrovertible la lealtad que ha puesto al servicio del cargo en busca de la paz, aun a trueque de dejar jirones de dignidad individual, con la vista puesta en los altos intereses de la Patria y en evitación de derramamiento de sangre de los hijos de España que quieren la paz.

El Consejo Nacional de Defensa no sale de su asombro ante el hecho consumado y no acierta a comprender cuáles son los propósitos del Gobierno Nacionalista, al que se le han dado cuantas facilidades fueron necesarias para entregarle la zona republicana en las mejores condiciones (AGMAV, C.2485,16 hojas 6-7).

La palabra construye una realidad diferente a la vivida, en la que aquellos que tomaron el poder por la fuerza y depusieron al gobierno legítimo de la República se sienten ahora como falsos depositarios de la confianza del pueblo republicano, al mismo tiempo que exponen el engaño al que han sido sometidos por parte de Burgos, tras haber confiado en la buena voluntad de Franco, mediante el subterfugio de expresar su supuesto buen hacer en las conversaciones y manifestar su sentimiento de incompreensión y sorpresa ante un resultado que, como hemos podido comprobar, era perfectamente plausible desde hacía meses. Esta edición de *El Mercantil Valenciano* continua, tras la nota explicativa del secretario del CND, con los diferentes documentos suscritos tanto por dicho consejo como por Burgos, para continuar con una serie de muestras de apoyo y palabras de tranquilidad por parte de diferentes miembros del CND y de la vida pública republicana. La disociación existente entre la realidad y los discursos se agudiza todavía más en exposiciones como la de Segismundo Casado, quien llega a afirmar en este mismo

medio que “En Madrid la tranquilidad es completa. Las calles bulliciosas como siempre y animadas de ciudadanos que comentan los acontecimientos, ofrecen un aspecto normal sin nerviosidad y sin obrar por iniciativa propia” (AGMAV, C.2485,16 hojas 6-7). Una distorsión de la ciudad sumida en el miedo que observamos tanto en De Lera como en Aub, y que muestra hasta qué punto la política oficial casadista mantuvo su propia línea hasta el final, aferrándose a sus convicciones y a sus líneas iniciales de actuación y de discurso incluso cuando el significado de las mismas había perdido ya toda referencia factual.

Los últimos retazos de la ciudad revolucionaria, llena de vida y movimiento, en la que se había convertido Madrid durante la guerra desaparecen<sup>100</sup>; al mismo tiempo que las palabras se desvanecen al perder su capacidad expresiva. El discurso vence sobre la realidad, en un proceso que anuncia la inminente llegada de Franco, al mismo tiempo que sirve de premonición para el terror que posteriormente se vivirá durante la dictadura. Los compases finales de la novela marcan esta línea, a partir de la sucesión de tres espacios que se suceden con rapidez en los dos últimos capítulos.

En primer lugar, las esperanzas ofrecidas por el Consejo Nacional de Defensa se descubren como inexistentes. La negociación sobre la paz termina degenerando en un estado de confusión y temor que lleva a la descomposición de toda la resistencia republicana que quedaba. *Las últimas banderas* muestra cómo se vivieron estos momentos, a través de la sorpresa y la incompreensión, mientras personajes como Olivares creen estar viviendo casi un sueño. La incompetencia demostrada por Casado y el resto de su Consejo degenera en una huida no reglada que únicamente lleva a aumentar el caos

---

<sup>100</sup> Un ardor que se puede observar en novelas como *Acero de Madrid* (1938), escrita por el comunista José Herrera Petere, donde la narración se centra en los sucesos de la Batalla de Madrid. A modo de ejemplo, acerquémonos a sus últimas líneas: “Pero cantemos, últimamente, al optimismo. Al optimismo del Quinto Regimiento vivo. Cantemos, últimamente, a los campos de batalla que rodean Madrid, donde los madrileños iban a luchar, limpios y valientes. Cantemos, últimamente, a las salidas al campo de los soldados encuadrados según las normas de «Francos Rodríguez». Cantemos a la disciplina. Cantemos al orden y al número 120.000 hombres. Cantemos a las fortificaciones. Cantemos a los mandos y a la propaganda en las filas enemigas. Cantemos a los comisarios políticos. Cantemos al Quinto Regimiento. Cantemos a los aviadores. Cantemos al pueblo de Madrid. Cantemos al Ejército Popular. La artillería dispara continuamente sobre Madrid; los tanques intentan cruzar el Manzanares; los aviones aplastan barrios enteros, con sus mujeres, sus niños, sus viejos. Casas de siete pisos son partidas en dos; tiernos comedores y alcobas madrileñas quedan al aire, en carne viva; monstruosas bombas de cuatrocientos y quinientos kilos revientan en el empedrado de las calles, y hacen volar adoquines y miembros humanos: cabezas de mujer, piernas y brazos de niño. Madrid, la ciudad valiente, la ciudad serena y ejemplar, con las tripas fuera, resiste y resiste. Sus calles céntricas están cuajadas de agujeros, como ojos vacíos al fondo de los canales se ve la pupila, negra y húmeda, del túnel del Metro, abierta al sol. Sus barrios extremos están desmantelados, ruinosos, humeantes. ¡Pero Madrid resiste, resiste, resiste! Pero Madrid resiste, resiste y pasará. ¡PASAREMOS!” (2015: 175-176).

de la situación: “Durante todo el trayecto a pie había observado un inusitado movimiento de automóviles de todas clases: turismos, camiones, camionetas..., todos ellos abarrotados de pasajeros, (...) y cargados con paquetes y maletas sobre las improvisadas bacas o sujetos a la carrocería con cuerdas y alambres” (De Lera, 1967: 349).

Casado no solo no ha sido capaz de lograr el principal propósito con el que quiso alzarse con el poder, sino que De Lera muestra cómo los resultados de su gestión supusieron acabar con la última baza que tenía la República. Las discusiones sobre lo que hubiera podido pasar se suceden entre unos personajes que ven los resultados de la desmoralización y la falta de ulterior resistencia. La decisión casadistas de no seguir luchando impide, desde el primer momento, que las mismas negociaciones puedan servir para asegurar la huida de los madrileños. Por ello, el individuo se encuentra ante la tesitura de intentar escapar con sus propios y precarios medios, o abrazarse a unas promesas venidas de Burgos que cada día parecen más frágiles. De Lera es capaz de mostrar ante el lector este estado de ánimo, en el que la escapada parece presentarse como el único desenlace posible para el presente, tal y como reflexiona el narrador: “(Esto es el éxodo. Otra vez la huida. Siempre huyendo. Pero ¿hasta dónde, hasta cuándo?)” (1967: 349).

Un final que sume a la ciudad en el desorden, al exhibir un Madrid en el que parece no quedar nada de fuerza o esperanza hacia el futuro, solo el caos; tal y como podemos leer tras uno de los comunicados del Consejo Nacional de Defensa: “Y ya el griterío y la confusión impidieron oír el final del comunicado. La gente, igual que en un incendio, enfiló la salida tumultuosamente, como si así pudiera escapar a la catástrofe” (1967: 358). Los madrileños se han convertido en fugitivos dentro de su propia ciudad, en unas líneas que ya premonizan la cárcel que se está construyendo en torno a la capital. Un espacio que, al igual que el resto del país, será parte de un complejo y traumático proceso de represión que no finalizará hasta 1975, del cual estamos descubriendo en las últimas décadas la realidad de las cientos de miles de víctimas que siguen enterradas en las cunetas por todo el país (Etxeberria *et al.*, 2021).

En segundo lugar, la ciudad de Madrid va a experimentar a lo largo de muy pocas páginas un cambio radical de aspecto y de mentalidad. La Quinta Columna se ha hecho tan fuerte que ya sale a las calles sin miedo, y toma rápidamente control de las principales infraestructuras de la capital. El Consejo Nacional de Defensa parece desvanecerse ante la situación, un derrumbe silencioso que *Las últimas banderas* ejemplifica a través de la

simbología<sup>101</sup>. De esta manera, los gritos de “¡Arriba España!” y de ¡Y han pasado!” se entrecruzan con la destrucción de emblemas revolucionarios como los retratos de Stalin, Lenin, Marx, La Pasionaria<sup>102</sup> o Jesús Hernández que adornaban las calles (1967: 379). Y todo ello mientras los incrédulos protagonistas de la novela —especialmente Olivares, sobre quien el narrador vuelve a insistir en focalizar la narración —creen estar asistiendo a un sueño —o pesadilla— ante la drástica modificación que se vive en las calles y avenidas:

La Carrera de San Jerónimo estaba llena de luz... Federico abrió el balcón y salió fuera. Y se quedó pasmado. Todos los balcones y todas las ventanas, entre los extremos que abarcaba su vista, aparecían adornados con banderas bicolores, con banderas rojas y amarillas. Y miró más abajo. Pasaba una camioneta encima de cuya cabina iban sentados un sacerdote y un guardia civil, sujetando ambos el asta de otra gran bandera bicolor que los transeúntes se detenían a saludar con el brazo en alto. Ya los gritos se oían claramente: ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Lo último que vio fueron los leones negros de guardia ante el palacio del Congreso de los Diputados, que parecían reír (De Lera, 1967: 373-374).

A través de escenas como esta, De Lera muestra ante el lector cómo la simbología, los lemas y la nueva manera de concebir España que quería imponer el nacionalcatolicismo convirtió a Madrid en la capital del nuevo Estado en muy poco tiempo. La memoria republicana no podría ser fácilmente robada, pero la victoria que había obtenido Franco gracias a la descomposición interna de la República derivada del golpe de Estado de Casado le sirvió al dictador no solo para imponer una represión que

---

<sup>101</sup> Descripciones que contrastan con el optimismo mostrado por Segismundo Casado en una alocución radiofónica fechada a 27 de marzo de 1939 y transcrita por los servicios de espionaje franquistas, en la cual incide en la normalidad que vive la ciudad de Madrid, a pesar de la situación: “En Madrid la tranquilidad es completa. Las calles, bulliciosas como siempre, y animadas de ciudadanos que comentan los acontecimientos presentes, ofrecen un aspecto normal, sin nerviosismo y sin obrar por iniciativa propia”; descripción que contradice lo que estamos viendo que expusieron muchos otros testigos de lo ocurrido, a través de la ficción y de la memoria, y que es seguida por la afirmación de que “El ejemplo magnífico que estamos dando al mundo, digno de consideración y respeto mutuo, bien merece que sea tenido en cuenta por todos. Y es por esta causa por la que la retaguardia de nuestra zona que desea la paz para la reconstrucción de España, no atiende más órdenes ni más mandatos que los dictados por el Consejo Nacional de Defensa” (AGMAV, C.2485,4 hoja 25). Una llamada a la paz que resulta paradójica frente a relatos como el del final de *Las últimas banderas*, tal y como expondremos más abajo.

<sup>102</sup> En el caso de la Pasionaria, su participación activa en el conflicto la había convertido en la “imagen de la República de los trabajadores” (Morán, 2017: 31). Su papel político fundamental lo muestran los diferentes autores que estudiamos al presentarla en muchas ocasiones como una figura relevante de la República de posguerra, incluso llegando a ocupar cargos importantes en los nuevos gobiernos.

modificaría la manera misma de entender lo que era España, y llenaría el país de campos de concentración, sino también para obtener una victoria ideológica que sería de gran ayuda para cimentar su régimen tiránico durante los próximos cuarenta años. Ejemplos como el de *Las últimas banderas* nos sirven para entender cómo se pudo experimentar un suceso tan repentino como, en el fondo, esperable —a la luz de una descomposición que no sucedió en unos pocos días, sino que duró meses—, a través de los ojos de un escritor que intenta mostrar los horrores del franquismo desde el interior, procurando soslayar el brazo de la censura.

Finalmente, los últimos compases de la novela se construirán a través de un sutil —pero efectivo— ataque a la raíz misma de la dictadura franquista, mediante la presentación de aquello que escondían los gritos de «¡Arriba España!» y las múltiples manifestaciones de ardor religioso —muchas de ellas descritas como algo estrafalario, ante los ojos del atónito Olivares— las cuales son utilizadas la brutal represión llevada a cabo por las tropas franquistas nada más apoderarse de la ciudad. De Lera refleja cómo las promesas de clemencia y justicia manifestadas repetidamente en los últimos meses desde Burgos se deshicieron en el transcurso de unos pocos días. Madrid queda a merced del ejército rebelde, el cual utiliza la palabra y el discurso para tergiversar la realidad, imponiendo una lectura victoriosa de unos hechos que procura disimular el terror y la desesperación que *Las últimas banderas* nos muestra en muchas familias madrileñas, al perder no solo a uno o más familiares, sino el sustento económico necesario para sobrevivir (1967: 390).

La narración de estos eventos contrasta también con el tono que había marcado las apariciones del ejército franquista en capítulos anteriores de la obra. Las tropas vistas como conquistadores que De Lera nos presentaba al hablar de la ocupación de Málaga se transforman ahora en espías y soldados que acceden a la capital de noche, a escondidas<sup>103</sup>:

---

<sup>103</sup> No solo en Madrid fue llamativa la ausencia de combates en estos momentos finales del conflicto. Frente a la determinación mostrada en el avance del ejército franquista a lo largo de la guerra, hasta el último momento el Consejo Nacional de Defensa ordenaba el alto el fuego y la retirada en caso de encuentro con el enemigo. Así lo podemos comprobar en una orden telefónica cursada a los jefes de los diferentes cuerpos del Ejército de Levante (XIII, XVI, XIX, XX y XXII), desde su Estado Mayor: “I—No se hará fuego contra el enemigo. II—Caso de preparación de artillería, aviación o ataque enemigo se está autorizado para izar bandera blanca, ordenar un repliegue de seis (6) kilómetros y destacar un parlamentario de categoría de Jefe hacia el enemigo. III—Para tomar otras decisiones se exige previa consulta al mando del Ejército. IV—Queda prohibida terminantemente toda confraternación con el enemigo. V— Se exigirá la más severa disciplina, sancionando rigurosamente a los contraventores” (AGMAV, C.816,9,3). El documento se encuentra fechado a 28 de marzo de 1939, lo que nos indica que incluso cuando la ciudad de Madrid ya se encontraba en manos de la Quinta Columna y miles de refugiados esperaban en los puertos levantinos para ser evacuados —deseo que, como sabemos, no se cumplirá— las órdenes que tenía el Ejército de Levante

“Pronto se dio cuenta de lo que ocurría. Una larga fila de camiones con tropa y material de guerra se deslizaba silenciosamente, viniendo de Cibeles, por el Paseo del Prado. Era la ocupación militar de la ciudad” (1967: 385-386). Nuestro autor decide no hacer ninguna referencia al Desfile de la Victoria, el momento triunfal que el bando rebelde utilizó para cimentar y escenificar su conquista de la capital, sino que muestra lo sucedido a través del subterfugio y el disimulo<sup>104</sup>. Es por ello que, en vez de atender la obra que está preparando la nueva dictadura para teatralizar su conquista del poder y su derrota definitiva de la República, decide presentar ante el lector lo que sucedía mientras los militares franquistas se preparaban para desfilan por las calles madrileñas. Los republicanos, quienes ahora son deshumanizados y convertidos en meros números de una drástica represión, se convierten en los protagonistas del final de esta obra:

No era una multitud formada por devotos penitentes, sino por hombres barbudos, exhaustos, que arrastraban un paso cansino bajo la vigilancia de soldados armados. Eran prisioneros de guerra: carabineros, guardias de asalto, soldados. Sus demacrados rostros, su tristeza, sus uniformes destrozados y su silencio componían la estampa simbólica de la derrota. Eran los supervivientes de un naufragio. Por un momento todo parecía callar y oscurecerse a su paso, como si sobre la calle soleada pasara una nube sombría. La gente los veía desfilan, porque desfilaban a pesar de todo, conmovida, apesadumbrada, con disgusto. Alguien gritó un *¡viva a España!*, pero no tuvo eco.

—¿Adónde los llevarán?— preguntó alguien.

Y contestó una mujer:

—Seguramente a la plaza de toros, donde están concentrando a muchos miles. ¡Quiera Dios que no llueva! (1967: 392).

El fervor manifestado por aquellos que hemos visto que gritaban vivas a España y a Franco por las calles desaparece ante la vista de los prisioneros franquistas. Ellos se convierten en símbolo de la fractura republicana, aquellos que tuvieron que vivir los

---

eran no presentar batalla ni intentar retrasar el avance franquista, facilitando de esta manera que los golpistas pudieran conquistar antes el territorio.

<sup>104</sup> Ambiente que contrasta con el fervor del que hablan los documentos franquistas de la época, algunos de los cuales describen los primeros días de abril como si se tratara de una fiesta. Es el caso de un documento fechado a 5 de abril de 1939, y titulado *Relato de los últimos momentos de la dominación roja en Madrid*, el cual presenta sucintamente la situación de la capital —pues, según expone su autor, “el detalle de todos los momentos vividos en dichos días es imposible trasladarle al papel por la diversidad de emociones, peligros constantes, etc., etc.”— como un lugar que presentaba “un aspecto parecido al del 14 de Abril, cuando la proclamación de la República, es decir, que el pueblo se había echado a la calle, en camionetas, coches y a pie, formando manifestaciones de entusiasmo (sic.) hacia las tropas nacionales”; a pesar de que poco después advierte de que podrían producirse “no imposibles resistencias aisladas”, por lo cual recomienda tomar “las precauciones necesarias” (AGMAV C.2485,19 hoja 26).

últimos meses entre la incompreensión producida por la palabra, cuyo discurso había sustituido la realidad, para descubrir ahora lo que significa la materialidad de la derrota a manos del ejército rebelde. Su sufrimiento representa la verdad de la nueva España que Franco intentaba instaurar. En esta línea, la propaganda de la nueva dictadura se impone sobre la ciudad de Madrid, mostrando a su población este relevante cambio que presagiaba el futuro:

Le señalaba las hileras de nuevos carteles de propaganda, pegados sobre los anteriores. Eran menos variados y policromos, pero con un mayor énfasis en su literatura: «¡Por el imperio hacia Dios!», «España es una unidad de destino en lo universal». Uno de dichos carteles consistía en una corona de laurel con la siguiente inscripción: «Todos los césares fueron generales invictos. ¡Franco!». También aparecían las consignas revolucionarias: «¡Por la patria, el pan y la justicia!», «Ni un hogar sin lumbre ni una familia sin pan».

—Como si Felipe II se hubiera vuelto loco, ¿no? —comentó Olivares.

—No entiendo nada, de verdad, Federico.

Los detuvo el repiqueteo de una campanilla. La gente comenzó a arrodillarse a su alrededor y a santiguarse precipitadamente. Estaban en el cruce de las calles de Goya y Velázquez.

—¿Qué es?— Preguntó Molina.

Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo la respuesta. Se trataba de una procesión de desagravio. Tras una pequeña imagen del Corazón de Jesús, transportada a hombros por cuatro hombres que vestían camisas moradas con cordones dorados, marchaba un sacerdote revestido con la capa pluvial y otros varios de sobrepelliz. Seguía una heterogénea multitud enfervorizada. Al paso del cortejo se detenían los tranvías y los coches que circulaban por ambas calles y se arrodillaban los transeúntes, algunos de los cuales rezaban jaculatorias en voz alta, otros alzaban hacia la imagen sagrada los ojos humedecidos y muchos inclinaban la cabeza en silencio (De Lera, 1967: 391).

De Lera navega a lo largo de su obra entre la necesaria imposición ideológica de quien escribe desde el seno de una dictadura —perteneciendo, además, a un grupo social cuya mera existencia se seguía intentando eliminar a través de la represión—, y la obligación personal de contar lo sucedido durante la guerra, sin aceptar la tergiversación de la historia que había llevado a cabo el franquismo. Su memoria no puede manifestarse a través de la ficción con libertad y sin límites, tal y como veíamos que sucedía en Aub. El régimen dictatorial, tal y como hemos visto, quería mostrar una imagen diferente de sí mismo a finales de los años 60, por lo que estaba dispuesto a permitir que obras como *Las últimas banderas* vieran la luz, aunque contaran episodios de la historia que hasta entonces habían sido sistemáticamente silenciados.



A lo largo de las páginas de esta novela hemos podido analizar cómo nuestro autor procura mantenerse en un espacio gris e indeterminado, en el que los ataques a la República y a su relación con el comunismo y con el mundo revolucionario le servían para poder hablar de los episodios que quería narrar. La presentación de los vencedores con tintes de conquistadores, tal y como son representados en la caída de Málaga, fueron subterfugios literarios ideados para contentar a la censura del momento. Y ello porque las últimas páginas de la obra reflejan el verdadero espíritu de De Lera, quien no solo no termina de aceptar la supuesta neutralidad que había mantenido durante la mayor parte de la obra, sino que expresa con mucha mayor contundencia el mensaje final de esta ficción.

El franquismo y la dictadura que va a instalar en España durante cuarenta años muestran su cara más negativa —si bien a partir de referencias solapadas, tal y como hemos comprobado—, mientras enseña al lector cómo la idea de que la República sucumbió por sus luchas internas entre casadistas y negrinistas —aparente moraleja final de la novela— no es utilizada más que para entretejer la imagen del verdadero peligro, la llegada de Franco. De esta manera, al igual que veíamos en *Campo del moro* cómo personajes como Don Manuel *el Espiritista* se iban paulatinamente deshumanizando al observar la barbarie que les rodeaba y les cercaba, y otros como Vicente Dalmases veían su lucha por la resistencia perdida, ante la incompreensión de los demás republicanos, ahora será Federico Olivares quien descubra cómo la falta de resistencia y la entrega de Madrid a Franco no supondrán —ni para él ni para miles de sus compañeros— la promesa de reconciliación y paz que la propaganda franquista llevaba meses transmitiendo a través de sus quintacolumnistas. Olivares será consciente de que la derrota de la República no asegurará la ansiada paz sobre el país —en contra de lo que tanto repitió la propaganda casadista, de la cual también se hace eco la novela—, sino que únicamente impondrá la victoria de unos sobre el silenciamiento, la persecución y la muerte de los otros. El final de *Las últimas banderas* no podrá mostrar ante el lector la alegría por el término de los combates, tal y como tantos soñaron durante las semanas anteriores, pues el resultado de la capitulación incondicional solo ha sido el comienzo de un nuevo infierno. Es por ello que la última línea de la obra se dedica al campo de concentración madrileño al que es llevado Olivares: “Era un pasillo largo y oscuro” (1967: 410). Una descripción que sirve de epítome a las bases de la victoria franquista, cómo esta significó un infierno para millones de españoles. La historia de cómo unos pocos españoles se apropiaron del país y de la misma idea de España, arrebatándosela al resto. El valor de De Lera se encuentra, en definitiva, en su capacidad para reivindicar la historia y la memoria de un otro que fue

aplastado sin piedad durante décadas, mientras sorteó en lo posible las imposiciones editoriales derivadas de la censura franquista.



## **CONCLUSIONS**

This was not intended to be a work about the Spanish Civil War itself. Much has been researched and written about this conflict, to the point that it is difficult to navigate the complex web of studies that confront the novice researcher. The war not only meant a drastic period of hunger and pain for millions of Spaniards, but it has marked the social and political life of the country up to the present day. It would be difficult to understand the contemporary reality of Spain if we did not approach, with a critical voice, the traumatic moment that is still present in the collective memory of Spanish society. Beyond polemics and false inventions, the study of what happened from objectivity and academic rigor continues to be an effort as necessary as it is essential. Only through the critical evaluation of our past will we be able to glimpse the reality of our present.

The narrative of the past and its reality is immersed in a web of meanings that forces historiography to assume its need to relativize the objectivity that the discourse on the past has on our society. The ambivalence of our societies is inscribed in the narrativization of a reality that is seen from the cultural framework as a way of threading the nature of a given in-group. The other, the out-group, plays a role of great relevance in this identity process, since it is necessary to specify both what is not ours and what is part of it in order to construct the narrative limits of the group. Thus, as the philosopher Homi K. Bhabha explains about the concept of nation —as one of the most productive in-groups—, “the ambivalent antagonistic perspective of nation as narration will establish the cultural boundaries of the nation so that they may be acknowledged as «containing» thresholds of meaning that must be crossed, erased and translated in the process of cultural production” (Bhabha, 1990: 4). Bhabha exposes a process of change and reelaboration of what happened that situates the problem of postcolonialism within the identity optic not so much of the countries and groups that suffered these processes, but of the in-group identity bequeathed by the colonizers that continues to configure an important part of society as an «other» outside the limits of the «us». Antagonism between in-groups is therefore a natural consequence of these processes of otherness that seek to radiate their partial vision of existence as a way of conceiving an increasingly problematized us.

The liminal space in which this relationship develops becomes the basis of the vision of the other, which develops beyond itself to encompass precisely the otherness in which it has been reflected by the specular image that the in-group has of it. The out-group thus acquires its own category within the liminality of this connection. This exposes the problematic of approaching this no-man's space in which, precisely, we can

try to apprehend this elusive conception of the other that is continually rewritten from the outside.

Human beings, when studying and evaluating the environment in which they must develop their functions, use a series of stored knowledge by means of which they can recognize the environment without fear of being mistaken. These are not factual data, supported by the verification of their veracity, but a series of preconceived ideas necessary to ensure that this development, which in many cases must be rapid, does not take long enough to impede its usefulness. Intergroup relations are also subject to a series of conflicts that condition the response of each of its individuals, orienting and modifying their opinions and relationships according to whether they act as individuals or as members of the group. In fact, the more these ideas are introduced in the narrative, the more all the members of a particular in-group can take part in a modification of materiality that is able to supersede, even, the reality where we live. It can be stated that

las características restantes del DP [Dangerous Speech] son la *atribución de culpa*, la *construcción de amenazas*, la *destrucción de alternativas*, la *autoimagen virtuosa* y el *sesgo de futuro*. Aceptar que un exogrupo es culpable o que supone una amenaza, estar convencido de que la auto-conservación de un endogrupo requiere tomar medidas drásticas y aceptar promesas de que esas medidas drásticas producirán los resultados deseados, son actitudes que explotan las emociones morales y el razonamiento moralizado (Marques, 2020: 227).

The violence of the discourse can, thus, be encouraged by means of a narrative created with the purpose of consolidating a particular control and vision of a group. The other is seen as an image of us, thanks to the assumption of our collectivity as surrounded by frontiers signified, precisely, by this reconstruction of the different. The artificial division between what is good and what is evil serves the purpose of raise a Manichaeian view of society that allows the in-group to maintain its cultural sociological boundaries, with no respect to the consequences that this vision of the other can cause on the members of the out-group. All along, the narratives created by the in-group can only be expressed in the liminal space where this conceptions of what is ours and what is theirs is expressed.

Ambivalence thus becomes an indispensable requirement of a reconfiguration of the past that moves within the frontier, due to its need to conjugate a motley web of meanings that only from this process of resignification can serve us to understand a memory of heterogeneous and varied character. The narrativization of what happened thus becomes a necessity of historiography, once it accepts to relativize the objectivity of

our society's discourse on the past. In this sense, the present is arranged before our eyes as an intermediate step towards a fragmentary and elusive past that we must face as a previous instance towards the understanding of our temporality. Reality is thus placed as a yearning before the interests of the endogroup, at the same time that the very conception of the present as a necessary frontier between past and future, a temporal entity that is found in either of these two moments each time we approach it, is blurred.

Throughout this project, we have been able to appreciate how the works of the different authors treated were involved in the same problems, although each one carried out this process from his particular vision of the war. The personal experiences that in many cases form the substratum of these narratives—as well as the vision of the collective memory on which they are based—authorize us to build a complex collage that—far from presenting few relationships between its components—allows us to reconstruct a reality that is difficult to glimpse because of the varied perspectives.

The recollection of what happened is thus constructed through the interrelation between contrasting and complementary experiences that do not cease to affect and revise the same basic ideas. Indeed, throughout this research work it can be seen how Casado's coup d'état not only meant the definitive blow against the republican power structures—precipitating the end of the conflict and closing the possibility of carrying out a wider evacuation of those who would later be persecuted—but it also meant the change of perspective on an already decayed and diminished myth such as the city of Madrid itself. Far from remaining in the materiality of the conflict—present, however, in each of the texts treated—the place occupied by the capital surpassed its spatial limits to take up residence in the realm of legend. To speak of Madrid in the final weeks of 1939 is, for each of the authors we have analyzed, to try to unravel how it was possible for disaster and defeat to rage in such a way against the Republican power structures and the fighting spirit that had kept the battles alive up to that moment. For it was not only a problem of lack of war material, supplies or physical fatigue after almost three years of conflict, but the defeat transcended its material scope to take its toll on the spirit of resistance and the confidence in the Republic that existed among those who continued to support the legitimate government. Defeatism permeated among the civilian population and among the military commanders, allowing Franco's fifth column to take control of the streets of Madrid long before Casado's Consejo Nacional de Defensa left the capital. It is, therefore—as reflected in the texts studied—the feeling that it was not possible to continue any further that put an end to the republican fighting capacity; and not to the same extent the

conviction that there was a communist conspiracy to seize power, or that Franco would bend to the interests of a shared military class.

Casado's coup d'état thus centers, in one way or another, the background of most of the texts that have been the object of study in this work. However —and without diminishing the importance of analyzing how this second blow to the legitimacy of the Republican government was experienced and felt— the analysis of this historical process transcends the materiality of what happened to allow us to observe how the feeling that the Republic was finished, in one way or another, ended up burying the confidence in the resistance of a large part of the population. The deception to which Franco subjected Casado and the rest of the members of the Consejo Nacional de Defensa was thus the fruit of this need to find a way out —even a miraculous one— of the desperate situation in which they believed they found themselves. The belief in the lack of a way out of the war thus meant the establishment of an atmosphere of credibility that made it possible to ignore the continuous news that reached the capital about the persecutions and assassinations that the military rebels were perpetrating throughout the conquered territory. Without this implying that Casado, Mera, Besteiro or other members of the Consejo Nacional de Defensa had any responsibility in this process —nor, on the other way, that which corresponds to President Negrín and members of his government such as Álvarez del Vayo himself— the fact remains that it was the breaking into a million pieces of the city of Madrid as a symbol of resistance that provoked the beginning of the end.

The analysis of a situation that transcends the objectivity of historical discourse and needs to resort to the subjectivity of memory to try to recompose a vision of what happened revolves around Madrid. At the same time, the idea built around the capital during the years of conflict goes beyond the physical limits of the capital to coexist within a liminal space formed by the ideations and symbolizations that were carried out on this place. Madrid denotes resistance, at the same time as defeat, in a permanent dance that will only be resolved when it comes to signify victory. Many other spaces of the state geography could have been analyzed as part of the vision of the conflict that we intended to offer. The fall of the Catalanian Front meant the flight of hundreds of thousands of Spaniards across the Pyrenees and was followed by an enormous human drama around the hundreds of concentration camps that were devised to try to stop their advance. The drama will also continue in places like Alicante, the last Republican stronghold in March 1939, where the hope of being able to flee from the massacre that Franco's troops were perpetrating throughout the Republican territory. Places like these, and many others,



could have been used for a work of these characteristics. But not only the need to establish limits to our effort has forced us to focus on the analysis of what happened in the capital, but the assumption that it is in the symbolization of this city where the physical limits of the war were transcended to embody the tragedy of the entire Republic. That is why Franco devoted so much effort in his capitulation without arms, to obtain a symbolic surrender that would establish the strength of the New Spain that he intended to raise from the ashes of the previous democracy. Only from the awareness of a Republic defeated by itself and surrendered from within could this level of identification with the new victorious capital be achieved, which would serve as a barrier between the reality of repression and the new ideology to which Spaniards would be subjected for the next four decades.

The reality of Franco's victory is shown, in this way, through texts that, in most cases, observe this situation from the presence of what is going to happen, without this feared future having yet come to fruition. Madrid felt defeated weeks before the troops of the military rebels entered the capital. The memory of what happened is thus transmitted from the anticipation experienced by its own protagonists, as shown in works such as Morla Lynch's. The awareness of the end thus became an absolute that would allow the fifth columnists to deploy their gradual control over the capital, while the efforts of the Consejo Nacional de Defensa were answered from Burgos with silence, if not with delations or unrealizable demands. From this perspective, the different authors who have approached this period allow us to appreciate snippets of a conflictive and confused memory that submerges the characters in the morass of fear towards the future. The present thus becomes a space of clash and change between a past of resistance that is rejected and a future that does not want to be recognized. Both the former, still present in the symbology of Madrid, and the latter, which is introduced through continuous conversations and admissions, force the characters to move through a slippery present in which they are unable to find their place.

That is why Madrid acquires a grayish and decayed tinge in some narratives in which people struggle to survive in the midst of war. Between the ruin and the material and symbolic destruction of the capital, the different diegesis and recollections studied strive to narrate the untellable, while striving to explain that for which the characters themselves seem unable to find a solution. The horror of the conflict is thus intermingled with dismay at a defeat that seems to devour Madrid through fiction. In this way, Fortún presents us with a diegesis in which an innocent and external point of view such as that

of the child's gaze shows his dismay at the changes he observes around him, and at a reality that is too cruel to be easily admitted. The other is thus reflected in the eyes of a protagonist who ends up offering the reader a different vision of reality, marked by a desperation that joins the need to continue believing in life. The gradual degradation of Madrid shown by this author contrasts with a hope that is never questioned, while the justifications that led to the creation of the Consejo Nacional de Defensa show their cracks in the face of a defeatism that does not correspond to a Madrid that still retains its original symbolism. In the same vein, the adventures of Argos that De Pedro relates in his diegesis also have the advantage of a perspective in which it is the other who speaks, from the margins of a reality that is always difficult to conceptualize and glimpse. The tricks carried out by the fifth columnists are highlighted among the incomprehension of our protagonist, who does not understand how these schemes do not come to the forefront in the conscience of those around him. The degradation of Madrid is thus exacerbated amidst the incomprehension and ignorance of someone who does not share the same state of social understanding as the rest, since he is only capable of observing reality from a liminal space. However, this allows him to glimpse the dangers of a future to which the capital seems to be heading irremediably, without the gradual lack of humanity that he appreciates in his wanderings through the streets of the city preventing him from ceasing in his efforts to understand a reality that appears clearly and coherently to the reader between the cracks of this same incomprehension that Argos shows. The brutality of the entry of Franco's troops will mean the definitive rupture with what was and can no longer be, while the Madrid that Argos was determined to maintain and recover will be accessible only in the oneiric space.

History intermingles with fiction in a diegesis in which the frontier between the two forms of understanding the past is blurred, to the point of confusing one discourse with the other. Fiction seems to triumph where misinformation and disregard for the truth have mired the narrative of the past. The memory is transmitted to the reader, thus, through a novelistic vision of the world, which has the effect of retelling the essence of what happened through the example of a particular experience that, thanks to the diegetic framework, becomes a universal example. It is in this way that Barea strives to transmit the desperation of Madrid that he lived from the confrontation between different and the social fracture, but in which he remained until almost the end of the conflict. With Barea Madrid ends up becoming a gigantic prison from which there is no choice but to flee, as it threatens to trap inside anyone who decides to stay inside. The tragedy that can be seen

in the spirit of Vicente Dalmases in wanting to resist until the end in the besieged city has its counterpart in the figure of the refugee who observes the capital from the distance of his Parisian exile.

The human disaster becomes a symbol of a tragedy that the Republic leaves with its disappearance. Barea thus shows us, among the fragments left by the democratic regime, the desolation of a city that has lost its fighting spirit and extols the exodus as a natural consequence of the disaster. Quiñones, for his part, explores the integrity of Besteiro's character in the face of the decision taken; not as a form of repentance, but as an assumption of a destiny that never had to come, but which is presented before the reader's eyes as an inexorable fact. The presence of what is going to happen to him is interviewed by the reader from the conscience of a death as real as it is direct, with which begins a diegesis that pretends to symbolize in Besteiro the destiny of a Republic submerged in its contradictions, but faithful to its moral destiny. The prison into which Francoism will turn Spain after its victory radiates from the Madrid of the victory to the whole State, in a process that follows the steps of Besteiro's character in his obligatory journey to Andalusia. The prison atmosphere established in this diegesis exemplifies the fears that are so present in most of the texts we have worked on, as a consequence of the symbolic rupture of the Madrid of the resistance. Quiñones, together with Barea, Fortún and De Pedro, explores the fall of the capital from the margins, with the aim of trying to acquire a new perspective on the process of destruction of an other that should not have been, but was forced to face a conflict of the magnitude of our civil war. The tragedy of the fall of the capital is thus experienced, whether from inside or outside, as the tragedy of those who resist accepting reality while it imposes itself before their eyes. As San Martín Sala states,

La alienación humana es fundamentalmente cosificación, aquella concepción del hombre que se esfuerza en verlo como cosa, como producto natural determinado. La cosificación no es ni exteriorización ni objetivación. El ser humano no se cosifica al objetivarse mediante el trabajo o al producir cosas culturales, momento en el que por su actividad las cosas quedan impregnadas de sentido humano, por tanto al producir e incorporar ideas en la naturaleza. Todo esto, lejos de suponer cosificación alguna, es lo contrario, humanizar el mundo. No nos cosificamos al humanizar la naturaleza, sino al revés, nos cosificamos cuando nos vemos a nosotros mismos como naturaleza (San Martín Sala, 2015: 278).

Alienation is conveyed in the texts we studied as something necessary in the face of confrontation with the different. The reification caused by this process immerses us in a natural environment in which the human being as such only has a place without rationality. The naturalization of the repression carried out by Franco obviated the rationality that the process of symbolization of the struggle for Madrid had given to the Republic. The loss of meaning in the fall of the symbol in which the capital became is what other authors tried to combat who, from the political field, tried to transmit in their memoirs the need to reconstitute the change produced and try to keep alive a struggle that already seemed impossible after Franco's victory. The humanity of the other, fractured by Franco's regime, returns before the reader's eyes in combative and polemical texts that seek to draw the West's attention to the damages and injustices committed by the new dictatorial regime.

In this line, Álvarez Del Vayo tries to launch a cry —almost desperate— to an international community that he has been trying to reach during the three years of conflict. Defeat does not prevent the new world conflict that has been unleashed from serving as a new framework for action to try to put an end to Franco's regime, in the midst of a positive vision of the situation that expresses, through words, the strength that the other republican still has; in spite of Franco's propaganda apparatus. The voice of the reprisals—even when exposed in circumlocutions that seek to defend the work of Negrin's government and avoid criticizing the presidential cabinet—is introduced in Del Vayo's politicized discourse as a need to restructure the vision of the past based on the legitimacy of the Republic, seen as a victim of the injustices of the military rebels. The struggle continues in a narrative that refuses to accept reality, and starts from this ontological rejection to express a truth that seeks to transcend the war to approach the Western powers as a whole. The defense of the rights of the refugees and of all those repressed by Franco's regime thus animates a series of lines focused in the naturalization of otherness as a window of opportunity in the face of a present that we seek to avoid and circumvent. The past becomes a refuge, even a painful one, for those who can only avoid looking into the eyes of a contemporaneity in which an entire out-group is being destroyed.

Oyarzábal, on the other end—in the same line of political defense of republican legitimacy as Del Vayo— departs from the account of his life and intimacy to explore a contradictory and encompassing otherness based on the individual and his particular freedom as necessary corollaries of any political struggle. The dehumanization that Oyarzábal sees in these processes, by attempting to turn women into objects in the hands

of patriarchal society, responds to a conception of the human being that seeks to erode and attack the factors that give rise to the objectification of the individual. Our author intends to fight against these treatments through her personal history, by highlighting how her life and the reality of the republican combat she has experienced first hand. Constant work and commitment to justice will lead Oyarzábal to maintain her effort for the different; as a reflection of her own struggle not to be subjected to the interests of a society that tried to reduce her role and silence her voice in the face of the needs of an oppressive tradition. Memory is thus presented to the reader as a vindication of what could have been and should be in a rejection of conformism that, even from exile, tries to approach what happened not to create a space of evasion, but with the intention of building a place of responsibility and collective conscience that serves to continue opposing the dictates of the Franco regime.

In the search for a meaning that avoids and circumvents us, the temporality that traps us becomes both a space for reflection and an impossible escape. Mera, in her search for an explanation of what happened, seeks to reflect from the immediacy of her writings on her decision to join the Consejo Nacional de Defensa based on her criticism of many of the decisions taken by Casado. This contradictory position responds, precisely, to the temporality to which he is subjected as a historical subject of a past time that continues to affect the present, but which can no longer be easily reached. In the midst of this diatribe, Mera's position is to denounce the ideological traps that he observes in the memory of his reality in order to present the reader with an alternative, from the present, to the memory of what happened. Mera seeks, in this way, to reconstruct an account of the facts based on pragmatism in order to accept the temporality to which his acts were subjected. In a certain sense, as Martínez Martínez points out,

Desde este punto de vista el sentido de la vida no se busca en una relación sincrónica, estructural, con un manantial de sentido coexistente con el individuo, bien sea la comunidad o un ser divino, sino que se busca en un plazo diacrónico, histórico, lo cual supone que se haya concedido importancia al tiempo, es decir, que se haya adquirido cierto sentido histórico. La noción de sentido histórico supone una concepción del tiempo que lo considera como un escenario en el que se puede producir la novedad, como un ámbito heterogéneo que no es siempre el mismo (Martínez Martínez, 1991: 456).

Time is thus shown to us as an ideal space to recall the image of Madrid at the beginning of the war while at the same time visualizing the space of ruin and defeat in

which we are immersed in prose such as those of Corral and Méndez. Madrid is no longer the city of the resisters, and the memory becomes painful in the face of a defeat as inevitable as it is painful. The degradation of the city is thus shown to the reader as a necessary imperative in the face of the physical and moral situation of the characters, trapped in an inexorable temporality from which they cannot escape. The antagonisms of the conflict are now revealed as predators of characters who witness the atmosphere of oppression and defeat from the conviction that the present has gone from being the time of the possible to become the liminal space of necessity. The abjuration from temporality carried out by the characters of Méndez and Corral is precisely due to the assumption of this inexorable path towards the disappearance of the Madrid they knew, which leads them to reject this same temporality as a moral position in the face of what has happened. The apparent futility of their action does not prevent it from being presented to us as a necessity. The position of these characters is thus the deaf cry of those who, despite not being understood by those around them, refuse to submerge themselves in the present that surrounds them and decide to take control of their own thoughts. The word, then, becomes the last redoubt of a memory that continues to struggle to come to the surface, even when it seems to be irremediably swept away by this pressing temporality. The present becomes the place of the unknowable at the moment when the protagonists of Corral and Méndez manage to observe what happened from the prism of otherness, superimposing the reality of the different to the ease that they themselves could have found in the situation. The tragedy of this presentified past we are analyzing is thus found in the apparent admission of the grotesque and the unforeseen as a form of struggle in the face of the irremediability of this temporality. All this in order to revisit the other and to try to overcome—even from the awareness of defeat—

las dificultades que se alzan y que es preciso superar para lograr alcanzar la noción de común humanidad. Pues por más que dicha noción aparezca en un principio afirmada religiosa o filosóficamente, lo cierto es que se ve de inmediato puesta en entredicho por la tajante división que se establece entre griegos y bárbaros, hombres libres y esclavos, cristianos y paganos o también por la afirmación de la superioridad natural de los hombres sobre las mujeres o de unas razas sobre otras (Morán, 2000: 92).

Madrid thus becomes a space of grays and shadows where blackness becomes the main feature of a space that seems to have lost its identity. The memory is diluted in the prose of an author like Galván who intermingles the criminal investigation with the

presentation of a corrupt and emaciated society that resolves the confrontation with the other from the pessimistic assumption of the impossibility of putting an end to the observed difference. Inequality therefore joins the rottenness of a society that is falling apart under the weight of defeat, without even the entry of Franco's troops being necessary to provoke this loss. Madrid is turned into a realm of terror and flight in the midst of a triumph of grayness that threatens to swallow up all the characters in Galván's diegesis. The truth ends up being despised as a handicap in a society that reveals itself to be without values or future, submerged in a mortifying present from which there can be no escape. Temporality triumphs, paradoxically, from the awareness of its inexistence, as it unravels in a wait that is eternalized through the pages of diegesis. Madrid, as a space of expectation, does not seem to be able to resort to its memory to escape from this morass, which symbolizes the triumph of a defeat that is as physical as it is spiritual. Defeat takes shape in narratives in which the pain of loss is intermingled with the anguish of a future of persecution to which the characters of these diegesis are doomed. Madrid takes shape from degradation, in a manner similar to that of Galván, in the prose of an author like Zúñiga, who interweaves the ruinous image of the environment with the unwavering yearning of characters who know they are part of a story much broader than their personal memories. The narrative triumphs in stories that rely on the memory of what happened to transmit the spirit of an entire era, while the debasement and degeneration in which Madrid is submerged are combated by means of a hopeful memory that seeks to pursue an ideal as a particular position in the face of the apparent lack of future. The future is thereby observed in the mists of a present too humiliated to serve as a reference, but whose epic continues to be hidden under the dust and rubble of the bombings.

The interrelation that we can appreciate between diegetic and memorialistic texts exposes the capacity of the discourse to start from a particular subjectivity as a way of explaining the objectivity of the past. The recollection is intertwined between the lines of narratives that seek to express the collective memory of the Civil War from a multifaceted perspective that addresses both the reality of what happened and the experiences of the protagonists. The war is thus recounted between the narrativization of all kinds of daily experiences that singularize the moment of evocation by means of showing a face of reality that is not only a reflection of the truth of what happened but also of the experiences of the protagonists.

Morla, through his interest in the individual —trying to reflect how each actor behaved in the conflict without taking into account his political affiliation or the ideas he

previously had about him— tried to go beyond the limits imposed by otherness in order to, through reason, draw a more human —and, therefore, more contradictory— vision of what he saw during those years. The difficulties to pigeonhole him politically, to be able to add a certain ideological label to his figure arise, as we have been able to observe, from this permanent attempt of our author to approach the different, the supposed adversary, and try to understand him. Neither the circumstances, nor his own preconceptions and his political positioning will prevent our author from approaching as sincerely as possible a war that, although it surprised him in the middle of his diplomatic functions, he never shunned. That is why the greatest value offered by these texts lies in the multivoiced nature of the experiences they gather, the sincerity of their analysis, and the permanent attempt to contrast the facts and approach an elusive truth that was very difficult to access at a time when propaganda and the fictionalization of reality had imposed disinformation as a constant. Morla Lynch's reflections allow us, in short, to flee from the whole set of borders and divisions that the war had threaded between Spaniards, to approach a war space where, despite everything, otherness tries to be combated through reflection and analysis. An example of how, regardless of the initial positioning of a given individual, the humanization of the opponent and those around you can serve as a means to appreciate the situation in a much more faithful way, thanks to the power of memory.

The narrated memory is thus written from the paradigm of indeterminacy that seeks to overcome the existing group categories in order to recognize the individual within the other, and to demolish, as far as possible, the easy identification that has led precisely to the conflict seen in Morla Lynch's writings. Thanks to this work of introspection we can observe the human side of a conflict in which life goes on among the ruins of wartime Madrid, while its inhabitants struggle to continue with their daily existences. The living memory thus serves as a means to confront the cruelty and debasement of the moment, so that the narrative that gives meaning to the present is constructed from the immediacy of what happened, from a subjectivity that seeks to reflect the thousand shades of gray that make up the panorama of the Civil War confrontation. The Casadistas thus battle against the troops still loyal to Negrín's government in the streets of Madrid that contemplates itself from the assumed tragedy of a reality that must be remembered. The transcendence of this position takes shape, therefore, in a word that brings together in itself both the past and the future, in the work of narrating an untellable present that seems to escape our comprehension. Therefore, it



is that “diese Narrative sind deshalb so mächtig, weil sie nicht nur das Außen, sondern auch unser Innen bestimmen. und das viel mehr, als den meisten von uns bewusst ist. in der Erzählung durch andere entwickeln wir überhaupt erst so etwas wie einen Geist, eine Idee von Identität” (El Ouassil y Karig, 2023: 30). We depend on the other to find an identity that shuns us and distances itself from us, for it is only from this approach to the different that we can construct a global narrative about ourselves that brings together both our inner subjectivity and that which is presented to us from the outside. Morla and Aub, from memory and fiction, reflect on this approach and try to see the other as part of themselves, in an effort to describe a reality full of grays that avoids any hint of Manichaeism. Only from the assumption of a multifaceted and changing reality can we approach an instrumental memory that brings us closer to a problematic past that is not capable of offering us a single truth, but rather the multiform fragments of different faces of what happened. Through the other, diegesis such as Aub’s manage to explore the complex liminal space that configures a vision capable of residing both in the present and in the collective memory, and that aspires to become a reference for an entire society. For it is only from this mixture of otherness and awareness of a Madrid too complex to be understood from a single perspective that the depth of a tragedy such as that experienced during the end of the Spanish Civil War can be understood.

The univocity of being is expressed through these narratives in an effort of synthesis that displaces the problem of truth to situate itself in a problematic and convulsive temporality. The war seems to occupy every space of reality, while Aub’s characters travel through a Madrid submerged in defeatism and loss. The need for transcendence in cases such as Dalmases or Manuel El Espiritista exemplify this desire to oppose a situation that threatens to devour even the very space in which the capital is located. Everything becomes war in a constant struggle to live among the ruins of memory, and to survive among the remains of history. Thus, for Aub, the effort to understand the different and try to enter into his vision of reality is an attempt to overcome facts that, through their potentiality, submerge the individual in the narrative of the facts at the same time as they shape his identity. It is in this way that

le problème est donc de savoir comment l’individu pourrait dépasser sa forme et son lien syntaxique avec un monde pour atteindre à l’universelle communication des événements, c’est-à-dire à l’affirmation d’une synthèse disjonctive au-delà non seulement des contradictions logiques, mais même des incompatibilités alogiques. Il faudrait que l’individu

se saisisse lui-même comme événement. Et que, l'événement qui s'effectue en lui, il le saisisse aussi bien comme un autre individu freffé sur lui. Alors, cet événement, il ne le comprendrait pas, ne le voudrait pas, ne le représenterait pas sans comprendre et vouloir aussi tous les autres événements comme individus, sans représenter tous les autres individus comme événements. Chaque individu serait comme un miroir pour la condensation des singularités, chaque monde une distance dans le miroir. Tel est le sens ultime de la contre-effectuation (Deleuze, 1969 : 208-209).

The narrator will focus on the details and the image of a defeated Madrid that seems to have lost the uniqueness that characterized it. The monuments of the city, its buildings and streets seem to have acquired a uniform gray that has stripped the capital of all traces of its soul. The war becomes at the same time the victor and ultimately responsible for the death of the city, which is forced to observe, almost with the status of a character, how its inhabitants try to go on with their lives but without the nerve and vigor they showed before. Within the local geography that De Lera presents in his narrative, the future does not exist, since the internal struggles that take place do not leave the necessary space for it to be possible. Within urban spaces that have been deprived of their joy and color, oblivion seems to impose itself as the ultimate constant and symbol of a defeat that has turned the capital into a mousetrap for the last resistants. In this way, defeat and oblivion of the republican cause are intermingled in a novel that tries to give a voice to the republicans at the same time as it attempts to configure the war as a universal enemy and the ultimate cause of what happened.

The threads of History are interwoven in the narrative discourse as a complex web of ideations and intentions that conceal both the interests of the writer and those of an entire community. When we try to approach the analysis of these processes, one of the greatest difficulties we may encounter is to face a multiform and complex truth that is difficult to adapt to preconceived frameworks. Our job is, therefore, to try to glimpse what lies beneath the elaborated discourse, and which brings us closer to a vision of reality, if not complete, then at least reliable. Walking the fine line that separates fiction from reality, the texts we have studied seek to recover a particular vision of the past that, even with all its subjectivity, seeks to confront and fight against the distortion of a reality that is seen in a more or less twisted way by the official discourse. From the careful attention to the present that we can see in Morla Lynch, to De Lera's attempts to circumvent a Francoist censorship that was always too strict, to the use of diegesis as a privileged instrument to relate what happened in Aub, the memory is presented before the reader's eyes as a cry

—we would almost say desperate, in many cases— to collaborate and work on a collective memory that takes into account the role of both victims and perpetrators.

In an era of antagonism and destruction of the opposite, when the military rebels not only succeeded in the coup d'état of 1936, but continued the war effort until they defeated the legitimate government of the Republic three years later, the complementary processes of forgetting and re-construction of what happened that operate in memory show their full potential as creators of meaning and producers of sense. The necessary re-elaboration of what happened through the memorialistic treatment carried out by the community thus unfolds all its capacity to shape the identity structure of a given in-group. Thus, the vision of the other is devised within this mechanism as a necessary corollary to the perceived differentiation that this same antagonism exacerbated during the war.

Within this development, the recollection thus appears before our eyes as an absolute for those who refused to bow to history as a repetition of the political slogans of a regime whose only objective was the consolidation of the victory achieved against the republican government. Our main purpose in this work has been to show how, while maintaining the necessary differentiation between the subjectivity of one type of discourse and the objectivity of the other, fiction can become a privileged vehicle to transmit what the pretended objectivity of the official historical discourse tried to hide in periods such as the one we have studied. Thus, from memory to fiction, the recollection of a community can be transmitted from the subjective vision that a given individual has of reality. Thanks to these fragmentary approaches to the past, and, paradoxically, to the freedom of re-creation offered by this same subjectivity, the reader can come to contemplate the reality of an other who has been denied both his entity and his own story.

Throughout this paper, our analysis of otherness has sought to highlight the artificiality of the construction of difference for the in-group that seeks to devise its own out-groups. In this sense, we have explored how the symbolism of Madrid is crucial to understanding the meaning of a conflict such as the Spanish Civil War. The city acquired a status that, after the Battle of Madrid, transcended the limits of its reality to mythologise itself as a force of resistance against the military rebels. The fall of the capital was thus experienced amidst despair and the presence of a future as feared as it was hoped for. In the works of Fortún, Barea, De Pedro and Quiñones, Madrid thus becomes a contradictory space, seen between the longing for what it was and a present in which the republican symbol that it was is no longer more than a memory. In other texts it comes to be seen from the political point of view of a Republic subjected to its own discordance and which

seeks to reflect on its political legacy even when defeat has already been consummated, as can be seen in Álvarez Del Vayo, Oyarzábal and Mera. It also becomes a space that succumbs to the desperation and anhedonia of those who know they are almost ready for the gallows, and only seem to live in injury time —as we have seen in Corral, Méndez, Galván and Zúñiga—. But, above all, Madrid is the complex symbol of what was and could not be; of what reality hides in memory and is unable to express objectively, because it keeps in itself the otherness that tried both sides tried to fight and destroy. Madrid, as reflected in the fictions studied in this work —and especially in the works of Morla Lynch, Aub and De Lera— was this forgotten and re-constructed recollection that transcended its physical reality to reside in the fiction of the end of a war that has marked the history of Spain to the present day. A space of grays that triumphed in defeat, since it remained in the collective memory as a symbol of the tragedy of oblivion.



## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

## Fuentes primarias

- Álvarez del Vayo, Julio. *Freedom's Battle*. Nueva York: Hill and Wang, 1971.
- Aub, Max. *Campo del moro*. Madrid-Granada: Editorial Cuadernos del Vigía, 2019.
- Barea, Arturo. *La forja de un rebelde*. Madrid: Debate, 2000.
- Corral, Pedro. *La ciudad de arena*. Barcelona: El Aleph, 2009.
- De Lera, Ángel María. *Las últimas banderas*. Barcelona: Planeta, 1967.
- De Pedro, Valentín. *La vida por la opinión*. Sevilla: Renacimiento, 2014.
- Fortún, Elena. *Celia en la revolución*. Sevilla: Editorial Renacimiento, 2016.
- Galván, Francisco. *Cuando el cielo se caiga*. Madrid: Algaida, 2003.
- Méndez, Alberto. *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Mera, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Châtillon-sous-Bagneux: Ruedo Ibérico, 1976.
- Morla Lynch, Carlos. *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*. Sevilla: Editorial Renacimiento, 2008.
- Oyarzábal, Isabel. *He de tener libertad*. Madrid: Horas y Horas la editorial, 2010.
- Quiñones, Javier. *Años Triunfales. Prisión y Muerte de Julián Besteiro*. Barcelona: Alba Editorial, 1998.
- Zúñiga, Juan Eduardo. *Largo noviembre en Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria*. Madrid: Cátedra, 2016.

## Fuentes secundarias

- Abella, Rafael. "Julián Besteiro o la mediación frustrada". *El Ciervo*, 436 (1987): 18-19.
- Aguilera, Juan Miguel. "Dos niños jugando". En Díez, Julián (ed.). *Franco, una historia alternativa*. Barcelona: Minotauro, 2006: 181-210.
- Aguilera, Manuel. "El golpe de Casado en Madrid: estado de la cuestión y mitos resueltos 80 años después". *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*. 39 (2019): 621-644.
- Aguirre, José. *Francisco Franco: Strategic Military Leader in the Spanish Civil War (1936-1939)*. Leavenworth (Kansas): School of Advanced Military Studies, US Army Command and General Staff College, 2018.
- Al Tuma, Alí. "Moros y Cristianos: Religious Aspects of the Participation of Moroccan Soldiers in the Spanish Civil War (1936–1939)". En Agai, Bekim, Umar Ryad y

- Mehdi Sajid (coords.). *Muslims in Interwar Europe: A Transcultural Historical Perspective*. Leiden: Brill, 2016: 151-177.
- Alatorre, Antonio. “La casa de España en México, mi casa”. En Valender, James y Gabriel Rojo. *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. México: Colegio de México, 2008: 27-36.
- Alberca, Manuel. “¿Existe la autoficción hispanoamericana?” *Cuadernos del CILHA*, 7-8 (2005): 115-127.
- El pacto ambiguo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007a.
- “¡Éste (no) soy yo? Identidad y autoficción”. *Pasajes*, 25 (2007b): 88-101.
- “Autoficción de un gozador de placeres efímeros”. *Olivar*, 12 (2008): 199-216.
- Albizu Yeregui, Cristina. “La paradoja tiene quien la escriba”. En López Guil, Itz'ar y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 149-164.
- Alexander, Neal. *Ciaran Carson: Space, Place, Writing*. Liverpool: Liverpool University Press, 2010.
- Alía, Francisco. “Negrín ante un enemigo «invisible». La Quinta Columna y su lucha contra la República durante la Guerra Civil española (1937-1939)”. *Historia y política*. 33 (2015a): 183-211.
- La agonía de la República*. Barcelona: Crítica, 2015b.
- Alonso, Miguel. “Guerra Civil española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz”. *Ayer*. 109 (2018): 269-295.
- Alted, Alicia. *La voz de los vencidos*. Madrid: Aguilar, 2005.
- Álvarez, Antonio. *Enciclopedia Álvarez. Tercer Grado*. Madrid: Edaf, 2017.
- Álvarez Tardío, Manuel. “The Impact of Political Violence During the Spanish General Election of 1936”. *Journal of Contemporary History*, 48 (2013): 463-485.
- Álvarez del Vayo, Julio. “An Ambassador of Democracy”. *The Virginia Quarterly Review*. 3 (1941): 337-348.
- Álvarez, Vicente Ángel (coord.). *Historia de España de la Edad Media*. Barcelona: Ariel, 2011.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. Londres/Nueva York: Verso, 2006.
- Ankersmit, F. R. “Hayden White's Appeal to the Historians”. *History and Theory*, 37 (1998): 182-193.
- Arendt, Hannah. *The Origins of Totalitarianism*. Cleveland (Ohio): Meridian Books, 1958.



- Arroyo Barrigüete, José Luis. “Política y decadencia en la trilogía Fundación de Asimov: Toynbee, Spengler y Polibio”. *Alpha (Osorno)*, 50 (2020): 74-94.
- Asay, Jamin. “Against «Truth»”. *Erkenntnis*, 79 (2014): 147-164.
- Asimov, Isaac. *The Fondation Trilogy*. Londres: Everyman, 2010.
- Assmann, Aleida. “Canon and Archive”. En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter, 2010: 97-107.
- Atwood, Margaret. *The Handmaid’s Tale*. Londres: Vintage, 1996.
- The Testaments*. Londres: Chatto & Windus, 2019
- Ayala, Saray y Nadya Vasilyeya. “Explaining Injustice in Speech: Individualistic vs. Structural Explanation”. En Noelle, D. C. *et al.* (Eds.). *Proceedings of the 37th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*. Austin (Texas): Cognitive Science Society, 2015: 130-135.
- Aznar Soler, Manuel. *Los laberintos del exilio*. Sevilla: Renacimiento, 2003.
- Azorín. *Castilla*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- Baby, Sophie. *Le mythe de la transition pacifique*. Madrid: Casa de Velázquez, 2013.
- Bahamonde, Ángel. *Madrid 1939*. Madrid: Cátedra, 2019.
- y Javier Cervera. *Así terminó la Guerra de España*. Madrid: Marcial Pons, 1999.
- Bakhtin, Mikhail M. (1993). *Toward a Philosophy of the Act*. Austin: University of Texas Press.
- Balcells, Laia. “Continuation of Politics by Two Means: Direct and Indirect Violence in Civil War”. *The Journal of Conflict Resolution*. 55, No 3 (2011): 397-422.
- Barea-Kulcsa, Ilsa. *Telefónica*. Gijón: Hoja de Lata, 2019.
- Barker, Marie E. “La literatura infantil en español y su papel en el desarrollo del autoconcepto del niño”. *Hispania*. 65 (1982): 269-273.
- Barnette, Kara E. “Communities, Traitors, and the Feminist Cause: Looking Toward Josiah Royce for Feminist Scholarship”. *The Pluralist*, 2 (2007): 81-90.
- Barranquero, Encarnación. “La Guerra Civil en la historia local. Entre la fragmentación, la identificación colectiva y la metodología histórica”. *Studia Historica: Historia Contemporánea*, 32 (2014): 145-164.
- “Represión franquista. La estrategia de la violencia”. *Andalucía en la historia*, 50 (2015): 96-97.
- “La población derrotada. El castigo a los vencidos”. *Andalucía en la historia*, 64 (2019):26-29.

- Bassegoda, Buenaventura. "En los marjales de la arquitectura roja". *Destino*, 101 (24 de junio de 1939): 2.
- Bastian, B. y D. Crimston. "Self-dehumanization". *TPM*, 21 (3) (2014): 241-250.
- Baudin, Henri. "De l'imaginaire scientifique à la science-fiction". En Jacquart, Danielle (dir.). *De la science en littérature à la science-fiction*. Paris: Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1996: 185-191.
- Bauman, Zygmunt. *Retropia*. Cambridge: Polity Press, 2017.
- Bear, Adam y Joshua Knobe. "Folk Judgments of Normality: Part Statistical, Part Evaluative". En Noelle, D. C. et al. (Eds.). *Proceedings of the 37th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*. Austin (Texas): Cognitive Science Society, 2015: 184-189.
- Becerra Mayor, David. "La Guerra Civil en la novela española actual. Entre el consenso de la Transición y el consenso neoliberal". *Revista Chilena de Literatura*, 98 (2018): 73-103.
- Beevor, Antony. *The Battle for Spain*. Londres: Orion Books, 2006.
- Belmonte, José. "El peso y la sombra de la Guerra Civil española en la narrativa para jóvenes". *Ocnos*, 9 (2013): 121-139.
- Beltrán Almería, Luis. "Las estéticas de Juan Eduardo Zúñiga". *Anales de Literatura Española Contemporánea*, 25 (2000): 357-388.
- El simbolismo de Juan Eduardo Zúñiga*. Madrid: Vitela, 2008.
- Bender, Elzbieta. "La intrahistoria de la Guerra Civil española de 1936 según Arturo Barea". *Roczniki Humanistyczne*, 62 (2014): 145-154.
- Benjamin, Walter. *Illuminations*. Nueva York: Schocken Books, 1969.
- Berlin, Isaiah. "History and Theory: The Concept of Scientific History". *History and Theory*, 1 (1960): 1-31.
- Bernete, Francisco. "El estudio de los estereotipos a través del análisis de relatos". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 57 (1992): 123-135.
- Bertrand, Maryse. "La Guerre Civile Espagnole et la Littérature". *Mosaic: An Interdisciplinary Critical Journal*. 3 (1969): 62-79.
- "Teoría y método narratológico para el estudio de la novela política de la Guerra Civil Española". *Hispania*. 77, nº 4 (1994): 719-730.
- Bhabha, Homi K. "DissemiNation: time, narrative and the margins of the modern nation". En Bhabha, Homi K. *Nation and Narration*. Londres: Routledge, 1990.

- Bílek, Petr. "Reading Prague: Narrative Domains of the Image of the City in Fiction". *Style*, 40 (2006): 249-257.
- Biskowski, Lawrence J. "Politics versus Aesthetics: Arendt's Critiques of Nietzsche and Heidegger". *The Review of Politics*, 57 (1995): 59-89.
- Bizarro, David. "Franco no murió en la cama: revisionismo, hauntología y necropolítica del Franquismo". En *España salvaje*. Madrid: La Felguera, 2019: 515-536.
- Blanco, Carlos. "Max Aub y la cultura internacional del exilio republicano". En Rojo, Gabriel y James Valender (coord.). *Homenaje a Max Aub*. México: Colegio de México, 2005: 85-97.
- Blaney, Gerald Jr. "Violence, Continuity, and the Spanish State: Some Considerations". *Journal of Contemporary History*, 51 (2016): 413-419.
- Bokulich, Alisa. "Fiction as a Vehicle for Truth: Moving Beyond the Ontic Conception". *The Monist*, 99 (2016): 260-279.
- Bolton, Burnett. *The Spanish Civil War*. Chapel Hill (Carolina del Norte): The University of North Carolina Press, 1991.
- Botella Pastor, Virgilio. *Porque callaron las campanas*. México: Ediciones Libertad, 1953.
- Boucheron, Patrick. *Faire profession d'historien*. Paris: Publications de la Sorbonne, 2016.
- Braidotti, Rosi. *The Posthuman*. Nueva York, John Wiley & Sons, 2013.
- Bravo, María Elena y Fiona Maharg-Bravo. "De niñas a mujeres: Elena Fortún como semilla de feminismo en la literatura infantil de la postguerra española". *Hispania*, 86 (2003): 201-208.
- Brun, I. y Roitman M. "National Security in the Era of Post-Truth and Fake News". *Institute for National Security Studies* (2020).
- Butler, Martin (ed). *The Tempest*. Por William Shakespeare. Londres: Penguin Books, 2007.
- Butler, Judith. "Regulaciones de género". *La ventana*, 23 (2005): 7-35.
- Cabezas, Eduardo. "Los de siempre". *Poder, familia y ciudad (Ávila, 1875-1923)*. Madrid: CIS, 2000.
- Cabrera, Emilio. "La explotación de los reinos de taifas". En Álvarez, Vicente Ángel (coord.). *Historia de España de la Edad Media*. Barcelona: Ariel, 2011: 277-295.

- Calderón Puerta, Aránzazu. “Memoria, olvido y transición histórica en el relato «Ruinas, el trayecto: Guerda Taro», de Juan Eduardo Zúñiga”. *Sociocriticism*, 33 (2018): 193-214.
- Calero Delso, Juan Pablo. “El argentino Valentín de Pedro en la España revolucionaria”. *Germinal*, 14 (2018): 79-113.
- Calhoun, Craig. “The Importance of Imagined Communities—and Benedict Anderson”. *Debats*, 1 (2016): 11-16.
- Callahan, William. “The Evangelization of Franco's "New Spain". *Church History*. 56, vol. 4 (1987): 491-503.
- Caminal, Miquel. “Dimensiones del nacionalismo”. En Quesada, Fernando (ed.). *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 49-68.
- Campos, Ricardo y Rafael Huertas. “Medicina mental y eugenesia: los fundamentos ideológicos de la psiquiatría franquista en la obra de Antonio Vallejo-Nágera”. *Historia del presente*, 20, 2012: 11-21.
- Camus, Albert. *La peste*. Paris: Éditions Gallimard, 1947.
- Candeloro, Antonio. “En el borde del abismo: la escritura y la muerte en *Los girasoles ciegos* (2004), de Alberto Méndez”. En Pozuelo Yvancos, José María (Ed.). *Literatura y Memoria: Narrativa de la Guerra Civil*. Murcia: Universidad de Murcia, 2022: 33-69
- Capdevila-Argüelles, Nuria. “Elena Fortún (1885-1952) y *Celia*. El *bildungsroman* truncado de una escritora moderna”. *Lectora*, 11 (2005): 263-282.
- Capuano, Claudio Francisco y Alberto J. Carli. “Antonio Vallejo Nagera (1889-1960) y la eugenesia en la España Franquista. Cuando la ciencia fue el argumento para la apropiación de la descendencia”. *Revista de Bioética y Derecho*, 26, 2012: 3-12.
- Casanova, Julián. *Historia de España. República y guerra civil (vol. 8)*. Barcelona: Crítica/Marcial Pons, 2014.
- Castelló, Enric. “Anderson and the Media. The strength of «imagined communities»”. *Debats*, 1 (2016): 59-63.
- Caudet, Francisco. *El exilio republicano de 1939*. Madrid: Cátedra, 2005.
- Cazorla-Sánchez, Antonio. “Beyond They Shall Not Pass. How the Experience of Violence Reshaped Political Values in Franco's Spain”. *Journal of Contemporary History*. 40 (3) (2005): 503-520.
- Cecchini, Leonardo y Hans Hansen. “Memorias comparadas. Semejanzas y diferencias entre la memoria de un pasado violento en España e Italia”. En Cecchini,

- Leonardo y Hans Hansen (eds.). *Conflictos de la memoria/Memoria de los conflictos. Modelos narrativos de la memoria intergeneracional en España e Italia*. Copenhague: Museum Tusculanum Press, 2015: 11-30.
- Cento Bull, Anna. “Desafiar al olvido. Narraciones de víctimas y verdugos después de un conflicto armado. Una comparación entre Italia, Irlanda del Norte y España”. En Cecchini, Leonardo y Hans Hansen (eds.). *Conflictos de la memoria/Memoria de los conflictos. Modelos narrativos de la memoria intergeneracional en España e Italia*. Copenhague: Museum Tusculanum Press, 2015: 51-74.
- Cento Bull, Anna y Hans Hansen. “On agonistic memory”. *Memory Studies*, 9 (2016): 390-404.
- Cento Bull, Anna, Hans Hansen y Francisco Colom-González. “Agonistic Memory Revisited”. En Berger, Stefan y Wulf Kansteiner. *Agonistic Memory and the Legacy of 20<sup>th</sup> Century Wars in Europe*. Cham (Suiza): Palgrave Macmillan, 2021.
- Chirbes, Rafael. “De lugares e linguas”. *Grial*, 145 (2000): 19-31.
- La caída de Madrid*. Barcelona: Anagrama, 2017.
- Chislett, William. “Arturo Barea contra el fascismo”. *Letras libres*, 257 (2023): 26-30.
- Christofferson, Thomas y Michael Christofferson. *France during World War II: From Defeat to Liberation*. Nueva York: Fordham University Press, 2006.
- Cisternas, Cristián. “Estudios literarios sobre la ciudad en la Revista Chilena de Literatura. 1970-2000”. *Revista Chilena de Literatura*, 100 (2019): 95-138.
- Claassens, Juliana. “Resisting Dehumanization: Ruth, Tamar, and the Quest for Human Dignity”. *The Catholic Biblical Quarterly*, 74 (4) (2012): 659-674.
- Clem, Stewart. “Post-Truth and Vices Opposed to Truth”. *Journal of the Society of Christian Ethics*, 37 (2017): 97-116.
- Colinas, Antonio. “La literatura de la memoria”. *Atti del XXI Convegno* (Associazione Ispanisti Italiani) [Salamanca 12-14 septiembre 2002]: 71-84.
- Colmeiro, José. *Memoria histórica e identidad cultural*. Barcelona: Anthropos, 2013.
- Colomer, Pablo. “Perderse en Marruecos”. En *España salvaje*. Madrid: La Felguera, 2019: 153-168.
- Confino, Alon. “Memory and the History of Mentalities”. En En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter, 2010: 77-84.
- Connerton, Paul. “Seven types of forgetting”. *Memory Studies*, 1 (2008): 59-71.

- Cooper, Stephen. *The Politics of Ernest Hemingway*. Ann Arbor: UMI Research Press, 1987.
- Corazón, Alberto. “El Luminoso destello del escritor furtive: una primera aproximación a la biografía de Alberto Méndez”. En López Guil, Itzár y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 41-58.
- Corbin, John. “Truth and Myth in History: An Example from the Spanish Civil War”. *The Journal of Interdisciplinary History*, 25, no. 4 (1995): 609-625.
- Corcoran, Paul. “Political Recognition and Aesthetic Judgement”. *Theoria*, 115 (2008): 64-90.
- Corey, James S. A. *Babylon’s Ashes*. Nueva York: Orbit, 2017.
- Cornwall, Mark. “Traitors and the Meaning of Treason in Austria-Hungary’s Great War”. *Transactions of the Royal Historical Society*, 25 (2015): 113-134.
- Cortada, James. “Spain and the Second World War”. *Journal of Contemporary History*, 5, No 4 (1977): 65-75.
- Coser, Lewis A. “Introduction: Maurice Halbwachs 1877-1945”. En Halbwachs, Maurice. *On collective memory*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.
- Cruz, Manuel. “Narrativismo”. En Reyes Mate, Manuel. *Filosofía de la historia*. Madrid: Trotta, 1993: 253-270.
- Cruz Suárez, Juan Carlos. “De los sentidos de la derrota. Consecuencias éticas y socio-culturales de la lectura de *Los girasoles ciegos* en el contexto de los estudios de la memoria”. En López Guil, Itzár y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 105-116.
- Cuesta, Josefina. *La odisea de la memoria*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.
- De Cesari, Chiara y Ann Rigney (Eds.). *Transnational Memory*. Leipzig: De Gruyter, 2014.
- De Hoyos, Jorge. “Las historiografías de la Guerra Civil española en México y Centroamérica”. *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 32 (2014): 427-434.
- “La evolución del negrinismo en el exilio republicano en México”. *Historia y Política*, 36 (2016): 313-317.
- De Kerangat, Zoé. “Beyond Local Memories: Exhumations of Francoism’s Victims as Counter-discourse during the Spanish Transition to Democracy”. En Sindbæk

- Andersen, Tea y Barbara Törnquist-Plewa. *The Twentieth Century in European Memory: Transcultural Mediation and Reception*. Leiden: Brill, 2017.
- De la Cueva, Julio. “El asalto de los cielos: una perspectiva comparada para la violencia anticlerical española de 1936”. *Ayer*, 88 (2012): 51-74.
- De la Rasilla, Ignacio. “In the General Interest of Peace? British International Lawyers and the Spanish Civil War”. *Journal of the History of International Law*. 18 (2016): 197-238.
- De Man, Paul. “Autobiography as De-facement”. *MLN*, 94 (1979): 919-930.
- Del Águila, Rafael. “La inclasificable teoría política de Hannah Arendt: poder, acción y juicio”. En Máiz, Ramón (coord.). *Teorías políticas contemporáneas*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2009: 13-26.
- Deleuze, Gilles. *Logique du sens*. Paris: Éditions de minuit, 1969.
- Del Rey, Fernando. “The Spanish Second Republic and Political Violence”. *Journal of Contemporary History*. 51, No 2 (2016): 430-435.
- Demantowsky, Marko. *Public History and School*. Berlín: De Gruyter Oldenbourg, 2019.
- De Urioste, C. Memoria de la Guerra Civil y modernidad: el caso de *El corazón helado* de Almudena Grandes. *Revista Hispánica Moderna*, 63, 2010: 69-84.
- Del Cañizo, J. A. “¿Qué leen los niños y los jóvenes? El «boom» de la literatura infantil y juvenil”. *El Ciervo*, 352/353 (1980): 39.
- De Quinto, José María y María José Calpe Martín. *Memoria de Max Aub*. Segorbe: Fundación Max Aub, 2005.
- Diaconu, D. (2017): “La autoficción: simulacro de teoría o desfiguraciones de un género”. *La Palabra*, 30 (2017): 35-52.
- Di Giovanni, Lisa Renee. “Masculinity, Misogyny, and Mass in *Los girasoles ciegos* by Alberto Méndez”. *Anales de la literatura española contemporánea*, 37 (2012): 39-61.
- Di Meglio, Estefanía. “Imprimir la memoria y el duelo en la escritura. Sobre *La casa de los conejos* de Laura Alcoba”. *Cuadernos del Aleph*, 12 (2020): 40-63.
- Dietrich, B. C. “Aspects of Myth and Religion”. *Acta Classica*, 20 (1977): 59-71.
- Díez, Julián. “Ucronía: soñar la historia”. En Díez, Julián (ed.). *Franco, una historia alternativa*. Barcelona: Minotauro, 2006: 7-13.
- Díez, Julián y Fernando Moreno (Eds). *Historia y antología de la ciencia ficción española*. Madrid: Cátedra, 2014.

- Domanska, Ewa. "Hayden White: Beyond Irony". *History and Theory*, 37 (1998): 173-181.
- Domínguez, Antonio. *España, tres milenios de historia*. Madrid: Marcial Pons, 2007.
- Dubosquet, François. "Memoria y ficción". *Cuadernos del Aleph*, 12 (2020): 6-23.
- Durante, Laura María Teresa. "Algunas notas sobre las figuras femeninas en la prosa de Arturo Barea". *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 27 (2019): 183-203.
- Duras, Marguerite. *La douleur*. Paris: Éditions P.O.L., 1985.
- Eagleton, Terry. *La Estética como ideología*. Madrid: Trotta, 1990.
- Eaude, Michel. *Arturo Barea: triunfo en la medianoche del siglo*. Mérida: Editoria Regional de Extremadura, 2001.
- Egea Bruno, Pedro María. "Joaquín Pérez Salas. Entre la defensa del orden republicano y la contrarrevolución (1936-1939)". *Espacio, tiempo y forma*, 27 (2015): 247-278.
- Ekman, Paul. *Emotions revealed*. Nueva York: St. Martin's Griffin, 2007.
- Elkins, Charles. "Isaac Asimov's 'Foundation' Novels: Historical Materialism Distorted into Cyclical Psycho-History". *Science Fiction Studies*, 3 (1976): 26-36.
- El Ouassil, Samira y Friedemann Karig. *Erzählende Affen*. Berlin: Ullstein, 2023.
- Erll, Astrid y Ann Rigney. *Mediation, Remediation, and the Dynamics of Cultural Memory*. Leipzig: De Gruyter, 2009.
- Erll, Astrid. "Cultural Memory Studies: An Introduction". En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.) (2010a). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter, 2010a: 1-13.
- "Literature, Film, and the Mediality of Cultural Memory". En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.) (2010b). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter, 2010b: 389-398.
- *Memory in culture*. Londres: Palgrave Macmillan, 2011a.
- "Travelling Memory". *Parallax*, 17 (2011b): 4-18.
- Esmeir, Samara. "On Making Dehumanization Possible". *PMLA*, 121 (2006): 1544-1551.
- Espejo-Saavedra, Ramón. "Historia y traición: *Campo cerrado*, de Max Aub". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 23 (1999): 239-254.
- Espinasa, José María. "Max Aub y el fragmento". En Rojo, Gabriel y James Valender. *Homenaje a Max Aub*. México: El Colegio de México, 2005: 197-204.



- Etxeberria, Francisco *et al.* “Twenty years of forensic archaeology and anthropology of the Spanish Civil War (1936–1939) and Francoist Regime”. *Forensic Science International: Synergy*, 3 (2021).
- Faber, Sebastiaan. “La literatura como acto afiliativo: la nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)”. En Álvarez Blanco, María del Palmar (coord). *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010)*, 2011: 101-110.
- Feindt, Gregor *et al.* “Entangled memory: toward a third wave in memory studies”. *History and Theory*, 53 (2014): 24-44.
- Feis, Herbert. *Between war and peace*. Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 1960.
- Feldman, Lisa. *How Emotions Are Made. The Secret Life of the Brain*. Boston: First Mariner Books, 2018.
- Fernández, Carlos. *El exilio gallego de la Guerra Civil*. A Coruña: Edicios do Castro, 2002.
- Fernández Fernández, Maximiliano. *Sociedad y opinión. Ávila en el siglo XIX*. Ávila: Caja de Ahorros de Ávila, 1999.
- Fernández Gutiérrez, José María y María Herrera Rodrigo. *La narrativa de la guerra civil*, Arturo Barea. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.
- Fernández, Raimundo. “Invitación a la España Grande”. *Destino*, 100 (28 de enero de 1939): 5.
- Fernández, Wenceslao. *Obras completas. Tomo IV*. Madrid: Aguilar, 1966.
- Fichte, Johann Gottlieb. *Ética*. Madrid: Akal, 2005.
- Fincher, K. M., N. S. Kteily y E. G. Bruneau. “Our humanity contains multitudes”. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 115 (15), (2018): E3329-E3330.
- Fitting, Peter. “The Modern Anglo-American SF Novel: Utopian Longing and Capitalist Cooptation”. *Science Fiction Studies*, 6 (1979): 59-76.
- Fleming, Leonor. “Introducción”. En Echevarría, Esteban. *El matadero. La cautiva*. Madrid: Cátedra, 2011.
- Flint, James. ““Must God Go Fascist?”: English Catholic Opinion and the Spanish Civil War”. *Church History*. 56, No 3 (1987): 364-374.
- Florentín, Manuel. “Arturo barea, el rebelde olvidado”. *La aventura de la historia*, 228 (2017): 82-83.

- Forni, Pablo. “Serendipia: Cuándo y cómo la suerte interviene en la investigación social”. En Gómez, Nicolás (ed.). *Las formas comprensivas de la metodología de la investigación. Oficios, técnicas y entendimientos*. Santiago de Chile: Universidad Central de Chile, 2016.
- Foucault, Michel. *Les Mots et les Choses*. Paris: Éditions Gallimard, 1966.
- Fuertes, Carlos. “La educación política franquista en la enseñanza media”. *Historia social*, 94 (2019): 115-130.
- Furlanetto, Elena. *Towards Turkish American Literature*. Berlin: Peter Lang, 2017.
- Gaborit, Mauricio. “La construcción social de la persona migrante como enemigo”. En Sandoval García, Carlos (Ed.). *Puentes, no muros*. Buenos Aires, CLACSO, 2020: 1-24.
- García, Antonio. “Estado, nación, ciudadanía y bienestar”. En Quesada, Fernando (ed.). *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 167-183.
- García, Francisco. “Rodrigo Díaz de Vivar o el Cid histórico”. *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 40 (2017): 125-130.
- García, Hugo. “Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)”. *Historia Social*. 51 (2005): 3-20.
- García, Mariano. “El yo reflexivo: continuidad entre meta y autoficción en la narrativa de César Aira”. *Inti*, 85/86 (2017): 204-214.
- García-Romeu, J. (2016): “Memorias de la represión: infancias devastadas y autoficción”. *Amerika*, 15 (2016): 1-13.
- García Santesmases, Antonio. “Religión y espacio público: los nuevos retos del laicismo”. *Viento Sur*, 114 (2011): 43-52.
- Garg, Mridula. “Writing the self”. *India International Centre Quarterly*, 37 (2010): 92-100.
- Gellner, Ernest. “Nationalism”. *Theory and Society*, 10 (6) (1981): 753-776.
- “Nationalisms and the New World Order” (1994). *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 47 (5): 29-36.
- “Ethnicity and Faith in Eastern Europe” (1990). *Daedalus*, 119 (1): 279-294.
- Gibbon, Edward. *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire. Vol. I*. Nueva York: Fred de Fau & Company, 1906.
- Genette, Gérard (1989): *Figuras III*, Barcelona, Lumen.
- Gilabert, Joan. “Tiempo y sensibilidad histórica en *Las últimas banderas* de Ángel María de Lera”. *España contemporánea*. 9 (1996): 41-54.

- Giménez, Facundo. “Las derrotas de Alberto Méndez: memoria y duelo en *Los girasoles ciegos* (2004)”. *El taco en la brea*, 9 (2019): 5-18.
- Gluckstein, Donny. *A People's History of the Second World War*. Londres: Pluto Press, 2012.
- Gómez López-Quiñones, Antonio. “Inocencia victimológica, prudencialismo liberal y desencanto político en *Los girasoles ciegos*”. En López Guil, Itz'iar y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 183-200.
- Gómez Peláez, Fernando. “Prefacio”. En Mera, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Châtillon-sous-Bagneux: Ruedo Ibérico, 1976: pp. 9-12.
- González, María José. “Inducción categórica”. En González, María José (ed.). *Psicología del Pensamiento*. Madrid: Sanz y Torres, 2019: pp. 55-79.
- Goldstein, Rebecca. “The Fiction of the Self and the Self of Fiction”. *The Massachusetts Review*, 47 (2) (2006): 293-309.
- Goñi Indurain, Maite. “El olvido derrotado por la palabra: la escritura como resistencia en *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez”. *Cuadernos de Aleph*, 12 (2020). 211-233.
- Golsan, Richard J. y James Golsan. “Introduction: Hard-Boiled”. *South Central Review*, 27 (2010): 1-2.
- Goytisolo, Juan. *Señas de identidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- Gramsci, Antonio. *Escritos. Antología*. Madrid: Alianza Editorial, 2017.
- Grandes, Almudena. “Madrid no se merecía esto”. En Aub, Max. *Campo del moro*. Madrid: Cuadernos del vigía, 2019: pp. 7-24.
- La madre de Frankenstein*. Barcelona: Tusquets, 2020.
- Gray, John. “Global Utopias and Clashing Civilizations: Misunderstanding the Present”. *Daedalus*, 119 (1) (1990): 279-294.
- “An Illusion with a Future”. *Daedalus*, 133 (3) (2004): 10-17.
- Groce, W. Todd. “The Value of History: When History and Memory Collide”. *History News*, 71 (2016): 5-6.
- Gubar, Marah. “On Not Defining Children’s Literature”. *PMLA*, 126 (2011): 209-216.
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso*. Barcelona: Tusquets, 2013.
- Gutiérrez, Laura. “La retaguardia femenina en *Celia en la revolución*”. *Tonos Digital*, 41 (2021).

- Guzmán, Jesús. “La imagen de la Unión Soviética a través de la prensa en la Guerra Civil española: Destino y Hora de España”. *Castilla. Estudios de Literatura*, 8 (2017): 459-498.
- Habermas, Jürgen. *Entre naturalismo y religión*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Halbwachs, Maurice. *On collective memory*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.
- Hamm, Jean-Jacques. “Caliban, Friday and their Masters”. En Spaas, Lieve y Brian Stimpson (eds.): *Robinson Crusoe. Myths and Metamorphoses*. Nueva York: St. Martin’s Press, 1996.
- Hansen, Hans. “El patrón de ‘las dos Españas’ en la novela contemporánea de la Guerra Civil y el franquismo”. En Cecchini, Leonardo y Hans Hansen (eds.). *Conflictos de la memoria/Memoria de los conflictos. Modelos narrativos de la memoria intergeneracional en España e Italia*. Copenhague: Museum Tusulanum Press (2015a): 101-114.
- “Memoria agonística en *Los girasoles ciegos*”. En López Guil, Itziar y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015b: 87-104.
- Hartog, François. *Régimes d’historicité. Présentisme et expériences du temps*. Paris: Éditions du Seuil, 2003.
- Harvey, Charles. “Politics and Pyrites during the Spanish Civil War”. *The Economic History Review*, 31, No 1 (1978): 89-104.
- Hassler, Donald M. “Some Asimov Resonances from the Enlightenment”. *Science Fiction Studies*, 15 (1988): 36-47.
- Hatcher, John. “Fiction as History: The Black Death and Beyond”. *History*, 97 (2012): 3-23.
- Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Héléudut, M. *El compromiso en la novela femenina contemporánea: Almudena Grandes y Gioconda Belli*. [Tesis doctoral] Universidad Complutense de Madrid, 2018.
- Hernández, Carlos. *Los campos de concentración de Franco*. Barcelona: Penguin Random House, 2019.
- Hernández, Claudio. “Bringing back Culture: Combatant and Civilian Attitudes during the Spanish Civil War, 1936–1939”. *History*. 101 (2016): 448-463.
- Herrera, Rafael. *La primera filosofía moderna: el Renacimiento*. Madrid: Tecnos, 2020.
- Herrera Petere, José. *Acero de Madrid*. Madrid: Templando el Acero, 2015.

- Hetata, Sherif. "The Self and Autobiography". *PMLA*, 118 (2003): 123-125.
- Holguín, Sandie. "How Did the Spanish Civil War End? . . . Not So Well". *American Historical Review*. 120 (2015): 1767-1783.
- Hobsbawm, Eric. "From "Introduction: Inventing Traditions". En Olick, Jeffrey K., Vered Vinitzky-Seroussi y Daniel Levy. *The Collective Memory Reader*. Oxford: Oxford University Press (2011): 271-247.
- Historia del siglo XX (1914-1991)*. Barcelona: Planeta, 2012.
- Huyssen, Andreas. "Present Pasts: Media, Politics, Amnesia". *Public Culture*, 12, 2000: 21-38.
- Iglesias, Pilar. "Elena Fortún, la mujer y la escritora". *Sur*, 13 (2019).
- Impey, Michael H. "Cartas desde la prisión de Julián Besteiro y Miguel Hernández". En Flitter, Derek. *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Birmingham, 1998: 137-144.
- Iser, Wolfgang (1978). *The Act of Reading. A theory of Aesthetic response*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- Izquierdo, José María. "Memoria y literatura en la narrativa española contemporánea". *Anales*, 3-4 (2000-2001): 101-128.
- James, David. "Fichte on the Vocation of the Scholar and the (Mis)use of History". *The Review of Metaphysics*, 63 (2010): 539-566.
- Jensen, R. Geoffrey. "Jose Millan-Astray and the Nationalist 'Crusade' in Spain". *Journal of Contemporary History*, 27 (1992): 425-447.
- Jenkins, Richard. "Categorization: Identity, Social Process and Epistemology". *Current Sociology*, 48 (2000): 7-25.
- Jiménez, Irene y Gabriela Topa. "Cultura e Identidad Organizacional". En Osca, Amparo, Francisco José Palací, Juan Antonio Moriano y Ana María Lisbona. *Nuevas perspectivas en Psicología de las Organizaciones*. Madrid: UNED/ Sanz y Torres, 2016: 129-177.
- Jones, Gwynneth C. D. "Documentary Evidence and the Construction of Narratives in Legal and Historical Contexts". *The Public Historian*, 37 (2015): 88-94.
- Käkelä, Jari. "Enlightened Sense of Wonder? Sublimity and Rationality in Asimov's *Foundation Series*". *Journal of the Fantastic in the Arts*, 22 (2011): 171-191.
- Kansteiner, Wulf. "Hayden White's Critique of the Writing of History". *History and Theory*, 32 (1993): 273-295.

- “History beyond Narration. The Shifting Terrain of *Bloodlands*”. En Berger, Stefan, Nicola Brauch y Chris Lorenz. *Analysing Historical Narratives: On Academic, Popular and Educational Framings of the Past*. Nueva York: Berghahn Books, 2021.
- Kensinger, Elizabeth A. y Schacter, Daniel L. “When True Memories Suppress False Memories: Effects of Ageing”. *Cognitive Neuropsychology*, 16 (1999): 399-415.
- Kerry, Matthew. *Unite, Proletarian Brothers!* Londres: University of London Press, 2020.
- Kershaw, Ian. *Hitler*. Barcelona: Península, 2015.
- Keszei, András. “Memory and the Contemporary Relevance of the Past”. *The Hungarian Historical Review*, 6 (2017): 804-824.
- Kirschenbaum, Lisa. “Exile, Gender and Communist Self-Fashioning: Dolores Ibárruri (La Pasionaria) in the Soviet Union”. *Slavic Review*. 71, No 3 (2012): 566-589.
- “The Russian Revolution and Spanish Communists, 1931–5”. *Journal of Contemporary History*, 52 (2017): 892-912.
- Klotz, Christian. “Being and the Life of Consciousness in Fichte’s late Philosophy (1810/1811)”. *Rivista di Storia della Filosofia*, 69 (1984): 639-648.
- Kohn, Hans. “The Paradox of Fichte’s Nationalism”. *Journal of the History of Ideas*, 10 (1949): 319-343.
- Kohut, Karl. “Literatura y memoria”. *Cahiers du CRICCAL*, 30 (2003): 9-18.
- Kremer, Lillian. “Philip Roth's Self-Reflexive Fiction”. *Modern Language Studies*, 28 (3/4) (2008): 57-72.
- Lachs, John. “Fichte’s Idealism”. *American Philosophical Quarterly*, 9, (1972): 311-318.
- Lacomba, Marta. “El héroe y la verdad. El valor demostrativo de la analogía narrativa en las Mocedades de Rodrigo”. *e-Spania* (en línea), 34 (2019) Consultado en línea el 30 de diciembre de 2020. URL : <http://journals.openedition.org/e-spania/32233>.
- Ladero, Miguel Ángel. *La España de los Reyes Católicos*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- Landsberg, Alison. “Prosthetic memory: the ethics and politics of memory in an age of mass culture”. En Grainge, Paul (Ed.). *Memory and popular film*. Manchester: Manchester University Press, 2003: 144-161.
- Larraz, Fernando. “El lugar de la narrativa del exilio en la literatura española”. *Iberoamericana* (2001-), 47 (2012): 101-113.
- Max Aub y la historia literaria*. Berlín: Logos Verlag, 2014.

- Le Goff, Jacques. *Histoire et mémoire*. Paris: Éditions Gallimard (1988).
- Lehan, Richard. "Urban Signs and Urban Literature: Literary Form and Historical Process". *New Literary History*, 18 (1986): 99-113.
- Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1975.
- León, Ricardo. *Cristo en los infiernos*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1941.
- Levi, Giovanni. "Sobre Microhistoria". En Burke, Peter (ed.). *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2003: 119-143.
- Levy, Daniel y Natan Sznaider. "Memory Unbound. The Holocaust and the Formation of Cosmopolitan Memory". *European Journal of Social Theory*, 5 (2002): 87-106.
- Lewin, Moshe. *El siglo soviético*. Barcelona: Crítica, 2017.
- Liikanen, Elina. "La novela como viaje al pasado. El modo vivencial de representar la Guerra Civil y la dictadura franquista en la novela española actual". En Cecchini, Leonardo y Hans Hansen (eds.). *Conflictos de la memoria/Memoria de los conflictos. Modelos narrativos de la memoria intergeneracional en España e Italia*. Copenhague: Museum Tusulanum Press, 2015: 115-126.
- Lines, Lisa. "Francisco Franco as Warrior: Is It Time for a Reassessment of His Military Leadership?". *Journal of Military History*. 81 (2017): 513-534.
- Little, Douglas. "Red Scare, 1936: Anti-Bolshevism and the Origins of British Non-Intervention in the Spanish Civil War". *Journal of Contemporary History*, 23 (1988): 291-311.
- Livingstone, David. "Paradoxes of Dehumanization". *Social Theory and Practice*, 42 (2016): 416-443.
- Liz, Antonio Manuel. "La historia de la filosofía del lenguaje. Ya Platón, en el *Crátilo*". En Pérez, David. *Perspectivas en la filosofía del lenguaje*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013: 29-62.
- Lizarra, Isabel. "Isabel Oyarzábal Smith: autobiografía y memoria". *BROCAR*, 35 (2011): 39-63.
- Lledó, Emilio. *Memoria de la ética*. Barcelona: Penguin Random House, 2018.
- Llor, Montserrat. *Atrapados. Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco*. Barcelona: Crítica, 2016.
- López Sáenz, María del Carmen. *Corrientes actuales de la Filosofía I*. Madrid, Dykinson, 2016.

- Lough, Francis “Ideology, Affect and the Body in Alberto Méndez’s *Los girasoles ciegos*”. *Bulletin of Hispanic Studies*, 94 (2017): 847-861.
- Low, Setha M. “The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City”. *Annual Review of Anthropology*, 25 (1996): 383-409.
- Lowrey, B. “The Dehumanization of Sports”. *The Virginia Quarterly Review*, 52 (4) (1976): 545-559.
- Luckhurst, Roger. “Science Fiction and Cultural History”. *Science Fiction Studies*, 37 (2010): 3-15.
- Luther, Betty. “‘The Clothes I Wear Help Me to Know My Own Power’: The Politics of Gender Presentation in the Era of Women's Liberation”, *A Journal of Women Studies*, 34, (2013): 155-185.
- Lynch, John. *Los Austrias (1516-1700)*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Maestre, Antonio. *Franquismo S.A.* Madrid: Akal, 2019.
- Maini, Alessandro. “On Historical Dynamics by P. Turchin: A Mathematical Review”. *Biophysical Economics and Sustainability*, 5 (2020): 1-21.
- Malaver Cruz, Nancy. “Literatura, historia y memoria”. *Hallazgos*, 20 (2013): 35-47.
- Maldonado Alemán, Manuel. “Literatura, memoria e identidad. Una aproximación teórica”. *Cuadernos de Filología Alemana*, Anejo III (2010): 171-179.
- Malgat, Gérard. “André Malraux et Max Aub: L'Espagne au coeur de l'amitié: 1 ère partie : La guerre est infinie (1936-1956)”. *Présence d'André Malraux*, 1 (2001): 48-55.  
—“Aidez l'Espagne! Le pavillon de la République espagnole à l'Exposition Internationale des Arts et Techniques dans la vie moderne de Paris en 1937 : entre art et propagande”. *Présence d'André Malraux*, 16 (2018): 111-122.
- Malmgren, Carl D. “The Crime of the Sign: Dashiell Hammett's Detective Fiction”. *Twentieth Century Literature*, 45 (1999): 371-384.
- Mangas, Araceli. “El refugio temporal en las misiones diplomáticas. La posición y práctica españolas”. En Diez, Manuel. *Instituciones de Derecho Internacional Público*. Madrid: Tecnos, 2013:650-652.
- Mangini, Shirley. “Memories of Resistance: Women Activists from the Spanish Civil War”. *Signs*, 17 (1991): 171-186.
- Manzano, Eduardo. *Historia de España. Épocas medievales (vol. 2)*. Barcelona: Crítica/Marcial Pons, 2015.



- Maoz, Ifat y Clark McCauley. "Threat, Dehumanization, and Support for Retaliatory Aggressive Policies in Asymmetric Conflict". *The Journal of Conflict Resolution*, 52 (2008): 93-116.
- Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Madrid: Alianza Editorial, 2010.
- Marín, Rafael. "Baraka". En Díez, Julián (ed.). *Franco, una historia alternativa*. Barcelona: Minotauro, 2006: 213-219.
- Marques, Teresa. "Bestias en forma humana: o de los daños que causa el discurso peligroso". *La torre del Virrey*, 27 (2020): 223-254.
- Márquez, Francisco. *Las sublevaciones contra la Segunda República*. Madrid: Síntesis, 2010.
- Matesanz, José Antonio. *Las raíces del exilio: México ante la guerra civil española, 1936-1939*. México: El Colegio de México, 1999.
- Martínez-Quiroga, Pilar. Madrid y Almudena Grandes: «resistentes natas». *Letras Femeninas*, 39, 2013: 67-80.
- Martinetto, Vittoria. "«Selfies» Lina Meruane y la poética de la autoficción". *Inti*, 85/86 (2017): 283-294.
- Martínez, Guillem. *CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona: Debolsillo, 2012.
- Martínez, Josebe. "I must have liberty. Para una arqueología sobre la recepción internacional de la Guerra Civil". En M. Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento (2006): 807-813.
- Martínez, Miriam G. y Lea M. McGee. "Children's Literature and Reading Instruction: Past, Present, and Future". *Reading Research Quarterly*. 35 (2000): 154-169.
- Maskaliūnaitė, Asta. "Exploring the Theories of Radicalization". *Interdisciplinary Political and Cultural Journal*, 17 (2015): 9-26.
- Matas, Alex. "Verdad narrada. Historia y ficción". *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. 31 (2004): 119-128.
- Matos-Martín, Eduardo. "«Homo sacer» y Franquismo. Una lectura crítica de *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez". *Anales de la literatura española contemporánea*, 40 (2015): 207-232.
- Matthews, James. "Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de leva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española". *Ayer*, 111 (2018): 53-77.
- Maul, Daniel. "The politics of neutrality: the American Friends Service Committee and the Spanish Civil War, 1936–1939". *European Review of History*. 23, No 1-2 (2016): 82-100.

- McCabe, Gerard. "Imagining Community". *New Blackfriars*, 1047 (2012): 562-571.
- McNee, L. (2005): "Fantasmes du réel: le discours autobiographique chez les écrivaines francophones". *Dalhousie French Studies*, 70, pp. 129-144.
- Medina, Celso. "Intrahistoria, cotidianeidad y localidad". *Atenea*, 500 (2009): 123-139.
- Mena, María del Mar (2015). "Isabel Oyarzábal Smith: una intelectual de la Edad de Plata. Nuevas aportaciones para una biografía literaria". Tesis. Universidad de Málaga.
- Menghetti, Diane. "North Queensland Anti-Fascism and the Spanish Civil War". *Labour History*, 42 (1982): 63-73.
- Meredith, Fionola. "To Tell You the Truth, There's No Such Thing...: With Inquiries Set to Multiply, There Are Growing Calls for a Truth Commission, but What Is Truth?" *Fornight*, 422 (2004): 10.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Phénoménologie de la perception*. París, Gallimard, 1945.
- Middleton, David y Steven Brown. "Experience and Memory: Imaginary Futures in the Past". En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter (2010): 241-251.
- Mikkonen, Kai. "Can Fiction Become Fact? The Fiction-to-Fact Transition in Recent Theories of Fiction". *Style*, 40 (2006): 291-312.
- Miralles, Ricardo. "La diplomatie de la République espagnole face a la non-intervention, 1936-1939". *Guerres mondiales et conflicts contemporains*. 186 (1997): 51-72.
- Miranda de Lima, Lisa A. y Germana H. Pereira. "Translation and the formation of a Brazilian children's literature". En Van Coillie, Jan y Jack McMartin. *Children's Literature in Translation*. Leuven: Leuven University Press, 2020: 111-123.
- Mistral, Silvia. *Éxodo. Diario de una refugiada española*. Barcelona: Icaria Editorial, 2009.
- Moggach, Douglas. "Fichte's Engagement with Machiavelli". *History of Political Thought*, 14 (1993): 573-589.
- Molina-Angulo, Raquel y Moisés Selfa Sastre. "El teatro femenino de preguerra en España: Elena Fortún y su *Teatro para niños* (1936)". *Revista de Literatura*, 161 (2019): 153-175.
- Montesano Montessori, Nicolina. "Recommendations for Global Institutes in the 21st Century". En Gadinger, Frank, Ayşem Mert y Christopher Smith Ochoa (eds). *Political Storytelling: From Fact to Fiction*. Duisburg: Centre for Global Cooperation Research, 2016: 13-21.

- Moradiellos, Enrique. *El oficio de historiador*. Madrid: Akal, 2013.
- Franco. Anatomía de un dictador*. Madrid: Turner, 2018.
- Morán, Gregorio. *Miseria, grandeza y agonía del PCE (1939-1985)*. Madrid: Akal, 2017.
- Morán, Juan G. “Frágil idea de humanidad”. *RIFP*, 15 (2000): 73-98.
- Morgan, Kenneth. *The Oxford History of Britain*. Oxford: Oxford University Press, 2010.
- Morgenstern, Karl y Tobias Boes. “On the Nature of the ‘Bildungsroman’”. *PMLA*, 124 (2009): 647-659.
- Mouffe, Chantal. *On The Political*. Nueva York: Routledge, 2005.
- Murray, Donald M. “All Writing Is Autobiography”. *College Composition and Communication*, 42 (1991): 66-74.
- Naharro-Calderón, José María. “Max Aub y los “universos concentracionarios””. En Rojo, Gabriel y James Valender (coord.). *Homenaje a Max Aub*. México: Colegio de México, 2005: 99-125.
- “A pesar de las alambradas: memorias, fotografías y campos de la "retirada" republicana española de 1939”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 36 (2011): 43-82.
- Nalvarte Lozada, Juan Carlos. “Representación de la guerra civil española por la prensa escrita arequipeña (1936 -1939)”. *HiSTOReLo*, 11 (2019): 173-210.
- Neira, Xosé A. “105 anos de literatura infantil e xuvenil en galego”. *Grial*, 161 (2004): 106-113.
- Neumann, Birgit. “The Literary Representation of Memory”. En Erll, Astrid y Ansgar Nünning (eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies*. Berlin: De Gruyter (2010): 333-343.
- Nicholson, Rober. “«Confundid Omnia». Constructing Treason in the Late Medieval London Chronicles”. *The Medieval Chronicle*, 10 (2015): 141-162.
- Nietzsche, Friedrich. “Verdad y mentira en sentido extramoral”. *Cuaderno Gris*, 5 (2001): 227-237.
- Nielsen, Henrik Skov. “The Impersonal Voice in First-Person Narrative Fiction”. *Narrative*, 12 (2) (2004): 133-150.
- Nickerson, Catherine. “Murder as Social Criticism”. *American Literary History*, 9 (1997): 744-757.
- Nora, Pierre. “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. *Representations*, 26 (1989): 7-24.

- “from ‘Reasons for the Current Upsurge in Memory’”. En Olick, Jeffrey K., Vered Vinitzky-Seroussi y Daniel Levy. *The Collective Memory Reader*. Oxford: Oxford University Press, 2011: 437-441.
- Norkus, Zenonas. “Max Weber on Nations and Nationalism: Political Economy before Political Sociology”. *The Canadian Journal of Sociology*, 29 (3) (2004): 389-418.
- Norris, Helen. “The Self and the Matrix of Fiction”. *The Sewanee Review*, 99 (2) (1991): 259-266.
- Nuckols, Anthony. “La novela contemporánea como instrument de duelo. *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 8 (2011): 180-199.
- Núñez, Mirta. “Una aproximación al anticlericalismo decimonónico”. *Historia y comunicación social*, 1 (1996): 63-74.
- O’Brien, Mark. “«In war-torn Spain»: The politics of Irish press coverage of the Spanish civil war”. *Media, War & Conflict*, 10 (2017): 345-358.
- O’Gorman, Ellen. “Detective Fiction and Historical Narrative”. *Greece & Rome*, 46 (1999): 19-26.
- Olábarri, Ignacio. “La historiografía contemporánea en construcción”. *Memoria y civilización*, 19 (2016): 467-789.
- Oleza Simó, Joan. “Voces en un campo de sangre : Max Aub y los penúltimos episodios nacionales”. *Olivar*, 3 (2002): 45-64.
- Olick, Jeffrey K., Vered Vinitzky-Seroussi y Daniel Levy. *The Collective Memory Reader*. Oxford: Oxford University Press, 2011.
- Ortega y Gasset, José. *La deshumanización del arte. Ideas sobre la novela*. Madrid: Castalia, 2009.
- Orsini-Saillet, Caherine. “La memoria colectiva de la derrota: Los girasoles ciegos de Alberto Méndez”. La *Guerra Civil española (1936-1939)* [Congreso], 2006.
- O’Sullivan, Emer. “Comparative Children's Literature”. *PMLA*, 126 (2011): 189-196.
- Padín, Bruno. “De traidor al rey a héroe nacional: la figura de El Cid en la historiografía española”. *Initium*, 22 (2017): 309-350.
- Palumbo, Donald. “Psychohistory and Chaos Theory: The *Foundation Trilogy* and the Fractal Structure of Asimov's Robot/Empire/Foundation Metaserries”. *Journal of the Fantastic in the Arts*, 7 (1996): 23-50.
- Parkinson, Siobhán. “Children's literature: cool but undervalued?”. *Books Ireland*, 358 (2014): 7.

- Partner, Nancy. "Hayden White: The Form of the Content". *History and Theory*, 37 (1998): 162-172.
- Patkin, A.L. *The Origins of the Russian-Jewish Labour Movement*. Melbourne: F.W. Cheshire PTY, 1947.
- Pavel, Thomas. "Ontological Issues in Poetics: Speech and Fictional Worlds". *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 40 (1981): 167-178.
- "The Borders of Fiction". *Poetics Today*, 4 (1983): 83-88.
- "Immersion and distance in fictional worlds". *Itinéraires*, 1 (2010): 99-109.
- Payne, Stanley. *Franco and Hitler*. New Haven (Connecticut): Yale University Press, 2008.
- *¿Por qué la República perdió la guerra?* Barcelona: Espasa, 2010.
- Pedersen, Vernon. "Sex, Communism and the Spanish Civil War: The Diaries of Stanley Postek". *American Communist History*. 17, No 3-4 (2018): 301-317.
- Pedregal Casanova, Ramón. "Juan Eduardo Zúñiga, ética y literatura". *Cuadernos del Matemático*, 40 (2008): 115-116.
- Pelz, William. *A People's History of Modern Europe*. Londres: Pluto Press, 2016.
- Peloille, Manuelle. "Juan Eduardo Zúñiga, une esthétique de la résistance engloutie". En Chaput, Marie-Claude y Bernard Sicot (coords). *Résistances et exils*. Nanterre: Publidix, Université Paris X-Nanterre, 2006: 167-176.
- Pena-Rodríguez, Alberto. "Salazar y los «viriatos». Los combatientes portugueses en la Guerra Civil española: prensa y propaganda". *Spagna contemporanea*. 47 (2015): 7-24.
- "Contra la revolución 'satánica'. Propaganda católica y legitimación del franquismo en Portugal durante la Guerra Civil española". *Revista de Estudios Sociales*. 69 (2019): 41-52.
- Pena-Ruiz, Henri. "Los retos del laicismo y su futuro". *Revista Internacional de Filosofía Política*, 31 (2008): 199-218.
- Peña, Javier. "El Cid, un personaje transfronterizo". *Studia Historica*, 23 (2005): 207-217.
- Peña, Javier. "Nuevas perspectivas de la ciudadanía". En Quesada, Fernando (ed.), *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 231-251.
- Pérez Baquero, Rafael. "Modernidad, nostalgia y melancolía en Max Aub". *Revista de Hispanismo Filosófico*, 26 (2021): 57-77.

- Pérez-Olivares, Alejandro. “Objetivo Madrid: planes de ocupación y concepción del orden público durante la Guerra Civil española”. *Culture & History Digital Journal*. 2 (2015): 1-13).
- Pérez Vejo, Tomás. *España imaginada. Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015.
- Pereira, Flavio. “A impossibilidade de redenção pela memória na «Cuarta Derrota: 1940 o Los girasoles ciegos», de Alberto Méndez”. *Anuario Brasileño de Estudios Hispánicos*, 25 (2015): 25-42
- Pettit, Philip. “De la República a la Democracia”. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 4 (2009): 47-68.
- Pozuelo Yvancos, José María. *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Barcelona, Crítica, 2005.
- “«Figuración del Yo» frente a Autoficción”. En Javier Marías y Enrique Vila-Matas. *Figuraciones del yo en la narrativa*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2010: 11-35.
- “Cohesión narrativa en *Los girasoles ciegos*”. En López Guil, Itziar y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 201-210.
- “Autofiguraciones: de la ficción al pacto de no ficción”. *Sigma*, 31 (2022): 673-696.
- Prados, Israel. “Introducción”. En Zúñiga, Juan Eduardo. *Largo noviembre en Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria*. Madrid: Cátedra, 2016: 11-92.
- “El Madrid invisible de Zúñiga: un trayecto”. *Pasavento*, 8 (2020): 333-358.
- Prats Rivelles, Rafael. *Max Aub*. Madrid: E.P.E.S.A., 1978.
- Preston, Paul. “The Origins of the Socialist Schism in Spain, 1917-31”. *Journal of Contemporary History*, 12 (1977): 101-132.
- El holocausto español*. Barcelona: Debolsillo, 2011.
- El final de la guerra*. Barcelona: Debate, 2014.
- La guerra civil española*. Barcelona: Debate, 2016.
- Pruchnic, Jeff y Kim Lacey. “The Future of Forgetting: Rhetoric, Memory, Affect”. *Rhetoric Society Quarterly*, 41 (2011): 472-494.
- Puell, Fernando. “Nuevos enfoques y aportaciones al estudio militar de la Guerra Civil”. *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 32 (2014): 95-110.
- “La actuación de los servicios de inteligencia ante la Batalla del Ebro”. *Rúbrica Contemporánea*. 16 (2019): 23-34.

- Quaggio, Giulia. *La cultura en transición*. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- Rai, Tage S., Piercarlo Valdesolo y Jesse Graham. “Dehumanization increases instrumental violence, but not moral violence”. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 114 (2017): 8511-8516.
- Ramos, Rui (coord.), Bernardo Vasconcelos e Sousa y Nuno Gonçalo Monteiro. *História de Portugal*. Lisboa: Dom Quixote, 2021.
- Redfield, Marc. “Gender, Aesthetics, and the Bildungsroman”. *The Wordsworth Circle*, 25 (1994): 17-21.
- “Imagi-Nation: The Imagined Community and the Aesthetics of Mourning”. *Diacritics*, 29 (4) (1999): 58-83.
- Redman, Judith C S. “How Accurate Are Eyewitnesses? Bauckham and the Eyewitnesses in the Light of Psychological Research”. *Journal of Biblical Literature*, 129 (2010): 177-197.
- Reid, Kenneth S. “Arturo Barea. Unamuno”. *Bulletin of Hispanic Studies*, 31 (1954): 59-61.
- Reisz, S. “Formas de la autoficción y su lectura”. *Lexis*, 40 (2016): 73-98.
- Reyes Mate, Manuel. “El tiempo como interrupción de la historia”. En Reyes Mate, Manuel. *Filosofía de la historia*. Madrid: Trotta, 1993: 271-287.
- Richard, Élodie. “Entretien avec le romancier Isaac Rosa”. *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 127 (2015): 77-84.
- Richards, William H. “Self-Consciousness and Agency”. *Synthese*, 61 (2) (1984): 149-171.
- Ricoeur, Paul. *Histoire et vérité*. París: Éditions du Seuil, 1967.
- Rigney, Ann. “Cultural memory studies”. En Lisa Tota, Anna y Trever Hagen. *Routledge International Handbook of Memory Studies*. Abindgon (Inglaterra): Routledge, 2016.
- Riutort, Bernat. “Globalización y cambio de las categorías filosófico-políticas”. En Quesada, Fernando (ed.). *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 119-140.
- Rivera, Jacinto (2015). *Fichte. La libertad es el fundamento del conocimiento y de la moral*. Barcelona: RBA.
- Rober, Daniel A. “Ricoeur, Metz and the Future of Dangerous Memory”. *Literature and Theology*, 27 (2013): 196-207.
- Robles, Francisco José y Vicente Caballero. “La eugenesia de la hispanidad de Vallejo Nágera y su introducción en Latinoamérica”. *Res publica*, 2017: 43-64.

- Ródenas, Pablo. “Problemas de legitimación del poder”. En Quesada, Fernando (ed.). *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 141-166.
- Rodríguez, Juan. “‘Españoles en casa, mexicanos fuera de ella’: Max Aub y la segunda generación del exilio”. *Anales de la literatura española contemporánea*, 38 (2013): 296-326.
- Rodríguez Jiménez, Francisco J. “Aproximación a la historiografía estadounidense sobre la Guerra Civil española”. *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 32 (2014): 463-480.
- Rodwell, Grant. *Whose history? Engaging History Students through Historical Fiction*. Adelaide: University of Adelaide Press, 2013.
- Roediger, Henry L. y McDermott, Kathleen B. “Creating False Memories: Remembering Words Not Presented in Lists”. *Journal of Experimental Psychology*, 21 (1995): 803-814.
- Rojas, Eric. “Madness and Dehumanization in «El bataraz» by Mauricio Rosencof”. *Confluencia*, 28 (2) (2013): 80-92.
- Rojas Campos, S. M. “Trazos de deshumanización: la discapacidad en la línea del no-ser”. En Yarza de los Ríos, Alexander, Laura Mercedes Sosa y Berenice Pérez Ramírez. *Estudios críticos en discapacidad. Una polifonía desde América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2019: 101-134.
- Rojo, Vicente. *Historia de la guerra civil española*. Barcelona: RBA, 2010.
- Romero, Alba. “Escrituras de la (pos)memoria: *Inés y la alegría*, de Almudena Grandes”. *Cuadernos de Aleph*, 12 (2020): 192-210.
- Romero Barea, José de María. “Arturo Barea: desesperadas soluciones. Terribles esperanzas”. *Ábaco*, 103 (2020): 175-178.
- Romero Marco, Álvaro. *El otro laberinto de Max Aub*. [tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid, 2000.
- Rotella, Katie N. y Jennifer A. Richeson. “Motivated to «Forget»: The Effects of In-Group Wrongdoing on Memory and Collective Guilt”. *Social Psychological and Personality Science*, 4 (6) (2013): 730-737.
- Rosa, Isaac. “Antes de que sea (otra vez) demasiado tarde”. En Stanley, Jason. *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*. Barcelona: Blakie Books, 2018: xiii-xxiii.
- Rossi, Maura. “La maquinaria narrativa de Alberto Méndez ante la entropía del trauma. Acerca de *Los girasoles ciegos*”. *Soletras*, 38 (2019): 311-338.



- Rush, Dorothy B. "Winston Churchill and the Spanish Civil War". *Social Science*, 54 (1979): 86-92.
- Safran, Willian. "State, Nation, National Identity, and Citizenship: France as a Test Case". *International Political Science Review*, 3 (1991): 219-238.
- "The Jewish Diaspora in a Comparative and Theoretical Perspective". *Israel Studies*, 10 (2005): 36-60.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2010.
- Salazar Anglada, Aníbal. "La Guerra Civil con ojos de perro: una novela desconocida sobre el asedio de Madrid". En De Pedro, Valentín. *La vida por la opinión*. Sevilla: Renacimiento, 2014: 9-36.
- "Un argentino en la Guerra Civil española: vicisitudes de Valentín de Pedro en las cárceles de Franco (1939-1941)". *Olivar*, 16 (2015): 1-10.
- Sánchez, Andrés. *Mártires de nuestro tiempo. Pasión y Gloria de la Iglesia abulense*. Ávila: Cabildo de la catedral del Salvador de Ávila, 2003.
- Sánchez Meca, Diego. *El itinerario intelectual de Nietzsche*. Madrid: Tecnos, 2018.
- *Iniciación a la Teoría del Conocimiento*. Madrid: Dykinson, 2019.
- Sánchez Mosquera, Marcial. "Julián Besteiro y los últimos días de la República". *Andalucía en la historia*, 52 (2016): 60-66.
- Sánchez Zapatero, Javier. *Max Aub y la escritura de la memoria*. Sevilla: Renacimiento, 2014.
- "La novela negra, una mirada crítica desde 1929 hasta la actualidad". *La U* (2019) [consultado en línea el 2 de abril de 2024].
- *Arde Madrid. Narrativa y Guerra Civil*. Sevilla: Renacimiento (Espuela de Plata), 2020.
- Sánchez Zapatero, Javier y Jesús Guzmán Mora. "Guerra, compromiso y amor: de *La llama* de Arturo Barea a *La noche de los tiempos* de Antonio Muñoz Molina". *Estudios Humanísticos*, 37 (2015): 139-160.
- Sanfilippo, Matteo. "I destini degli imperi". *Contemporanea*, 15 (2012): 91-100.
- Santamaría, Sara. "Los girasoles ciegos, de Alberto Méndez: ¿un 'lugar de memoria' de la Guerra Civil?". *Pasajes*, 24 (2007): 123-129.
- Sanz Villanueva, Santos. "Historias de una historia. La guerra sin gerra de Juan Eduardo Zúñiga". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 739 (2012): 25-30.
- San Martín Sala, Javier. *Antropología Filosófica II*. Madrid: UNED, 2015.

- Santonja Gómez-Agero, Gonzalo. *Aproximación a Max Aub*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Sartre, Jean-Paul. *L'êtr e et le néant*. Paris: Gallimard, 1943.
- Serrano Asenjo, Enrique. "Espacios entre espacios en *La forja*: una cartografía íntima de Arturo Barea". *Hispanic Review*, 83 (2015): 337-355.
- Scherpe, Klaus R. y Lisa Roetzel. "Nonstop to Nowhere City? Changes in the Symbolization, Perception, and Semiotics of the City in the Literature of Modernity". *Cultural Critique*, 23 (1992-1993): 137-164.
- Schwartz, Kessel. "Culture and the Spanish Civil War – A Fascist View: 1936-1939". *Journal of Inter-American Studies*. 7, No 4 (1965): 557-577.
- Segal, Robert A. "The Myth-Ritualist Theory of Religion". *Journal for the Scientific Study of Religion*, 19 (1980): 173-185.
- Segura, Luis Gonzalo. *El libro negro del ejército español*. Madrid: Akal, 2017.
- Semprún, Jorge (2011). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Serrano Migallón. Fernando. "El asilo político en México. Las fuentes del diálogo". En Lira, Andrés (coord.). *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. México: El Colegio de México, 1996.
- Shapiro, Ian. "Elementos de la justicia democrática". *DOXA*, 20 (1997): 331-376
- Sharpe, Jim. "Historia desde abajo". En Burke, Peter (ed.). *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2003: 39-58.
- Shippey, Tom. *Hard Reading: Learning from Science Fiction*. Liverpool: Liverpool University Press, 2016.
- Skonecka, Anna. "El problema de la violencia institucional en Los girasoles ciegos, de Alberto Méndez". En Carrera Garrido, Miguel y Mariola Pietrak. *Violencia y discurso en el mundo hispánico*. Sevilla: Universidad Maria Curie-Sklodowska de Lublin y Padilla libros (2015): 233-250
- Smith, Anthony D. "Nationalism and Classical Social Theory". *The British Journal of Sociology*, 34 (1) (1983): 19-38.
- "National Identity and the Idea of European Unity". *International Affairs*, 68 (1992): 55-76.
- "A Europe of Nations. Or the Nation of Europe?". *Journal of Peace Research*, 30 (2) (1993): 129-135.

- “LSE Centennial Lecture: The Resurgence of Nationalism? Myth and Memory in the Renewal of Nations”. *The British Journal of Sociology*, 47 (4) (1996a): 575-598.
- “Culture, Community and Territory: The Politics of Ethnicity and Nationalism”. *International Affairs*, 72 (3) (1996b): 445-458.
- Sobejano, Gonzalo. “Observaciones sobre la lengua de dos novelistas de la emigración: Max Aub y Fco. Ayala”. *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, 11 (1975): 27-30.
- “Soft and hard dehumanization”. *Off our Backs*, 14 (2) (1984): 26.
- Soldevilla Durante, Ignacio. *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*. Valencia: Biblioteca Valenciana, 2003.
- Sorel, Andrés. “Max Aub”. *República de las Letras*, 75 (2022): 5-20.
- Soto, Isabel. “«I Knew that Spain Once Belonged to the Moors»: Langston Hughes, Race, and the Spanish Civil War”. *Research in African Literatures*, 45 (2014): 130-146.
- Sotomayor, María Victoria. “El humor en la literatura infantil del Franquismo”. *Anales de Literatura Española*, 19 (2007): 237-251.
- Stanley, Jason. *Facha. Cómo funciona el fascismo y cómo ha entrado en tu vida*. Barcelona: Blakie Books, 2018.
- Stierle, Karlheinz. “¿Qué significa recepción en los textos de ficción?”. En José Antonio Mayoral (ed.). *Estética de la Recepción*. Madrid: Arco Libros, 1987: 87-143.
- Stone, Glyn A. “Neville Chamberlain and the Spanish Civil War, 1936–9”. *The International History Review*, 35 (2013): 377-395.
- Surowiec, Paweł. “Post-Truth Soft Power: Changing Facets of Propaganda, "Kompromat", and Democracy”. *Georgetown Journal of International Affairs*, 18 (2017): 21-27.
- Sweet, Paul R. “Fichte and the Jews: A Case of Tension between Civil Rights and Human Rights”. *German Studies Review*, 16 (1993): 37-48.
- “Sir Isaiah Berlin, Fichte, and German Romanticism”. *German Studies Review*, 23 (2000): 245-256.
- Tamm, Marek. “Beyond History and Memory: New Perspectives in Memory Studies”. *History Compass*, 11 (2013): 458-473.
- Tamony, Peter. “The Origin of «Hard-Boiled»”. *American Speech*, 12 (1937): 258-261.
- Tamura, Eileen H. “Narrative History and Theory”. *History of Education Quarterly*, 51 (2011): 150-157.

- Tarski, Alfred. "The Semantic Conception of Truth: and the Foundations of Semantics". *Philosophy and Phenomenological Research*, 3 (1944): 341-376.
- Taxel, Joel. "Children's Literature: Ideology and Response". *Curriculum Inquiry*. 18 (1988): 217-229.
- Taussig, Sylvie. *Le système du complotisme*. Paris : Éditions Bouquins, 2021.
- Taylor, Charles. "Foucault on Freedom and Truth". *Political Theory*, 12 (2) (1984): 152-183.
- Tébar Rubio-Manzanares, Ignacio J. "Derecho penal del enemigo en el primer franquismo. El caso de Julián Besteiro". *Revista de historia actual*, 11 (2013): 63-78.
- Thibodeau, Paul H. y Lera Boroditsky. "Metaphors Affect Reasoning: Measuring Effects of Metaphor in a Dynamic Opinion Landscape". En Noelle, D. C. *et al.* (Eds.). *Proceedings of the 37th Annual Meeting of the Cognitive Science Society*. Austin (Texas): Cognitive Science Society, 2015: 2374-2379.
- Thiebaut, Carlos. "Charles Taylor: democracia y reconocimiento". En Máiz, Ramón (coord.). *Teorías políticas contemporáneas*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2009: 211-231.
- Thomas, Hugh. *La Guerra Civil española*. Barcelona: Debolsillo, 2018.
- Thomson, Alistair. "Spain Remembers Its Radical Past: Notes from the Annual Conference of the International Association of Labour History Institutions". *Labour History*. 48 (1985): 92-93.
- Torres Nebrera, Gregorio. *Las anudadas raíces de Arturo Barea*. Badajoz: Diputación de Badajoz, 2002.
- Torrijos Caruda, Carmen. "Olla, obús, olvido: análisis comparativo de léxico en los cuentos de Arturo Barea". *Cultura de la República*, 5 (2021): 8-24.
- Trapiello, Andrés. *Las armas y las letras*. Madrid: Ediciones Destino, 2010.
- "La novela de unos y otros". En Fortún, Elena. *Celia en la revolución*. Sevilla: Editorial Renacimiento, 2016: 7-20.
- *Madrid*. Barcelona: Destino, 2021.
- Traverso, Enzo. *Left-Wing Melancholia*. Nueva York: Columbia University Press, 2017.
- Turchin, Peter. "Scientific Prediction in Historical Sociology: Ibn Khaldun meets Al Saud". En Turchin, Peter, Leonid Grinin, Andrey Korotayev y Victor C. De Munck (Eds.). *History & Mathematics. Historical Dynamics and Development of Complex Societies*. Moscú: Volgograd Center for Social Research, 2006: 9-39.

- Ugarte, Michael. "Max Aub's Magical Labyrinth of Exile". *Hispania*, 68 (1985): 733-739.
- "Max Aub y la mirada del «otro» africano". *Anales de la literatura española contemporánea*, 30 (2005): 513-524.
- Unamuno, Miguel. *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- Vaes, J. "Tethered humanity: Humanizing self and others in response to interpersonal harm". *European Journal of Social Psychology*, 51, 2021: 377-392.
- Valcárcel, Amelia. "Ética y feminismo". En Gómez, Carlos y Javier Muguerza (eds.). *La aventura de la moralidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2007: pp. 464-479.
- Vala, Jorge. "Representações sociais e percepções intergrupais". *Análise Social*, 32 (1997): 7-29.
- Valender, James (coord.). *Poetas del exilio español. Una antología*. México: Colegio de México, 2006.
- Valis, Noël. "«From the Face of My Memory»: How American Women Journalists Covered the Spanish Civil War". *Society*, 54 (2017): 549-559.
- Vallejo-Nájera, Antonio. *Eugenesis de la Hispanidad y regeneración de la raza*. Burgos: Editorial española, 1937.
- Van Dijck, José. "Memory Matters in the Digital Age". *Configurations*, 12, (2004): 349-373.
- Van Slyke, Gretchen. "Le narrataire et l'autobiographie". *Francofonia*, 2, (1982): 19-33.
- Vann, Richard T. "The Reception of Hayden White". *History and Theory*, 37 (1998): 143-161.
- Vara, Alicia. "La vida en el centro: los discursos antibélicos de las mujeres en la obra de Elena Fortún". En Moreno, Eva María (ed.). *Pioneras, escritoras y creadoras del siglo XX*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2019: 155-168.
- Varela-Portas de Orduña, Juan. "Entre dos muertes: Alberto Méndez y el ángel de la historia". En López Guil, Itziar y Cristina Albizu Yeregui (eds.). *Los girasoles ciegos de Alberto Méndez, 10 años después*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2015: 117-148.
- Vargas, Jorge. "El impacto de la Guerra Civil Española en el Partido Obrero Belga". *Ayer*, 111 (2018): 225-252.
- Velasco, Luis. "Falangistas y franquistas en América (1936-1975): un estado de la cuestión". *Historia 396*, número especial (2019): 1-18.

- Vega-Sampayo, Elena y José Dávila-Montes. “Análisis *de y desde* la mirada en *Largo noviembre en Madrid* y en otros cuentos de Juan Eduardo Zúñiga”. *Pasavento*, 8 (2020): 371-394.
- Villa, Roberto. “The Second Republic: Myths and Realities”. *Journal of Contemporary History*. 51, No 2 (2016): 420-424.
- Viñas, Ángel. *¿Quién quiso la Guerra Civil?* Barcelona: Crítica, 2019.  
—y Fernando Hernández. *El desplome de la República*. Barcelona: Crítica, 2009.
- Volkova, Irina. “«Meeting Spain» and lessons the Soviet front-line generation learned from the 1936-1939 Spanish Civil War”. *History of Education & Children’s Literature*. 14 (2019): 637-659.
- Ware, R. C. “The Historical and Logical Relations between Fichte and Kant”. *The Journal of Speculative Philosophy*, 11 (1877): 145-151.
- Waytz, Adam, Nicholas Epley y John T. Cacioppo. “Social Cognition Unbound: Insights Into Anthropomorphism and Dehumanization”. *Current Directions in Psychological Science*, 19 (2010): 58-62.
- Wawrzyniak, Joanna. *Veterans, Victims, and Memory*. Berna: Peter Lang, 2015.
- Weber, Max. *Economy and Society*. Berkeley: University of California Press, 1978.
- Weintraub, Karl J. “Autobiography and Historical Consciousness”. *Critical Inquiry*, 1 (1975): 821-848.
- Wertsch, James V. *Voices of Collective Remembering*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- White, George M. y Eveline Buchheim. “Introduction: Traveling War: Memory Practices in Motion”. *History and Memory*, 27 (2015): 5-19.
- White, Hayden. “Interpretation in History”. *New Literary History*, 4 (1973): 281-314.  
—“The Problem of Change in Literary History”. *New Literary History*, 7 (1975a): 97-111.  
—“Historicism, History, and the Figurative Imagination”. *History and Theory*, 14 (1975b): 48-67.  
—“The Value of Narrativity in the Representation of Reality”. *Critical Inquiry*, 7 (1980): 5-27.  
—“The Narrativization of Real Events”. *Critical Inquiry*, 7 (1981): 793-798.  
—“Getting out of History”. *Diacritics*, 12 (1982a): 2-13.

- “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”. *Critical Inquiry*, 9 (1982b): 113-137.
- “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory”. *History and Theory*, 23 (1984): 1-33.
- “Historical Pluralism”. *Critical Inquiry*, 12 (1986): 480-493.
- “Response to Arthur Marwick”. *Journal of Contemporary History*, 30 (1995): 233-246.
- El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós, 2003a.
- “Anomalies of Genre: The Utility of Theory and History for the Study of Literary Genres”. *New Literary History*, 34 (2003b): 597-615.
- y Erlend Rogne. “The Aim of Interpretation Is to Create Perplexity in the Face of the Real: Hayden White in Conversation with Erlend Rogne”. *History and Theory*, 48 (2009): 63-75.
- Wieviorka, Olivier. *La mémoire désunie*. París : Éditions du Seuil, 2010.
- Willsey, K. “‘Fake Vets’ and Viral Lies: Personal Narrative in a Post-Truth Era”. *The Journal of American Folklore*, 131 (2018): 500-508.
- Winter, Ulrich. “«Localizar a los muertos» y «reconocer al otro»: *lugares de memoria(s)* en la cultura española contemporánea”. En Ramón Resina, Joan y Ulrich Winter (eds.). *Casa encantada. Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004)*. Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2005.
- Wohl, Richard y Anselm L. Strauss. “Symbolic Representation and the Urban Milieu”. *American Journal of Sociology*, 63 (1958): 523-532.
- Woolf, Virginia. *A Room of One’s Own*. Feedbooks, 1929.
- Wood, Allen W. “Fichte’s Philosophical Revolution”. *Philosophical Topics*, 19 (1991): 1-28.
- Yerlikaya, T. “Social Media and Fake News in the Post-Truth Era”. *Insight Turkey*, 22 (2020): 177-196.
- Zapata-Barrero, Ricard. “Multiculturalidad, inmigración y democracia”. En Quesada, Fernando (ed.). *Ciudad y ciudadanía*. Madrid: Trotta, 2008: 253-277.
- Zetterberg Gjerlevsen, Simona y Henrik Skov Nielsen. “Distinguishing Fictionality”. En Maagaard, Cindie Aaen, Daniel Schabler y Marianne Wolff Lundholt. *Exploring Fictionality: Conceptions, Test Cases, Discussions*. Odense: University Press of Southern Denmark, 2020: 19-40.
- Zetterberg-Nielsen, Henrik. “The Shape of Things to Come”. *Diegesis*, 11 (2022): 73-79.

Zurier, Rebecca. "Whose Metropolis, Whose Mental Life? Rethinking Space and the Local in Urban Imagery". En Jian, Zhan y Robertson Bruce. *Complementary Modernisms in China and the United States*. Santa Barbara (California): Punctum Books, 2020.